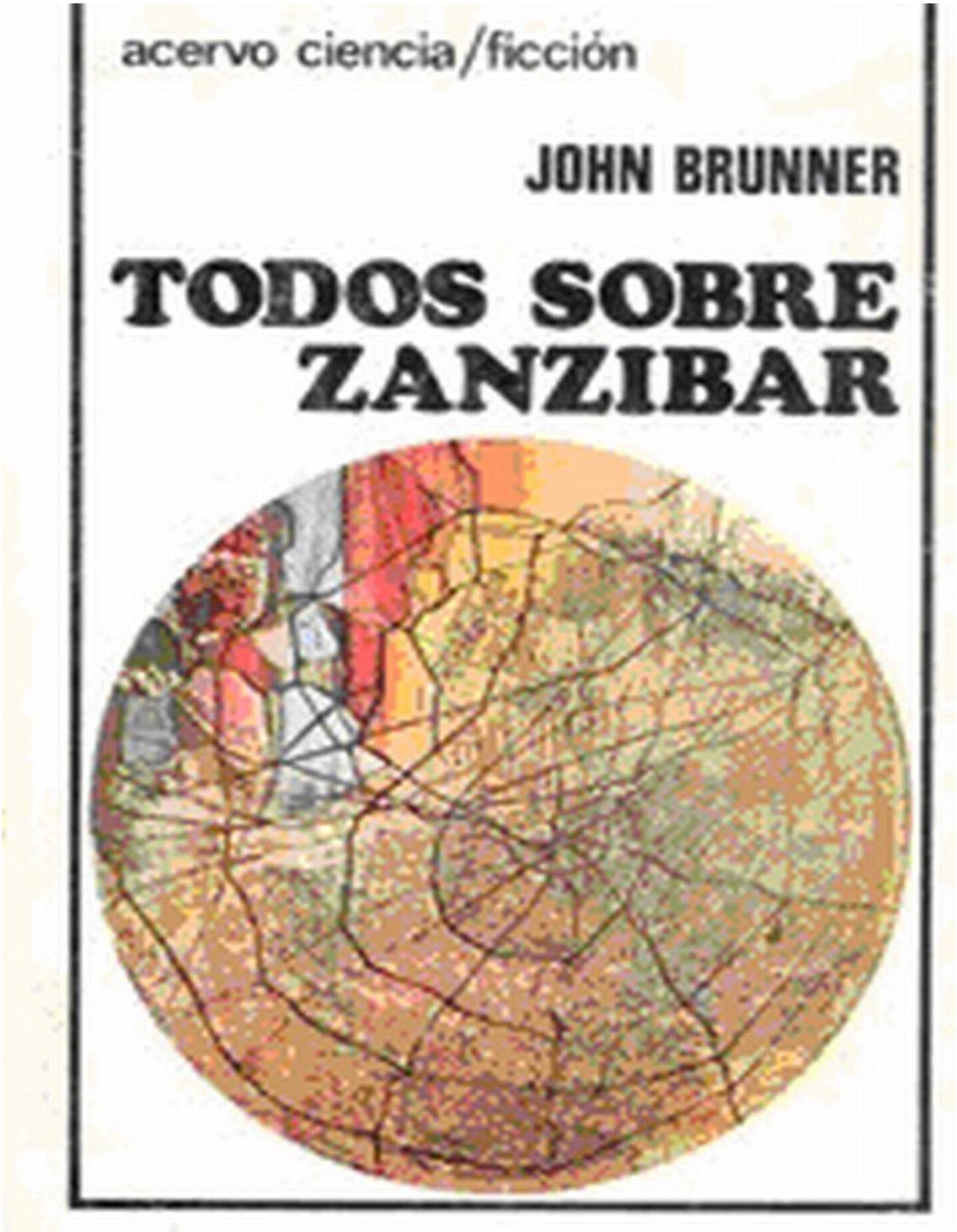
Todos sobre Zanzíbar
John Brunner



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Dedicado a Marjorie,
naturalmente.

TODOS SOBRE ZANZÍBAR

Te dirán que la totalidad de la raza humana cabría en la isla de Wight, que tiene 381 kilómetros cuadrados de superficie. Naturalmente, no se podrían mover, sólo estar firmes. ¿Cierto? Quizás en 1918. Ahora necesitaríamos la isla de Man, de 572 kilómetros cuadrados.

Para 2010, algo más grande: algo como Zanzíbar, de 1.658 kilómetros cuadrados. En 2010 hay más de 7 mil millones de personas atestando el mundo. Un mundo de la Base Lunar Cero, de ordenadores inteligentes y de alucinógenos comercializados en masa. Un mundo en el que un hombre tranquilo puede ser convertido en una máquina humana programada para matar

CONTEXTO (0)

A LA MANERA DE INNIS

«No hay nada intencionado ni arbitrario en el modo de expresión de Innis. Si se tradujera a prosa corriente, no sólo exigiría una gran cantidad de espacio, sino que además se perdería la comprensión de las variedades de juego mutuo entre las diversas formas de organización. Innis sacrificó su punto de vista y su prestigio en aras de su creencia en una urgente necesidad de comprensión. Un punto de vista puede ser un lujo peligroso cuando se substituye por la comprensión y la inteligencia. Según fue ganando más comprensión, Innis abandonó todos los simples puntos de vista en su presentación del conocimiento. Cuando relaciona mutuamente el desarrollo de la imprenta de vapor con la "consolidación de los vernaculares" y la popularización del nacionalismo y de la revolución no muestra el punto de vista de nadie, y mucho menos el suyo propio; establece una configuración de la Galaxia en forma de mosaico, a la búsqueda de comprensión... Innis no hace el menor esfuerzo para "pronunciar" las relaciones entre los componentes de su galaxia. En sus últimos trabajos no ofrece productos preparados para el consumo, sino sólo equipos de "hágalo usted mismo"...»

Marshall McLuhan: La Galaxia Gutemberg.

Indice

CONTEXTO

(0) A la manera de Innis
(1) Examinaliza mi nombre
(2) Nota editorial
(3) Hay que empujarle
(4) De qué va el rollo
(5) El gran feudo
(6) Donde menos se espera
(7) Lucha de toros
(8) Aislamiento
(9) Hombre: destino de las balas
(10) El niño y el agua del baño
(11) Sal a la calle y repítelo
(12) La contrapartida sociológica de la respiración de Cheyne-Stokes
(13) El periódico antiguo
(14) El centro de la tormenta
(15) Concebido y nacido
(16) El Sr. y la Sra. Dondequiera: Calipso
(17) El peso de las deudas
(18) Resaca
(19) Una versión libre de dos himnos nacionales
(20) Los pros y contras de una loca sociedad selenita
(21) Una carta
(22) ¿Están bien el niño y la madre?
(23) A evitar
(24) Uno de muchos impresos esencialmente idénticos de Shalmaneser
(25) Una anécdota de las preferidas de Chad Mulligan
(26) A mí mismo con ocasión de mi siglo XXI
(27) Informes de los grupos de estudio
(28) Un mensaje de nuestros patrocinadores

LAS COSAS QUE PASAN

(1) Leed las instrucciones
(2) La célula suave
(3) Asuntos domésticos
(4) Hablado como un hombre
(5) Ciudadano microbio

(6) Visto en la calle
(7) El estado del arte
(8) No seas dura con tus amigos multados
(9) Masacre
(10) Uvas amargas
(11) Así se hace
(12) El sentimiento general
(13) Resumen
(14) Carteles de contratación
(15) Igual y opuesto
(16) Necrología

VIENDO PRIMEROS PLANOS

(1) El Sr. Presidente
(2) El macarra
(3) ¡Ni se te ocurra!
(4) Ayudas para enmascararse 80
(5) El tramoyista
(6) ¿De qué parte estoy yo?
(7) La variedad Demasiado
(8) Sopla un mal viento
(9) Las semillas de Opia
(10) Amor maputernal
(11) El tren sellado
(12) Sí no las puedes aplastar emplástalas
(13) Las espinas de la zarzamora
(14) Pon en marcha el reloj y corre
(15) Los pies de nuestros padres eran negros
(16) El mensajero del evangelio del amor universal
(17) Más inteligente que mil hombres
(18) Cuando yo era joven
(19) Pocos deseos y fáciles de satisfacer
(20) La solterona demasiado angustiada
(21) El niño seco
(22) El clímax de más de una vida de logros
(23) Begi y el oráculo
(24) Sin motivo, objeto ni justificación
(25) El hombre sin convicciones
(26) Todo a su tiempo
(27) La receta del locriminal
(28) El modo lento de morir
(29) En un momento de locura transitoria
(30) Défense d'entrer
(31) Hijo de nuestras entrañas
(32) El punto de vista frío y objetivo

CONTINUIDAD

(1) La seguridad con acento de culpa
(2) La mano muerta del pasado
(3) Al cabo de diez años
(4) La nación de los coinquilinos
(5) Oye, oye
(6) Un lote de subasta para mí
(7) Armas y ocio
(8) El lomo del camello
(9) Dividido en contra de sí
(10) Proceso terminado
(11) El ruido de un alud
(12) Se supone que es automático, pero en realidad hay que apretar este botón
(13) Multiplícalos por un millón
(14) El hombre apropiado para el trabajo
(15) No perdáis la oportunidad
(16) El modelo revisado
(17) Escalas de tiempo
(18) Las murallas de Troya
(19) Semper aliquid novi
(20) La sombra del Abuelo Loa
(21) Más deprisa
(22) El precio de la admisión
(23) Inocente como un bebé
(24) La escena que no cambia
(25) El papá de todos
(26) Ahí viene la cuchilla
(27) Paisaje humano
(28) A partir de aquí todo es cuesta arriba
(29) Quiero informar
(30) Ponlo en marcha y andará solo
(31) Trabajo de base
(32) El primero en saber la noticia
(33) Le cogí y se escapó
(34) Hay más fe en una duda sincera
(35) A esperar a ser recogidos
(36) Improvisación
(37) En almacén
(38) No está en venta, pero se puede disponer de él previa solicitud
(39) Es mejor ser volcán
(40) De la mayor importancia
(41) Cosido con aguja e hilo
(42) ¿Quién sabe qué semilla crecerá?

CONTEXTO (1)

EXAMINALIZA MI NOMBRE

Apunte fijo SONORO:
—¡Presentando el EXAMINALISIS, el singular estudio del Servitrans Sateling tres veces al día del gran, gran espectáculo, la interconexión Inmediata Independiente Intensa entre usted y su mundo!
Apunte fijo VISUAL: brevimágenes, encadenadas: el profhundimiento del Sr. y la Sra. Dondequiera (hoy PMAM, Proyecto Minero del Atlántico Medio), su despeguespacio (hoy adaptación a gravedad 0), su viaje (hoy Aceleratúnel de Simpler), su animación (hoy, como siempre, hogarimagen con autovítor).
Apunte de autovitor:
—¡Está pasando, está pasando! EXAMINALISIS EXAMINALISIS EXAMINALISIS
EXAMINALISIS EXAMINALISIS..,
Apunte fijo VISUAL: brevimágenes, pantallentera: el planeta Tierra girando ñac-ñac-ñac y mostrando los meridianos de la HMG, la HNE, la HCP y la Hora de la Zona de Guerra del Pacífico.
Apunte en vivo SONORO:
—Y son las seis PapáMamá para la gente que pasa manteniendo firme y constantemente esa vieja Hora Media de Greenwich... ¡qué mediana puede llegar a ser una hora! ¿eh?. ¡Ce de cero, be de base, contando el tiempo hasta las ese e y ese (perdón: ese e I ese) y un minuto! Sabemos lo que está pasando pasando PASANDO, pero esa parte del gran, gran espectáculo es estrictamente cosa vuestra, Sr. y Sra. Dondequiera —o Sr. y Srta., o Srta. y Srta., o Sr. y Sr., elegid lo que os corresponda, ¡ja, ja!—. Contando el tiempo hasta la una y un minuto PapáMamá según esa buena vieja ¡Oh! hora Normal del Este, las diez y un minuto AntiMateria para la Costa del Pacífico y, para todos aquellos que combatís por la justicia en la soledad del océano, las siete y un minuto AntiMateria... ¡PIII!.
Apunte horario: 5 pitidos de segundo en Sol mayor, señal de minuto en Do mayor.
Apunte comercial:
—Ningún momento como el presente para que pasen cosas, ningún modo mejor de llevar correcta y constantemente la hora que según el reloj de escritorio de Técnicas Generales, tan perfexacto que sirve para cronometrar las estrellas.

Librodot

Apunte en textos VISUAL: brevimágenes, medipantalla: extractos de las noticias del día.
Apunte en vivo SONORO:
—¡Y ningún modo mejor de estar en guardia, con el pecho —con perdón— por delante, que con EXAMINALISIS!
Cortar apunte de autovítor (si a estas alturas aún no lo han hecho es que han desconectado).
Apunte comercial: EXAMINALISIS es el singular, el ÚNICO estudio intenso de las noticias realizado por el famoso ordenador Shalmaneser de Técnicas Generales, que lo ve todo, lo oye todo, lo sabe todo excepto sólo aquello que VOSOTROS, Sr. y Sra. Dondequiera, queráis mantener en privado.
Apunte en textos: las cosas que pasan.

LAS COSAS QUE PASAN (1)

LEED LAS INSTRUCCIONES

Para el DÍA de hoy, tres de Mayo, a las ocho y DIEZ, los informes de Manhattan DIEZ, en que el tiempo es suave y primaveral bajo la Bóveda Fuller; ídem ante la sede de Técnicas Generales.

Pero Shalmaneser es un ordenador Micriogénico ® bañado en helio líquido y en su
bóveda hace frío.

(ÍDEM: ¡Utilízalo! El proceso mental involucrado es exactamente análogo a la técnica de ahorro de anchura de banda que se usa en tu teléfono. Si has visto el espectáculo has
visto el espectáculo, y hay demasiada información nueva para que pierdas el tiempo
viéndolo más de una vez. Utiliza el «ídem». *¡Utilízalo!*

—*El diccionario del felicrimen*, por Chad C. Mulligan.)

Más ser humano que máquina, pero con algo de la naturaleza de ambos, Talona Georgette Maleche sobrevive en gran parte gracias a las prótesis, a sus noventa y un años.

Cuando la mierda llega a ser DEMASIADO es porque Altos Vuelos de California ha cultivado la hierba para que tenga menos tallo en peso, más hoja soberbiamente limpia. Pregunte al «Hombre que está casado con Mari Juana».

Eric Ellerman es un geneticista de plantas que tiene tres hijas y está asustado porque su
mujer ha desarrollado un vientre permanentemente abombado.

—...y Puerto Rico ha sido hoy el último Estado en ratificar el controvertido artículo sobre el dicromatismo de la legislación eugénica de los Estados Unidos. Esto deja sólo dos refugios para los que quieren sacar adelante niños disminuidos: Nevada y Louisiana. La derrota del grupo que defendía la crianza de niños elimina un antiguo estigma de la frente del estado Benjamín-menos-Uno... un estigma congénito, se podría decir, ya que el acceso del estado B-me-nos-U a la Unión coincidió casi exactamente con la primera legislación eugénica que hacía referencia a la hemofilia, la fenilquetonuria y la imbecilidad congénita...

Opia Shelton siempre ha creído en los milagros, pero ahora se está produciendo uno en su propio cuerpo y el mundo real se apoya en sus sueños.

HACEMOS LO DIFÍCIL EN EL MOMENTO. PARA LO IMPOSIBLE TARDAMOS UN POCO MAS.

—Versión primitiva del lema de Técnicas Generales.

Norman Agudo de la Casa es V.Pres. adjunto a cargo de Personal y Contratación en Técnicas Generales.

-Medio segundo, por favor... las intervenciones del público se acercan. Recuerden que sólo el servicio de contestación a preguntas del público de EXAMINALIS es procesado por Shalmaneser de Técnicas Generales: la respuesta más correcta en el menor espacio de tiempo...

El nombre verdadero de Guinevere Acero es López, pero ¿acaso se le puede echar en cara?

¿Muestra tu pantalón suficientemente tu potencia natural... al primer vistazo?
Si llevas un Mas-Q-Lino, la respuesta es sí. En Mas-Q-Lino S.A. hemos devuelto la bragueta al lugar a que pertenece, para que vean las tías que no va de flores sino de capullos.

Sheena y Frank Frusler tienen hecho el equipaje para partir hacia Puerto Rico, porque para él una luz verde y una luz roja no son más que luces.

—¡Dos preguntas del público! Número uno: lo siento, amigo, pero no... no nos equivocamos al decir que la decisión de Puerto Rico deja sólo dos refugios para los disidentes. Isola disfruta de la categoría de Estado, pero toda el área del Pacífico ocupada por sus islas se encuentra bajo la

ley militar y no se puede conseguir un pase excepto por motivos castrenses. Gracias por preguntarnos, de todos modos; así es el mundo: usted es mi entorno y yo soy el suyo, que es el motivo por el que utilizamos el EXAMINALISIS como un proceso en los dos sentidos...

A Arthur Ido no le importa no ser capaz de recordar dónde deja las cosas. Buscándolas,
siempre encuentra otras que había olvidado tener.

AYER HICIMOS LO DIFÍCIL. EN ESTE MOMENTO ESTAMOS HACIENDO LO
IMPOSIBLE.

—Versión actualizada del lema de Técnicas Generales.

Donald Macerdo es un espía.

—Número el otro: el dicromatismo es lo que se llama vulgarmente daltonismo y es una tara congénita tan seguro como el tiempo sideral. Gracias, amable espectador, gracias.

Sem (abreviatura de Semental) Lucas es un macarra de buen peso y estatura y siempre en vuelibre.

(IMPOSIBLE: significados: 1 — no me gustaría, y cuando ocurra no lo aprobaré; 2 — no me importa; 3 — a Dios no le importa. El significado 3 quizá podría ser válido, pero los otros son 101 % ballescoria.

—El diccionario del felicrimen, por Chad. C. Mulligan.)

Philip Peterson tiene veinte años.

¿Sufre usted un equipo de autovítor del viejo estilo, de esos que precisan una reprogramación constante a mano, si es que no necesitan repuestos que desaparecieron de los catálogos la semana pasada?
¡El nuevo equipo de autovítor de TG se reprograma a sí mismo!

Sasha Peterson es la madre de Philip.

—Pasando a un tema relacionado, una multitud enfurecida asaltó hoy una iglesia Católica Tradicional en Malmó, Suecia, durante la misa matinal. Las listas de bajas indican un saldo de más de cuarenta muertos, incluyendo el sacerdote y muchos niños. Desde su palacio en Madrid el Papa Eglantine ha acusado al Papa rival Tomás de fomentar deliberadamente ésta y otras algaradas recientes, cargo que ha sido negado vigorosamente por las autoridades del Vaticano.

Víctor y Mary Whatmough nacieron en el mismo país y llevan veinte años casados... ella por segunda vez, él por tercera.

Lo que te apetece hacer cuando la ves en su vestidito Acmax Forlon-Morler
Es lo que ella quiere que hagas cuando la veas en su vestidito Acmax Forlon-Morler;
Si no fuera así, no se lo habría puesto.
El ACceso MAXimo no es una exageración cuando se pronuncia ACMAX.
El estilo de la ilustración es el «Cortesana»;
Pero puedes interpretarlo como «ligona»,
Que es de lo que se trata.

Elias Masters es hoy por hoy el Embajador de los Estados Unidos en la antigua colonia
británica de Beninia.

—Hablando de acusaciones, el Senador sureño Lovvell Sonda afirmó esta mañana —a las 11,30 AntiMateria— que ahora los emporrados son los responsables de las nueve décimas partes de los delitos que se cometen por ano —¡perdón!— por año en su Estado natal de Tejas, y que los esfuerzos federales para reprimir el problema son un fracaso. Se ha oído a oficiales de la Fuerza de Narcóticos expresar preocupación en privado por el modo en que el nuevo producto de TG, la Viajina, está afectando las mentes de los emporrados.

Gerry Filas es un recluta.

Cuando en TG decimos «generales» queremos decir GENERALES. Ofrecemos la carrera de su vida a cualquiera que esté interesado en astronáutica, biología, química, dinámica, eugenesia, ferromagnetismo, geología, hidráulica, administración industrial, propulsión a chorro, cinética, leyes, metalurgia, nucleónica, óptica, derechos de patentes, cuarzología, robótica, síntesis, telecomunicaciones, ultrasonidos, tecnología del vacío, trabajo, rayos X, ylem, zoología...
No, no nos hemos olvidado de su especialidad; simplemente no teníamos espacio para ella en este anuncio.

El catedrático Dr. Sugaiguntung es el director del departamento de Tectogenética en la
Universidad Dedicación de la Democracia Socialista Orientada de Yatakang.

—La incidencia de los locriminales continúa manteniendo su incremento: ayer, un locríminal produjo 21 víctimas en las afueras de Brooklyn antes de que los plomeros le acribillaran, y otro está aún en libertad en Evanston III., con un total de once muertos y tres heridos en su haber. Al otro lado del océano, en Londres, una locriminal se cargó a cuatro, además de a su propio hijo de tres meses, antes de que un testigo que conservó la

serenidad la aplastara a golpes.

Informes adicionales de Rangoon, Lima y Auckland suben el balance del día a 69.

Grace Rowley tiene setenta y siete años y empieza a fallarle un poco la cabeza.

No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy ya no es lo bastante bueno para nosotros de esta era moderna.
No dejes para luego lo que puedas hacer AHORA es la divisa que defendemos.

El Muy Honorable Zadkiel F. Obomi es el presidente de Beninia.

—Yéndonos poco o mucho al oeste, esta mañana a las 12 AntiMateria se recibió en Washington una dura nota del gobierno de Yatakang, protestando de que unidades navales que trabajaban fuera de Isola habían pasado a aguas territoriales de Yatakang. La Administración será diplomática, pero es un secreto a voces que el territorio de cien islas de Yatakang ofrece refugio constantemente a los piratas chinos que se arrastran desde puertos presuntamente neutrales y asaltan patrullas de los Estados Unidos en alta mar...

Olive Almeiro es la criadora de niños de más éxito de Puerto Rico.

Ya conoces a esos tíos que tienen una, dos, tres tías tras ellos. Ya sabes de esas tías que cada fin de semana se ligan a un tío diferente. ¿Les envidias?
No tienes por qué.
Como cualquier otra actividad humana, ésta se puede aprender. Nosotros la enseñamos, en cursos adaptados a tus preferencias.

Fundación memorial de la Sra. Grundy (Dios quiera que pueda retozar en la tumba).

Chad C. Mulligan era sociólogo. Lo dejó.

—Los incendios de la semana pasada en los bosques estatales de la Costa Oeste, que acabaron con cientos de kilómetros cuadrados de valiosa madera destinada a la fabricación de plásticos, papel y productos de química orgánica, han sido atribuidos hoy oficialmente a un sabotaje, en palabras del Subsecretario de Bosques Wayne C, Charles. Hasta el momento no se conoce con seguridad la identidad de los culpables: los que se llaman a sí mismos guerrilleros, traidores en nuestras propias filas, o bien rojos infiltrados.

Jogajong es un revolucionario.

La palabra es EPTIFICAR.
No busques en el diccionario:
Es demasiado nueva para él.
Pero es mejor que aprendas lo que implica.
EPTIFICAR:
Te lo hacemos.

Pierre y Jeanine Clodard son ambos descendientes de los pieds-noirs, cosa nada sorprendente porque son hermano y hermana.

—Se anuncian tornados en los siguientes Estados...

Jeff Young es el «hombre al que acudir» en cualquier lugar al oeste de las Rocosas para
conseguir los productos especializados que él maneja: espoletas de tiempo, explosivos, termita, ácidos potentes y bacterias de sabotaje.

—Pasando a los chismes: de nuevo corre el rumor de que el pequeño territorio africano independiente de Beninia se encuentra en un caos económico. El Presidente Kouté de Dahomalia, en un discurso pronunciado en Bamako, advirtió a los SO.N.A.D.O.s que si
intentaban explotar la situación se tomarían todas las medidas necesarias para contra...

Henry Carnicero es un proselitista entusiasta de la panacea en que cree.

(RUMOR: Cree todo lo que oigas. Quizá tu mundo no sea mejor que el de los blocas, pero será un poco más vivido.

—El diccionario del felicrimen, por Chad C. Mulligan.)

Es indudable que el hombre conocido por Begi no está vivo. Por otra parte, al menos en
cierto sentido tampoco está muerto.

—También se dice que Burton Dent está de nuevo cambiando de acera, y que fue visto acompañando al antiguo comerciante en combustibles Edgar Jewel en diversos lugares privados esta mañana. Al mismo tiempo, según la Hora del Pacífico, parece que Penelope Koch, su mujer que fue tres años, puede estar cambiando el picar por lo picante con la encantadora Zoé Laigh. Como dice el refrán, ¿por qué no? equivale a ¿puerco, no?

El Sr. y la Sra. Dondequiera son personalidades artificiales; el equivalente del nuevo siglo a los Gómez, excepto por que con ellos no es preciso mantenerse a un nivel social.

Uno compra una TV personalizada, con un accesorio de hogarimagen que garantiza que el Sr. y la Sra. Dondequiera hablan, se mueven y tienen el mismo aspecto que uno mismo.

(FELICRIMEN: Cometiste uno al abrir este libro. Consérvalo, mantente a su nivel. Es
nuestra única esperanza.

—El diccionario del felicrimen, por Chad C. Mulligan.)

Bennie Noakes está sentado frente a un televisor conectado con el canal del EXAMINALISIS, orbitando bajo los efectos de la Viajina y diciendo una y otra vez: «¡Dios, qué idea se me ha ocurrido!».

—Y, para terminar, la Sección de Pequeños Consuelos. Cierto pensador ha imaginado que si se le concediera a cada tío, a cada tía, a cada niña de mis ojos un espacio de treinta centímetros por sesenta, podríamos caber todos en la superficie de 1.658 kilómetros cuadrados de la isla de Zanzíbar. ¡HOY tres de Mayo venGANA ver EL programa de nuevo a las ocho y DIEZ!

VIENDO PRIMEROS PLANOS (1)

EL SR. PRESIDENTE

El Muy Honorable Zadkiel F. Obomi podía sentir el peso de la noche gravitar sobre su cabello canoso como el denso silencio opresivo de un tanque de deprivación sensorial. Estaba sentado en el gran sillón oficial, tallado a mano en un diseño que reproducía, sin copiarlo, el estilo de los maestros tallistas del siglo XVI, algunos de los cuales habían sido antepasados suyos... presumiblemente. Había pasado una larga temporada durante la cual nadie tuvo tiempo para preocuparse de esas cosas.

Sus manos se apoyaban en el borde de la mesa frente a él, tan relajadas como plantas. La izquierda presentaba al techo la palma rosada, con las líneas quebradas que cierta vez, cuando él era niño, habían hecho predecir a una mujer de ascendencia medio francesa y medio shango que llegaría a ser un gran héroe. La otra estaba vuelta mostrando el dorso de caoba, los nudillos semejantes a nudos de árbol, como dispuesta a tamborilear con las puntas de los dedos un ritmo nervioso.

No se movió.

La profunda frente de intelectual y el arco de la nariz del Sr. Presidente eran probablemente de origen beréber; pero, bajo el puente de la nariz y a ambos lados, las ventanas se abrían y los anchos y aplanados labios hacían juego con las mejillas regordetas, la barbilla redonda y la fuerte

pigmentación. Todo ello era shinka. Había dicho a menudo en broma, cuando en su vida tenían cabida las bromas, que su rostro era un mapa del país: invasor desde arriba hasta los ojos, nativo de allí al sur.

Pero los ojos en sí, que constituían la línea divisoria, eran sencillamente humanos.

El izquierdo quedaba casi oculto bajo el párpado caído; estaba inútil desde el intento de asesinato de 1968, y una larga cicatriz fruncía aún la piel de la mejilla y del pómulo. El derecho era brillante, agudo, penetrante... en este momento desenfocado, ya que no contemplaba al otro ocupante de la sala.

La noche muerta sofocaba a Zadkiel F. Obomi, de setenta y cuatro años de edad, primer y hasta el momento único presidente de la antigua colonia británica de Beninia.

Aunque no miraba, estaba sintiendo. A su espalda, la gran nada vacía del Sahara... a casi mil quinientos kilómetros de distancia y, sin embargo, tan monstruosa y dominante que se cernía sobre su mente como una nube de tormenta. Ante él, más allá de las paredes, más allá de la activa ciudad, más allá del puerto, la brisa del golfo al oscurecer, con olor a sal del océano y a especias de las naves atadas al amarradero del puerto. Y a ambos lados, formando los grilletes que le sujetaban las muñecas a la mesa en contra de su deseo —expresado a medias— de moverlas y volver la página siguiente del montón de documentos que esperaban su atención, el peso muerto de las tierras prosperas a las que habla sonreído la fortuna.

La población del planeta Tierra se contaba por muchos miles de millones.

Beninia, gracias a las fronteras trazadas a tiralíneas en el mapa por el gobierno colonial, sólo tenía novecientos mil habitantes.

La riqueza de planeta Tierra era inconcebible.

Beninia, por el mismo motivo, tenía algo menos de lo necesario para salvar a su gente de la inanición.

El tamaño del planeta Tierra era... suficientemente grande, hasta el momento.

Beninia estaba en un pozo y colgando de un hilo, y las paredes se estaban cerrando.

Oyó en la memoria los argumentos, suaves y convincentes.

Con acento francés: *La geografía está de nuestra parte; la estructura del terreno indica que Beninia debe unirse lógicamente con Dahomalia: los valles de los ríos, los pasos de las colinas, los...*

Con acento inglés: *La historia está de nuestra parte; compartimos el mismo idioma común: en Beninia, los shinka hablan con los holaini, los inoko con los kpala, en la misma lengua con que los yoruba se dirigen a los ashanti; unios con la Sociedad Nacional Africana del Oeste y sed otro SO.N.A.D.O. ...*

Bruscamente, la rabia se apoderó de él. Golpeó la pila de papeles con la mano abierta y saltó en pie. El otro hombre de la habitación le imitó, el rostro mostrando alarma. Pero no tuvo tiempo de hablar antes de que el Sr. Presidente saliera en dos zancadas de la sala.

En una de las cuatro altas torres del palacio, en el lado de la isla desde el cual se podía dirigir la vista al verde exuberante de las colinas Mondo y sentir la árida desolación del Sahara mucho más lejos, había una habitación de la cual sólo el Sr. Presidente tenía la llave. Un guardia, en la intersección de dos pasillos, le saludó con un rápido movimiento de la lanza ceremonial; él le correspondió con un gesto y continuó.

Como siempre, cerró con llave la puerta tras él antes de encender la luz. Estuvo durante
algunos segundos en total oscuridad; después apoyó la mano sobre el interruptor y parpadeó con su único ojo ante el brillo súbito.

A su izquierda, reposando en una mesa baja contigua a un cojín sobriamente relleno, una copia del Corán, encuadernada en cuero verde y escrita a mano con caracteres árabes de oro, enumeraba los cuarenta y nueve nombres sagrados del Todopoderoso.

A la derecha, un prie-dieu de ébano labrado al modo tradicional de Beninia hacía frente a una pared de la que colgaba un crucifijo. La víctima clavada a la madera era tan negra
como ésta misma.

Y, frente a la puerta, máscaras negras, lanzas cruzadas, dos tambores y un brasero de un
tipo que sólo los iniciados de la Orden de la Garra del Leopardo podían ver sin su disfraz de piel de su emblema animal.

El Sr. Presidente inspiró profundamente. Se acercó a la mesa baja, tomó el Corán y destrozó metódicamente todas y cada una de las páginas hasta convertirlas en confeti; por último, desgarró a lo largo del lomo la tapa de cuero.

Giró sobre los talones, retiró el crucifijo de la alcayata y lo partió por la mitad. El crucificado cayó al suelo y él pulverizó la forma de muñeco con los tacones.

Arrancó de las paredes, una por una, las máscaras. Las despojó del cabello de paja coloreada, desorbitó los ojos hechos con joyas, rompió los dientes de marfil. Atravesó los parches de ambos tambores con una de las lanzas.

Una vez completa la tarea, apagó la luz, abandonó y cerró la habitación y arrojó la única
llave a la caída de desperdicios más cercana.

CONTEXTO (2)

NOTA EDITORIAL

Apunte fijo VISUAL: brevimágenes, pantallentera, tipatmosférico, orquestadas: primero vista. y foto. desde helicóptero, de entrada, sobre el Embotellamiento de 1977 de la Autopista de Nueva Jersey (3/4 de millón de coches de los c. 16.000 y pico tuvieron que ser aplastados «in situ») mezcladas c. vista de las horas punta en la Quinta Avda., C/ Oxford y Pza. Roja; estas últimas mostrando con preferencia cretinos, imbéciles y mongólicos.

Apunte en vivo SONORO:

—Hoy felicitamos a Puerto Rico por la derrota que ha infligido al grupo que defendía la
crianza de niños. La gente que ha celebrado el XXI encuentra difícil creer que sólo hace treinta años las autopistas y las ciudades estuvieran atestadas hasta el punto de estrangulamiento con masas de metal presuntamente móviles que tropezaban entre sí de tal modo que al fin nos dimos cuenta: ¿por qué preocuparse por dos toneladas de compleja instrumentación de acero que uno no va a necesitar cuando llegue a donde va... que ni siquiera le lleva a uno allí en un tiempo razonable? Aún peor: ¡que acorta la vida mensurablemente, por cáncer y bronquitis, debido a la peste que emite!

«Como las criaturas vivientes, los automóviles expiraron cuando su entorno llegó a saturarse de sus propios excrementos. Nosotros mismos somos criaturas vivientes. No queremos que nos ocurra lo mismo. Por eso tenemos una legislación eugénica. ¡Bravo por el Estado B-menos-U, por unirse a la mayoría de nosotros, que hemos visto venir el peligro y hemos decidido soportar los inconvenientes menores que comporta el controlar el elemento humano del gran espectáculo que habitamos!

«Esta ha sido una nota editorial del New York Times Mayor.

CONTINUIDAD (1)

LA SEGURIDAD CON ACENTO DE CULPA

Todo lo referente a Norman Agudo de la Casa estaba medido: tan medido como una regla de un metro, tan medido como el tiempo, ítem: el grado en que se permitía aclararse la piel y alisarse los rizos del cabello y barba, de tal modo que pudiera explotar el sentimiento de culpabilidad de sus colegas sin dejar de conseguir tener acceso al tipo de chica, blanca, que más hacía por su virilidad, ítem: la nota de excentricidad que manifestaba en su conducta, tanta como se podía tolerar normalmente en un V.Pres. adjunto de una gran empresa y tanta por encima del límite que indicaba que no era un hombre con el que bromear, ítem: la cantidad y naturaleza del trabajo que se arreglaba para que fuera canalizado a través de su despacho, seleccionado de tal modo que las visitas de otros directivos le encontraran envuelto en transacciones enormemente importantes.

Había sido contratado por la Compañía bajo las especificaciones de la Ley de Igualdad de Oportunidades, que obligaba a las empresas como Técnicas Generales a dar empleo a la misma proporción de blancos y afros que hubiera en el país en general, más o menos un cinco por ciento. Al contrario que algunos de los así admitidos, había sido bienvenido con un suspiro de alivio por el entonces V.Pres. a cargo de Personal y Contratación, que casi había renunciado a la esperanza de encontrar suficientes afros que quisieran aceptar las normas de la sociedad que les acogía (¿Un doctorado? ¿Qué es un doctorado? Un trozo de papel higiénico para los blanculos).

Norman A. de la Casa, Dr. en Ciencias, era un buen elemento. Sabiéndolo, el V.Pres. había hecho todo lo posible para ganársele en todos los sentidos.

Perspicaz por tercera vez en su vida (la primera: la elección de sus padres; la segunda: vencer al único otro aspirante al puesto que ahora ostentaba), se dio cuenta de que este nuevo subordinado tenía la capacidad de imprimir su personalidad sobre gente a la que nunca antes había visto y a la que no era probable que volviera a ver. Dijeron más tarde que él tenía el estilo de la Casa. Eso indicaba que, aunque él podía soportar el olvidar a otros, odiaba la idea de que ellos le olvidaran.

El V.Pres., envidiando esta habilidad, se dedicó a frecuentar a Norman de la Casa con la esperanza de que una parte de ella se le pudiera pegar. La esperanza no tenía fundamento. O uno nace con el don o lo aprende mediante un estudio consciente durante veinte años. Norman tenía entonces veintiséis y llevaba preparándose para ello dos décadas.

Pero el V.Pres. recibió algunos retazos intranscendentes y amistosos.

—¿Que qué pienso de él? Bien, su expediente es bueno —hablando juiciosamente, con ganas de hacer concesiones—, pero para mí un hombre que necesita llevar Mas-Q-Linos está básicamente inseguro de su propia capacidad. Acolchan la parte delantera, ya sabe.

El V.Pres., que tenía seis pares, nunca los volvió a llevar.

—¿Que qué pienso de ella? Bien, da un perfil correcto en la hoja de prueba, pero para mí una chica que lleva un vestido Acmax Forlon-Morler por encima de un par de pantalones opacos es del tipo que no consigue terminar lo que empieza.

El V.Pres., que la había invitado a cenar y esperaba recibir en pago el tipo de moneda que se llevaba en el momento, se disculpó con la excusa de una enfermedad imaginaria y se dirigió de mal humor a casa para pasar la noche con su mujer.

—¿Que qué pienso del informe anual? Bien, la gráfica sube con respecto a la del año pasado, pero el nivel de ruido generado por esta operación sugiere que debería estar un quince o un dieciocho por ciento por encima de esta situación. Me pregunto si durará.

El V.Pres., que lo había estado dudando, decidió jubilarse a los cincuenta años con la bonificación en acciones de Grado Uno, en vez de esperar a hacerlo con derecho al Grado Tres, que se daba a los sesenta y era una cantidad doble. Vendió el paquete en cuanto lo tuvo y se mordió las uñas viendo subir su valor mes tras mes. Eventualmente se pegó un tiro.

Fue la sospecha de que la subida de las acciones de TG se pudiera deber a su propia substitución por Norman lo que le mató.

Norman se dirigía ágilmente al ascensor general. Rehusaba utilizar el que llevaba directamente desde el nivel de la calle a la pared de detrás de su mesa.

—Es ridículo que quien tiene que tratar con gente —decía— no se mezcle con la gente con que tiene que tratar, ¿verdad?

Al menos uno de los V.Pres. ejecutivos había dejado también últimamente de utilizar su
ascensor privado.

Pero, en cualquier caso, él subía.

Una de las chicas de la compañía se encontraba allí esperando. Le sonrió, no porque se

conocieran —prefería dejar que se notara que cualquiera que dependiera de la empresa para conseguir chicas era menos hombre que Norman de la Casa—, sino porque el tiempo y el esfuerzo que él dedicaba a nonadas como no utilizar un ascensor privado se traducía en la opinión generalizada de que de los veinte V.Pres. de la empresa el más sociable y accesible era el Sr. de la Casa. Los peones que contaban embalajes en la factoría de electrónica de TG en Virginia del Oeste compartían esta opinión sin haberle puesto nunca la vista encima.

La sonrisa que devolvió automáticamente era forzada. Estaba preocupado. Una invitación para almorzar en la planta presidencial con los ejecutivos principales se podía explicar básicamente de dos modos: podía haber en perspectiva una promoción, aunque la red de escucha de Radio Macuto que cultivaba asiduamente no le había traído ninguna indicación de ello, o bien —lo que era mucho más probable— podían estar planeando una nueva revisión del sistema organizativo. Había pasado sin problemas por dos de ellas desde que heredó su trabajo actual, pero eran una molestia y a veces no podía apoyarse en las personas que había previsto durante meses para deslizarse a puestos de influencia.

¡Al carajo! Puedo arreglármelas con esos blanculos. Lo he hecho antes.

Apareció la luz de descenso del ascensor y sonó una débil campanilla. Norman volvió su atención al aquí y ahora. Encima de la puerta, un reloj conectado, como todos los ,de la torre TG, al famoso cronómetro maestro de critonio indicaba las 12,44 PapáMamá. Si dejaba que la chica tomara el ascensor hacia abajo llegaría un estudiado minuto tarde al almuerzo con los Personajes Altamente Importantes.

Eso debía de ser más o menos lo correcto.

Cuando llegó la cabina cedió el paso a la chica con un gesto.

—Yo subo —le dijo.

Promoción en perspectiva o no, lo decía en serio.

Salió al piso presidencial los pocos momentos previstos por detrás del tiempo teórico. La hierba sintética susurraba bajo sus pies mientras se dirigía hacia el grupo reunido a un lado de la piscina. Cuatro de las chicas más esbeltas de la empresa se divertían, desnudas, en el agua. Pensó en preguntar la conocida broma: «¿Por qué no intenta TG lanzar al mercado tíos de compañía?», y le costó trabajo contener la risa mientras le saludaba la propia Vieja TG.

Con sólo mirar a Talona Georgette Maleche uno no se podía imaginar que era al mismo

tiempo una persona extraordinaria y un extraordinario artefacto. A uno le tenían que decir que tenía noventa años. En el peor de los casos aparentaba sesenta: llena, atractiva, coronada con una cantidad suficientemente grande de su propio cabello castaño para desmentir la antigua acusación de que era más varón que mujer. Cierto que un examen de cerca de su pecho podría revelar la discontinuidad que delataba su utilización de un tranquilizador cardíaco, pero hoy día eran muchos los que llevaban tales aparatos al llegar a la edad de setenta años o incluso menos. Sólo un fisgoneo intensivo había llevado a Norman a saber del transplante de tejido pulmonar, de las válvulas arteriales de plástico, del injerto de riñón, de las sujeciones óseas de metal y de las cuerdas vocales substituidas como consecuencia del cáncer.

Según estimaciones de confianza, era algo más rica que la familia real británica. Una opulencia como ésa podía comprar salud, aunque sólo fuera a plazos.

Con ella se encontraban Amílcar Waterford, el tesorero de la Compañía, mucho más joven que la Vieja TG pero de aspecto mayor; Rex Severo, V.Pres. ejecutivo a cargo de Planificación y Proyectos, hombre de la misma estatura y constitución de Norman que mostraba unos mostachos a lo Dundreary y lo que los Hijos de X denominaban despectivamente un «color de piel no guerrillero» y un afro cuyos rasgos se ajustaban a un molde tentadoramente familiar, aunque no era nadie a quien Norman hubiera visto por la torre de TG antes: cincuentón, rechoncho, calvo, barba kenyata, de aspecto cansado.

Norman consideró una nueva explicación para haber sido invitado a este almuerzo. La última vez que se había encontrado con un extraño de edad mediana en un acto semejante se había tratado de un almirante retirado a quien TG pensaba incluir en la Directiva por sus servicios en establecimiento de contactos. En cambio, se había pasado a un fabricante de turbonaves, con lo que aquello quedó en nada. Pero si este caso era similar a aquél, Norman se iba a mostrar tan insolente como pudiera permitirse sin poner en peligro su carrera. Ningún Tío Tora de boina ensortijada se iba a escurrir a un sillón de la alta Directiva por encima de Norman de la Casa.

—Elias, voy a presentarle a Norman de la Casa, que es nuestro V.Pres. a cargo de Personal y Contratación —dijo entonces la Vieja TG, y el mundo pasó a girar sobre un eje distinto.

Elias. Elias Vara Masíers, diplomático de carrera, embajador de los Estados Unidos en Beninia. Pero ¿qué carajo puede querer TG de un pedazo de tierra como ése, tan pequeño como una lengua de serpiente y clavado como una cuña en África, sin técnicas ni recursos naturales que explotar?

Sin embargo, no había tiempo para especulaciones. Tendió la mano, interrumpiendo con un gesto la breve presentación de TG.

—En realidad no es preciso presentar a nadie al Sr. Masters, señora —dijo enérgicamente—. Una persona con su clase de distinción individual forma entorno para todos nosotros, y tengo la impresión de conocerle bien aun no habiendo tenido nunca antes la ocasión de estrecharle la mano.

Norman pudo percibir en el rostro de la Vieja TG —para ser una mujer que se había construido por sí misma tanto una empresa gigante como una enorme fortuna personal, se le daba sorprendentemente mal el controlar la expresión— el enfado por haber sido interrumpida, debatiéndose con la satisfacción por la delicadeza del cumplido.

—¿Un trago? —dijo por fin, venciendo esta última.

—No, gracias, señora —contestó Norman—. Ya sabe usted, va en contra de la Palabra del Profeta.

¿Beninia, eh? ¿Algo que ver con abrir un mercado africano para el PMAM? Más de medio millón de pavos invertidos en él y ningún sitio en que vender el producto del mayor descubrimiento minero desde Siberia... no puede seguir así. Pero Beninia ni siquiera se puede permitir alimentar a su propia población, según se dice...

Claramente molesta por haber olvidado o no sabido que uno de sus propios V.Pres. era musulmán, la Vieja TG se refugió en un gesto de enfado. El estilo de la Casa era a prueba de eso. Satisfecho con el cariz que estaba tomando la conversación profundamente consciente de la mirada de Masters fija en él, Norman disfrutó hasta la saciedad de los diez minutos de charla que precedieron al desplazamiento a la mesa. De hecho, dio tan por supuesto que el zumbido del teléfono un minuto o dos después de la una era para anunciar el momento de servir la comida, que continuó con la historia que había estado contando —un suave chiste antiafro válido para acompañantes de cualquier raza, bien aderezado con el término despectivo «nariz oscura»— hasta que TG le llamó por segunda vez.

—¡Casa! ¡Casa! Hay problemas con un grupo de visitantes a quienes se les estaba mostrando Shalmaneser! Es competencia tuya, ¿no?

Conservando por reflejo el aspecto calmoso, Norman se levantó del multisillón.

Si esto es algo que han preparado para darme por el culo, les voy a hacer comer mierda. Les...

—Discúlpeme, Sr. Masters —dijo con tono levemente aburrido—. Estoy seguro de que sólo tardaré un minuto o dos.

Y se dirigió al ascensor, furioso.

VIENDO PRIMEROS PLANOS(2)

EL MACARRA

«Hablar sobre el lanzamiento del espectáculo sólo significa que algún ejecutivo gilipollas ató sus cabos Shalmaneser-rompenigcabezas por qué coño perder el tiempo venir todo este trecho hasta Nueva York mejor clima incluso sin bóveda sirve para helarte los huevos aquí dentro mejores tías con menos ropa y mejor hierba para colmar la copa hoy las ocho ya aquí aún no es la una PapáMamá y entre tanta basura no se encuentra la mierda.»

Dentro de la bóveda que alberga a Shalmaneser: frío. Esperando el lanzamiento del espectáculo, que es un modo decorativo de decir cuándo el guía de TG está a punto, y preparado para empezar, la temperatura ha hecho decidir ya a varios del grupo de ciento nueve individuos (algunos de los cuales son turistas, algunos de los cuales son verdaderos fichajes en potencia encantados por los panfletos y anuncios de televisión de la Corporación TG; algunos de los cuales se han visto a sí mismos tantas veces aquí, en las personalidades del Sr. y la Sra. Dondequiera, que no serían capaces de decir por qué se molestan en hacer la visita en la realidad y algunos de los cuales son infiltrados de la propia TG, pagados para hablar en los momentos apropiados y dar la sensación de Cosas Pasando) que no les va a interesar lo que les enseñen. ¡Frío! ¡En Mayo! ¡Bajo la Bóveda Fuller de Manhattan! Y vestidos con zapatos Nidespuma, Mas-Q-Li-nos, falditas y vestiditos Forlon-Morler; cargados de holocámaras Indujap con lámparas monocromas LassieLáser Biltin Sinpeligro, Totalmente Garantizadas, grabadoras reprodinstan OiryVer; con los bolsillos llenos de chorrevólveres Indujap, aturdones SeKuro, karanudilleras que se colocan tan fácilmente como su abuela se ponía los guantes.

Incómodos, mirando a sus compañeros circunstanciales en esta visita con cicerone.

Bien alimentados.

De mirada furtiva, metiéndose tranquilizantes entre las mandíbulas ñam-ñam.

Bien parecidos del copón.

Pensando que cualquiera de esos vecinos que a uno le rozan con los hombros y los brazos podría ser un locri-minal.

Los Nuevos Pobres entre las cosas que pasan.

A Sem Lucas no le gustó el modo en que el guía examinó el grupo cuando por fin se dignó aparecer. Cualquiera que mirara vagamente a tantas personas pasaría por alto a Sem Lucas, individuo: veinte años, un metro ochenta, vistiendo ZaoaTillas DePorte, pantalones Rey y una cazamisa Ónice Rojo con trencillas de cierre de oro verdadero, muy propia de la caída libre.

Vería en cambio un puñado vagamente agitado de marginados, vagabundos y pseudos, de entre los cuales se podían distinguir varios subgrupos. Como Sem y sus compinches de California, venidos a Nueva York en una Jetex Cursión de dos noches y un día, a por algo de diversión y no lográndola. El mundo se comprimía de tal modo que no era posible ni siquiera pellizcarlo y, sin embargo, seguía habiendo ese efecto de alejamiento de las dos costas...

Entre los ciento y pico no había más que cuatro tías de buen aspecto: una orbitando, probablemente sin saber a estas alturas no sólo en qué edificio estaba sino incluso qué plano astral habitaba; dos con tíos a cuyos brazos se agarraban indivisiblemente, y una como si acabara de salir disparada de la SO.N.A.D.O., con cabello a lo afro y piel de regaliz, con la cual no verían nunca a Sem echar una cana al aire.

Las restantes estaban tan arruinadas que era difícil creerlo, llegando al extremo de una vestida con un saco marrón amorfo, cargando con una bolsa grande y pesada de arpillera, con el pelo a cepillo y un rostro nervioso y brillante excepto en donde tenía arrugas o manchas: probablemente una Hija del Divino. Sólo la religión puede decidir a una chica normal a convertirse en algo tan repugnante.

—¿Dónde carajo están las tías? —dijo Sem medio entre dientes. En trabajos de empresa, naturalmente. De todas las megápolis Nueva York era la que más consumía y la que mejor pagaba. Lo mismo ocurría con EleA, aunque allí el empleador era el gobierno, enmierdando a los reclutas hacia la Zona" de Guerra del Pacífico, pero... ¿quién es más rico que un gobierno?

Así que a matar el tiempo. Así que a soportar esta sensación aguda de ser arrastrado alrededor de una bóveda gélida. Así que a esperar hasta mañana a las 9,00 AntiMateria, cuando el avión llevaría a Sem y a sus compinches de vuelta a su querida bahía, al morderse la lengua, oír y obedecer.

—Oye, ¿dónde tienen a Teresa? —murmuró Vil Bajo, el lameculos más íntimo de Sem. Se refería a la novia legendaria de Shalmaneser, fuente de chistes verdes inagotable. Sem no se dignó contestar. Vil había estado de ligompras la noche anterior y llevaba unos camicalzoNYs. Sem estaba disgustado.

Una pareja delante; con no uno, ni dos, sino nada menos que tres chavales al lado: molestos por la atención que atraían de sus envidiosos compañeros de grupo, explicando en voz alta que no eran suyos los tres, sino que estaban sacando de paseo al tesoro de un primo junto con los dos suyos, desairando a la gente a su alrededor, pero no lo suficientemente pronto para no ser los últimos en callarse cuando por fin el guía pidió a los visitantes que se acercaran a él.

—Buenas tardes y bienvenidos a la torre de Técnicas Generales. No tengo que hablar a nadie de TG…

—Entonces ¿por qué no la cierras con pegamento? —musitó Vil.

—…, porque forma entorno para cualquiera en este hemisferio e incluso más lejos, desde la Base Lunar Cero hasta el Proyecto Minero del Atlántico Medio en el profundo suelo del océano. Pero hay algo en nuestras muy variadas operaciones que siempre os fascina, Sr. y Sra. Dondequiera, y es lo que se os va a mostrar.

—Debería fascerrarla bien y fuerte, aunque fuera soldándosela —dijo Vil.

Sem chasqueó los dedos en dirección a los otros dos compinches, que estaban a un paso de distancia, y les indicó por gestos que debían acercarse a Vil desde ambos lados.

—Te vamos a dejar atrás —dijo Sem—. Carajo.. O te echaremos del avión a diez mil metros, y sin ningún cojín para que caigas de culo en él.

—Pero yo…

—Fasciérrala —dijo Sem, y Vil lo hizo con los ojos muy abiertos de consternación.

—Observen la losa de granito bajo la que están pasando, con ese texto grabado mediante un proceso de talla de alta precisión con explosivos de TG. Se decía que nadie podía trabajar piedra natural con explosivos, así que nos dedicamos a ello y lo hicimos, llevando así el lema de la Compañía al primer puesto de la línea.

Un fracasado, cerca de Sem, movió los labios en un susurro audible mientras se esforzaba para interpretar el texto que veía oblicuamente.

—Debajo hemos enumerado los ejemplos más llamativos de la cortedad de miras humana, como decir que los hombres no pueden respirar a más de cuarenta y cinco kilómetros por hora de velocidad, o que un abejorro no puede volar, o que los espacios interplanetarios son los límites de cuarentena de Dios. ¡Prueben a decirles eso a los de la Base Lunar Cero!

Algunas risas serviles. Varias filas por delante de Sem, la Hija del Divino se santiguó al
oír el Nombre.

—¿Por qué hace aquí este frío del copón? —chilló alguien al frente, cerca del guía.

—Si fuera usted vestido con la fibra Policlínica de como yo, no lo sentiría —respondió
rápidamente el guía.

—Claro que no. La tarea principal de Shalmaneser es conseguir de nuevo lo imposible, algo rutinario aquí en TG —el guía hizo una pausa efectista—. Se ha demostrado teóricamente que un sistema lógico tan complejo como Shalmaneser generará eventualmente conciencia, autopercepción, si se le alimenta suficiente información. Y podemos proclamar con orgullo que ya se han producido indicios…

Conmoción. Varias personas se echaron adelante para lograr una imagen de lo que estaba pasando y, entre ellas, Vil. Sem se quedó donde estaba, suspirando. Lo más probable era que se tratara de otra distracción programada. ¿Por qué carajo pensarían estos blocos que la gente no podía distinguir entre un acontecimiento falso y uno real?
Pero…

—¡Blasfemos! ¡Criaturas del Diablo! ¡La conciencia es el regalo de Dios y no podéis construir un alma dentro de una máquina!

… a un infiltrado de TG no se le ordenaría gritar eso.

Había un bloco tapándole la vista: un tío maduro algo más bajo y ligero que Sem. Le empujó a un lado y dejó a Vil entre él y las protestas mientras se inclinaba sobre la barandilla de la balconada. Descendiendo, sujetándose con ambas manos a una de las columnas de seis metros de altura que sostenían la galería, se encontraba la tía del vestido marrón amorfo; en este momento saltaba el último metro y medio y esquivaba al personal alarmado que se apresuraba para interceptarla.

—¡Es Teresa! —gritó alguien intentando ser ocurrente y le contestaron algunas risas bien intencionadas. Pero la mayoría de las personas que

se encontraban en la galería estaban dando al mismo tiempo muestras de miedo. Nunca había ocurrido nada como esto durante una visita del Sr. y la Sra. Dondequiera. La gente que quería ver mejor empezó a tropezar con la que quería salir y, casi inmediatamente, empezaron a alterarse los ánimos y con ellos a alzarse las voces.

Interesado, Sem consideró y rechazó posibilidades. Ninguna Hija del Divino llevaría nada que fuera peligroso a distancia: ni un revólver de descargas, ni armas de fuego, ni granadas, de tal modo que los blocos que estaban corriendo entre chillidos hacia la salida o que se tiraban en plancha al suelo estaban desperdiciando las fuerzas. Por otra parte, en esa especie de saco que llevaba colgado del hombro había espacio suficiente para que cupiera toda un...

Un hacha telescópica de hoja tan larga como el mango plegado. ¡Hum!

—¡Obra del Demonio! —aullando—. ¡Aplastadlo y arrepentios antes de que quedéis
condenados para toda la eternidad! ¡No pretendáis infringir las divinas...!

Arrojó la bolsa contra la cara del mecánico más cercano y cargó sobre Shalmaneser. Un tío que conservaba la calma le tiró un pesado manual de servicio que le golpeó en una pierna haciéndola tropezar y casi caer. En ese momento se agruparon los defensores, armándose con látigos sin mango de cable multiconductor y con soportes de estanterías, que esperaban ser instalados y constituían cachiporras de dos metros de longitud.

Pero, cobardemente, se limitaron a rodearla y no se cerraron sobre ella. Sem curvó los labios en una mueca de desprecio.

—¡Animo, tío! —aulló Vil, y Sem no hizo ningún comentario—. Podría haber dicho lo mismo si hubiera sido apropiado a su postura.

Un chasquido de metal contra metal resonó por la bóveda cuando la chica se enfrentó al
más audaz de sus oponentes, que llevaba uno de los soportes de estantería. Aulló y lo dejó caer como si le hubiera dado un calambre a consecuencia del golpe, y ella continuó
salvajemente el movimiento del hacha.

La mano de él —Sem lo vio claramente en medio de la lucha— volteó libremente en el aire, como una pelota emplumada de tenis de salón, y la hoja mostró sangre.

—¡Vaya, vaya! —dijo entre dientes, y se inclinó tres centímetros más adelante sobre la
barandilla de la balconada.

Alguien azotó a la chica desde atrás con un trozo de cable, dejándole a través de la mejilla y del cuello una marca roja. Ella se encogió, pero no hizo caso del dolor y abatió
el hacha sobre una de las mesas de entrada de datos. Se desintegró en fragmentos de plástico y brillantes componentes electrónicos de pequeño tamaño.

—¡Vaya, vaya! —repitió Sem con algo más de entusiasmo—. ¿Quién es el próximo?

—¡Vamos a salir todos juntos esta noche y armar un poco de cachondeo! —propuso,
excitado, Vil—. ¡Hacía años que no veía una tía con tantos cojones!

La chica esquivó otra embestida y cogió algo de una mesilla de ruedas con la mano izquierda. Lo lanzó en dirección a Shalmaneser y un puñado de chispas marcó el impacto.

Sem estudió pensativamente la proposición de Vil y se sintió inclinado a estar de acuerdo. La sangre que manchaba el hacha había salpicado las ropas marrones de la chica y el herido yacía, aullando, en el suelo.

Sem chupó del filtro de su Joya de la Bahía, sintiendo tomar cuerpo la decisión mientras el humo, diluido automáticamente con cuatro partes de aire, se arremolinaba en sus pulmones. Pero aún estaba en ellos —podía contenerlo durante noventa segundos sin esfuerzo— cuando entró el tramoyista.

CONTEXTO (3)

HAY QUE EMPUJARLE

«No es una coincidencia

(COINCIDENCIA: No prestabas atención a la otra mitad de lo que estaba pasando.

—El diccionario del felicrimen, por Chad C. Mulligan.)

que tengamos locriminates. Soporte: «locriminal» es una adaptación de «Loki». No hagas caso a quien te diga que es un término compuesto de «loco» y «criminal». Se puede sobrevivir a un loco o a un criminal, pero si uno quiere sobrevivir a un locriminal lo mejor es que no esté allí cuando ocurra.

«Antes del siglo XX, la concentración mayor de seres humanos se daba casi con seguridad en las ciudades asiáticas (con la excepción de Roma,

y ya hablaré de Roma más adelante). Cuando se metía demasiada gente por delante de uno, uno se armaba con un panga o un kris y salía a cortar unas cuantas gargantas. No tenía importancia el que uno supiera o no utilizar estas armas... la gente con la que se encontraba estaba en su marco de referencia habitual y moría. Uno se encontraba en el marco de referencia de los berseker. Soporte: los berseker se desarrollaron en comunidades que durante una gran parte del año estaban inactivas en los valles de los fiordos noruegos, con una cordillera inescalable a cada lado, una losa de horribles nubes grises por encima y sin poder alejarse tampoco por mar debido a las tormentas invernales.

»Según un dicho corriente entre los nguni de Sudáfrica, no basta con matar a un guerrero zulú: hay que empujarle para hacerle caer. Soporte: Chaka Zulú tomó por estrategia el apartar a su carne de cañón de los padres, en la primera infancia, y criarles en condiciones de barraca, sin más posesiones que una lanza, un escudo y una funda de caña para el pene y sin la más mínima intimidad. Realizó independientemente el mismo descubrimiento que los espartanos.

«También fue cuando Roma ya se había convertido en la primera ciudad del mundo, con más de un millón de habitantes, que las misteriosas religiones del Este, con sus ideas de miseria autoimpuesta y mutilación propia correspondientes, arraigaron. Uno se incorporaba a los seguidores de la procesión que honraba a Cibeles, tomaba un cuchillo de uno .de los sacerdotes, se cortaba los huevos y corría por la calle agitándolos al aire hasta llegar a una casa con la puerta abierta y entonces los arrojaba sobre el umbral. A uno le daban un vestido de mujer y se unía al sacerdocio. ¡Imaginaos la presión que le hacía pensar a uno que ése era el medio de escape más sencillo!»

—Eres un idiota ignorante, por Chad C. Mulligan.

CONTINUIDAD (2)

LA MANO MUERTA DEL PASADO

Norman salió dando zancadas del ascensor, dispuesto a soltar una de sus explosiones de mal humor, infrecuentes y siempre calculadas, bajo las cuales cualquiera de sus subordinados se encogía culpablemente. Apenas le había dado tiempo a echar una ojeada al interior de la bóveda de Shalmaneser cuando golpeó con el pie algo que estaba en el suelo.

Lo miró.

Era una mano humana cortada por la muñeca.

—Sé, me ahuelo matehno —decía Ewald de la Casa— eha maaanco.

Con sus seis años de edad, Norman alzó la mirada hacia su bisabuelo con ojos muy abiertos, no comprendiendo todo lo que le decía el anciano pero consciente de que era importante, tan importante como no orinarse en la cama o como no hacer demasiada Amistad con ese chico, Curtís Smith, que era de su misma edad pero blanco.

—No eha una cosa lempea e been hesha como lah que se ven ahooha —decía Ewald de la Casa—. No eha un amputao. No se lo habéa hesho un sehuhano e' un hohpetal. Ya sabeh, habéa nasedo ehclavo e…

»Le quehó la mano ehquiehda, ya sabeh. Lo que hiso hué… hué alsah el puño de la iha contra su dueño. Le vohvió la cara del revéh de un goolpe. Así que el amo llamó a sinco o seih de suh capataseh pa' que le encadenaran a un tocóh que tenían en el campo de cuahenta acreh, y con toha natuhalidah cohió una sieehha y…

»Y se la cohtó. Máh o menoh poh aqué —se tocó su propio brazo, escuálido como el caño de una pipa, cinco centímetros por encima del codo.

»No habéa náh que puhiera haseh. Habéa nascdo enclavo.

Esta vez, muy quieto, muy calmado, Norman miró el interior de la bóveda. Vio al poseedor de la mano agitarse y gemir en el suelo, sujetándose la muñeca e intentando encontrar puntos de presión en las arterias sangrantes a través de una niebla de sufrimiento intolerable. Vio la mesa de entrada de datos aplastada cuyos fragmentos crujían bajo los pies del personal aterrorizado y descontrolado. Vio la luz en la mirada de la pálida chica blanca, que respiraba con la profundidad del orgasmo y mantenía a distancia a sus atacantes con la hoja ensangrentada.

También vio, allá arriba en la balconada, a más de un centenar de idiotas.

Pasó por alto lo que ocurría en el centro de la sala y se dirigió a un panel empotrado en la pared de la bóveda. Dos rápidos giros a los cierres y cayó, revelando una red de tuberías fuertemente aisladas, tan entrecruzadas como los pelos de una rata reina.

Giró una válvula de grifo fuertemente apretada, dio un golpe seco a una unión con el canto de la mano, demasiado rápidamente para que la frialdad le penetrara la piel, y se puso una de las mangueras bajo el brazo para poder apoyarse en ella y arrastrarla tras él. Tenía suficiente longitud para sus intenciones.

Contempló a la chica mientras se le acercaba.

Hija del Divino. Probablemente llamada Dorcas, Tabita o Marta. Pensando en matar. Pensando en aplastar. Una reacción típicamente cristiana.

Vosotros asesinasteis a vuestro Profeta. El nuestro murió anciano y cubierto de honores. Vosotros volverías a matar al vuestro, y con ganas. Si el nuestro volviera, yo podría hablar con él como con un amigo.

A dos metros de ella, con la manguera rascando el suelo como las escamas de una serpiente monstruosa, se detuvo. Insegura con respecto a este hombre de la piel oscura y la mirada fría y muerta, dudó, alzando el hacha para golpearle y después cambiando de idea y pensando: esto debe de ser una distracción, una trampa.

Miró salvajemente a su alrededor, esperando encontrar a alguien a punto de cogerla por la espalda. Pero el personal había reconocido lo que Norman traía consigo y se estaba apartando con cuidado.

—No habéa náh que puhiera haséh...

Convulsivamente, abrió la válvula del extremo de la manguera y la sostuvo, contando hasta tres.

Se oyó un silbido, cayó nieve y algo depositó hielo blanco sobre el hacha, sobre la mano que la sostenía y sobre el brazo al que pertenecía la mano. Hubo un momento interminable durante el que no pasaba nada.

Luego, el peso del hacha separó la mano de la chica del brazo.

—Helio líquido —dijo brevemente Norman, como explicación a los que contemplaban la escena, y dejó caer la manguera secamente al suelo—. Si uno mete en él un dedo, se rompe como un palo seco. No lo comprobéis, os lo aconsejo. Y tampoco creáis lo que se dice de Teresa.

No miró a la chica, que se había desplomado —desmayada o posiblemente muerta de la
impresión—, sino sólo a la helada forma de la mano que aún aferraba el mango del hacha. Debería de haberse producido algún tipo de respuesta, aunque no hubiera sido más que orgullo por su propia rapidez de pensamiento: no había nada. Su mente, su corazón parecían tan congelados como ese objeto absurdo del suelo.

Giró sobre los talones y se dirigió de nuevo al ascensor, consciente de un espantoso
desengaño.

Vil se acercó a Sem.

—¡Vaya, vaya! —dijo—. Ha valido la pena venir, ¿eh? Vamos a levantar esta noche un huevo de follón, directamente del ponedero. ¡Esto me ha metido en ambiente del todo!

—No —dijo Sem, con la mirada fija en la puerta por la que había desaparecido el nariz-
oscura—. No en esta ciudad. No me gustan los guardias que tienen aquí.

LAS COSAS QUE PASAN (2)

LA CÉLULA SUAVE

—Ha pasado más de una década desde los tiempos en que el contenido de la Biblioteca
Pública de Nueva York estaba realmente en Nueva York. Hoy día su situación exacta es secreta, pero esto no sólo no ha reducido su facilidad de utilización por los lectores, sino que incluso la ha incrementado.

El sistema de reprografía más versátil jamás desarrollado es la Todo grafía Eastman de Kodak. Vuelva el impreso del revés, corte a lo largo de los renglones con unas tijeras normales, distribuya los pedazos... ¡y cada una de hasta 24 secciones restaurará hasta el 98 % de la información de partida!

Donald Macerdo estaba sentado entre otras 1.235 personas, cualquiera de, o todas, las cuales podría estar consultando el mismo libro o revista que él en cada momento.

Sin embargo, era altamente improbable que nadie más leyera dos párrafos consecutivos idénticos a los suyos. Su estrategia de investigación había sido aleatorizada por Shalmaneser y, como precaución adicional, la trascripción de la misma que llevaba consigo había sido traducida al Yatakangi: un idioma difícil e impopular que se parecía al japonés en que combinaba un grupo confuso de ideogramas chinos con dos silabarios completos, sin ser —sin embargo— una lengua vernácula como el katakana japonés, sino un dialecto bastardo de la escritura árabe importado a las islas del sudeste de Asia al final de la Edad Media por predicadores musulmanes.

RESUMEN. Los autores describen cierta cantidad de casos de genealogía discutible encontrados por el Tribunal de Selección Eugénica

del Estado de Nueva Jersey. Un método válido de detección de los genes responsables del dicromatismo recesivo se

ABSTRACTOS DE ESTRUCTURA CELULAR
REVISTA DE PUBLICACIONES DE ABSTRACTOS SOBRE BIOQUÍMICA
PROCEDIMIENTOS DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS CEREBROQUIMICOS

Si busca usted una bacteria a medida capaz de transformar esos desperdicios de baja graduación en una fuente rentable de azufre, solicite a Minas de Minnesota una muestra de su variedad UQ-14J. El primer millón de organismos: 1.000 $ sin gastos de envío.

RESUMEN. Prueba por ordenador de una fórmula tentativa definitoria del óvulo de Nannus troglodytes. La evaluación indica

La obra de consulta en un solo volumen más útil de que dispone el estudiante contemporáneo de la adicción es DEFORMACIÓN DE LAS PERCEPCIONES SUBJETIVAS, de Friberg y Mahler. Cubre los sujetos de: opio y sus derivados, cocaína y sus derivados, cannabis y sus derivados, píturi, caapi y similares, drogas sintéticas desde el ácido lisérgico al Navegol ® y al Rom necranium ®, etc. Incluye un apéndice sobre la Viajina ®. En formato microcarrete: 75 $ sólo para médicos en ejercicio.

REVISTA DE ECOLOGÍA SOMÁTICA
INFORME SOBRE DEPORTE Y MUTACIÓN
REVISTA DE LA HERENCIA REPTILIANA

RESUMEN. Se presenta un ejemplo de interpretación de las interrelaciones económicas cruzadas en un pueblo de montaña boliviano, como manifestación del síndrome de Mergendahler en la cual los factores energéticos han perdido influencia como consecuencia de los aspectos religiosos, alimenticios y..,

Ahora TG pone a su disposición material genético aislado para las especies Rana palustris y Rattus norvegicus albus. Totalmente Garantizada una contaminación por cruce sexual inferior en todo caso al 0,01 %.

RESUMEN. De vez en cuando, orbitando, Bennie Noakes marca en el teléfono una
conexión con la enciclopedia sonora y se maravilla ante lo que le dice, exclamando: «Dios, qué idea se me ha

SISTEMAS DE COMUNICACIONES
REVISTA DE TECNOGENETICA
ABSTRACTOS DE RESÚMENES DE DOCUMENTOS SOERE BIOQUÍMICA

RESUMEN. Se demuestra que la susceptibilidad a los efectos carcinógenos del tetracloruro de carbono en concentración comercial está relacionada con la conocida capacidad hereditaria, dependiente del sexo, de detectar por el sentido del gusto, en soluciones de menos de 1 g.p.l., la presencia de

Nada resulta más frustrante en el mundo moderno que estar autorizado para procrear y sin embargo carecer de esa capacidad. Nosotros somos especialistas en la reimplantación de óvulos fertilizados externamente.

BOLETÍN DE LA SOCIEDAD PARA EL ORGASMO ABSOLUTO
CRAUNCH : : prosiversépica
REVISTA SOCIOLÓGICA DE LAS HORMIGAS, ABEJAS Y TERMITAS

RESUMEN. Cuando el feo, frustrado y fracasado HANK OGMAN violó a su madre y la dejó embarazada con lo que —casi con seguridad— se trataba de un feto focomélico como consecuencia de la adicción de ella al Navegol, las cosas se presentaban muy negras para el responsable del bloque donde sucedieron los hechos, WALT ADLESHINE. Sin embargo, gracias a la intervención en el último momento de la apasionada y brillante cirujano IDA CAPELMONT, se evitó la tragedia. «¿Cómo podría pagárselo nunca?», preguntó Walt, y ella citó un precio que

Donald Macerdo, bostezando, se levantó de la silla. Nunca tarda más de tres horas en terminar el plan de trabajo del día. Se metió en un bolsillo el libro de notas en el que conservaba la estrategia de investigación y se dirigió sin prisa hacia los ascensores.

CONTEXTO (4)

DE QUE VA EL ROLLO

Desarrollados	En desarrollo	Subdesarrollados
EE. UU., Europa Comunitaria, U R R S, Australia (ejemplos)	China, Yatakang, Egipto, Unión Republicana de Nigeria y Ghana (ejemplos)	Ceilán, Beninia, Afganistán, Mozambique (ejemplos)
Gobierno de la apatía	Gobierno de «partidos	Gobierno

pública	revolucionarios»	desesperado
Moneda sujeta a frecuentes reevaluaciones por inflación	Soportada artificialmente por acción gubernamental	Sujeta a fluctuaciones arbitrarias
Empleo por contrato privado	Controlado por el Estado	Cuestión de suerte
Los medios informativos y de ocio apoyan al gobierno por mecenazgo e inercia política	Controlados directamente por agencias del gobierno, punto de vista monolítico	Gestionados por aficionados y sujetos a lapsos de gusto y fiabilidad
Dieta variada, pero producida en fábricas o en serie, exigiendo suplementos de alto coste	Menos variada, pero distribuida con un eficaz sistema de racionamiento que asegura una calidad equilibrada	Por debajo del nivel de subsistencia, racionamiento administrado ineficazmente
Sanidad: en parte gratuita (maternidad, puericultura, geriatría), el resto de pago, pero de alta calidad	Todos los gastos sanitarios independientemente de su naturaleza, pero generalmente de baja calidad	Todos de pago, pero de una calidad ínfima; algunos Estados contratan curanderos
Servicio militar por reclutamiento: selectivo, mucha evasión; lealtad reforzada por técnicas psicológicas	Reclutamiento general, escasa evasión, lealtad reforzada por el ambiente	El ejército y la marina son modos de escape para las víctimas de la pobreza, sujetos a estallidos revolucionarios y muy independientes del gobierno
Apartamentos generalizados en las ciudades, casas en las zonas de poca densidad de población, dormir en la calle autorizado, pero desaconsejado	Apartamentos generalizados, casas para los que gozan del favor del gobierno, dormir en la calle punible	Casas, chabolas, chozas, ninguna legislación al respecto, mucho hacinamiento
Expresavión, acelera-	Expresavión, autobús	Autobús, camión,

Librodot

túnel, rapitrans, helicóptero, taxi de cartuchos de combustible, autobús de inercia, etc.	de inercia, taxi de cartuchos de combustible, pedalcoche, bicicleta, etc.	bicicleta, animales de carga, etc.
Teléfonos eficientes, de pantalla	Eficientes en las ciudades, pero no en el exterior; sólo algunos circuitos seguros	No fiables . .
Legislación eugénica contra mongolismo, fenilquetonuria, hemofilia, diabetes, dicromatismo, etc.; control estricto	Mongolismo, fenilquetonuria, hemofilia, etc.; control limitado por falta de recursos	Ninguna controlada ni controlable
Ropa sujeta a la moda, en gran parte de usar y tirar por economía	Ropa diseñada y fabricada por el Estado, la de usar y tirar considerada un lujo	De vestidos a harapos; a menudo varias personas visten la misma ropa
Homosexualidad tolerada, ambivalencia presupuesta	Extrema intolerancia; bisexualidad punible y socialmente desaconsejada	Actitudes dictadas por la tradición y la costumbre
Tabaco prohibido por sus efectos cancerígenos	Tolerado pero eliminando los agentes cancerígenos	Fumado
Marihuana legal, extendiéndose	Tolerada	Tradicionalmente extendida
Alcohol extendido a pesar de la legislación	Legal en muchos países, pero no aconsejado	Hecho en casa
Alucinógenos ilegales, tolerados	Ilegales, fuerte control	Demasiado caros
Recursos en decadencia	Vigorosamente explotados	Exportados o gestionados ineficzmente
Población humana	Población humana	Población humana

(SER HUMANO: Eres uno. Al menos, si no lo eres sabes que eres un marciano, un delfín domesticado o Shalmaneser.

Si esperas que te diga más que eso, no tienes suerte. No hay nada más que nadie pueda
decirte.

—El diccionario del -felicrimen, por Chad C. Mulligan.)

VIENDO PRIMEROS PLANOS (3)

¡NI SE TE OCURRA!

—Entonces ¿qué hacemos? —preguntó Sheena Frusler por enésimocuarta vez—. Y no te tomes otro tranqui... ¡Ya me cuesta bastante trabajo hablar contigo tal como estás ahora!

—Estás haciendo todo lo posible por provocarme una úlcera —contestó su marido Frank.

—Mentiroso del copón...

—Entonces lo estás haciendo sin darte cuenta; y eso significa que no se te puede dejar suelta por la calle, y mucho menos reproducir la especie —dijo Frank con el tono desapasionado, alto, casi olímpico causado por los cinco tranquis que ya se había tomado esta mañana.

—¿Acaso crees que quiero tener hijos? ¿Esa no es la canción de siempre, verdad? Carga tú con el pequeño bastardo: ahora lo pueden hacer, pueden atiborrarte de hormonas femeninas e implantarte un óvulo en el vientre.

—Has estado viendo El Caso Televisado. No, quizá no. Debes de haberte sacado eso del
EXAMINALISIS. Es incluso más sensacionalista.

—¡Mierda! Fue Felicia quien me lo dijo la última vez que fui a la escuela nocturna...

—¡Te están haciendo mucho bien esas clases! ¡Aún eres tan fría como Teresa! ¿Cuándo te van a subir al grado de Kama Sutra elemental?

—Si fueras algo más que medio hombre me hubieras enseñado tú mismo...

—La falta de respuesta está en el paciente, no en el agente, y por eso yo...

—Ahora estás citando un anuncio por palabras; ni siquiera un programa de noticias, sino un remitido insertado por algún baboso...

—Debí tener el suficiente sentido común para no casarme con una bloca que sólo tuvo unos toscos estudios universitarios..,

—Debí tener el suficiente sentido común para no casarme con un hombre con daltonismo en la familia...

Hubo una pausa. Contemplaron el apartamento a su alrededor. En la pared, entre las ventanas, había un desconchado amarillo, del mismo color que la pintura que había cuando se mudaron aquí. El cuadro que lo había estado tapando se encontraba ahora en el embalaje de plástico rojo cerca de la puerta. Al lado del embalaje rojo había cinco verdes (quizás acolchados con viruta); a continuación había una docena de negros (quizá sin acolchar con viruta); y también había dos blancos de una altura moderada, apropiada para sentarse en ellos... que era para lo que los estaban utilizando Frank y Sheena.

No había nada en el mueble bar, excepto un poco de polvo y algo de vino vertido, ya seco.

No había nada en la nevera salvo una capa delgada de hielo, en el compartimiento congelador, que se fundiría automáticamente la próxima vez que la unidad de control electrónica entrara en el ciclo de «descongelación».

No había ropa en el armario del dormitorio. El multitriturador rumiaba silenciosamente para sí, atragantándose a medias con un montón de prendas de papel de usar y tirar y con los más de diez kilos de alimentos congelados sin utilizar que, fuera del frigorífico, se echarían a perder.

Los escudos automáticos se habían encajado sobre los enchufes; nunca había vivido aquí ningún niño, pero era ilegal que los enchufes no se autoprotegieran al retirar de ellos la clavija.

Había una carpeta de documentos en el suelo, a los pies de Frank. Contenía un billete de clase turista para dos personas a Puerto Rico; dos documentos de identidad, de los cuales uno estaba marcado con el sello DICROM. HEREDIT. y el otro con el SOSP. DE DICROM. HEREDIT.; veinte mil dólares en cheques de viaje y un informe del Tribunal de Selección Eugénica del Estado de Nueva York que comenzaba: «Estimado Sr. Frusler, siento tener que informarle de que el embarazo de su mujer, desde el primer momento y siendo usted o no el padre, es punible según el artículo 12 del capítulo V del Código de Paternidad del Estado de Nueva York que, hoy por hoy, tiene rango de ley...».

—¿Cómo iba yo a saber que los Benjamines-menos-Uno me lo iban a prohibir? ¡El grupo de defensa de crianza de niños debe disponer de trillones de dólares, y esa cantidad de dinero pesa!

Era un hombre vagamente bien parecido, bastante delgado y moreno, con el cabello y la
constitución propios de una madurez mayor de la que se podría esperar de su edad cronológica de treinta años.

—¡Vaya, siempre he dicho que me gustaría adoptar alguno! ¡Podríamos inscribirnos en una lista de aspirantes a adoptar y tendríamos un niño que alguien no quisiera en menos de cinco años, no me cabe duda!

Ella era una rubia natural extraordinariamente bonita, más llena que su marido, con las medidas dictadas por la moda en curso y obtenidas mediante dieta, y de veintitrés años de edad.

—¿Para qué vamos a ir? —añadió.

—¡Caramba, no nos podemos quedar aquí! ¡Hemos vendido el apartamento y gastado parte del dinero!

—¿No podemos ir a algún otro sitio?

—¡Claro que no podemos ir a otro sitio! ¿Te has enterado de esa gente que acribillaron la semana pasada al intentar colarse a Louisiana? Y ¿cuánto durarían veinte mil pavos en Nevada?

—Podríamos ir allí, quedar yo embarazada y volver a casa...

—¿A dónde? Hemos vendido el apartamento, ¿no entiendes? ¡Y si seguimos aquí después de las seis PapáMamá pueden encarcelarnos. —se golpeó un muslo con la palma de la mano—. No, tendremos que sacar lo mejor que podamos de esto. Tendremos que ir a Puerto Rico y ahorrar lo suficiente para poder ir a Nevada, o quizá sobornar a alguien para que nos dé un pasaporte para el Perú, o Chile, o...

Sonó un golpe en la puerta de la casa.

Frank miró a su mujer, sin moverse.

—Sheena, te quiero —dijo, por último.

Ella asintió y acabó por conseguir sonreír.

—Te quiero desesperadamente —dijo—. No quiero un hijo de segunda mano de nadie más. Aunque no tuviera piernas, le querría por ser tuyo.

—Y yo le querría por ser tuyo.

Otro golpe. El se puso en pie. Al pasar junto a ella para abrir la puerta al grupo que se mudaba la besó levemente en la frente.

CONTINUIDAD (3)

AL CABO DE DIEZ AÑOS

Al salir de la biblioteca, Donald Macerdo miró primero al norte, luego al sur, a lo largo de la Quinta Avenida, preguntándose a cuál de una docena de restaurantes cercanos iría para corner. La decisión pareció inalcanzable durante un momento. Llevaba en su trabajo actual casi diez años; más pronto o más tarde acabaría por anquilosarse.

Quizá no es bueno que uno realice por completo su mayor ambición a los veinticuatro años...

Le quedaban, muy probablemente, otros cincuenta años de vida; tenía también una probabilidad calculable de llegar una década más allá. Y, cuando aceptó la oferta que le habían hecho, no tocó el tema de la jubilación, ni siquiera el de la renuncia.

Oh, tendrían que dejarle jubilarse en algún momento; pero no tenía ni idea de si le
dejarían renunciar o no.

Últimamente algunos de sus conocidos —tenía por norma no tener amigos— habían notado que aparentaba ser mayor de lo que era y que había desarrollado una tendencia a caer en estudios poco brillantes. Se habían preguntado qué demonios podía pasarle. Pero si alguien se hubiera encontrado en condiciones de poder decir: «Donald se está preguntando si puede dejar su trabajo», incluso el más íntimo de esos conocidos, el hombre con quien compartía un apartamento y una serie indefinida de chicas, se hubiera quedado de piedra.

—¿Trabajo? ¿Qué trabajo? Donald no trabaja. ¡Es un diletante que vive de lo que puede, becas de estudios y cosas de ese estilo!

Aproximadamente cinco personas y un ordenador de Washington sabían que no era así.

—Siéntese, Donald —dijo el Decano, haciendo un gesto con una mano elegante. Donald obedeció, con la atención fija en la desconocida que también estaba presente: una mujer de edad media tirando a joven con una estructura ósea delicada, buen gusto en el vestir y una sonrisa cálida.

Se encontraba algo nervioso. En el último número del diario estudiantil de la Universidad había escrito algunas observaciones, arrepintiéndose después de haberlas hecho públicas; aunque, si se le pusiera entre la espada y la pared, la honradez le obligaría a admitir que creía en ellas y seguía creyendo.

—Aquí, la Dra. Jean Poden —dijo el Decano—, de Washington.

La alarmante posibilidad de ver cortada su beca de posgraduado por ser un elemento subversivo desagradecido se cernió sobre la mente de Donald. Inclinó la cabeza, fría y bastante insinceramente, ante la visitante.

—Bien, entonces les dejo para que traten el asunto —dijo el Decano, levantándose. Esto
confundió aún más a Donald. Hubiera esperado que el viejo bastardo quisiera estar presente en la conversación y reírse en silencio: he aquí otro alumno intransigente para el verdugo. Así, Donald no tenía ni idea de las posibles razones para haber sido llamado cuando la Dra. Poden sacó y le mostró el diario estudiantil en cuestión.

—Me ha llamado mucho la atención el artículo que usted publica aquí —dijo vivamente—. Usted cree que algo va mal en nuestros métodos de enseñanza, ¿no es así, Don? ¿Le importa que le llame Don?

—No, si a usted no le importa que le llame Jean —dijo Donald en tono apagado.

Ella le estudió pensativamente. Las cuatro quintas partes de la población contemporánea de Norteamérica se contaban como atractivas o hermosas; una dieta equilibrada y una atención médica adecuada y gratuita habían producido finalmente ese resultado. Y, ahora que empezaba a hacer mella la primera legislación eugénica, era probable que se incrementara la proporción. Sin embargo había algo fuera de lo normal en Donald Macerdo. Sus mujeres solían decir que se trataba de «carácter». En cierta ocasión, una estudiante inglesa que había venido en un intercambio le había dicho que era una *cojomente* y él había tomado ese término como un cumplido.

Tenía el cabello y la barba castaños, algo menos de la estatura promedio, era bien musculado y vestía las ropas típicas de un estudiante de fin de siglo. Así, el aspecto exterior encajaba. Pero algo, debajo...

—Me gustaría conocer sus opiniones —dijo la Dra. Poden.

—Las puede leer en el diario.

—Reconstrúyalas para mí: el ver algo impreso ayuda a menudo a formar un juicio nuevo.

—No he cambiado de opinión —dudó Donald—, si es eso lo que quiere saber —dijo por fin. Al quemar las naves percibió vivamente el olor y los crujidos.

—No estoy preguntando eso. Estoy pidiendo algo resumido todo lo posible en vez de esta... esta queja bastante absurda.

—Muy bien. Mi educación me ha convertido, y también prácticamente a todos mis conocidos, en una máquina eficiente de pasar exámenes. Sería incapaz de mostrarme original fuera del campo limitado de mi propia especialidad, y el único motivo por el que me atrevo a hacer esa excepción es que, aparentemente, la mayoría de los que me han precedido estaban aún más ciegos que yo. Sé un mil por ciento más sobre la evolución que Darwin, eso se da por supuesto. Pero ¿cuándo, entre este momento y el día en que muera, tendré lugar para hacer algo que sea mío y no una glosa del trabajo de algún otro? ¡Sí, claro, cuando consiga mi doctorado, el discurso correspondiente incluirá algo sobre la presentación de una tesis *comilla* original *comilla*, pero lo que querrá decir es que las palabras estarán en un orden diferente del de la última vez!

—Tiene usted una opinión bastante alta de su propia capacidad —comentó la Dra. Poden.

—¿Quiere decir que parezco pedante? Me imagino que es probable. Pero lo que intento decir es que no quiero enorgullecerme de ser absolutamente ignorante. Mire...

—¿Qué carrera va a elegir? —perdido el hilo, Donald parpadeó.

—Bien, algo que me quite el menor tiempo posible, supongo. Para poder utilizar el restante en rellenar los agujeros de mi educación.

—Aja. ¿Le interesa un sueldo de cincuenta mil por no hacer —esencialmente—- nada más que completar su educación?

Donald Macerdo tenía un talento que estaba vedado a la mayoría de la gente: el don de hacer suposiciones correctas. Algún mecanismo, en lo hondo de su mente, parecía estar dando vueltas incesantemente a los factores del mundo que le rodeaba, a la busca de esquemas definidos entre ellos y, cuando aparecía una estructura de ésas, sonaba una campana silenciosa en su cráneo.

Factores: Washington, la ausencia del Decano, la oferta de un sueldo competitivo con el que podía esperar ganar en la industria pero por estudiar, no por trabajar... Había gente, gente de un nivel

extraordinariamente alto, a los que los especialistas tendían a referirse despectivamente como diletantes pero que se dignificaban a sí mismos con el título de «sintetistas» y que dedicaban la totalidad de su vida activa a no hacer nada más que referencias cruzadas entre los diversos campos especializados de investigación.

Aparentemente era demasiado que esperar, especialmente teniendo en cuenta que momentos antes pensaba que le iban a cortar la beca. Tuvo que juntar las manos para impedir que temblaran.

—¿Está usted hablando de síntesis, verdad?

—Sí, soy del Departamento de Diletantes... o, más oficialmente, de la Oficina de Coordinación de Investigaciones. Pero dudo que esté usted pensando exactamente en lo que le voy a proponer. He visto sus expedientes de estudios y tengo la impresión de que podría convertirse en un sintetista si lo quisiera suficientemente, con o sin doctorado —la Dra. Poden se recostó en la silla—. Así que el hecho de que esté usted aquí —quejándose, pero adaptándose a las circunstancias— me hace sospechar que no lo desea lo suficiente. Haría falta un precio muy alto para hacerle tomar ese camino. Sin embargo, creo que puede ser usted suficientemente honrado para seguir comprado. Dígame, si tuviera oportunidad, ¿qué haría para completar su educación?

Donald balbuceó en busca de una respuesta, enrojeciendo ante su propia incapacidad para enunciar planes agudos y decisivos.

—Bien ...eh... creo... historia, particularmente historia reciente; nadie me ha enseñado nada sobre los tiempos más cercanos que la Segunda Guerra Mundial sin cargarlo de basura partidista. Todos los campos que tienen relación con el mío, como la cristalografía y la ecología; sin olvidar la ecología humana. Y, para redondear lo anterior, me gustaría investigar en la crónica escrita de nuestra especie, que ahora tiene una profundidad de unos ocho mil años. Debería aprender al menos un idioma no indoeuropeo. Luego...

—Basta. Ha definido usted un área de conocimientos mayor de lo que un individuo puede abarcar en toda su vida.

—¡No es cierto! —Donald tomaba confianza por momentos—. ¡Claro que no es posible si a uno le han educado como a mí, sobre la base de memorizar hechos, pero lo que uno debe aprender es a extraer estructuras. Uno no se molesta en memorizar la literatura: aprende a leer y tiene un estante de libros. ¡Uno no memoriza las tablas de logaritmos ni trigonométricas: se compra una regla de cálculo o aprende a manejar un ordenador público! —un gesto desamparado—. No hay que saberlo todo. Basta saber dónde encontrarlo cuando se necesita.

—Parece tener usted la actitud básicamente correcta —asintió la Dra. Poden—. Sin embargo, en este punto debo ponerme el sombrero de Mefistófeles y explicarle las condiciones que van unidas a la oferta que le estoy haciendo. En primer lugar, se le exigiría leer y escribir con fluidez en Yatakangi.

Donald palideció ligeramente. Un amigo suyo había empezado a aprender ese idioma en cierta ocasión y se había pasado al chino de los mandarines como alternativa más simple. Sin embargo....

—Me dedicaría con mucho gusto a eso —se encogió de hombros.

—Y el resto no se lo puedo decir hasta que venga a Washington conmigo.

Donde un hombre llamado Coronel —no se informó a Donald de si tenía nombre propio— dijo: *Levante la mano derecha y repita conmigo: yo, Dónald Orville Macerdo... declaro y atestiguo solemnemente...*

Donald suspiró. En aquel tiempo había parecido la realización de sus sueños más altos. Cinco mañanas por semana sin hacer nada más que leer, sin obligación de generar ningún tipo de resultados; simplemente con la petición de que mencionara por correo cualquier asociación de ideas o conexión que detectara y que, según su entender, pudiera ser útil a alguien: avisar a los astrónomos de que una organización de investigación de mercado tenía una nueva técnica de muestreo estadístico, por ejemplo, o sugerir que se informara a los entomólogos de un nuevo problema de polución atmosférica. Sonaba a paraíso, especialmente teniendo en cuenta que quienes le empleaban no sólo no tenían interés en lo que hiciera con el resto de su tiempo, sino que sugerían que hiciera su experiencia tan variada como fuera posible para mantenerse alerta.

Y, en menos de diez años —tenía que enfrentarse con la verdad—, se estaba aburriendo. Casi podía desear que tiraran de la segunda cuerda relacionada con su trabajo, la que le había hecho dudar tanto.

Teniente Donald Orville Macerdo, en este momento queda usted activado y se le ordena
presentarse inmediatamente, repito, INMEDIATAMENTE, ante...

—¡Oh, no!

—¿Le pasa algo, bloculo? —crujió una voz ronca a algunos centímetros de su oreja. Le
empujó un duro codo y un rostro ceñudo se enfrentó al suyo. Confuso, descubrió que sin darse cuenta debía haber tomado su decisión con respecto al restaurante al que ir hoy y se había puesto a caminar entre

la multitud agitada que ocupaba toda la extensión de la Quinta Avenida.

—¿Qué? Oh, no, estoy bien.

—¡Entonces deje de comportarse como si estuviera orbitando! ¡Mire por dónde va!

El hombre con el que había tropezado, airado, le empujó y siguió su camino. Mecánicamente, Donald puso un pie delante del otro, aún bastante aturdido. Quizá parte de su problema fuera que había caído en una rutina automática tal que había perdido la viveza y el interés en el mundo que habían atraído a la Dra. Poden a él diez años atrás, en, cuyo caso era difícil que tuviera opción a renunciar a su trabajo. Era más probable lo que había temido a medias cuando, con un floreo de clarines y un redoble de tambores, habían sacado a la luz a Shalmaneser y él había visto cómo la automatización dejaba anticuada incluso la síntesis.

Y, si iba a dejar su trabajo, quería que fuera en sus propias condiciones, no despedido por incompetente.

Con una leve encogida de hombros contempló la avenida. Edificios de la altura de los muros de un barranco la encerraban, canalizando el tráfico humano bajo la cubierta difusamente brillante de la Bóveda Fuller. Desde luego, no protegía la totalidad del Nueva York Mayor: sólo Manhattan, a la que había devuelto su antiguo atractivo, permitiéndola recuperar más habitantes de los que había perdido en la migración hacia los suburbios de finales del siglo XX. El cubrir toda la ciudad con una cúpula hubiera sido imposible sólo por el coste, aunque diversos estudios de ingeniería habían mostrado la viabilidad del proyecto. Nueva York, sin embargo, con sus trece millones de habitantes, estaba perdiendo más y más la consideración que antaño disfrutara de ciudad más grande del mundo. No se podía comparar con las monstruosas multiciudades que se extendían desde San Francisco a Los Angeles o de Tokio a Osaka, por no hablar de los verdaderos gigantes entre las modernas megápolis, Delhi y Calcuta,
con cincuenta millones de habitantes desfallecidos de hambre cada una: no eran ciudades en el antiguo sentido de edificios agrupados y ocupados por familias, sino hormigueros hirvientes cayendo en ruinas bajo la maza de los disturbios, los robos a mano armada y el simple vandalismo sin objeto.

Sin embargo, aunque según las proporciones actuales había quedado reducida a una ciudad de tamaño medio, aún era tan grande como Donald se sentía capaz de soportar, y seguía teniendo cierto magnetismo. El mayor de los empleadores, el Estado, dominaba la costa Oeste; aquí estaban los siguientes en importancia, las supercorporaciones que eran países dentro de un país. Al frente se

cernía el zigurat colosal de la torre de Técnicas Generales, formando un puente sobre tres bloques completos e imbuyéndole de una sensación de pesimismo. Si renunciaba —si le fuera posible renunciar después de haberle estado bombeando tres cuartos de millón de dólares del Tesoro público— su único futuro se encontraría en un mausoleo como ése.

¡Y mira lo que le ha hecho a Norman de la Casa!

Por las aceras enormemente ensanchadas la gente se apretujaba como insectos, acumulándose en los puntos de acceso a los pasos subterráneos y al metro. En la calzada
central, sólo para asuntos oficiales de emergencia, los coches de patrulla se movían o se
detenían, abriendo camino ocasionalmente para las ambulancias y los coches de bomberos. A ambos lados del centro, los enormes autobuses que zumbaban sin motores —extrayendo su energía de volantes de inercia que eran acelerados hasta la velocidad máxima de giro cuando aquellos cambiaban de sentido en los puntos terminales del trayecto— acarreaban sus cargas de hasta doscientos pasajeros, deslizándose a intervalos de dos bloques en los entrantes de recogida y dejando adelantar a los taxis eléctricos. Ningún motor de combustión interna había sido legal en la ciudad desde que se instaló la Bóveda; la asimilación del CO_2 y de las antropotoxinas procedentes de las propias personas era lo máximo que podía sobrellevar el sistema de ventilación y, en los días cálidos, su transpiración sobrecargaba a veces los acondicionadores, precipitando una especie de llovizna bajo la Bóveda. ¿Cómo lo soportamos?

Había elegido vivir en Nueva York porque nació aquí y porque encabezaba la corta lista de lugares de residencia aceptables que le dieron para escoger: ciudades provistas del tipo de prestaciones bibliotecarias necesarias para su trabajo. Pero ésta era la primera vez que la había contemplado, contemplado realmente con ambos ojos y con toda su atención en quizá nada menos que siete años y, en cualquier lugar a que se volvía, encontraba que se había acumulado otra paja sobre el lomo de camello de la ciudad. Se había fijado en la gente que dormía en las calles cuando volvió de la Universidad, pero no se había dado cuenta de que ahora se contaban por centenares, empujando sus pertenencias en pequeñas carretillas improvisadas y obligados a circular, circular por la policía. No se había percatado del modo en que la gente, al ser empujada, se daba la vuelta a veces y hundía las manos en bolsillos abultados antes de darse cuenta de que no se trataba de un locriminal que les persiguiera. Y, hablando de locriminales: en realidad no había llegado a relacionar el mundo que conocía con los noticiarios que describían cómo alguien se había cobrado siete víctimas en Times Square una noche de sábado concurrida...

Librodot

Le aferró el pánico; la misma clase de terror que había experimentado en la única ocasión en que se aventuró a probar el Rompecranium, la sensación de que no había nadie llamado Donald Macerdo, sino sólo uno más entre millones de maniquís, todos los cuales eran versiones de un Yo sin principio ni fin. Entonces gritó, y el hombre que le había dado la droga le aconsejó no repetir, diciendo que él era su personalidad y que sin ella se disolvería.

En otras palabras: que no había nada dentro. Inmediatamente delante de él se detuvieron dos chicas a contemplar una exposición en el escaparate de una tienda. Ambas tenían la estatura de moda; una llevaba un radio-vestido cuyo diseño superficial formaba un circuito impreso de tal modo que, moviendo la hebilla del cinturón a derecha o izquierda, podía conectar las emisoras que deseara al altavoz oculto bajo el cabello púrpura, la otra un tejido que se ajustaba a la piel, tan crudamente metálico como el armazón de un instrumento científico. Ambas iban con las uñas cromadas como los terminales de alimentación eléctrica de una máquina.

La muestra que les había llamado la atención era de mascotas adaptadas genéticamente. Se habían aplicado a su semen procesos que funcionaban bien sobre virus y bacterias, pero en este nivel más complejo los efectos secundarios eran excesivamente aleatorios: probablemente cada pieza de las expuestas representaba a quinientas que jamás salieron del laboratorio. Aun así, el perro de aguas sobredimensionado y solemne del escaparate
parecía lamentablemente infeliz a pesar del esplendor de su pelaje púrpura, y la carnada de cachorros de chihuahua de color rojo brillante se tambaleaba continuamente como al borde de la epilepsia.

Sin embargo, lo único que parecía importar a las chicas era que el color del perro de aguas coincidía casi exactamente con el cabello de la que llevaba el radiovestido.

Primero uno utiliza máquinas, luego viste máquinas y luego…

Estremeciéndose de pies a cabeza, Donald cambió de opinión y se dirigió ciegamente a un bar en lugar de a un restaurante, para beber en vez de comer el almuerzo.

Por la tarde, llamó a una poetisa aficionada que conocía. Se mostró comprensiva, no hizo preguntas y le permitió dormir la mona en su cama. El mundo tenía mejor aspecto cuando se despertó.

Pero deseaba desesperadamente que pudiera haber alguien —no necesariamente esta chica, ni siquiera una chica en absoluto, simplemente una persona— a quien le pudiera explicar por qué había gemido durante el sueño.

LAS COSAS QUE PASAN (3)

ASUNTOS DOMÉSTICOS

Afro serio de buena pos. busca coinquilin. vistas Long Isl. Apartm. luj. 5 hab. Apdo. NZL4.

—Sí, tengo tres habitaciones, pero no, no es posible aunque te hayan desahuciado. ¿Qué
carajo iba a hacer yo con esa panda de tortilleras de mierda que te siguen a todas partes?
¡Me importa un comino que te hayan equilibrado! [No comparto mi casa con quien no vuela en mi órbita de estricta seriedad!

En Delhi, Calcuta, Tokio, Nueva York, Londres, Berlín, Los Angeles; en París, Roma, Milán, El Cairo, Chicago... ya no se le puede encarcelar a uno por dormir en la calle, así
que no tiene sentido confiar en eso.

Simplemente no hay tanto sitio en las cárceles.

Chica afro busca algo. Versátil. Apdo. NRT5.

¡APARTS. LUJO IDEALES FAMILIAS SOLO 110.000 MÍNIMO 3 HABIT. TODAS
DIVISIBLES!

¡El Servicio de Transbordo de Aceleratúneles hace posible que USTED trabaje en Los Angeles y viva en la atmósfera de aire fresco, de hinchar los pulmones de Arizona; tiempo de tránsito noventa minutos!

—Aquí Laura. Rubia natural, desde luego... querida, bájatelos y deja que te veamos. Ah... supongo que se sobreentiende el asunto de compartir, ¿verdad?

—Eso espero,

—Yo también.

Laura se rió.

Jelex no sólo es lujoso, sino también práctico... ¡pregunte a los que viven en los Estados
de las Montañas y sin embargo pueden tener trabajos en el centro de la ciudad gracias a
nuestro servicio de cinco minutos en las horas punta!

—Es sólo una formalidad, si no le importa. Joven, levante la mano... gracias. Serán cinco minutos. Espere... Lo siento, sólo le podemos dar un permiso de paso por este Estado. Felicidades, de todos modos... espero que sea niño.

CUANDO LA TENSIÓN LLEGUE AL PUNTO DE RUPTURA USTED AGRADECERÁ LAS LLAVES DE TG A UNA VIDA MAS FÁCIL. LOS TRANQUILIZANTES Y LOS PRESERVATIVOS SON SOLO LA PRIMERA PARTE DE LA HISTORIA. NUESTRAS AYUDAS PARA EL FUNCIONAMIENTO BIOLÓGICO NORMAL DE LA MUJER ESTÁN APROBADAS POR LAS LEGISLACIONES DE TODOS LOS ESTADOS.

—Por la barba del profeta, Donald, si hubiera sabido que te gustaban tanto las negras
podría haber elegido...

—Entonces ¿por qué no pruebas alguna morenita alguna vez, por ejemplo una de tipo italiano? ¡Uno que no ha comido más que harina de trigo perfectamente limpia y empaquetada querrá de vez en cuando algunos granos completos!

Pero en cualquier casa tienen que producirse este tipo de problemas,

La agencia de Olive Almeiro le ofrece la oportunidad de su vida. Disponemos de una gama de niños de buena estructura genética por adoptar mayor que la de cualquier otra agencia del campo. Oferta no válida en los siguientes Estados: Nueva York, Illinois, California...

CONSTE EN ACTA QUE: el tener los genes enumerados en el Anexo A que se adjunta será motivo suficiente para el aborto ipso factó a la presentación de la madre ante cualquier Tribunal de Selección Eugénica de los siguientes...

—¿A quién vas a traer para reemplazar a Lucille?

—No lo sé. Aún no he pensado en eso.

EL CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN ESTA LLEGANDO AL LIMITE. Informes de hoy procedentes de fuentes oficiales indican que los inmigrantes a este Estado con permisos de residencia posteriores al 30 de Marzo último podrán elegir entre ser esterilizados o dejar el territorio.

Hemos celebrado el XXI. ¿Y vosotros? Asociación liberal busca parejas o tríos de mentalidad abierta para ampliar el ámbito de sus actividades. ¡Ya tenemos CATORCE niños en el grupo!

—¡Por la barba del profeta, Donald...!

Librodot

—¡Lo siento, ya te he dicho que lo siento! Pero ¿acaso puedo evitar que me canse tu tipo de tías? Laura era nórdica, Bridget era nórdica, Hortense lo era y Rita lo era y Moppet lo era y Corinne lo era. Creo que estás obsesionado, sinceramente.

Pareja de confianza busca ocasiones de cuidar niños, uno o más días p. sem, (certificados presentab. Sólo carac. recesiv. de pies planos) Apdo. NPP2.

CONSTE EN ACTA QUE: el tener los genes enumerados en el apéndice B que se adjunta será motivo de esterilización ipso facta de cualquier niño varón que llegue a la pubertad después de…

—¡Ah, vete al infierno!

—Esa es una actitud notablemente cristiana, Donald. Bárbara y además sin significado.

—Deja de intentar jugar con mis sentimientos de culpabilidad de cretiblanco. A veces me pregunto cómo te las arreglarías en una sociedad realmente antiracista.

—No las hay. Os doy otra generación y añadiréis los genes de pigmentación de la piel negra a lista de…

¡Leo Branksome! ¡Vuelve a casa! ¡Por que estés esterilizado no te vamos a querer menos en absoluto! ¡Eres nuestro niño, nuestro único hijo, y escaparse fue una tontería! ¡Y solo tienes catorce años, recuerda! Tus padres apenados que te adoran.

—¿Treinta y cuatro? ¿Y tienes un genotipo limpio? ¡Dios, debería romperte este vaso en la cara! Nosotros no tenemos más que una sospecha, ni siquiera prueba, de que la madre de Harold sufrió anemia plasmática, y yo daría el brazo derecho por tener niños y tú bastardo presumido puedes quedarte ahí y…

VIENDO PRIMEROS PLANOS (4)

AYUDAS PARA ENMASCARARSE

Consciente de que era un anuncio andante de sus propios tratamientos, consciente de que ni siquiera los focos brillantes de los técnicos de la televisión revelarían el más mínimo fallo en su fachada cosmética, consciente con un placer especial del hecho de que la mujer que habían enviado para entrevistarla estaba sin ningún género de duda menos perfectamente maquillada, Guinevere Acero se dirigía amablemente al micrófono.

—Bien, el éxito de mi Hermoutique se debe a dos factores: la capacidad de mis clientes para reconocer quién se mantiene y quién no esa pequeña distancia por delante de las modas del momento y, del mismo modo, ¡su habilidad para juzgar qué vale la pena y qué no como inversión de su dinero!

Adoptó un gesto orgulloso.

De edad indeterminable, vestía una blusa corta de color amarillo brillante, porque su complexión se encontraba en el rango de las de contextura superficial goyesca; le moldeaba el pecho en curvas casi perfectamente cicloideas, rematadas a ambos lados con un par de sus tapezones controlados a distancia —activados en este momento, porque en una pantalla de televisión producirían un efecto excelente. Siempre estaban a disposición de quien los llevaba; si le interesaba el hombre (o la mujer) con que estuviera hablando, podía dilatarlos con sólo apretar un brazo contra el costado; del mismo modo podía deshincharlos, y había pocas cosas más desmoralizadoras que una mujer le pudiera hacer a un bloco que dejarle ver cómo perdía interés su tejido erógeno

Llevaba una faldita que no era más que un cinturón ensanchado, pues tenía unas piernas
extraordinariamente bonitas. Terminaban en unas sandalias enjoyadas porque tenía empeines altos y curvos, pero no en pies descalzos ya que esos empeines habían sido reconstruidos y en el pie izquierdo aún se veía una cicatriz.

Tenía peinado el cabello en cuatro bucles paralelos, teñidos de plata; las uñas de las manos y de los pies estaban cromadas con más brillo que un espejo y devolvían el reflejo de la luz de los focos hacia la lente de la cámara.

Quedaba a la vista aproximadamente el setenta por ciento de su piel, pero de tal superficie no estaba realmente desnuda ninguna porción más que, quizá, la de las raíces del cabello. Aparte del maquillaje perlado del rostro, llevaba pintura de cuerpo completo, una mezcla personal del especialista en tintes de piel de su propia Hermoutique y, además, casi otros treinta productos que dejaban en la piel un resto detectable. Como toque final le habían trazado en azul, delicadamente, las venas superficiales.

—Bien, creo que es contemporánea en el sentido en que debe serlo —le dijo al micrófono—. No vivimos en el mundo de nuestros antepasados, en el que la suciedad, la enfermedad y... y lo que una podría llamar descuido general dictaba el modo de vida. No, hemos tomado el control de la totalidad de nuestro entorno, y lo que elegimos en lo que se refiere a la moda y a la cosmética está en línea con ese logro.

—Pero la tendencia actual hacia un aspecto más... más natural... —aventuró la entrevistadora.

—Lo que importa es cómo se ve afectada la persona que a una le mira —dijo con complacencia Guinevere—, También le afecta a una, desde luego: estar totalmente segura, como hacemos que estén nuestras clientes, de que la impresión que una va a producir es lo único que cuenta realmente.

—Gracias, Srta. Acero —murmuró la entrevistadora.

Una vez resuelto ese asunto, Guinevere volvió a su oficina privada. A salvo tras la puerta cerrada, pudo hundirse en la silla y dejar salir la amargura en la forma de la boca y el estrechamiento de los ojos.

Encendiendo una Joya de la Bahía, contempló su propio reflejo.

—¿Totalmente segura? ¿En este negocio, cuando mañana el hombre en cuestión o la chica, fuera quien fuera, podía decidir llegar a un acercamiento mayor? Cuanto más elaborada, frágil y encantadora la obra cosmética, mayor era el efecto... y peor el deterioro al ser besada, acariciada y apretada. Había en este momento diecisiete Hermoutiques, una por cada año que llevaba en el negocio; todas traspasadas tras un estudio cuidadoso, a un gerente que tenía que haber trabajado tres meses directamente bajo las órdenes de la propia Guinevere, entrenado para imponerse unos niveles de calidad rigurosos y con un contrato que le obligaba a pagar una comisión importante por el privilegio de utilizar el nombre. Se había tomado toda precaución posible razonablemente, pero ¿quién mejor que una experta en cosmética para saber que los seres humanos son criaturas menos que racionales?

Tengo que distraerme. Tengo que tener unas cuantas ideas nuevas.

Pensó durante un rato.

Eventualmente compuso con letra irregular una lista y alcanzó el conmutador del teléfono, tras otra rápida ojeada a sí misma para asegurarse de que la imagen en la pantalla sería apropiada.

Una fiesta de multas. Un modo siempre bueno para hacer parecer pequeños a los demás. Y al frente de la lista ese nariz oscura orgulloso, Norman de la Casa... lo cual implicaba también el incluir a su triste compañero de habitación. Más todos los que hubieran dejado de visitarla y adularla últimamente.

¿Multas por qué? ¿Sobre el siglo XX? ¿Qué tal? Sería mejor la Roma antigua o algo más excitante, pero ése era el tipo de época de la que se podía esperar que aquel Donald

Macerdo de mierda supiera más que la organizadora sobre lo que era correcto y lo que no según el tiempo. ¿Alquilar un arbitro profesional, algún estudiante empollón especializado? No. Lo intenté una vez y no dio resultado. El niño estúpido se asustó con algunas de las multas y se quedó alucinado —corrección, hay que evitar la multa: se quedó acongojado—; no, tampoco es eso. ¿Acojonado? ¿Jodido? Mirar un diccionario de costumbres del siglo XIX.

Y si, digamos, se pudiera persuadir a Mel Simpasta para que viniera y trajera un poco de ese polvo fascinante con el que están experimentando en el hospital...

Con una especie de alegría salvaje, golpeó las teclas del teléfono.

Di una palabra, aunque sea haz un gesto que no esté en el contexto, y te haré mearte en los pantalones, bastardo negro asqueroso.

CONTINUIDAD (4)

LA NACIÓN DE LOS COINQUILINOS

Cuando Donald llegó a casa a las seis Paca Mamá Norman ya estaba allí, sentado en su sillón Hille favorito, con los pies en un cojín y revisando la correspondencia del día. Contestó al saludo de su coinquilino con un gesto de cabeza distraído.

Para entonces Donald estaba lo suficientemente recuperado del acceso de depresión que
había sufrido al mediodía para darse cuenta de las diversas pistas sobre el estado mental de Norman que proporcionaba la evidencia visible. Por ser musulmán Norman se negaba a probar el alcohol, pero la marihuana estaba socializada tradicionalmente en los países musulmanes de África y se permitía descargar la tensión acumulada durante el día con unos cuantos porros. A pesar del coste excesivo —todos los Estados que habían legalizado la hierba tenían discriminaciones contra la cultivada fuera de sus propias fronteras y la cargaban con fuertes impuestos— fumaba la variedad apropiada a un vicepresidente adjunto de TG: la mejor del mercado, Joyas de la Bahía. Un porro descansaba a su lado en el cenicero, pero el humo subía sin ser atendido.

Aún más: en el suelo, a sus pies, como arrojada a un lado en un momento de impaciencia, yacía una foto todográfica, una serie fluida e interminable de líneas de luz y sombra que se repetían rítmicamente, a lo largo de cuyo borde se veía impresa la identificación de la Oficina de Investigación Genealógica.

Donald había aprendido tiempo atrás a aceptar como una manía de su coinquilino la susceptibilidad a los diversos panfletos de dudosa honradez sobre Investigación Genealógica que satisfacían, en esta época obsesionada por la descendencia, a las personas preocupadas por su genotipo. Era la primera vez que no veía a Norman ir a buscar inmediatamente su lector monocromo para estudiar el último envío recibido en la correspondencia.

Conclusión: algo había perturbado gravemente a Norman, le había sacado totalmente de su órbita normal.

En consecuencia no intentó empezar una conversación, sino que se dedicó a su propia rutina de llegada a casa: comprobar si había llamadas personales en el teléfono, grabadas mientras él estuvo fuera —no había—, recoger el correo, que siempre era abundante y compuesto principalmente de propaganda, de su buzón y servirse un poco de güisqui del mueble bar antes de tomar asiento en su propio sillón.

Pero no se puso inmediatamente a leer el correo. En cambio, contempló lo que le rodeaba con un algo de nerviosismo, como si esperara que este lugar conocido adoptara también esa especie de calidad extraña que había experimentado en la calle a mediodía.

La sala de estar diáfana a la que se llegaba directamente desde la puerta de entrada era la zona del apartamento que utilizaban en común. Incluso así no contenía apenas nada que hiciera referencia a Donald Macerdo. Había sido decorada y amueblada en parte antes de que Norman consintiera en aceptarle como coinquilino; al mudarse aquí, había aportado algunas cosas como este sillón, algunos adornos que recibieron la aprobación de Norman y el mueble bar —ya que no bebía, Norman no tenía antes nada más que ese pequeño botellero que la costumbre imponía en las casas de quienes tenían amistades no musulmanas—. Estas cosas, sometidas a examen, no darían una imagen definida de la personalidad de Donald Macerdo. Además todas se encontraban en una misma parte de la habitación, como si una frontera indefinida separara a los ocupantes del apartamento.

Por otra parte, apenas se podía decir que el lugar reflejara tampoco el carácter de Norman. El darse cuenta de ello supuso una sorpresa pequeña para Donald. Pero de repente vio que había una estrategia implícita en la elección que Norman hacía tanto del mobiliario como de los colores. El rojo brillante de las paredes, la reproducción de una obra de William Morris en la alfombra, el Picasso, el Pollock y el Moore —incluso el sillón Hille gastado— parecían calculados, como si pudiera presentarse por sorpresa un alto ejecutivo de la empresa y mirar a su alrededor, para asentir ante la impresión que producía el conjunto y decidir que Norman de la Casa era un buen carácter, serio, merecedor de promoción.

Donald contuvo un estremecimiento, preguntándose si ese intento de mostrar un aura de solidez y fiabilidad podría estar dirigido a él tanto como a otros visitantes de más influencia.

Sólo un objeto de la habitación desentonaba —sus propias posesiones eran evidentemente demasiado neutrales para tener importancia, lo cual era probablemente el motivo de que Norman hubiera permitido que siguieran aquí a la vista—, y era el poliórgano que se encontraba detrás del sillón de Norman, en el rincón más alejado de la habitación, propiedad de su chica actual, Victoria. Parecía marginalmente demasiado moderno, demasiado chillón para encajar con el resto del decorado; pero era algo inevitablemente transitorio.

¿Podría ser que el dormitorio de Norman fuera un reflejo más honrado de él? Donald llegó a la conclusión de que era improbable. El suyo no lo era porque, al menos en teoría, ya que no en la práctica en este momento, se compartía con una chica de paso. Aparte, cada uno de ellos disponía de otra habitación más pequeña en la cual la intimidad era total. Donald no había puesto jamás un pie más allá del umbral de Norman, aunque había mirado a través de la puerta abierta. Había visto demasiado poco para juzgar si aquello estaba realmente personalizado. El suyo... probablemente no. Era más una biblioteca que otra cosa, y la mitad de los libros habían sido escogidos siguiendo órdenes de quien le empleaba, no en función de sus propios gustos.

Si las consecuencias de tener que compartir un apartamento eran así de negativas —pensó—, ¿cómo podría justificar su preferencia y la de Norman por ese sistema, así como la divulgación cada vez mayor de tal costumbre, a un extranjero de un país menos rico —y por tanto menos atestado de gente— o a un anciano que recordara los tiempos en que la aspiración principal de un universitario aventajado era un lugar completamente suyo?

Bien... había una ventaja evidente, aparte de cierta cantidad de otras adiciones de menor importancia. Lo más fácilmente comprobable era que el compartir el piso les permitía a ambos disfrutar de un nivel de vida que, en lo referente a espacio y comodidad, superaba al que cualquiera de ellos se hubiera podido permitir por sus propios medios. A pesar de su sueldo de TG, a Norman no le hubiera resultado nada fácil vivir tan bien de otro modo, especialmente teniendo en cuenta cómo se habían disparado los precios desde que se levantó la Bóveda Fuller.

Algunos de los incentivos secundarios eran casi tan evidentes como ése; así, el caso del intercambio de tías que se tomaba como algo presupuesto. Otros eran más sutiles, como la conveniencia de poder dejar suponer a los extraños que no se limitaban a vivir juntos, sino que vivían juntos. Acababa por ser tan aburrido el que a uno le preguntaran

una y otra vez: «pero, si estás autorizado a ser padre, ¿por qué no lo eres?»...

No había nada en su propio correo que le llamara la atención; Donald dejó caer todo el montón en el multriturador. Dando un trago a su bebida, se dio cuenta de que Norman le
había mirado y forzó una sonrisa.

—¿Dónde está Victoria? —preguntó, a falta de alguna otra cosa que decir.

—Duchándose. Huele, y se lo he dicho —el tono de Norman era ausente, pero tras las palabras Donald pudo detectar toda la bohemia al revés del afro moderno.

Sucio bastardo negro...

Ya que Norman no parecía predispuesto a continuar el diálogo, dejó vagar su atención de nuevo hacia la fotografía todográfica del suelo, Recordaba el último envío que había visto, uno que Norman se había dejado por descuido en esta habitación; decía que un análisis genético minucioso no revelaba más que una tendencia a la rotura de uñas en ambos padres del sujeto. Se trataba de una mentira tan evidente que había pensado en informar de ello al Ministerio de Mejora de Métodos. Ni siquiera en este año de gracia tenía uno más que una probabilidad de un cuarenta o sesenta por ciento de demostrar quién era su padre en base a una evidencia tan exigua, por no hablar de rastrear la parte aria de una herencia genética predominantemente afro.

Pero había cambiado de idea sobre presentar esa queja, por miedo de descubrirse.

Dios, si hubiera sabido que iba a ser una vida tan solitaria creo que habría...

—¡Hola, Donald! —dijo Victoria, saliendo del cuarto de baño de Norman rodeada de una nube de vapor y de Perfu-siglo XXI, de Arpége. Pasó a su lado y tendió una pierna sobre los muslos de Norman, retadoramente. —¡Huéleme ahora! ¿Qué tal?

—Muy bien —dijo Norman sin levantar la cabeza—. Ve a ponerte algo encima, anda.

—Eres un sangrón. Me gustaría que no me cayeras bien.

Pero lo hizo.

Al oír el sonido de la puerta del dormitorio cerrándose Norman se aclaró la garganta.

—Por cierto, Donald, tenía intención de preguntarte algo. ¿Vas a hacer algo sobre...?

—Cuando encuentre alguna que merezca la pena —murmuró Donald.

—Llevas diciendo eso semanas, ¡maldita sea! —dudó Norman—. Sinceramente, he estado pensando que podría estar mucho mejor si tomara a Horacio en tu lugar... sé que está buscando un tatami libre.

Alarmado de pronto pero ocultando tal reacción, Donald miró directamente a su coinquilino. Superpuesta a su imagen vio, tan claramente como si estuviera aún en la habitación, a Victoria: una rubia natural nórdica, alta, del único tipo que siempre había traído Norman al apartamento.

¿Lo dice en serio?

Su propia última chica permanente, Gennice, había sido su preferida: no una de las tías que trabajaban el circuito de los ejecutivos como la mayoría de las que habían tenido, sino una mujer de personalidad fuertemente independiente, de casi cuarenta años y nacida en Trinidad, El motivo por el que la había reemplazado fue en parte una falta de gusto por ella y en parte la impresión de que podría encontrar rápidamente una equivalente.

Se sintió turbado de pies a cabeza de nuevo, confuso casi hasta la náusea... era lo último que hubiera esperado en su propia casa. Creía que se había formado una imagen correcta de Norman, identificándole y clasificándole como el tipo de afro autoconsciente que se encontraba en un difícil equilibrio entre el deseo de tener un compañero de piso blanco y una molestia mal oculta por la preferencia del mismo por las chicas afro. Pero Horacio, a quien acababa de hacer referencia, era algunos tonos más oscuro que el propio Norman.

Se sintió aliviado cuando sonó el teléfono. Mientras contestaba la llamada e informaba por encima del hombro a Norman que se trataba de Guinevere Acero, invitándoles a una
fiesta de multas, se reafirmó en privado, mentalmente, en la conclusión a que había llegado. Norman debía de haber sufrido una experiencia traumática hoy.Sin embargo, si se hubiera abierto y lo hubiera dicho claramente, se hubiera arriesgado a que Norman llevara a efecto su amenaza; el afro no podía soportar que nadie viera a través de la máscara de serenidad que mostraba habitualmente.

Y no creo que fuera capaz de aguantar el ajustarme otra vez desde el principio a un extraño tal como me he adaptado a Norman. Aunque no pueda decir que seamos amigos.

—¿De qué va esa fiesta de multas, a propósito?

—¿Eh? —Donald, que se estaba sirviendo otra medida de güisqui, volvió la cabeza—. ¡Ah! Sobre el siglo XX.

—La idea es hablar y comportarse como en aquella época, ¿no? —Donald asintió—. Es la clase de estupidez que uno esperaría de ella, ¿verdad?

—Claro que es algo estúpido —asintió Donald, con sólo la mitad del pensamiento puesta en lo que estaba diciendo—. Vive tan obsesivamente en el aquí y ahora que probablemente cree que el siglo XX era un conjunto sólido cualquiera de ideas y conducta. Dudo que recuerde que ella misma se encontraba en él hace diez años. Así que tendremos gente alrededor diciendo: «me doy el bote a las diez» y «paso de todo, tío» y vistiendo faldas vaqueras y jerseys sin sujetador, todo hecho macarrónicamente y sin sentido.

—No pensaba en eso —dijo Norman—. Consigues que parezca aún peor de lo que me había imaginado.

—¿En qué estabas pensando? —preguntó Donald. En el fondo de su mente percibía a medias una necesidad de hablar… no tenía que ser necesariamente sobre el impacto emocional que había experimentado antes. Cualquier clase de conversación valdría, siempre y cuando pudiera abrirse y sentir que no estaba guardando ningún secreto. La tensión de no comunicarse nunca realmente con nadie estaba afectándole a los nervios.

—Vaya —las comisuras de la boca de Norman se curvaron hacia abajo sugiriendo amargura—, me jugaría algo a que soy el primer afro en su lista de invitados y, ya que he aceptado, seguiré siendo el único; y alguien habrá sido instruido para hacer el papel de —digamos— esclavista… y ella se las arreglará para que un grupo de sus lameculos se una para exigir que se me multe por no comportarme como el Tío Tom.

—¿En serio piensas así? Entonces ¿por qué carajo aceptaste?

—Oh, no me lo perdería por nada del mundo —dijo Norman con una mueca de satisfacción macabra—. El siglo pasado ocurrieron una buena cantidad de cosas además de las que le gusta recordar a Guinevere, y yo disfrutaré pasándoselas por delante de las aristocráticas narices.

Hubo una pausa. Ambos la percibieron como insoportablemente larga. Norman se había fumado apenas la mitad de su Joya de la Bahía, lo cual no era suficiente para perturbarle el tiempo subjetivo; pero, habiendo traspasado el límite de ese tema, por encima de todos los demás, sobre el que la gente como él prefería no ser demasiado explícita, no podía continuar: Circunstancia de la que Donald era totalmente consciente. Sin embargo, en lo que a él se refería, el conjunto de referencias al siglo XX pronunciadas había puesto en marcha en su mente una cadena de asociaciones, que se ramificaba y se ramificaba, hasta que ya no pudo decir qué puntos podían ser transcendentes con respecto a lo que habían dicho al principio y cuáles no.

Quizá no debí hacer ese comentario sobre echar a Donald y traer a Horacio. Algo tiene de bueno el vivir con un cretiblanco, especialmente del tipo preocupado e intelectual de Donald: que nuestros problemas privados son suficientemente distintos como para no reforzarse y multiplicarse entre sí.

Me pregunto qué le habrá pasado hoy a Norman... Algo le ha impresionado, de eso no cabe duda. ¿Qué se sentirá estando metido en su cabeza? Los Hijos de X no aprueban a la gente como él, con su obsesión por las rubias de ojos azules. La empresa lo acepta probablemente sin más, desde luego; aquel cambio de mentalidad de los años ochenta y noventa aún proyecta su sombra: «¡hoy día la compañía ideal de un hombre de empresa es una miembro extraordinariamente fea de otro grupo racial, sin padre conocido y con dos doctorados en filosofía!»

Pero una compañía no basta para reemplazar una afinidad.

Me gustaría preguntarle por qué le disgusta tanto Guinevere. Yo puedo tomarla o dejarla, y siempre tiene gente útil para sus fiestas, así que a mí no me importa una pizca de ballescoria. Nota al pie: debo intentar descubrir cuándo se deslizó al lenguaje de la calle esa expresión; si no recuerdo mal era la masa que quedaba después de prensar la grasa para extraer el aceite. Quizás el motivo fue la vergüenza pública cuando se descubrió que era demasiado tarde para salvar las ballenas. La última fue vista... ¿cuándo? En el ochenta y nueve, creo.

Envidio esa sensación de despego que da el comportamiento de Donald. De todas formas nunca me atreveré a decírselo. Podría tratarse simplemente de lo mismo que presento yo: una máscara. Pero Guinevere es una... y él no parece darse cuenta. Lo que le molesta de la fiesta que ha propuesto es, como él mismo ha dicho, la incongruencia de considerar al siglo XX un todo compacto. Y no lo fue. ¿Quién lo puede saber mejor que uno de nosotros?

Voy por detrás de los tiempos que corren. Por la barba del profeta, estoy prácticamente
anticuado. Sí, soy un V.Pres. de la corporación más rica del mundo, pero... ¿acaso he tenido éxito en lo personal? Me he limitado a cortar camino aprovechando los sentimientos de culpa blandos y podridos que sufren estos cretiblancos hasta llegar a mi ponedero bonito y cómodo. Y aquí estoy.

Pero las Guineveres de nuestro mundo no son más que la espuma que corona la ola. Dibuja unas estructuras transitorias y espectaculares, pero lo que modifica las formas de la costa son las corrientes subterráneas. Puedo percibirlas desde donde estoy sentado.

Imagínate a un V.Pres. de una gran empresa compartiendo su apartamento, hace cuarenta años, con un presunto diletante independiente y con dinero. Para empezar, jamás le hubieran ascendido a ese puesto. Hubieran buscado algún tío con una mujer presentable y no les hubiera importado que la pareja se tirara los platos a la cabeza en privado ni que enviaran a los niños de internos a algún colegio y en verano a los campamentos, o a cualquier otro sitio que pudieran para quitárselos de encima. Hoy día no les importaría una pizca de ballescoria ni siquiera el que durmiéramos juntos. Eso no produce niños, lo cual es bueno. Todo el mundo presume de sus hijos o se queja de que no les autorizan a tenerlos..., pero nunca hubieran votado a favor de la ley eugénica si no hubieran tenido una sensación secreta de alivio. Nos encontramos en un punto de ruptura en el que incluso nuestros propios hijos se suman insoportablemente a la competencia de los otros seres humanos. Hoy día nos sentimos mucho más culpables por quejarnos de los niños de los demás que por la existencia de gente cuyos instintos no incluyen el propagar la especie.

Puestos a pensar en ello, reproducimos la raza no sólo física, sino también psicológicamente en cierto sentido. Y venimos tendiendo a darle menos y menos importancia al aspecto físico. Muchos de nosotros hemos renunciado ya a él. Debemos nuestra inteligencia —la que tengamos— a haber extendido el período de crianza, la época en que domina el lustprinzip, más allá de cualquier límite razonable. Me pregunto si éste es otro modo de alargarlo aún más. Eso explicaría la aparición del circuito de tías, el hecho de que las ciudades más grandes del mundo estén llenas de mujeres que jamás han tenido un hogar permanente, sino que viven sin equipaje y duermen una noche, una semana, medio año en donde haya un hombre con un apartamento que compartir. Tengo que ver si Mergendahler ha publicado algo sobre esto.., parece su terreno. Ojalá Mulligan no lo hubiera dejado; ¡le necesitamos para que nos diga dónde estamos, necesitamos su agudeza como el comer!

No, no es a Donald a quien debo poner en la calle. Es a Victoria. Donald me ha hablado mil veces de mi preocupación por las tías blanculas y nunca le he prestado atención, pero está en lo cierto. ¡Por la barba del profeta, cuánta palabrería sobre la emancipación! Sólo una de las tías que han estado entrando y saliendo de este apartamento como dosis de laxante genital era asombrosamente guapa, sensible, realista, maravillosa en la cama y además un tipo de persona completa, redonda y equilibrada. Era Gennice, traída a casa por Donald, no por mí, y yo no la valoré lo justo porque era una nariz-oscura. Debo de estar pirado. ¡Debo de estar fuera de quicio, del quicio de la puerta de mi estúpida mentalidad de esclavo!

¡Emancipado! ¡Alá se apiade de mí, soy más prisionero de la circunstancia histórica que la antigua Guardia Roja de Pequín!

Me pregunto si nos conocemos hace suficiente tiempo para que piense en mí como Donald-persona en vez de como Donald-cretiblanco. Me pregunto si su imagen de mí es correcta. Para tener una seguridad completa creo que debería adelantarme a su amenaza e irme. Estar en contacto durante tanto tiempo y tan íntimamente con una persona es lo que el Coronel llamaría erosivo. Es curioso cuánto tiempo se me ha fijado en la cabeza esa palabra que utilizó... De todos modos no me cabe duda de que me vigilan. Si creen que estoy poniendo en peligro mi coartada me lo dirán.

Si me lanzara de pronto y le dijera a Norman: «No soy un parásito repugnante y perezoso que haya heredado una fortuna y se comporte como un sintetista de mierda porque no tenga ningún talento creativo... ¡soy un espía!»...

Sería una estupidez.

Me pregunto si voy a volver a tener pesadillas, corno encontrarme mañana en un avión que no sé a dónde va. ¡Oh, no es como al principio, soñando con una llamada a medianoche! Ahora no es probable que me saquen del dique seco... Han pasado diez años, me he adaptado y, aunque me sienta deprimido a veces, me gustan las cosas tal como son. Preferiría no tener que ajustarme a otro como lo he hecho con Norman. Antes pensaba que me las podía arreglar sin amigos tan íntimos como para que fuera una marranada sostener la mentira en lo que les afectara. No creo que pueda. Pero al menos, en el caso de Norman, puedo ponerme a mí mismo la excusa de que es demasiado tarde para decirle la verdad; ya hemos compartido demasiado. Si tuviera que llegar a una confianza semejante con algún otro no creo que pudiera mantener la comedia.

¡Dios mío, espero que las previsiones que hicieron de sus necesidades de personal cuando enviaron a Jean Poden para enrolarme estuvieran equivocadas!

Todo se está desmoronando de golpe. Alguien me ha revuelto la cabeza con un palo. Cualquiera diría que he estado tomando Rompecranium en vez de simplemente mi clase normal de hierba. Tengo que aferrarme a algo cuanto antes o me romperé en pedazos.

Nunca he hablado realmente, lo que se entiende por hablar, con ese tío del otro sillón. Me pregunto si puedo. Porque, si puedo, será que hoy me ha ocurrido algo realmente, que no fue sólo una impresión momentánea.

Pero no puedo hacerlo por las buenas. Tengo que acercarme al tema por un camino
lateral, dando un rodeo.

Sin duda el modo más rápido de averiguar lo que piensa de mí será preguntarle...

—Donald...

—Norman...

Ambos rieron con cierto nerviosismo.

—¿Qué ibas a decir?

—No, no... tú primero.

—De acuerdo, como quieras. Donald, ¿qué sabes de Beninia que me pueda refrescar la
memoria?

CONTEXTO (5)

EL GRAN FEUDO

«Con no pocas dificultades, nos las hemos arreglado para asimilar la evolución, tal como la expuso Darwin en lo que se refiere a los atributos físicos, al cabo de los primeros cincuenta años de discusiones (digo "nos", pero si eres un fundamentalista de esos que se machacan la Biblia espero que en este momento cojas el libro por una esquina, con el brazo estirado, y lo archives con cuidado en el lugar en que guardas tus ideas más delicadas junto con cualquier otra cosa cuya existencia te niegues a reconocer, tal como la mierda, principalmente).

»Aún no hemos asimilado la verdad de que la evolución es aplicable también a las funciones mentales... de que, por el hecho de ser perro un perro y delfín un delfín, poseen una conciencia y una sensación de identidad personal, distintas de las nuestras, pero no necesariamente inferiores. ¿Es acaso una manzana inferior a una naranja?

»Pero lo que estoy intentando decirte es lo que te está pasando, no lo que le está pasando a Crepé Suzette, tu perro de aguas neurótico. Probablemente se puede localizar un buen psicólogo veterinario llamando a Información. No le creerías si empezara a explicarte cuánto tienes en común con esa mascota tuya y, con toda probabilidad, tampoco me creerás a mí. Pero si te molesto lo suficiente puedes al menos intentar encontrar argumentos que demuestren hasta dónde estoy equivocado.

«Entonces, básicamente: tenéis dos cosas en común. Tú eres un animal gregario; también lo es el perro. Tú eres un animal territorial; también lo es el perro (el hecho de que nosotros delimitemos nuestros feudos con paredes en vez de con orina es irrelevante).

»La imagen del Hombre como el Noble Salvaje que mantiene a raya a los lobos a la entrada de la cueva, sólo con su maza, mientras la mujer y los niños se acurrucan al fondo, no es más que un montón de ballescoria. Cuando estábamos en la época de refugiarnos en cuevas, nuestra costumbre sería casi seguramente agruparnos en manadas como hacen los mandriles aún hoy; y, cuando los perros-mandriles se desplazan a algún territorio, todos sus habitantes —¡fíjate bien, todo se alejan—. Quiero decir que por ejemplo los leones cambian de aires; y un león no es lo que se podría decir una criatura sin defensas.

»Los leones son bastante solitarios, tienden a trabajar en parejas en un feudo que les da las suficientes oportunidades de sobrevivir. O no, según la presión exterior del resto de los miembros de la especie (prueba a tener un gato con todos sus atributos de macho y verás este proceso en miniatura). Los animales gregarios tienen un factor evolucionado: en unión son letales. Los leones lo aprenden de cachorros y desdeñan después su utilización, que es por lo que los mandriles les pueden comer el terreno.

«Nota importante: dije "todos sus habitantes", no "toda la fauna". Tú no reconocerías a tus ancestros como personas, pero lo eran y tú lo eres aún. Aquellos antepasados eran unos bastardos arrogantes... ¿cómo, si no, llegaron a convertirse en la especie dominante de esta bola de mierda? Tú has heredado de ellos prácticamente todo lo que te hace humano, además de algunos añadidos posteriores tales como el lenguaje. Tú recibiste la territorialidad junto con lo demás. Si alguien la pasa por alto es posible que te conviertas en un asesino... aunque si no te gusta la idea te puedes matar a ti mismo, que es una de las actitudes que podemos tener por exclusivas de nuestra raza.

»La territorialidad funciona así. Toma unos cuantos animales de reproducción rápida, por ejemplo ratas —o incluso conejos, aunque son roedores herbívoros, no carnívoros como nosotros— y déjales multiplicarse en un espacio cerrado, asegurándote en todo momento de que tienen suficiente comida y agua. Pronto empezarás a verles comportarse del modo tradicional en las ratas cuando surgen conflictos: los individuos en disputa se enfrentarán, amagarán, se propinarán golpes rápidos, cargarán y se retirarán, llevándose la victoria el fanfarrón mejor. Por otra parte, las madres cuidarán activamente, como hacen las ratas, a sus cachorros.

«Cuando el corral esté lleno más allá de cierto límite, las luchas ya no serán simbólicas.
Habrá cadáveres. Y las madres empezarán a comerse a las crías.

»Es aún más espectacular en el caso de las criaturas solitarias. Pon una hembra dispuesta al apareamiento en una jaula demasiado pequeña que esté ocupada ya por un macho sano y, en vez de ceder al deseo de reproducción, la echará. Incluso puede matarla.

«Así, expuesto crudamente: la limitación del territorio, de un espacio por el que moverse y al que llamar propio, te conduce a atacar a otros miembros de tu propia especie incluso en contra de la solidaridad de grupo habitual en los animales gregarios. ¿Te has irritado últimamente con alguien?

«Sin embargo, como miembro de una especie que si no es ingeniosa no es nada, has encontrado dos modos en que puedes abstraer tu territorialidad: uno es la intimidad, el otro es la propiedad privada.

»De los dos, el más animal y fiable es el primero. Tu necesidad fundamental es disponer de un feudo definido contra cualquier persona que te pueda hacer competencia, pero no tienes que hacer como los perros, los gatos y diversas otras especies, marcarlo con un resto físico de ti mismo y patrullarlo constantemente para asustar a los intrusos y alejarlos. Lo puedes abstraer en una pequeña área cerrada a la que nadie pueda pasar sin tu permiso y, sobre esta base, puedes obrar bastante racionalmente. Una de las primeras consecuencias del exceso de gente es un crecimiento acelerado de los niveles de intimidad. Quien provenga de un grupo social de nivel económico relativamente bajo tiene que aceptar que vivirá su infancia en un entorno activo y atestado de gente... en términos de hogares actuales, una habitación de la casa (si hay más de una) será el cuarto familiar y el centro de operaciones. Quien proceda de una clase más próspera, sin
embargo, dará por supuesto desde aproximadamente el momento en que aprenda a leer que tiene una habitación a la que puede ir para cerrar la puerta al mundo.

»Es por esto que: (a) los individuos de grupos sociales ricos constituyen mejores compañeros en condiciones de escasez tales como un viaje a la Luna... no sienten que su
entorno humano sea una violación permanente de su derecho a un feudo, por mucho que
éste esté abstraído de la referencia original consistente en un trozo de tierra; (b) el camino habitual de salida de los barrios bajos del ghetto es el asesinato... que equivale a tomarte la revancha de los restantes miembros de la especie que violan continuamente tu feudo: (c) las bandas de delincuentes se desarrollan básicamente en dos contextos: primero, en la chabola o en el ghetto, donde la intimidad, como contrapartida del feudo, no existe y se produce una reversión al estado de salvajismo, con caza en grupo y vigilancia en patrullas de un verdadero trozo de terreno; y, segundo, en las fuerzas armadas, donde se dignifica la banda a base de llamarla "regimiento" o cualquier otra escoria repugnante de palabra, pero donde la reversión al estado salvaje se provoca deliberadamente mediante la eliminación de la intimidad (acomodo en barracones) v de la propiedad privada (uno no viste la ropa que elige y compra, sino un uniforme que ¡¡¡ ¡pertenece a los EE. UU!!!!). El combatir en un ejército es una situación psicótica, reforzada por una técnica psicológica elemental descubierta independientemente por todos los conquistadores hijos de puta que, alguna vez, sacaron a unas pobres personas de una situación cómoda y civilizada de nulidad (Chaka Zulú, Atila, Bismark, etc.) v les hicieron ponerse a asesinar a sus vecinos. No apruebo la conducta de esas personas que animan la psicosis en sus compañeros seres humanos. Tú probablemente lo haces. Cúrate de esa costumbre.

«Estamos reproduciéndonos tan rápidamente que no podemos proveer suficiente intimidad para nuestra población Esto podría no ser fatal; al fin y al cabo, no fue hasta que, como especie, descubrimos la explosión demográfica, que la demanda de ella se hizo abrumadora. Pero estamos reduciendo las posibilidades de la otra forma alternativa de abstracción de la territorialidad y, privados de ambas, vamos a terminar psicóticos como buenos soldados.

»E1 motivo de la abstracción por la propiedad privada es que el feudo constituye una ayuda externa a la autoidentificación. Si se mete a una persona en un tanque de deprivación sensorial sale chillando, o temblando, o... Necesitamos una confirmación permanente por el entorno de que somos quienes pensamos que somos. En el estado salvaje, el feudo provee esta confirmación. En el estado que hemos estado describiendo hace unos párrafos, la capacidad de aislarnos de la presión constantemente cambiante de los que nos hacen competencia posibilita una reafirmación intermitente de nuestra identidad. Podemos apoyarnos en un grupo de objetos —un sucedáneo inteligente del trozo de terreno—, pero sólo si tienen: (a) fuertes connotaciones personales, y (b) continuidad. El entorno actual nos niega ambas. Los objetos que poseemos no han sido hechos por nosotros (a menos que uno tenga la

suficiente suerte como para poseer grandes talentos creativos), sino por una fábrica automatizada y, además e infinitamente peor, estamos sometidos a una presión para cambiarlos cada semana, substituirlos, introducir fluidez precisamente en el área de nuestras vidas en que más necesitamos de la estabilidad. Si uno es lo bastante rico va y compra antigüedades, y le satisfacen porque son un puente al pasado, no porque sea un entendido y las aprecie.

»E1 sistema de esclavismo clásico sobrevivió durante mucho tiempo, a pesar de la discontinuidad paradójica de la identidad humana universal implícita en cualquier estructura social semejante. El sistema de esclavismo americano ya se estaba desmoronando antes de la Guerra Civil. ¿Por qué? La respuesta está en el Código de Hamurabi, entre otros lugares: el primer código legal verdaderamente complejo de que tengamos algún escrito. Establece multas y otros castigos para los daños corporales; y, si bien es cierto que el castigo por herir a un hombre libre es mayor que por herir a un esclavo, no deja de estar presente el esclavo. Bajo los romanos, los esclavos tenían un cierto mínimo inalienable tanto de propiedad (¡muy importante!) como de derechos civiles, mínimo que ni siquiera el amo podía infringir. Era posible para una persona con deudas venderse como esclavo y pagar lo que debía, confiando racionalmente —quizás era algo improbable, pero no absurdo— en recuperar su fortuna. El primer banquero con éxito de que se tiene recuerdo fue un esclavo griego llamado Pasio que se hizo millonario, compró su libertad y se asoció con los que habían sido sus dueños.

»En el caso del esclavo negro americano esta posibilidad no existía en el sistema. El esclavo tenía los mismos derechos humanos que una cabeza de ganado: ninguno. Era concebible que un buen amo manumitiera a un esclavo que le hubiera hecho un buen servicio, o que le premiara con la libertad, como a un caballo favorito al que se dejara pastar para que sus últimos años transcurrieran en paz. Pero uno malo podía decidir mutilar al hombre, marcarle con un hierro candente o azotarle hasta la muerte con un látigo de nueve colas de puntas de metal, y nadie podía exigirle responsabilidades.

«Cierto, tú no eres un esclavo. Estás en una situación mucho, muchísimo peor que ésa. Eres un animal predador encerrado en una jaula cuyos barrotes no son objetos inmóviles y sólidos que puedas morder o contra los cuales, desesperado, puedas darte de cabezazos hasta perder el sentido y dejar de preocuparte. No, esos barrotes son los miembros de tu propia especie que compiten contigo, en promedio tan inteligentes como tú al menos, desplazándose siempre de un lado a otro de tal modo que no les puedes aprehender, capaces de meterse en tu camino sin el menor aviso, desorientando tu entorno personal hasta que llegas a querer coger un revólver o un hacha y convertirte en un locriminal (éste es, en esencia, el motivo de que la gente lo haga).

»Y hay más de ellos que nunca... y has sido criado de tal modo que cuentas con cierta intimidad para poder aliviar la presión de vez en cuando, pero esa intimidad está haciéndose cada vez más y más cara, de tal modo que se considera normal que incluso hombres de negocios bien pagados compartan apartamentos con el fin de disfrutar de lujos que no podrían conseguir con sus propios salarios, tales como habitaciones suficientemente grandes como para contener tanto sus propiedades privadas como a ellos mismos... y la publicidad agresiva de este tiempo te ordena arrojar esas pertenencias que estimas y adquirir otras que te son extrañas... y fuentes oficiales autorizadas te dicen día y noche que gente a quienes no conoces pero que siguen unas normas misteriosas y casi religiosas conocidas como dogma Marxista Leninista Maoísta, y que se comunican en un idioma cuyos caracteres ni siquiera puedes reconocer como escritura verdadera, están intentando violar el feudo de tu banda nacional.., y...

»En la última década del siglo XX las ventas de tranquis se dispararon vertiginosamente, creciendo un mil trescientos por cien. A menos que vivas en un país demasiado pobre para proveer un buen suministro, lo más seguro es que dos de cada cinco de tus conocidos sean adictos... quizás a una droga socialmente aceptable como el alcohol, pero muy probablemente a un tranqui que como efecto secundario depriman la capacidad para el orgasmo e induzcan al usuario a dedicarse a orgías con el fin de estimular la potencia que va perdiendo, o a un producto como el Rompecranium, que ofrece el cebo tentador de una experiencia totalmente privada e inviolable y lleva a la demencia senil con bastante más certeza que el tabaco al cáncer de pulmón.

»En resumen: tu vida, desde el nacimiento a la muerte, se parece al avance por la cuerda
floja de un equilibrista desesperadamente borracho cuyo número está siendo tan malo hasta el momento que le están bombardeando con huevos podridos y botellas rotas.

»Y si te caes lo que harán es, a grandes rasgos, lo siguiente: te sacarán del entorno al que estás acostumbrado —que no te gusta demasiado, pero al menos no es algo totalmente extraño— y te meterán en algún sitio en que jamás has estado. Tu privación fundamental es la de la territorialidad; te empujarán a una celda en la que no haya nada que te ayude a identificarte a ti mismo como individuo. Tus privaciones secundarias son los equivalentes abstractos de la territorialidad: te quitarán la ropa que elegiste tú y te darán un atavío en mal estado, de segunda o de vigésima mano; y tampoco tendrás intimidad porque, en función de un plan de tiempos aleatorizado deliberadamente para que ni siquiera puedas estar preparado para soportar el impacto liándote del reloj de hambre que llevas en el estómago, abrirán de golpe la puerta y te mirarán para ver qué estás haciendo.

«Acabarás por inventarte un idioma privado, porque no tendrás otro modo de aislarte; garabatearás en la pared con tus excrementos porque nada del lugar te pertenecerá excepto los productos de tu propio cuerpo, y te llamarán caso desesperado e intensificarán el "tratamiento" que estarás recibiendo.

»No digas que no te va a pasar. La probabilidad de que así sea ha venido creciendo día a día durante cien años. Conoces al menos a media docena de personas que han estado en clínicas mentales y, de esa media docena, al menos uno era pariente tuyo, aunque no fuera nada más cercano que un primo. Y, de nuevo, si no es éste el caso será porque vivas en un país demasiado pobre para permitirse tener suficientes clínicas mentales para su población en la escala aceptada generalmente.

«¡Gracias a Dios por esos países! No harías ninguna tontería si emigraras a uno de ellos, si es que lo que te he estado diciendo te preocupa.»

—Tú: animal, por Chad. C. Mulligan.

VIENDO PRIMEROS PLANOS (5)

EL TRAMOYISTA

Con gesto algo avergonzado por la hostilidad oficial hacia tales supersticiones, los estudiantes que se dirigían a los edificios altos, modernos y bien construidos de la Universidad Dedicación podían escurrirse al interior de una iglesia engalanada con gallardetes de papel y hojas doradas, encender allí un cono de pasta de incienso en forma de volcán y, como resultado, concentrarse algo más intensamente en sus estudios.

Se habían producido muchos cambios en Yatakang, pero el hombre responsable personalmente de la mayoría de los que tenían importancia rehuía la publicidad. Por otra
parte, había un factor altamente significativo que no se había alterado: en Yatakang, quizá más que en cualquier otro lugar del planeta, la gente experimentaba una sensación de arbitrariedad divina.

La riqueza de las famosas cien islas del país era casi increíble. Entre todas las naciones de Asia, sólo ésta tenía un exceso exportable de comida, principalmente azúcar y pescado (la variedad especial de tilapia que hacía posible recoger este último a miles de toneladas había sido adaptada por el Profesor Dr. Lyukakarta Moktilong Sugaiguntung). Sus minas le hacían autosuficiente en productos tales como el aluminio, la bauxita y el petróleo... para la fabricación de plásticos, no para ser utilizado como combustible (una bacteria desarrollada a propósito por

Librodot

Sugaiguntung desmenuzaba los densos alquitranes vírgenes en pequeñas fracciones bombeables, por sí sola y a un kilómetro y medio bajo tierra). Era la mayor nación del mundo sin una sola fábrica de caucho sintético (sus plantaciones habían sido despojadas implacablemente de los árboles del siglo XX y replantadas con una variedad que había desarrollado Sugaiguntung para producir una cantidad doble de látex en cada estación).

Pero todo esto, sin apenas más aviso que el temblor de una aguja sobre una cinta de papel, podía quedar destrozado por el furor del Abuelo Loa, que se cernía junto al Estrecho de Shongao. No se había irritado desde 1941 pero, a pesar de eso, el mercado de volcanes de incienso prosperaba.

—Bien; lo que quiero que hagas —le dijo Sugaiguntung al orangután— es esto: ve a la habitación que tiene la puerta pintada de azul —de azul, ¿entiendes?— y busca por los cajones de la mesa hasta que encuentres tu foto. Tráemela. ¡Y date prisa!

El orangután se rascó la cabeza. No era un ejemplar muy atractivo. Un efecto secundario indeseado le había provocado una alopecia, y tanto su vientre como la mitad de su espalda carecían de pelo. Pero, habiendo asimilado las instrucciones, saltó obedientemente hacia la puerta.

El más importante de los cuatro visitantes del Dr. Sugaiguntung, y el único sentado, era un hombre de complexión gruesa que llevaba una simple cazadora de color blanco grisáceo y unos pantalones del mismo tono. La gorra negra tradicional le cubría el cabello, cortado muy corto. Esperando un comentario favorable e inmediato, Sugaiguntung se dirigió a él.

—Sin duda apreciará usted que esto demuestra su capacidad de cumplir órdenes habladas, así como de distinguir colores que su especie no percibe normalmente, e incluso de identificar su propia imagen entre algunas otras... un logro que, en el tiempo de que hemos dispuesto y teniendo en cuenta la complejidad del problema...

El visitante llevaba un corto bastoncillo de caña. Cuando quería que se cambiara de tema se golpeaba con ella un lado de una bota. Así lo hizo ahora, con un ruido de zurriagazo. Sugaiguntung calló como movido por un reflejo de Pavlov.

El visitante se levantó y, por quinta o sexta vez, anduvo por el laboratorio, fijando la atención por último en los dos cuadros enmarcados que decoraban la pared. Había habido un tercero, y una mancha de pintura más nueva que el resto traicionaba el lugar, pero se hizo entender que incluso una citación para el premio Nobel de química era algo antipatriótico y no debía mostrarse. Los que quedaban eran un

Librodot

mapa del mundo y un retrato del Mariscal Solukarta, Jefe de la Democracia Socialista Orientada de Yatakang.

—¿Ha visto usted este mapa últimamente? —preguntó bruscamente el visitante.

Sugaiguntung asintió.

El bastoncillo floreó en el aire para convertirse en un puntero y se apoyó en el cristal que cubría el mapa.

—¡Sigue como una llaga en el cuerpo de Yatakang, esta úlcera del imperialismo americano, este recordatorio de su rapacidad descarada! Veo —añadió, circunstancialmente con algo más de aprobación— que al menos su mapa no perpetúa el nombre de Isola.

Era un mapa anterior a la existencia de Isola como tal, pero Sugaiguntung pensó que no
podía enorgullecerse de eso. Siguió callado.

—Y —el puntero se movió al noroeste—, aunque nuestros vecinos y amigos los chinos son tan asiáticos como nosotros, es de lamentar que lleven tanto tiempo siendo víctimas de una ideología europea, ¿no cree usted?

Sugaiguntung expresó vigorosamente su asentimiento. Aquello no estaba en línea con la
postura oficial, porque la masa pululante de los chinos estaba demasiado cerca y era demasiado poderosa para ofenderla; pero era una de las actitudes internas del partido permisibles.

El bastoncillo del visitante describió un arco de forma de plátano que rodeó las islas dispersas de Yatakang.

—Se está llegando a aceptar —murmuró— que se acerca el momento de una contribución verdaderamente asiática al futuro de esta parte del planeta. Entre nuestras fronteras tenemos doscientos treinta millones de personas que disfrutan de un nivel de vida, de un nivel de educación, de un nivel de comprensión política tan alto como el que más. ¿Qué ha sido de ese mono suyo?

Con una sensación de hundimiento, Sugaiguntung envió a uno de sus ayudantes a buscar el orangután. Intentó hacer hincapié en que todos los antecesores experimentales del animal se habían matado a sí mismos, de tal modo que el simple hecho de tener con vida a la criatura en esta etapa se podía considerar un éxito; pero el visitante se volvió a golpear la bota. Hubo un silencio ominoso hasta que regresó el muchacho llevando, de la mano el orangután y regañándole.

—Había encontrado su foto. Desgraciadamente en el mismo cajón estaba otra foto de su
hembra favorita y se quedó mirándola —explicó.

Viendo la condición física del mono —molestamente evidente por la falta de pelo en el vientre—, quedaba claro que había desarrollado un fuerte sentido de identificación de imágenes bidimensionales: talento avanzado que algunos grupos humanos, tales como los beduinos y los bosquimanos, tenían que aprender de extranjeros. Pero Sugaiguntung decidió que no sería muy útil intentar hacer comprender este factor a su visitante.

—¿Por qué trabaja usted con un material tan pobre? —preguntó este último, resoplando.

—No le comprendo del todo —aventuró Sugaiguntung.

—Un mono es un mono, modifique usted sus cromosomas o no. ¿Por qué no trabajar a un nivel en el que una buena parte del trabajo ya esté hecha de antemano?

Sugaiguntung siguió pareciendo confuso. El visitante volvió a sentarse.

—¡Escuche, Profesor Doctor! —dijo—. Aun estando encerrado en este laboratorio, usted sigue siendo consciente del mundo exterior, ¿no?

—Cumplo mi deber de ciudadano. Dedico una parte de mi tiempo todos los días a estudiar la situación mundial y asisto con regularidad a los mítines de información en la zona en que vivo.

—Bien —aprobó sarcásticamente el visitante—. Aparte de eso, ¿se ha jurado usted seguir nuestros objetivos nacionales: la incorporación de las islas Sulu, dominadas por los americanos, a nuestro país, al que pertenecen por derecho y por historia, y el establecimiento de Yatakang como guía natural de la civilización asiática?

—Naturalmente —Sugaiguntung juntó las manos.

—¿Y nunca ha dudado en contribuir a esos objetivos?

—Creo que mi trabajo atestigua que no —Sugaiguntung empezaba a sentirse inquieto; de no ser así jamás se hubiera acercado tanto a la fanfarronería.

—En ese caso estará usted de acuerdo con la sugerencia que le voy a hacer, especialmente teniendo en cuenta que el Caudillo —un saludo esquemático hacia el retrato de la pared— le ha seleccionado personalmente como el modo más prometedor de salir de nuestras presentes dificultades temporales.

Librodot

Más tarde, habiendo sido derrotado en la conversación, Sugaiguntung se encontró deseando —no por primera vez en los últimos meses— que la tradición de unirse honorablemente a los antepasados no hubiera sido declarada fuera de la ley por inadecuada a un Estado del siglo XXI

CONTEXTO (6)

DONDE MENOS SE ESPERA...

Beninia (ben-IN-ia): país África O., N. del golfo de Benín. 16.395 km. cuad. Pob. estim. (1999) 870.000. Port Mey (127.000). Pesca, agricultura, artesanía.

Col. y protectorado de la corona brit. 1883-1971. Repub. in-dep. 1971-hoy.
85 % shinka, 10 % holaini, 3 % inoko, 2 % kpala, 30 % xian, 30 % musulmanes, 40 % pagan, miscel.

—...y sigue siendo hoy día uno de los legados más crueles de la explotación colonial; un
país que debe su actual superpoblación desmesurada a la influencia de los refugiados de
conflictos tribales en territorios vecinos y carece casi por completo de los recursos naturales necesarios para sostenerse. Receptor indefinido de ayuda de las Naciones Unidas, ha quedado reducido al nivel de mendigo en la comunidad de naciones a pesar de la orgullosa renuncia por parte del Presidente Obomi a la «asistencia técnica» china. Conociendo el desgraciado destino de algunas de las antiguas colonias francesas que no obraron así, es posible que haya hecho lo apropiado a largo plazo; pero el largo plazo aún no está aquí y el corto promete hambre y plaga...

(NEGRO: Miembro de un subgrupo de la raza humana natural de, o cuyos antepasados
fueron naturales de, un trozo de tierra apodado —no por sus habitantes— África. Superior a la raza caucásica en que no inventó las armas nucleares, el automóvil, la Cristiandad, el gas nervioso, el campo de concentración, las epidemias estratégicas ni la megápolis.

—El diccionario del felicrimen, por Chad C, Mulligan.)

—El viejo Zad lleva en ese trabajo cuarenta años, y no puedo evitar preguntarme si el motivo de que siga es que lo desea, ¡o simplemente que no hay nadie en todo el estúpido país que esté en condiciones de subirse a su sillón!

CONTINUIDAD (5)

OYE, OYE

Victoria salió del dormitorio de Norman vistiendo una blusa corta blanca y unos pantalones de estar por casa Acmax: dos tubos ceñidos de un dorado brillante que llegaban hasta la parte superior de las rodillas, adornados detrás con volantes que se reunían en una roseta móvil en el trasero y con un pesado fleco de oro, de tres capas de profundidad, que colgaba de un cordel tendido de cadera a cadera. Evidentemente no era el vestirse lo que la había hecho tardar tanto, sino el perfeccionar el resto de su apariencia. Llevaba el cabello, casi blanco, ahusado al estilo de antena que estaba de moda, las venas dibujadas en azul —lo que algún chistoso había apodado «circuitolación impresa»— y las uñas, pezones y lentes de contacto cromados.

Mirando a los hombres sólo lo suficiente para decidir que estaban enfrascados en conversación, atravesó la habitación hasta el rincón en que se encontraba el poliórgano. Utilizando los auriculares para no molestarles con sus prácticas, comenzó por incontablésima vez a repetir un sencillo ejercicio de tres notas en la mano izquierda y cinco en la derecha.

Como siempre que alguien le preguntaba sobre un tema distinto de su especialidad, Donald se sentía turbadoramente consciente de la extensión de su ignorancia. Sin embargo, cuando hubo resumido todo lo que podía recordar de Beninia —preguntándose para dentro constantemente por qué no iba Norman, sencillamente, al teléfono y marcaba una conexión con la enciclopedia— el afro parecía sinceramente impresionado.

—Gracias. Me has recordado varios puntos que había olvidado.

—¿Por qué ese interés repentino en un país tan insignificante? —tanteó Donald.

Norman dudó. Echó una mirada a Victoria, decidió que con el trueno silencioso del órgano en los oídos no podía estar escuchando y sonrió irónicamente.

—Tú no tienes ninguno de los secretos empresariales de TG, ¿verdad?

—Claro que no —dijo Donald, con tono levemente ofendido, y se dispuso a levantarse y servirse otro trago.

Al borde de la ira —*¡confiar en un blanculo para que me malinterprete!*—, Norman se controló.

—Lo siento, no quería decir eso —tragó saliva con dificultad—. Quería decir: ¿no te importa si digo algo que estrictamente no debería?

—Prometo que no irá más lejos —le aseguró Donald, volviendo a sentarse. ¿A dónde podía conducir todo esto? Norman se encontraba anormalmente nervioso, retorciéndose las manos como si pudiera escurrir el sudor que le cubría las palmas.

—Dime por qué se te ocurre que la vieja TG, más el tesorero de la corporación y el V.Pres. ejecutivo a cargo de Planificación y Proyectos, iban a tener que invitar a comer a Elias Masters, exponerme como... como un número de cabaret y después no hablar de nada, repito, de nada más que generalidades.

Soltaba las palabras con una especie de orgullo, pues simbolizaban lo que podía ser un importante avance personal.

Donald se asombró de recibir la confianza de Norman al cabo de tanto tiempo de simple
educación mutua... ocasionalmente tintada de acritud. Teniendo cuidado de ocultar tal reacción, reflexionó sobre el nombre.

—¿Elias Masters. .? ¡Oh! Era nuestro embajador en Haití, ¿no? Luego le enviaron a Beninia y hubo muchos rumores sobre una posible degradación... indicios de una especie de escándalo.

—Los afros somos tan suspicaces como la piel despellejada, ¿verdad? —suspiró Norman—. Hubo también acusaciones de parcialidad y de toda clase de siniestras maquinaciones. Yo dudaba de los rumores sobre un presunto escándalo, porque había seguido la carrera de él con cierto interés y todos mis conocidos que alguna vez le habían visto hablaban muy bien de su honradez, pero, sobre todo, lo demás... bien, la idea de que le enviaran a pudrirse en algún remanso de paz no encajaba.

—¿Crees que hubo algún motivo más profundo detrás del traslado? —sugirió Donald—
Supongo que es posible, pero... bien, ¿qué tendría que ver eso con TG? A mí no se me ocurre, ahora que pienso en ello, pero el que estaría en posición de decirlo serías tú, desde luego.

—Mi primera idea —dijo Norman al cabo de una duda momentánea—fue que pudiera tener alguna relación con el PMAM.

—¿El Proyecto Minero del Atlántico Medio? —Donald pensó en ello durante unos segundos y se encogió de hombros—. He oído decir por ahí que TG se estaba sintiendo frustrada por haber encontrado un yacimiento mineral riquísimo que no se puede permitir explotar... ¿es eso cierto realmente?

—Del todo —admitió Norman—. Lo que ocurre exactamente es que costaría casi tanto sacar a la superficie del PMAM mineral utilizable como obtenerlo de fuentes más convencionales; por mucho que lo han intentado no han conseguido imaginarse ningún medio de abaratar los métodos. Los precios actuales están por los suelos; no pueden bajar más en lo que se refiere a cualquier cosa que salga del PMAM, pero los productores de la competencia no dudarían ni un momento en reducir sus beneficios para que TG cometiera la tontería evidente de bajar sus precios. TG tendría que competir con pérdidas, y ése es un modo absurdo de explotar una vena de mineral tan rica, ¿verdad?

—Entonces, ¿qué relación puede tener Beninia con el PMAM?

—Ninguna que yo vea. No es un mercado. Es demasiado pobre para comprar, ni siquiera con descuento; lo que deja fuera del asunto a TG y al parecer saca a la luz el Estado.

—¿De qué manera? —se frotó Donald la barbilla—. Desde luego, es un secreto a voces que tanto los Dahomalianos como los SO.N.A.D.O.s están detrás de Port Mey. Posee uno de los puertos potencialmente más importantes del Golfo de Benín. Tengo entendido que en este momento no es mucho más que un puerto pesquero, pero si se dragara convenientemente... ¡Hum! Sí, supongo que el Estado podría tener interés en mantener la independencia de Beninia

—De todos modos, ¿qué ve el Estado allí? ¿Acaso Port Mey como base naval?

—Tenemos nuestra... eh ...república de bolsillo de Liberia al lado mismo. En cualquier caso, es demasiado vulnerable; un ejército bien entrenado podría aislar la ciudad en doce horas y ocupar la totalidad del país en cuarenta y ocho.

—Quizá se trate de mantenerlo fuera de las manos de sus vecinos expansionistas, como se suele decir.

—Dudo que el Estado se entrometiera hasta ese punto, aunque viniera el presidente Obomi a suplicarlo de rodillas. ¡Fíjate en lo que pasó con Isola! Fue hace veinte años y la tormenta de protestas aún mueve de vez en cuando ráfagas de aire, a pesar de que la unión se hizo en base a un referéndum.

Librodot

Norman abrió de repente la boca, como golpeado por la inspiración. Donald esperó a ver si tenía intención de decir lo que se le había ocurrido y luego aventuró una idea propia.

—¿Te estás preguntando si fue Masters quien se dirigió a TG, y no al contrario?

—Por la barba del profeta, Donald, ¿estás desarrollando un talento psi latente? ¡Eso es precisamente lo que estaba pensando! Uno no esperaría que un hombre como Masters tuviera intención de dejar la carrera diplomática a cambio de un cargo de despacho lujoso, con más prestigio que verdadero trabajo Es, con mucho, demasiado joven para retirarse y tiene, con mucho, demasiado éxito para dejar la carrera que ha elegido sólo por dinero. Tampoco se dijo nada durante la comida que indicara que TG quisiera contratarle... aunque, en realidad, no se habló gran cosa de ningún tema, como ya te dije.

El silencio volvió a caer. Donald maduraba mentalmente las implicaciones de lo que le había dicho Norman, y estaba decidido a esperar lo que siguiera a continuación en vez de arriesgarse a cambiar el rumbo de la conversación haciendo algún comentario propio. Sin embargo, Norman se había puesto a contemplarse la mano izquierda, haciéndola girar adelante y atrás, moviendo la muñeca, como si jamás la hubiera visto antes. Si tenía intención de decir algo más, le estaba costando mucho tiempo ponerlo en palabras.

Y, cuando por fin pareció dispuesto a hablar, lo impidió Victoria quitándose los auriculares y dándose la vuelta para mirarle.

—¡Norman! ¿Vamos a hacer algo esta noche?

Norman se sobresaltó y miró el reloj. Se puso en pie de un salto.

—¡Lo siento! Se me ha pasado la hora de las oraciones de la tarde. Volveré en un momento, Donald.

—¿No me vas a contestar? —insistió Victoria.

—¿Eh? Oh... no, no me apetece. Pregúntale a Donald.

Ella lo hizo así con un alzamiento de una de sus cejas arqueadas cicloidalmente. Donald dudó antes de contestar; no teniendo una tía propia que ofrecer a Norman en este momento, había disfrutado poco de la compañía de Victoria durante las dos últimas semanas. Pero le molestaba ver su perfección artificial completa, recordándole a Guinevere Acero y los productos de su famosa Hermoutique.

—No, gracias —murmuró, y se levantó para servirse el trago que estuvo a punto de tomar varios minutos antes.

—En ese caso no os importará que salga un rato —dijo Victoria de mal humor, abriendo la puerta.

—Vuelve tan tarde como quieras —dijo Norman por encima del hombro, dirigiéndose a la alfombrilla de orar que tenía, orientada a la Meca, en el dormitorio. La puerta se cerró de golpe.

Una vez solo, arrepintiéndose ya a medias de haber rechazado la oferta de Norman, Donald paseó por el amplio salón. Se fijaba sólo levemente en lo que le rodeaba; estaba absorto en confusas reflexiones sobre la conducta extraña dé Norman.

Pronto le condujeron al poliórgano sus pasos al azar. Nunca lo había examinado de cerca desde que Victoria se mudó aquí. De diseño verdaderamente reciente, se plegaba, con silla y todo, hasta reducirse al tamaño de una maleta, y era suficientemente ligero como para levantarlo con dos dedos.

Admiró el lustroso armazón cambicolor, a través de cuyo espesor milimétrico la luz se separaba en sus componentes espectrales haciendo que el material pareciera pintado con un arco iris. Ociosamente, se acercó al oído uno de los auriculares y tocó el teclado.

Un altísimo sonido discordante amenazó romperle el tímpano.

Retiró la mano como si el instrumento le hubiera quemado y buscó entre la fila de controles uno para el volumen. Un segundo antes de ajustarlo le asaltó un pensamiento.
Victoria no pudo haber estado tocando con el volumen a ese nivel. Se hubiera ensordecido. ¿Por qué iba a haber puesto el volumen al máximo antes de dejar el instrumento para salir?

Sin más motivo que el de que este tipo de pequeñas incoherencias en el entorno siempre le molestaba —por el mismo, de hecho, por el que se había encontrado lo suficientemente insatisfecho con su educación para atraer al Departamento de Diletantes—, se sentó ante el teclado y empezó a investigar el funcionamiento del aparato.

Tardó menos de cinco minutos en descubrir el conmutador de muelle que se activaba aplicando un poco más de la presión normal a la palanca de control del víbralo, que descansaba contra la rodilla derecha.

Preguntándose qué debería hacer, siguió sentado completamente quieto hasta que Norman salió del dormitorio. Como de costumbre, sus pocos minutos de veneración ritual parecían haberle devuelto la calma y el buen humor.

Librodot

—¿No sabes tocar eso, verdad? —preguntó, como si estuviera perfectamente preparado para descubrir que Donald había mantenido el secreto de su talento musical desde el mismo momento de llegar al apartamento.

Donald tomó una decisión. Había algo tras el anterior deseo, sin precedentes, de Norman de confiar en su coinquilino, Un pequeño impacto más podría eliminar la última de sus barreras defensivas y abrirle por completo.

—Creo que es mejor que vengas y oigas esto —dijo.

Confundido, Norman lo hizo, tomando los auriculares que Donald le ofrecía.

—¿Quieres que me los ponga?

—No, basta con que te acerques uno a una oreja. Ahora escucha — Donald apretó una sola tecla y sonó un tono musical puro.

—Eso parece...

—Espera un momento —Donald apretó con fuerza la rodilla contra el control del vibrato.

El tono puro comenzó a variar frenéticamente hasta quedarse oscilando un semitono arriba y abajo de su nivel fundamental. Aún más fuerte...

El tono musical desapareció.

«]..,precisamente lo que estaba pensando! Uno no esperaría que un hombre como Masters tuviera intención...» —dijo una voz, débil pero claramente.

Donald soltó el interruptor secreto y el tono oscilante volvió a sonar, continuando hasta que retiró el dedo de la tecla.

Durante largos segundos Norman permaneció quieto como una estatua. Luego, empezando por las manos, todo el cuerpo empezó a temblarle, más y más violentamente, hasta que apenas se pudo sostener en pie. Donald le quitó los auriculares de las manos sin fuerza, un segundo antes de que los dejara caer, y le llevó comprensivamente a una silla.

—Lo siento —murmuró—. Pero pensé que debías saberlo en seguida. ¿Te traigo un
tranqui?

Librodot

Con los ojos muy abiertos, pero sin mirar a ningún punto, Norman asintió brevemente
con la cabeza.

Donald encontró la pastilla y trajo un vaso de agua con la que tragarla. Se quedó en pie al lado de Norman hasta que, al cesar los temblores, vio que la droga había hecho efecto.

—Vamos, hombre... —dijo entonces—, ¡no creo que te lo vayan a tener en cuenta en TG como si fuera culpa tuya! Deben saber que cualquiera que esté en tu posición es un blanco importante para el espionaje industrial, y un aparato tan hábilmente escondido no se encuentra si no es por accidente, como me pasó a mí.

—No me preocupa TG —dijo huecamente Norman—. TG es lo suficientemente grande y bastarda para cuidar su ego de mierda. Déjame solo, por favor.

Cautelosamente, Donald se retiró contemplando a Norman con una atención tensa.

—Dos impactos emocionales importantes —aventuró— en el mismo día es...

—¡No te importa una puta mierda! —saltó Norman,'poniéndose en pie. Ya había dado tres zancadas hacia la puerta antes de que Donald recuperara la voz.

—¡Norman, no vayas tras Victoria, por el amor de Dios! No sirve de nada...

—Oh, cállate —dijo Norman por encima del hombro—. Claro que no voy detrás de esa tía zorra. Si tiene el valor de volver a asomar la cara por aquí la puedo denunciar por espionaje industrial, ¿no? Y disfrutaría, créeme.

—Entonces, ¿a dónde vas?

En la puerta, Norman se dio media vuelta para mirar de frente a Donald.

—Y ¿a ti qué te importa? ¡Eres un zombie sin sangre ni carácter, tan medido como una regla y más frío que el aire líquido! Nunca has llegado a tener derecho a saber lo que hago... ¡a pesar de tu educación de diletante y de tus maneras eternas de blanculo! —respiraba a grandes tragos a pesar del efecto del tranquilizante que había tomado.

»Pero te lo diré de todos modos: ¡Voy a intentar localizar a Masters para ver de corregir

algo del daño que he hecho hoy!

Y se fue.

Eventualmente, Donald descubrió que el dolor que sentía en las palmas de las manos se debía al modo en que se estaba clavando las uñas en la carne. Estiró los dedos con una lentitud deliberada.

Ese sucio hijo de sangrón... ¿qué derecho tiene a...?

La ira se diluyó como un fuego que se apaga y dejó tras ella una sensación amarga de autodesprecio. Se tragó de un golpe el nuevo vaso de alcohol, sin gustarlo apenas.

No podía ser la simple revelación del engaño de Victoria lo que había sacado de quicio a Norman tan violentamente. Sin duda sabría que su costumbre invariable de traer a casa tres o cuatro tías nuevas cada año —y siempre del mismo tipo físico— le hacía blanco fácil del espionaje industrial. Era arriesgado para una tía de empresa el aceptar misiones semejantes, pero cuando el objetivo era un V.Pres. de Técnicas Generales la paga tenía que ser tentadora.

Me pregunto qué corporación la habrá contratado.

Pero eso no tenía importancia. De algún modo, todo parecía carecer de importancia excepto un punto central totalmente incongruente: Norman había estado a punto de convertir a su coinquilino en confidente por primera vez y, en cambio, había sido presa de una rabia salvaje y se había ido echando chispas en busca de uno de sus hermanos afros.

Donald se encontró en la habitación vacía y pensó en los trece millones de personas que le rodeaban, la población del Nueva York Mayor. La idea le hizo sentir espantosa, intolerablemente solo.

LAS COSAS QUE PASAN (4)

HABLADO COMO UN HOMBRE

Confidencial: se ha informado de casos de utilización del término «hermanito rojo» por parte de miembros de las fuerzas navales y de desembarco desplegadas en Isola. Se ordena a los oficiales que recuerden a sus hombres que los nombres aprobados oficialmente son «cochinos», «ojirrajos», «amaripollas» y «marranos». La utilización de calificativos propios de maricas civiles debe ser severamente castigada.

—¡Lo que no pudieron retener por la fuerza de las armas intentan recuperarlo por el poder de su dinero extranjero! ¡Debemos expulsar a esos parásitos, a esos vampiros inmorales que corrompen a nuestras

mujeres, se burlan de nuestras tradiciones sagradas y se ríen de nuestra apreciada herencia nacional!

¡FUERA!

A todos los barcos máxima urgencia a todos los barcos máxima urgencia como consecuencia de la tormenta del Jueves por la noche han quedado sueltas minas a la deriva en las cercanías de Burdeos manténganse quietos hasta el amanecer y esperen la señal de avance que den las unidades de Marina de la Europa Comunitaria.

—Lo que quiero saber es: ¿cuánto tiempo más va a seguir este maldito gobierno nuestro
aguantando sin protestar?

¡PRIVADO!

—Nuestros enemigos acechan a ambos lados, esperando que relajemos la vigilancia; pero no les daremos la oportunidad que buscan de caer sobre nosotros y devorarnos: nos
mantendremos firmes y nuestra nación quedará purgada de escoria en el fuego puro del
autosacrificio.

SE DEMANDARA A QUIEN PASE

A todas las oficinas del Partido: se ha detectado con pesar un desviacionismo reincidente en los siguientes departamentos...

—Sí, pero lo que quiero decir es que, aunque tenga un genotipo limpio, ¡una persona con un mínimo sentido de la responsabilidad social simplemente no tiene cinco hijos en esta época y día! No me importa que tenga en el buzón el Boletín de Poblimitación... eso podría ser una tapadera, ¿no? No, yo digo que debe de ser uno de esos Católicos Tradicionales sangrones. ¡Y quiero que se vaya!

CUIDADO CON EL PERRO

—¡Lo que nos pertenece por derecho, por ley y por historia yace gimiendo bajo el talón de un tirano extranjero!

ESTE LOCAL ESTA PROTEGIDO POR SALVAGUARDIA S. A.

—No es suficiente con que nosotros mismos disfrutemos de la libertad. No seremos verdaderamente libres hasta que todos los seres vivos puedan proclamar sincera y honradamente lo mismo.

PROHIBIDO EL PASO

—No es suficiente con que nosotros mismos disfrutemos de la libertad. ¡Hay individuos en nuestro propio corazón que exaltan las virtudes de un modo de vida que sabemos malo, odioso y erróneo!

NEGRO QUE NO TE VEA LA LUZ DEL DÍA POR AQUÍ

—Sucios rojos..,

Tuyo es mi país, Señor

NACIONALES ACERA DERECHA	EXTRAÑOS ACERA IZQUIERDA

—Hienas capitalistas...

Siempre habrá una Inglaterra

CRETIBLANCO BLANCHULO

—Las ceñólas empiezan en Calais...

—*Vive la France!*

FLAMENCO VALON

—Negroseros sangrones...

—*Deutschland über Alies*

YORUBA IBO

—Los cabrones de la puerta de al lado...

Nkosi Sikelele Afrika

TUYO MIÓ

—Están todos locos menos tú y yo, y tú eres un poco rar...

¡¡¡MIO!!!
¡¡¡MIO!!!
¡¡¡MIO!!!

(PATRIOTISMO: Un gran escritor inglés dijo en cierta ocasión que si tuviera que elegir entre traicionar a su país y traicionar a un amigo, esperaba tener la decencia de traicionar a su país.
¡Amén, hermanos y hermanas! ¡Amén!

—El diccionario del felicrimen, por Chad C. Muliigan.)

VIENDO PRIMEROS PLANOS (6)

¿DE QUE PARTE ESTOY YO?

En Nueva York, Elias Masters prefería no alojarse en un hotel, ni siquiera en casa de ninguno de sus muchos amigos, aunque sabía que algunos de ellos se encontraban dolidos por sus repetidas negativas. En cambio, tomaba una habitación en el Parador de las Naciones Unidas y, si —como en esta visita— el edificio estaba tan atestado de gente que lo único que le podían encontrar era un miserable armario sobredimensionado, en que la cama se doblaba hacia atrás sobre la pared para que el inquilino pudiera entrar en la bañera que quedaba debajo, le tenía sin cuidado.

Temía enamorarse de su propio país, como su viejo amigo Zadkiel Obomi, hasta el punto de que su dedicación a la especie humana, asumida deliberadamente, pero ya casi desfalleciente, perdiera fuerza bajo la presión de las circunstancias de sus hermanos americanos. Hoy había estado peligrosamente cerca de caer precisamente en eso. El espectáculo de ese joven V.Pres. de Técnicas Generales le había puesto tan indescriptiblemente triste...

Aún no había sacado a la luz el motivo de su visita a Técnicas Generales, pero no dudaba que habrían sometido los datos a Shalmaneser recibiendo como resultado una deducción muy cercana a la realidad. Demasiados aspectos de su vida eran del dominio público: su petición personal de traslado a Beninia, por ejemplo, cuando siguiendo el curso normal de los acontecimientos hubiera sido el próximo embajador en Delhi y. más adelante, cosechado uno de los trabajos verdaderamente sabrosos... quizá París, o incluso Moscú. Se había formado tal revuelo sobre su desplazamiento a Beninia, especialmente entre los Hijos de X...

Estaba sentado en la única silla de la habitación, mirando sin ver la pantalla mural plana de TV, en la que la maravilla de la transmisión de señales holográficas presentaba imágenes que parecían sólidas y cambiaban de aspecto y de perspectiva cuando uno se movía de un lado a otro de la escena. El aparato le había mostrado recientemente un programa del EXAMINALISIS, y los detalles de la lucha y del vandalismo en el Pacífico, de las algaradas anti-Católicos Tradicionales y de los locriminales en general le habían deprimido hasta el punto de estupefacción.

Con una mano sostenía sin fuerza un libro que le había recomendado un amigo, alguien a quien había visto pocos meses antes de su partida hacia Beninia. Había oído hablar antes del autor, naturalmente; estaba considerado por los entendidos como uno de los pocos grandes

divulgadores sociológicos verdaderos, en la tradición de Packard y Riesman.

Pero había anunciado este libro como su canto del cisne y, fiel a su promesa —según el amigo que se lo había prestado— había desaparecido desde su publicación. Según los rumores se había suicidado. Ciertamente, la desesperación que se podía palpar en sus definiciones irónicas no le recordaba a Elias otra cosa que La mente al final de la soga de Wells, ese macabro epitafio de las aspiraciones humanas, sugiriendo que el rumor pudiera ser cierto.

Se irguió y volvió a mirarlo conscientemente. La portada mostraba un barril de pólvora con una mecha encendida ondulada en el suelo. Sin duda aquel dibujo había sido elegido por el editor, no por el propio Chad Mulligan... era consciente del siglo XXI y nunca hubiera permitido nada tan arcaico, de haberlo sabido a tiempo.

De hecho, Mulligan...

Elias asintió lentamente con la cabeza. Tenía que admitir que estaba impresionado, como uno podría sentirse por un médico que se negara a desorientar a sus pacientes con falsas seguridades. Mulligan hubiera podido comprender los motivos capaces de llevar a la brillante estrella del Cuerpo Diplomático de los EE. UU. a los barrios bajos pobres y deprimidos de Port Mey en vez de a la limpia modernidad de Moscú. Podría incluso, aun siendo de raza blanca, haber comprendido la elección con que se enfrentaba un hombre como él conscientemente: o entregarse a las angustiosas necesidades de su propia gente, que en este magnífico siglo XXI seguían siendo los atrapados y daban origen a la mayoría de los locriminales (aunque las notas informativas de la policía nunca mencionaban su color), a casi todos los drogadictos (aunque la mayoría de ellos no podían permitirse el Rompecranium ni la Viajina y se envenenaban con Navegol preparado en la cocina o con jugo de adormidera rascado de las cápsulas abiertas con las bordes sin filo de cuchillos sucios), los que decían «¡no tengo que entrar en un ghetto donde voy, porque nací aquí!»... o bien entregar su amor sólo a los amigos y su lealtad sólo a la totalidad de la raza humana.

Negro o no negro, este hombre, Elias Masters, no se podía identificar mejor en lo más mínimo con los dirigentes ambiciosos de Bamako y Accra, que alternaban los halagos mimosos dirigidos a Beninia con los aullidos de rabia entre ellos, destinados a distraer a su propia población de las escaramuzas intertribales, que con la directiva de Técnicas Generales. Que los Dahomalianos y los SO.N.A.D.O.s combatieron sus guerras en la sombra, que pronunciaran sus fanfarronadas rivales sobre cuál de los dos países estaba más industrializado, era más poderoso y se encontraba más dispuesto a saltar en defensa de su integridad nacional; para él, el hecho de que Zadkiel Obomi pudiera hacer malabarismos con cuatro grupos idiomáticos —dos de los cuales

eran en cualquier caso intrusos, descendientes de refugiados de masacres tribales del siglo XX en territorios vecinos— y mantenerles cantando en circunstancias que cualquiera hubiera considerado previas a una guerra civil, constituía el gran logro de África. Y quizá... del mundo entero.

Podía oír ahora ese canto en su memoria, sobreimpuesto con el tum-tum de las manos de mortero en los recipientes de harina, porque no había pellejos de sobra para lujos tales como parches de tambor. Se encontró hablando en voz alta a ese ritmo insistente.

—¡Pero es que no pueden vivir en la miseria! —exclamo, golpeándose enfáticamente con el libro la palma de la mano—, ¡Es que nadie les ha enseñado los modos que conocemos la gente más sofisticada de odiarnos mutuamente!

Supo que era una insensatez en el momento en que lo decía. Los seres humanos se engañaban cuando aseguraban que el odio era algo que les tenían que enseñar. El odio a los rivales, a los invasores de la propiedad privada, al macho más poderoso o a la hembra más fértil, iba implícito en la estructura psicológica de la Humanidad. Y, sin embargo, subsistía el hecho: había sentido en Beninia una felicidad en la pobreza que no encontró en ningún otro sitio.

¿Puede deberle al propio Zad? No. eso es también una tontería Ni siquiera Jesús, ni siquiera Mahoma, ni siquiera Elida hubieran podido presumir de eso. Y. sin embargo, ¡estoy seguro de que es un fenómeno objetivo! Quizá cuando TG va allí le proporcionarán los datos a Shalmaneser y sacarán la explicación.

Pero eso era más ridículo que nunca, una muestra pura de racionalización autodisculpatoria. Los únicos hechos disponibles para alimentar a un ordenador eran del dominio público: Beninia era un pequeño país asolado por el hambre, llevado por su presidente y por un puñado de subordinados de talento mucho más lejos del punto en que sus vecinos mayores se habían rendido y federado por áreas de lenguaje coloniales. En el trasfondo flotaban ciertos curiosos problemas históricos, tales como el motivo de que los mercaderes de esclavos árabes ignoraran a los shinkas al reunir cargamentos para su venta a los compradores europeos; de que —a pesar de una tradición pacífica— esa tribu no hubiera sido dominada nunca por sus vecinos; de que bajo el gobierno colonial británico nunca se hubiera constituido un partido revolucionario; de que..,

—¿Para qué demonios sirve preocuparse por eso? —dijo Elias, dirigiéndose una vez más a las paredes de la habitación—, ¡Amo aquel país y, cuando alguien reduzca el amor a un puñado de factores que se pueda analizar con un ordenador, no quedará nada de lo que sea que da valor al ser humano!

CONTEXTO (7)

LUCHA DE TOROS

Escena: una catedral durante el servicio de la mañana.

Vista: el obispo y la congregación.

Detalle: una mancha a lo largo de la parte delantera de la barandilla del pulpito. Ha sido aplicada con una brocha y consiste en un vesicante (fórmula relacionada con el gas mostaza pero algo más eficaz) y en un alucinógeno (referencia del catálogo de TG AKZ-21205, convertida por ebullición junto con ácido sulfúrico diluido en el producto apodado «Verdad o consecuencias»).

Predicción: cuando el obispo cierre las manos, como hace invariablemente, sobre la
barandilla del pulpito...

Verdad:

—La lectura que comento hoy está tomada del Libro de la Revelación de San Juan el Divino, capítulo decimoséptimo, verso primero. ¡Ejem!: «Yo te mostraré el juicio de la gran prostituta que cubría muchas aguas».

»Bien, no me cabe duda de que algunos de vosotros... (¡huy! ¿Qué, en el nombre de...?)... os habréis quedado un poco sorprendidos (¿por qué me pueden escocer así las manos?) por mi elección de este texto... completamente deliberada, os lo aseguro (quizá se me pase si intento ignorarlo)... con el fin de dramatizar de la forma más violenta posible una verdad que algunas personas, que se declaran cristianas como nosotros, se niegan a ver (¡quema como el juego del infierno!).

»Lo que quiero resaltar, de lo que quiero convenceros de que hay que resaltar, es lo siguiente... y es algo muy sencillo. Ya que el Libro del que he tomado el texto es ése, entre todos, que tiene una proyección sobre la experiencia humana de todos los días, no deja a un lado algunos de los aspectos más sabrosos de nuestras vidas. Naturalmente no los aprueba; pero desde luego no critica, como podría decirse, las verdades hogareñas que nos afectan y que tenemos que afrontar sin dudas si queremos llevar la clase de vidas que debemos intentar por deber cristiano (oh, ya va mejor, se está reduciendo a una especie de calor suave, como si llevara guantes).

»Y puesto que el Hombre tiene una chispa de divinidad en su naturaleza, los fundadores de nuestra Iglesia no temieron utilizar

parábolas humanas —uno podría decir casi crudamente humanas— en sus enseñanzas.

»La analogía de la prostituta, que vende su cuerpo por dinero, hubiera sido considerada de mal gusto, hace algunas generaciones, por mucha gente. Pero el hecho de que nuestra
sociedad diera origen a esa clase de personas era de por sí una vergüenza... se podría decir una desgracia, utilizando la acepción técnica estricta del término "gracia". Afortunadamente hemos llegado a reconocer algunos aspectos implícitos en la responsabilidad que hemos recibido al ser creados en cuerpos materiales y, entre éstos, se encuentra la aceptación del hecho de que el hecho de que la elección del símbolo del matrimonio entre nuestro Señor y su Novia la Iglesia no fuera un accidente... de que, resumiendo, la unión entre el hombre y la mujer es una expresión del amor, una expresión del amor, en otras palabras... ah... una expresión del amor. (¡Espero que no se den cuenta si me apoyo en la columna de detrás!).

«Naturalmente, cada vez es más y más difícil encontrar prostitutas en estos tiempos. Cuando yo era joven, había algunos entre mis compañeros que... ah... recurrían a tales personas, y yo pensaba que eran dignos de compasión porque evidentemente no habían llegado a un acuerdo con la facultad inherente, como se podría decir, de expresar el afecto que va implícito en el acto que no tiene por objeto sólo la perpetuación de nuestra especie, sino también la donación de placer por una persona a otra u otras.

»(?)

«Cuando digo "otras" me refiero, naturalmente, al lamentable hecho de que nosotros, los seres humanos, somos infinitamente menos que perfectos y, en cierto sentido, la realización completa de esta facultad enviada por el cielo de satisfacer a la compañera o al compañero de toda la vida es, como cualquier otra actividad humana, algo que requiere experimentación y práctica antes de llegar a la habilidad máxima y, así y por ello, vemos que hay personas que se casan y después sienten sinceramente haber elegido esta pareja en particular a quien, al fin y al cabo, no estamos adaptados y de quien nos separamos con dolor porque...

»Bien, de todos modos (¡Nunca me había dado cuenta de hasta qué punto pueden ser pesadas y estúpidas estas sotanas!).

«Muchísima gente no se percata de esto, como muy bien sabéis. Quiero decir que, desde el mismo momento del gran cisma de finales del siglo XX, asistimos al espectáculo nauseabundo de algunos fanáticos atemorizados allá en Madrid bombardeando a quienes se supone que son sus hermanos católicos con una serie de bulas y encíclicas y todo eso... no sólo porque la Iglesia Romana haya percibido la verdad

fundamental de que el hacer el amor es algo más que fabricar una serie de niños a los que poder salpicar con un poco de agua bendita y enviar al cielo para que sigan sonando las aleluyas y reconocido la necesidad de las píldoras anticonceptivas. Pero he aquí a este Papa Eglantine aferrándose a eso de que no se debe interferir con las normas divinas y dar a los otros hijos una oportunidad de crecer cómodamente para que puedan llegar a ser seres humanos adultos y equilibrados; oh, no, uno nunca debe disfrutar con nadie a menos que sea para procrear como si no fuéramos ya bastantes por aquí tropezando mutuamente en los talones de los demás y metiéndonos por medio constantemente y quitándonos prácticamente el pan de la boca porque son tan ávidos y egoístas y, Dios, es como para que uno quiera volverse musulmán, lo es de verdad, porque prometen una serie de hurís permanentemente vírgenes cuando mueran y qué son las píldoras anticonceptivas sino una contrapartida de aquí y ahora de ese estar fastidiado cuando la mujer de uno queda embarazada y yacer solo noche tras noche incapaz de dormir por las piañas y va sabéis que literalmente llega a ser un dolor al cabo de un tiempo y todos esos idiotas de mierda como San Agustín que de muchachos se divirtieron con las mujeres de la calle y después cambiaron de chaqueta y lo prohibieron para todos los demás creo que tenía la sífilis y se le metió en el líquido espinal y le dejó inútil y si no fuera por el hecho de que probablemente sea impotente todo el mundo creería que le habría pasado lo mismo al Papa Eglantine y a su panda de Católicos Tradicionales. ¿Por qué no me callo y dejo de enchufaros tonterías en las orejas cuando lo que deberíais estar enchufando es otro órgano completamente distinto?

Consecuencia: la congregación quedó muy confusa.

CONTINUIDAD (6)

UN LOTE DE SUBASTA PARA MI

—Sr. de la Casa —el tono absolutamente neutro—. Nos vimos hoy, más temprano. Siéntese, ¿quiere? Tendrá que ser en la cama, me temo... ¿o prefiere usted que vayamos
a una de las salas de descanso públicas, abajo?

—No, aquí está bien —dijo distraídamente Norman, sentándose en el mismo borde de la
estrecha cama. Su mirada se dirigía aleatoriamente de uno a otro punto de la pequeña habitación.

—¿Puedo ofrecerle algún refresco? Recuerdo que usted no toma alcohol, pero quizá café o...

—No, gracias. Sin embargo fumaré, si no le importa.

—¡Ah, Joyas de la Bahía! Es la marca que solía elegir... no, gracias. Lo dejé. Lo utilizaba para huir de la claridad de ideas y, una o dos veces, estuve a punto de castigarme con un desastre por hacerlo.

Tanteando. De repente, Norman encontró las palabras apropiadas para exponer lo que tenía en mente

—Mire, Sr. Masters —dijo, con el porro aún sin encender en la mano—, voy a soltar lo que he venido a decirle y luego me iré y dejaré de molestarle. Es básicamente que sé que no le di una impresión muy buena durante el almuerzo.

Elias se reclinó en la silla, cruzó la pierna derecha sobre la izquierda, juntó las yemas de los dedos y esperó.

—No me refiero a la clase de impresión que la vieja TG y el resto de los altos ejecutontos querían que le hiciera cuando me invitaron. Eso no tiene nada que ver conmigo como persona... no es más que el rollo de la imagen de la empresa: he aquí una corporación comprensiva con V.Pres. de color, y eso está ya muy visto. Las compañías grandes lo llevan haciendo cincuenta o sesenta años y sólo ha servido para mitigar una parte de su sentimiento de culpabilidad. Por lo que estoy pidiendo perdón es por la impresión que yo me dediqué a dar —miró de frente a Elias por primera vez—. Dígame, sinceramente: ¿qué piensa usted de mí?

—¿Que qué pienso de usted? —repitió Elias, soltando una risita triste— . No he tenido ocasión de formarme una opinión. Si quiere le puedo decir lo que pensé sobre el modo en que entraba.

—A eso me refería.

—Estaba demostrándole al visitante distinguido que podía ser usted un sangrón incluso mayor que los ejecutivos principales de TG.

Hubo una pausa. Eventualmente, Elias dejó caer las manos sobre los muslos.

—Bien, he contestado a la pregunta y, por su silencio, deduzco que no le ha servido de mucho. Ahora conteste usted una mía. ¿Qué le ocurrió cuando le llamaron a resolver aquel problema de la bóveda de Shalmaneser?

Norman tragó saliva ansiosamente, haciendo subir y bajar visiblemente la nuez.

—Nada muy importante —murmuró.

—No le creo. Cuando volvió estaba usted controlado por su piloto automático; no hubo ni una pizca de verdadera personalidad en nada de lo que hizo o dijo en toda la comida: sólo un conjunto de reflejos condicionados que funcionaron lo suficientemente bien para engañar a cualquiera excepto a un psicólogo, quizás... o a un diplomático. He aprendido a distinguir, sólo por el modo de entrar en una habitación, entre un negociador honrado y un representante con instrucciones de repetir como un loro, simplemente, la postura oficial de su gobierno. Usted será capaz de mentir a los cretiblancos para los que trabaja, pero yo me he hecho viejo estudiando la mentira humana y sé.

Se inclinó adelante y cogió la mano izquierda de Norman. Tanteó entre los tendones con las yemas de los dedos. Durante un momento, Norman se quedó demasiado asombrado para reaccionar; después retiró la mano violentamente, como si hubiera sufrido un calambre.

—¿Cómo lo ha sabido?

—No lo he adivinado. Un anciano —supongo que usted le llamaría médico brujo— me enseñó la lectura de los músculos en las callejas de Puerto Príncipe cuando era embajador en Haití. Pensé por un momento que habría sufrido usted algún daño importante en esa mano, pero no puedo percibir ninguno. ¿De quién era la mano, entonces?

—De mi bisabuelo.

—¿En los tiempos de la esclavitud?

—Sí.

—¿Cortada?

—Aserrada. Porque le pegó a su amo y le tiró a un riachuelo.

Elias asintió con una inclinación de cabeza.

—Debía de ser usted muy joven cuando lo oyó contar —aventuró.

—Creo que seis años.

—No es algo que se deba contar a un niño de esa edad.

—¿Cómo se puede saber? ¡Era el tipo de cosa importante que los niños de mi generación necesitaban oír! Seis años no eran demasiado pocos

para que yo hubiera aprendido que el muchacho a quien más apreciaba de nuestro bloque, el que tenía por mi mejor amigo, no se lo pensaba un minuto antes de juntarse con otros chicos que no me gustaban y llamarme sucio negro bastardo.

—¿Se ha dado cuenta usted de que ya apenas se oye decir eso... ese insulto en particular? Probablemente no. Yo me doy cuenta de los cambios en las formas de hablar corrientes porque me paso cada vez varios años fuera del país y cuando vuelvo el proceso de evolución ha avanzado mucho. Hoy día se tiende a decir «sangrón» donde antes se decía «bastardo»... me imagino que para hacer referencia a un defecto genético como la hemofilia, que en estos tiempos es un tema tan sensible.

—¿Qué? —confuso, Norman sacudió la cabeza.

—Si no está claro lo que quiero decir, en seguida lo explicaré. ¿Cómo le afectó esa historia sobre su bisabuelo?

—Solía dolerme este brazo —lo mostró Norman—. Decían que era reumatismo. Falso. Era algo psicosomático. Solía soñar que me sujetaban y me lo aserraban. Me despertaba gritando y mi madre me decía a voces desde la habitación de al lado que me callara y la dejara dormir.

—¿No le dijo usted que tenía pesadillas?

Norman contempló el suelo entre sus pies. Negó con la cabeza.

—Creo que temía que pudiera regañar a mi bisabuelo y prohibirle que me hablara de eso.

—¿Por qué quería que lo hiciera? No importa... no hace falta que lo diga. ¿Qué ocurrió hoy en relación con ese trauma a los seis años?

—Una Hija del Divino intentó destrozar a Shalmaneser con un hacha. Le cortó la mano a uno de nuestros técnicos.

—Ya veo. ¿Es posible que la recupere?

—Oh, sí. Pero los cirujanos dicen que puede perder algunas de las funciones motoras.

—¿Y usted se metió en ese lío sin saber nada?

—Por la barba del profeta... ¡nada! ¡No tenía ni idea de que fuera algo más que una de sus demostraciones de mierda, con el típico aullar de divisas y agitar de banderas!

—¿Por qué no se había ocupado del asunto la guardia de la empresa antes de que usted
llegara?

—Más que inútil. Dijeron que no se atrevían a disparar desde la balconada por miedo a darle a Shalmaneser, y cuando llegaron al nivel del suelo ya me las había visto yo con ella.

—Usted se las vio con ella... ¿Cómo?

Norman cerró los ojos y se los cubrió con las palmas de las manos.

—En cierta ocasión —dijo con voz apenas audible entre los dedos— vi una válvula de helio líquido a presión con una manguera. Eso me dio la idea. Cogí una de las salidas y... y le rocié el brazo. Lo congelé hasta la solidez. Lo cristalicé. El peso del hacha lo rompió.

—En ese caso supongo que no se le puede devolver la mano.

—No, por la barba del profeta. Debe de haberse estropeado instantáneamente ...¡como una manzana helada!

—¿Puede tener esto consecuencias serias para usted? ¿Le van a procesar por mutilarla, por ejemplo?

—Claro que no —el tono era medio despectivo—. TG cuida de su gente y, en vista de lo que ella quería hacer con Shalmaneser. En este país siempre nos hemos preocupado más del derecho a la propiedad privada que de los derechos humanos. Debería usted saberlo.

—Bien, si no se trata de las consecuencias debe de ser el acto en sí. ¿Cómo le ha hecho sentirse con respecto a usted mismo?

Norman dejó caer las manos.

—Usted se equivocó de vocación, ¿verdad? —dijo amargamente—. Debería haber sido
loquero.

—Mis neurosis no son de las que se pueden proyectar a otros neuróticos. Le he preguntado algo y, o mucho me equivoco, o es de lo que ha venido a hablar, así que ¿por qué no quitárselo de encima?

El porro olvidado se acercó vagamente a los labios de Norman. Lo encendió, aspiró y contuvo en los pulmones la primera bocanada.

—¿Cómo me siento? —dijo al cabo de medio minuto—. Me siento estafado. Me siento avergonzado. Por fin he igualado el marcador. He conseguido un trofeo... la mano de una culopálido. Y ¿cómo he llegado

al punto de poder hacerlo? Siguiendo las normas de vida que estableció El Hombre. ¡Y no sirve para nada! Porque ¿qué utilidad tiene esa mano para mi bisabuelo? ¡Está muerto!

Volvió a chupar del porro y esta vez contuvo el humo durante todo un minuto.

—Sí, supongo que lo estará probablemente —admitió Elias al cabo de una breve reflexión—. Hoy. ¿Cree usted que necesita ser llorado?

Norman negó vivamente con la cabeza.

—Bien —Elias volvió a su postura original, con los codos en los brazos del sillón y las yemas de los dedos juntas—. Hace poco le hice notar algo que aparentemente le ha parecido irrelevante: el hecho de que ya no se oye a la gente tanto como antes llamarse mutuamente «bastardos». Es significativo. Nacer fuera del matrimonio ya no tiene importancia, del mismo modo que tampoco la tenía en los tiempos de la esclavitud, cuando nuestros abuelos y abuelas no se casaban... simplemente se reproducían. Lo que se oye ahora como insulto es algo que se refiere a la pureza genética: «sangrón». Está de acuerdo con las preocupaciones de nuestra sociedad; ha llegado a ser detestable, antisocial el reproducirse si no se está totalmente limpio en lo orgánico. ¿Está usted ahora en mi órbita?

—Las cosas cambian —dijo Norman.

—Exactamente. Usted ya no tiene seis años. Un jefe ya no puede hacer a sus subordinados lo que tanto tiempo atrás hizo el hombre blanco a su bisabuelo. Pero ¿acaso es el mundo un paraíso por estas mejoras tan simples?

—¿Un paraíso?

—Claro que no. ¿Acaso no hay bastantes problemas que resolver en este tiempo para que usted tenga que obsesionarse con los antiguos?

—Sí, pero... —Norman hizo un gesto desamparado—. ¡Usted no sabe a qué clase de callejón sin salida me he visto conducido! ¡Llevo trabajando en esta versión de mí mismo durante años, durante décadas! ¿Qué voy a hacer?

—Eso debe decidirlo usted.

—¡Es muy fácil eso de «decidir» la salida! Usted ha estado fuera de este país varios años cada vez, como precisamente ha dicho. No sabe cómo es El Hombre, incluso hoy día.., no sabe cómo le empuja a uno constantemente, cómo le pincha, cómo le irrita. Usted no ha experimentado mi vida, simplemente.

—Supongo que eso es cierto.

—Por ejemplo... —Norman dirigió la mirada a la pared tras la cabeza de Elias, sin verla—. ¿Ha oído hablar de una mujer llamada Guinevere Acero?

—Tengo entendido que es la responsable de las modas mecánicas que llevan las mujeres aquí en este momento, como si hubieran sido construidas en una fábrica y no nacidas de una madre.

—Exacto. Piensa dar una fiesta. Será un microcosmos de lo que quiero decir, todo junto en un apartamento y goteando basura. Debería llevarle a usted conmigo y quizás así usted...

Se detuvo en mitad de la frase, abrumado de repente por lo que estaba diciendo y por la
persona a quien se lo estaba diciendo.

—¡Sr. Masters, lo siento terriblemente! ¡No tengo derecho a hablarle así! —se puso en pie, enormemente turbado—-. Debería estarle agradeciendo muy sinceramente su tolerancia y aquí estoy insultándole y...

—Siéntese —dijo Elias.

—¿Qué?

—Digo que se siente. No he terminado, aunque usted lo haya hecho. ¿Cree que me debe
algo?

—Claro. Si no hubiera podido hablar con alguien esta noche creo que me habría vuelto loco.

—¡Qué bien expresa usted mis sentimientos! —dijo Elias con una ironía serena—. ¿Puedo suponer que en este preciso momento a usted no le preocupa demasiado que los secretos empresariales de TG sigan o no ocultos?

—Sé puñeteramente bien que no lo siguen.

—¿Perdón? —parpadeó Elias.

—Un problema privado... oh, ¿para qué lo voy a ocultar? La tía con la que había estado
conviviendo últimamente ha resultado esta tarde ser una espía industrial; mi coinquilino

descubrió un aparato de escucha escondido en el poliórgano que trajo con ella —Norman soltó una risa ronca—. Cualquier cosa que quiera saber, basta con que lo pregunte... siempre puedo decir que fue ella la que descubrió el secreto.

—Preferiría que me lo contara usted abiertamente, si es que quiere.

—Sí, no debí decir eso. Adelante.

—¿Cuál creen los directivos de TG que es mi propósito al dirigirme a ellos?

—No lo sé. Nadie me lo ha dicho.

—¿Se lo ha imaginado usted por sí mismo?

—No exactamente. Estaba hablando de eso con mi coinquilino esta tarde, pero no llegamos a ninguna conclusión concreta.

—Bien, imagínese que yo dijera que mi intención es vender al Hombre a mi amigo más
querido como esclavo, y que creo que es por su propio bien... ¿entonces?

La boca de Norman adoptó lentamente la forma de una O. Chasqueó los dedos.

—¿El presidente Obomi? —dijo.

—Es usted un hombre muy inteligente, Sr. de la Casa. Bien... ¿su veredicto?

—Pero ¿qué tienen ellos que TG pudiera desear?

—No se trata de TG como tal. Se trata del Estado.

—¿No se quiere arriesgar a otra crisis como la de Isola?

—Está usted empezando a asombrarme, y lo digo en serio.

—Para ser sincero —Norman parecía incómodo—, es una de las ideas en las que estuvimos pensando mi coinquilino y yo. Sin embargo, no la hubiera creído si no se lo hubiera oído a usted.

—¿Por qué no? El beneficio anual de TG equivale a casi cincuenta veces el producto nacional bruto de Beninia; podría vender y comprar muchos de los países subdesarrollados.

—Sí, pero, aun aceptando su capacidad de hacerlo, cosa que no puedo poner en duda, sigue vigente la pregunta: ¿qué hay en Beninia que TG pudiera querer?

—Un proyecto de rehabilitación a veinte años que creará en el África Occidental una cabeza de puente industrial avanzada, con ayuda del mejor puerto del Golfo de Benín, capaz de competir en sus propios términos y sobre sus propias bases con los Dahomalianos y con los SO.N.A.D.O.s. El Estado dispone de un análisis por ordenador que sugiere que la intervención de una tercera fuerza es el único factor que probablemente podría evitar una guerra por Beninia cuando mi buen amigo Zad muera... y ese día no está tan lejos como a mí me gustaría. Se está llevando a sí mismo a la tumba.

—Y ¿ese proyecto pertenecería a TG?

—Sería.., encargado a TG, digámoslo así.

—Entonces no lo haga.

—Pero si la alternativa es la guerra.

—Desde dentro, desde la situación de un V.Pres. adjunto de la corporación, puedo decir
que la propia guerra no es tan terrible como lo que TG puede hacer al respeto propio de un hombre. ¡Escuche! —Norman se inclinó hacia delante ansiosamente—. ¿Sabe usted lo que me han llevado a hacer, como un tonto? Estoy suscrito a esas organizaciones de Investigación Genealógica, esos negocios prácticamente para chiflados que aseguran poder rastrear la ascendencia de uno en base a su genotipo. Y ¿sabe usted que no he encargado ni una sola vez que encuentren mi origen afro? ¡No sé de dónde vinieron mis antepasados negros con más aproximación que tres mil kilómetros!

—¿Y suponiendo que fuera un primo de usted..., y mío, quien diera la orden de que los ejércitos marchen sobre Beninia? ¿Qué quedaría del país? ¡El derrotado quemaría las tierras tras él al retirarse y no dejaría nada más que escombros y cadáveres!

La firmeza de Norman se desvaneció. Se encogió de hombros, asintiendo.

—Supongo que tiene razón. Al fin y al cabo, todos somos seres humanos.

—Voy a contarle el plan. TG emitirá obligaciones para financiar la operación y el Estado suscribirá el cincuenta y uno por ciento de las mismas a través de agentes intermediarios: sobre todo bancos africanos. TG garantizará un interés del cinco por ciento anual durante

el período del proyecto, veinte años, y publicará estimaciones de un beneficio superior al ocho por ciento. Estas cifras están sólidamente soportadas, por cierto, según los cálculos del Estado; esperan verlas confirmadas cuando se den los datos a Shalmaneser. A continuación reclutará el personal de formación, especialmente entre personas que hayan estado en administraciones coloniales y similares, en los viejos tiempos, gente acostumbrada a las condiciones de África occidental. Los primeros tres años se dedicarán al régimen alimenticio, sanidad y construcción de edificios. La siguiente década estará centrada en la enseñanza: primero un impulso a la alfabetización y luego un programa de formación técnica pensado para transformar a un ocho por ciento de los habitantes de Beninia en operarios experimentados. Me doy cuenta de que parece imposible, pero insisto en que creo que funcionará. No hay otro país en el mundo en que se pudiera llevar a efecto, pero en Beninia es posible. Y los últimos siete años se invertirán en la construcción de las fábricas, en la instalación de las máquinas herramienta, en el tendido de las líneas de alta tensión, en la nivelación de las carreteras... todas las demás cosas necesarias, en resumen, para convertir a Beninia en el país más avanzado del continente, sin excluir Sudáfrica.

—Bendito sea Alá —dijo suavemente Norman—. Pero, ¿de dónde se puede sacar la energía para alimentar los cables de alta tensión?

—Va a ser extraída de las mareas, más solar y térmica, obtenida por aprovechamiento del calor de las corrientes submarinas profundas. El gradiente de temperatura entre la superficie y el fondo del mar en esas latitudes puede cubrir las necesidades de un país mucho más grande que Beninia, al parecer.

—En ese caso —aventuró Norman después de un momento de duda— se puede suponer que la materia prima procedería del PMAM...

—Como dije antes, Sr. de la Casa —dijo Elias con una cordialidad renovada—, de repente me asombra usted. Cuando nos encontramos hoy antes, su imagen., eh... superficial era tan perfecta que me ocultó esa clase de perceptividad. Sí, esa va a ser la zanahoria con la que engatusaremos al burro de TG para que colabore: la promesa de un mercado interno que le permitirá explotar los depósitos minerales del PMAM.

—Según lo que me ha contado usted —dijo Norman— me imagino que saltarían de los
sillones al oír la idea.

—Es usted la primera persona de TG que oye todos los detalles.

—¿La...? Pero, ¿por qué? —la pregunta de Norman fue casi un grito.

Librodot

—No lo sé. —De pronto Elias pareció muy fatigado—. Supongo que porque lo he tenido guardado demasiado tiempo, y cuando ha salido a la luz estaba usted aquí. ¿Puedo llamar a la Srta. Maleche y decirle que quiero que le envíe a usted a Port Mey para dirigir las negociaciones preliminares?

—Yo... ¡un momento! ¿Qué le hace estar tan seguro de que ella aceptará cuando le haya
explicado el proyecto?

—He hablado con ella en una ocasión —dijo Elias—. Y me basta encontrarme una vez con una persona para saber si es del tipo de quienes quisieran poseer novecientos mil esclavos.

LAS COSAS QUE PASAN (5)

CIUDADANO MICROBIO

Si monumentum requiris, circumspice.

Haz la cuenta, ciudadano microbio,
ahora que hay tantos miles de millones como tú,
sangrando por las abiertas venas
en la bañera, o en el Pacífico,
de aquello por lo que podrás ser recordado.

¿Lápidas mortuorias, ciudadano microbio?
«¿Aquí yace en Dios el esposo querido de
María, padre de Jaime y Juana?»
Pero han cerrado el cementerio de la 5.a Av. esquina C/ del Roble
y han puesto en su lugar un bloque de apartamentos.

¿Ideas, ciudadano microbio?
Te criaron estudioso y educado,
preparado para tener iniciativas.
Pero ahora nuestra sociedad tecnológica
insiste en que te comportes como una estadística.

¿Productos, ciudadano microbio?
No es en lo más mínimo improbable
que seas habilidoso con las manos.
Pero hay un control en la fresadora química
tan exacto que trata diámetros moleculares.

¿Un hijo, ciudadano microbio?
Preséntate al Tribunal de Selección Eugénica,
entrega una muestra de tu genotipo.
Pero prepárate a oír que no está autorizado

y no te quejes cerca de tus vecinos.

¡No, no, ciudadano microbio!
¡Aquí está tu monumento, y es enorme!
Los coches que usaste, la ropa que rasgaste,
las latas que vaciaste, los muebles que rompiste
y toda esa mierda con que atascaste los sumideros.

Si monumentum requiris, circumspice...

VIENDO PRIMEROS PLANOS (7)

LA VARIEDAD DEMASIADO

Hasta hacía poco Eric Ellerman pensaba que este era el peor momento del día, el intervalo entre el despertar y el llegar al trabajo: tiempo dedicado a endurecerse para soportar la prueba de enfrentarse a sus colegas. Pero ya no parecía haber ningún «peor momento».

Vivir era pura y sencillamente el infierno.

Desde el rincón donde desayunaba —la segunda taza de café sintético; el impuesto por tener tres hijas le había quitado la posibilidad de comprar el natural— podía ver el sol de la mañana brillar sobre kilómetros de invernaderos que, llegando al extremo más alejado del valle, subían por las laderas y se desvanecían al otro lado., Sobre ellos se cernía un inmenso cartel anaranjado: ¡PARA MI NO HAY MAS QUE ALTOS VUELOS DE CALIFORNIA, DICE «EL HOMBRE QUE ESTA CASADO CON MARI JUAN»!

Pero ¿cuánto tiempo más puedo seguir viviendo a la vista de mi trabajo?

A través del delgado tabique que le separaba del dormitorio de las niñas llegaban los llantos rebeldes de las gemelas, desatendidas mientras Ariadna vestía a Elena para ir al colegio. También ésta empezaba a llorar otra vez. ¿Cuánto tardaría en empezar el golpeteo desde el apartamento de al lado? Miró nerviosamente el reloj y descubrió que tenía tiempo de terminar la taza.

-¡Ari! ¿No puedes callarlas? —llamó.

—¡Hago todo lo que puedo! —llegó la respuesta, con enfado—. ¡Si me echaras una mano con Elena, sería más fácil!

Y, como si esas palabras hubieran sido una señal, empezaron a sonar los golpes de los
vecinos.

Ariadna apareció con el cabello despeinado y el camisón abierto, mostrando el vientre caído; empujaba a Elena frente a ella, porque la niña se frotaba los ojos enrojecidos por las lágrimas y se negaba a mirar a dónde iba.

—Toda tuya —dijo Ariadna, secamente—. ¡Y espero que la disfrutes!

Violentamente, Elena se lanzó adelante extendiendo los brazos. Una pequeña mano golpeó la taza que sostenía Eric y lo que quedaba del contenido salió disparado sobre el alféizar de la ventana y se escurrió al suelo.

—¡Pequeña sangrona! —explotó Eric, pegándole con la mano abierta.

—¡ Eric, basta! —gritó Ariadna.

—¡Mira lo que ha hecho! ¡No me ha empapado de milagro! —Eric se puso en pie con dificultad, evitando el líquido marrón oscuro que goteaba del borde de la mesa plegable de pared—. ¡Y tú cállate! —añadió, dirigiéndose a su hija mayor.

—¡No tienes ningún derecho a llamarle barbaridades! —insistió Ariadna.

—Muy bien, lo siento... ¿te basta con eso? —Eric cogió la bolsa del almuerzo—. Pero ve a callar a esas gemelas, ¿quieres? ¡Antes de que venga alguien a quejarse y te encuentre en ese estado! No salgas mientras no lleves esa nueva faja, por el amor de Dios. Quizá servirá para acallar algunos de los rumores y calumnias que van diciendo por ahí.

—¡No puedo hacer más de lo que hago ya! Compro las píldoras en la tienda del bloque y me aseguro de que todo el mundo oiga lo que pido, llevo el Boletín de Poblimitación bajo el brazo cuando salgo y...

—¡Sí, sí, ya lo sé! No tienes por qué decírmelo a mí... prueba de decírselo a alguno de esos vecinos de mierda que tenemos. Pero ve a callar a las gemelas, ¡por favor!

De mal humor, Ariadna salió para intentarlo y Eric cogió de la mano a su hija mayor.

—Vamos —murmuro Dirigiéndose a la puerta de la calle.

Son tan buenos que ahora ya me dicen abiertamente que debería conseguir el divorcio. Y quizá tengan razón. Estoy seguro del copón de que debería de haber conseguido una subida de sueldo por el trabajo que dediqué a desarrollar la verdad Demasiado... Dios sabe que la necesito (no debo decirlo, no debo decirlo, se quedarían convencidos de

que eso demuestra que soy realmente lo que creen que soy)... y quizá la hubiera tenido de no ser por lo que suponen de Ari...

Abrió la puerta, empujó a Elena al pasillo y, sólo entonces, vio lo que había fuera, bajo el número del apartamento. Fijada a la puerta con cinta adhesiva pegada en forma de una burda cruz, estaba una de esas imágenes mejicanas de plástico barato, que representaban a la Virgen María y que se podían comprar por un dólar en las tiendas de novedades locales, con una píldora anticonceptiva empotrada en la boca semiabierta.

Debajo, alguien había escrito apresuradamente con tiza: «¡Lo que es suficientemente bueno para ella debería serlo también para ti!»

—¡Una muñeca! —exclamó Elena, olvidando su decisión de seguir llorando hasta agotarse—. ¿Me la das?

—¡No, no te la doy! —rugió Eric. La arrancó y la pisoteó hasta convertirla en un montón de fragmentos de colores; después frotó las letras de tiza con el dorso de la mano hasta hacerlas ilegibles. Elena empezó de nuevo a llorar.

Desde el otro extremo del pasillo llegó una risa aguda semiahogada, en voz alta, como de un chico de doce o trece años. Eric se volvió rápidamente, pero sólo llegó a ver un pie y una pierna desvaneciéndose.

¡Otra vez el niño de los Gadsden. ¡El pequeño sangrón!

Pero no servía de nada hacer acusaciones. Orgulloso, sabiendo que jamás tendría más hijo que éste, lo suficientemente hábil en las gestiones de poca monta como para haber sido elegido responsable de bloque tres veces consecutivas, Deimis Cadsden apenas tendría necesidad ni siquiera de negar la acusación contra su hijo.

¿Acaso pude yo evitar que nuestro segundo embarazo resultara ser de gemelas? ¿Fue a propósito que las tres sangranas sean niñas? ¡La determinación del sexo es cara! Y de todos modos no son ilegales... tenemos unos genotipos limpios, sin diabetes, sin hemofilia, sin nada!

Desde luego, no iba contra la ley; pero eso hacía un montón de mierda de diferencia. No
hubiera habido —no podría haber habido— ninguna legislación eugénica en absoluto, si no hubiera llegado la opinión pública a la actitud de pensar que el tener tres o más hijos era no jugar limpio con los demás. En un país de cuatrocientos millones de habitantes educados en un sueño de espacios abiertos donde la gente podía obrar libremente, era bastante lógico.

No podemos seguir viviendo aquí mucho más.

Pero... ¿dónde, si no? Se balanceaban al borde de la ruina, por culpa de los impuestos estatales sobre las familias con más de dos niños. En cualquier otro lugar de California, el coste de viajar una distancia mayor para ir al trabajo sería prohibitivo... y tendrían que
alejarse una buena distancia para poder escapar a la sombra de su reputación, aunque cedieran una de las gemelas para su adopción. Y, aunque se librarían del impuesto pasando al otro lado de la frontera de Nevada, el precio de una vivienda allí era el doble o el triple que en California, precisamente porque aquel Estado disidente se había negado a imponer impuestos sobre los hijos, así como nada más que el mínimo indispensable la legislación eugénica.

Aunque... ¿acaso quiero conservar este trabajo?

De milagro, el ascensor que les llevaría a la planta baja estaba vacío excepto por él y Elena. Pensó durante el breve descenso en la idea de dejar el trabajo, y llegó a la misma conclusión de siempre: a menos que se alejara mucho, se divorciara de Ari —la fertilidad excesiva se estimaba motivo suficiente en un tribunal de Nevada, aunque aún no en California ni en los demás estados de la Unión— y se liberara de toda relación con su familia, no tendría ninguna posibilidad de encontrar otro puesto comparable al de ahora.

En cualquier caso, el asunto que mejor conocía era la selección genética y la manipulación de variedades de marihuana; era su aptitud más vendible. Y Altos Vuelos de California podía fácilmente hundirle con una retención de diez años, bajo la Ley de Secretos Industriales, e impedirle trabajar para nadie más en una línea de negocio similar de la competencia.

Atrapado.

Se abrió la puerta del ascensor, deslizándose, y llevó a Elena, protestando como siempre, hacia el colegio del bloque, a lo largo del pasillo. Acalló los remordimientos por entregarla a los tiernos cuidados de sus semejantes, con el argumento habitual y poco sincero de que tenía que aprender a nadar o hundirse, y se dirigió a la estación del rapitrans.

Por lo menos, los cuatro macarras que le habían estado acosando últimamente no habían
hecho acto de presencia ayer ni anteayer. Quizá se habían aburrido; quizá no había sido en él específicamente en quien habían estado interesados.

El control de la puerta automática comprobó el billete y le abrió el paso al andén, donde
esperó el tren monorraíl zumbante.

Y ahí estaban, los cuatro, apoyados en una columna.

Esta mañana el andén estaba incluso más atiborrado de gente que lo normal. Esto indicaba que los trenes no estaban siguiendo la organización de tiempos... probablemente habría vuelto a producirse un sabotaje en el raíl. El sistema de rapitrans era un blanco codiciado por los «guerrilleros» prochinos: por mucha vigilancia que hubiera, nunca se podía garantizar la seguridad contra tácticas tales como dejar caer una botella que parecía contener una bebida suave e inocente .Pero que, en realidad, había sido adobada con un cultivo de bacterias hechas a medida capaces de transformar el acero o el cemento en una esponja frágil. Normalmente esto hubiera enfurecido a Eric, como a todos los demás, pero hoy la multitud de pasajeros impacientes le permitía sostener la esperanza de eludir la atención de los macarras.

Se escurrió felinamente hacia la parte trasera del andén, manteniendo tantos cuerpos como le era posible entre sí y los cuatro jóvenes de atuendos llamativos. Al principio creyó que lo había conseguido. Luego, cuando por fin entró rodando el tren, sintió que le empujaban por la espalda y volvió la vista, descubriendo que se habían abierto paso hasta donde él estaba y ahora le flanqueaban por parejas.

Con una sonrisa insincera, el jefe le cedió el paso al vagón, y él entró temblando.

El tren estaba atestado de gente, naturalmente. Había que estar de pie. Sólo aquellos afortunados que habían entrado en la primera estación podían disfrutar de un asiento durante el viaje. Pero el ruido permitía hablar en privado cuando se hablaba muy cerca de la oreja de quien escuchaba, y eso hicieron los macarras.

—Usted es Eric Ellerman —dijo uno de ellos, y con las palabras le mojó la mejilla una salpicadura fina de saliva.

—Usted trabaja en Altos Vuelos.

—Usted vive en el apartamento 2704 de ese bloque de ahí.

—Usted está casado con una mujer llamada Ariadna.

—Y usted tiene demasiados cachorvos, un huevo de ellos... ¿verdad?

¿Cachorvos? La mente confundida por el miedo de Eric se debatió con aquel término y
por fin lo identificó: de «cachorros» y «chorvos», quería decir «hijos».

— Yo me llamo Sem Lucas.

—Mucha gente le podría hablar de Sem. Gente que ha aprendido a hacer lo que él dice, y mantenerse... a salvo.

—Y éste es mi compadre Vil. Es un tío canalla. Es malvado.

—Así que escucha con cuidado, Eric querido. Nos vas a conseguir algo.

—Si no lo haces, nos aseguraremos de que todo el mundo se entere de los hechos sobre
ti.

—Tales como que tienes más críos, en aquel poblacho de una isla del Pacífico de donde
viniste, de otra tía.

—Y como que los que ahora piensas tener aquí no son tres, sino cinco.., o seis.

—Vas a ser muy estimado por eso, querido. ¡Realmente muy estimado!

—Y les encantará saber que asistes a ritos Católicos Tradicionales en secreto, ¿verdad?

—Y que tienes una dispensa especial del Papa Eglantine de Madrid para comprar el Boletín de Poblimitación...

—Y que en realidad no tienes un genotipo limpio como dices, sino que un Católico Tradicional infiltrado en la Oficina Eugénica alteró tus certificados bajo soborno...

—Y que, cuando crezcan, tus chavalas serán esquizofrénicas, casi con seguridad...

—O que lo serán los suyos...

—¿Qué queréis? —consiguió decir Eric—. ¡Dejadme en paz, dejadme en paz!

—Claro, claro —dijo Sem, tranquilizadoramente—. Sigue nuestro plan y te dejaremos tranquilo, prometido, prometido. Pero... eh... tú trabajas en Altos Vuelos, y Altos Vuelos tiene algo que nos interesa,

—Tiene Demasiado —dijo Vil desde el otro lado.

—Un paquete pequeño de semillas —dijo Sem—. Como una bolsa de monedas. Sólo
eso.

—Pero... ¡pero eso es ridículo!

—Oh, no puede ser ridículo.

—¡Pero no crece directamente de semillas! Y necesita abonos especiales todo el tiempo y... ¡y no se puede plantar en una jardinera, por Dios!

—Es amigo tuyo, Dios... ¿verdad? Le mantienes bien provisto de nuevos reclutas para los coros celestiales. ¿Te reproduces como El manda... Católico Tradicional?

—Ciérrala, Vil. Entonces, ¿a partir de qué la cultiváis... de esquejes?

—S... sí.

—Los esquejes servirán. Es demasiado, Demasiado a tres pavos y medio por paquete de diez porros. Pero es mierda buena, concedido. Así que ése es el plan, querido: una bolsa de monedas llena de esquejes buenos y fértiles... y será mejor que nos consigas una tabla con la clase de cuidados que necesita para crecer. Y seremos generosos y te guardaremos ese secreto de los críos en la isla del Pacífico.

El tren monorraíl estaba decelerando, acercándose a la siguiente estación.

—¡Pero es imposible! —dijo Eric, frenéticamente—. La seguridad... ¡los guardias con que la vigilan!

—Si no dejan que el geneticista que la desarrolló hurgue allí, ¿quién puede hacerlo? —dijo Sem, y los cuatro macarras se dirigieron a la puerta; los otros pasajeros, contemplando nerviosamente las ropas que les identificaban, les abrieron paso.

—¡Esperad! ¡Seguramente no podré...!

Pero las puertas estaban abiertas y se habían perdido en el andén cubierto de gente.

CONTEXTO (8)

AISLAMIENTO

«En el fondo, la especie humana encuentra que el idealismo es una postura incómoda. Se puede encontrar una evidencia clara de esto en cómo ninguno de los dos grupos enfrentados en un conflicto irresoluble en el Pacífico ha sido capaz de llegar al objetivo propuesto... a pesar de que, examinando el enunciado lúcido, sencillo y obviamente atractivo de los ideales de cualquiera de ellos, un observador imparcial podría

preguntarse por qué no se ha llegado a un pacto como sale el sol tras la noche,

»"¡Devolver la riqueza a quienes la crean!" He aquí un ideal capaz de dar origen a una cruzada entre las personas que lo interpretan como expropiar a latifundistas ávidos, compartir la tierra para que todas las familias puedan disfrutar de una alimentación razonable y cancelar las deudas contraídas con prestamistas a unos intereses de usura. Habiendo incurrido en esta visión de las cosas, los chinos se echaron adelante... hasta que se pasaron. Llegaron a ser incapaces de distinguir entre los males contra los que clamaban y aquellas influencias de la tradición que constituían literalmente el modo de vida de la gente a quienes esperaban reclutar para su causa. Pronto cayeron en la misma postura que sus rivales, que habían ignorado durante décadas el hecho sencillo y evidente de que para una persona que se muere de hambre la "libertad" significa un cuenco lleno de arroz... o, si tiene una imaginación excepcional, un buey sano que tire de su arado. No tiene nada que ver con el votar a un representante político.

«Del mismo modo que el ejército desertó en masse durante la Primera Guerra Mundial, no a consecuencia del impacto de la doctrina bolchevique en los soldados, sino porque estaban hastiados de luchar y querían ir a cuidar de sus granjas, los ansiosos primeros reclutas de la bandera roja descubrieron que, mientras ellos morían lejos, lo que querían proteger estaba siendo desmembrado en casa. Así que lo dejaron. China, como Rusia antes, se encontró rodeada de un rebaño de aspirantes al puesto del fallecido Mariscal Tito, no pocos de los cuales se encontraban dentro de las fronteras de la propia China.

»Sin embargo, por entonces y gracias a la ineptitud, al prejuicio racial contra ellos, a combatir guerras justas con armas inadecuadas y a la mala gestión generalizada de sus asuntos, la oposición (o si lo preferís —yo no, porque prefiero no identificarme con semejante montón de incompetentes— "nuestro bando") estaba tan endeudada que la mayor anexión de territorio que se haya producido de una sola vez hasta la fecha, en un
enfrentamiento que muy probablemente supere a la Guerra de los Cien Años tanto en duración como en indeterminación, sólo sirvió para recuperar más o menos el equilibrio y no dio la vuelta al balance.

»Ni siquiera podemos decir honradamente que fuera el resultado de la visión de futuro y de la planificación... sólo que cuando hubo un buen asidero nos agarramos a él. No creáis a quien intente asegurar que la existencia de Isola demuestra la superioridad del sistema occidental. Los chinos no hubieran podido introducirse allí. No existía ningún tipo de descontento que pudieran haber explotado. ¿Cómo puede uno azuzar el resentimiento contra unos latifundistas ausentes y unos funcionarios que se prestan al soborno, cuando la mayor ambición de las personas

afectadas por ellos es transformarse en los primeros o encontrarse en una posición apropiada para recibir el segundo?

»La vida en las islas Filipinas había llegado a ser insoportable mucho antes de la guerra civil de la década de 1980. El estado de cosas que existía entonces (que algunas crónicas
califican erróneamente de anarquía, pero que cualquier diccionario decente te dirá que no era nada de eso, sino un capitalismo de libre empresa desmadrado) estaba a punto de arruinar para siempre el país. El promedio anual de asesinatos no esclarecidos estaba alrededor de los 30.000, sobre una población de menos de cincuenta millones de seres. Desde el punto de vista de los habitantes del archipiélago de las Sulu, donde se cometían la mayoría de ellos, la ofensa por la que se rebelaron contra el presidente Sayha, acabando por asesinarle, fue que interfirió con su derecho tradicional a matar y robar. Esto era imperdonable.

»Oh, desde luego, habría algunos, entre la gente que se pronunció con aquella mayoría famosa del ochenta y ocho por ciento en el referéndum sobre la secesión, que pensarían que ser gobernados y controlados por la policía del Hermano Mayor de Washington les
aseguraría una vida más tranquila, les liberaría de la necesidad de instalar contraventanas a prueba de balas y de plantar en los jardines trampas para hombres. Sin embargo parece que eran aún muchos más los que creían que el cebo en el anzuelo (derechos de ciudadanía totales en los Estados Unidos y una ayuda de mil millones de dólares) les iba a ofrecer otro pastel, y más gordo, del que podrían arrancar su parte.

»¿Que cuál de esos dos grupos vio sus sueños cumplidos? Querido lector, debes de estar
bromeando. Aquel presupuesto de ayuda de mil millones de dólares, tan cacareado, no fue a parar a los bolsillos de los nativos en lo más mínimo. Se gastó en la construcción de carreteras, aeropuertos, fortificaciones y servicios portuarios. Y, aunque es cierto que se les dio una buena patada en el trasero a los contrabandistas y negociantes del mercado negro, que hasta entonces habían campado por sus respetos, los nuevos gobernantes tuvieron que librarse de ellos a base de imponer la ley marcial, ¡y no se ha levantado desde 1991!

«Rebautizado "Isola" por aquello de que Montana era un territorio montañoso y la nueva anexión uno isleño, el Estado Benjamín cayó de la sartén al fuego. Sin embargo, los americanos habían venido necesitando desesperadamente bases más próximas al continente asiático de las que ya tenían, y se consideraron razonablemente satisfechos.

»Los chinos, por otra parte, se llevaron un desengaño cuando intentaron un contragolpe a base de hacer la corte a Yatakang. Los yaiakangui descienden de los antiguos dominadores del Asia sudoriental y creen firmemente en el antiguo dicho militar de que lo primero que uno hace

después de firmar una alianza es preparar planes para el día en que el aliado le traicione. El simple hecho de que sean asiáticos no implica que uno vaya a invitar a su cama a los compañeros amarillos. Ni porque hayan rechazado la inclinación de saludo china debe tampoco suponerse (como han hecho algunos culos de bloco que conozco en Washington) que estén totalmente dispuestos a convertirse en la segunda Isola. ¿Por qué iban a quererlo? Las cosas van muy bien en Yatakang; se encuentra entre los países más grandes del mundo, es fabulosamente rico para los promedios asiáticos y puede disfrutar del juego de enfrentar Washington contra Pekín hasta el día del juicio final, por lo que sabemos.

«¿Hasta el día del juicio final? Bien, quizá eso sea una pequeña exageración. Hay un punto brillante en el cuadro generalmente oscuro llamado Zona de Guerra del Pacífico. Según mis cálculos, para el año 2500 o así debemos de haber matado hasta el último miembro de nuestra especie que sea lo suficientemente estúpido como para dedicarse a un pasatiempo tan inútil como es esta guerra entre "ideales" y, con suerte, no dejarán sus genes detrás, porque típicamente habrán sido muertos a una edad en que la sociedad pensará que son demasiado jóvenes para asumir la responsabilidad de la crianza de niños. Y, después, podemos tener algo de paz y de tranquilidad, para variar.»

—¿Mejor? ¿Qué?, por Chad C. Mulligan.

CONTINUIDAD (7)

ARMAS Y OCIO

Donald se sentía colgado de un hilo y metido en un pozo, en el apartamento vacío. Casi
hubiera podido recibir con agrado el regreso de Victoria y la necesidad de comportarse como si nada hubiera pasado hasta que Norman programara que la ley se ocupara de ella.

Encargó por teclado una cena a las cocinas del bloque, pero entre el momento de pedirla y su llegada la apatía pareció erosionarle el apetito. Puso un disco que había comprado recientemente y se sentó a contemplar el movimiento de los colores que, en la pantalla, se ajustaba a la música; apenas había empezado cuando ya estaba de nuevo en pie y paseando sin descanso por la habitación. Ninguno de los canales de TV que comprobó ofrecía ningún programa que le interesara. Un día o dos antes alguien le había convencido de que comprara un equipo de poliformado. Abrió la caja y pensó dar comienzo a una copia de El beso,

de Rodin, pero detuvo el brazo a mitad de su recorrido y dejó que la tapa cayera de nuevo y se cerrara.

Furioso consigo mismo, miró por la ventana. Las luces de Manhattan estaban en su mejor momento a esta hora de la tarde: una Cueva de Aladino de luces multicolores, espléndidas como las estrellas en el centro de la galaxia.

Ahí fuera: todos esos millones de personas... es como alzar la vista al firmamento y preguntarse cuál de esos soles brilla sobre seres como nosotros. Dios, ¿cuándo miré por última vez el cielo nocturno?

Se sintió abrumado de repente. En estos tiempos, muchísima gente se negaba a salir de casa por la noche a no ser con algún propósito específico, y en tal caso lo hacían llamando a un taxi a la puerta y exponiéndose lo imprescindible para cruzar la acera. No era inevitablemente peligroso caminar por las calles de la ciudad de noche... los cientos de miles de personas que aún lo hacían eran prueba suficiente. En un país de cuatrocientos millones de habitantes surgían dos o tres locriminales al día y, sin embargo, algunas personas se comportaban como si no pudieran llegar a la esquina de al lado sin ser atacados. Había atropellamientos, robos y asaltos; había incluso disturbios callejeros.

Pero sin duda habría aún sitio para una persona que se dedicara a asuntos normales..,

La costumbre se había fijado inadvertidamente en la mente de Donald, como una niebla que se espesara gradualmente: había dejado de salir pasadas las seis o las siete de la tarde, sólo por no estar en casa. La mayoría de los fines de semana había alguna fiesta; de vez en cuando, llamaban los amigos de Norman, o alguien les invitaba a reunirse con alguien para ir a cenar, o a un concierto, o a un acontelibre. Y el taxi que llegaba para recogerles llevaba por conductor a un hombre o a una mujer seguros tras un cristal blindado; las puertas se podían abrir sólo desde el salpicadero y, adherido a la pequeña y limpia tobera del sistema de acondicionamiento de aire, se veía un certificado que indicaba que los cilindros de gas somnífero habían sido aprobados por la Oficina de Licencias de la Ciudad. A pesar de la suavidad y del silencio del motor de células combustibles, era como un tanque, reforzando la sensación de que uno se aventuraba a un campo de batalla.

¿Qué sé ya de mis hermanos los seres humanos?

Presintió una recaída en su pánico del mediodía, sintiendo una necesidad desesperada de hablar con alguien para comprobar que realmente había más gente en el mundo, no sólo marionetas movidas

por hilos intangibles. Se acercó al teléfono. Pero eso no serviría... sólo conversar con una imagen en una pantalla.

Quería ver y oír a desconocidos, asegurarse de que eran independientes de él mismo.

Respirando profundamente, se dirigió a la puerta del apartamento. Al cruzarla, se detuvo y se preguntó si se olvidaba algo; volvió al dormitorio y abrió un cajón en la parte baja del armario empotrado. Debajo de un montón de camisas de papel de usar y tirar encontró lo que buscaba: un chorrevólver, la pistola de gas con cargas de cartucho comercializada por TG bajo licencia de las Industrias Japonesas de Tokio, y una karanudillera.

Se preguntó si debía ponérsela, dándole vueltas entre las manos y examinándola con curiosidad mientras se decidía, porque realmente nunca la había mirado desde que la compró. De hecho era un guante sin palma fabricado con plástico sensible a los impactos, de aproximadamente tres milímetros de grosor. Al apretarlo, pincharlo, ponérselo o quitárselo, se mantenía flexible y casi tan suave como el cuero de calidad; golpeado contra una superficie resistente, cambiaba su comportamiento como por arte de magia y, mientras la parte interior seguía igual de suave con el fin de actuar como protección contra una posible raspadura, la capa exterior se volvía tan rígida como el acero.

Se la puso y se dio la vuelta, golpeando la pared con el puño. Se oyó un golpe sordo y se le quejaron los músculos del hombro y del brazo, pero la karanudillera reaccionó como se esperaba de ella. Pasaron varios segundos antes de que pudiera volver a estirar los dedos contra la resistencia del plástico que se iba aflojando.

En la caja en que la había comprado y guardado había un panfleto que mostraba con diagramas los diversos modos habituales de utilizarlas: toscamente, como acababa él de hacer, con el puño, o más delicadamente, utilizando el canto de la mano y las puntas de los dedos unidas. Leyó todo el texto atenta y ansiosamente hasta que de pronto se dio cuenta de que se estaba comportando precisamente del modo que quería evitar: como si estuviera preparándose para una misión en territorio enemigo. Se quitó la karanudillera y se la metió en el bolsillo junto con el chorrevólver.

Si sonara el teléfono y me encontrara con el Coronel en la pantalla, activándome y diciéndome que me presentara inmediatamente a cumplir con mi deber... me sentiría asi
y no puede ser cierto. Porque, si sólo el pensar en salir de noche me asusta de este modo, el ser activado me destrozaría en pedacitos.

Cerró la puerta con un cuidado consciente y se dirigió a los ascensores.

LAS COSAS QUE PASAN (6)

VISTO EN LA CALLE

Ya no se ve el cielo, el infierno sí: vivo en Nueva York y sé que está aquí. Cuando la Bóveda Fuller el cielo expulsó Dios se fue a casa y lo dejó.

SOLO DIRECCIÓN NORTE

—Tuve que dormir al cliente... sacó una pistola de descargas y tuve que gasear al muy sangrón. Emporrado, desde luego. Se lo noté en seguida, claro; pero coño, si me negara a coger a todos los emporrados que quisieran hacer un trayecto nunca recaudaría nada después de las siete PapáMamá... de todos modos, el caso es que no podré trabajar hasta que no preste declaración jurada.

PASO SUBTERRÁNEO

Se alquilan camas por horas a 3 $.

—¿Has oído el último de Teresa?

SOLO DIRECCIÓN OESTE

Mendigo con licencia, Ciudad de Nueva York Mayor. Mundoon, Bernard A. N.º PH2 428 226.

SOLO PEATONES

—Así que le dije mira bloco, sé muy bien que he celebrado el xxi, aunque no sea tu caso. Le dije no he tratado a tu hija como a una puta porque en mi puñetera vida he visto
una puta porque están tan pasadas de moda como tu idea de una boda por las prisas. Dije que puestos a eso siempre será mejor a mi manera que lo que está llegando a ser con esa tortillera del copón de su madrastra. No lo sabía. ¡Me da que eso le desinfló!

SOLO DIRECCIÓN SUR

Menú 8,50 $, 12,50 $, 17,50 $.

—El Sr. y la Sra. Dondequiera estuvieron estupendos ayer en Times Square... hoy se llenará de gente.

MANTÉNGASE A LA DERECHA

Véanos cualquier noche... ¡y queremos decir VÉANOS!

—Mira, yo... eh... sé moverme por este bloque mejor que la mayoría. ¿Quieres que te haga un pequeño favor? Resulta que en este momento tengo un pelín más de Navegol del que necesito personalmente y...

ESPERE

Lecturas públicas todos los días, demostraciones los miércoles y los viernes. Auparishtaka, sanghataka, gauyuthika, etcétera. Entrenadores expertos. Inscríbase aquí en cualquier momento. Fundación Memorial de la Sra. Grundy (Dios quiera que los perros puedan desenterrar sus huesos).

—Programaron a Shalmaneser con la fórmula de este erectante y..,

¡Oportunidades colosales increíbles imposibles! ¡Venía de un millón de milagros! Admitimos gente de paso que presenten tarjeta de crédito o metálico.

NO DETENERSE

—Atención, atención... se informa de un taxi falso en la zona este baja que droga y atraca a sus pasajeros. Detengan y comprueben todos los taxis en las proximidades de la calle 6 esquina avenida B.

NO ESCUPIR

Se alquila oficina o se permite conversión en vivienda a cargo del cliente.

—Este accesorio nuevo de hogarimagen es el mejor que jamás he visto.

LOS PERROS QUE ENSUCIEN LA ACERA SERÁN DESTRUIDOS

Psicómetra clarividente ofrece orientación a los inseguros.

OJO A LOS CARTERISTAS

Es como si el Universo fuera un hueco, ¿me sigues? Y yo estoy esparcido muy finamente por los bordes, ¿me sigues? Y luego a veces es como si la habitación se diera la vuelta como un guante y yo fuera los puntos de las seis caras del dado. O también... bah, ¿para qué me voy a molestar en hablar con un bloco como tú?

CIRCULACIÓN RÁPIDA

Ordenanza municipal n.° 1214/2001: los individuos sin domicilio fijo deberán obtener un permiso en la comisaría de policía más próxima antes de dormir en la calle.

—¡Te hace viajar más lejos y más deprisa de lo que pueden los Dondequiera!

URINARIOS PÚBLICOS

Casa Joe: hierbas de Nueva York 10 por 3 $, hierbas de otros estados, 5 $ y 6 $.

¡PISE ESA COLILLA! ¡CUIDADO CON EL FUEGO!

—¡Eh, tíos! Perdeos y esfumaos... ¡hay un coche de la poli en el otro bloque!

NO DEPOSITAR DESECHOS NOCIVOS EN RECIPIENTES ABIERTOS

—¿Qué será de esta hermosa ciudad
de mierda y peligro, peste y suciedad?
Si a Nueva York quieres como un buen amigo
a martillazos la hundirás conmigo.

VIENDO PRIMEROS PLANOS (8)

SOPLA UN MAL VIENTO

Si hubiera sabido que iba a llevar a esto —-se dijo Gerry Filas furiosamente—*, ¡creo que me hubiera evadido con algún truco!*

La atmósfera del apartamento era como la de un velatorio: susurros y andares de puntillas, como si el impreso oficial rígidamente redactado que descansaba al lado de la cama fuera un síntoma de alguna enfermedad incurable.

No era más que un aviso de reclutamiento. Todos los días debían de enviarse miles, así que se trataba de algo bastante corriente. No inevitable, naturalmente... uno se podía escapar de muchísimas formas, algunas legales y algunas poco honradas. Ninguna de las legales estaba al alcance de Gerry: tenía diecinueve años, de rostro agradable, cabello limpio y ondulado y ojos azules, y se encontraba en perfecto estado de salud. Y, aunque lo sabía todo sobre los métodos alternativos —era casi imposible tener diecinueve años, ser varón y no conocerlos— le asustaban más, por otros motivos, que la idea de enfrentarse a los hermanitos rojos.

Amigos suyos a los que conocía desde que aprendió a hablar los habían adoptado animosamente: se rociaban con perfume y se sentaban a hacer manitas entre ellos en lugares públicos para establecer su homosexualidad (aunque éste era un truco arriesgado, ya que podía llevar a ser reclutado de todos modos y sufrir un curso de terapia de

aversión violenta apenas encontrarse bajo la autoridad militar); se integraban en bandas de gamberros y se portaban torpemente a propósito, para conseguir antecedentes penales con la codiciada anotación: «antisocial»; dejaban panfletos prochinos en lugares en que con toda seguridad las autoridades de la facultad o del colegio mayor los encontraran, o incluso —que era lo que más aterrorizaba a Gerry—, se convertían en drogadictos avanzados, prefiriendo el riesgo de verse en un manicomio al de verse en un cuartel.

Así que mañana entraría en escena el recluta Filas.

Contempló a su alrededor el cuarto. Se había acostumbrado, a lo largo de toda una vida de considerarlo suyo, a sus estrechas dimensiones; era la mitad de una de las habitaciones originales del apartamento, dividida cuando nació su hermana. Aunque, ahora que medía más de un metro ochenta, podía abarcarla a lo estrecho y preveía que, cuando volviera licenciado, su pequeñez le abrumaría.

En este momento estaba más llena de cosas que nunca, porque había estado sacándolas del armario en cumplimiento riguroso de las instrucciones del aviso de alistamiento: los reclutas deberán llevar consigo...

Pero había terminado la clasificación y el empaquetado y aún no era media tarde.

Escuchó todos los ruidos que le rodeaban. Podía oír y distinguir las pisadas de su padre, su madre y su hermana dando vueltas, recogiendo la mesa y devolviendo la vajilla a su sitio.

No puedo soportar la idea de estar toda la tarde con ellos. ¿Es eso malo? ¿Me convierte en un hijo descastado? Pero Herma mirándome con ojos de cordero como si me tomara la medida para un ataúd, sólo porque esta semana le toca creer que ese bloco de Jaime es Dios, y él dice que sólo los que tienen instintos suicidas se niegan a escapar de la recluta con trucos... y mamá conteniendo valerosamente las lágrimas para que yo me encuentre también a punto de empezar a sollozar en cualquier momento... y papá... vaya, si me vuelve a decir una sola vez «¡hijo, estoy orgulloso de ti!», creo que le romperé el cuello.

Inspiró profundamente y se dispuso a darse el bote.

—¿A dónde vas? ¿No irás a salir la última tarde?

La última tarde. A los condenados se les "daba una buena comida.

—Voy a dar una vuelta por la vecindad y despedirme de unos cuantos. No tardaré.

Conseguido. Con menos de la mitad de las dificultades que había esperado.

Se encontraba tan aliviado, que no se dio cuenta de que no tenía una idea clara de a dónde ir hasta que llegó a pisar realmente la calle. Hizo una pausa y miró a su alrededor, saboreando la frescura ligeramente salina de la brisa nocturna, que prometía llevarse la leve dispersión de nubes que velaba el cielo.

Eran tantas las cosas que no encajaban con la composición de lugar que se había hecho subconscientemente y con lo que había esperado... Al salir de casa y depender de sí mismo por primera vez —había supuesto, en base a los indicios de las novelas -y de los programas de TV—, debería de haber sentido la aparición a la superficie de su mente de detalles semiolvidados. Pero un momento antes había estado imaginándose que, cuando volviera, aplastaría la pequenez de su habitación; y ahora, en la calle, pensaba lo mismo que siempre: que alguien debería limpiar toda esa basura de la calzada, papeles, plástico, papel de aluminio, latas, paquetes de cigarrillos y cartones; que ya era más que hora de que arreglaran el cierre metálico desgajado, al otro lado del cruce, de la tienda de deportes donde los «guerrilleros» habían llevado a cabo un atraco para conseguir armas; que, en general, este hogar suyo dejaba mucho que desear.

Tan brumosa como lo anterior, también tenía en el fondo de la mente la idea de una chica que le hiciera compañía en esta última noche antes del alistamiento. Rara vez le había costado un trabajo especial encontrar una chica desde que tenía quince años, pero sus padres eran de la generación antigua —como todos los padres—, y, aunque nunca se habían opuesto a que pasara noches fuera, aún no había reunido valor para meter en casa a una chica para que durmiera con él. Había pensado hacer su declaración de masculinidad esta noche, que les daría vergüenza quejarse. Y, sin embargo, aquí estaba, solo. Las chicas que más le gustaban se habían desvanecido cuando se enteraron de que iba a dejar que la caja de recluta la metiera el puerro, y el impacto de su rechazo unánime le había confundido de tal modo que aún no se las había arreglado para reemplazarlas.

Naturalmente, había suficientes lugares donde podía estar razonablemente seguro de encontrar una chica, pero eso no parecía apropiado. Si se podía creer en lo que había oído decir, durante el servicio tendría que dedicarse a eso sin otra opción.

No: necesitaba hablar con alguien a quien conociera desde antiguo. Pensó en sus amigos uno por uno y llegó a la turbadora conclusión de que prácticamente no había nadie de quien pudiera confiar en que no dijera las mismas cosas nauseabundas que su familia.

Excepto, quizá...

Apretó los puños. Había una persona de la que podía estar seguro de que no pronunciaría tópicos serviles y repugnantes, alguien a quien no había ido a ver desde que decidió aceptar el reclutamiento porque no estaba seguro de su propia capacidad de resistir la persuasión de los argumentos que le opondría. Pero ahora era demasiado tarde para cambiar de idea y sería, al menos, interesante oír las opiniones de Arthur Ido.

Arthur no vivía en un bloque de apartamentos, sino en una casa de principios del siglo XX que se había subdividido mucho tiempo atrás para acomodar a tantas personas como
habitaciones tenía. Se la llamaba «hogar universitario», pero no llegaba a ser más que una pensión pobre.

Gerry apretó nerviosamente el antiguo timbre y se anunció por el portero automático.

—¡Gerry! Sube —dijo una voz vagamente mecánica y la puerta se abrió.

Encontró a Arthur en el rellano del primer piso: un hombre de color, sucio, de casi cuarenta años, que vestía pantalón corto y zapatillas. La barba se le unía sin solución de continuidad visible con la maraña de pelo del pecho. Gerry pensó que no le vendría mal que el pelo continuara más allá del plexo, solar: estaba desarrollando una barriga floja que convendría ocultar. Sin embargo, el hecho de que la mostrara era algo integral con su rechazo del conformismo; de tal modo que, si uno se oponía a eso, se oponía también a la totalidad de su existencia.

Llevaba un plato de algo blanco y polvoriento con una cuchara clavada, y tuvo que pasárselo de la mano derecha a la izquierda antes de estrechar la de Gerry.

—No te haré esperar apenas —se disculpó—. Pero creo que Bennie aún no ha comido nada hoy y conviene que se le dé algo de azúcar, aunque sólo sea por las calorías.

Empujó una de las puertas que daban al rellano y Gerry captó una visión breve de un hombre joven, de veintitantos años, tendido en una silla y con menos ropa aún que Arthur. Se estremeció y se dirigió al otro extremo del rellano para esperar ante la puerta de su amigo e intentar no oír las palabras de mimo que le llegaban.

Pudriéndose. Simplemente pudriéndose. ¿Qué clase de vida es ésa?

En ese momento, la cerradura Miriguarda de la puerta de la calle se abrió con un chasquido y vio subir las escaleras a una chica: el rostro

muy atractivo, el cuerpo envuelto en una gabardina que llegaba hasta debajo de las rodillas. Llevaba una bolsa de comida. Al verle le sonrió mecánicamente y llevó la mano al tirador de la puerta de Bennie.

Se detuvo mientras él estaba aún asimilando el aire de vivir que tenía.

—¿Hay alguien con Bennie? —preguntó.

—Eh... ha entrado Arthur. Para darle un poco de azúcar —Gerry tragó saliva con un
esfuerzo.

—Entonces no hay problema —dijo la chica, y se quitó la gabardina con un suave
movimiento.

A Gerry se le cortó la respiración un momento. La chica llevaba bajo la gabardina un vesticasero Forlon-Moler de un modelo que en cierta ocasión intentó ponerse su hermana en casa, sólo para que sus padres aullaran horrorizados y se llevaran las manos a la cabeza. Consistía en un par de medias largas de malla roja, sujetas a la cintura con un cordón rojo claro, y eso era todo.

Se abrió la puerta de Bennie y apareció Arthur.

—¡Ah... Nik! —dijo, aliviado. Sonaba como «Nik».

—Gracias —dijo la chica—. Pero no hace falta que te preocupes. Conseguiré que coma... le gusta lo que preparo yo.

—Entonces es todo tuyo —dijo Arthur, parodiando un saludo galante—. No conoces a Gerry, ¿verdad? ¡Gerry Filas... Mónica Delorne!

La chica asintió preocupadamente y se desvaneció en la habitación de Bennie. Arthur se sacudió las manos y pasó al lado de Gerry para abrirle la puerta de la suya.

—Está bajo control —dijo, con satisfacción—. ¡Entra, vamos!

Gerry lo hizo con una mirada hacia atrás, pero la puerta de Bennie se había cerrado en seguida.

Nada había cambiado en el espacio lleno de objetos que Arthur llamaba hogar desde su última visita, a no ser detalles menores. Seguía siendo un caos increíble y el olor aún sugería decadencia, como si esta mezcolanza constituyera un montón de basura doméstica. Sin embargo eso también formaba parte de Arthur; apenas era posible imaginarle en otro ambiente.

Durante un momento casi se arrepintió de haber venido. No se podía esperar que una persona como Arthur apreciara en lo justo el hecho de que alguien se prestara voluntario a defender el modo de vida que había elegido. Y, sin embargo, había algo tan repugnante en la aprobación expresada por los que eran apreciativos...

—He oído que los de la recluta te han metido el puerro —diio Arthur—. ¿Es cierto?

Gerry asintió y tragó saliva.

—Tengo que presentarme en EleA mañana por la mañana.

—Entonces adiós —dijo Arthur rápidamente—. Bien, ya hemos terminado con eso. ¿Qué te puedo ofrecer?

—Eh..., ¿cómo?

—He dicho que adiós. ¿No has venido para eso? Y ya con ese asunto resuelto te he ofrecido... bien, lo que te pueda ofrecer. Creo que tengo algo de vodka, y sé que tengo algo de hierba, y también tengo un poco de esa nueva mierda que está vendiendo TG. la Viajina, una de sus pocas justificaciones para existir. Por lo menos eso dice Bennie. Y yo no he llegado a probarla, porque la gente de mi grupo sanguíneo somos supersusceptibles y podría estar de viaje tres o cuatro días; así que esperaré a tener un fin de semana libre. ¿Y bien?

—Eh... quizás un trago.

—Entonces límpiate una silla y te lo prepararé.

Gerry encontró sitio para una caja de cassettes sin etiquetar y para dos platos de usar y tirar ya utilizados y se sentó. Miró a su alrededor, sintiendo de repente la necesidad de fijarse en la memoria lo que le rodeaba. La habitación estaba hecha un lío porque, aparte de contener demasiados objetos, Arthur era demasiado impaciente para imponerse un orden y, en cambio, pasaba las cosas que se encontraba en el-camino a otro sitio.

A pesar de todo, estas cosas que se ponían por medio resultaban siempre fascinantes. La mayoría eran de origen asiático: estatuillas, adornos, bordados, manuscritos de extraordinaria caligrafía, incensarios, instrumentos musicales, reproducciones de pinturas clásicas. Pero también había una rueda de carreta, y un tambor hindú, y una flauta de plata, y libros incontables, y...

—¡Gerry!

Sobresaltado, aceptó el vaso que Arthur le sostenía bajo la nariz.

Sentándose en su propia silla le contempló minuciosamente.

—¡Hum! Me he equivocado, ¿verdad? No nos hemos quitado de encima el tema de tu partida sólo terminando con los adioses. Te he clavado los dientes en las mismas venas.

Gerry asintió.

—A veces me sorprendes —se encogió de hombros Arthur—. No eres del tipo aventurero y, sin embargo, aquí estás dejándote despojar de tu cómodo entorno habitual por gente cuyas decisiones son arbitrarias, porque ellos mismos son irracionales.

—No te comprendo del todo.

—¿No? Todos los generales son unos psicóticos. Todos los soldados están fuera de su sano juicio. Es una cuestión de hecho, estricto y psicológico... les han pisoteado la territorialidad y no se pueden recuperar. Esperaba que lo comprendieras. Lo hizo hasta Bennie, y tú eres más inteligente que él.

—¿Te gustaría que fuera como Bennie? —sonrió toscamente Gerry—. Sí, se ha escapado... pero, ¿de qué le van a servir los dos años ahorrados? ¡Habrá muerto antes de los treinta por la mierda que se embute en la garganta!

—Por su propia mano —dijo Arthur—. Uno tiene el derecho de matarse. Nadie más.

—Creí que estabas a favor de la eutanasia.

—La firma de la autorización para eso es el golpe que uno se dirige a sí mismo. El resto es sólo un mecanismo, igual que esperar a que el baño se llene de sangre después de cortarse las venas.

—Pero no es adecuado, simplemente —dijo Gerry con tozudez. Sentía la necesidad de justificar ante alguien su decisión, y el hacer comprender a Arthur su punto de vista sería un triunfo muy especial—. Subsiste el hecho de que hay gente a quien debo algo, y otros allá fuera que les quieren quitar todo, incluso la vida. ¡Carajo! Hace sólo diez minutos que vi un ejemplo, al pasar por delante de las ruinas de la tienda de Ackleman... ya sabes, la de deportes que hay enfrente de la esquina de mi casa.

—¿Esperas que muestre una justa indignación? —sonrió Arthur—. Creo que las armas y la munición que le robaron a Ackleman están mucho mejor en manos de gente con ideales que lo estarían en las de esos burgueses gordos y despreciables de tu distrito que no tienen nada que

defender y que simplemente las hubieran disparado al azar y con nervios.

—¡Al azar! Dios, ¿no fuiste tú quien me habló de esos que tienen por afición el sabotaje al azar?

—Vamos, no te confundas como la mayoría de la gente, Gerry. Un tío que se dedica a sabotear por gusto no está hecho de la misma madera que otro que atraca una tienda para conseguir armas. El primero ataca al azar porque no sabe qué parte de su entorno es lo que le molesta. Los guerrilleros por lo menos tienen una teoría sobre lo que funciona mal y un plan para arreglarlo.

—¿Y cuánto durarías bajo la clase de gobierno que quisieran imponernos? —preguntó Gerry.

—Oh, me sacarían para fusilarme el primer día que tomaran el poder. Cualquiera que sea como yo es intolerablemente subversivo para un régimen autoritario, porque no tengo interés en imponer mis ideas a la fuerza a los demás.

—Pero hace un momento decías que nadie tiene derecho a quitar la vida a los demás. Si no tienen derecho a hacerlo no puede haber nada de malo en intentar impedírselo.

—Dos errores —suspiró Arthur, pareciendo de pronto perder interés en la conversación—. Por cierto, ¿quieres saber lo que te va a pasar?

—¿Qué?

Arthur levantó un libro del suelo, junto a la silla. Le quitó el polvo de un soplido.

—Viejo amigo —dijo con tono afectuoso—. Últimamente no te he utilizado tanto como te mereces, ¿verdad? ¿Has consultado alguna vez el Libro de los Cambios, Gerry? —añadió.

—Sí. Me lo enseñaste la primera vez que nos vimos —Gerry vació el vaso y lo puso a un lado—. Te dije que me parecía un montón de basura.

—Y yo te dije que funciona por el mismo motivo que no hay tal cosa como «arte». Cité a los Balineses, que no tienen ninguna palabra para denominarlo, sino que se limitan a hacer las cosas lo mejor que pueden. La vida es un continuo. Debo de haberte dicho esto alguna vez, porque se lo digo a todo el mundo. ¿Te he enseñado a utilizar las varillas del destino?

—No.

—Entonces saca tres monedas, si es posible iguales. Yo te prestaría las mías, pero no tengo ni la más remota idea de a dónde pueden haber ido a parar mis taels entre toda esta basura. Si yo me llamara María recurriría a mi hermano Carlos Lamb para que me dejara algunos.

—Arthur, ¿estás orbitando?

—Descendiendo, descendiendo. Esta nueva hierba Demasiado de Altos Vuelos es —por una vez y de milagro— tan buena como aseguran en la propaganda. ¿Quieres un paquete para llevarte mañana?

—No creo que me lo permitan. En el aviso de reclutamiento dicen algo de eso.

—Lógico. Una de las técnicas más corrientes de reducir a un hombre a la categoría de soldado es quitarle cualquier placer que le pudiera hacer pensar que la vida merece la pena de ser vivida incluso para el que está al otro lado del fusil. ¿Tienes esas monedas?

Cogiendo tres, iguales, del bolsillo, Gerry pensó: tuve razón al evitar a Arthur hasta ser demasiado tarde para cambiar de opinión. Está seguro del copón de sus puntos de vista cínicos, y yo no estoy seguro de nada... ni siquiera de que este antiguo oráculo sea un montón de basura.

Una vez arrojadas las monedas y dibujado el hexagrama, Arthur miró el resultado.

—Pi —dijo, sin molestarse en consultar el libro. Con una línea movida en la segunda posición: «Es necesario que nos unamos a otros para que todo pueda complementarse y para ayudarnos mutuamente por medio de la integración»..., ¿quieres leer tú mismo la versión completa?

—¡Ya sabes lo que opino de eso de leer la fortuna! —rió Gerry, negando.

—Sí, lo sé, y es una pena que no te lo tomes en serio; porque no me gusta nada lo que indica esa línea movida en el hexagrama. Viene a ser K'an doble: «repetición del peligro». En otras palabras, compadre, como no tengas mucho cuidado te vas a encontrar con problemas.

—He pensado en los riesgos. No necesito ningún libro místico para saber que ir al ejército puede llevar al peligro.

—¿Sabes lo que pienso? —ignoró Arthur la interrupción—. Creo que la línea movida hará efecto mañana, cuando en vez de seguir unido con otros te expongas al peligro.

—¡Pero voy a «unirme con otros»! En el contexto de ese libro..., ¿podría acaso haber un
modo más claro de decir «unirse al ejército»?

—Oh, sí. Pero no un modo más claro de decir «quedarse con la familia y los amigos».

—Lo siento, Arthur —dijo Gerry poniéndose en pie rígidamente—. Esperaba que te dieras cuenta de que estaba decidido y que era demasiado tarde para intentar hacerme cambiar de idea con argumentos.

—Oh, admitido. Sólo intento mostrarte lo que vas a hacer. ¿Te sirve eso para que quieras volver a sentarte y seguir hablando?

—Me temo que no. Sólo vine para despedirme. Y hay otras personas a las que tengo que visitar antes de irme a dormir.

—Como quieras. Pero hazme un favor —Arthur empezó a revolver un montón de libros—. Llévate éste contigo y léelo en tu tiempo libre... si es que te dejan alguno. No te preocupes por devolverlo. Más o menos me lo sé de memoria.

—Gracias —Gerry tomó el libro que se le ofrecía y se lo metió distraídamente en un bolsillo, sin siquiera mirar el título.

—¿Sabes una cosa? —siguió Arthur—. Tengo la impresión de que al fin y al cabo necesitas esa experiencia en el ejército. Sólo quisiera que la probabilidad de que volvieras vivo fuera un poco mayor.

—¡Tal como están las cosas ahora, apenas hay bajas! Vaya, no han perdido más que...

—Hay personas —interrumpió Arthur— para las que resultan más fáciles ciertas cosas que para los demás, incluyendo el éxito y el fracaso. Tú eres de ese tipo que no admite la derrota. Es probable que te dediques a buscar la... la gloria, lo que sea... que acaba con quienes quieran arriesgar la vida en una batalla, y si no la encuentras te presentarás voluntario para alguna misión estúpida y convertirás de una coz esas probabilidades en un uno por mil y —volvió la mano hacia abajo como si dejara escurrir un puñado de arena...

Gerry se quedó tan quieto como una roca durante unos momentos; luego, bruscamente,
abrió la puerta y salió.

Al pasar junto a la habitación de Bennie Noakes oyó unos ruidos débiles: un crujido, un
suspiro, una risa.

Librodot

¡Pudriéndose hasta morir con toda esa mierda que toma! Y tiene esa chica, esa tía del
copón y yo tengo...

En ese momento supo que no podía dejar de creer la profecía de Arthur sobre su destino.

El nombre del campamento debía de estar equivocado en la hoja de reclutamiento. No podía ser «Floreciente», tenía que ser «Flotante»: estaba montado sobre pontones, aislados de la costa por un kilómetro y medio de agua. Esto no eliminaba las deserciones; simplemente significaba que sólo los nadadores más fuertes alcanzaban la playa.

Allí, ante grandes mesas alargadas, los nuevos reclutas tuvieron que desnudarse y volver los bolsillos del revés. Un capitán, acompañado por un sargento mayor, recorrió lentamente el otro extremo de las mesas, examinándolo todo mientras otro sargento comprobaba, bajando la vista, si los temblorosos reclutas se quedaban quietos o lo contrario. El capitán se detuvo frente a Gerry y volvió de cara el libro que le había dado Arthur para que pudiera leer algo.

—El diccionario del felicrimen —dijo—. Arréstele, sargento..., posesión de literatura
subversiva.

—¡Perro...! —explotó Gerry.

—Cierra la boca, recluta, o junto con ése habrá otro cargo.

Gerry se mordió la furia.

—Solicito su permiso para hablar, señor —dijo formalmente.

—Concedido.

—Ni siquiera he abierto nunca el libro, señor. Alguien me lo dio anoche y yo simplemente me lo metí en el bolsillo y...

—Ha sido leído y releído hasta que las páginas prácticamente se caen —dijo el capitán—. Añada esto, sargento: mentir a un oficial.

Le dejaron ir con una pena leve: instrucción durante veinticuatro horas.

Como se dignó hacer notar el capitán, al fin y al cabo era una primera ofensa.

CONTINUIDAD (8)

EL LOMO DEL CAMELLO

Para Donald fue casi una sorpresa descubrir cuan normal era el aspecto de la ciudad por la noche. Estaba menos atestada de gente que de día, como consecuencia de la manía en la que él mismo había caído, pero eso era positivamente agradable y le hacía sentirse como si hubiera vuelto a los tiempos en que acababa de salir de la universidad y había un millón menos de cuerpos con los que tropezar por las aceras.

¿Esperaba acaso que no estuvieran las mismas tiendas en los mismos sitios que de día?

Hubiera querido reírse en alto ante sus propias premoniciones. Sin embargo había algo
extraño. Poco a poco iba llegando a comprenderlo; era el tipo de problema que se le daba bien: llegar desde un indicio hasta la clave sin tener que dedicar toda su atención al asunto.

La noche no era silenciosa. De todas partes llegaba música, principalmente éxitos de la lista de canciones populares del momento en los que chocaban dos o incluso tres ritmos distintos, aleatoriamente, con discordancias de semitonos; pero a veces clásica... en un trecho de cien metros pudo identificar a Beethoven, Berg, Oyaka. Sin embargo, esto ocurría también de día, desde que los fabricantes de radiovestidos habían empezado a acoplar altavoces a esas prendas en vez de auriculares.

Lo que le llamaba la atención como fuera de lo normal era el oír voces. Por todas partes veía gente charlando, un lujo para el que el día no dejaba tiempo.

Indicio: esta gente se conoce, se dicen hola.

Anónimos para él pero conocidos entre sí, se agrupaban en pequeños corrillos de cuatro o cinco a todo lo largo de las aceras. Había supuesto a medias que eran de ésos que dormían en la calle, hasta que se dio cuenta de que incluso según los promedios actuales eran demasiados y empezó a identificar a los de verdad: hombres y mujeres —y niños también— de ojos tristes, que se aferraban a sus bolsas de pertenencia, esperando que llegara la medianoche y con ella la oportunidad de acostarse legalmente en cualquier espacio libre que se les presentara.

—¿Estás cansado, es pesada tu carga? ¡Ven a Jesús, ven y descansa en su regazo! —una
predicadora subida a los escalones de una iglesia que no era más que una tienda se dirigía a los viandantes a través de un megáfono de mano.

—No, gracias, señora, ¡vuelo en una órbita recta! —-aulló un macarra que pasaba, y sus
compinches se rieron entre chillidos y le palmearon la espalda.

El macarra era afro, como la predicadora. La proporción de afros a la vista era cinco o seis veces mayor que de día.

Me miran con curiosidad. ¿Será importante el color?

Pero eso era una pista falsa. Poco a poco se dio cuenta del verdadero motivo. Iba vestido con la ropa conservadora, ligeramente pasada de moda, que solía llevar generalmente. La mayoría de las personas con que se cruzaba iban andrajosas como los que dormían en la calle, que a menudo utilizaban más de diez veces prendas de usar y tirar pensadas para un solo uso, o bien habían tomado la caída de la noche come señal para dejar volar la imaginación. No sólo los macarras con sus cazamisas fabulosamente acolchadas, diseñadas para dar la impresión de una poderosa musculatura, sino también las personas mayores vestían tan llamativamente como pavos reales, en tonos rojo y turquesa, negro y cromado. Se contoneaban con atuendos tan variados como túnicas del estilo de los países SO.N.A.D.O.s o algunas plumas estratégicamente situadas entre una desnudez cubierta de pintura, pasando por cualquier estilo intermedio.

Resultado: parece un país extranjero.

Inclinó la cabeza pensativamente. Había un ambiente caribeño en la utilización circunstancial de la calle por aquella gente como extensión de sus hogares. Debía de haber sido originado por la construcción de la Bóveda, que se apoyaba en, y al mismo tiempo ampliaba, la tradición de salir a la calle los días más calurosos del verano, extendiéndola por todo el año.

El ambiente de la vecindad empezó a cambiar. Se encontró abordado de vez en vez por extraños.

—¡Ha empezado el concierto de ruido blanco, tío! ¡Sólo un verde!

—¡Extractos del Corán en inglés leídos con buena declamación! ¡Seguro que a una persona inteligente como usted le interesan!

—¡Oiga la verdad que el gobierno le oculta! ¡Grabación directa de Pequín con todos los
hechos!

Cuando había caminado kilómetro y medio descubrió una pequeña pegatina luminiscente que llevaba a la espalda, gracias a las sonrisas y gestos de las personas que adelantaba. Molesto, se la quitó y la leyó.

Este tío no sabe a "dónde va. Con Viajina habría llegado antes de tener tiempo de preocuparse.

¿Propaganda de TG? Difícilmente. Era evidente que el gobierno no animaba a la Fuerza de Narcóticos a un celo excesivo, porque los alucinógenos eliminaban una buena cantidad de subversión potencial, pero aún había —oficialmente— leyes en la mayoría de los Estados. La hizo una bola y la tiró a un cubo de basura.

Un afro delgado y de aspecto fuertemente universitario se puso a su altura y empezó a echarle miradas de reojo. Cuando llevaban andando juntos una decena de pasos se aclaró la garganta.

—¿No nos hemos visto en...?

—No —dijo Donald—. Suelta el rollo y te diré si me interesa, así ganaremos tiempo los
dos.

El afro parpadeó. Al cabo de unos cuantos pasos más se encogió de hombros.

—¿No te importa, Padre?

—No.

—¿Te leo el genotipo? Muéstrame las manos. Por un verde te hago un comentario totalmente científico... tengo certificados.

—Gracias, puedo pagar un genálisis.

—Pero no tienes chavales, ¿eh? —el afro puso cara de comprensión—. Quizás el problema está en el Tribunal Eugénico... no, no me lo digas. Por malo que sea hay modos de arreglarlo. Tengo ciertos contactos, y si tienes dinero para un genálisis seguramente puedes pagar sus servicios.

—Estoy limpio —dijo Donald con un suspiro.

El afro se detuvo de golpe. Involuntariamente, Donald hizo lo mismo y se volvió hacia él.

—Hijo de sangrón —dijo el afro—. Aquí estoy yo con una simple anemia clorótica, que

en el trópico no es ni más ni menos que una ventaja, y a mí no me lo permiten a pesar de haberme casado tres veces.

—Entonces, ¿por qué no pruebas en los países del trópico? —cortó Donald. Se metió la
mano en el bolsillo en que llevaba el chorrevólver.

—¡Un comentario típico de blanculo! —bufó el afro—. Entonces, ¿por qué no te vuelves tú a Europa?

De pronto se desvaneció el enfado de Donald.

—Mira, amigo —dijo—: deberías ver a mi coinquilino y enterarte mejor. Es también afro.

—No me importas tú —dijo el afro—. Cuantos menos de vosotros voléis en órbitas rectas, mejor. Pero dan ganas de llorar de que tengas un compañero de piso de nariz oscura. ¡En otra generación meteréis en la lista de genes no permitidos los de la piel con alto contenido de melanina!

Escupió deliberadamente a un centímetro de los pies de Donald y se dio la vuelta sobre los talones.

Deprimido por el encuentro, Donald siguió andando. Apenas se daba cuenta de la distancia cubierta. De vez en cuando percibía algún estímulo —el aullido de muerte de la sirena de un coche patrulla, niños peleándose por un insulto, la música siempre presente—, pero estaba preocupado.

La referencia que había hecho el afro a los países tropicales había puesto en marcha una
cadena de pensamientos que le llevó a recordar de nuevo lo que antes había dicho Norman sobre Benina. Como siempre, su subconsciente había estado reestructurando aquella información en nuevos modelos, tan activo como un ordenador.

Al Estado le gustaría saber por qué Elias Masters se ha dirigido a TG. Suposición: el Estado lo sabe, de hecho. Si los Dahomalianos o los SO.N.A.D.O.s convencen a Beninia de que se una a ellos, el bando rechazado tendrá que entrar en guerra para no quedar en mal lugar. Las dos únicas cosas que pueden impedir la guerra son: (a) el presidente Obomi, que no es inmortal, y (b) la intervención de una fuerza exterior contra la que se unieran. ¡En cuyo caso...!

Lo comprendió todo de repente. Tres horas al día de lectura durante cinco días a la semana —excepto vacaciones— a lo largo de diez años le habían acumulado en la memoria toda la información necesaria para imaginarse el plan tal como tenía que ser.

Pero en el mismo momento en que le vino a la mente el conocimiento, se vio expulsado al fondo de la misma. Parándose de repente se preguntó en dónde demonios estaba.

Según los carteles de las calles había llegado al barrio sur de la parte Este, un área que hoy por hoy se encontraba en la parte más baja del ciclo de muerte y renovación que a veces hacía que la ciudad pareciera un ser vivo. Al final del siglo anterior se había producido aquí un breve momento de gloria; década tras década los que querían establecer relaciones habían seguido a los intelectuales y a los pseudos hacia el Este, desde el centro de la ciudad al área ruinosa cerca del río; hasta que, alrededor de 1990, ésta llegó a ser una zona cara. Pero la rueda siguió dando vueltas y los aburridos y los ricos se fueron. Ahora, los elegantes y esbeltos edificios se derrumbaban de nuevo bajo una máscara luminosa de anuncios: *si te empieza a fallar la potencia recurre a Potencrem, los Mas-Q-Linos abarcan el mundo en una zancada, pregunte al hombre que está casado con Mari Juan...* Los tramos inclinados de las escaleras de incendios surcaban la exhibición, marcados con montones de basura como los árboles de la selva con líquenes.

Donald miró a su alrededor lentamente. Aquí había menos gente en las calles. El mismo aire daba una sensación de decadencia al ser respirado. A sólo unos minutos a pie, seguían estando la actividad y el brillo que había dejado atrás sin darse cuenta; así que no era raro que los que aquí vivieran prefirieran no quedarse mucho tiempo. Las tiendas estaban cerradas, excepto las pocas que se podían permitir dependientes automatizados para el cambio y aún éstas estaban casi vacías, sin clientes. No dejaba de haber ruido —no existía ningún lugar silencioso en la ciudad—, pero todos los sonidos que le llegaban parecían distantes: no en este edificio sino en el siguiente, no en esta calle sino una manzana más allá.

Ante él se encontraba ahora uno de los lujos que los arquitectos habían incluido cuando planificaron el distrito, más de treinta años antes: un jardín de juegos dispuesto en el callejón que quedaba entre dos altos edificios; una estructura para escalar en tres dimensiones, como un laberinto, calculada de tal modo que un niño descuidado no pudiera caer más que una corta distancia entre un nivel y el siguiente. Durante unos momentos no pudo relacionar mentalmente las líneas y formas que veía con el concepto de lo sólido. Luego, la perspectiva le permitió distinguir entre lo cercano y lo lejano y captó el conjunto, dándose cuenta de que contemplaba una especie de escala de Riemann, fabricada con cemento y acero, que se recortaba en silueta contra la última de las lámparas que seguía encendida, sin romper, en su soporte.

Algo se movía entre las espantosas ramas artificiales. Donald, inseguro de si se trataba de algo humano, metió las manos en los bolsillos y empezó a enfundar los dedos en la karanudillera.

La monstruosa criatura se cernió, increíblemente flexible, al borde de un precipicio en miniatura, tomando cuerpo... era la sombra que arrojaba un niño al pasar frente a la lámpara superviviente.

Donald soltó, aliviado, el aire que había estado conteniendo en los pulmones. Se le pasó por la cabeza la idea de que le debían de haber administrado algún alucinógeno; cuando rechazó la posibilidad de haberlo tomado realmente, se encontró preguntándose si podría estar cargado el aire con el humo de alguna droga que le pudiera alterar la percepción.

Tirando mecánicamente de la karanudillera hacia la muñeca, puso pies en polvorosa, retirándose hacia su propio feudo.

Inesperadamente, porque en este barrio rara vez se tomaban taxis, vio uno en marcha a menos de cien metros. Hizo un gesto al conductor, que le contestó con otro apenas visible tras el parabrisas.

Ronroneando, el vehículo se puso a su nivel. Se dispuso a entrar cuando el conductor activó los controles hidráulicos de las puertas.

No tan de prisa.

Oyó las palabras tan claramente en la cabeza como si alguien las hubiera pronunciado desde el compartimiento de los pasajeros. No retiró inmediatamente la mano del marco de la puerta, buscando lo que pudiera haberle alarmado.

Será mi imaginación. Estoy suficientemente alterado...

Pero no: junto a las boquillas del sistema de acondicionamiento de aire había un dispositivo que emitía automáticamente una señal radiada a la Jefatura Superior de Policía cuando el conductor gaseaba a un pasajero... había sido manipulado. El sello plástico que garantizaba su inspección anual se había descolorado hasta tomar un tono rojizo de advertencia. Acababa de tomar un pseudo, uno de esos taxis cuyos conductores dormían ilegalmente a sus víctimas y les llevaban a cualquier callejón oscuro para robarles.

La puerta se cerró de golpe. Pero no del todo. A pesar de su fuerza hidráulica, no pudo
romper la karanudillera sensible a los impactos que Donald no había retirado de su recorrido. Se oyó un chasquido de metal contra metal y un calambre le subió a Donald por el brazo hasta el codo, pero mantuvo la suficiente presencia de ánimo para no retirar la mano.

Por obligación legal, estos taxis se diseñaban de tal modo que no se podían poner en marcha hasta que se cerraran las puertas. Pero la fuerza de Donald no era suficiente para abrirse camino al exterior. Tablas.

Tras el cristal blindado de su cabina, el conductor activó una y otra vez los controles de las puertas. La puerta bloqueada golpeó adelante y atrás, pero la karanudillera resistió. De pronto, con toda calma, Donald dirigió la mirada al conductor, pero éste era demasiado precavido para dejar que se le viera la cara ni siquiera en el retrovisor. Lo había vuelto a un lado de modo que cubriera la fotocopia de la licencia, y una cámara de TV en miniatura cubría sus funciones.

¿Qué voy a hacer ahora?

—¡Muy bien, Shalmaneser!

La voz le sobresaltó al sonar, como una explosión, desde el altavoz del techo.

—Voy a abrir, tú sales a la cera y se acabó, ¿de acuerdo?

—No —dijo Donald, sorprendiéndose de su propia determinación.

—No puedes salir a menos que yo te deje.

—Y usted no puede arrancar a menos que yo le deje.

—¿Esperas que venga un coche de la poli, eh? ¡Los plomeros no pasan por aquí si lo pueden evitar!

—Alguien se fijará en un taxi con la luz de libre encendida, parado en medio de la calle y sin aspecto de ir a moverse.

—¿Quién ha dicho que está encendida?

—¡No puede apagarla sin cerrar la puerta!

—¿Tú crees? ¿No corté la alarma de la policía?

—Y se nota... el sello se ha vuelto rojo.

—Eres el primero que te das cuenta en dos semanas. Al último le corté los dedos con la puerta.

Donald se humedeció los labios con la lengua y contempló las aceras adyacentes. Aunque este barrio estaba relativamente poco habitado, no

estaba totalmente desierto. Una vieja afro se acercaba en este mismo momento. Se inclinó hacia la abertura de la puerta y llamó.

—¡Señora! ¡Vaya a buscar a la policía! ¡Este taxi es un pseudo!

La anciana le miró, se santiguó y siguió andando a paso más vivo. El conductor rió roncamente.

—No conoces las cosas por aquí, ¿verdad, Shalmaneser? ¡Tienes que olvidarte de tu programación!

Donald se desmoralizó. Estaba a punto de admitir la derrota y aceptar el trato cuando le llamó la atención un movimiento en la esquina de la calle.

—Dijo usted que por aquí no venían coches patrulla —exclamó.

—Eso es.

—¿Y ése que se acerca por detrás?

El conductor miró su pantalla de TV, consternado.

¿Acaso cree que es un farol? No es un truco..., ¡es un coche patrulla legítimo al cien por cien!

Blindado, armado de gases y lanzallamas, el coche de la policía se deslizó suavemente hacia el taxi parado. El conductor hizo sonar la alarma para ordenarle circular.

—Quita la mano de la puerta —dijo el ladrón—. Igualaré el trato. ¿Qué quieres? Tengo
contactos... Rompecranium, Navegol, tías, di lo que sea y lo arreglaré.

—No —volvió a decir Donald, esta vez con tono de triunfo.

Ahora podía ver las siluetas de los policías en el coche patrulla. A estas alturas también se habían reunido una docena de personas en la acera. Un par de ellos eran afros adolescentes que gritaban algo incomprensible a la policía y se doblaban de risa.

Se abrió la puerta del coche patrulla y Donald se relajó. Ahora, en cuestión de segundos...

Sólo que, en el momento en que el plomero salió a la calzada, le cayó encima una lluvia de basura desde ninguna parte. Aulló una maldición, sacó la pistola de descargas y lanzó un disparo hacia la oscuridad de lo alto, en dirección del jardín de juegos. Alguien chilló. Los mirones se pusieron a cubierto a toda prisa. El conductor del taxi de Donald salió

del mismo y el policía le tiró otra salva, pero falló. Todo un cubo de basura cayó violentamente, ahora desde más alto: primero el contenido y después el recipiente... flon y luego bum. Otro policía se asomó fuera del coche y disparó hacia la fuente aproximada del ataque.

Dándose cuenta con retraso de que la puerta ya no le apretaba la mano, Donald salió, inclinado, gritando a los policías que dejaran de desperdiciar disparos y fueran tras el delincuente. El hombre que miraba por la ventana del coche patrulla le distinguió sólo como una forma humana y le disparó. El silbido y el calor de la descarga eléctrica al rozarle la oreja le hizo tragar saliva y saltar a la acera.

Una mano salió fuera de la protección de una escalinata y le cogió el tobillo. El gesto quizá fuera bien intencionado, pero Donald no lo podía saber. Sacó el chorrevólver del bolsillo y lo descargó contra el rostro del hombre que le había aferrado.

Un chillido. Una voz de mujer joven.

—¡Le hase' eso a mi he'mano...!

Ventanas abriéndose a ambos lados de la calle. Niños gritando, saliendo de las sombras insensibles del jardín de juegos, encantados por la excitación y empezando a arrojar hacia abajo todo lo que estaba a mano: pedazos desprendidos de cemento, latas y paquetes, macetas. Un rostro hermoso y oscuro transfigurado de ira. El brillo errático de las pistolas de descarga al disparar alocadamente la policía. Alguien pronunciando una sonora maldición española.

—¡Que te coman los piojos y los perros, maricón!

Golpeó a la chica que intentaba arañarle la cara y se acordó demasiado tarde de la karanudillera. El guante rígido como el acero se estrelló contra la boca de ella y la envió
gimiendo y sangrando al centro de la calzada, en medio de las luces brillantes del coche
patrulla. El goteo rojo de la barbilla refulgía como el fuego.

—¡Matad a esos sangrones!

¿De dónde ha salido tanta gente?

De pronto la calle estuvo viva como un hormiguero derrumbado; las puertas y los callejones vomitaban gente. Las barras de hierro refulgieron, las gargantas aullaron con furia animal, las ventanas se rompieron y el cristal cortante llovió sobre las cabezas de abajo. La sirena del coche patrulla se sumó al estrépito y los dos policías que se habían aventurado al exterior volvieron a entrar en él, un segundo antes de que cayera otro cargamento de basura. Entre el coche patrulla

y el taxi, la muchacha herida giraba sobre los talones, gemía, goteaba sangre del labio roto sobre el vestido corto, verde y deslumbrante. Donald se ocultó en un entrante que decoraba la fachada del edificio más cercano, sin que nadie se fijara en él porque los recién llegados habían dado por supuesto que era la policía la responsable del llanto de la chica.

El coche patrulla intentó retroceder. A través de la ventana aún abierta, Donald oyó gritar a los ocupantes pidiendo ayuda por radio a la Jefatura. Un revólver lanzallamas zumbó contra la base de una farola y el metal se fundió como la manteca en una sartén. La farola cayó sobre el capó trasero del coche patrulla, bloqueándole la retirada. Aullando alegremente, decenas de personas corrieron a transformar la barricada provisional en algo más consistente. Un recipiente de aceite cayó a la calzada y el revólver lanzallamas le prendió fuego. A su luz, haciendo cabriolas como monos, tíos y tías se burlaron de la policía. Alguien consiguió acertar con una piedra en el faro izquierdo del coche, rompiéndolo: el conductor se acordó demasiado tarde de levantar las protecciones de reja metálica. Otro grito de triunfo, y otra piedra hizo sonar el techo del coche como un tambor de acero. Se desconchó la pintura y volaron fragmentos. Uno de ellos le dio en un ojo a uno de los mirones, que se cubrió el rostro con ambas manos y aulló que estaba ciego.

Aquello aclaraba la situación.

—Oh, Dios mío —dijo Donald, y era lo más parecido a una oración que había pronunciado desde su infancia—. Va a ser una algarada. Va... a ser... ¡una algarada del copón!

CONTEXTO (9)

HOMBRE: DESTINO DE LAS BALAS

«Los que sienten la necesidad de perturbar sus percepciones con chocolate, Navegol o Rompecranium, simplemente no han llegado a darse cuenta de la verdad elemental de que el mundo real se puede identificar por una característica única: él y sólo él nos puede tomar totalmente por sorpresa.

»Tómense dos trozos de metal grisáceo y júntese. Resultado: una ciudad en ruinas.

«¿Podría alguien haber predicho o previsto algo semejante, hasta que se supo lo suficiente sobre el mundo real para calcular las propiedades de una sustancia llamada Uranio 235?

»La gente va por ahí maravillándose de que haya una base científica sólida para la quiromancia. Cualquiera con dos dedos de frente podría haber pensado, en cuanto se formuló la idea de un código genético, que no había ningún motivo a priori para negar que la estructura de los pliegues de las palmas de las manos estuviera relacionada con el temperamento de una persona a través de una asociación de genes que compartieran el mismo cromosoma. En realidad había todo tipo de motivos para suponer que así era, porque no somos completamente estúpidos —como he indicado antes— y, a menos que hubiera en la quiromancia algo relevante con respecto al mundo real, la hubiéramos dejado y nos hubiéramos dedicado a buscar algún otro modo de consultar al oráculo. No faltan.

»Pero fueron precisos cuarenta años para que alguien desarrollara un estudio convenientemente riguroso del tema y demostrara que la sospecha estaba bien fundada. Lo encuentro notable... o quizá sería mejor decir descorazonador.

»Muy bien: ¿de qué se puede uno sorprender en estos tiempos?

»E1 hecho es que, habiendo aprendido tanto sobre nosotros mismos —los dibujos de las palmas de nuestras manos no son más que un ejemplo del modo en que nos hemos analizado hasta el detalle de la molécula elemental, de tal modo que podemos declarar que estamos a punto de alcanzar ese día en que no sólo seremos capaces de asegurar el sexo de nuestros hijos (si estamos en condiciones de pagar el precio), sino que también podremos escoger si queremos un genio matemático en la familia, o un músico, o un imbécil! (a algunas personas les podría gustar criar un imbécil como mascota, me da la impresión...)—; habiendo llegado a este nivel, digo, sabemos menos sobre nuestras reacciones que sobre el comportamiento de cosas no humanas como un trozo de U-235.

«Aunque quizá no sea algo tan asombroso. Sin ser completamente estúpidos, mostramos una capacidad tremenda para ello.»

—Tú: animal, por Chad C. Mulligan.

(HISTORIA: Papá Hegel dice que lo único que aprendemos de la Historia es que no aprendemos nada de la Historia. Yo conozco gente que no puede aprender nada ni siquiera de lo que pasó por la mañana. Hegel debía de estar hablando a largo plazo.

—El diccionario del felicrimen, por Chad C. Mulligan).

VIENDO PRIMEROS PLANOS (9)

LAS SEMILLAS DE OPIA

¿Era ésta una parte oscura del mundo, o sólo era sombría aparentemente porque acababa de bajar de la órbita? Una tenía que entrar en sitios como éste andando con firmeza y seguridad sobre sus propios pies, sólo por si acaso le hacían los análisis que se les ocurrieran para ver si encontraban lo que habitualmente estaba allí; pero, según los enterados, las substancias que más duraban en forma de residuos se eliminaban con una abstinencia de treinta y seis horas, que era lo que llamaban caída libre.

Pero en esas circunstancias una se aburría tanto...

Detalle por detalle: las paredes de plástico, de un amarillo medio borrado; las ventanas, que se habían vuelto semiopacas al salir el sol fuera; varios carteles enmarcados que establecían diversas normas que una tenía, en principio, que cumplir; bancos destinados aparentemente a tener incómoda a la gente, para que los que dormían en la calle no pensaran en volver una y otra vez en visitas inútiles sólo en busca de un asiento y algo de calor y, por todas partes, el olor a rancio, a polvo, a papel antiguo y a zapatos viejos.

Lo único del lugar que recordaba la naturaleza era el suelo, cubierto de baldosas con un dibujo de hojas muertas embutido bajo una superficie de plástico transparente; pero incluso eso era un error, porque cuando una miraba directamente hacia abajo veía el modo en que se repetía la estructura de hojas de las baldosas y, si miraba en sesgo, éstas desaparecían tras una niebla de arañazos y rasgones: la consecuencia de los incontables pies que habían atravesado la sala, y lo único que una veía era una extensión de estiércol marrón por todo el suelo.

—Ya falta poco.

—Más vale.

Las otras personas que esperaban alzaron la vista: cualquier conversación era una distracción y un estímulo. Eran mujeres entre los veinte y los cincuenta años, y todas mucho más adelantadas que Opia; algunas con el vientre sobresaliendo ya notablemente sobre el regazo, otras mostrando todavía apenas una redondez. Probablemente estas últimas habrían venido para oír el resultado de su análisis de cariotipo. Opia se estremeció ante el pensamiento de que le sacaran del vientre un líquido con una aguja y se preguntó cuántas de estas mujeres tendrían que ser privadas oficialmente de su hijo.

Como para protegerse en el aura de feminidad de su mujer, siendo el único hombre presente, Roger se acercó y le rodeó los hombros con un brazo. Ella alzó una mano para acariciar la suya y le sonrió de lado.

Librodot

Era una mujer joven asombrosamente bonita, a pesar de ir vestida, como de costumbre, con unos pantalones bermudas amplios, que necesitaban un buen lavado, y una blusa corta y amorfa adecuada para una mujer mucho más gruesa. Su rostro era ovalado y de graciosos rasgos, iluminados por grandes ojos negros y enmarcados por unas trenzas oscuras, y sólo el toque justo de color leonino que le hacía semejarse vagamente a una fiera. Y, de momento, su embarazo no había tenido más consecuencia que mejorarle la línea del pecho.

Se rió de algún pensamiento privado y Roger la estrechó con el brazo con que la rodeaba.

—Srta. Shelton —dijo una voz sin cuerpo—. Y... eh... ¡Sr. Gawen!

—Somos nosotros —dijo Roger, poniéndose en pie.

A través de la puerta que les abrieron al acercarse pudieron ver un hombre, de aspecto cansado y edad mediana tirando a joven, sentado ante una mesa -bajo un retrato del Rey y la Reina junto con sus dos —cuéntalos, una cantidad responsable, dos— hijos. Ante él estaban ordenados montones de impresos y cierta cantidad de recipientes, sellados y esterilizados, sobre cuyas superficies había espacios previstos para escribir nombres y números.

—Siéntese —dijo, apenas mirándoles—. ¿Es usted la Srta. Opia Shelton?

Opia asintió.

—Y... eh..., ¿cuánto tiempo?

—¿Cómo?

—¿Cuánto tiempo hace que quedó embarazada?

—Mi médico dice que hace unas seis semanas. Fui a. verle cuado perdí un período y me dijo que viniera en cuanto estuviera segura de que no era una irregularidad.

—Ya veo —el hombre tras la mesa escribió sobre un impreso—. Y usted es el padre, ¿no es así, Sr. Gawen?

—Si Opia lo dice, sí lo soy.

El hombre dirigió a Roger una mirada penetrante, como si sospechara algo.

—¡Ya! Bien, siempre es conveniente que aparezca el padre putativo. Hoy día uno no se puede fiar de eso, claro. Y, ¿quiere usted que llegue a término, Srta. Shelton?

—¿Cómo?

—¿Quiere tener el hijo realmente?

—¡Claro que sí!

—No hay nada de «claro» en esto. La mayoría de las mujeres que vienen aquí lo hacen armadas con cualquier cosa que se les ocurre con el fin de que se les garantice el aborto: listas de enfermedades que tuvieron de pequeñas, la historia de una abuela senil a los cien años o un cordelito atado a una niña del bloque de al lado de la que se dice que tiene rubéola. ¿Van ustedes a casarse?

—¿También obliga a eso la ley? —saltó Opia.

—No, desgraciadamente. Y no me gusta ese tono, joven. Las cosas a las que —como usted dice— «obliga la ley» son una simple cuestión de ecología humana. Con casi cien millones de personas en esta isla nuestra superpoblada, no tendría demasiado sentido seguir desperdiciando los recursos, tanto materiales como humanos, en empresas tan absurdas como educar focomélicos o limpiar imbéciles. Todos los países avanzados del mundo han llegado ya a este punto de vista y, si usted quiere evadir las restricciones legales sobre los partos, tendrá que irse a algún país que, de todos modos, no podrá permitirse unos cuidados sanitarios decentes para usted. Aquí, por lo menos, sabe usted sobre seguro que su hijo, por una parte, no tendrá taras hereditarias y que, por otra, disfrutará de una protección adecuada contra los riesgos pre y postnatales. Lo que haga usted con el hijo una vez nacido es cosa suya.

Opia volvió a reírse y Roger le cogió el brazo para hacerla callar.

—Si ha terminado el sermón —indicó...

—Muy bien —se encogió de hombros el funcionario—. ¿Le dijo su médico lo que tenía
que traer?

Roger sacó recipientes de los grandes bolsillos de la cazamisa.

—Muestras de orina... suya y mía. Muestra de semen en este envoltorio plástico. Recortes de uñas, mechones de pelo, saliva y mucosidad nasal: todo está aquí.

—Bien —pero el hombre no parecía satisfecho—. Tienda la mano, Srta. Shelton.

—¿Duele?

—Sí.

Le pinchó el dorso de un dedo con una aguja, sacó una gota de sangre, apretando, la absorbió con una hoja de papel le filtro y la guardó en un sobre etiquetado.

—Y usted, Sr. Gawen.

Repetido el proceso, se reclinó en la silla.

—Bien, esto es todo por hoy. Si no hay ningún defecto hereditario que se haga visible de inmediato les permitirán continuar el embarazo hasta la decimotercera semana, en que debe presentarse en un hospital para el análisis del cariotipo. Se les avisará dentro de unos tres días. Buenos días.

Opia no se levantó en seguida.

—¿Qué pasará si no lo autorizan? —dijo, al cabo de un momento.

—Depende. Si es por algo que lleve usted, aborto y esterilización. Si es por algo que lleve él, ningún hospital del país la aceptará en la sala de maternidad, ninguna matrona la atenderá y, si el niño nace deforme, será ingresado en un centro apropiado —el hombre hizo una breve pausa—. Probablemente suena duro, ¿no? Pero me temo que es parte de la carga de responsabilidad que hemos tenido que aceptar hoy en bien de la próxima generación,

Opia rió de nuevo y Roger, enrojeciendo de turbación, le acompañó a la puerta.

Una vez en la calle, ella le rodeó con los brazos y brincó de alegría.

—¡Roger, vamos a conseguirlo, vamos a conseguirlo!

—Eso espero —dijo él con menos entusiasmo.

—Oh, eres un viejo pesimista. Debe de ser que has bajado a la superficie. ¿Llevas algo
encima?

—Tengo un poco de chicle de Rompecranium, pero, ¿no es una de las cosas que no
debes tomar?

Librodot

—No, el médico dijo que sólo el Navegol podría dañar al niño.

—¿Estás segura?

—Completamente. Le pregunté especialmente y es lo que me dijo.

—Entonces muy bien.

Sacó el paquete del bolsillo y, juntos, masticaron las tabletas del chicle aromatizado levemente con anís, esperando que el vuelo les tomara. Miraron a su alrededor en busca de indicios. Al otro lado de la sucia calle londinense se habían levantado vallas que indicaban en grandes carteles que la calle estaba cerrada por obras; como en muchos otros lugares de la metrópolis, se pensaba construir sobre las calles originales y dejar sólo túneles para peatones.

Poco a poco las varas de las vallas, rojas y blancas, empezaron a tomar el aspecto de tallos de plantas exóticas; las rojas, concretamente, calentándose como el fuego. El recuerdo de la triste sala de espera oficial, del desagradable funcionario que les había entrevistado, se hundió en un pasado remoto como un sueño. Opia, con una mano sobre el vientre para bendecir con un contacto voluntarioso el milagro que allí estaba teniendo lugar, abrió los ojos maravillada.

—¿Va a ver este mundo, verdad? —susurró—. No ése... no esa clase horrible de mundo sucio y con los suelos cubiertos de basura, sino un lugar maravilloso que nunca deja de ser excitante. Roger, ¿qué tipo de mierda sale en la leche? ¡Tengo que asegurarme de que nunca vea en absoluto el mundo desagradable!

—Tendremos que preguntarle al médico —dijo Roger. Sus facciones habían terminado por adoptar una expresión de seguridad tranquila—. El médico ha ayudado a muchos otros además de nosotros y debe de saberlo.

Le cogió la mano y caminaron, las dos únicas personas reales del Universo, por una calle alfombrada de joyas, hacia un país de amor.

CONTEXTO (10)

EL NIÑO Y EL AGUA DEL BAÑO

—Muy bien, te concedo que es ridículo dedicar años a la formación de personal médico altamente cualificado, psicólogos y así, para ponerlos a trabajar en algo que no va a producir resultados tangibles porque de entrada el material de partida sea irrecuperable, como los imbéciles. Incluso admito que tales personas tengan en efecto un sucio complejo

de dominación y les guste estar-por encima y a cargo de vegetales humanos sin solución, aunque este punto precisa para mí una demostración mayor antes de que lo asuma completamente. Y, desde luego, no voy a negar el hecho de que somos demasiados: las noticias son bastante evidencia para mí, hablando de esas hambres endémicas que sufren en Asia, de las plagas que siguen desarrollándose en Sudamérica y de la aparición de ese nomadismo estacional en África porque durante la mitad del año la tierra es incapaz de dar sustento a las personas que en ella habitan. No voy a discutirte nada de esto.

»Pero, ¿estamos adoptando las medidas apropiadas para resolverlo? Fíjate en la hemofilia, por ejemplo: no impidió que algunas de sus víctimas fueran reyes y dirigentes en Europa; y la mayoría de ellas llevaron a cabo su labor bastante bien, en comparación con algunos de los verdaderos sangrones que les calentaron los tronos, antes de que el efecto de la enfermedad hiciera su aparición. No me irás a decir que Enrique VIII de Inglaterra o Iván el Terrible eran descendientes de la Reina Victoria... O fíjate en cómo algunos de los Estados han prohibido el nacimiento de personas con dedos palmeados en los pies o en las manos; encontrarás muchísimos médicos que dicen que no es más que una adaptación que dio comienzo en los tiempos en que los hombres eran criaturas de playa que habitaban en marismas y pantanos y se alimentaban principalmente de algas y crustáceos.

»Y, ¿qué me dices de la esquizofrenia? Aún están intentando establecer definitivamente si los síntomas químicos se deben a una reacción de tensión nerviosa o si son innatos y, simplemente, algunas personas son más propensas a ellos pero pueden evitarlos en un entorno apropiado. Yo no creo que exista en absoluto un verdadero efecto hereditario... creo que lo único que ocurre es que uno tiende a imitar los modelos de conducta de su familia y, como consecuencia, se dan esas reacciones de grupo tan extendidas, como el hecho de que el infanticidio sea más frecuente entre los hijos y nietos de familias mal establecidas y carentes de afecto, independientemente del genotipo. Si uno tiene unos padres propensos a la esquizofrenia, aprende su esquema de conducta y eso es todo.

»¿Y la diabetes? De acuerdo, es una disminución física y quien la sufre tiene que apoyarse en una muleta química. Pero... bien, yo mismo me llamo Tragua, que significa que casi sobre seguro alguno de mis antepasados, como los franceses de nombre Boileau, los alemanes Trinkvasser o los ingleses Drinkwater, deben de haber sufrido de polidipsomanía diabética hereditaria.

»Y, si hubiera habido una legislación Eugénica en los tiempos en que las personas recibían los apellidos en función de sus características, les hubieran prohibido tener hijos y yo no estaría aquí ahora.

»¿No comprendes? ¡Yo no estaría aquí!

CONTINUIDAD (9)

DIVIDIDO EN CONTRA DE SÍ

Como la placa hembra de forma monstruosa de una prensa de troquelado explosivo, el entorno sobreimpuso a la personalidad de Donald Macerdo, del mismo modo que una mano apretada sobre masilla deja resaltes entre los dedos, la marca de su estructura cuticular. Sintió que su individualidad salía chorreando de él a la oscuridad, llevándose disuelta su capacidad de concebir decisiones y actuar en función de ellas, reduciéndole a una cáscara a merced de los acontecimientos externos y reaccionando a ellos.

Algunos pensadores sociólogos habían opinado que el hombre urbano se encontraba ya en un punto de equilibrio inestable: el lomo del camello de su racionalidad se podía quebrar con el peso de una paja adicional. Los teóricos decían que la gente lo percibía, como los cerdos de Gadara que hozaban y gruñían en la cima de una colina desde la que se veía el mar; y que, por tanto, cuando había la posibilidad de hacer lo contrario no se atrevían a apretujarse más en las ciudades ya atestadas de gente. En países como la India no había alternativa: la muerte por inanición llegaba más tarde en una comunidad urbana, porque la gente estaba más cerca de los puntos de distribución de las raciones de supervivencia, y la pasividad provocada sencillamente por el hambre reducía las fricciones y los estallidos de violencia a un nivel esporádico. Pero las poblaciones relativamente bien alimentadas de América y Europa podían caer por el borde del precipicio sin más aviso que esa especie de aura de irritabilidad que hacía que la gente llevara siempre encima una caja de tranquis.

El último pensamiento coherente que Donald pudo formular fue que eran cosas muy diferentes el leer sobre este riesgo y el verlo convertirse en realidad.

Entonces el mundo tomó las riendas y él se encontró perdido.

FOCO: el coche-patrulla. Un vehículo trapezoidal pintado de blanco, de cuatro metros y medio de largo por dos y medio de ancho. Con las ruedas ocultas tras un escudo antibalas y rodeando el depósito plano que contenía el cartucho de combustible que le dotaba de energía; la cabina delantera, capaz para cuatro hombres, acristalada con vidrio irrompible y protegida además con rejillas de alambre retráctales; la parte trasera diseñada para transportar a los detenidos y, en caso de necesidad, a los heridos, con un portón abatible de pesado metal, camillas y un sistema de aire acondicionado con la posibilidad de transportar gas somnífero. En el frente, dos potentes faros blancos con un ángulo de iluminación de 150°, uno de ellos apagado porque el

Librodot

conductor había esperado demasiado para elevar la pantalla de alambre y protegerlo; en cada esquina del techo, otras luces, de ángulo de iluminación ajustable; dando vueltas en una pequeña torreta del techo, un cañón de gas que podía disparar granadas de gas quebradizas a una distancia de sesenta metros; bajo la carrocería, y para ser usadas sólo en caso de emergencia, mangueras de aceite que podían inundar la calle con un pequeño mar de fuego, con el fin de alejar a los atacantes mientras los ocupantes esperaban la llegada de ayuda, respirando con máscaras de un depósito de aire comprimido. Era invulnerable a minas, a tres impactos de revólver de descargas que golpearan la carrocería a menos de seis centímetros de distancia uno de otro o al hundimiento de un edificio, pero a ninguna otra cosa que se pudiera encontrar en un disturbio urbano promedio. Sin embargo, su sistema de impulsión por cartucho de combustible era inadecuado para empujar fuera del camino ni el taxi parado al frente, cuyos frenos estaban activados automáticamente porque las puertas estaban abiertas, ni la farola caída sobre el capó trasero, que ahora había sido afianzada en tal sitio, tras muchos sudores y juramentos, sujetándola por un lado contra su propio pie y por el otro contra un buzón de correos bien cimentado.

PRIMER PLANO: como materializados del aire, cubriendo la acera, decenas —cientos— de personas, la mayoría afros, algunos portorriqueños, algunos cretiblancos. Una chica con un acordeón electrónico, atronando fabulosamente al máximo volumen, haciendo vibrar las ventanas y zumbar los tímpanos, chillando una canción a través de un megáfono mientras otros hacían coro y seguían el ritmo con los pies golpeando el suelo: ¿Qué será de esta hermosa ciudad de mierda y peligro, peste y suciedad? Estrellaban contra la carrocería del coche patrulla todo lo que encontraban: pedazos de cemento, basura, botellas, latas. ¿Cuánto tardarían en ser utilizados el cañón de gas y el aceite encendido?

DECORADO: las fachadas uniformes de doce pisos de los edificios, cada uno de los cuales ocupaba una manzana o media, separados apenas por las calles acañonadas, porque el abandono del uso de coches en el interior de la ciudad supuso que una callejuela de una sola dirección, para el paso de los coches oficiales o de los taxis, era suficiente. Los autobuses no llegaban más que a la primera esquina por la izquierda o a la segunda por la derecha. Las aceras estaban delimitadas por barreras de cemento de pocos centímetros, suficientemente bajas para pasar por encima a pie pero bastante altas para impedir que cualquier vehículo que pasara legalmente atropellara a los peatones. En la fachada de prácticamente todos los edificios, algún tipo de cartel anunciador; de tal modo que los espectadores de los pisos más altos miraban a través de un paisaje envejecido, del centro de una letra O o de la entrepierna de una chica acogedora. La única excepción a la naturaleza de las paredes que flanqueaban la calle como acantilados era el jardín de juegos, como la intrusión de Einstein en el mundo ordenado de Euclides.

Librodot

DETALLE: la fachada del edificio junto al que se ocultaba, frente al jardín de juegos, estaba más adornado que la mayoría de las de los colindantes: tenía una amplia escalinata de entrada al edificio, sobre el nivel de la calle, para el acceso al interior y cierta cantidad de contrafuertes solidarios, de frente plano, colocados por parejas con una separación aproximada de sesenta centímetros entre cada dos y disminuyendo desde un grosor de sesenta centímetros en la base hasta nada al nivel del cuarto piso. Uno de estos entrantes bastaba para protegerle de la luz, del paso y repaso de los amotinados y de las trayectorias de los proyectiles improvisados. Alguien intentaba conseguir que las escaleras de incendios retráctiles se separaran en un ángulo de la pared en vez de correr paralelas a ella hacia abajo, con el fin de poder dejar caer, desde una posición aventajada, objetos sobre el techo del coche patrulla.

Fsss-crac. Fsss-crac. Juir-fsss-crac.

El cañón de gas.

Las granadas se estrellaban contra las paredes de los edificios, soltando cada una más de un litro de vapor rastrero que se deslizaba hacia la estrecha abertura de la alcantarilla. Las primeras víctimas tosieron, gritaron y se desplomaron, habiendo respirado una dosis
fuertemente concentrada, y los que tuvieron la suerte de encontrarse fuera del alcance de
la primera andanada se tiraron al suelo y se apresuraron a alejarse a gatas.

Fsss-crac. Juir-fsss-crac.

La chica a la que había roto la boca venía tambaleándose desde el centro de la calle. Poseído de un impulso indefinido de ayudar, Donald salió de la protección del entrante que separaba los contrafuertes y la llamó. Se acercó al oír una voz amiga, sin ver quién hablaba; una mano armada de una porra le golpeó a él el hombro derecho. Vio por el rabillo del ojo que la mano era de un afro. Se agachó y esquivó. El cañón de gas estaba ahora estrellando granadas contra esta parte de la calle, y los primeros vapores dificultaban el respirar. Los que habían evitado hasta el momento los gases se estaban subiendo a las ramas esqueléticas del jardín de juegos como el protohumano arquetípico huyendo de una manada de perros. La chica vio a su hermano, que había golpeado a Donald y, juntos, se apresuraron a alcanzar la esquina de la calle, olvidándole. Les siguió, porque todo el mundo se alejaba en una u otra dirección.

En la esquina: unos recién llegados, siguiendo a un grupo de macarras que se habían equipado con palos y grandes latas vacías con las que

Librodot

hacer tambores, aullando de alegría al ver el coche patrulla inmovilizado.

—¡Gas!

Los gritos se hicieron dubitativos. Había una tienda al otro lado de la calle que estaba abierta bajo supervisión automatizada; el dueño o encargado había aparecido y se apresuraba a cerrar las rejas de alambre sobre los escaparates y la entrada, atrapando a tres clientes que parecieron aliviados más que disgustados. Una mano anónima lanzó una piedra contra el último escaparate sin protección, que a la sazón protegía una muestra de bebidas. Latas y botellas se derrumbaron en cascada; un montón de las primeras atascó la reja antes de que pudiera alzarse y cerrar el lugar, y varias personas de la multitud decidieron que aquello era mejor objetivo que el coche patrulla.

Por encima, un ruido tableteante. Uno de esos helicópteros unipersonales capaces de ser maniobrados entre las cimas de los edificios más altos y la Bóveda Fuller, cuya superficie interior rosada constituía el cielo de Manhattan, contemplaba la escena para informar a la Jefatura de Policía de la extensión del disturbio. Desde una claraboya en algún punto a la derecha sonó una explosión: un rifle de tiro deportivo anticuado. El helicóptero vaciló y cayó en el centro de la calle, las aspas aullando al intentar el piloto tomar altura. Enloquecidos de alegría por tener en sus manos a un plomero, los amotinados se adelantaron a saludarle con porras.

Al llegar a la siguiente esquina vio que los procedimientos de contención de algaradas estaban ya en marcha. Dos camiones cisterna con las mangueras en funcionamiento estaban lavando las aceras de gente sistemáticamente, obligándoles a meterse en los umbrales. Se volvió al azar hacia la dirección opuesta y pronto chocó con camiones de barrido, coches celulares adaptados con brazos como quitanieves, que servían el mismo propósito que las mangueras pero con mucha menos delicadeza. Se suponía que el mantener a la gente moviéndose continuamente eliminaba la posibilidad de que se organizaran para una resistencia coherente. Otro helicóptero unipersonal picó y empezó a lanzar granadas de gas sobre la calle.

Donald fue una de las cincuenta personas aproximadamente que se vieron empujadas y conducidas por delante de los vehículos oficiales, porque estaban fuera de su propio feudo y no tenían dónde meterse. Se abrió paso hacia la pared del edificio porque vio que algunos se estaban escurriendo en callejones y desvaneciéndose; pero, en la primera puerta de la que llegó suficientemente cerca como para tener una buena posibilidad de entrar, se encontraban dos afros armados de porras que le dijeron «tú no vives aquí, cretiblanco: esfúmate antes de que salgas escocido».

En un cruce coincidieron los coches cisterna y el camión de barrido del que estaba huyendo. Una masa de gente fue empujada desde tres de las calles a la cuarta, obligada a volver al foco de los disturbios. Ahora avanzaban tropezando unos con otros, apretujados y aullando.

El coche patrulla seguía inmovilizado donde se había detenido. El conductor hizo sonar la bocina en bienvenida a sus colegas del coche de barrido. El gas se había dispersado casi totalmente, dejando a las víctimas tosiendo y vomitando, pero no se veía cerca el fin de la algarada. En los brazos de cemento del jardín de juegos, hombres y mujeres seguían cantando a voces la canción que marcaba a todo volumen para ellos la chica del acordeón: ¡A martillazos la HUNDIRÁS conmigo! Prácticamente todas las ventanas estaban rotas y los cristales crujían bajo los pies. Los seres humanos estaban siendo amasados junto con la basura en un gran montón de desperdicios, no sólo desde la dirección de que venía Donald sino también del otro extremo de la calle. Se había aplicado el plan de reunión: cerrar el área, mantenerles en movimiento, empujarles en un montón y empaquetarles.

Jóvenes aventureros y decididos saltaron sobre los brazos del camión de barrido al pasar
éste junto al jardín de juegos y, desde allí, brincaron a la seguridad de las ramas de cemento irregulares. Donald no llegó a tiempo de imitarles: cuando se le ocurrió ya le habían obligado a avanzar.

Empujó, aulló y aplastó alocadamente como todos los demás, dándose apenas cuenta de si el empujado era hombre o mujer, afro o cretiblanco. El cañón de gas del camión de barrido disparó granadas por encima de su cabeza y la música atronadora se detuvo en mitad de una nota. Un retazo de gas llegó a la nariz de Donald y borró el último resto de racionalidad. Agitando ambos brazos sin preocuparse de quién le pegaba mientras pudiera devolver el golpe, se debatió en dirección de los que venían por el otro lado, que ya empezaban a chocar con su propio grupo.

Aterrizando en los techos con un aullido de turbinas: helicópteros celulares para encerrar y llevarse a los amotinados, como cruces obscenos de araña y buitre. Donald sollozó, jadeó, dio puñetazos y patadas y no sintió los golpes que le contestaban. Un rostro oscuro se alzó ante su vista, le pareció familiar y él sólo pudo pensar en el muchacho contra quien había descargado el chorrevólver, aquél cuya hermana le había atacado en venganza, de modo que él la golpeó en la boca y la hizo sangrar.

Aterrorizado, empezó a golpear al hombre que tenía enfrente.

—¡Donald! Basta, Donald... ¡basta!

Más gas se expandió desde las granadas que se iban rompiendo. Perdió la fuerza precisa para mover los puños y, antes de desvanecerse, recuperó una brizna de cordura.

—Norman —dijo—. Oh, Dios mío. Norman. Lo sien…

La disculpa, quien la oía y quien la pronunciaba se arremolinaron juntos hacia la nada.

LAS COSAS QUE PASAN (7)

EL ESTADO DEL ARTE

Vi garabateado en la esquina de una pared garabagabado en una parajeraped garesquibanitado diagascado en la pared qué vi garabateado en la paresed no me acuerdo así que no debe de ser tan importante PERCIBIR EN SUS PROPIAS MANOS LAS SENSACIONES DE MIGUEL ÁNGEL Y MOORE Y RODIN Y ROUAULT ESTA AHORA A SU ALCANCE CON UN EQUIPO DE POLIFORMADO nos debe permitir que analicemos su metabolismo y le preparemos una mezcla para usted y sólo para usted Totalmente Garantizado que le hará viajar más alto más lejos más tiempo al cruzar el calidoscopio con el ordenador hemos creado el Choquescopio que transforma su triste entorno diario en un maravilloso misterio AQUEL QUE TENGA OÍDOS PARA OÍR OIGA TODO LO QUE HAY EN LOS SONIDOS ALEATORIOS DE UN GENERADOR DE RUIDO BLANCO ® la arquitectura del mañana será cuestión de condensación e introversión del volumen espacial CONCIERTO DE VIOLIN DE BEETHOVEN SOLISTA ERICH MUNK-GREEN al redecorar no se olvide de consultarnos para conocer las obras de arte creadas por ordenador de que disponemos para complementar su esquema de colores sensaciones gustativas raras y exóticas en la comida más corriente si usted la adereza con un poco de «Sal-pi-ano» antes de cocinar EL ULTIMO ÉXITO DEL TAMAÑO DE UN CHOQUE PLANETARIO DE LOS M 31 ESTA EN EL CARRETE EG92745 si no lo ha leído no ha celebrado el XXI: ¡da un
significado totalmente nuevo al término «novela»¡ JAMAS NETSUKE FUE COMO AHORA LAS TEXTURAS LAS FORMAS SON INFINITAMENTE ABSORBENTES AUNQUE NO CREA HABITO (TOTALMENTE GARANTIZADO) uno de los grandes artistas creativos de nuestra generación es el responsable de las ropas «Góndola» de alta fabricación EL MACBETH DE LA BASE LUNAR CERO POR WILLIAM SHAKESPEARE Y HANK MARICOPIA acontelibre esta noche pirotecnia y amplias oportunidades de expresión propia traiga sus propios odios, ¿quieres decir que aún no has comprado una de las cajitas de tiempo de Ed Ferlingham?, convierta su hogar en un marco de su individualidad NOSOTRAS LAS MARIONETAS UN NUEVO BALLET DE SHAUN una de las empresas más fascinantes de este siglo es estudiar el potencial esto-cástico del inglés «verbal es la caricia que siempre parece estar allí y

nunca consigue llegar» EL ARTE GRANDE ES EL MENOS CONSIDERADO, ¿CUANDO EXPERIMENTO USTED EL ÉXTASIS EN LA CAMA POR ULTIMA VEZ?, ahora venga a la Galería del Siglo XXII para llevar puesto su vestido más antiguo o para comprar nuestras únicas ropas de usar y tirar o para abuchear el cuadro «ducha de mierda» de Alan Zelgin por fin el perfume ha alcanzado la categoría del arte verdadero en los frascos de Perfusiglo XXI de Arpége ESTA NOCHE EN EL CANAL CINCUENTA CON LA PERFECCIÓN DE LA SOLIDEZ HOLOGRAFICA enigmas polícromos por los Tres en Latienden Latienden Latienden AME A SUS TENDENCIAS DESINTEGRADORAS Y DEJE QUE LE AYUDEMOS A SACARLAS ADELANTE hay antigüedades que nunca jamás habrá visto porque las inventamos nosotros y hay montones y montones de ellas, ¿qué le parece un tapacubos balines o un equipo de alta fidelidad imitación «art nouveau»?, aprenda a bailar la resaca con ese genuino toque de hábito a la caída libre en nuestros estudios TEATRO EN EL ESCENARIO PRESENTA LO SNIF E LUENGOS DE WAGNER el autovítor para los intelectuales se acopla gratis a su receptor EXPERIMENTE LA «PESTE» DE QUATRUMANO E OFRECEN TODA CLASE DE INSTRUCCIONES no se aburra con listas de canciones populares Varitono las compone en el estilo que usted prefiera desde Bach a Beiderbecke o a Bronstein o a cualquier CUANDO DECIMOS SENSACIONAL ES EN SERIO REAVIVE TODAS SUS PERCEPCIONES CON ALGO SUAVE Y NO ADICTO si está asqueado y aburrido de todo llámenos por ejemplo 1000$ por invasión de apartamento por 3 personas con pintura y cubos de basura 1500$ por atraco a mano armada y robo de todos los bienes muebles con diálogo y daño máx, a los inmuebles pedidos especiales hasta 3000$ por fin la gastronomía alcanza el rango de arte verdadero en manos de Noel Noel NUESTRAS LATAS SON DISEÑADAS ESPECIALMENTE POR ALGUNOS DE LOS GRANDES ARTISTAS CREATIVOS DE HOY usted también puede explotar su potencial artístico con uno de nuestros cursos especializados en USTED SERA LA ÚNICA PERSONA DE SU BLOQUE QUE LEA ESTOS RELATOS EN PERGAMINO TRABAJADO A MANO Y ESCRITO CON UNA MARAVILLOSA CALIGRAFÍA por -fin ese sentido tan poco tenido en cuenta del toque justo usted puede disfrutar los frutos de la creatividad de un gran artista compre «Sensarte» ® ¿YA HA PINTADO USTED «JESUCRISTO EN EMAUS»? tire esa vieja cámara al cubo de la basura y entre en la corriente holográfica EDICIÓN LIMITADA DE UN MILLÓN DE COPIAS NUMERADAS podemos reprogramar su vida para convertirla en un conjunto artísticamente coherente CUANDO ALGUIEN HABLA DE BOTTICELLI ACASO PIENSA USTED QUE ES UN QUESO PUES BIEN HOY DÍA LO ES Y LOS GASTRÓNOMOS ALABAN LO QUE HEMOS CONSEGUIDO la Escuela de Televisión Libre presenta un viaje a ciegas nocturno a cualquier cosa que constituya el tema de un acontelibre mañana el Museo de la Semana Pasada cambia todos los días EL ARTE DE LA PELÍCULA PORNOGRÁFICA CONFERENCIA CON PROYECCIONES NO CENSURADAS DE PELÍCULAS REALES por fin se aprovecha el potencial de la televisión en manos de un gran artista creativo qué tal

sueñas últimamente y no te lo pregunta tu loquero sino la gente que ha adoptado el inductor de sueño el siguiente paso lógico por fin la moda asume su categoría de derecho entre las artes creativas en manos de UN VERDADERO ARTISTA CREATIVO EN EL CAMPO DE LA CIRUGÍA ESTÉTICA ES EL DR. no desperdicie la oportunidad de convertir a su familia en un trabajo de ARTE DEL ÉXITO LLAME Y PREGUNTE admirará en vez cíe odiar lo que el mundo le ofrece cuando sea VOLUNTARIO SE BUSCA PARA ACONTELIBRE EMPORRADO CON INTERFERENCIA SENSORIAL DE 24 HORAS conchas piedras antigüedades decorativas NOVELAS VIVAS VENGA E INTERACTIVE CON EL AUTOR DE desmoronarse es otro aspecto del conjunto no del arte no de la vida sino de la experiencia adapta tus mascotas a tu personalidad animales modelados genéticamente según todas las descripciones POR FIN SE RECONOCE LA CATEGORÍA DE VERDADERO ARTE CREATIVO A LA reconfiguración de nuestra experiencia en una estructura simétrica TAMBIÉN PUEDE SER UNA OBRA DE ARTE SU FIN PENSADO POR USTED MISMO DISPONEMOS DE TODAS LAS FORMAS DE EJECUCIÓN TRADICIONALES CON DETALLES HISTÓRICOS RIGUROSAMENTE EXACTOS EJEMPLO EXPLOSIÓN AHOGAMIENTO PRECIPITACIÓN DESDE CUALQUIER ALTURA TODA CLASE DE ARMAS DISPARADAS POR USTED MISMO O POR OTRO PRECIOS RAZONABLES TERMINACIÓN S.A. LA COMPAÑÍA QUE CONVIERTE EN ARTE SU FIN PARA USTED (no legal en los siguientes Estados...)-

(ARTE: Artemio, un amigo mío de Tulsa, Oklahoma, cuando yo tenía unos once años. Me gustaría saber de él. Hay tantos sucedáneos por ahí que toman su nombre en vano...

—El diccionario del felicrimen, por Chad C. Mulligan.)

VIENDO PRIMEROS PLANOS (10)

AMOR MAPUTERNAL

Tendida desnuda en la cama, el cabello teñido al tono broncíneo de moda que según todo el mundo le sentaba tan bien, con una pantalla ocultando la mayor parte de su cuerpo del campo visual de la cámara del teléfono y bañándola en la luz blancoazulada de las lámparas solares, Sasha Peterson no aparentaba sus cuarenta y cuatro años. Suficientemente llena para que la piel pareciera tensa y firme en todas partes: en los hombros, en los pechos apuntados en pezones de cornalina, en el vientre delimitado por debajo con pelo teñido a juego con el de la cabeza (jamás pasarse nada por alto, jamás renunciar a nada, jamás jamás jamás dejar de utilizar un truco), pesaba algo más de lo que hubiera debido, pero no tanto como para que tuviera importancia.

—No sería exactamente lo más adecuado —decía—. Naturalmente, a Philip no le gustó que lo dijera, pero creo que no debe haber secretos entre madre e hijo, porque ésta es la más íntima de las relaciones humanas, ¿verdad? Si creo firmemente en algo lo digo abiertamente y espero que Philip haga lo mismo, desde luego. Perdóname un segundo, Alice. ¡Querido!

Philip alzó la vista desde la silla en que estaba, en el otro extremo de la habitación, vestido con ropas ligeramente conservadoras, de un estilo que había sido popular entre los jóvenes diez años antes. Era un muchacho musculoso de veinte años, marcado de espinillas que ni siquiera los tratamientos más modernos de la piel habían podido vencer totalmente.

—Tráeme otro alcohopazo, ¿quieres?

Una mano, rematada en uñas inmaculadamente cromadas, sostuvo en alto una copa Jacobina vacía cuyas facetas talladas en el vidrio recogían y desdoblaban la luz de las lámparas solares en brillos diamantinos.

—¿Te importa que me sirva yo otro también?

—Creo que no debes, querido. Ya has tomado uno, y no estás tan... eh... endurecido como tu vieja mamá, ¿verdad? —él tomó la copa vacía—. Así que no creo que volvamos a ver a Lucy. Es una pena, porque en algunos aspectos es una chica muy agradable, y nadie se atrevería a decir que no sea inteligente. Pero es —para hablar claro— un poco ordinaria, ¿no crees? Y es casi tres años mayor que Philip y yo creo que a esa edad hace una diferencia verdaderamente desproporcionada, ¿verdad? Quiero decir como porcentaje, teniendo Philip sólo veinte años. ¡Ah, un trillón de gracias, encanto! —alargó un brazo y le agitó el pelo a Philip al inclinarse éste sobre ella, antes de aceptar el alcohopazo y ponerlo a su lado.

—Y, ya que estás de pie, pan de azúcar, enciéndeme otra de esas Joyas de la Bahía, ¿quieres? Pero no vayas a tragar nada de humo, ¿eh?

Philip atravesó la habitación, abrió la caja de los porros, aplicó una llama a la punta de uno de ellos y desperdició el primer cuarto de centímetro en el aire indiferente, cumpliendo con su deber.

—De todos modos esta noche voy a estar sola... va a ir a ver a ese muchacho tan agradable, Aaron, que estaba en su misma clase cuando estudiaba... Cielos, ya es hora de que te vayas, ¿no, pastel de chocolate?

—Si no te importa...

—¡No, amor! ¡Claro que no me importa! Pero ven en cuanto puedas, ¿eh? —aceptó el porro con las mismas garras aceradas—. Bien, despídete de tu vieja mamá con un beso y dale recuerdos a Aaron de mi parte.

Muá-muá.

—Ah, eres un buen hijo, ¿verdad, Philip? Hasta luego, entonces. Oh, por cierto, Alice, te llamaba para esto: creo recordar que dijiste que conocías a alguien en el Ministerio que arregló las cosas cuando llegó el aviso de reclutamiento del niño de los Wilkins. Bien, por fin nos hemos tropezado con ese problema inevitable y, aunque desde luego es una tontería, estaba preguntándome si...

—Sí, Sasha —dijo Philip en respuesta a la pregunta que ella había olvidado hacía largo rato.

CONTINUIDAD (10)

PROCESO TERMINADO

Un gran hueco humano vacío y extenso, brazos, vientre, piernas como túneles reverberando bajo las desagradables sensaciones de las náuseas; reunido poco a poco y dolorosamente por lazos tan frágiles como las hebras de una telaraña, ensamblado en...

Persona. Propenso a los vómitos, magullado, dolorido, Donald Macerdo. Hubiera preferido permanecer en aquella ninguna parte de la inconsciencia; pero había un límite perfectamente definido en el gas somnífero que utilizaba el departamento de policía: los efectos secundarios se habían reducido cuidadosamente a las náuseas y a la debilidad, las sensaciones más desmoralizantes.

Se dio la vuelta hacia un lado y descubrió que lo que le soportaba terminaba allí. El terror de caer a ciegas le devolvió violentamente toda la conciencia. Miró y se sujetó simultáneamente, alcanzando con la mano una barra de metal, percibiendo visualmente un misterio alocado e irresoluble de formas y líneas.

Había estado a punto de caer rodando de algo que era más estante que litera, pero de haber sido así la caída hubiera sido simplemente de centímetros: estaba en el nivel más bajo. A través de una rejilla de acero vio una serie compacta de compartimentos horizontales, cada uno de los cuales contenía un cuerpo humano, y dedujo vagamente que a este lado de la rejilla debía de haber otros compartimentos semejantes, en uno de los cuales se encontraba él. Un hombre y una mujer uniformados de policías activaron el motor que enrollaba y abría la rejilla que separaba entre sí los grupos de presos, y el metal rechinó al

moverse fuera del paso. Avanzaron llevando una grabadora para tomar notas que variaban según el sexo de cada individuo de la serie; se la llevaban a la altura de los ojos y examinaban a los cautivos inconscientes. La del estante que estaba a su altura era una chica que yacía en un charco de sus propios vómitos, pudo ver.

—Démonos prisa —dijo la mujer policía—. Algunos de este cargamento respiraron sólo una bocanada y se podrían despertar en cualquier momento.

—Muy bien. La tarjeta de identidad de ésta dice que...

Donald intentó sentarse, atontado, y descubrió que no tenía más que tres centímetros de espacio libre; al tropezar con la cabeza en la parte inferior del estante de arriba produjo un ruido que atrajo la atención de la pareja.

—¿Ves lo que te decía? —exclamó la mujer y, con un suspiro, se volvió a él para hablar a través de la separación metálica—. ¡Tiéndase... ya le llegará el turno!

Donald consiguió apoyar los pies y una mano en el suelo y después mover todo su increíble peso a una posición erguida, sujetándose con una mano al borde del cuarto estante para mantener el equilibrio.

—¿Qué pasa? —dijo—. ¿Qué es este sitio?

En ambas direcciones yacían cuerpos humanos hasta donde le permitía ver la luz pobre de las lámparas enrejadas, como en un depósito de cadáveres.

—Oh, ciérrela —dijo la mujer y le volvió la espalda.

—¡Escuche! Ustedes han cogido a todos estos alborotadores, pero fue el conductor del taxi falso...

—¡Oh, mierda! —el policía dio una patada en el suelo, gesto incongruentemente absurdo, porque tenía más de un metro ochenta de altura, era musculoso y con la nariz rota, pero en estos tiempos...—. Muy bien, bocazas, ¿qué quieres?

—¡Me refiero a cómo empezó la algarada! ¿Encontraron al conductor del taxi?

—¿Qué taxi?

—Me atraparon en un taxi falso y conseguí pararle antesde que cerrara la puerta porque llevaba una karanudillera y la atasqué y...

—¿Consta algo sobre un taxi? —preguntó el hombre a la mujer, que se encogió de hombros.

—¿Acaso tengo tiempo de averiguar por qué les traen?

—Entonces cállate y espera, bocaza —le dijo el hombre a Donald—. O te volveré a gasear. Ahora, éste —continuó, mientras la mujer alzaba el micrófono de la grabadora para registrar las palabras— es...

Donald, asombrado, vio y reconoció al hombre cuyos bolsillos estaba investigando el policía.

—Un vicepresidente de Técnicas Generales, y ¡de esto sí oirá usted más!

—¿Qué?

—¡Es Norman de la Casa, de TG! —tendido como un muñeco de trapo, con los ojos cerrados cansadamente, las manos tiradas al azar sobre el pecho por quienquiera que le hubiera traído.

—Cierto —dijo lentamente el hombre, examinando la tarjeta de identidad que había descubierto—. ¿Cómo lo sabe?

—Es mi coinquilino.

—Demuéstrelo —dijo el hombre, tendiendo la mano después de cambiar una mirada con la mujer.

Donald buscó en sus propios bolsillos, encontrando que habían desaparecido —naturalmente— la karanudillera y el chorrevólver y, por fin, localizó su propia tarjeta de
identidad. La tiró como pudo a través de la rejilla que se interponía.

—La dirección coincide —admitió con reluctancia el policía—. Más vale que les saquemos, Syl... no podemos permitirnos molestar a TG.

La mujer dirigió a Donald una mirada de puro odio asesino y desconectó la grabadora.

—El muy sangrón de mierda —dijo—. Como si no fuéramos ya bastante apretados de
tiempo. Bien, de acuerdo.

—Espere ahí —dijo el hombre—. No podemos llegar a usted sin ir al otro extremo y dar
la vuelta.

—¿Y éste? —preguntó la mujer, señalando a Norman.

—Llama a un par de camilleros. Si es que hay tiempo antes de que se despierte alguno más y empiece a crear problemas.

Las rejillas chirriaron y gimieron al retraerse y se volvieron a cerrar, poniendo un contrapunto loco y metálico a las pisadas de la pareja mientras volvían por sus pasos al extremo de la línea de celdas. Ahora se daba cuenta Donald de que eso eran, aunque la disposición original había sufrido diversas alteraciones hasta que ahora, por fin, se había llegado al límite y ya no quedaba más espacio a menos que se encerrara a los prisioneros simplemente en ataúdes dispuestos como cajones y se les embutiera en nichos.

Cuando por fin llegaron, se tambaleó por delante de ellos, dirigiéndose a un pasillo embaldosado donde otra mujer se hizo cargo de él y le metió en una habitación, dejándole solo.

—Espere aquí —dijo—. En seguida vendrá alguien a hablar con usted.

«En seguida» resultó ser un largo rato. Donald se sentó en una silla dura y se apoyó la cabeza en las manos, preguntándose si iba a vomitar.

Tras los párpados cerrados veía una estructura de cuerpos humanos tendidos bajo una
reja de alambre.

—¿Es usted Macerdo?

Donald se sobresaltó. Un individuo con hombreras de capitán había entrado en la habitación y en este momento rodeaba la esquina opuesta de la mesa para sentarse al otro lado de ella. Sostenía un montón de papeles.

—S... sí.

—Parece que usted sabe algo sobre cómo empezó esta noche el alborto —el capitán abrió un cajón de la mesa, sacó el micrófono de una grabadora y activó un interruptor—. Oigámoslo.

—Me metí en un taxi falso y —recitó cansadamente los detalles...

—Sí —asintió el capitán—. Teníamos un informe según el cual uno de esos sangrones estaba trabajando la zona... Dios sabe por qué; uno pensaría que se dedicarían a los distritos del norte, donde la gente utiliza los taxis con más frecuencia y donde llevan más dinero o tarjetas de crédito que en su zona.

—No es mi zona.

—Entonces, ¿qué demonios estaba usted haciendo allí?

—Yo... eh... había salido a pasear.

—¿Cómo dice? —el capitán le miró incrédulamente1—. ¿Lo hace a menudo?

—N... no. Sólo fue que me di cuenta de repente de que había perdido la costumbre de salir por las tardes a menos que tuviera que ir a algún sitio en particular, como a visitar a
alguien o así. Así que...

—Dios. No coja esa costumbre, ¿quiere? Ya tenemos bastantes problemas sin que se sume usted.

—¡Escúcheme bien! —Donald estaba empezando a recuperarse; la indignación le hizo
enderezar la espalda—. No es culpa mía si un taxi fal...

—¿No? Entonces, ¡mírese!

Confuso, Donald se miró la ropa salpicada de la basura que habían tirado a la calle
alrededor del coche patrulla, y su aspecto le hizo sentir de nuevo fuertes náuseas.

—Estoy hecho un pingajo —dijo débilmente—, pero...

—Eso no tiene nada que ver. ¿Cuánta gente encontró usted en aquel barrio que vistiera como usted? Le distinguieron inmediatamente como intruso. No tuvo que ser necesariamente un taxi falso lo que le convirtiera en el detonador de una explosión... podría haber sido un macarra afro con sus compinches burlándose de usted, o un carterista que le tomara por alguien adinerado, o cualquier cosa. ¡Usted cometió una estupidez del copón y, como consecuencia, mi departamento tiene más de doscientas personas de exceso en este edificio, que no fue diseñado para contener ni siquiera a la mitad de las personas que ya lo ocupaban!

—¡No veo qué derecho tiene usted de hablarme así! —enrojeció Donald—. ¿Acaso han cogido ustedes al conductor del taxi con ese par de centenares de personas inocentes que han barrido de la calle?

—Le gusta utilizar alegremente los números, ¿verdad? —dijo suavemente el capitán—. ¿Un par de cientos de personas inocentes"? Lo dudo. El taxista pudiera muy bien estar entre ellos si no se dio prisa en escapar, y sólo ese hecho reduce ya la cifra en uno, por lo menos admitirá eso. Aparte de él, tenemos, espero —y alzó una mano para contar con los dedos los grupos que iba a enumerar— los gamberros y

saqueadores que rompieron la ventana de un escaparate y robaron la mayor parte de su contenido de botellas y porros, más la gente que derribó una farola, más los que dañaron uno de mis coches patrullas, más una buena cantidad de personas que regaron la calle de basura podrida y provocaron un riesgo para la salud, más desde luego varias docenas que utilizaron con demasiada alegría armas variadas, como por ejemplo una escopeta que se utilizó para abatir uno de mis helicópteros de patrulla y... las porras con las que mataron a golpes al piloto. ¿Decía usted...?

—¿Le mataron? —dijo Donald lentamente.

—No se puede hacer mucho para revivir a un hombre a quien le han abierto el cráneo a
golpes y le han esparcido los sesos por la calle. ¿O sí?

—Oh, Dios mío —dijo Donald.

—No creo en Dios —dijo el capitán—. No tengo interés en creer en nadie que pudiera fabricar una especie piojosa y maloliente como ésta a la que usted pertenece. Saque el culo de aquí antes de que le acuse de incitación a la algarada.

Desconectó la grabadora y dejó caer de nuevo el micrófono en el cajón, que cerró de un
golpe.

—¡Y si tuviera tiempo —terminó— creo que muy bien podría hacerlo!

Donald se las arregló para ponerse en pie, temblando.

—¿Quiere decir —dijo— que se le puede prohibir a uno pasear por las calles de su propia ciudad sólo porque hoy día le podría ocurrir algo como lo que me pasó a mí?

—Calculamos la probabilidad —dijo el capitán—. Hasta ahora tenemos una evidencia del cien por cien de que ocurre sin excepción. Salga antes de que cambie de opinión... y
llévese a su conquilino nariz oscura con usted, por favor. Aún no está en condiciones de
llegar a casa por sí mismo, pero me gustaría disponer de ese espacio adicional para tener
por dónde moverme.

CONTEXTO (11)

SAL A LA CALLE Y REPÍTELO

Librodot

«En mi opinión, el libro más aterrador jamás publicado es Estadística de las reyertas con
muertes, de Lewis F. Richardson. Probablemente nunca habrían oído hablar de él, aunque su relevancia para el follón en que estás metido es al menos tan grande como la de El origen de las especies de Darwin, que aprendiste más o menos en el bachillerato elemental. Y es porque resulta tan completamente espantoso que sólo los "expertos", que se encuentran convenientemente blindados de ideas preconcebidas en contra que les permiten no hacer el más mínimo caso del trabajo de Richard-son, llegan a estudiarlo.

»E1 tema, naturalmente, es uno en el que tú también crees que eres un experto... exactamente igual que cuando Darwin empezó a agitar las cosas. La gente sabía que era consciente, que eran seres inteligentes y, aparentemente, cuando reconocían su parecido con los animales con los que estaban emparentados lo atribuían a una falta de imaginación por parte del Creador o quizás incluso alababan una prudencia puramente puritana en la circunstancia de que El no quisiera desaprovechar un buen prototipo después de haber hecho pruebas de campo en los monos.

»Así que tú crees que cuando te disfrazas de uniforme, cuando coges el rifle que te dan y vas a una muerte sangrienta en los pantanos de algún lugar que ni siquiera visitarías de vacaciones aunque fueras centenario y hubieras estado en cualquier otro sitio excepto Marte, es por el interés de tu familia, de tus amigos y de tus compatriotas.

»En esencia, lo que demostró Richardson (y lo que el pequeño puñado de personas que han continuado su trabajo durante el último medio siglo ha confirmado) es que la guerra sigue una distribución estocástica: es decir, ni es absolutamente aleatoria ni tampoco se puede definir en un modelo sistemático, sino que es algo intermedio de los dos. La estructura está ahí, pero no podemos construir una relación causal biunívoca que explique todos los casos individuales.

»En otras palabras, la incidencia de la guerra es independiente del elemento volitivo. No
influye en lo más mínimo que se haya tomado o no una decisión racional: la guerra, como la lluvia, simplemente ocurre.

«Mucho antes que Richardson, antes de la Primera Guerra Mundial, de hecho, Norman Angelí había mostrado que la idea de llevar a cabo una guerra por beneficio estaba anticuada. El bando vencedor pagaría un coste mayor que el perdedor. Tenía razón, y aquella Primera Guerra Mundial lo demostró. La segunda lo remachó con toda clase de medios, inclusive armas nucleares. En una persona, uno consideraría prueba de locura el que sé dedicara una y otra vez a emprender empresas que le llevaran a perder precisamente lo que dijera que quería conseguir; no es menos absurdo hacerlo a escala internacional, pero, si has visto

últimamente los noticiarios, te habrás dado cuenta de que se está haciendo más frecuentemente que nunca. Los chinos siguen quejándose de la degradación del Estado y no dejan de dirigir una serie de expediciones de hostigamiento contra el territorio de sus vecinos, obligándoles a militarizar y regularizar la población con una inevitabilidad genuinamente marxista. Los americanos y sus aliados —los pocos que nos quedan— alardean de su nivel sin precedentes de libertad personal y someten su soberanía personal a un ordenador de Washington, conocido como Selector de Reclutas, que todos los días condena a varios cientos de ellos a una muerte tan inútil como la de los gladiadores romanos. Míralo así: imagínate que hubiera un idiota sin mente en tu bloque (y, hasta que TG demuestre que Shalmaneser puede desarrollar realmente inteligencia, seguiré considerando a los ordenadores de cualquier clase como idiots savants) y que, una vez por semana, su ciclo mental cayera en un estado en que necesitara desgarrar a alguien en pedazos con las uñas y los dientes... y que el acuerdo entre sus vecinos fuera que cada familia, por turno, debería seleccionar a uno de sus miembros y mandarlo a donde viviera aquel idiota para tenderse y ser asesinado...

«Ahí: ya te dije que eres un experto en este tema. Esto es exactamente lo que hace el reclutamiento, excepto porque no se lleva a esa clase de miembro del que podría prescindir una familia: la abuela de 107 años que lleva varios senil, por ejemplo, o-ese niño que de algún modo se filtró a través de los controles de la legislación eugénica y acabará con fenilquetonuria. Se lleva a los más hermosos, a los más sanos, a los más fuertes, y a nadie más.

»¿Te recuerda algo? Debería; la imaginación popular muestra de vez en cuando una extraña inteligencia, y uno de estos detalles de comprensión se viene repitiendo desde hace milenios y milenios. Desde Andrómeda encadenada a su piedra hasta las doncellas ofrecidas al dragón que mató San Jorge, el tema de la destrucción de lo más precioso, lo más estimado, lo menos reemplazable de nuestra raza aparece una y otra vez en la leyenda. Nos dice, con una sabiduría que como individuos no poseemos, pero sin duda sí colectivamente, que cuando vamos a la guerra nos estamos arruinando a nosotros mismos.

»Pero tú eres un experto en esto, ¿no? Sabes muy bien que es gracias a los muertos de la
Confederación, o a las víctimas de la Gran Marcha, o a los heroicos pilotos de la Batalla de Inglaterra, o a los kamikazes autoinmolados, que estás aquí hoy, disfrutando de esta maravillosa vida diaria tan llena de placer, satisfacciones, amor, alegría y excitación.

»En realidad yo apostaría a que está bastante más llena de ansiedad, problemas, dificultades económicas, reyertas y decepciones; pero, si estás tan apegado a ellos, no podré desligarte por mucho que te diga. El amor y la alegría son increíblemente adictivos: a menudo basta una sola

Librodot

experiencia para provocar una dependencia permanente. Pero no me cabe duda de que te mantienes tan lejos como te resulta posible de algo tan dominante.»

—Eres un idiota ignorante, por Chad C. Mulligan.

VIENDO PRIMEROS PLANOS (11)

EL TREN SELLADO

—Ya estamos cerca —dijo el navegante.

Era también el piloto, si es que se podía decir que había un piloto humano. La definición del rumbo y el control eran realizados principalmente por ordenadores, pero si su delicada maquinaria se viera descompensada por —digamos—, una carga de profundidad que estallara demasiado cerca, un hombre podía continuar funcionando a pesar de recibir heridas que pondrían fuera de operación a los ordenadores.

El oficial de inteligencia se estremeció ligeramente, preguntándose si este hombre con el que compartía la cabina de proa del submarino sería tan digno de confianza en una emergencia como decía. Sin embargo, hasta el momento no había habido ningún contacto con el enemigo.

Arriba, bajo un cielo despejado y una brisa muy leve, la superficie del Estrecho de Shongao debía de estar casi como un espejo, ondulada sólo por las mareas y las corrientes. El propio submarino, que se deslizaba por la zona más profunda del canal, no agitaría el agua.

—Estamos a pocos metros —dijo el navegante—. Voy a conectar ya el equipo de escucha. Será mejor que avises a la carga.

El oficial de inteligencia volvió la vista por el túnel central de la nave. Era sólo suficientemente ancho para que un hombre pasara a través y, en este momento, rodeaba la cabeza de Jogajong con un halo de luz.

El tren sellado... Lenin...

Pero era difícil pensar en aquellos términos. El asiático, joven pero de edad indeterminable, que de hecho tenía más de cuarenta años pero podría pasar por diez menos, con el cabello negro cuidadosamente peinado hacia atrás y la piel amarillenta, no tenía ni mucho menos el carisma de un hombre como Lenin.

Quizá los revolucionarios que están en el bando propio nunca parecen tan impresionantes... ¿Y nuestros propios Padres Fundadores?

—No me importa que le sigas llamando «la carga» —dijo el oficial de inteligencia, turbado por algún motivo indefinible—. Es un hombre. Un hombre importante, además.

—Por una parte —dijo el navegante con tono levemente aburrido— prefiero no pensar en la gente que traigo aquí como si fueran personas. Es mucho mejor pensar en ellos como en objetos desechables. Y, por otra, es un amaripollas como todos los de ahí fuera. Supongo que distinguirlos es tu trabajo, pero para mí todos parecen monos.

Mientras hablaba había estado manejando los controles que liberaban los equipos de escucha, dejando que flotaran suavemente hasta la superficie. Ahora los activó y, de repente, el casco tomó vida con los ruidos nocturnos del mundo de arriba: el murmullo de las olas, el graznido de los loros desde los árboles y el plop-plop inmenso de algo muy cercano.

—Una tortuga —dijo el navegante, divertido al ver asustarse a su compañero—. Es amistosa. Por lo menos eso espero. Tú tendrías que saberlo antes que nadie si los ojirrajos hubieran empezado a alistarlas en su bando, ¿no?

El oficial de inteligencia se sintió ruborizar y lo ocultó, volviéndose para pasar por el túnel central. El navegante, tras él, se rió en voz justo lo suficientemente alta.

El muy sangrón... Espero que no vuelva de su próxima misión.

Los sonidos de los aparatos de escucha habían alertado ya a Jogajong. Cuando el oficial llegó a rastras al final del túnel, estaba completamente preparado, a falta sólo del casco. Llevaba puesto un traje de flotación, hecho de un plástico sensible a la presión que soportaría rígidamente el empuje del agua hasta llegar a la superficie para, después, relajarse y permitirle nadar hasta la costa. Una vez vacío, se podía infectar con un pequeño frasco de bacterias desarrolladas al efecto que lo reducirían a una masa amorfa en la playa.

Lo debe de haber ensayado muy bien... no, claro que no: ya lo ha hecho antes, y de verdad. Vuelve del mismo modo que le sacaron. A él y Dios sabe a cuántos más.

—A partir de este momento, cuando usted quiera —llamó el navegante—. No prolongue demasiado nuestra suerte, ¿quiere?

El oficial de inteligencia tragó saliva con esfuerzo. Comprobó el hermetismo del traje mientras Jogajong se daba lentamente la vuelta para facilitarle la inspección. Todo estaba bien. Cogió lo único que faltaba, el casco, y lo colocó sobre el cierre del cuello, preguntándose qué ideas habría tras aquel rostro tan sereno.

Librodot

Si quisieran que yo hiciera lo que él va a hacer... salir a 'flote en mitad del océano, arriesgarme a tropezar con las patrullas costeras de camino a la playa... ¿Sería capaz? No lo sé. Pero él parece tan relajado...

Tendió la mano para estrechar la de Jogajong en un último gesto de buena suerte y se dio cuenta, demasiado tarde, de que la sensibilidad a la presión del plástico convertía instantáneamente el guantelete en una forma dura e inflexible. Vio que Jogajong sonreía al notar su confusión y en seguida se encontró enfadado también con él.

¿No se da cuenta el muy sangrón...?

No, probablemente no. Los ordenadores le daban una probabilidad de más del cuarenta por ciento de ser el próximo dirigente del Yatakang, siempre y cuando las afirmaciones del Departamento de Inteligencia sobre sus contactos e influencia fueran de fiar. El oficial de inteligencia sólo podía pensar en esa clase de poder como en algo abstracto; no podía comprender visceralmente cómo sería dar órdenes a doscientos millones de personas.

—¡Muévase! —gritó el navegante—. ¡Salga, maldita sea!

Jogajong retrocedió para esperar que su compartimiento se llenara de agua. El oficial de inteligencia volvió a meterse en el túnel con los pies por delante, cerró y selló la puerta y escuchó el ruido del agua tras ella.

Uno no tiene más remedio que envidiar a un hombre como éste. Lo que a uno le da celos es la confianza que tiene. Una probabilidad del cuarenta por ciento de conseguirlo... yo no hubiera venido a este paseo en caída libre, como lo llama el navegante; si me hubieran dicho las probabilidades en contra de que vuelva. Me pregunto si debería preguntarlas cuando esté de regreso... Creo que es mejor que no. Prefiero pensar en el éxito como en una conclusión alcanzada de antemano.

La totalidad del submarino se agitó levemente con la descarga de Jogajong desde el
compartimiento lleno de agua.

—¡Ah! —dijo el navegante—. No demasiado pronto. Tengo una lancha patrullera de los
ojirrajos en el límite de alcance de los detectores.

—¿Quieres decir que le van a ver nadar hacia la playa?

—¿A él? No... su traje no da señal a esa distancia, por lo menos en los equipos que ellos

tienen. Pero a nosotros quizá sí. Tendremos que quedarnos quietos aquí y esperar a que se alejen.

El oficial de inteligencia asintió y se frotó las sudorosas palmas de las manos contra los muslos, continuando mecánicamente el movimiento hasta mucho después de que el tejido de los pantalones hubo absorbido la transpiración.

¿Qué pensaba Lenin del conductor de su tren sellado después de convertirse en el dirigente sin discusión de los rusos? ¿Recordaba siquiera que había habido un conductor?

Cuando desesperó de suavizar la tensión intentó hacer un chiste.

—¿Qué tal se siente uno —dijo— después de cambiar el curso de la historia?

—No sé a qué te refieres —dijo el navegante—. Para mí, cuando ocurra la historia voy a estar muerto.

CONTINUIDAD (11)

EL RUIDO DE UN ALUD

Donald no se había preguntado qué hora era. En la calle, bajo la Bóveda Fuller, el ciclo de la noche y del día parecía en suspenso. Aparentemente estaba amaneciendo, más o menos; había habido demasiadas otras llamadas a la policía, simultáneas a la que a él le había afectado, para que hubieran podido ocuparse de los alborotadores según iban llegando. La ciudad estaba muerta y seca; las calles se habían desangrado como arterias; los vehículos de recogida de basuras y de riego avanzaban centímetro a centímetro por ellas, como un grupo de leucocitos encallados que se debatieran contra circunstancias abrumadoramente negativas intentando combatir una enfermedad invasora.

Norman estaba encorvado junto a él en el asiento trasero del taxi, abriendo los ojos de vez en cuando; pero más que nada demasiado preocupado por el malestar y la pesadez que le había dejado el gas como para poder prestar atención a lo que le rodeaba. Cuando llegaron al bloque en que estaba su apartamento, Donald tuvo que medio llevarle a los ascensores y luego al salón de estar.

En mitad de la alfombra tropezó con algo duro y, después de dejar a Norman en su viejo sillón Hule favorito, se volvió a ver qué era. Se trataba de una llave de Salvaguardia S. A. La comparó con la suya propia y encontró aparentemente idéntica. Después percibió un cambio en el entorno: faltaba el poliórgano. La puerta del dormitorio, de

Librodot

Norman, cerrada cuando él salió, estaba ahora abierta de par en par, y con una mirada pudo ver que la parte del armario utilizada por Victoria estaba vacía.

Se había ido. ¿Coincidencia? ¿O le habían dado el soplo? Era un problema para el que no le quedaban fuerzas. Tomó una de las Joyas de la Bahía de Norman de la caja humectante. Aunque no fumaba mierda casi nunca, necesitaba urgentemente algo que le levantara el ánimo, y si tomaba alcohol después del gas narcótico de la policía podía volver a ser presa de las náuseas.

—¿Quieres uno? —le dijo a Norman, viendo que el afro se había movido. Norman negó
con la cabeza.

—¿Qué demonios ha pasado? ¿Qué hacías allá fuera?

Donald esperó hasta que no pudo contener más el humo antes de contestar a través de
una leve nube.

—Yo —dijo—... te debo una buena explicación. Estaba fuera de quicio. Todos lo estábamos. Quizás el gas tuvo algo que ver con eso.

Superpuestas al entorno familiar se le presentaron imágenes de la calle, de los cuerpos
agitados, del rostro de Norman no reconocido. Se estremeció.

—¿Qué hacías allí tú? —añadió.

—Un paseo sentimental —dijo Norman—. Estuve viendo a Elias Masters en el parador de las NÚ y, cuando le dejé, pensé... bien, aquí estoy, más alejado hacia el este de la isla
de lo que he estado en meses, voy a acercarme a donde vivían mis padres.

—¿Viven aún? —preguntó Donald.

—No lo sé.

—¿Cómo?

—No lo sé —Norman se pasó una mano floja sobre la frente y cerró brevemente los ojos—. Se separaron cuando yo era niño. Dependo de mí mismo desde los dieciocho años. Creo que mi madre está en las Bahamas, pero no lo sé. Creí que no me importaba. ¡Oh, mierda!

Calló el tiempo suficiente para humedecerse los labios con la lengua.

—Y luego, de pronto, estalló ese alboroto a mi alrededor... fue una pesadilla. En un momento estaba paseando y buscando los lugares que recordaba y, al siguiente, todo el mundo estaba corriendo y empujándome con ellos, y el camión de barrido dio la vuelta a la esquina y todos nos vimos apretados como ratas atrapadas. No estaba realmente asustado, de todas formas, hasta que te reconocí e intenté acercarme a ti y, cuando estuve a un paso, empezaste a pegar con los dos puños y no parabas a pesar de que yo no dejaba de gritar tu nombre.

¿Está hablando de mí? Parece una persona diferente.

Donald chupó y chupó del porro, sobrecargando el dispositivo de dilución automática del filtro hasta sentir el humo caliente y áspero en la garganta, como un castigo.

—Estaba asustado —dijo, cuando había terminado de aguantar en los pulmones la última bocanada—. Estaba enloquecido de miedo. Es que lo provoqué yo.

—Debes de estar loco.

—No... no, lo provoqué yo, literalmente. Y por eso es tan espantoso — Donald cerró la mano libre hasta clavarse profundamente las uñas en la palma. Otro escalofrío le recorrió la espalda y puso en marcha algún efecto de resonancia que le hizo estremecerse de pies a cabeza en cuestión de segundos. Sintió ahora el frío irreal de la reacción ante las impresiones de la noche; notó que se le embotaban las manos y los pies.

»¿Qué clase de persona soy. No sé qué clase de persona soy. No creía ser la clase de persona que puede no reconocer a uno de sus amigos más íntimos e intentar pegarle con los puños. No creía que no fuera seguro permitirle a uno salir a la calle.

Norman había olvidado aparentemente su propia condición física y estaba sentado, erguido, con una expresión de incredulidad.

—¿Les viste derribar el helicóptero de la policía?

—No.

—Lo hicieron. Alguien lo hizo caer con un rifle de tiro deportivo. Y, cuando se estrelló,
mataron al piloto a porrazos. ¡Dios lo sabe, Donald —se le descompuso la voz—: no lo recuerdo con suficiente claridad para estar seguro de que yo no estaba allí con ellos!

Me voy a hundir.

Alguna parte de su mente mantenía aún la objetividad suficiente para darse cuenta de ello, percibiendo una sensación como cuando se está preparando la tormenta.

No debo dejar caer la colilla en la alfombra.

Apuntó a un cenicero y ese gesto controlado se fundió súbitamente en algo que debía ser hecho en este mismo instante, en este cuanto de tiempo; así, la mano empezó normalmente el movimiento y terminó por hacer un gesto espasmódico, por dejar caer ciegamente la colilla y por saltar junto con la otra hacia atrás, cubriendo el rostro de Donald, que se inclinó y rompió en sollozos.

Norman, inseguro, se levantó, avanzó un paso, cambió de idea, volvió a cambiar y se acercó.

—Donald —dijo—, esto es en parte por la mierda, y también por el gas de la policía, y por cansancio...

Las excusas fáciles se desvanecieron. Se quedó de pie, mirando a Donald.

¿Lo provocó? ¿Realmente? ¿Qué hizo —qué pudo hacer—? Es una especie de tío sin carácter, inofensivo: no saltó ni siquiera cuando le acusé de no traer a casa nada más que chicas afro. Es débil. Debajo..., ¿acaso temperamento?

No lo sé —admitió, con una impresión de desmayo—. Hemos compartido un hogar durante años, cambiado tías, conversado de nonadas por educación... y literalmente no lo sé.

Y Elias Masters parece creer que estoy preparado para hacerme cargo de un pequeño país desesperado y adecentarlo como Guinevere a una de sus clientes, adaptarlo al estilo más moderno.

Uno de nosotros está realmente loco. ¿Yo?

—¡Vamos! —dijo, palmeando absurdamente el hombro de Donald—. Déjame que te acompañe a la cama. Puedes descansar un par de horas hasta que yo me vaya al trabajo. Y de todas formas no tengo por qué molestarte.

Pasivamente, Donald se dejó llevar a su dormitorio. Se derrumbó sobre la colcha.

—¿Quieres que te conecte el inductor? —preguntó Norman, tendiendo una mano hacia el cable del pequeño aparato ruso oculto en la almohada, que garantizaba el descanso para el insomne más

recalcitrante por medio de la inducción de ritmos de sueño en la médula espinal.

—No, gracias —musitó Donald. Después, cuando Norman iba a salir, llamó—: ¡por cierto! ¿Cuándo te dije que iba a celebrar Guinevere su fiesta?

—Eh... creo que esta noche.

—Eso me parecía. No estoy tan confundido... Han cogido a Victoria muy pronto, ¿verdad?

—¿Cómo?

—Digo que la cogieron muy pronto —notando un acento de incomprensión en el tono de Norman, Donald se apoyó en un codo—. ¿No la denunciaste? Cuando vi que ya no estaban sus cosas, yo...

Calló. Norman se había detenido en el umbral para mirar la sala de estar. Sin moverse podía ver, a través de la puerta abierta de su propio dormitorio, la del armario, que revelaba el vacío del compartimento destinado a la ropa de la chica de turno.

—No, no la denuncié —dijo por fin, sin la menor emoción—. Debe de haber decidido hacer aire y evaporarse con su descubrimiento aún caliente. Que le sea muy útil. Pero, sinceramente, no me importa. Ya has visto que ni siquiera me había dado cuenta de que sus cosas no estaban, hasta que lo has nombrado —dudó—. Creo que te debo decir algo ahora, bien pensado, por si acaso no te veo por la mañana antes de irme. Yo... eh... quizá no esté en Nueva York mucho tiempo más.

Con un impacto repentino, Donald recordó la inspiración que le había llegado antes aquella tarde, para retrotraerse instantáneamente a un segundo plano de conciencia al aparecer el taxi falso. Sin embargo, el cansancio anuló incluso su orgullo por la agudeza que había mostrado al deducir la verdad. Tuvo que dejar caer la cabeza en el monte suave y acogedor de la almohada.

—No había contado con que te quedaras —dijo.

—¿Cómo? ¿Por qué no?

—Pensé que te enviarían a Beninia más pronto o más tarde. Ha resultado ser más pronto, ¿eh?

—¿Cómo carajo lo sabías? —Norman apretó el puño violentamente sobre el picaporte.

—Me lo imaginé —dijo Donald en un murmullo—. Es para lo que valgo. Es por lo que me eligieron para mi trabajo.

—¿Qué trabajo? No tienes un... —Norman dejó morir la frase, escuchó el silencio durante un instante y acabó por decir—: ya veo. Como Victoria, ¿eh? —la pregunta surgió agitada de furia.

—No, no como Victoria. Dios, no debería habértelo dicho, pero no he podido evitarlo, simplemente —Donald se obligó a sentarse—. No, por favor, no como Victoria. No tiene nada que ver contigo.

—Por favor, se supone que no debo hablar de eso. Pero... oh, Dios mío, han sido diez años mortales y —tragó saliva convulsivamente—... El Estado —dijo por fin con voz cansada—. El Departamento de Diletantes. Si averiguan que estás al corriente me activarán en mi rango militar y me someterán a consejo de guerra en secreto. Me lo advirtieron. Supongo que esto me pone a merced tuya, ¿no? —terminó, con una sonrisa triste.

—Entonces, ¿por qué me lo has dicho? —preguntó Norman al cabo de una pausa.

—No lo sé. Quizá porque, si quieres tener una oportunidad de ajustarme las cuentas por lo que hice esta noche, creo que la mereces. Así que adelante. Tal como me siento ahora, no me importaría que me cayera encima un alud —volvió a caer sobre la cama y cerró los ojos.

En la cabeza de Norman sonó el ruido chirriante de la roca desgarrándose y cayendo por la ladera de una montaña. Un calambre tan agudo como un hachazo le surcó la muñeca izquierda de extremo a extremo; con una mueca de dolor, se cogió la mano para asegurarse de que seguía entera.

—He ajustado las cuentas a suficiente gente para que me dure toda la vida —dijo—. Y no me ha servido de nada. De nada en absoluto. Duérmete, Donald. Estoy seguro de que por la tarde te encontrarás mejor.

Cerró la puerta suavemente, utilizando la mano izquierda e ignorando el dolor que seguía siendo tan violento como si fuera real.

CONTEXTO (12)

LA CONTRAPARTIDA SOCIOLÓGICA DE LA RESPIRACIÓN DE CHEYNE-STOKES

«Si quieres saber lo que está a punto de derrumbarse, busca el síntoma más evidente: el extremismo. Es una señal casi infalible —una especie de espasmo agónico— el que una institución humana se vea obligada

por sus miembros a reforzar aquellos factores —y sólo aquellos— que son distintivos, a costa de otros que comparte por necesidad con otras instituciones por el hecho de que los seres humanos pertenecen a todas ellas. Una buena analogía biológica sería el desarrollo de los colmillos de un tigre "de dientes de sable" hasta el punto en que el animal ya no puede cerrar la boca; otra podría ser el crecimiento de las armaduras hasta el punto de llegar a ser totalmente inexpugnable, pero tan pesadas que el que las lleva no puede sostenerlas.

«Sobre estas bases, es casi completamente seguro que la Cristiandad no sobrevivirá al siglo XXI. Para tomar sólo un par de ejemplos importantes: la separación de Roma de los llamados Católicos Tradicionales, y la aparición de las Hijas del Divino como grupo de presión influyente. Los primeros muestran una desviación notable de la actitud tradicional de la Iglesia Católica, como institución que, por encima de todo, tenía en cuenta a la familia, al estilo occidental; los Católicos Tradicionales han llegado a estar tan obsesionados por el simple acto de joder que parece que no les queda tiempo para otros aspectos de las relaciones humanas, aunque se pronuncian constantemente sobre ellos. Ninguna de sus opiniones tienen el más mínimo parecido con la realidad contemporánea, que un punto de vista simpatizante (no el mío) pudiera detectar en afirmaciones similares procedentes del Vaticano. Y las segundas, que dicen ajustarse a las normas de las órdenes de monjas medievales, pero que en realidad han tomado la mayoría de sus dogmas —antimecanización, desprecio del placer corporal, y así sucesivamente— de grupos respetables y bien integrados como los amish, y luego los han amargado con un adobo notable del vinagre del odio, están sacando partido de prácticamente la tendencia más autofrustrante de entre las modernas: nuestra reluctancia a sobrecargar aún más nuestros recursos a base de tener familias numerosas. Explotan nuestra apreciación envidiosa de las personas, especialmente de las mujeres, que se niegan a tener ningún tipo de descendencia, liberándonos así de una sensación de responsabilidad personal por todo este maldito embrollo.

»No durarán.

»No puedo decir que prevea tiempos mucho mejores tampoco para los musulmanes; aunque el Islam ha devenido una religión minoritaria de relativa importancia en el Occidente más extremo durante el último medio siglo, la cabeza de lanza de su avance han sido los descendientes de un cisma, como los Católicos Tradicionales. Me refiero, naturalmente, a los Hijos de X, que no han construido más que algo similar a la Cristiandad, utilizando a su patrono asesinado como figura del tipo Osiris-Atis-Jesús. Seguirán los pasos de las religiones misteriosas de los tiempos antiguos, y por la misma razón: son exclusionistas, y a uno no se le permite ingresar a menos que satisfaga determinadas condiciones de nacimiento, principalmente que se le pueda reconocer como de color (por cierto que mis convicciones sobre la

discriminación racial son mucho menos fuertes cuando pienso en organizaciones a las que no deseo unirme. Es una señal de que desaparecerán eventualmente).

»Sin embargo, lamentablemente, esta llaga leprosa del extremismo no está limitada a ámbitos de tan poca importancia como la religión. Fíjate en el sexo, por ejemplo. Cada vez más y más gente le dedica más tiempo y recurre a modos cada vez más extremos de mantener el interés, tales como afrodisíacos disponibles comercialmente y fiestas que se consideran fracasadas a menos que acaben como orgías. Cien tías diferentes cada año, que es algo que un hombre joven puede conseguir sin más que quitarse la ropa, no satisfacen ninguna de las necesidades biológicas del deseo sexual: no conducen a un entorno estable para los retoños de la próxima generación, ni establecen esa especie de entendimiento entre las parejas (o entre los grupos mayores... el matrimonio no es invariablemente monógamo, funciona con toda clase - de estructuras) que sirve para impedir crisis de posesión de otros miembros de nuestra especie. Por el contrario, lleva más bien a una especie de frenesí; porque, la pareja, en vez de disfrutar de una confirmación continua y recíproca de su masculinidad/femineidad respectiva, se ven obligados a buscar de nuevo esa seguridad cada pocos días.

»De hecho, aplicando la medida del extremismo se puede concluir que la propia especie
humana no durará mucho, probablemente.»

—Eres un idiota ignorante, por Chad C. Mulligan.

CONTINUIDAD (12)

SE SUPONE QUE ES AUTOMÁTICO, PERO EN REALIDAD HAY QUE APRETAR ESTE BOTÓN

Un timbrazo agudo atravesó la cabeza de Donald de oído a oído, sacándole con esfuerzo de las aguas profundas del sueño. Maldiciendo, se las arregló para enfocar la vista en el reloj de pared y vio que sólo eran las nueve y media Anti-Materia. Intentó convencerse, durante unos momentos, de que lo que le había molestado no era más que Norman saliendo a trabajar un cuarto de hora más tarde de lo normal. Pero el timbrazo se repitió.
Casi se cayó por el borde de la cama, y metió como pudo los brazos en las mangas de una bata. Mucha gente ya no tenía esa clase de ropas: si alguien llamaba antes de que se vistieran, simplemente se dirigían a la puerta tal como estaban y, si quien viniera se sorprendía, era problema suyo. Por lo menos la mitad de las chicas del circuito que habían vivido brevemente en este apartamento tenían sólo ropas de calle, y aún éstas

suficientemente escasas como para guardarlas en una simple bolsa. Pero él estaba un poco chapado a la antigua.

Fue a la puerta, todavía menos despierto de lo normal y, cuando miró por el visor quién había fuera, lo único que se le grabó en la cabeza aparte de la cantidad de visitantes —
cuatro— fue que no eran de la ciudad, como demostraba el que llevaran gabardinas al brazo.

Sofocando un bostezo, abrió la puerta.

Todos los recién llegados eran de aspecto joven, aunque un examen más profundo mostraba que el más cercano a la entrada podría ser mayor que Donald. Todos vestían ropas bastante formales: jerseys y pantalones de colores gris, verde, azul marino y crema. El efecto era como si llevaran uniformes, uno distinto por cabeza. Todos parecían tener cabello natural, ni teñido ni arreglado especialmente. Se le ocurrió a Donald, demasiado tarde, que si un grupo de macarras quisiera entrar en casa de alguien
sería exactamente éste el modo en que se vestirían, dejando a un lado las cazamisas llamativas de musculatura falsa incorporada y los pantalones ceñidos y acolchados en la
bragueta.

—Buenos días, Sr. Macerdo —dijo el que encabezaba el grupo—. ¿Tiene usted alguna tía aquí en este momento? ¿No?

—Yo... eh..., ¿qué le importa a usted? ¿Quién es usted?

—Un momento, por favor —el hombre hizo un gesto a sus compañeros y avanzó con ellos pisándole los talones; Donald, aunque aún no despierto del todo, retrocedió, sintiéndose muy vulnerable sin llevar nada puesto más que esta débil bata hasta los muslos.

—No esperaba volver tan pronto —dijo el portavoz afablemente, cerrando la puerta—. ¡Muy bien, comprobadlo de prisa!

Los tres acompañantes dejaron las gabardinas encima de los muebles que tenían más a mano cada uno. Todos habían estado ocultando algo en la mano cubierta. Dos de ellos llevaban pequeños instrumentos que se dedicaron a apuntar a las paredes, suelo y techo, mirándolos detenidamente. El tercero empuñaba un revólver de descargas y recorrió en cuatro zancadas todas las habitaciones del apartamento, mirando a su alrededor con desconfianza.

Donald empezó a sentir el corazón muy pesado en el pecho, como si le comprimiera los intestinos y amenazara exprimirle un vómito como la pasta de dientes de un tubo.

—¿Volver tan pronto...? —dijo débilmente—. ¡Pero si jamás le he visto antes!

—No detecto nada más que lo nuestro —dijo uno de los acompañantes, bajando su incomprensible instrumento. El segundo asintió. El tercero volvió de su gira de inspección ocultando el revólver en un bolsillo secreto tras el brazo izquierdo.

—Gracias —dijo el portavoz suavemente—. Eh... zapa, Sr. Macerdo. ¿Explica eso suficientemente nuestra visita?

No había ninguna inflexión de amenaza en la leve nota de interrupción con que pronunció las palabras; pero, de pronto, la pesadez del corazón de Donald se hizo tan grande que pareció haberse detenido por completo, y se pudo imaginar la enorme carga arrastrándole al suelo.

Zapa. Oh, Dios mío. ¡No!

No había oído aquella palabra, al menos no lo recordaba, desde un día, diez años atrás, cuando el coronel de aquella oficina de Washington le indicó el modo en que podía ser activado si surgía la necesidad. ¡Y la referencia a «volver» y a «lo nuestro»...!

Se lo dije a Norman. Anoche estaba enfermo y drogado y no me pude controlar. Le dije la verdad. Soy un traidor. No sólo un espía, no sólo un tonto que puede provocar una algarada sin intentarlo. ¡Además soy un traidor!

Se humedeció los labios con la lengua, absolutamente incapaz de reaccionar, ni siquiera mostrando su desmoralización. El portavoz seguía hablando y, desde luego, no tenía el aire de un oficial enviado para arrestar a un traidor.

Pero las cosas que podía hacer no eran mucho mejores.

—Soy el Mayor Delahanty. Nunca nos hemos visto, pero me da la impresión de que le conozco mejor que la mayoría de sus amigos. Me hice cargo de usted cuando, el año pasado, se retiró el Coronel Braddock. A propósito, éstos son mis ayudantes: Sargento French, Sargento Awden, Sargento Schritt —-los acompañantes saludaron con la cabeza, pero Donald estaba demasiado confuso para pensar en nada excepto en que ahora, al fin, conocía el nombre del coronel que le había tomado juramento: Braddock.

—Han venido a activarme, ¿no? —dijo.

—No hemos elegido el mejor momento, ¿verdad? —Delahanty pareció muy comprensivo—. Con lo de esa chica que resultó ser una espindustrial, y luego usted metido en los disturbios de anoche...

Schritt, ¿por qué no preparas un poco de café para el teniente, o mejor para todos nosotros?

Aquello se clavó firmemente en la cabeza de Donald: «el teniente». Probablemente esa frase había sido elegida cuidadosamente. Le mordió el cerebro profundamente como unas mandíbulas de acero.

—Yo... tengo que ir al lavabo —susurró—. Siéntense y pónganse cómodos.

Cuando hubo vaciado la vejiga abrió el armario de las medicinas y, antes que nada, vio su propio reflejo, con los ojos legañosos, sin afeitar, y luego las botellas, los paquetes y los frascos ordenados en los estantes. Alargó la mano hacia las pastillas Desvel, rozando con los dedos un frasco adyacente. Por la fuerza de la costumbre, leyó la etiqueta. Decía: VENENO. NO TOMAR.

De súbito, se encontró tan asustado en la realidad como se había imaginado en sus antiguas pesadillas. jSe aferró al borde del lavabo para sostenerse, con los dientes castañeteando y la visión reducida a un simple haz luminoso que terminaba en la etiqueta de las letras ardientes.

Fausto se sintió así. Las estrellas se siguen moviendo, el tiempo pasa, el reloj va a sonar, el demonio vendrá y Fausto debe ser condenado... ¿Cuánto tiempo compró con la moneda de su alma..., ¿diez años?

¿Qué me van a obligar a hacer? Por lo menos tengo una esperanza que a Fausto se le negó... Quizá no haga efecto rápido, pero si piensan que estoy haciendo de vientre en vez de orinando me concederán cinco o diez minutos. Todo el frasco de golpe debería ser suficiente.

Cogió bruscamente el frasco y lo abrió. En el fondo del recipiente opaco, un rastro de polvo blanco se burlaba de él.

Se sintió de pronto muy frío, pero al menos los estremecimientos de terror se retiraron ante los simples escalofríos que ahora le agitaban. Dejó caer el frasco, y tras él la tapa, en el multriturador y se tragó las píldoras Desvel que había pensado tomar al principio.

Al cabo de otro par de minutos se dio la vuelta y salió del cuarto de baño, con zancadas
cuidadosas y pausadas.

Fue una sorpresa nueva el descubrir que, en vez de pedir café por teclado a la cocina del bloque, como se hubiera esperado que hiciera un extraño, el Sargento Schritt había utilizado la cafetera del propio

Donald, guardada en el dormitorio junto con una lata de su mezcla favorita.

Dios, ¿cuánto sabe de mí esta gente? Antes, cuando hablé tan peligrosamente con Norman...

Sin embargo, su voz se mantuvo razonablemente serena.

—No me había dado cuenta —dijo— de que me hubieran estado vigilando tan concienzudamente.

—Rutina, me temo —se encogió de hombros Delahanty—. Desde luego, preferimos que nuestros agentes vivan solos, como usted sabe; pero sólo eso es por sí mismo, en estos tiempos, una circunstancia sospechosa, habiendo tan poco espacio habitable. El Sr. de la Casa está tan limpio como el que más, naturalmente: un buen visitante de mezquitas, respetable, y con una posición de mucha responsabilidad; pero el hecho de que ambos trabajaran el circuito de tías nos ha dado algunos momentos de preocupación, debo confesar. Especialmente anoche, cuando detectamos ese ingenioso dispositivo del poliórgano. Nunca había visto nada similar, y es lo más parecido a algo perfecto, caramba.

Sosteniendo la taza de café con mucho cuidado para no verter ni una gota, Donald se sentó.

—Eh..., ¿cómo lo averiguaron? —preguntó.

—Recibimos ayer por la tarde el aviso de activación, pero uno no corre simplemente a enchufar al agente. Uno investiga un poco antes que nada, para asegurarse de que no haya habido cambios desde la última vez y... bien, había cambiado algo, desde luego. Hicimos contacto en el preciso momento en que la chica estaba escuchando.

—Tienen aparatos de espionaje en el apartamento.

—Hay más micrófonos aquí que cucarachas en una chabola de los barrios bajos —dijo Delahanty con una sonrisa débil—. No todos nuestros, claro. ¿Schritt?

El Sargento Schritt se inclinó al lado del sillón Hule de Norman e hizo algo, con un dedo, que Donald no pudo ver. Cuando retiró la mano sostenía, entre el índice y el pulgar, una pequeña tachuela brillante.

—Creo que éste es de una fábrica de productos congelados —dijo Delahanty—. Mejor dicho, lo es el cuerpo. La punta es nuestra. Como se suele decir, el pez grande se come al chico. No ha salido de aquí ninguna información que no se examinara; no queríamos que el Sr. de la Casa se viera metido en líos por actos espindustriales que tuvieran

éxito. Alguien podría haberse fijado en usted y sumar dos y dos. Sin embargo, ayer por la tarde estuvimos a un pelo de ser burlados... fue pura suerte que descubriéramos a la chica.

—¿Son ustedes quienes se la han llevado?

—Pues sí. De milagro. Tuve que retirar a todo el mundo de los servicios de escucha y ponerles a su caza, pero la localizamos antes de que vendiera las cosas.

—¿Me está usted diciendo que alguien ha estado controlando todo lo que hice y todo lo que dije durante nada menos que diez años? —preguntó Donald.

—Claro que no. No tenemos más remedio que confiar en un muestreo hecho por los agentes no activos. Todo se graba; la mitad se analiza por ordenador a la búsqueda de determinadas palabras clave —creo que su vocabulario es de unas mil— y estudiamos su utilización en la conversación. Pero de hecho no hemos prestado mucha atención a más de veinte o veinticinco horas de sus actividades en el año pasado —dudó—. Parece usted confuso —añadió—. Es muy natural... en este mundo superpoblado en que vivimos, la intimidad es nuestra defensa más preciada. Tenga por seguro que la hemos violado en el mínimo grado posible, créame.

—Entonces, ¿me han estado controlando continuamente desde que recibieron el... el aviso de activación?

—No, se lo acabo de decir —alzó las cejas Delahanty—: tuve que retirar a todo el mundo de la escucha para buscar a la tía.

No hay que forzar las cosas. Con suerte, no se molestarán en examinar la cinta correspondiente a las pocas horas de esta mañana; puedo ocultarlo. Y la peor de todas las posibilidades horribles con que me enfrento es sufrir un consejo de guerra por descubrirme. Quizá sólo me quieren para algo de muy poca importancia; quizá me necesitan para ayudar a analizar informes de Inteligencia, por ejemplo...

—Espero no parecer demasiado inquisitivo —aventuró Donald—. Pero... bien, en los últimos diez años todo el asunto se me ha ido volviendo más y más irreal, hasta que últimamente incluso me costaba trabajo convencerme de que la activación seguía siendo una posibilidad.

—Es un comentario —aprobó Delahanty—. Yo mismo no dejo de decirles a los de Washington que deberían arriesgarse a perder el secreto y hacer activaciones al azar para mantener alerta a los agentes, aunque no fuera más que darles misiones simbólicas durante sus vacaciones oficiales. ¿Más café?

—Aún no he terminado la primera taza, gracias.

—¿Le importa si repito yo? ¿Alguien más...? ¡Bien! Vayamos al grano, entonces —Delahanty se reclinó y cruzó las piernas—. Campamento Floreciente, EleA, mañana a las seis PapáMamá. Tenemos sus documentos de viaje, su salvoconducto y todo lo demás... el Sargento French se los dará en seguida. Desde ahora hasta entonces, ¿qué compromisos tiene usted?

—¿Mañana?

—Ya sé... la incertidumbre lo hará más difícil. Pero así son las cosas, me temo. ¿Citas?

Donald se llevó una mano a la frente.

—Creo que ninguna... ah. Una fiesta, esta noche. En casa de Guinevere Acero.

—Vaya, desde luego, pero no deje que nadie le deslice alguna píldora, naturalmente. ¿Ha oído usted hablar de lo del otro día, cuando alguien frotó con la mierda que llaman «Verdad o consecuencias» la barandilla del pulpito de una catedral, y un respetable obispo dijo a la congregación unas cuantas cosas muy poco sacerdotales?

—Creo que no.

—Los canales normales de noticias no lo han hecho público... me imagino que atemorizados por los grupos de presión. Pero ocurrió, y todo indica que debió de ser espectacular. No deje que le pase a usted, simplemente. El resto de las instrucciones están en el paquete que le va a dar French. Recibirá usted una llamada por la mañana avisándole de algún problema financiero en una empresa de la que se supone que usted tiene un paquete de acciones, y ése será el motivo de su viaje; el motivo de que se quede allí será una chica muy hermosa de la que lamento decir que no está previsto que disfrute, pero que será una coartada lo suficientemente convincente para cualquiera que vuele en una órbita razonablemente recta.

El Sargento Awden sonrió.

—¿Quiere usted decir que voy a estar fuera mucho tiempo? —preguntó Donald.

—No lo sé —Delahanty se terminó el café y se levantó—. Sin embargo, ése es el programa, y no lo he preparado yo. Supongo que hay una evaluación completa hecha por ordenador en Washington.

—¿Puede decirme al menos —la frase medio olvidada salió a sus labios como una burbuja de algas podridas desde el fondo de un charco estancado— si es un trabajo de campo?

—¡Claro! —Delahanty pareció sorprendido—. Creí que eso iba implícito en su especialidad lingüística. Yatakangi, creo.

—¿Me van a enviar a Yatakang? —Donald se puso en pie sin darse cuenta, con las manos juntas para impedir que temblaran—. ¡Pero eso es absurdo! Quiero decir que lo único que hice fue recibir un curso intensivo en un laboratorio de idiomas hace casi diez años, y...

—Teniente —dijo Delahanty con una inflexión peligrosa—, no tiene que preocuparse sobre su capacidad para el trabajo. Le harán capaz de cumplirlo.

—Me..., ¿qué?

—Le harán capaz. Supongo que habrá visto usted anuncios comerciales de un proceso
llamado eptificación, ¿no?

—S... sí.

—¿Y pensó que se trataba de algún timo?

—Eso creo. ¿Qué tiene que ver con...?

—Nosotros eptificamos gente. Y funciona. Si no hay nadie disponible que esté preparado para un trabajo en particular, le rehacemos hasta que lo está. No se preocupe: se las arreglará... suponiendo que el trabajo a realizar sea humanamente posible. Piense en eso y relájese. Pero creo que de todas formas le vendría bien un tranqui.

Delahanty hizo un gesto a sus acompañantes. French le alargó a Donald un sobre oficial lacrado; Donald lo aceptó con dedos embotados y todos murmuraron un saludo al salir, dejándole con una sensación de insignificancia, de miedo y de pesar por no haber sido capaz de morir.

Al cabo de un rato, se encontró suficientemente recobrado para pensar en conseguir que
alguien le hiciera tomar en la fiesta alguna de las drogas contra las que le había prevenido Delahanty.

Librodot

VIENDO PRIMEROS PLANOS (12)

SI NO LAS PUEDES APLASTAR EMPLÁSTALAS

HERMOUTIQUE, decían las letras suspendidas en el aire y, debajo y con la discreción de siempre, el nombre de Guinevere Acero. Más allá del letrero, indicando las atenciones personales de que una podía estar segura de verse colmada, una rubia, una morena y una pelirroja esperaban con expresiones expectantes a que viniera usted, señora; todas eran productos inmaculados del arte de la Hermoutique, con un acabado que llegaba al extremo de la molécula, brillantes, refulgentes; pulidas no como los diamantes, sino como los componentes que formaban parte de Shalmaneser, donde no se podía permitir que nada fuera mal. Las ropas tapaban sólo aquellas partes de los cuerpos donde la materia prima con la que habían tenido que trabajar los expertos en cosmética dejaba algo que desear.

También se veía en primer plano un joven esbelto, ataviado al estilo tradicional de un artista del Quartier Latín de al-rededor de 1890: boina blanda caída sobre el lado izquierdo, blusa con un gran lazo alegre en el cuello y pantalones rectos a cuadros, terminados en botas altas. Por deferencia a la imagen original que representaba, había tres o cuatro rayas de colores en el dobladillo de la blusa, que supuestamente representaban manchas de pintura; pero eran completamente simbólicas. Era tan estéril y estaba tan estudiado como las chicas que le acompañaban.

Desde la calle, no se podía ver en el edificio más que hasta el separador contra el que estaban alineadas las chicas: una superficie cambicolor que fluía en matices esporádicos, calculados para favorecer los vestidos de las chicas.

Entró, preguntándose con cierta diversión cuánto tardarían esas expresiones ávidas, expectantes y de bienvenida en disolverse.

Guinevere sintió que algo iba mal antes de que nadie tuviera ocasión de decírselo. Normalmente había un tono muy especial de rumor tranquilo en el conjunto de la tienda, un susurro variable pero eterno que acompañaba la suave música relajante que se vertía al aire desde docenas de altavoces ocultos. Surgió una nota falsa en el conjunto y ella alzó la vista, inclinando la cabeza a un lado, de la lista de preparativos finales para la fiesta de esta noche que estaba escribiendo.

Medio convencida de que se había equivocado, activó las pantallas de televisión en circuito cerrado y contempló el salón principal. Separados entre sí por cortinas de suelo a techo de opacoflex, las clientes estaban sentadas o tendidas disfrutando del lujoso ambiente mientras les mojaban, pulían o pintaban las imperfecciones. La Sra. Djabalah, en el

Puesto 38, volvía a solicitar de la masajista algo más que los servicios convencionales, vio Guinevere con resignación, y tomó nota mentalmente de que debía recargar la factura en un cien por ciento. Mientras la propia chica no se quejara... y había algo de magnífico en el metro ochenta y cinco de ébano monumental de la Djabalah...

Contempló detenidamente el pasillo central que separaba los puestos y observó un revuelo cerca de la entrada. Repentinamente alarmada —si se podía ver desde la calle tenía que acabar ahora —conmutó a los visores de la parte frontal de la tienda. En el mismo momento, una voz nerviosa y afeminada susurró desde el interfono.

—Gwinnie, está aquí el hombre más espantoso, gritándonos. Creo que está borracho. Y huele como todo un barril de ballescoria. ¿Puedes salir y arreglártelas tú con él?

—Ya voy —dijo Guinevere secamente.

Pero dedicó un momento a una rápida revisión de su aspecto en el espejo.

Encontró al intruso frente a Danny, el recepcionista en jefe —el de la blusa de artista parisino—, y gruñendo belicosamente. Por suerte, decir «gritando» era una exageración pues, casi con seguridad, ni siquiera las clientes de los puestos más cercanos habrían notado nada anormal. Aún más, la componente rubia del equipo de bienvenida había mostrado suficiente presencia de ánimo para mover la mampara cambicolor para que ocultara el desagradable extraño al exterior.

Era un hombretón de más de un metro ochenta, y probablemente fuerte a pesar de su aspecto desastrado. El cabello le colgaba en hebras lacias por todo el cuello y se fundía con una barba y con un bigote que muy bien podrían no haber sido recortados jamás y que servían como filtro de sopas y recogedores de briznas de comida. Había un entrante chamuscado en el borde inferior derecho del bigote, como consecuencia de fumar porros liados a mano hasta la última fracción de colilla. El jersey había sido rojo en tiempos, pero ahora estaba manchado, chorreado y untado de otros colores y, si alguna vez le sentaron bien los pantalones, debió de ser años atrás; ahora la cintura había renunciado a debatirse con el ensanchamiento del vientre. Los pies estaban plantados firmemente en el encantador suelo labrado a mano, metidos en cosas que pudieron ser sandalias pero que ahora eran incrustaciones de basura que ocultaban por completo cualquier tejido que pudiera separar la suciedad de la piel.

Al acercarse Guinevere interrumpió la parrafada que estaba soltando.

—¡Ah! —exclamó—. Usted debe de ser Guinevere Acero, la Enemiga del Chapucero..., ¡he oído hablar tanto de usted! Incluso le escribí una vez

un poema. Un momento..., ¡ah, sí!: «Las chicas que hace Guinevere Acero/mierda son al tacto de cuerpo entero. / Ella convierte la carne más sana / en basura estéril, podrida manzana / que tiene la pulpa debajo del cuero». Una de esas chicas te llamó Danny, ¿verdad? —añadió dirigiéndose al tembloroso recepcionista—. ¿Y te han dannydado mucho por detrás? —relinchó de risa y se volvió sobre los talones.

»¿Quiere oír otro? "Cuando una muchacha de amores te pique / y como Teresa tan fría la sientas, / no te extrañes mucho, porque la Hermoutique...».

—¿Qué busca usted aquí? —dijo Guinevere con toda la dignidad que pudo reunir.

—¿Qué carajo cree usted que busco? ¿Una de sus maniquís de escaparate? —señaló con dedos de uñas negras a las chicas recepcionistas, que se escondían—. Gracias, si alguna vez necesito un masturbador hinchable me haré uno. Vaya, ¿qué carajo cree usted que quiere alguien que viene a un sitio como éste?

—Debe de estar borracho u orbitando —cortó Guinevere—. Creo que no sabe usted dónde está —lanzó una mirada nerviosa al reloj de pared. Las visitas de la hora habían casi vencido y, si las clientes salieran y vieran a este espécimen repugnante cerrándoles el paso...—. Danny, tendrás que llamar a la policía. No veo que haya nada más que hacer.

—¿Para qué? —preguntó el extraño en tono ofendido—. ¿Qué he hecho? Sólo quiero ser Hermoutizado.

—¿Ser qué? —dijo Guinevere. Se le escapó el aliento con la segunda palabra—. ¡Debe de estar loco! ¡De todas formas no aceptamos clientes varones, y menos... y menos objetos como usted!

—¿No? —el intruso avanzó amenazadoramente un paso hacia ella—. El Código Civil del Estado de Nueva York habla de la discriminación: «¡cualquier establecimiento comercial que ofrezca un servicio al público en general y se niegue a aceptar a un cliente potencial por motivos raciales, lingüísticos, religiosos o sexuales será castigado con la retirada inmediata de la licencia!»

Demasiado tarde, Guinevere se dio cuenta de que aquel hombre ni hablaba ni se comportaba como parecía apropiado a su aspecto.

—En cualquier caso, sé perfectamente que usted no discrimina. Aparte de Danny —¡y no me va usted a decir que él no recibe su ayuda para tener esa apariencia impecable y brillante!—, mi antiguo coinquilino Muño Clark lleva años viniendo aquí y aún conserva los cojones. ¿Qué quiere usted que haga? ¿Presentarme con una falda y moviendo las caderas?

—Puedo pedirle al menos que demuestre su capacidad para el pago —dijo Guinevere con una leve sensación de irrealidad, como si alguien le hubiera administrado una cápsula de Navegol—. Y si usted pudiera soportar mis precios no iría por ahí oliendo como —tomó prestado el símil de Danny, porque era concluyente—..., ¡como un barril entero de ballescoria!

—¡Oh, si el dinero es lo único que le preocupa...! —el extraño compuso un gesto—. ¡Mire!

Se buscó por dentro del jersey y sacó un fajo compacto de documentos. Pasando uno tras otro como el mano que, en un juego de cartas, contara un mazo nuevo, sacó uno y lo enseñó.

—¿Este vale?

—Sosténgalo para que lo pueda ver —dijo Guinevere secamente—. No quiero tocarlo, ni a usted.

Miró. Se trataba de una autorización de crédito bancario para abonar al portador la suma de mil dólares. Pero no fue eso lo que la impresionó. Era el nombre impreso claramente en la parte inferior, bajo la fotografía de un hombre mucho más joven de bigote y barba
recortados con la elegancia de un Luis Napoleón.

—¡Pero está muerto! —dijo débilmente—. ¡Danny! ¡Seguro que Chad C. Mulligan está
muerto!

—¿Quién? —Danny pareció quedarse con la mente en blanco durante un momento—. ¿Has dicho —añadió— Chad Mulligan?

—¿Muerto? —dijo el sucio extraño—. Dios, no. Y si me hacen seguir aquí de pie mucho más, lo demostraré concluyentemente. ¡Vamos, vamos!

El reloj avanzaba hacia los últimos cinco minutos de la sesión en curso. A partir de ahora y en cualquier momento, podía salir de la protección de las cortinas la primera de las clientes que estaban siendo atendidas. Guinevere tragó saliva con un esfuerzo. ¿A cuál de sus ayudantes podía convencer para que se encargara de este trabajo por una prima de cien dólares?

—Danny —susurró—, hazte cargo del Sr. Mulligan y haz lo que quiera.

—¡Pero, Gwinnie...!

—¡Haz lo que te digo! —golpeó ella el suelo con un pie...

Librodot

Al fin y al cabo, es una celebridad considerable...

—Discúlpeme, ¿quiere, Sr. Mulligan? —dijo, obligándose a vencer las náuseas—. Pero... bien, ¡ésta es una apariencia bastante incongruente con que encontrarle!

—Incongruente, mi culo insalubre —gruñó Chad Mulligan—. Es el mismo aspecto que he tenido desde hace dos años o más. Lo que voy a encontrar incongruente es cómo seré cuando sus mecánicas me hayan hecho la revisión. Pero renuncio. Lo dejo. La inercia del copón de esta raza de asnos me ha derrotado. No puedo conseguir que la gente me preste atención, aunque argumente, aulle o me cubra de mierda. Tengo la intención de adornarme y unirme a vuestros cerdos de Gadara, para pudrirme en la magnificencia hasta morir. Muy bien, ¿dónde quiere que me meta para que las demás clientes no vean el estado en que estoy?

»Envíe a alguien a buscar un litro de alcohol, ¿quiere? —añadió finalmente, por encima del hombro, mientras Danny le guiaba—. Necesito que algo me dé valor para esto.

LAS COSAS QUE PASAN (8)

NO SEAS DURA CON TUS AMIGOS MULTADOS

LOCAL: ya que por ordenanza municipal era ilícito ocupar tanto espacio para ella sola, lo que Guinevere había hecho era llegar a un acuerdo con su marido, de quien se iba a divorciar principalmente porque se llamaba López, según el cual él compraría con dinero de ella el apartamento vacío que había dejado de su ático y se lo alquilaría durante un período de tiempo indefinido por una cantidad irrisoria, cosa que no era ilegal y que constituía el procedimiento principal por el que los ricachos de la ciudad moderna y superpoblada se agenciaban el símbolo definitivo del nivel social contemporáneo, a saber: dos habitaciones, una encima de la otra, de quince metros por diez; dos (ídem) de diez por seis; dos (ídem) de siete por seis; cuatro cuartos de baño en suite y dos no; cuatro lavabos adicionales; dos cocinas comedor y un jardín de tejado que Guinevere había hecho, por así decirlo, taladrar por un arquitecto ingenioso, de modo que se convirtiera en un cenador con el nivel principal en el apartamento inferior y el de encima soportando los equipos de riego y fertilización automáticos junto con las lámparas solares artificiales para mantener sanas las flores y las plantas.

CONTENIDO (PERMANENTE): la más grande habitación modular de mobiliario poliforme que jamás se hubiera fabricado para un cliente privado; con grandes mesas convertibles en pupitres o pantallas y mesas pequeñas convertibles en librerías o mesillas de ruedas y sillas

rectas convertibles en sillones y sillones convertibles en hamacas y hamacas convertibles en sofás y sofás convertibles en camas y camas adaptables para uno, dos o varios ocupantes y así sucesivamente... en teoría capaz de ser utilizada para cualquier cosa desde una reunión política, nutrida de asistentes, con todo el mundo sentado y prestando seria atención al tema que se tuviera entre manos, hasta una fiesta como ésta, con todo el mundo prestando seria atención al sujeto que esperara tener entre manos eventualmente.

CONTENIDO (TRANSITORIO INMÓVIL NO PERECEDERO): los últimos decorados y cuadros y adornos y modelos de teléfono y de TV y de poliformador y de reproductor de grabaciones holográficas y de proyector cosmorámico e incluso libros... aunque estos últimos pendían de un hilo, por ser potencial-mente algo fuera de moda.

CONTENIDO (TRANSITORIO INMÓVIL PERECEDERO): un surtido de doce clases distintas de comida que la compañía proveedora garantizaba como minuciosamente propia del siglo XX en sustancia y aspecto, aunque no necesariamente en sabor —ya que algunos componentes esenciales de platos tales como el pollo de granja y el tocino ahumado a fuego lento ya no eran reproducidles bajo las condiciones modernas de fabricación—, más botellas y cajas y barriles y paquetes y jarras y latas y licores e incienso y vino y marihuana y cerveza e incluso tabaco para que los invitados sintieran un estremecimiento como de tener la vida en las manos que también estaría adecuadamente integrado en el ambiente de la época.

CONTENIDO (TRANSITORIO MÓVIL PERO EN CIERTO SENTIDO IGUALMENTE PERECEDERO): ciento cincuenta personas, incluyendo la anfitriona y sus invitados más una buena cantidad de personal de servicio contratado a la compañía proveedora, que tenía una alta reputación entre los Nuevos Pobres de entre las cosas que pasan por ocultar el coste de los camareros y del personal de limpieza a base de inflar las facturas de compra de sus productos, permitiendo así eludir el enorme impuesto que en principio debía eliminar los beneficios que una persona que cobrara el dinero del paro al cien por cien pudiera sacar de trabajos en plan chapuza como éste.

EXCUSA Y MOTIVO: hacer pagar a los invitados multas que si ella quisiera podrían llegar a ser tan odiosamente embarazosas que las víctimas jamás quisieran volver a verla.

COSTE: unes tres mil dólares.

INTERÉS DEVENGADO: sólo se podría cuantificar al terminar la fiesta.

Los ascensores subieron y bajaron con chasquidos y zumbidos y la merienda empezó,

entre sorbos y tragos.

FACETA AUDITIVA: las grabaciones más soportables reconstruidas de la segunda mitad del siglo pasado; no las más recientes (la música de los noventa era insoportablemente vieux-jeu). No, tenían que ser de los setenta, envueltas ahora en un cierto encanto sentimental y, además, tenía que ser el tipo de música que se pareciera más a lo que resultaba hoy por hoy más aceptable en el mundo real del exterior: chants sans paroles compuestos con los ritmos monótonos y bastante suaves de cinco por cuatro y siete por ocho. La calidad de las grabaciones era ínfima, y los ritmos divisibles por dos parecían triviales y aburridos después de sutilezas como los de cinco por once. Pero se decía que cada una de ellas había vendido un millón de copias.

Si viene alguien oliendo a Perfusiglo XX de Arpége o a cualquier cosa por el estilo, ¿qué le —o la— haré hacer?

FACETA COSMORAMICA: principalmente los colores de moda en los años noventa, porque eran aceptables hoy día: verde manzana, amarillo de limón amargo y los inevitables azules claros... pero el cambicolor no existía en el siglo xx y tampoco se había acoplado al proyector un filtro variable, así que todo eran colores fijos y bastante tristes.

Ahora que lo pienso, lo que va a traer Mel Simposio, es nuevo... ¿y si algún cabrón exige que se le multe por traerlo? Al carajo: es mi fiesta y yo diré lo que está permitido y lo que no.

FACETA GUSTATORIA: lo que probablemente sería el gran éxito de la fiesta; ni alcohopazos, ni zumos lunares, ni bebidas actuales de ninguna clase, sino esa extraña carta de combinados de los años veinte, desenterrada y programada especialmente en las consolas... cosas llamadas «Moda antigua» y «Caricia de pecho» deberían resultar atractivas, aunque sólo fuera por los nombres estúpidos y divertidos. También las comidas exóticas. Fuera de época, pero totalmente inevitables, cantidades generosas de antalc, vomitivos y antídotos de las drogas más populares, como el Navegol, el Rompecranium y la Viajina; no permitidas en la fiesta, todas demasiado nuevas, todas posteriores al cambio de siglo: pero no había duda de que la gente acabaría por orbitar con una o dos de ellas, quizá con todas.

¿Sniff...? ¡Es Catafalco de Dior, lo juraría! ¿De dónde carajo lo habrá sacado ésa? ¡Lleva veinte años retirado del mercado! Tengo que acordarme de preguntarle qué es: si lo reconociera de viva voz delataría mi edad...

FACETA INDUMENTARIA: la mezcolanza más increíble y fenomenal reunida bajo un mismo techo en esta generación, exceptuando quizá la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Esa chica lleva tapezónes. Lo puedo asegurar... ¿quién mejor que yo? Es un poco pronto para empezar a imponer multas, pero será un comienzo encantador encantador. Algo suave —al fin y al cabo, es uno de mis propios productos—, pero suficientemente llamativo para que la gente se dé cuenta de que no va de broma. Un momento: ¿he dicho chica? ¡Eso no es una tía! Bien, esa multa se define a sí misma, ¿verdad? ¡Aja!

1969: la anfitriona, con un vestido plástico que era lo más parecido posible en aquellos tiempos a los estilos mecánicos duros y brillantes de la moda actual y, lamentablemente, obligaba a utilizar por debajo el sostén, mal construido y algo incómodo, y el cinturón a juego... descubrimiento que había hecho demasiado tarde, ya que no consiguió ni se probó el vestido hasta que el comienzo de la fiesta estaba demasiado próximo para cambiar de idea. Pero, al menos, la lisa superficie era una especie de premonición del 2010; le repugnaba la idea del terciopelo, del lino o de cualquiera de aquellos tejidos bastos en los que se solían embutir las mujeres.

—¡Querida, hacía años luz que no te veía! Llevas un vestido maravilloso... ¿era de tu
abuela?

19??: Norman de la Casa, con un conjunto de noche completo, negro como el azabache, una pechera genuina, una corbata de lazo blanca e incluso unos zapatos de aquel material repugnante llamado «cuero sintético»... cien por cien originales, a juzgar por las grietas. Guinevere le dirigió una sonrisa maligna por no dejarle ni una pequeña abertura para el ataque, y deseó que no tuviera un aspecto tan evidentemente magnífico en aquel atuendo oscuro.

—¿Quieres decir que es tabaco de verdad? ¿Cigarrillos de aquella hierba que dicen que
provocaba tanto cáncer? ¡Querido, tengo que probar unos cuantos... mis padres no lo fumaron nunca, y creo que jamás he visto uno!

1924: Sasha Peterson, con un vestido de tarde suavemente fruncido, de gasa semitransparente, que le llegaba casi hasta los tobillos; pero abierto por detrás hasta la cintura, recordando un aire antiguo llamado «elegancia». Guinevere pensó en lo que los modistas decían sobre una vuelta a un aspecto más natural en las tías y lamentó que se le hubiera ocurrido esta fiesta de mierda.

—Vaya, si no puedo tomar un alcohopazo, ¿qué demonios puedo tomar? Bah, dame un poco de güisqui con hielo, entonces... ¿supongo que eso está permitido? Quiero decir que si tenían bebidas frías en la corte del emperador Nerón las tendrían el siglo pasado, ¿no?

1975: una chica muy joven, con el pecho al aire y un minisari. No se puede criticar... cualquier chica que haya descubierto recientemente que su cuerpo atrae a los hombres llegará hasta el último límite aceptable para enseñárselo.

—¿Ni siquiera podemos hablar sobre lo que pasa ahora? Quiero decir que no sé de qué carajo hablaba la gente en las fiestas del siglo pasado... no había crecido lo bastante para ir a ellas.

1999, y quedándose por debajo del límite sólo gracias a un accidente cronológico: Dónald Macerdo, con un totaltraje marrón y verde de aspecto curiosamente antiguo y una cremallera espiral que le daba dos veces la vuelta al cuerpo, desde el tobillo derecho hasta el hombro izquierdo; ruborizado y aparentemente preocupado, aunque atribuyéndolo oficialmente al hecho de que si Norman no se hubiera acordado de encargarle lo que hubiera disponible en la agencia de alquiler de disfraces hubiera tenido que aparecer con el único atavío de todos los tiempos: la piel.

—Yo no esperaría demasiado, querida. Lo único que me ha hecho siempre el tabaco es vomitar. No sé para qué ca-rajo lo usaba la gente. No, querida, no puedes aspirar el humo como el de un porro, tienes que tomarlo de una bocanada y luego acostumbrarte a tragarlo sin diluir.

1982: aproximadamente: un verdadero travestí en sentido literal, con uno de esos atuendos horrorosos de cinco o seis capas de gasa de diversos colores, colgando de caderas y hombros, y zapatos de gran tamaño asomando por debajo.

—¡Uno de los motivos por los que vengo a las fiestas de Gwinnie es que no se siente obligada a invitar a todos esos narices oscuras de mierda con los que tratáis en todas partes, pero esta noche hay demasiados aquí para mi gusto!

Bien. Averiguar quiénes son y por qué.

—Desde luego que todo este asunto es una locura absurda. Fue el revoltijo más bestial de siglo que jamás haya vivido la raza humana, si es que se le puede llamar vivir... Oye, ¿has visto qué frase tan típica de la época me ha salido?

Cualquier año: Elias Masters, con un traje real de ropas de Beninia, una blusa suelta roja y blanca sobre pantalones abombados y sandalias abiertas; la cabeza, redonda y medio calva, enmarcada en una especie de corona de plumas enhiestas enclavadas rígidamente en una abrazadera de cuero marrón, sobre la frente.

—Sí, pero ¿qué clase de fiesta del siglo XX? ¿Una de esas serias veladas sobre las que uno lee en las revistas antiguas de hasta 1901, o algo

mucho más cerca de nuestro propio tiempo, como una reunión de la Liga de Liberación Sexual? No sé qué carajo se supone que tengo que hacer, y Gwinnie está buscando evidentemente fallos para imponer multas. Quizá lo mejor sea ir tras ella pisándole los talones y estar en el grupo de apoyo cuando coja a alguien.

1960: Chad Mulligan, sudando con un traje recto a cuadros, de franela, que era lo único que le quedaba a la agencia de alquiler en su talla cuando se encogió de hombros y se dejó convencer por Guinevere de que asistiera.

—Sí, claro que estoy nervioso. No me gusta perderme estas fiestas de Gwinnie, porque normalmente me las arreglo muy bien y todavía no me ha castigado nunca, pero esta vez
estoy violando las normas tan claramente... quiero decir que este traje no es del siglo pasado: es lo único que pude desenterrar del vestuario de mi padre, y en la misma etiqueta dice «Colección de verano 2000», pero no había nada más antiguo.

1899: un vestido hecho con una cantidad increíble de capas de tela, recogido inútilmente alrededor de una gruesa cintura, una falda hasta el suelo, un estúpido bonete encima de todo y la excusa ya preparada de que en aquellos tiempos no había motivo de que un vestido no se llevara durante dos años o más.

—Cuando Gwinnie se ponga realmente desagradable me voy a dar el bote. Sé de otra fiesta que para entonces estará en su apogeo.

Cualquier año: Gennice, la antigua chica de Donald, haciendo gala de un ramalazo menor de genialidad, con una túnica japonesa de fecha indeterminable y sandalias típicas a juego.

—Debe de haber sido divertido vivir en aquel tiempo. Por ejemplo, conozco a uno que
reconstruye y utiliza coches por afición, pero por mucho que intenta arreglarles el... —¿cómo se llama? ¿tubo de escape?— huelen peor que un barril de ballescoria. ¡Se me saltan las lágrimas con sólo acercarme a uno que esté en marcha!

1978: Horacio, un amigo de Norman, con un parka ventilado, un capuchón de otro color y unos pantalones de montar: recuerdo perfecto de cómo las modas masculinas estaban cruzando el límite de la esquizofrenia pura en aquella época histérica.

SITUACIÓN: un montón de gente moviéndose de un lado a otro y mirándose entre sí, abierta o encubiertamente, agrupándose poco a poco en corrillos de antiguos conocidos, separados por hileras de personas que nunca antes se han visto y que aún no han relajado lo suficiente su individualismo para integrarse. En resumen, como ocurría

Librodot

probablemente en el Egipto de los faraones cuando establecieron la tradición de dar fiestas, una que aún no ha cuajado.

—Llevas un perfume muy curioso, querida.

Risa nerviosa.

—Claro, eres una experta en eso, ¿verdad? ¿Te gusta? Es un poco triste, ¿no? Se llama Catafalco de Dior; me lo dio mi madre cuando le dije que venía a tu fiesta.

—¿Catafalco? ¿De verdad? ¿No es eso el sitio en que tienden a los muertos cuando se les hace el funeral?

—Sí... creo que ésa es la idea. Se supone que es algo mustio y decadente —estremecimiento—. En realidad es bastante horrible, pero hace juego con la época, ¿no?

—Cielos, no lo podría asegurar. Pero me fiaré de tu palabra.

SITUACIÓN: igual.

—¡Don! ¡Don!

—Ah... hola, Gennice. Me alegro de volverte a ver.

—Don, éste es Walter: ahora vivo con él... Don Macerdo, con quien vivía antes, Walter. Don, no parece que te estés divirtiendo en lo más mínimo.

¿Se nota tanto? Pero dijeron que siguiera con mi vida corriente hasta que me vaya, así que... Me gustaría tener agallas para echarme atrás. ¡Estoy asustado!

—Creo que necesito un porro. Pero me imagino que a Guinevere no le parecería lo más
apropiado.

—Hay mierda de sobra. Y he oído que ese tío de ahí —creo que se llama Simpasta— es
de Bellevue. Puede tener algo.

SITUACIÓN: igual.

—¿Es usted Chad Mulligan? ¡Por la barba del profeta, creí que estaba muerto!

—Bien podría estarlo. Quiero estarlo. Creo que podría tomar la salida de los perezosos. Dame otro alcohopazo.

—Elias, ¡aquí hay alguien a quien debes conocer! ¡Vi uno de sus libros en tu habitación cuando te visité la otra noche!

SITUACIÓN: igual.

—Bien, alguien me ha dicho que es usted de Bellevue y... Oh. Discúlpeme. Acabo de ver a un conocido.

—Sí, es cierto. Me llamo Schritt —Señor—, Helmut Schritt —una mirada rápida alrededor y una sonrisa insincera—. Precaución rutinaria. Hay una leve posibilidad de que alguien quisiera intentar estropearle el... eh... negocio en las condiciones que recuerdo haber oído mencionar la última vez que nos vimos. Actúe tan normalmente como pueda y evite cualquier lío que le pudiera impedir irse un poco antes que los demás. ¿De acuerdo?

—¡Que actúe normalmente!

—Eso he dicho. ¿No le importa hablar en voz baja cuando se trate del... eh... tema
importante? —otra de aquellas sonrisas insinceras.

SITUACIÓN: igual.

—¡Querida, llevas un vestido espléndido!

—¡Gwinnie, me alegro tanto de que te guste...!

—Pero ¿no están esos tapezones un poco fuera de época?

Tensión repentina. Silencio de las personas, a pesar del aullido de fondo de los discos. Un desplazamiento de varios de los lameculos más frecuentes de Guinevere para rodear a la víctima y saborear la multa inaugural de la tarde.

—Yo... en... yo...

—¡Bien, en realidad, querida, tengo que saberlo, porque los he fabricado especialmente para la Hermoutique y los vendo literalmente por miles! Y salieron al mercado sólo hace dos años.

—¡Multa! —dijo alguien decisivamente, y hubo sonrisas.

—A... ja, eso creo. Y con eso basta, ¿verdad? Quítatelo, querida, desde ahí —hombro— hasta ahí —cintura.

Turbada hasta las náuseas, pero obedeciendo: resultado, el extraño hermafrodita. Afeitado hasta el cuello, peinado complejo, rostro pintado

inmaculadamente con las cejas en arco, las pestañas alargadas, los labios de un rojo claro y los pendientes colgando; de cintura a suelo, falda, medias y unas botas enjoyadas de estilo 1988; entre ambos, ese pecho desnudo, incongruente, de varón con músculos fuertes y pelo arremolinado en curvas concéntricas desde los tapezones.

—Creo que con eso es suficiente —dijo satisfecha Guinevere y los que la rodeaban se rieron alegremente, palmeándole y palmeándose entre sí la espalda, y los que aún estaban fuera del alcance de sus decisiones se relajaron y volvieron a charlar en voz alta.

SITUACIÓN: igual pero con un componente de alta risa nerviosa.

—Querido, desde luego no tengo una buena base más que en modas femeninas, pero me
parece notar algo una pizca incongruente en ese traje que llevas...

—Bien —tragando saliva con esfuerzo—, eh... de hecho...

—Querido, no busques excusas. Ya sabes cómo detesto las excusas.

—¡Multa! ¡Multa!

—Bien, Gwinnie, encanto, es lo más viejo que pude encontrar, de verdad lo es.

—No lo dudo, querido, pero has estado en montones de mis fiestas y estoy segura de que te has divertido tanto viendo a otros pagar multas como se van a divertir ellos contigo. Ahora, veamos. ¿Qué sería lo más apropiado? Hay que tener en cuenta que aún es temprano, así que por eso y porque te queremos una barbaridad vamos a dejarlo en algo pequeño, ¿eh?

SITUACIÓN: menos risas, más tensión.

—Es un puta sádica, ¿verdad?

—Debería usted verla cuando pilla a un afro, Sr. Mulligan.

—Si vuelves a llamarme «Sr. Mulligan» una sola vez te verteré esta bebida por todo ese traje de época tan bien buscado —glub—. Corrección: te romperé el vaso en ese cráneo que debería estar rizado. De todas formas no tiene razón.

—¿Cómo?

—Que no tiene razón. Pero creo que eso no importa. Si a sus invitados les gusta que lleve así las fiestas, me limitaré a estar aquí sentado tranquilamente y a dar gracias a cualquier deidad que pueda existir por

Librodot

haber encontrado una compañía inteligente. Elias, me gustaría saber algo más sobre ese sitio llamado Beninia. Hay algunos factores francamente anómalos en lo que me has estado diciendo...

—Perdóname, Chad, por favor. ¿A qué te referías con eso de que «no tiene razón»?

—Norman, ¿es que no tienes ojos? ¿Y una buena memoria? ¡Entonces qué carajo! ¿Qué
llevabas tú en el verano del 2000? Apuesto a que algo como eso.

—¿El verano de...? ¡Por la barba del profeta, claro! Soy un idiota.

—Perteneces a una especie de idiotas. Incluso escribí un libro para llamar la atención sobre ese hecho. Yo mismo fui un idiota al pensar que serviría de algo.

Se volvió a Elias y agitó el vaso vacío, sin mirar, hacia la derecha, esperando que algún camarero que pasara se lo cambiara por uno lleno.

Norman se abrió camino con los hombros a través de la gente que formaba un corro apretado alrededor de Guinevere y de su presunta víctima. Oyó sugerencias.

—¡Que se quite la ropa y se la ponga al revés! ¡Que se quite todo lo que sea del siglo XXI! Que parezca algo más antiguo... ¡por ejemplo abriendo unos cuantos .agujeros en los sitios oportunos!

—Sólo un momento, Gwinnie —dijo, aburrida y triunfalmente.

—¿Qué quieres, Norman... hacer de arbitro?

—La verdad es que sí. A mí me parece un traje del 2000. ¿No es así, amigo?

—Vaya, lo dice aquí mismo en la etiqueta, pero...

—Entonces es del siglo veinte.

—¿Cómo? Norman, estás diciendo chorradas. Vete. Ahora, lo que creo que debemos hacer es...

—El siglo XXI no empezó hasta un minuto después de la medianoche del primero de Enero del 2001.

Pausa alucinante.

—Carajo —dijo alguien—, creo que tiene razón.

Librodot

—Mierda. Recuerdo perfectamente que el día de año nuevo del 2000 todos...

—Y los comentaristas dijeron que no era lo correcto, ahora que me acuerdo.

—Carajo, que lo haga de todos modos.

—No, tenemos que seguir la órbita que fijamos de antemano.

Silencio en los alrededores.

—Gwinnie, me temo una barbaridad que tiene razón. La tiene, ya sabes.

Cabezadas.

—¡Vaya, qué divertido! Ha tenido suerte de que te acercaras, ¿verdad, Norman? No os preocupéis, amigos, habrá algún otro. Circulad y dejadlo en caída libre, ¿eh?

Y, arreglándoselas para ponerse al lado de Norman mientras se dirigía al encuentro de la trayectoria de un camarero que pasaba, se desfogó.

—¡Ya te ajustaré las cuentas más tarde, nariz oscura, listo!

—Prueba, querida, encantado —dijo Norman—. Tendré mucho gusto en que lo intentes.

SITUACIÓN: de repente, y para consternación completa de Guinevere, una verdadera fiesta, volando alto en una órbita de ambiente realmente animado.

—¿Chad Mulligan? ¡Es absolutamente imposible!

—Así lo atestiguo.

—¿No será el afro gordo?

—No, el de la barba.

—¿El afro delgado?

—¡Carajo! ¡No! El cretiblanco que habla con los dos.

—¡Dios, todo el mundo decía que estaba muerto!

—Mel, creo que un poco más tarde podríamos abrir algunas cápsulas de esa mierda que te pedí que trajeras. Hay un sangrón demasiado inteligente aquí y me gustaría sacarle de su órbita.

—Hola, Don. Elias, éste es mi coinquilino, Donald Macerdo... Chad Mulligan, Don.

—Hola. Ahora, decía que lo que MacLuhan no previo, aunque se acercó un huevo, fue
que...

—Encantado de conocerle, Sr. Masters, pero éste es casi el último sitio en que hubiera
esperado encontrarle.

—Cuando Norman me vino a ver la otra noche mencionó esta fiesta y dijo que yo debería venir si quería conocer la clase de problemas que los afros aún tienen que soportar en este país; así que me lo pensé y decidí que probablemente tuviera razón, que debería hacerlo.

—Uno no se da cuenta del retorcimiento de Guinevere a base de estar por aquí simplemente y mirar, señor. Uno tiene que ser alguien como Norman, que está casi al mismo nivel que ella, no alguien distinguido como usted.

—¿Por qué?

—Si hubiera venido usted con su ropa de calle corriente, se hubiera limitado a hacerle pagar sólo alguna especie de multa simbólica... hacer el pino durante diez segundos, o cantar una canción, o quitarse los zapatos. Algo que no hubiera impedido que usted disfrutara del resto de la reunión, quiero decir.

—Eso es lo que uno espera generalmente de una fiesta de multas, ¿no?

—Se ha producido un cambio desde que usted salió del país, señor. *¿Por qué tantos «señores»? ¡Debe de ser una reacción subconsciente al hecho de que desde esta mañana soy oficialmente el Teniente Macerdo!* Hace algunos años eso era cierto. Ya no.

—Ya veo. Creo. Déme ejemplos.

—Eh... Bien, la he visto obligar a algún invitado a bañarse en salsa de tomate, a afeitarse la cabeza, a andar a gatas durante una hora, hasta que se cansaba de tenerle así... y, si me perdona que entre en tales detalles, a orinarse encima de la ropa. Esto suele ser más tarde y lo utiliza para echar a gente que no quiere tener presente cuando empiece la orgía.

—Supongo que eso se da por descontado, ¿no?

—Pues sí.

—¿Es ése el motivo de que la gente soporte tales tratamientos?

Chad Mulligan intervino; durante los últimos momentos, sin que se dieran cuenta, había
dejado la conversación que sostenía con Norman y se había dedicado a escuchar a Donald y Elias.

—¡No, carajo! Por lo menos apuesto a que no es por eso por lo que Norman sigue viniendo, a menos que tenga una vena masoquista muy bien escondida... ¿eh, Norman?

—Algunas personas vienen por masoquismo, indiscutiblemente —se encogió de hombros Norman—. Les gusta ser humillados públicamente. Generalmente se les puede identificar: infringen abiertamente la norma que haya cada tarde, pero manteniéndose lejos de la atención directa de Guinevere hasta bastante tarde, cuando están suficientemente borrachos, o emporrados, o colgados, lo que necesiten para reunir bastantes cojones para el espectáculo. Entonces se adelantan miserablemente, para pagar la multa, suplicando que se les deje ir y recibiendo los abucheos de los cabrones —todos—, y generalmente se corren mientras reciben el tratamiento. Lo cual, desde luego, les pone el mundo en caída libre, y por eso aceptan la invitación, en cualquier caso. Es prácticamente inofensivo.

—No estaba preguntando por ellos, sino por ti —dijo Chad con impaciencia.

—¿Yo? Sigo viniendo porque... de acuerdo, voy a ser completamente sincero, es un reto
constante. Es una puta muy hábil, pero aún no me ha pillado jamás en una sola falta, y ha habido veces en que treinta o cuarenta de sus lameculos pedían a gritos que me pusiera una multa. Por eso sigo aceptando. Y, francamente, me parece un motivo estúpido del copón. Esta va a ser la última vez que venga y, si tú no estuvieras aquí, Chad, y si no hubiera convencido a Elias de que viniera, ya me habría ido.

Donald contempló a Chad Mulligan. Seguía creyendo sólo a medias que éste fuera el producto genuino, pero el parecido con las fotos de las contraportadas de sus libros era inconfundible: los ojos penetrantes bajo cejas frondosas, el cabello peinado hacia atrás en diagonal, el bigote cuidadosamente recortado y la barba, tan cuidada como aquél y separada del mismo por la línea cínica de la boca. El rostro real tenía un aspecto un poco más vago que el de los anuncios, pero quizás aquello se debía más a la edad que a un verdadero rendimiento.

Eso esperaba.

Librodot

—¡Querida, bailas la resaca maravillosamente! ¡La verdad es que tienes el toque de caída libre, verdaderamente!

—Vaya, Gwinnie, eres muy amable.

—Sólo hay un problema, querida. La resaca es estrictamente un baile de ahora, ¿no?

—¡Multa! ¡Multa!

—Me temo que tienen razón, querida, por mucho que lamente insistir. ¿No conoces ninguno de los bailes antiguos? ¿Acaso el shaitan? Creo que encaja con un ritmo como éste.

—Claro que sí, Gwinnie. Lo siento una barbaridad, debería haberlo pensado. ¿Quieres que baile el shaitan como multa?

—Desde luego. Pero... ¿quiere alguien alcanzarme el plato de miel de esa mesa? Gracias, querida. Sosténlo entre los codos mientras lo bailas.

—Pero... ¡Gwinnie! ¡Me pondré perdida!

—De eso se trata, querida. Vamos, hazlo cuanto antes. Quiero verte tocar el suelo con la
nuca.

—Bien, sí, creo que no me encuentro muy bien. Mira, estoy estudiando ese curso de reajuste metabólico que la Clínica Orbital imparte a la gente que no responde a la Viajina... ¿lo has oído nombrar? Aja. Y hay un efecto secundario de mierda, que es que te hace mucho más susceptible a los resfriados, así que estoy llena hasta aquí de antídotos y entre una cosa y otra mis hormonas y mis enzimas están hechas un follón. ¿Esa frase es del siglo veinte o del diecinueve?

—Desde luego, todo el mundo sabe que si la Fuerza de Narcóticos recibiera el capital y el apoyo que necesita para hacer cumplir la legislación correspondiente, el gobierno duraría menos que un perro en misa. Pero el descontento necesario para que se produzca una verdadera revolución se escapa hacia las órbitas de los porros, y eso le viene muy bien a Washington.

—Así que consiguieron esos dos voluntarios, ¿sabes?, ese tío y esa tía que pasaban completamente de hacerlo en público o no, y le hicieron a Shalmaneser una demostración del proceso reproductivo humano.

—Digan lo que digan, no puedo soportar a los que siguen un culto que no respeta los
derechos humanos de los que no son miembros del mismo. Eso es fanatismo, independientemente de todas las cortinas de humo que

formen a su alrededor a base de palabrería. Y esos Católicos Tradicionales, con tanta insistencia en lo de reproducirse sin límites, están violando los derechos humanos de los hijos de todos los demás. Deberían ser prohibidos de una puñetera vez.

—Justo enfrente del bloque en que vive mi cuñado. Y nada menos que un tío tan educado y tan bueno. Por lo visto, sin más ni más, cogió ese cuchillo de carnicero y les cortó la cabeza a los niños que tenía, luego se subió al tejado con una caja de botellas vacías y se dedicó a tirárselas a la gente de abajo. Mató a uno, dejó ciego a otro y tuvo que fundirle un helicóptero de la policía. Mira, podría ser cualquiera... y, sin un análisis de la personalidad de todo el mundo, ¿cómo puede uno saber quién se va a volver locriminal?

—Bien, tenemos bastante suerte, ¿sabes? Hemos podido meternos en una asociación —unas quince parejas, todos han celebrado el xxi, gente muy agradable— y hay un turno de cuidados, así que podemos atender a los niños de los miembros que tienen genotipos
limpios. Ya hay casi una docena, y parece que una de las chicas está embarazada con gemelos. Fenomenal. Podemos contar con tener chavales en casa al menos una noche por semana. No es como si fueran propios, pero... bien, no hay nada que hacer. Los dos tenemos genes de esquizofrenia y el riesgo es demasiado grande.

—Oh, no. Philip es demasiado joven para venir a una fiesta como ésta. Ya tendrá tiempo más adelante de convertirse en una persona sofisticada y cínica y viciosa como nosotros los viejos; no dejo de decírselo. Claro que no le gusta —siempre está contándome lo que otros padres les dejan hacer a los hijos de su edad—, pero una no quiere que pierda la flor de la inocencia demasiado pronto, ¿ve -dad? Al fin y al cabo se es joven sólo una vez.

—¿Frank y Sheena? Oh, se fueron a Puerto Rico. No tenían otra alternativa... habían vendido el apartamento, comprado los billetes, conseguido trabajos allí... ¡Pero estaban furiosos Dijeron que iban a salir por completo de los Estados en cuanto pudieran para tener por fin sus propios hijos. Pero Dios sabe a dónde pueden ir. Yo, personalmente, no me los imagino aguantando mucho tiempo en un país olvidado y atrasado y, desde luego, nunca se les dejaría volver si comenzaran a formar una familia después de habérseles prohibido aquí.

—¿Te enteraste de lo que pasó? Creyeron que eran muy listos. Encontraron a una persona en la oficina Eugénica que aceptaba... eh... persuasión y consiguieron un geneálisis falsificado. Fueron a una clínica privada y el cariotipo indicó que iban a tener un idiota mongólico. ¡Les costó veinticinco mil machacantes comprar ese certificado genético y de todas formas tienen que abortar el niño!

—Nosotros lo conseguimos a través de la agencia de Olive Almeiro. Resultó bastante caro. Naturalmente, no podemos hacerlo pasar por nuestro —mi mujer es de piel incluso más clara que la mía, y el chico es moreno de cuerpo, pelo, ojos, todo—, pero de no hacerlo quizás hubiéramos tenido que esperar cinco o seis años por un niño cuyo genotipo encajara con el nuestro para después no poder pagarlo.

—Así que, cuando aquellos dos terminaron, Shalmaneser preguntó: «¿Dónde está el niño?», y ellos dijeron: «Oh, para eso hay que esperar nueve meses».

—Mira, yo no tengo nada en contra de los mendigos como tales... de hecho, es una idea fenomenal darles licencias, porque al menos eso le da a uno la opción de elegir entre soportar a un individuo concreto en vez de estar simplemente pagando impuestos para que el dinero vaya en forma de seguro de desempleo a vagos y vagabundos. Pero el modo en que el sindicato ha organizado ahora distritos enteros de la ciudad, todo el día con ajustes de cuentas y expulsando fuera del área a los que no son miembros... ¡es más de lo que puedo tragar!

—Ah, ¿son ésos los nuevos porros Demasiado? ¿Puedo probar uno? He oído hablar muy bien de esta variedad. Gracias. Espero que Gwinnie no los reconozca, o nos hará pagar multas por ellos, y no me gusta la expresión que tiene. Me da la impresión cL que está preparando algo verdaderamente desagradable.

—La recluta le metió el puerro. Están siendo muy duros ahora. Hizo todo lo que pudo: se presentó a la caja con su madre a remolque, llevando uno de los vestidos de ella, orbitando como loco y, de todas formas, se le llevaron. En este mismo momento está en ese repugnante hospital del Ejército, el Santa Fe, soportando una terapia de aversión para la bisexualidad y la dependencia al mismo tiempo. Es completamente inhumano y desde luego, si da resultado, cuando vuelva no querrá saber nada de ninguno de su • viejos amigos; será una de esas personas automáticas que hacen moverse con un b' con, un ciudadano bueno y respetable. ¿No te dan ganas de llorar?

—La verdad es que esta fiesta absurda tiene algo: jamás esperé encontrarme tantas tías en casa de Guinevere con aspecto de tías en vez de máquinas embaladas al vacío y esterilizadas. ¿Crees que estará tanteando el ambiente para ver si debe volver la Hermoutique a la tendencia al aspecto natural?

—Ocurrió de repente Un momento no había más que un puñado de gente andando por la calle, sin ir a ningún sitio en particular y, al siguiente, aquellos narices oscuras machacando con palos unas latas enormes vacías que usaban como tambores, al frente de un ejército, y toda clase de basuras volando por el aire, y las ventanas que aún quedaban rompiéndose, y aullidos, e histeria y el olor del pánico.

¿Sabías que uno puede realmente oler el terror cuando la gente empieza a crear disturbios?

—Mira, Louisiana no va a durar mucho más. Hay una propuesta de ley, que se va a presentar en la próxima reunión de los legisladores del Estado, según la cual se prohibirá que nadie que no pueda demostrar tres generaciones de residencia tenga hijos. Y, lo que es peor, las apuestas están cinco contra dos a favor de que pasará. El gobernador ya tiene sus dos hijos, ¿comprendes?

—La semana pasada estuve en Detroit y es el sitio más extraño en que jamás he puesto el pie. Es como una ciudad fantasma. Todas esas fábricas de coches abandonadas... Y llenas de gente que se ha establecido en ellas, claro. De hecho, fui a una fiesta de bloque en una de ellas. ¡Deberías oír una banda de resaca tocando a todo volumen bajo un techo de acero de ciento cincuenta metros de largo! No hacía falta emporrarse... sólo quedarse allí y dejar que el ruido le colgara a uno.

—Es más que una afición, es una necesidad básica para el hombre moderno. Satisface un deseo psicológico fundamental. A menos que uno sepa que, si es preciso, puede matar a quien se le ponga en el camino, preferiblemente con las manos vacías, la presión de tanta gente acaba por destrozarle.

—Me gradué con el rango de Maestro en lanzamiento de cuchillos, y con el de Especialista en combate a manos limpias. Ya tengo un certificado de puntería con pistolas de descarga, y ahora pienso conseguir los de armas de proyectiles: rifles, pistolas y ballestas.

—Claro que puedes venir, pero no esperes demasiado. Vivo con un grupo, ya sabes; y somos ocho, así que no tengo mucha necesidad de variedad. También tenemos dos chicos y nuestro loquero dice que tienen definidamente una estabilidad casi polinesia, así que lo último que quisiera es perturbar una organización que da tan buenos resultados. Se trata del rollo de la familia extendida, claro.

—Nevada está otra vez dando la nota, ¿te has enterado? Hay un proyecto de ley en el orden del día de la próxima sesión para reconocer la poligamia e instituir un verdadero matrimonio y leyes de divorcio apropiadas. Creo que el anuncio decía que era hasta grupos de diez.

—No me mientas, querido. Vi que estirabas las antenas hacia ese tío en cuanto te invitó a bailar. Ya te lo he dicho otras veces y te lo vuelvo a decir: no me importa que cambies de acera en privado, pero no lo soportaré en público. Sí, seré una bloca pasada de moda, pero aún soy tu mujer y, si quieres que lo siga siendo, tendrás que comportarte cuando estemos acompañados... ¿entiendes?

—Así que Shalmaneser dijo: «Bien, si hacen falta nueve meses, ¿por qué teníais esa prisa del copón al final?» ¡Ja, ja, ja!

—Quería cruzar unas palabras con Chad Mulligan, pero no puedo apartarle de esos afros entrometidos con los que está hablando. Quiero preguntarle por qué carajo, si todos nuestros sueños son sobre grandes espacios y sitio para moverse y respirar, nos gusta apiñarnos en fiestas hasta que apenas podemos cruzar una habitación sin apartar a un lado a otras veinte personas.

—Mira, amor, se te da muy bien, pero vuelo en una órbita perfectamente recta y además estoy casado, así que, ¿por qué no buscas a alguien que le guste cambiar de acera y dejas de molestarme?

—Yo también he comprado uno de esos supermultrituradores, porque la caída de basuras de nuestro bloque caducó hace cinco —¡fíjate, cinco!— semanas. Y el primer día que intento utilizarla viene ese mierdecilla del copón y dice que estoy violando las leyes antipolución. ¡También hay que tener narices, antipolución! ¡No ha habido aire limpio en nuestra vecindad desde hace un huevo de semanas por culpa de la basura que se pudre en todas las calles, y ahora está empezando a taponar los callejones!

—Sí, pero ¿para qué sirve discutir de política en estos tiempos? No hay tal cosa como la
política hoy día. Sólo existe una posibilidad de elección entre los modos en que la fuerza de las circunstancias te puede destrozar. Fíjate en la Europa Comunitaria, fíjate en Rusia, fíjate en China. El modelo de mierda es el mismo excepto porque en algunos lugares ha llegado más lejos que en otros.

—Mire, Schritt..., ¡muy bien! ¡Mire, Helmu! Si no se quita de en medio de mi órbita y me deja un poco en caída libre voy a subirme a una silla , donde todo el mundo me pueda ver y me voy a poner a decir cosas desagradables, ¿me oye? Me importa una mierda que Chad Mulligan le parezca subversivo... da la casualidad de que está hablando con nuestro embajador en Beninia y me interesa lo que están diciendo. Me dijeron que continuara con mis actividades normales y, si ha leído usted mis instrucciones originales, sabe usted del copón de bien que incluyen mostrarme interesado en cualquier cosa, sea importante o no con respecto a mi misión. Ahora, ¡cave un hoyo y métase en él!

—Parece que las cosas están volviendo a ponerse feas en la India. Es por la proteína que se perdió cuando los ojirrajos envenenaron el océano Indico. Y, por cierto, he oído decir que el programa de contención va con retraso... una corriente llevó el veneno más allá de una de las barreras y han pescado peces contaminados hasta en Angola, al norte.

—Tengo ese nuevo equipo de autovítor de TG que se programa a sí mismo al recibir una señal del satélite. No me he perdido un sólo programa en tres semanas a pesar de los cambios de horario que han tenido. Deberías hacerte con uno.

—Yo no uso más que Kodak Completado ®. Para empezar está clasificado en el rango de 2300, lo cual significa que no hay prácticamente nada que no puedas captar; y tiene una recuperación del noventa y cinco por ciento sobre un factor de división de veinte, que quiere decir que no hacen falta más que un impreso y un par de tijeras.

—No, eso es lo extraordinario. La adaptación a gravedad O es un ejercicio terrible, una especie de procedimiento de tensión dinámica en el cual cada músculo del cuerpo trabaja en contra de todos los demás. Naturalmente, hay que vigilar el equilibrio de calcio como un espía, pero ahora hay tratamientos que realmente lo mejoran sobre los niveles normales de la Tierra.

—El aceleratúnel hace perfectamente posible el trasbordo. Puedo llegar al trabajo más
rápidamente desde Buffalo que cuando vivía en Elizabeth.

—Creo que voy a tener que tomar unas lecciones de helicóptero.

—¿Te acuerdas de aquel bloque nuevo que vimos en Delaware desde el avión cuando veníamos, que pensamos que sería un sitio fenomenal para vivir? Bien, me acabo de encontrar con uno que me ha dicho para qué es y, a menos que te apetezca salir a la calle y cargarte un plomero, podemos despedirnos con un beso del sueño. Es una cárcel de mierda, eso es lo que es..., ¡una nueva cárcel de maxeguridad!

—Vamos a tener que imitar lo que han hecho en Londres y en Frankfurt. Vamos a tener que utilizar mejor el espacio ocupado ya por nuestras ciudades. En Londres han renunciado más o menos a la idea de las calles, excepto en las arterias principales. Están construyendo por encima de ellas, sin dejar más que túneles para el tránsito de pasajeros.

—Simplemente se plegó, más o menos como un acordeón al perder el aire, en sus treinta pisos. Las vigas verticales se doblaron hacia afuera, los suelos y los techos se apoyaron uno en otro y chaf, toda la gente que vivía allí —creo que dijeron que novecientos— quedaron aplastados como sardinas en un bocadillo. Parece que cuando programaron el ordenador que lo diseñó, se les olvidó indicarle que tuviera en cuenta el peso de los ocupantes.

—El acontelibre de la otra noche fue extraordinariamente bueno. Fue algo tan abstracto que resulta literalmente indescriptible. Aún no me he hecho a la idea de lo que significaba.

—Lo que hace, más o menos, es invertir las respuestas... Por ejemplo, jamás en mi vida he visto nada más divertido que la Misa en Sí Menor. Y, mira, hay que enfrentarse a los hechos: en términos contemporáneos ésa es la respuesta apropiada, en definitiva.

—Sí, yo conocía a uno que utilizó sus servicios. Quería palmarla por una cornada de toro frente a una audiencia enorme que le vitoreara, lo creas o no. Así que lo arreglaron, trajeron de Méjico el decorado, le exprimieron los machacantes y naturalmente aquello costaba todo el dinero, y tuvo un ataque cardíaco por la sobreexcitación antes de que soltaran el toro, así que de vuelta fue al hospital para ser revivido, y se quedó sin pasta mientras convalecía y al final acabó por firmar una carta de liberación corriente y le retiraron el pulmón artificial. ¡Una catástrofe a gran escala, pero al fin y al cabo una catástrofe!

—Su hermana y él se apuntaron a la Fundación Memorial de la Sra. Grundy y algún gazmoño de mierda miserable se sacó de la manga no sé que ley olvidada, y el caso va a
ser visto para sentencia la semana que viene. Se va a debatir un punto de principio importante.

—Creo que iremos a esquiar a la Patagonia. íbamos a pasarlas en el Caribe, pero el Sr. y la Sra. Dondequiera van mucho por allí y nos tememos que esté terriblemente lleno de gente.

—Es una maravilla. Lo único que hice fue darle aquella horquilla de mi madre y me dijo las cosas más fantásticas... quiero decir que yo no sabía nada de todos esos líos de mi madre, uno tras otro, ¡y la mayoría con narices oscuras! ¡Estaba seguro de que tenía razón al no fiarme de ella con lo que dejó mi padre!

—Los Vedantas, desde luego, dicen precisamente lo contrario.

—Uno de esos viajes por el Antártico, probablemente. Me repugna la nieve, pero, ¿dónde carajo queda que no hayan estado recientemente el Sr. y la Sra. Dondequiera? ¡No puedo soportar a toda esa gente intercambiable!

—En esencia, el futuro es perfectamente cognoscible. Lo único que hace falta para desarrollar esa capacidad es la clave apropiada de ejercicio y de meditación.

—Parece que te enamoraste de Beninia desde el primer momento. ¿Fue porque conocías y admirabas a Zadkiel Obomi, o por alguna otra causa?

—Hay esa excursión a Khajuraho, que parece que tiene pinta de divertida, con todas esas fiestas planificadas alrededor de las esculturas

eróticas de los templos antiguos; pero parece que los turistas tienen que ir allí bajo guardia armada por el peligro que representan los ladrones nativos y, francamente, no veo cómo iba a poder disfrutarlo por completo con un círculo de pistoleros rodeándome.

—Esa maravillosa grabación de la Novena que te sitúa en el mismísimo centro del coro..., ¡cuando se dispara la Oda a la Alegría, es como un terremoto!

—He estado pintando unos cuantos Jackson Pollocks con mi poliformador esta semana y se me han quedado los brazos tan tiesos como los palos de un cercado.

—La Base Lunar Cero se parece más a un submarino que a otra cosa. Realmente admiro a la gente que se queda allí un ciclo completo... algunos siguen durante más de seis meses, ¿te das cuenta?

—Nuestro loquero nos aconsejó enviar a Shírley a esa nueva escuela de Great Bend y yo creo que es una idea estupenda; pero Olaf tiene esos puntos de vista anticuados y horribles sobre el erotismo juvenil y dice que ponen demasiado énfasis en la sensualidad, así que voy a solicitar el divorcio y conseguir la custodia de la niña, y después Wendy y yo la llevaremos allí por nosotros mismos.

—Uno se pregunta cómo se las arreglaron nuestros antepasados para producir semejante
horda de seres humanos, cuando cada vez que les apetecía tenían que quitarse todas aquellas capas y más capas de ropa.

—Creo que voy a demandarles aunque no me dieran una garantía. Quiero decir que ocho mil no es una cantidad como para tirar como un paquete de porros vacío, ¿verdad?. Y lo que hizo el cachorro cuando le llevamos a casa fue quedarse sentado lloriqueando y hacer sus necesidades en el suelo cada media hora. Naturalmente los chavales se quedaron completamente desilusionados porque de verdad querían un perro verde y se pusieron a llorar y llorar, así que estoy seguro de que fue traumático para ellos. Edna dice que debí haber ido a otra empresa que hubiera eliminado los efectos secundarios, pero créeme que no voy a correr el riesgo de otra mascota moldeada genéticamente. La próxima vez se las pueden arreglar con un gato corriente.

—Bien, si tu genotipo está perfectamente, ¿por qué no te quedas embarazada de algún otro que esté también limpio? ¿Yo, por ejemplo? Da la casualidad de que llevo encima el genálisis.

—Charlie, ¿tienes aquí algún erectante? Acabo de tirarme a esa tía en el cenador y se lo prometí también a Luisa, y no quiero encontrarme fláccido cuando empiece lo bueno más tarde.

—Ese cactus mutado de las flores anaranjadas enormes que duran semanas después de cortarse; pero hay que conservarlas debajo de una campana de vidrio, porque huelen bastante mal, algo así como a carne podrida.

—Nunca me ha acabado de gustar poliformar. Prefiero seguir con mi antigua afición por la música ajena. Quizá sea algo de blocos, pero no tengo tanto talento como para interpretar por mí mismo una partitura de Cage, y me gusta la sensación de crear realmente el sonido con mis propios dedos.

—El muy sangrón le dio a tomar, sin que lo supiera, una cápsula de Navegol cuando estaba embarazada y, naturalmente, tuvieron que abortar el feto focomélico. Le ha puesto una denuncia.

—Estoy pensando en cortar y unirme a una de esas comunidades de Arizona.

—Totalmente convencido de que quiere apuntarse al ejército espacial, pero creo que dejará esa idea infantil cuando descubra las tías.

—Vendí las acciones de Altos Vuelos como un imbécil del copón y luego, dos meses después, anunciaron la variedad Demasiado y creo que perdí cincuenta mil machacantes en la operación.

—Así que programaron a Shalmaneser con la fórmula de la Viajina, ¿sabes?, y luego esos bromistas le hicieron la pregunta Cuán-AlTo es un chino.

—Creo que en vez de aumentar las vacaciones a. cuatro meses deberían trabajar con dos turnos de rotación mensual. Naturalmente, costaría dinero; pero el grado en que incrementaría el auto respeto de los empleados debiera más que compensarlo.

—La mayoría parecen estar haciéndolo en el cenador. ¿Quieres ir a ver, y reunir un poco de presión para más tarde?

—Creo que estos cigarrillos son horribles. Me han dejado la garganta tan irritada... Y tengo el estómago revuelto y ardiendo. ¿De verdad la gente se fumaba veinte en un día?

—Le llaman coordinación, claro, pero en definitiva es que están reduciendo mi responsabilidad en la empresa y voy a luchar con uñas y dientes para mantener lo que he conseguido. Si me veo obligado a jugar sucio será por culpa suya, no mía.

—Hace posible por primera vez en la historia la poesía tridimensional verdadera. En este momento está experimentando -para añadir

Librodot

movimiento, y algunas de las cosas que ha producido te ponen los pelos de punta.

—Se sujeta el cuchillo así, ¿ves?

—Se niega a enseñar a leer y escribir a sus hijos; dice que les supone una desventaja en la era post-Gutemberg.

—No se ha dado cuenta mucha gente, pero hay un fallo en la legislación eugénica de Maryland.

—Un poliformador de escultura de agua, completamente nuevo.

—Claro que no quiero a Henry del mismo modo que a ti, pero el loquero me dijo que debía hacerlo de vez en cuando.

—Voy a retirarme un momento para una oración o dos, pero volveré... no te líes con nadie más.

—Con éste son diecisiete los combinados diferentes que he probado y más vale que me tome algún antalc ahora mismo.

—Creo que fue una putada no decirle a Miriam que era carne de cerdo.

—En Kenia están intentando cultivar en granja los anaranjados, pero parece que por ahora sólo prosperan sin cuidados especiales los azules claros.

—Creo que me voy a desprender de mi paquete de acciones del PMAM. Al fin y al cabo han pasado años, y a estas alturas me estoy preguntando ya si aquellos rumores sobre el «gran descubrimiento» no eran más que propaganda.

—¿Has tenido ocasión de hablar con Chad Mulligan? Yo tampoco. Me estaba pensando si actuar verdaderamente a lo siglo XX y pedirle un autógrafo.

—¡... campaña para recrear las ballenas a base de cruzar selectivamente mamíferos acuáticos más pequeños, pero el coste es astronómico!

—Volaron tres puentes antes de que los plomeros les fundieran, y resultó que uno de ellos estaba en la misma clase que mi hijo Hugo.

—Perdona que lloriquee de este modo, pero es injusto del copón que se matara en un estúpido accidente de mierda como ése y estar casada ahora con alguien no autorizado para tener hijos. ¡Y tenía sólo seis años, ni siquiera sabía leer todavía!

—Ten cuidado con Guinevere... creo que está preparando las multas grandes y espectaculares. Voy a subirme un rato al piso de arriba. Algunas de las cosas que hace cuando está en ese plan no me parecen divertidas.

—Me llevaba muy bien con Don y, para ser completamente sincera, esperaba a medias que me pidiera hacerlo permanente. Pero no podía soportar a su coinquilino.

—Claro que no pueden ser los chinos quienes les suministran equipos de sabotaje. Explosivos y termita podría ser, pero no las bacterias desarrolladas a medida que utilizaron para derribar aquel edificio de apartamentos en Santa Mónica.

—Así que Shalmaneser dijo: «¿Cuan alto es un chino? No lo sé, pero si vuela más alto que yo más vale que lo dejemos, porque nos han vencido».

—Les acusaron de desenterrar el zagi... ya sabes, la adoración de Kali, y la gente invadió la sala del juicio y les puso en libertad.

—Me pasé las vacaciones estudiando ese curso sobre esquizofrenia inducida que dan en la clínica Leary... creo que me abrirá nuevos horizontes.

—Quería que le quemaran vivo en protesta contra el reclutamiento, pero parece que los directores de la compañía decidieron que aquello interfería con la política y no estaba de
acuerdo con los estatutos de la corporación; así que intentó hacerlo por sí mismo y le apagaron antes de que pudiera producirse más que quemaduras de tercer grado. Tengo entendido que ha ido a la cárcel con una condena de más de diez años por evasión del servicio.

—Una fuerza de policía totalmente corrompida es lo mejor después de una perfectamente honrada. La maestra es muy soportable. .Cierto, a veces se tarda un poco de tiempo en averiguar quién está sobornando en tu contra, pero hay sólo unas cuantas posibilidades, en una comunidad pequeña como la nuestra.

—Así que, cuando dijo que tenía un genotipo limpio pero que de todas formas se iba a hacer esterilizar, me salí de mis casillas..., ¿se me puede echar en cara?

—Es propio del siglo XX que tenga celos, ¿no? ¡Apártate de mi mujer o haré que Gwinnie te imponga una multa por comportarte al estilo del siglo xxi!

—Voy a tener que averiguar más cosas sobre Beninia, Elias. Realmente me cuesta trabajo creer que lo que dices sea cierto.

—Tomé dos vasos de Château Lafitte del 98 antes de que se acabara, y puedes creer que
fue toda una experiencia.

—¿Lo ha probado en inyección intravenosa? Una pistola diadérmica vale cuarenta o cincuenta pavos, y hace una galaxia de diferencia en el viaje.

—Hablan de desalojar la antigua fábrica de Renault, pero sería casi una guerra civil... hay sesenta mil personas establecidas allí y parece que algunos tienen pistolas de descarga; y aquello está atiborrado de armas antiguas de proyectiles, desde luego, porque cuando cerraron se dedicaron a fabricar armas deportivas.

—Me contó esa ejecución pública a la que asistió en Argelia y me excitó de tal modo que simplemente no me pude contener. ¿Por qué no le preguntas sobre eso? Dice que cambia de acera de vez en cuando.

—Así que le dijo que se regara la ingle con mermelada de manzana y a su lameculos que se la limpiara con la lengua. Se está poniendo desagradable, querido. La próxima vez no se tratará de lamer, sino de morder. ¿Quieres que nos demos el bote a casa?

—¡Mirad, ha cogido un cuchillo!

—Pero el trabajo de Eldred está poniendo en cuestión la totalidad de la estética de la televisión holográfica.

—Me he hecho cargo del programa de selección del Museo de la Semana Pasada, ¿lo sabías? ¿Puedo probar un poco de esa hierba tuya?

Porros	-A propósito, Norman, ¿te he dicho que me echan
Trabajo	de donde estoy y busco un tatami que le sobre a alguien?
Religión	-¿Qué tal andamos de bebida?
Psicología	-Mel Simpasta, ¿eh? Oye, ¿por casualidad no ...?
Eugénica	¡Oh, carajo! Olvídalo.
Sociedad	-¿Estás solo, querido?
Guerra y paz	-Supondría una diferencia si pudieran permitirse
Sexo	comprar cargamentos de maíz adaptados
Comida y bebida	genéticamente. Pero no pueden.
Política	-¿Sabes que Gwinnie aún cuenta contigo?
Aficiones	-La gente es imbécil, incluso yo.
Arte	-¿Le ha metido ya el puerro Guinevere a alguien?
Diversión	
Alojamiento	
Viaje	

GRÁFICA GUINEVERE: un pico al principio, seguido por una línea baja y plana puesta en marcha por la corrección de Norman sobre su juicio con respecto al hombre que llevaba el traje del año 2000. A partir de ese momento, un estado de ira reprimida, puntuado sólo por suficientes multas menores como para tener contentos a los más duros de sus lameculos. Guardándose las restantes —todas observadas con mirada penetrante y con una doble comprobación, para evitar un segundo fallo semejante al anterior— para una serie inhabitualmente extensa de castigos de los que hacen época al final de la velada. Incluidos en ella con signos de interrogación, gente como el embajador, que ha perdido por completo su distinción, y Chad Mulligan; por añadidura hablando entre ellos sin descanso a lo largo de toda la tarde, a pesar de varios intentos de hacerles circular. Confía en un nariz oscura y embrollará las cosas, embajador o no.

GRÁFICA DÓNALO MACERDO: una línea quebrada, oscilando entre el decaimiento enfermizo, enmascarado por una conversación educada y a veces ciertamente interesante con Elias, Chad, Gennice y otros conocidos, y el furor crudo de ser vigilado por el Sargento Schritt. Cuatro intentos independientes para arrinconar en privado, en un rincón, al hombre de Bellevue y llevar a cabo ese acto casi suicida de obtener de él alguna clase de droga o cualquier cosa que le permitiera romper su tapadera bajo pretexto de que alguien desconocido le hubiera deslizado una cápsula. En breve la gráfica se rompería en el desconocido futuro hiperbólico del espía activado.

GRÁFICA GENNICE: una curva de alto nivel con una buena cantidad de picos de diversión y gozo porque está muy orgullosa de su nuevo hombre; pero con bajones de tristeza, de vez en cuando, por preguntarse si es su separación lo que hace que el agradable Don Macerdo esté tan deprimido esta tarde.

GRÁFICAS CHAD Y ELIAS: una recta baja al principio, luego un alzamiento simultáneo y una trayectoria paralela larga, larga, que no atraviesa el cuadro normal de la fiesta, sino que se separa de él en un ángulo completamente independiente, simultánea y aún creciente.

GRÁFICA NORMAN: un pico al principio provocado por la derrota fulminante de Guinevere, seguido de una pendiente lenta con saltos intermitentes al pensar en conseguir hacerla parecer tan estúpida como antes si intenta imponerle una multa importante o bien al sentirse miserable por dar valor a un logro tan insignificante.

GRÁFICA LA FIESTA: una representación en dos dimensiones, elevada en la zona del cenador, donde los más interesados en el sexo se reunieron al principio, y fuertemente alterada en las cercanías de Donald, Norman, la propia Guinevere y uno o dos más; por otra parte, generalmente a un nivel aceptablemente alto, aunque bastante gente, a

Librodot

estas alturas, ha dejado de disfrutar realmente por el aire que radia Guinevere, que consulta en susurros con determinados lameculos escogidos; y, ¿quién puede saber con seguridad qué fallo, qué incongruencia tan poco importante como el haber mencionado una obra de arte del siglo actual, le ha abierto las puertas para otra multa malintencionada?

—Si Gwinnie me mete el puerro le voy a hacer un regalo. ¡De esa empresa que envía gente para invadirte el apartamento y destrozar el mobiliario!

Ahora puedo hacer que las dos chicas, la gorda y la delgada, se cambien la ropa, lo cual debería ser bueno durante cinco minutos y provocaría unas cuantas risas, y durante ese tiempo le puedo deslizar a Norman una cápsula de...

—¿Qué ha sido eso?

—Esa chica del vestido del sombrero horrible, creo... acabo de ver a Gwinnie consultar una historia del vestuario en la habitación de al lado.

—Perdona, ¿te importa repetirme eso?

Como una brisa helada susurrando a través de la sala: una ola de interés y curiosidad.

—No, ese tío raro, Lázaro, no ha pasado aún por la picota; y siempre que he estado aquí lo ha hecho. Le gusta ser humillado: por lo visto le da un viaje de la clase más rara.

—¿Estás seguro? ¿Quién te lo ha dicho?

—Me aposté conmigo mismo que se fijaría en Renée... ya sabes, la chica gorda del asunto glandular que no pueden curar, que parece un montón de jalea blanda. Siempre le pega duro.

Y lo que le voy a hacer a Norman será histórico. ¡No, esta vez ese nariz oscura tan listo no se va a ir por las buenas! Tengo a ese tío que es Cinturón Negro, para asegurarme de que no escape si lo intenta. ¿Dónde está? ¡No será con otra tía!

—Pero, ¡debe de ser pura propaganda! Quiero decir que hasta ahora ni siquiera los perros y los gatos y los 'monos que han fabricado para mascotas pueden ser...

—¿Pasa algo ahí?

—Vamos a ver, ¿vale?

—Queridas, ¡qué bien me viene haberos pillado hablando entre vosotras! Mirad, siento mucho que...

—Si fue el EXAMINALISIS quien dio la noticia, debe de haber sido estudiada por Shalmaneser, así que por lo menos es posible. A menos que se lo dieran en la entrada de
rumores, ¿tú qué crees?

Empezó a tomar cuerpo en Guinevere, poco a poco, el convencimiento de que, por primera vez desde que empezó a dar fiestas de multas, la llegada de su equipo de lameculos bien entrenados a la vecindad de las víctimas elegidas para la primera de las multas importantes, de los hitos que incluirían un diálogo y un clímax de humillación máxima para quitarse de encima a las personas de cuya amistad estaba aburrida, no había señalado el principio del silencio, de las risas contenidas, del alargar de cuellos y del subirse a los muebles para ver mejor. En cambio, en el otro extremo de la habitación, una gran cantidad de los invitados hablaban entre sí con rostros serios, aparentemente escépticos pero sin burlarse. Esperó un momento. Algunas personas se separaron del foco de atención identificado y otros se unieron a él; alguien salió de la habitación y volvió con media docena de amigos que también debían saber... la noticia, cualquiera que fuera.

—¡Vaya! —dijo Norman en voz baja—. ¿Qué pasa? Guinevere no consigue la audiencia entusiasmada que desea.

—¿Crees que habrá estallado la guerra? —murmuró Chad, cogiendo un nuevo vaso de una bandeja que pasaba.

La alarma transfiguró a Donald como el impacto de un rayo. Su activación aparentemente aleatoria esta mañana, inexplicable en función de las noticias que daban los medios de difusión, le hizo pensar por un momento que podría tratarse demasiado fácilmente de la guerra.

—Chad, ¿qué dijiste sobre gritar «¡el lobo!», en El diccionario del felicrimen?

—¿Cómo carajo quieres que me acuerde? ¡Estoy borracho!

—¿No era algo sobre...?

—¡Ah, coño! Dije que era un modo específico de condicionamiento Pavloviano adoptado por los que aspiran al poder, para impedir que los que han de ser asesinados en la próxima guerra les metan el puerro y les ahorquen humanitariamente. ¿De acuerdo?

—¿Por qué odias a la Srta. Acero de ese modo? —preguntó Elias a Norman entre dientes.

—No la odio personalmente, aunque si fuera suficientemente persona como para merecer una emoción tan intensa creo que no me costaría trabajo hacerlo. Lo que odio es lo que representa: el deseo de los seres humanos de ser reducidos a un conjunto precioso de apariencias, como un aparato de televisión nuevo... la misma maquinaria por dentro, pero el armazón a la ultimísima moda.

—Me gustaría poder creerte —dijo Elias con aspecto infeliz.

—¿Por qué?

—La gente que odia en términos concretos es peligrosa. Los que se las arreglan para odiar sólo en abstracto son los únicos que merece la pena tener por amigos.

—¡Plagiario! —le lanzó Chad.

—¿Dijiste tú eso?

—Dios, sí. Lo puse en un libro.

—Alguien me lo citó en una ocasión —un gesto de asombro cruzó el rostro de Elias—. De hecho fue Zad Obomi.

—Nadie es profeta en su tierra —gruñó Chad.

—¿Qué va a hacer ahora? —dijo Norman, contemplando con atención a Guinevere. Todos se volvieron a mirar; estaban en un buen punto para ver lo que pasaba, ya que lo podían distinguir por entre una especie de callejón que formaban, a un lado, el grupo de personas que se habían acercado para ser testigos de la humillación de las chicas gorda y delgada y, por otro, el corro que se había formado para comentar las noticias todavía misteriosas.

—Shelley, encanto —dijo Guinevere al hombre que se encontraba en el centro de estos últimos—, si la noticia que estás dando es tan trascendentalmente importante, ¿no crees que deberías compartirla con todo el mundo en vez de dejar que se extendiera por sí sola a través de una cadena de rumores? ¿De qué se trata... se han llevado quizá los chinos California al mar? ¿O se ha anunciado la segunda Venida?

—¡La segunda! —dijo alguien inidentificable, lo suficientemente cerca de Don para ser oído—. ¡Por la barba del profeta, deberías probar ese nuevo creciente que me ha dado Ralph!

Guinevere intentó ver quién había hablado, con una mirada de ferocidad asesina, y no lo consiguió.

—Verás, es algo que han dicho en el EXAMINALISIS esta misma tarde, hace un rato, Gwinnie —se explicó el hombre llamado Shelley como pidiendo perdón—. Parece que el gobierno de Yatakang ha anunciado un programa de dos generaciones basado en un nuevo descubrimiento tectogenético. Primero van a optimizar la población asegurándose de que sólo nazcan niños con una herencia sobresaliente y luego, cuando hayan hecho lo anterior, van a empezar a mejorar los genálisis y... bien, creo que el único modo de decirlo es que quieren criar superhombres.

Hubo una pausada asombrada. La mujer cuyo hijo de seis años había muerto en un accidente y que se había vuelto a casar con un hombre que tenía prohibido tener niños, quebró el silencio con un gemido e, instantáneamente, todo el mundo se puso a hablar, olvidando las multas, excepto Guinevere, que se quedó de pie en medio de una zona libre de gente con el rostro más blanco que la cal y las uñas cromadas, largas y agudas, clavadas profunda, profundamente en las palmas de las manos. Viéndola, Norman se dio cuenta de que los tendones le sobresalían de los dorsos como cables anudados que alimentaran la energía a una máquina.

—¡Tú! —dijo Chad—. ¡Tú, ése de ahí...! ¿Cómo te llamas? ¡Donald Macerdo! Eres un
especialista en esto, ¿verdad? ¿Es una mentira de mierda, o no?

Al principio Donald no pudo contestar. Le debían de haber activado por esto. En algún sitio, hacía diez años, alguien —o mucho más probablemente algo, porque para hacer previsiones sobre un tema tan importante se debieron fiar sólo de un análisis de ordenador— había sospechado la posibilidad de un desarrollo en este campo. Habían tomado precauciones contra aquel riesgo insignificante y vago: habían elegido y preparado a un hombre que...

—¿Te estás quedando sordo, tío?

—¿Qué? Oh... lo siento, Chad, estaba pensando en otra cosa. ¿Qué habías dicho?

Mientras escuchaba la repetición de la pregunta de Chad, que ya conocía, Donald buscó con la vista nerviosamente al sargento Schritt; y ahí estaba, a unos cuantos metros de distancia entre la multitud. Pero sus maneras presuntuosas de antes se habían desvanecido en un momento; de hecho, parecía que iba a llorar.

Movió los labios. No se dio cuenta de que Donald estaba frente a él, aunque alzó el rostro y recorrió con la vista toda la zona en que éste se encontraba. Donald pudo leer, en los movimientos de la boca, lo que decía en voz demasiado baja para que atravesara las conversaciones cada vez más intensas.

Librodot

—Mierda mierda —decía aproximadamente— y no me dejan y dónde está ahora y quién está con ella quién la está dejando embarazada...

Siguió. Donald, turbado, apartó la mirada. Sintió como si acabara de echar un vistazo al infierno personal de otro hombre.

Pero, en tal estado, Schritt no iba a preocuparse porque su vigilado confiara información
secreta a un elemento subversivo en potencia como Chad Mulligan. En cualquier caso, lo poco que Donald sabía del asunto se debía a sus estudios universitarios y a la Biblioteca Pública de Nueva York. Sólo los esquemas integradores que había detectado entre toda sus lecturas eran en cierto sentido algo más que del dominio público.

—No tiene por qué ser necesariamente una mentira de mierda —dijo, cansadamente—. EL EXAMINALISIS contiene al mismo tiempo rumores y hechos comprobados totalmente por ordenador, y ese tío no ha dicho si la noticia se ha dado en la sección de rumores.

—¿A quién tienen allá que pudiera dirigir semejante programa? —Chad se echaba ahora adelante, con los codos sobre las rodillas, los ojos alerta y penetrantes, la embriaguez olvidada como por arte de magia. También Elias y Norman escuchaban con interés lo que decía Donald.

—Bien, la primera parte —le simple optimización del feto— es posible en teoría desde los años 1960 —suspiró Donald—. La reimplantación de óvulos fertilizados externamente se ofrece como servicio comercial en este país, aunque nunca ha sido lo suficientemente popular para abaratar el coste. Sin embargo, un decreto del gobierno podrí?...

Se calló de repente y chasqueó los dedos.

—¡Claro! —explotó—. Chad, me estás dejando alucinado constantemente, ¿sabes? Has
preguntado que a quién tienen allí, ¿verdad?

Chad asintió.

—Era la pregunta apropiada. Para la segunda etapa —la de ir más allá de una simple purificación de la masa genética y pasar a la mejora real del conjunto— es preciso el genio de una persona dotada de una capacidad de innovación sobresaliente. Y tienen un hombre de esas características, alguien de quien no se ha oído hablar desde hace diez años excepto como profesor en la Universidad Dedicación.

—Sugaiguntung —dijo Chad.

—Exactamente.

Elias asintió, asombrado, mirando alternativamente a Chad y a Donald, enunciando una pregunta con un alzamiento de cejas.

—Sugaiguntung es el hombre que introdujo a Yatakang en el mercado de las bacterias desarrolladas a medida, cuando tenía poco más de veinte años —dijo Donald—. Brillante, original, se le tiene por uno de los especialistas en tectogenética más importantes a nivel mundial. Luego...

—Algo sobre el caucho —interrumpió Chad—. Me voy acordando.

—Exactamente. Desarrolló una nueva variedad de árbol de caucho que substituyó a las naturales en todas las plantaciones de Yatakang y, como resultado, es la única nación del planeta en que los productos sintéticos no pueden competir con el látex producido por los árboles. No sabía que hubiera estado trabajando con animales, pero...

—¿Tiene materia prima? ¿Qué hace falta: simios antropoides?

—Eso sería lo ideal, pero me imagino que se podría hacer mucho con cerdos.

—¿Cerdos? —le hizo eco Norman con voz incrédula.

—Exacto. Los embriones de cerdo se usan con frecuencia para la enseñanza... su parecido con los humanos es asombroso hasta muy poco antes del nacimiento.

—Sí, pero no estamos hablando a escala fetal —indicó Chad—. Aquí se trata de algo más profundo, del mismo plasma germinal. ¿Orangutanes?

—Oh, Dios mío —dijo Donald.

—¿Qué pasa?

—Nunca me di cuenta de esa relación. El gobierno de Yatakang ha estado protegiendo y criando con mucho interés orangutanes desde hace cinco o seis años. Impusieron por las
buenas la pena de muerte por matarlos, y ofrecieron una recompensa equivalente a unos cincuenta mil dólares por capturarlos y entregarlos vivos.

—Salgamos de aquí —dijo Chad con decisión, dejando firmemente su vaso encima de la mesa más cercana y poniéndose en pie de un salto.

—De acuerdo —asintió Norman—. Pero...

Librodot

—No quiero decir que dejemos el tema —cortó Chad—. Vivís juntos, ¿verdad? Vayamos a vuestra casa. Elias, ¿vienes tú también? Cuando hayamos terminado con esto quiero preguntarte unas cuantas cosas más sobre Beninia. ¿De acuerdo? Bien, ¡salgamos echando pestes de esta fiesta de mierda y de cretinos del copón y vayamos a buscar un poco de paz y de tranquilidad!

No eran los únicos que habían tenido la misma idea. Volviendo la vista mientras esperaban una oportunidad de salir por la puerta principal, lo último que vio Donald fue al sargento Schritt apoyado en la pared con una mano y sosteniendo con la otra un enorme vaso de vodka o de ginebra del cual bebía trago tras trago para apagar el fuego de la pena que le abrasaba el corazón.

Y mañana, ¿cuántos más como el Sargento Schritt?

CONTEXTO (13)

EL PERIÓDICO ANTIGUO

NIÑO MATA A TIROS A CINCO PERSONAS EN UNA ESCUELA DE MAQUILLAJE

Mesa, Arizona, 12 de Noviembre

CINCO PERSONAS, incluyendo una mujer y su hija de tres años, fueron muertas a balazos por un niño que les obligó a tenderse en el suelo de una escuela de maquillaje de esta ciudad.

Otras dos víctimas —entre ellas un hijo de tres meses de la misma mujer— se encuentran hospitalizadas.

Ha sido el tercer asesinato múltiple en los Estados Unidos durante los últimos cuatro meses. En Agosto, un francotirador acribilló a 15 personas en Austin, Tejas, y en Julio fueron estranguladas o acuchilladas ocho estudiantes de enfermería, en Chicago.»

«EL PASEO ESPACIAL MAS LARGO HASTA EL MOMENTO

por nuestro periodista científico

EL ASTRONAUTA Edwin «nervio» Aldrin abrió ayer la portezuela de la cápsula Géminis XII y salió al espacio. Dos horas y 28 minutos más

tarde volvió a entrar, después de establecer una nueva marca de exposición directa a los peligros del espacio.»

«NUEVOS EINSTEINS A BASE DE ESQUEJES

por nuestro periodista científico, JOHN DAVY

PRONTO PUEDE ser posible reproducir gente de un modo muy parecido a como ahora reproducimos rosas... tomando un equivalente de los esquejes.

Según el geneticista galardonado con el premio Nobel, Dr. Joshua Lederberg, en un artículo publicado en el Boletín de científicos del Átomo, debemos tener en cuenta desde este mismo momento las implicaciones, ya que se abriría la posibilidad de producir docenas o centenares de individuos genéticamente idénticos, como gemelos múltiples...

Es probable que se experimenten estas nuevas técnicas «incluso sin una base adecuada de comprensión de los valores humanos, por no hablar de las lagunas enormes que existen en nuestro conocimiento de la genética humana». Con esto se convierte en esencial el estudiar las implicaciones de antemano, ya que en caso contrario es probable que las normas de actuación se basen en «las circunstancias accidentales de los primeros casos que se hagan públicos». El hombre de la calle se puede ver influido por la nacionalidad o por la estimación general de la persona de la que se obtengan estos esquejes o clones, o por «la belleza de la progenie parahumana».

La predicción y modificación del comportamiento y de la naturaleza humanos, insiste el
profesor, necesitan con urgencia de la planificación y de la «previsión informada» que aplicamos a otros aspectos de la vida.»

—Tres artículos adyacentes de la portada del Observer de Londres, 13 de Noviembre de 1966.

CONTINUIDAD (13)

MULTIPLÍCALOS POR UN MILLÓN

Mientras volvían a casa desde la de Guinevere, Donald sentía la opresión de lo anunciado por Yatakang en el pensamiento, como un colchón monstruoso. Apenas habló con los que le acompañaban en el taxi. Estaba medio muerto de cansancio, habiendo dormido sólo un par de horas hasta que Delahanty le interrumpió el descanso. La fatiga y los tranquis que tomó se habían combinado para amortiguar sus

sentimientos durante todo el día. Ni siquiera fue capaz de transformar su enfado por la vigilancia de Schritt en una acción positiva.

Sin embargo, el saber que había transcurrido su último día como agente libre antes de que el buche del gobierno le engullera no pareció turbarle demasiado, y el motivo emergió gradualmente a su conciencia.

Ayer, cuando dejó la Biblioteca Pública después de llevar a cabo sus deberes del día, le había venido a la cabeza la ilusión de que todas las multitudes de Nueva York eran muñecos animados, menos que humanos, y él entre ellos. Decidido a demostrar que no habitaba realmente en un mundo hostil, había vagado desde la ilusión hasta la áspera realidad de una algarada. Una pequeña, cierto... no como otras que se habían producido en Detroit, por ejemplo, con un balance de cientos de muertes..., pero lo suficientemente definitiva para el piloto del helicóptero que había sido asesinado a golpes de porra.

Hoy, de repente, éste ya no era el mundo familiar en que había vivido los diez últimos años, sino otro plano de la realidad: uno terrible, como la selva de un planeta extraño. El capitán de la policía había dicho que, en base a la evidencia actual, era cien por cien seguro que provocaría disturbios callejeros si salía a dar un paseo vespertino inofensivo. Así que no sólo el mundo, sino también él, era diferente de lo que se había imaginado.

Aprisionado de este modo, suspendido entre el pecio de sus anteriores convicciones y la
corporeización de las nuevas, no podía haberse revelado contra la decisión de activarle tomada por un ordenador en Washington más que hubiera podido devolver la vida al piloto asesinado.

Apáticamente, sin atribuir significados a las palabras, oyó que Norman se dirigía a Elias.

—¿Presentaste el plan ante TG hoy, como pensabas?

—Sí.

-¿Y...?

—Shalmaneser les había dado ya cuatro posibles motivos de que me hubiera dirigido a ellos. Este era el que él —quiero decir ello— clasificó como más probable —Elias se estremeció—. Tenían planes alternativos preparados, presupuestos tentativos e incluso un programa previo de publicidad. Y disfrutaron durante cada segundo cuando me explicaron cómo me habían previsto.

—Deben de haber aplicado normas de seguridad más estrictas de lo habitual —dijo

Norman—. No me ha llegado ni una palabra.

—Has hablado de Shalmaneser como «él» —dijo Chad—. ¿Por qué?

—La gente de TG lo hace siempre —murmuró Elias.

—Parece como si se estuviera convirtiendo en uno de la familia. Norman, ¿hay algo de verdad en toda esa propaganda sobre hacer a Shalmaneser verdaderamente inteligente?

Norman volvió hacia arriba las palmas de las manos, en un gesto de ignorancia.

—Nunca se ha dejado de discutir sobre si sus reacciones siguen siendo simplemente reflejos. Pero me temo que eso cae fuera de mi especialidad.

—Creo —gruñó Chad— que si es realmente inteligente nadie se dará cuenta. Porque nosotros no lo somos.

—¿Cuándo van a hacer pública la noticia? —preguntó Norman a Elias.

—No de momento. Se lo he pedido yo. Mañana voy a volver para tratar más profundamente el asunto, y se supone que alguien del Estado va a estar presente... probablemente Rafael Corning, el sintetista. Y tú también, naturalmente, porque creo que debes encargarte del primer contacto con Zadkiel en representación de la Compañía.

«Aunque —terminó amargamente—, en vista de lo que les voy a hacer, no puedo evitar preguntarme si la gente de Beninia me perdonará algún día.

Será un alivio salir de aquí, se dio cuenta Donald con asombro*. Dios, creo que si me hubieran encarcelado esta mañana me hubiera encontrado a gusto. Aceptaría un trabajo en la Luna, o en el PMAM —cualquier cosa, incluso en Yatakang— con tal de encontrarme en un lugar en el que diera por supuesto que las cosas me iban a tomar por sorpresa; en vez de en mi ciudad natal, donde las cosas que tenía por cómodas y normales se han levantado para patearme la cara,*

Cuando entraron en el apartamento, Chad empezó a explorarlo sin pedir permiso, mirando en todas las habitaciones una tras otra y moviendo de un lado a otro la cabeza, como maravillado.

—Es como volver a un sueño, ¿sabéis? —dijo por encima del hombro—. Es como despertarse, volverse a dormir a la noche siguiente y encontrar que el sueño ha seguido progresando sin la presencia de uno, que entra de nuevo en él en un punto más avanzado.

—Entonces, ¿crees que la clase de vida que has estado llevando estos últimos años es... es más real? —preguntó Elias. Nadie le había invitado a sentarse; ya que era el asiento más cercano, se dejó caer pesadamente sobre el sillón Hule favorito de Norman, ajustándose dificultosamente la túnica de Beninia. Dejó a un lado la corona de cuero y plumas, frotándose la frente donde le había marcado una señal roja.

—¿Más real? ¡Carajo, menuda pregunta! Pero si toda la vida moderna, presuntamente civilizada, es un intento de negar la realidad en tanto en cuanto se pueda decir que existe. ¿Cuánto tiempo hace que miró Donald por última vez a las estrellas, cuánto tiempo hace que Norman se empapó en una tormenta por última vez? ¡Las estrellas, por lo que se refiere a estas personas, son las luces de Manhattan! —señaló con el pulgar una ventana tras la cual el arcón del tesoro de las luces de colores brillaba llamativamente—. Citándome a mí mismo, costumbre que me hizo ver que debía dejar de intentar convencer a la gente de mis ideas, porque ya no tenía formas nuevas de expresarlas..., ¿dónde estaba? Ah, sí: el mundo real le puede tomar a uno por sorpresa, ¿no? Acabamos de comprobarlo en la fiesta de Gwinnie. ¡El mundo real se metió por medio del apartamento y sacudió los cimientos de aquella gente!

—¿Cuál crees que va a ser el efecto de la noticia? —preguntó Norman con seriedad.

—Dios, ¿por qué me tienes que tratar como un terminal de Shalmaneser? Ese es el problema con vosotros, los jefazos de las corporaciones: cambiáis vuestra capacidad de formar una opinión independiente por una bolsa de categoría y un salario gordo. ¿Te importa que me sirva un trago? Norman se sobresaltó. Señaló sin decir nada la consola de bebidas; pero Chad ya estaba ante ella, explorando los indicadores.

—Yo me di cuenta de algunos de los efectos allí mismo, en la fiesta —dijo Donald. Quiso estremecerse, pero los músculos de su espalda se negaron a responder al instinto—. Había un hombre... no importa quién. Le leí el movimiento de los labios. Estaba diciendo algo sobre una chica que había perdido porque no estaba autorizado a ser padre.

—Puedes multiplicarle por un millón, de momento —dijo Chad, cogiendo un alcohopazo de la bandeja de salida de la consola—. Quizá por mucho más. Aunque esa fiesta no era en absoluto una muestra representativa. La clase de personas que van a ese tipo de diversiones son normalmente demasiado egoístas para ser padres.

Se vertió el alcohopazo en la garganta de un solo trago, asintió con aprobación al sentir el impacto y tecleó otro.

—Sólo un segundo —intervino Elias—. La mayoría de la gente habla como si fueran los padres los egoístas. Y esto me preocupa. Quiero decir que comprendo que tener tres, cuatro o más hijos puede ser egoísta. Pero dos, que no hace más que mantener el equilibrio...

—Son los clásicos celos económicos —dijo Chad, encogiéndose de hombros—. Cualquier sociedad que parlotee sobre la idea de la igualdad de oportunidades tiene que provocar necesariamente celos de los que están mejor que uno mismo, aunque el producto cuyas existencias sean insuficientes para todos no se pueda cortar y compartir sin destruirlo. Cuando yo era niño, el motivo de este resentimiento era la inteligencia relativa. Recuerdo a algunos en Tulsa que propagaron rumores difamatorios contra mis padres simplemente porque mi hermana y yo íbamos muy por delante de los otros alumnos de mi colegio. Ahora el elemento escaso son los propios hijos. Así que ocurren dos cosas: los que reciben el veto de un tribunal Eugénico, sintiéndose robados injustamente, esconden su sentimiento de rencor tras una máscara de moralidad... y muchos que no pueden asumir la responsabilidad de criar niños se agarran a estas circunstancias como excusa para imitarles.

—Tengo un chaval ya crecido —dijo Elias al cabo de un momento—. Espero ser abuelo dentro de un año o dos, pero no he notado ese efecto que dices.

—Ni yo, a nivel personal; pero es principalmente porque no me gusta elegir mis amistades entre la clase de gente que reacciona así. Date cuenta de que yo no tengo mucho de padre, excepto en un sentido biológico... mi matrimonio se hundió. Además, mis libros constituyen un sucedáneo espléndido de la función que los niños cumplen para sus padres.

—¿Que es...? —preguntó Norman, con tono débilmente hostil.

—Una extensión temporal de la influencia individual sobre el entorno. Los hijos son una tubería al futuro póstumo. También lo son los libros, las obras de arte, la fama y varias otras alternativas. Pero no es posible que diez millones de padres frustrados utilicen la pluma para sublimar sus problemas. ¿Quién les leería?

—En tanto en cuanto lo pienso conscientemente, yo no deseo tener hijos —dijo retadoramente Norman—. ¡A pesar de mi religión! ¡Muchos afros sienten igual que yo, porque nuestros chavales se criarían en lo que sigue siendo una sociedad extraña e intolerante!

—Oh, una persona como tú actúa como su propio sucedáneo de hijo —gruñó Chad—. Estás demasiado ocupado del copón modelándote a ti mismo en una imagen preconcebida para querer perder tiempo en formar también a un chaval.

Librodot

Norman se levantó a medias del sillón, con una réplica indignada en la punta de la lengua. Sin haber llegado a pronunciarla, se las arregló para transformar el movimiento en el de coger un porro de la caja que estaba en la mesa de al lado.

—Por la barba del profeta —dijo, más para sí mismo que para los demás—, apenas sé ya quién soy, así que...

Donald contuvo una exclamación al oír sus propias ideas repetidas tan llanamente, como un eco. Pero, antes de que pudiera decir nada, Elias le había planteado otra pregunta a Chad.

—Admitiendo que tengas razón, ¿qué va a ocurrir si ese descubrimiento de Yatakang elimina la excusa de los motivos eugénicos para prohibir la paternidad? Quiero decir que si uno puede tener un hijo normal y sano, aunque no sea suyo genéticamente, es algo más cercano al proceso natural que la adopción, y conozco a montones de personas que han adoptado y al parecer se han sentido completamente satisfechos.

—¿Por qué no le preguntas a Shalmaneser? Perdona, Elias... no quería ser tan duro. Simplemente he decidido realmente dejar de intentar seguirle la pista a la especie humana. Algunas de nuestras conductas son tan increíblemente irracionales —Chad se frotó los ojos cansados con los nudillos—... Lo siento —insistió—. Puedo hacer una previsión: Va a haber problemas. Bien pensado, ésa es una profecía con la que me curo en salud: no puede fallar. Pase lo que pase en las circunstancias actuales va a haber problemas. Pero, si quieres saber lo que opina un experto, ¿por qué no le preguntas a Don en vez de a mí? Tienes un doctorado en biología o algo así, ¿no? —terminó, dirigiéndose bruscamente a Donald.

—Sí, así es —Donald se humedeció los labios, lamentando haber sido atraído a la conversación cuando lo que quería era simplemente estar sentado y sentirse miserable él
solo. Por educación, intentó ordenar los pensamientos.

—Bien... bien, no hay nada radicalmente nuevo en la primera mitad del programa de Yatakang, si es que es cierto lo que dijo ese hombre en la fiesta. Las técnicas de optimización de la población consistentes en asegurar que sólo nazcan niños de buena herencia existen desde hace décadas... incluso se podría decir que desde hace siglos, porque si lo único que se quiere es seleccionar se puede conseguir por procedimientos de cruce convencionales. Pero me imagino que tienen en proyecto algo más ambicioso. Aun así se puede donar semen, se puede reimplantar un óvulo fertilizado externamente, si es la herencia de la madre la imperfecta, en vez de la del padre..., ¡carajo, eso se ofrece como servicio comercial en este mismo país! Es caro y a veces hacen falta tres o cuatro intentonas, porque el óvulo es muy delicado, pero

Librodot

hace años que se practica. Y si uno está en condiciones de soportar el coste de desperdiciar una docena de intentonas antes de que los expertos en tectogenética consigan un núcleo viable, se puede tener incluso un embrión partenogenético... un clone, como le llaman. No hay nada tan revolucionario en lo que anuncian los de Yatakang.

Hubo una pausa.

—Pero la segunda etapa —dijo por fin Norman—, lo de modificar deliberadamente los niños para hacer superhombres...

—Un minuto —cortó Chad—. Donald, estás equivocado. Me da la impresión de que hay dos factores realmente nuevos en este asunto, incluso antes de llegar al punto que acaba de citar Norman. En primer lugar, un producto que era escaso ya no lo va a ser más. No se pueden repartir y distribuir acciones sobre los niños sanos disponibles, aunque la gente ha estado intentando hacer precisamente eso a base de formar las agrupaciones, con las que uno se tropieza constantemente, que permiten que los que no son padres cuiden durante una o dos noches por semana de los hijos de los restantes miembros. De todos modos..., ¿cuál es la población de Yatakang? Algo más de doscientos millones, ¿no? No existe el problema de la escasez, si el gobierno pretende poner en práctica su promesa a tal escala.

»Y el segundo factor nuevo, que es incluso más importante, es el siguiente: otros lo han
conseguido primero.

Dejó que las palabras se mantuvieran pesadamente en el aire como una nube de humo durante largos segundos antes de tragarse lo que le quedaba en el vaso y suspirar.

—Bien, creo que lo mejor será que busque un hotel. Si voy a volver del arroyo para unirme a la festividad de la víspera de Ragnarok lo mismo puedo liarme la manta a la cabeza y no andarme con medias tintas. Mañana alquilaré un apartamento, lo llenaré de todas las cosas que la gente desea tener en estos tiempos..., ¿alguien conoce a un buen decorador de interiores a quien pudiera llamar y decirle que hiciera su trabajo sin molestarme?

—Entonces, ¿dónde has estado viviendo? —preguntó Norman—. Oh... carajo. No pretendía ser indiscreto.

—No he estado viviendo en ninguna parte. He estado durmiendo en la calle. ¿Quieres ver mi permiso? —Chad buscó por su disfraz y sacó un montón de papeles grasientos—. ¡Aquí está! —dijo, separando una tarjeta—. «Este documento certifica...», etcétera. Y que le den por culo.

Librodot

Se volvió a meter el fajo en el bolsillo y rompió el permiso en cuatro pedazos. Los demás se cambiaron miradas.

—No me había dado cuenta —dijo Elias— de que habías llevado tan lejos tu idea de dejarlo.

—¿Dejarlo? Sólo hay un modo de hacer eso, igual que a través de la historia: matarse. Yo creí que podía dejar la sociedad. ¡Y un huevo que podía! El hombre es un animal gregario —no muy social, pero gregario del copón— y la masa, sencillamente, no deja que un individuo quede suelto, aunque sus relaciones con él se limiten a un permiso policial para dormir al aire libre. Así que he vuelto y aquí estoy con esta estúpida ropa de abuelo, y...

Frunció el ceño y tiró los trozos de la tarjeta al multriturador. Uno de ellos cayó fuera y revoloteó hasta posarse en la alfombra como una mariposa moribunda.

—Podría conseguirte una habitación en el parador de las NÚ —sugirió Elias—. Hay pocas comodidades, pero son suficientes y es barato.

—No me preocupa el precio. Soy multimillonario.

—¿Qué? —exclamó Norman.

—Sí, sí... gracias a los sangrones que compraron mis libros y se negaron a actuar como les decía en ellos. Se explican en las facultades, se han traducido a cuarenta y cuatro idiomas... ¡voy a gastarme un poco de ese dinero, para variar!

—Bien, en ese caso... —Norman dejó que la frase muriera.

—¿Qué ibas a decir?

—Iba a decir que serías bienvenido si querías tender aquí tu tatami —explicó Norman—
Siempre y cuando no le importe a Donald No sé cuánto tardarán en enviarme a Beninia, pero voy a tener que estar fuera bastante tiempo. Y... eh... para mí sería un privilegio tenerte por huésped —pareció incómodo.

—Chad puede disponer de mi habitación desde mañana por la noche —dijo Donald, recordando demasiado tarde la tachuela brillante que le habían mostrado, escondida bajo
el sillón de Hille.

Pero que le den por culo.

—¿Qué te ha pasado? —se volvió a él Norman, con incredulidad—. ¿Qué te ha decidido a irte?

—Me lo han ordenado —dijo Donald.

¿Qué me harán por esto? No lo sé. No me importa.

Reclinó la cabeza y le llegó el sueño cuando aún no había terminado de cerrar los párpados.

VIENDO PRIMEROS PLANOS (13)

LAS ESPINAS DE LA ZARZAMORA

Gruesa, de pelo negro, levemente cetrina, de boca roja y llena y ojos oscuros y brillantes, Olive Almeiro tenía el aspecto típico de un ama de casa rural, excepto porque sus brazos estaban cargados de pulseras de diamantes y esmeraldas. La imagen de la maternidad formaba parte de su mercancía. De hecho jamás se había casado, ni mucho menos tenido hijos.

Sin embargo insistía en que sus empleados la llamaran «señora» en vez de «señorita» y, en cierto sentido, merecía aquella imagen. Había sido madrastra, por así decir, de más de dos mil adoptados.

Le habían proporcionado su hogar flotante, el yate Santa Virgen (nombre que le producía una diversión sarcástica); el edificio de oficinas que poseía y que tenía por cuartel general; una reputación internacional; todas las comodidades que podía comprar y una segunda fortuna reservada para adquirir más.

Bien estaba que hubieran hecho todo eso hasta este momento.

Su oficina, acristalada en las cuatro paredes, estaba decorada con muñecos de todas las épocas históricas: animales de arcilla del Egipto antiguo, juguetes americanos primitivos de paja anudada y pintada, maniquís de madera labrada de la Selva Negra, ositos de terciopelo, figurines chinos hechos con retazos de preciosa seda...

Encerrados tras un cristal, demasiado valiosos para ser tocados por los dedos de un niño.

—¿En qué nos va a afectar? —dijo al teléfono, contemplando a través de las ventanas el
agua azul de la mañana del océano.

Una voz distante dijo que era demasiado pronto para saberlo.

—Bien, arréglalo ¡y rápido! Como si no tuviéramos bastantes problemas con el dicromatismo, esos sangrones de Yatakang tienen que... ¡bah, no importa, supongo que siempre tendríamos la posibilidad de mudarnos al Brasil!

Cortó la conexión con un gesto furioso y se reclinó en el multisillón, haciéndolo girar para enfrentarse, en vez de al tranquilo mar azul, a la ciudad superpoblada del lado de la isla. Al cabo de un momento oprimió un botón del interfono.

—He tomado una decisión —dijo—. Deshaceos de los gemelos Lucayo y del niño Rosso que enviaron de Puertoprícipe. Que coman todo lo que podamos recuperar como beneficios antes de que nos los quitemos de encima.

—¿Qué debemos hacer después con ellos, señora? —preguntó la voz del interfono.

—Dejadlos en la escalinata de la catedral... echadlos al mar en una cesta... ¿por qué voy
a tener que deciros lo que hacer, mientras os los quitéis de encima?

—Pero, señora...

—Haz lo que te digo o serás tú el que vaya al mar en una cesta.

—Muy bien, señora. Sólo que está aquí esa pareja de yanquis que quiere hablar con usted, y pensé que quizá...

—Ah, sí. Háblame de ellos.

Escuchó y, en menos de un minuto, se formó una idea de ambos. Sin duda lo habían dejado todo allá en casa —los trabajos, el apartamento, los amigos— a cambio de una concepción legal en Puerto Rico; se habían visto entre la espada y la pared por la inesperada ratificación, por parte del Estado B-menos-U, de la ley sobre dicromatismo, y ahora volvían a pensar en la adopción, que hubieran podido conseguir sin salir del
continente.

Me asquean. Los narices oscuras son los peores, tal como vienen a hablar con nosotros, los mestizos, como aristócratas, y eso que nuestros antepasados vinieron como conquistadores y los suyos como esclavos; pero, más o menos, todos los yanquis me dan náuseas, como un embarazo.

El chiste silencioso le puso de suficiente buen humor para contestar:

— Muy bien, que vengan. Y ¿cómo dijiste que se llamaban?

—Frusler —dijo el interfono.

Entraron cogidos de la mano y la miraron disimuladamente mientras tomaban asiento en
las sillas que ella les indicó. Una podía casi oír el comentario mental: «¡así que ésta es la
famosa Olive Almeiro!» Al cabo, la atención de la esposa se volvió a la exposición de muñecos y el marido se aclaró la voz.

—Señora Almeiro, nosotros…

—Les han pillado con los calzones caídos —cortó Olive.

—No acabo de… —parpadeó Frank Frusler.

—No se imaginarán que son un caso único, ¿verdad? ¿Cuál es su problema… dicromatismo?

—Eso es. Y mi mujer lo transmite seguro, así que…

—Así que decidieron emigrar y, como Nevada es caro y a los de Louisiana no les gusta que les utilicen como refugio de embarazadas, eligieron Puerto Rico y la nueva ley les ha echado a perder el plan. ¿Qué quieren que haga yo?

Impresionado por la sequedad de la criadora de niños, Frank cambió una mirada con su
esposa, que estaba muy pálida.

—Hemos venido en un impulso —admitió—. Pensamos que usted podía encontrarse en una posición en que nos pudiera ayudar.

—¿Para adoptar? Lo dudo. Si ustedes quisieran adoptar no necesitaban haberse alejado de Nueva York más que hasta Nueva Jersey —Olive se puso un dedo en la barbilla—. Probablemente quieren que haga pasar por adoptado un hijo de ustedes. Ya viene de camino, ¿verdad?

Frank enrojeció hasta la raíz del pelo.

—¿Cómo ha podido usted…? —dijo.

—Ya les he dicho que no son los únicos. ¿Fue a propósito?

—Me temo que sí —bajó la mirada, miserablemente—. Decidimos celebrar la decisión de mudarnos, ya sabe. Pero no nos dimos cuenta de que había pasado tan pronto. No lo averiguamos hasta después de llegar aquí.

—¿No lo detectaron en Inmigración? No, ahora que lo pienso, sólo examinan a las mujeres que vienen de otros continentes o de los estados disidentes. En ese caso ya están entre la espada y la pared. O el niño fue concebido en el estado de Nueva York, donde les habían prohibido específicamente hacerlo, o bien lo fue aquí, donde ahora la transmisión de sus genes es ilegal; o entre los dos, lo cual le convertiría en un inmigrante ilegal nada más nacer. ¿Así...?

—Pensamos que quizá si nos íbamos del país... —susurró Sheena.

—¿Y conseguir que yo lo adoptara como extranjero para luego reunirse con él? —Olive soltó una risa desprovista de humor—. Sí, lo puedo hacer. Por sólo cien mil.

Frank se sobresaltó.

—¡Pero eso es mucho más que...!

—¿Que el coste de una adopción normal? Desde luego. La adopción es legal, dentro de ciertas condiciones. Lo que ustedes me proponen, no.

Se hizo el silencio. Olive saboreó la incomodidad de sus visitantes.

—Bien, señor Frusler —dijo, eventualmente—, yo le sugeriría como única solución volver a empezar. Puedo recomendarle la línea de abortivos de TG, y conozco a un médico que no insistirá en hacer esas pruebas especiales de embarazo antes de recetárselos. Luego podrían entrar en mí lista de espera normal. Aparte de eso, no puedo ayudarles más.

—¡Tiene que haber alguna otra cosa que podamos hacer! —Frank casi saltó de la silla—. ¡Queremos tener nuestros propios hijos, no unos de segunda mano, ajenos! En Yatakang acaban anunciar que pueden...

El rostro de Olive adoptó la dureza del mármol.

—Me hará usted el favor de irse, señor Frusler —dijo.

—¿Qué?

—Ya me ha oído —un dedo grueso apretó un botón de la mesa.

—Es una experta, Frank —dijo Sheena, huecamente, cogiendo del brazo a su marido—. Tienes que aceptar su palabra.

— ¡No, esto es demasiado! Hemos venido para hacer una consulta educada y...

—La puerta está abierta —dijo Olive—, Buenos días.

Sheena se volvió y se dirigió a la salida. Al cabo de un momento en que pareció ir a aullar de furor, Frank dejó caer los hombros y la siguió.

Cuando se hubieron ido, Olive se encontró jadeando del esfuerzo de autocontrol. Maldijo al gobierno de Yatakang y se sintió un poco mejor.

Pero su odio era crudo y nuevo; como una quemadura vendada, dolía a pesar de las
pomadas.

A lo largo de los años había construido una inmensa red de contactos imprescindibles, se había gastado un millón de dólares en sobornos y se había arriesgado a ser procesada una docena de veces, confiando en la creencia de que los productos de la habilidad tectogenética contemporánea tales como los clones implantados no podrían jamás competir con la «mano de obra sin cualificar» tradicional. Había empezado cuando sólo dos estados, California y Nueva York, tenían legislación eugénica, y Puerto Rico estaba lleno de madres demasiado fértiles, de genotipos aceptables, dispuestas a dejar que su quinto o sexto hijo fuera adoptado por algún yanqui rico. Cuando las leyes eugénicas se extendieron y se endurecieron, cuando la esterilización voluntaria después del tercer hijo se hizo algo normal, desarrolló alternativas. Encontrar un genotipo limpio, aunque no dejaba de ser deseable, era mucho menos problemático que demostrar que el adoptado era ciudadano americano, cuando para unos padres adoptivos de nariz oscura venía de Haití, o para unos gringos de Chile o Bolivia.

Con grandes problemas y cuidados había cultivado una empresa que resolvía todas las dificultades. Ahora, de pronto, esos yatakangis de mierda habían tendido una gran sombra negra de desastre por sobre la mitad del mundo. No se limitaban a ofrecer gratuitamente una posibilidad hasta ahora accesible sólo a las familias más ricas: tenían la intención de ir más allá. El niño nacido de cualquier vientre podía ser un genio, una Venus, un Adonis..

Y, si esta segunda afirmación era cierta, ¿quién iba a querer un hijo corriente y moliente, cuando iba a haber versiones mejoradas con talentos nuevos e imprevisibles?

Tomó de la mesa el único adorno, una concha de colores extraordinariamente vivos, y lo arrojó contra la ventana que daba a la activa ciudad. Cayó en pedazos al suelo. El cristal no se arañó y el universo exterior seguía allí.

CONTINUIDAD (14)

EL HOMBRE APROPIADO PARA EL TRABAJO

Ya no había un mundo real. Se le escapaba como las imágenes, percibidas a medias, de un sueño: epítome del principio de incertidumbre, destrozado por los esfuerzos de aferrado. Ya era brumoso cuando entró en el aceleratúnel del Río Este, y los últimos retazos se disiparon tras el avión que le llevaba en parábola a través de todo el continente, en el umbral del espacio vacío, donde las estrellas quizá parecieran agujas al rojo blanco si se pudieran ver.

No era posible, desde luego. A través de los escudos contra radiaciones, de la protección
contra impactos y de las varias capas de aislante térmico que durante la reentrada en la atmósfera brillaban (se decía) con un color rojo mate, las estrellas no podían penetrar hasta los ojos de Donald.

Pensó en un Chad Mulligan que, desvaneciéndose, ilusorio, fantasma de alguna droga, preguntaba cuándo había visto por última vez las estrellas... cuándo se había empapado Norman por última vez en una tormenta. Una mujer en el asiento de al lado se pasó todo el viaje riéndose sola, haciendo un trayecto totalmente personal y, de vez en cuando, Donald notaba el olor dulzón de algo que llevaba en una botella de inhalación cerrada con un tapón hermético. En cierto momento creyó que se la iba a ofrecer, pero pareció cambiar de opinión.

¿Por qué matar a una persona a la que nunca se ha visto? El piloto del helicóptero abatido, con el cráneo destrozado por la multitud, le parecía más real que Norman, que Chad, que nadie. La verdad abstracta de aquella muerte tomaba cuerpo por momentos en su mente, haciéndole pensar en las teorías de Haldane según las cuales una abeja inteligente concebiría ideas como «deber», concretamente.

Si quisieran, le podían poner en la mano legalmente un arma y decirle que atravesara la Zona de Guerra del Pacífico para matar extraños. Lo hacían todos los días con cientos de jóvenes seleccionados por un ordenador anónimo. Los alborotadores de Nueva York estaban también armados, y en aquel caso se llamaba «crimen». Entre aquel acto y éste se tendía sólo la tenue línea divisoria denominada «orden».

¿Orden de quién? ¿De un hombre, en estos tiempos? Probablemente no. Su ilusión de la
Quinta Avenida ante la librería no era, por tanto, tal. *Primero uno usa máquinas, luego viste máquinas y luego...*

Luego sirve a las máquinas. Resultaba evidente. Era una consecuencia tan lógica que casi resultaba tranquilizador. Y al fin y al cabo, Guinevere estaba en lo justo al transformar a las clientes de sus Hermoutiques en productos industriales pulidos.

Incluso era evidente el por qué de que personas como Donald Macerdo aceptaran recibir
instrucciones de una máquina. Muchos otros, además de él, debían de haber descubierto que servir a seres humanos parecía una traición... como venderse al enemigo. Todos los
hombres y todas las mujeres eran el enemigo. Esperando el momento oportuno, quizás enmascarando sus intenciones con palabras educadas y corteses; pero, al fin, machacándote hasta la muerte, como extranjero en su propia calle.

Abrieron el contenedor de la lata de conservas del avión y soltaron a los pasajeros, como sardinas, al sol cálido y brumoso de principios del verano de California. El exprés-puerto era liso como un portaaviones, con los terminales de pasajeros y los depósitos de combustible escudados por una gruesa capa de tierra contra el riesgo de un aterrizaje violento. Así, lo que pudo ver de la luz solar fue a través de un cristal blindado; y no olió la brisa salada del océano, sino el aire que salía perfumado del sistema de acondicionamiento de aire. Los pasillos, semejantes a los túneles de un hormiguero, le alejaban de los últimos vestigios del mundo que había dejado en la otra costa; parecían obligarle a ajustar sus formas de pensamiento a un modelo semejante a su sencilla sección cuadrada, de aristas agudas en las uniones en ángulo recto de paredes, suelo y techo. Todo parecía nuevo e improbable, como si se encontrara bajo los efectos de una droga que destruyera los esquemas de percepción. El espectáculo de tantos hombres y mujeres de uniforme era una fuente de asombro: el verde grisáceo del Ejército, el azul oscuro de la Marina y claro del Aire, el blanco y negro del Espacio. El sistema de interfonía pronunciaba órdenes esotéricas llenas de códigos numéricos y alfabéticos hasta que, además de la confusión visual, empezó a perder el control de sus facultades auditivas, imaginándose que estaba en un país, del que jamás había oído hablar, en el que se utilizaba el lenguaje tableteante de las máquinas: 01101000101...
Un reloj de pared le indicó la hora, y el de pulsera le aseguró que el otro mentía. Unos
carteles le previnieron del peligro de los espías y empezó a tener miedo de sí mismo, porque él era un espía. Una barrera de cuerda colgaba de soportes verticales de metal pintado, aislando un pasillo lateral en el que manchas de hollín y grandes desconchones sugerían una explosión. Una mano desconocida había escrito con tiza en la pared ROJOS DE MIERDA. Un hombre pasó con la cabeza conscientemente alta: ojos rasgados., color ligeramente amarillento, una tarjeta de visitante autorizado sujeta a la cazamisa como la armadura más débil. Más uniformes, esta vez del azul y negro de la policía, cacheando a todo el mundo. En los pasillos había cámaras de TV con teleobjetivos, y un equipo de cuatro hombres reunía las huellas dactilares acumuladas en los pasamanos de la escalera mecánica y las llevaba a la unidad de entrada de datos de un ordenador para contrastarlas con los ficheros

del cuartel general. PREGUNTE AL HOMBRE QUE ESTA CASADO CON MARI JUANA.

Pero PISE ESA COLILLA.

—¿Teniente Macerdo? —preguntó una voz. CONECTE Y SINTONICE EL MUNDO CON UN RADIOVESTIDO.

Pero MANTENGA EL MUNDO A DISTANCIA CON TOTALGUARDIA S. A.

—¡Teniente Macerdo! —NO DEJES PARA MAS TARDE LO OUE PUEDAS HACER AHORA ES EL LEMA QUE DEFENDEMOS.

Pero VÉALO POR LOS OJOS DE LOS DONDEQUIERA…

Se preguntó si el Sargento Schritt tenía que haber venido en el mismo avión; se preguntó si había conseguido emborracharse como quería; se preguntó si la inconsciencia le había traído la tranquilidad. Fue éste el último y definitivo pensamiento que dedicó al mundo muerto y extraño de la década pasada. Ahora estaba fuera de alcance, alelándose por la cuarta dimensión a la velocidad de la luz. Había sido suyo, privado, como las ilusiones de un emporrado y, como Chad prometió, el mundo real se había reservado su poder exclusivo de tomarle por sorpresa.

—Sí, soy Macerdo —dijo, escuchando con interés el tono de incredulidad de su propia voz—. ¿Le han enviado para recibirme y llevarme al Campamento Floreciente?

Entre los cascos de naves militares que. como restos de ballenas, punteaban las playas antaño hermosas, el cascarón incongruentemente pequeño, incongruentemente brillante, incongruentemente ruidoso de una lancha hinchable le llevó junto con su anónimo compañero por sobre la espuma agitada de los bajíos hacia la masa del Campamento Floreciente, que se recortaba en el horizonte como la Isla del Diablo. Escalando los pilares que soportaban la gran plataforma principal, como si se prepararan a volver al universo más sencillo y menos peligroso de los antepasados simiescos de la raza humana, los reclutas, completamente equipados, se esforzaban para no incurrir en las iras de su sargento.

—He solicitado a Washington que le reevalúen —dijo el Coronel a quien le llevaron a ver—. Es por algo que yo creí que se asegurarían en Washington de que usted comprendiera, antes de reclutarle y mucho menos activarle: que ningún individuo por sí solo lo sabe todo, ni siquiera lo suficiente como para llegar a conclusiones fiables por su propia iniciativa. Sin embargo, veo que su especialidad es la gepadigencia, así que tiene una posibilidad marginal de estar en lo cierto con más frecuencia que la mayoría de la gente. Simplemente, no lo vuelva a hacer.

—¿Cuál dice usted que es mi especialidad... señor?

—¡La gepadigencia! ¡Generación de estructuras por aplicación deductiva e inductiva de la inteligencia! —el coronel se peinó el cabello con los dedos.

Otra barrera se alzó entre Donald y el hombre que había creído ser. No hacía ninguna diferencia, en realidad: el pasado ya estaba fuera de alcance. Pero siempre había estimado aquel talento como algo particularmente suyo y, de un modo irreal, se sintió dolido al averiguar que era algo suficientemente conocido como para tener un mote.

—¿Qué es lo que no debo volver a hacer, señor? —^preguntó.

—¡Saltar a conclusiones, naturalmente! —dijo secamente el coronel—. Creo que usted decidió que era una conclusión evidente que su misión estaba relacionada con este nuevo programa genético, pero hizo usted mal del copón en prever la decisión oficial de descubrir la tapadera que le dio Delahanty.

¿Descubrir? Oh. Se refiere a decirle a Norman y a los demás que me habían dicho que saliera de Nueva York.

Donald se encogió de hombros y siguió callado.

—¿Tiene aquí sus órdenes selladas? —preguntó el coronel.

—Sí, señor.

—Démelas.

Donald le entregó el paquete. El coronel examinó los documentos que contenía y los metió en una ranura que había a un lado de la mesa, etiquetada Destrucción de material secreto. Suspiró, apretando un botón.

—Aún no tengo todos los detalles de su nueva tapadera —dijo—. Sin embargo, entiendo que el anuncio oficial hecho por Yatakang supone que se podrán meter en el país por los canales convencionales más visitantes extranjeros de lo normal. No dejan de ser vías más sencillas que las irregulares —dirigió la vista a la única ventana de la oficina, que daba a un patio de instrucción donde un grupo de reclutas recientes iban de un lado a otro en formación.

»A grandes rasgos y a todos los efectos va usted a ser enviado abiertamente, como periodista científico independiente contratado por el EXAMINALISIS del Servitrans Sateling. Es completamente auténtico y, antes de que lo pregunte, le diré que su falta de experiencia no tiene

Librodot

importancia. Sólo necesita hacer la clase de preguntas que los periodistas de verdad plantearán sobre el programa eugénico. Sin embargo, se le dará cierta cantidad de información adicional. Lo más importante es que será el único periodista extranjero en Yatakang con posibilidades de entrar en contacto con Jogajong.

Donald se puso rígido y se le empezaron a poner los pelos de punta.

¡No sabía que hubiera vuelto! ¡Si es el tipo de persona que dicen, es posible que me meta en una guerra civil!

—¿No sabe a quién me refiero? —gruñó el coronel, confundiendo el gesto de desmayo de Donald con uno de incomprensión.

—Sí, señor —murmuró Donald. Nadie que hubiera tenido que aprender yatakangi contemporáneo habría podido evitar las menciones a Jogajong. Encarcelado cuatro veces por el régimen de Solukarta, cabeza visible en el exilio del Partido Liberal de Yatakang, promotor de una revolución activa tras la cual había tenido que salir del país, autor de libros y panfletos que seguían circulando, a pesar de ser retirados por la policía y quemados públicamente...

—¿Alguna pregunta? —dijo repentinamente el coronel, con tono aburrido. —Sí, señor.
Varias.

—¡Aja! Muy bien, oigámoslas. Pero le advierto que ya le he dicho todo lo que puede usted saber en esta fase.

Aquello eliminaba cuatro preguntas inmediatamente. Donald dudó.

—Señor, si voy a ser enviado abiertamente a Yatakang, ¿por qué se me dijo que viniera al Campamento Floreciente? ¿No resultará sospechoso, si averiguan que he estado en un establecimiento militar?

El coronel meditó sobre ello.

—Creo que se puede contestar en los términos de referencia actuales —dijo por fin—. Es una cuestión de seguridad. El Campamento Floreciente es seguro. Las instalaciones del continente muchas veces no lo son.

»Ahora que se me ocurre, le voy a contar una anécdota instructiva que le puede aclarar
mucho este asunto.

»Una determinada base de playa quedaba a la vista de una colina muy apropiada para volar cometas. Un chico de unos catorce o quince años solía subir allí para volar una cometa de caja especialmente buena que

se había construido él mismo. Y llevaba haciéndolo todos los días, durante dos meses del copón, cuando uno de los oficiales de la base se preguntó cómo era que nunca hacía nada durante sus vacaciones más que jugar con una cometa. Subió, y en el extremo de la cuerda de la cometa encontró una grabadora, y en la propia cometa una cámara de TV en miniatura. Y el chico —fíjese, de no más de quince años— le tiró un cuchillo, dándole en un muslo, e intentó estrangularle. ¿Comprende?

Donald asintió con un leve estremecimiento.

—Y hay otro motivo, naturalmente. Este es el mejor sitio para eptificarle para su misión.

—El Mayor Delahanty me habló de eso —dijo Donald, lentamente—. No lo tengo muy claro.

—La palabra eptificar se deriva de un acrónimo: EPTI quiere decir «Educación Para Tareas Individuales». La mayoría de los estúpidos de los civiles no se toman la idea en serio. Para ellos es sólo una más entre una horda de panaceas comerciales que los estafadores utilizan para chuparles la pasta. Y en parte es cierto, desde luego; porque para utilizar determinadas técnicas apropiadamente es más o menos imprescindible que se lo hagan a uno, y no devolvemos a la vida civil a casi nadie eptificado por nosotros.

—¿Quiere decir que después no voy a...?

—No me refiero a usted concretamente —cortó el coronel—. ¡Digo que, en principio, no es muy aplicable fuera del servicio!

—Pero si voy a tener que parecer un periodista...

—¿Qué tiene eso que ver? Para eso basta con enviar datos. Se supervisarán y editarán en este país. El Servitrans Sateling tiene un equipo de expertos para encargarse de ese aspecto del problema.

—Creo que me he perdido en algún punto —dijo Donald, confuso—. Cuando dijo usted que la falta de experiencia como periodista no importaba, asumí naturalmente...

—Sí, hace usted un montón de suposiciones, ¿verdad? No estamos aquí para darles a las
agencias de noticias un personal brillante, de todos modos... ¡cómo habría comprendido si se hubiera parado a pensar! En cualquier caso, no es para eso para lo que necesita usted eptificación.

—Entonces, ¿para qué?

Librodot

—En sólo cuatro días —dijo el coronel— va a ser eptificado para matar.

VIENDO PRIMEROS PLANOS (14)

PON EN MARCHA EL RELOJ Y CORRE

Aún quedaba lugar para algunos negocios unipersonales incluso en esta era de automatización, ordenadores y grandes proyectos. Jeff Young lo había encontrado para el suyo.

Silbando, cojeó a lo largo del estrecho pasillo que quedaba entre las dos filas de máquinas herramienta controladas por cinta magnética. Era un hombre encorvado de algo más de cuarenta años, cabello oscuro ya escaso y grandes ojeras que sugerían una adicción leve y socialmente no reprobable: posiblemente algún estimulante como el Procrozol, con un fuerte efecto secundario de insomnio. De hecho, dormía menos que la mayoría de la gente; por otra parte, se comportaba como si le sobrara siempre un poco de dinamismo. Pero no se debía a ninguna clase de droga.

Llevaba un pequeño saco de plástico. Se detuvo ante uno de los tornos en funcionamiento y aplicó la boca del saco a la tolva de viruta. Vertió medio kilo de pequeños trozos y cortezas de magnesio.

Luego cruzó hacia una pulidora que estaba dejando la superficie gris de una pieza de hierro fundido tan lisa como un espejo, y añadió cierta cantidad de polvo metálico.

Aún silbando y balanceándose sobre su pierna coja, salió del taller y cerró la puerta. La luz se apagó automáticamente: los controles por cinta no necesitaban ver lo que hacían.

La única otra componente de su personal, una tía que a menudo les daba la impresión a los clientes de ser demasiado estúpida incluso para trabajar de secretaria de un taller de tornos y fresadoras, ya se había ido de la oficina a casa. Sin embargo, la llamó y esperó un momento la posible respuesta antes de acercarse a una fila de acuarios de poca profundidad que estaban alineados a lo largo de la pared trasera de la habitación. Pececillos de colores contemplaron sin comprender cómo hundía un anzuelo en todos ellos, uno tras otro, y sacaba de su escondite entre la arena blanca y fina del fondo una serie de cápsulas de plástico, medio llenas de algo brumoso y marrón.

Satisfecho, las devolvió a su sitio, activó las alarmas antirrobo y conectó el anuncio luminoso que identificaba la casa como Taller de metal de Jeff Young - Se realizan diseños funcionales y artísticos.

Con el saco balanceándose colgado del brazo, cerró y se dirigió al rapitrans.

Tras cenar frugalmente ante su TV holográfica, nueva pero no demasiado ostentosamente cara, salió de nuevo de la casa a las once y diez PapáMamá, llevando el saco en una pequeña cartera de mano negra. Tomó el rapitrans hasta una estación en que paraba muy poca gente después del anochecer, un terminal de playa instalado principalmente para los bañistas y los que tomaban el sol y aislado entre los tentáculos radiales de la ciudad, porque aquí el suelo era demasiado inestable para soportar el peso de edificios de altura suficiente para ser rentables. Se había impuesto la costumbre de dar un paseo nocturno desde hacía años. Era uno de los motivos de que durmiera poco.

Caminó pausadamente hasta que perdió de vista el rapitrans. Luego, repentina y ágilmente, se ocultó en la sombra profunda de unos arbustos ornamentales y abrió la cartera. Sacó de ella una máscara de gasa y se la puso. Luego roció el saco de plástico con un aerosol que destruiría tanto la huella grasienta de los dedos como las células epidérmicas desprendidas que se pudieran haber pegado a la superficie.

Por último sacó una pistola de descargas —que poseía legalmente, autorizada por los plomeros como apropiada para un hombre que tenía un taller valioso— y avanzó por la
playa.

Llegó al punto de cita previamente acordado y se detuvo, mirando el reloj. Faltaban dos
minutos. Encogiéndose de hombros, esperó en silencio.

Pronto se dirigió a él una voz desde la oscuridad.

—Aquí... por aquí —dijo.

Se volvió hacia el sonido. La voz había sido de un varón, pero eso era lo único que podía decir de su dueño. Cuando trataba con guerrilleros, así era como le gustaba que se hicieran las cosas. Casi con seguridad se encontraba bajo el campo de visión de un proyector de luz negra, de modo que se comportó como si su invisible interlocutor pudiera ver todos sus movimientos.

Señaló con la pistola un punto en la arena, a sus pies. Un pequeño paquete trazó un arco en el aire y aterrizó pesadamente. Agachándose sobre una rodilla, palpó el contenido y asintió. Cambió el paquete por la bolsa de plástico, se alzó y retrocedió un par de pasos. Para entonces ya se le había acostumbrado la vista a la penumbra, y pudo ver que la persona que salió de las sombras para recoger el saco no era quien

había hablado, sino una chica probablemente joven y desde luego de bonita figura.

Agachándose —lentamente, para no alarmar al hombre que había más allá— cogió un palo del suelo y escribió con él, al revés, palabras en la arena.

¿PARA QUE?

Una risa contenida.

—Mañana lo verás en las noticias —dijo el hombre.

¿CREES QUE OS VENDERÍA?

—Llevo libre un año y medio —dijo el hombre—. No lo he conseguido delatando mis movimientos.

YO-8 AÑOS.

La chica se había retirado ya junto a su hombre. Borró con el pie cojo lo que había escrito y lo reemplazó por ALUMINOFAGOS DE TG.

—¿Tienes de eso? —preguntó el guerrillero, asombrado.

LO ESTOY CULTIVANDO.

—¿Cuánto?

BARATO. DIME PARA QUE ES LA TERMITA.

Luego tachó lo anterior y escribió CARO.

—Ya veo. Dime unas cuantas cifras.

Volvió a borrar las letras.

150$ POR 1.000. REPRODUCEN 1.000.000 EN 6 DÍAS

—¿Es tan bueno como dice TG?

EN 12 HORAS ROMPE CABLE MONOFILAR DE 3 CM.

—¡Dios! ¡Ese cable es el que usan para colgar los puentes suspendidos!

SI.

Borrado de nuevo. Espera tensa.

—Nos vendría bien —dijo el hombre por fin—. De acuerdo, acepto el trato. Vamos a cortar el rapitrans del puente de la bahía.

VÍA BIEN VIGILADA.

—No vamos a ponerlo en la vía. Hay un trecho en que el tubo neumático de envío de paquetes corre paralelo al monorraíl. Si lo cronometramos bien, debe fundirse y cortocircuitar los cables eléctricos.

¿DETONANTE DE ACIDO FOSF.?

—No, tenemos una espoleta de tiempo de arco voltaico.

NO MÍA.

Otra risa, esta vez con tono amargo.

—Gracias, cuando pueda pagar tus precios enviaré el dinero a Suiza. Muy bien, te haré saber cuándo vamos a necesitar los aluminófagos.

BUENAS NOCHES.

—Buenas noches.

Se oyeron unos sonidos amortiguados desde la dirección de la voz. Esperó hasta que se perdieron en la distancia, luego cogió un trozo de madera vieja y alisó la arena en que había escrito su parte de la conversación.

Volvió a casa tan deprisa como le permitía la pierna más corta, dejando que sus huellas
quedaran borradas por la marea nocturna.

En vez de irse a dormir en su apartamento, hizo como solía en las noches de buen tiempo: llevó un colchón hinchable al tejado del edificio. También cogió un par de binoculares, pero los llevó bien escondidos en el rollo del colchón.

Cuando llegó arriba, estaban divirtiéndose allí un chico y una chica, pero aquello era normal. Tendría toda la intimidad necesaria en donde quería estar, al otro lado de las chimeneas de aireación. Contento, tendió el colchón, calculando mentalmente cuánto tiempo tendría que esperar antes de empezar a otear. Supuso que una hora, y casi acertó. Al cabo de sesenta y seis minutos, un brillo intenso estalló y se tendió por el canal de envío de paquetes del puente de la bahía, poniendo en contacto secciones desgarradas del mismo con las conducciones eléctricas del monorraíl.

Librodot

Asintió con aprobación profesional. Tendrían que estar reparándolo toda la noche. No estaba mal para unos aficionados; no estaba nada mal. Aunque, cuando amplió sus servicios para satisfacer las necesidades de los guerrilleros además de las de los saboteadores habituales por afición, había esperado que se fijarían objetivos algo más ambiciosos. Estaba bien lo de provocar estas perturbaciones, a cambio, pero...

No es que compartiera las convicciones políticas de los guerrilleros. Ni era nihilista ni un hermanito rojo, las dos facciones diametralmente opuestas que se dedicaban tanto a pelearse entre ellas como a atacar la sociedad establecida a su alrededor. Simplemente no había otra salida para su mayor calentó. El ejército le había eptificado como saboteador y, tras el accidente que le dejó una pierna coja, se había negado a reengancharle.

¿Qué puede hacer un hombre hambriento sino comer los alimentos que tiene delante?

Aún no habían tenido la presencia de ánimo suficiente para cortar la tensión de los cables cortocircuitados en el puente, y las chispas hacían brillar los soportes y las vigas como las columnas del infierno. Jeff Young sintió que el calor de la bomba de termita le penetraba el vientre y descendía y, con la mano que no sostenía los binoculares, empezó a liberarse de él rítmicamente.

CONTINUIDAD (15)

NO PERDÁIS LA OPORTUNIDAD

Algunas grandes empresas seguían manteniendo la mesa tradicional de reuniones del Consejo de Administración. No era el caso de TG, producto moderno. La sala de conferencias de la planta presidencial de la torre era una habitación iluminada suavemente con lámparas blanquecinas desde el techo arqueado, puntuada por mesas individuales que consistían en un sillón cómodamente acolchado rodeado de equipos electrónicos. Cada mesa disponía de una pantalla de proyección holográfica, una grabadora, un terminal de ordenador y teléfonos de acceso directo a cualquiera de las cuarenta y ocho fábricas filiales de TG y a más de novecientas oficinas locales en quince países, algunos de los cuales entraban en comunicación vía satélite.

Los sillones de los Consejeros estaban tapizados en cuero genuino, los de los V.Pres ejecutivos en tela y los de los V.Pres adjuntos y especialistas llamados en ocasiones particulares en plástico adaptable. Hoy se habían instalado dos sillones adicionales de cuero, uno para Elias Masters —difícilmente se le podía ofrecer menos a un embajador— y el otro para el flaco y desgarbado sintetista estatal a quien Norman

había conocido durante las conversaciones preliminares, el Dr. Rafael Corning. Era la primera vez que Norman había tenido que trabajar en colaboración con un sintetista, y la masa de conocimientos disponibles de inmediato de que hacía gala aquel hombre le había deprimido, haciéndole sentirse como si hubiera desperdiciado toda su vida anterior.

Pero no era eso lo único que le bajaba la moral. Se sentía hueco, como si se fuera a desmoronar bajo una tensión insoportable. En todas las ocasiones anteriores desde que le promocionaron al cuadro directivo, le había parecido satisfactorio ser el único afro que asistía a estas reuniones, y esperaba el día en que pudiera heredar primero un sillón tapizado en tela y luego uno de cuero. Se había visto lanzado muy por delante de sus planes, accidentalmente. Toda la aventura de Beninia giraría a su alrededor como si él fuera el eje, independientemente de la categoría que le atribuyeran oficialmente.

Se miró las palmas blancas de las manos y se preguntó cuánto podría pesar el futuro de
todo un país.

De vez en cuando pronunciaba un saludo mecánico.

Exactamente a tiempo entró la propia Vieja TG, asistida como de costumbre por un secretario humano, pero tan cargado de equipos portátiles como para convertirse de hecho en una extensión de los inmensos recursos de tratamiento de la información de la empresa, incluyendo a Shalmaneser. Tras ella entraron Amílcar Waterford, el tesorero, e inmediatamente después E. Próspero Nivel, el secretario general. Cuando tomaron asiento, un silencio tenso llenó la sala.

—He convocado esta reunión extraordinaria de la directiva —dijo la Vieja TG sin más
preámbulo— para recibir y votar un informe especial del vicepresidente a cargo de Planificación y Proyectos. También están presentes dos personas que no son miembros de la empresa: el señor Elias Masters, embajador de los EE.UU. en Beninia, y el doctor Rafael Corning, del Ministerio del Interior. ¿Los que estén a favor de que sigan aquí...?

Norman buscó torpemente el botón del «sí» en su mesa. En el panel frontal de la Vieja TG, una estructura de luces, todas verdes, mostró el resultado de la votación.

—Gracias. Rex, ¿quieres presentar el informe?

La Vieja TG se reclinó en el sillón y cruzó los brazos. Por primera vez, que recordara, Norman decidió que su comportamiento era orgulloso. Y luego se preguntó si él mismo hubiera podido evitar actuar del mismo

modo si hubiera tenido la visión y persistencia capaces de conseguir un poder personal tan enorme.

¡Hay prejuicios contra los afros, pero también los hay contra las mujeres y son una minoría más marginada que nosotros!

Rex Severo se aclaró la voz.

—Antecedentes —dijo—: Beninia se enfrenta a una crisis ante el próximo retiro del presidente Zadkiel Obomi. Cuando se produzca su fallecimiento o su separación de tal cargo se pueden dar dos consecuencias. Una guerra civil por la sucesión es la menos probable, a la vista de la trayectoria excepcionalmente pacífica de los acontecimientos en el país desde la independencia. Las posibilidades se decantan del lado de la otra, a saber: que sus poderosos vecinos africanos intenten anexionarse el territorio. La intervención de una tercera fuerza puede impedirlo actuando como blanco común de las recriminaciones, y el Estado desea intentarlo.

»Una situación muy semejante se produjo cuando el archipiélago de las Sulu se independizó de la República de Filipinas. Como saben, la solución de integrar aquellas islas en nuestro país bajo el nombre de Estado de Isola no produjo el resultado esperado, la pacificación de la zona. Aún más, en el caso de Isola las partes en conflicto tenían un enemigo aceptable para la opinión pública, los chinos. Ya que ni los dahomalianos ni los SO.Ñ.A.D.O.s suponen para nosotros un peligro militar, la intervención según el modelo de Isola sería considerada un derroche innecesario de nuestros recursos.

»Sin embargo, el embajador Masters ha encontrado una alternativa factible: integrar a Beninia no en nuestra órbita nacional, sino en la comercial; ésta es la proposición que os vamos a pedir que aprobéis hoy.

«Beninia ofrece una fuente de mano de obra barata y potencialmente especializada, situada admirablemente desde el punto de vista de su posible extensión al continente. Lo que es más, se encuentra del mismo modo en buena posición para procesar materias primas procedentes de los depósitos minerales, hasta ahora inexplotados, descubiertos por el PMAM.

«Habrán visto ustedes, en el resumen escrito que se ha distribuido, que el volumen de negocio previsto para esta operación es comparable a un presupuesto nacional, y que el proyecto no quedará terminado hasta 2060. A pesar de su escala, sin embargo, se ha demostrado la posibilidad de evaluar hasta los más mínimos detalles, y toda la información que tienen en el resumen ha sido examinada completamente por Shalmaneser como caso hipotético. Sin su veredicto favorable no habríamos presentado el informe.

—Gracias, Rex —dijo la Vieja TG—. Veo luces de interrogación en varios sitios... tengan la amabilidad de esperar hasta que hayamos oído al doctor Corning y al señor Masters. ¿Doctor Corning?

El hombre alto y desgarbado se inclinó adelante.

—No necesito añadir más que comentarios menores al magnífico documento que ha hecho circular el señor Severo —dijo—. En primer lugar, respecto a la intervención del Gobierno. Aunque no tenemos al único Shalmaneser, tampoco estamos mal dotados de ordenadores, y hemos analizado con mucho detenimiento la sugerencia del señor Masters antes de dar el visto bueno a su presentación a ustedes. El Estado está dispuesto a comprar un cincuenta y uno por ciento de la emisión de obligaciones que se haga para financiar el proyecto, aunque para minimizar las repercusiones políticas tendremos que hacerlo a través de terceros. Esto eliminará las quejas sobre el neocolonialismo, de tal modo que podemos esperar, al cabo de diez años, disfrutar de una cooperación activa por parte de los vecinos de Beninia para asimilar los frutos del plan. Y, en segundo lugar, me gustaría hacer notar que el señor Masters concibió esta idea después de una experiencia muy amplia en el país y que, por tanto, deben tenerse muy en cuenta sus recomendaciones personales.

—¿Señor Masters? —invitó la Vieja TG.

—Muy bien, lo haré personal, entonces —dijo Elias, tras un momento de duda apenas perceptible—. El motivo de que haya sometido este proyecto a la consideración del Estado no tiene nada que ver con el beneficio que su empresa puede esperar. Si conocen ustedes, por poco que sea, la historia reciente de África habrán observado que la retirada de los poderes coloniales dejó el mapa convertido en un embrollo espantoso. Líneas arbitrarias separaban unidades económicas potenciales... líneas no basadas siquiera en motivos tribales, sino dictadas por las luchas por el poder de la Europa del siglo XIX. Como resultado, muchos países cayeron en un caos. Hubo guerras civiles, multitudes de refugiados, pobreza, hambre y enfermedades.

«Desde que arraigó la idea federativa, las cosas han mejorado. Países como Dahomalia, por ejemplo, o la Suciedad de Naciones Africanas Del Oeste, han llegado a ser lugares razonables para vivir, con un PNB adecuado y servicios públicos estables. Pero en Dahomalia no se asentaron las cosas hasta después del genocidio de veinte mil miembros de una tribu disidente, y en lo que se refiere a Sudáfrica... oh, no importa. Todo el mundo sabe qué infierno en vida era aquello.

»En medio de todo este panorama, mi buen amigo Zad Obomi ha llevado a cabo el milagro de crear el equivalente de una Suiza africana, libre de alianzas que pudieran arrastrarla a guerras que no le importaban, como

Librodot

pasó con Sierra Leona y Cambia; no exprimida de recursos insustituibles por un aliado extranjero más poderoso, como pasó con el Congo... y así sucesivamente.

«Beninia es un país oprimido por la pobreza, pero es un lugar maravilloso para vivir. Un cinco por ciento aproximadamente de sus habitantes huyeron hacia allí de conflagraciones tribales en territorios adyacentes, pero no ha habido violencia tribal en Beninia. Hay cuatro grupos idiomáticos, pero no ha habido conflictos como los que hemos visto tener lugar aquí cerca en Canadá, o en Bélgica antes de su división. Es un país pacífico, y me parece que es algo demasiado valioso para ser devorado por unos vecinos ávidos sólo porque el presidente Obomi no puede vivir eternamente.

Calló. Mirando a los colegas que le rodeaban, Norman detectó expresiones de confusión y se le vino el alma a los pies.

La Vieja TG tosió adecuadamente.

—Apenas necesito indicar —dijo— la importancia de loque nos acaba de decir el señor Masters. Un punto de entrada al creciente mercado africano, libre de problemas civiles y de los otros riesgos de una cabeza de puente en África, es algo muy notable ¿verdad?

Norman vio desaparecer los gestos confusos y sintió un rayo de sincera admiración por la habilidad de la Vieja TG para manipular a sus directivos.

—A continuación —siguió TG— doy la palabra a Norman de la Casa, recomendado personalmente por el señor Masters para iniciar nuestras conversaciones con el gobierno de Beninia. ¿Norman?

Aquí estaba el gran momento. Durante un instante terrible, durante un latido, se sintió aterrorizado, como si una amnesia le hubiera borrado todo lo que había previsto decir. Sin embargo, la sensación se desvaneció tan rápidamente que cuando se dio cuenta de que se había recuperado, ya estaba hablando.

—Gracias, TG —dijo, percibiendo los movimientos de reacción. Tradicionalmente, los V.Pres. adjuntos le llamaban «Srta. Maleche» o (por analogía con la forma de dirigirse a la Reina británica) «señora». Se alzaron varias cejas en reconocimiento de la promoción inminente. Norman estaba demasiado preocupado para que le importara. Había dedicado trabajos infinitos a sondear a sus colegas, intentando averiguar qué enfoque les causaría más efecto, y Rex había puesto a su disposición un ordenador para evaluar las diversas posibilidades en función de sus características personales; un instante de falta de atención podía echar a perder tantos esfuerzos.

»E1 señor Masters nos ha llamado la atención sobre un aspecto muy notable de la historia de Beninia que me gustaría ampliar. El legado del colonialismo allí ha sido pacífico, aparentemente. Beninia jamás ha sufrido, ni siquiera en los años de la crisis de los 1980, de agitaciones para expulsar a los extranjeros, ni mucho menos para asesinarles. Los beninianos parecen confiar suficientemente en sí mismos como para tratar con cualquiera en los términos que les parezcan aceptables. Saben que necesitan ayuda. No rechazarían una oferta simplemente porque viniera de, digamos, Inglaterra, el antiguo poder colonial, o de nosotros mismos sólo porque éste sea un país primordialmente de raza blanca. Y así sucesivamente.

»Un rasgo común en el resto de África, la avidez por lo que los países más ricos se pueden permitir darles, combinada con un resentimiento hacia los extranjeros, no existe en Beninia. Esto implica la solución de uno de los principales problemas colaterales planteados por el proyecto que estamos considerando.

»No dudo que algunos de ustedes se preguntan: "¿En qué experiencia nos apoyamos? Como país cuya misma formación se llevó a cabo en base al rechazo de la interferencia de ultramar, ¿cómo nos las vamos a arreglar para llevar los asuntos internos de otra nación en otro continente?"

»Una pregunta muy honrada... cuya respuesta es inmediata. Existe una masa de experiencias que podemos aprovechar, principalmente en Inglaterra, pero también en Francia. En ambos lugares hay gran cantidad de funcionarios de talento que trabajan en administraciones coloniales y que ahora están enterrados en otros cargos. Nuestras investigaciones han demostrado que muchos de ellos querrían volver, como consejeros... y me permito llamar la atención sobre este punto: no como ejecutivos ni directivos, sólo como consejeros expertos.

»Por otra parte, todos ustedes recordarán el llorado Cuerpo de Pacificación que se deshizo en 1989 como resultado de la ola de xenofobia que en aquel momento cubría África y Asia. Desilusionado, el Congreso lo abolió por no justificar su coste, entonces colosal. Sin embargo, si alguno de ustedes suele tener contacto con jóvenes sabrá que su leyenda sobrevive. Trabajar para la OEA en Chile o Bolivia es un sustituto aceptable, pero no supone una salida suficiente para todos los voluntarios disponibles. Podemos elegir y seleccionar entre decenas de miles de jóvenes aventureros el personal necesario para, especialmente, nuestro programa educativo en Beninia.

»La financiación del proyecto está asegurada. La materia prima necesaria está asegurada. Como creo haber dejado claro, el personal está asegurado. Recomiendo firmemente la aprobación del proyecto.

Librodot

Cuando terminó, se quedó asombrado al sentir el corazón latir alocadamente y la piel empapada de sudor.

Vaya, comprendió con cierto desmayo*, estoy desesperadamente interesado en que esto salga adelante. Y si lo rechazan, ¿qué? Renunciar. Ir a Yatakang con Donald Macerdo. Cualquier cosa excepto seguir en TG. La idea era impensable.*

Apenas oyó las exposiciones que siguieron a la suya: el informe de tesorería de Amílcar
Waterford, un estudio de mercado, un análisis psicológico de los accionistas principales que sugería una mayoría probable del sesenta y cinco por ciento a favor en una asamblea general.

Volvió a prestar atención cuando llegó el turno de preguntas, pues éstas podían ayudarle a prever la decisión de la directiva.

—Me gustaría preguntarle al doctor Corning por qué el Estado ha decidido que se dirigiera el señor Masters a nosotros en vez de crear una corporación él mismo —«Paula Phipps, la hombruna V.Pres. ejecutiva a cargo del departamento de orgánica comercial.

—El proyecto es viable o no en función de la materia prima —dijo brevemente Corning—, y sólo TG tiene el PMAM.

—¿Ha tenido en cuenta el análisis psicológico de nuestros accionistas el hecho de que las cuatro quintas partes de ellos son blancos y pueden oponerse a que se invierta tanto en un país negro, cuando el beneficio resultante se retrasará en varios años? —era Macy O'Toole, V.Pres. adjunto a cargo de Aprovisionamiento, dirigiéndole a Norman una mirada algo ceñuda.

—El beneficio de la inversión no se retrasará —dijo Amílcar Waterford--. ¡Macy, no has estado prestando atención! —un desaire notable; Norman se sorprendió, porque aquello indicaba que Waterford estaba firmemente en el grupo de los síes—. Los trabajos preliminares de dragado de Port Mey, que atraerán cargamentos que actualmente van a otros puertos menos favorablemente situados, producirán, según las estimaciones, dividendos de inmediato. Vuelve a repasar el documento escrito, ¿quieres?

Hubo una pausa, sin que nadie más quisiera arriesgarse a provocar las reprensiones del Consejero.

—¿Alguien tiene más preguntas? —preguntó la Vieja TG.

—¿Por qué no hay aquí un representante del gobierno de Beninia? —habló por fin Nora

Reuben, V.Pres. ejecutiva a cargo de Electrónica y Comunicaciones—. Me da la sensación de estar trabajando en el vacío.

Buena pregunta. De hecho, decidió Norman, la única buena hasta el momento. TG invitó al doctor Corning a contestarla.

—El señor Masters es la persona apropiada para hacerlo —replicó Corning, y todas las miradas se volvieron a Elias.

—De nuevo —dijo éste— me veo obligado a hablar más personalmente de lo que quizá quisiera. Posiblemente algunos de ustedes recuerden las especulaciones que hubo cuando me enviaron a Port Mey en vez de a cualquiera de los destinos que se me tenían previstos, como Manila o Delhi. El motivo de que fuera a Beninia, sin embargo, es muy sencillo. Zad Obomi es un antiguo amigo mío; nos conocimos en las NÚ cuando yo pertenecía a la delegación americana como consejero especial sobre territorios excoloniales. Cuando se retiró mi predecesor en Port Mey, Zad me solicitó para el puesto y yo acepté. Sólo me ha pedido en toda su vida otro favor, y éste muy recientemente.

»Zad tiene ahora setenta y cuatro años. Es un hombre agotado. Como saben ustedes, quedó medio ciego en un intento de asesinato, y las consecuencias han sido tanto psicológicas como físicas.

»Y hace unas semanas, me llamó a su oficina y me dijo lo siguiente... voy a intentar citarle literalmente. —Elias cerró los ojos y frunció el ceño—. Dijo: "Perdóname por echarte esta carga encima, pero no conozco a nadie más a quien se lo pueda pedir. Mis médicos me prometen pocos años más de vida, aunque me retire. Quiero dejar a mi pueblo una herencia mejor que el caos, el hambre y la pobreza. ¿Puedes decirme cómo?"

»Señora, no hay necesidad de un representante del gobierno de Beninia. Para Zadkiel Obomi el pueblo de Beninia son sus amigos, prácticamente su familia, y él ha sido su único apoyo y tutor desde 1971. No pide ayuda en nombre de un gobierno. Lo que pide es un modo de proveer por quienes dependen de él cuando muera.

Se hizo el silencio. Durante el mismo, Norman se encontró intentando decirle telepáticamente a la Vieja TG: no abras la votación ahora; no han entendido lo que decía Elias, te arriesgas a cogerles en un momento en que no estén convencidos...

Pero TG ya estaba hablando.

—A menos que haya más preguntas... procedamos a votar. ¿Los que están a favor de aceptar el informe de Planificación y Proyectos..,?

Con el dedo casi embotado por la presión que aplicaba a su propio botón afirmativo, Norman contempló la estructura de luces en la mesa de TG. Verdes nueve-once-quince...

¡Lo hicimos!

Miró a Elias, deseando compartir con una expresión de alegría el placer que le había provocado el veredicto, y descubrió que el otro hombre le miraba de un modo completamente distinto. Había una especie de pasión en su rostro, como si dijera: he confiado en ti, más te vale responder bien.

Y todas las implicaciones de lo que acababa de ocurrir se abatieron de golpe sobre la mente indefensa de Norman.

CONTEXTO (14)

EL CENTRO DE LA TORMENTA

Yatakang (YAT'-a-KANG), Democracia Socialista Orientada de: país, SE Asia, más d. 100 islas, princ. Shongao 4.636 Km. cuad. Pob. estim. 230.000.000. *Gongilung (4.400.000).
Aluminio, bauxita, petróleo, té, café, caucho, fibras textiles.
Asentamiento medieval del Imperio de Takang (ap. 1250-1475). Reino indep. hasta ap.
1683. Dividido s. xvnr-xix. Col. holán. 1899-1954. Repúb. indep. 1954 hasta la fecha.
Prop. reí. Khmon c. Nger.: 7 % Bud. c. div. pag.; 20 % Mu-sulm.; 10 % Xian (prot.).
—...y mostrar el camino de avance para liberarse de la contaminación extranjera a todos
los pueblos de Asia. La Historia se está haciendo en Yatakang. Nunca antes una nación
ha recibido la promesa de verse libre de los caprichos del destino; nunca antes ningún
gobierno pudo prever una ciudadanía perfectamente preparada tanto para contribuir al
progreso creciente del Estado como para disfrutar al máximo de sus vidas como
individuos. Bajo la dirección del científico de renombre internacional Dr. Sugaiguntung, y siguiendo el caudillaje de nuestro bien amado Mariscal Solukarta, a quien masas de gente en todas las ciudades de Yatakang rinden pleitesía, reuniéndose espontáneamente...

(CAUDILLAJE: Una forma de autopreservación que exhiben personas de ilusiones autodestructivas con el fin de asegurarse de que cuando llegue el momento de la verdad serán otros quienes la sufran en vez de ellos.

—El diccionario del felicrimen, por Chad C. Mulligan.)

—Carajo lo que quiero saber es esto: ¿por qué nosotros no podemos tener lo que los habitantes de un sucio arrozal, que se dedican a chapotear detrás de sus búfalos o lo que
sea, van a disfrutar gratis?

LAS COSAS QUE PASAN (9)

MASACRE

Colección «Armas históricas». Regalo ideal cumpl. o Navid. Niños edades 7-12. Hombre de las cavernas (hacha de sílex, cuchillo), Legionario romano (lanza, espada), Cruzado (lanza, maza), Arquero (arco, ballesta), Mosquetero (mosquete, pistola de 1 tiro). Comando (rifle, granada), Guardia-marina (pistola de descargas, cazú). Plástico duradero, calidad de detalle. ¡Sólo 112,50 $!

—En el choque más duro habido hasta ahora este año, unidades del Grupo de Combate del Pacífico n.° 23 infligieron severas pérdidas de hombres y material a los piratas chinos en el océano, esta mañana. Se informa que nuestras propias bajas fueron leves.

INFLAMABLE

Su aliento caliente le salpicó el rostro de saliva. Sus manos salvajes se aferraron a los tiernos pechos. Ella recordó lo que le había dicho Papá hacía una infinidad de tiempo e intentó relajarse, dejarle hacer lo que quisiera. Luego, cuando él bajó la guardia, le palpó las mejillas con dedos rígidos y encontró los ojos. Saltaron de las cuencas como uvas húmedas y él aulló. Nunca había oído un sonido tan maravilloso en sus trece años. *AHORA SIGA LEYENDO*.

RADIACIÓN

—El presidente Yung envió hoy un mensaje personal de felicitación a los valientes marinos de la escuadra Bandera Roja de Sangre, que ayer infligieron grandes daños en hombres y material al agresor imperialista. Nuestras propias bajas fueron muy leves.

CARGADO

Solo, en los límites del espacio, el piloto de patrulla Eugene Flood vigila y guarda la seguridad de nuestros hogares y familias. Gracias a Técnicas Generales, armas capaces de destrozar —desde la misma órbita— cualquier cosa, desde una simple lancha de saboteadores a una megápolis completa, están a su disposición.

ENTRADA AL REFUGIO

—Hoy se ha enviado una nota a El Cairo protestando por la violación del espacio aéreo
israelí por un avión espía fotográfico. Se derribó el aeroplano y el piloto no pudo saltar.

CORTANTE

Una y otra vez machacó el rostro sangrante bajo él hasta oír el ruido satisfactorio de los
huesos al romperse. Los dientes del hombre se le metieron en la garganta y se ahogó en su propia sangre.

INFECCIOSO

—Hoy se ha presentado en Tel Aviv una dura nota de protesta por el ataque injustificado de unidades del ejército de Israel a un avión egipcio inocente que se desvió de su trayectoria por el fuerte viento. Se ha solicitado compensación para los familiares del piloto muerto.

NO NOS RESPONSABILIZAMOS DE LOS TRANSGRESORES

Siglos de habilidad artesanal experta han culminado en la nueva línea de armas deportivas Purdy. Nuestras carabinas y revólveres requieren de usted, su orgulloso poseedor, la mayor perfección en el tiro.

ZONA DE PLAGA

—Jóvenes fanáticos italianos intentaron esta mañana invadir el palacio del Papa Católico Tradicional Eglantine en Madrid, gritando «muerte a todos los herejes». Al abrir fuego la policía española, se negaron a huir en busca de abrigo y, en cambio, se rasgaron las cazamisas para revelar grandes cruces rojas tatuadas en el pecho. Los supervivientes serán interrogados en el hospital cuando estén en condiciones de hablar.

PÓNGASE LA MASCARA ANTIGÁS

Yacía sin moverse excepto por el débil ritmo de subida y bajada del pecho, que apenas movía la manta. Se acercó a él, intentando no darse cuenta de que durante el sueño su rostro adoptaba la suave hermosura de un adolescente, intentado recordar sólo cuánto le odiaba. Convulsivamente, alzó la botella rota y la abatió con violencia sobre su nariz y boca.

VIVE COMO UN HOMBRE EN EL EJERCITO

—Hoy, saboteadores Católicos Tradicionales hicieron estallar una bomba de tiempo en un barco carguero que llevaba píldoras anticonceptivas a Bombay, India, donde se necesitaban desesperadamente. Los hombres-rana intentarán rescatar los embalajes impermeables con la próxima marea baja, pero se ha desechado toda esperanza de salvar a la tripulación.

Proteja su hogar, su familia y a usted mismo con la extraordinaria gama de defensas personales de Indujap. Chorrevólveres, karanudilleras, vallas eléctricas, minas, trampas de todas clases a precios razonables. Totalmente garantizadas.

VENENO

—Una multitud que protestaba contra las recientes reformas lingüísticas que tienen por
objeto asimilar el brasileño-portugués al español hablado en todo el resto de Latinoamérica, prendió fuego hoy a cierta cantidad de edificios en las afueras de Brasilia.

La sujetó de los tobillos y, antes de que pudiera reaccionar ni siquiera con un gesto de sorpresa, la levantó y la empujó por sobre el alféizar de la ventana abierta. Muy abajo, se oyó un ruido entre golpe y chapuzón. Cuando miró, estaba abierta de brazos y piernas en el suelo. Asintió con una satisfacción amarga. Le había engañado por última vez.

ALTA TENSIÓN

Un cazú lanza una serie de cohetes en miniatura, no mayores que porros, cada uno de ellos con dispositivo direccional que les lleva hacia el calor corporal de cualquier ser humano. Aprenda a utilizarlo en el Centro de Preparación Militar de su localidad. Es parte de su responsabilidad de ciudadano el defenderse de la tiranía.

—Agentes electorales del Partido Shangano en el poder han pedido protección policial, según se informa, para aventurarse en zonas predominantemente zulús con el fin de pedir el voto popular para las próximas elecciones en Sudáfrica. Esto es consecuencia del empalamiento de Harry Patel, el ministro blanco de Asuntos Internos y Educación, al visitar Johannesburgo la semana pasada.

ZONA RESTRINGIDA

—Anoche fueron arrestados por la policía algunos de los que se hacen llamar «generales» y «coroneles» del Ejército de la República Francocanadiense en Montreal, alegando haber descubierto un complot para dinamitar las instalaciones del Parlamento, en Ottawa, durante la reunión de los diputados del próximo lunes.

Librodot

Sonrió al ver cómo la estela del cohete terminaba en las sucias barracas del pueblo ojirrajo. El mundo era un sitio mejor sin esos sangrones de mierda.

TIRO A DISCRECIÓN

Contempló la figura que se agazapaba ante él.

—¡Siempre has querido ser más una hija que un hijo! —gruñó—. ¿Ves esta navaja? ¡Te
va a dar exactamente lo que quieres! Ahora, ¿te quitas ese vestido o lo corto?

La división de Cohetes y Armamento de Técnicas Generales ofrece una carrera excitante a posgraduados, con el reto continuo de un trabajo en las mismas 'fronteras del progreso humano.

NO SE DA CUARTEL

—Anoche, multitudes enloquecidas en Tokio quemaron la efigie del Emperador, en protesta por su intención de abdicar para facilitar la adopción en Japón de un sistema de
gobierno republicano. Los portavoces de los manifestantes declararon que si renuncia al
trono reconocerán al Sr. Oyoshita, cabeza de una de las familias nobles más antiguas del país, como sucesor, y que se negarán a cooperar con el nuevo gobierno. Las víctimas de los disturbios están siendo ya consideradas «mártires».

Fijó la vista en el disco nuevo y brillante de metal que llevaba sujeto a la pechera del uniforme.

—Hijo, estoy orgullosa de ti —susurró, y le abrazó para que no le viera las lágrimas.

CAMPO DE MINAS

—Esta noche ha quedado fuera de servicio el Exprespuerto de EleA por un período indefinido, entre comillas, como consecuencia de una explosión que inflamó casi doscientos mil litros de combustible almacenado para cohetes. Las autoridades afirman que el estallido se debió a una descarga de electricidad estática acumulada en los tanques de un transporte recién llegado de Manila. Se ha descartado la posibilidad de accidente y, en una nota que acaba de publicar, la Sociedad Paul Reveré solicita la prohibición total de aterrizaje en los Estados Unidos para toda aeronave extranjera, con el fin de impedir una repetición de este desastre.

Entre las inversiones más seguras a que cualquiera tiene acceso están las acciones de la industria de defensa, siempre creciente. En este momento ofrecen beneficios por encima del promedio del sector la Sociedad de Acondicionamientos de Aire Especiales (gases militares y policiales), la Sociedad de Investigación de la Salud Pública (bacterias y virus mutados) y la Corporación de Expansión Rápida (explosivos de todas clases).

ELECTRIFICADO

He sido comisionado por la Comandancia General para llevar a cabo la triste tarea de notificarle el fallecimiento de su hijo Peter. Hoy fue enterrado con todos los honores militares en censurado. Durante un ataque sobre censurado, hizo gala del máximo valor posible y fue autor personal de la muerte de censurado enemigos al colocar un censurado en uno de sus vehículos de censurado. Ha sido recomendado para una condecoración póstuma al valor.

—Lo cual quiere decir que a partir de ahora usted no necesita acobardarse ante nadie. Con las manos limpias, con un cuchillo, con un hacha o una espada ancha, con un florete, con una pistola de proyectiles, con un rifle o con un revólver ametrallador, con una pistola de descargas, un cazú o un lanzador de cohetes, con granadas de mano o mayores, con explosivos químicos, con bombas de tiempo instantáneas o retardadas, con gas, con bacterias infecciosas, con un hierro al rojo o navajas o veneno o un mazo o una piedra, con una lanza o una maza o una caja de cerillas, con un cable de alta tensión o termita o ácido, con los dientes o las uñas o una aguja hipodérmica, o diadérmica, con un lanzallamas o un cuchillo de cocina o un trozo de cuerda o un martillo o un cinturón o un escoplo o una bota o una bañera llena de agua o una karanudillera o un chorrevólver o un láser doméstico modificado o un bastón o una botella rota o un cubo de cemento o una puerta o ventana normales o una escalera o una almohada o un pedazo de cinta adhesiva o una sartén o una prenda de vestir o barro húmedo o un cabello largo o una aguja de coser o un tizón encendido o una astilla o un frasco de medicinas les puede dar a esos chinches de mierda lo que se merecen.

COMISIÓN DE CEMENTERIOS DE GUERRA

Brevemente, Bennie Noakes se acordó de alguien a quien habían metido el puerro en la caja de recluta. Se preguntó si se lo había imaginado o si fue real y decidió que era real, porque a él no se le ocurrían ideas tan desagradables.

Pero tomó un poco más de Viajina por si acaso volvía a pasar.

Librodot

—Este Tribunal sentencia que sea usted llevado de aquí al lugar del que vino, y de ahí a un lugar de ejecución, para ser colgado del cuello hasta que muera. Y que Dios se apiade de su alma.

MASACRE, (del fr. massacre). f. Amér. Asesinato, matanza, exterminio. Metáf. escena de muerte y destrucción. Eur. Degüello. [Es galicismo.].

CONTEXTO (15)

CONCEBIDO Y NACIDO

—«Ahora somos todos marxistas» es una proclama común entre los intelectuales de todo el mundo, y es cierto en tanto en cuanto haya hombres progresistas que se den cuenta de que son las fuerzas sociales más que las genéticas las que controlan nuestro comportamiento.

Pero el lugar común de hoy es a menudo la falacia de mañana, y los argumentos biológicos van tomando cada vez más alcance y precisión.

«J. Merritt Emlen, de la Universidad de Washington, en un artículo publicado en el último número de la Revista de Biología Teórica (vol. 12, pág. 410) adelanta la posibilidad de que la teoría genética moderna pueda proveer interpretaciones más sutiles de la conducta humana de lo que normalmente se admite. Naturalmente, es difícil ver a través de la intrincada malla de cultura y biología que conforma al hombre. Las influencias genéticas sobre el comportamiento quedan siempre enmascaradas por procesos sociales como la enseñanza y los cuidados de los padres; pero, del mismo modo, estos procesos sociales son en sí mismos reflejos de las posibilidades y limitaciones biológicas del ser humano. Constituya o no una explicación definitiva, merece la pena explorar este enfoque genético...

Ciencia Nueva, Londres, n.° 531, pág. 191. 26 Enero 1967.

CONTINUIDAD (16)

EL MODELO REVISADO

Si alguien le hubiera preguntado, Donald podría haber dicho por qué la anulación de Donald Macerdo mod. I resultó tan rápida y eficaz. Fue porque el proceso había comenzado antes de que llegara al Campamento Floreciente, como consecuencia del descubrimiento de que el mundo que tenía por familiar estaba simplemente esperando la hora propicia para disparar una trampa y convertirle en su presa.

Pero nadie se lo preguntó. Las personas con que se encontraba le trataban como si fuera un prototipo deficiente y burlesco de cortafiambres, a quien hubiera que probar y modificar para convertirle en un modelo apropiado para la producción en serie. Si se tropezara con alguno de ellos de nuevo en otro entorno no les reconocería. No tenían identidad fuera del contexto en que se encontraban. No les clasificaba por su nombre, sino por lo que le hacían.

Algunos le administraban drogas, principalmente para destruir sus esquemas de percepción. Cuando le metieron en la mente plástica nuevos conocimientos, se hundieron hasta lo más hondo, sin que prejuicios ni ideas independientes les bloquearan el paso. Era como si se le quitara a un hombre el esqueleto para substituirlo por uno de acero inoxidable... y de hecho hoy día se podían reemplazar los huesos.

En el caso de Donald, desde luego, no se podía correr el riesgo de algo tan fácilmente detectable. Todo lo que se le hiciera tenía que quedar confinado en esa fortaleza del pensarmentó privado, en la que nadie había jamás penetrado excepto con armas tan burdas como trabucos.

Pero le hicieron alérgico a la «Verdad o consecuencias». La administración de cualquier dosis suficiente para propósitos de interrogación le provocaría fiebres y delirio.

Algunas otras drogas le estimularon la memoria auditiva y táctil, atrofiada por largos años de estudio de páginas impresas y de pantallas de reproducción de grabaciones visuales. Otra le incrementó las facultades cinestésicas, haciéndole casi dolorosamente consciente de las posiciones relativas de sus miembros. Hubo más, sobre las que no se molestó en preguntar.

No cooperaba en lo que le hacían, ni siquiera lo aceptaba pasivamente como una posible cura de la muerte inmediata de su anterior yo.

Después le modelaron. Durante un trance provocado por drogas y pensado para asegurar que cualquier cosa que le dijeran una sola vez vibrara por su memoria circulante hasta hundirse tan profundamente en los surcos del cerebro como si fuera algo experimentado miles de veces en la vida real, le enseñaron lo que podía necesitar saber durante el trabajo que le esperaba.

El Servitrans Sateling equipaba a todos sus periodistas con un aparato de comunicaciones integrado en una carcasa de tres centímetros de grosor, diseñado y construido especialmente para ellos por la división de electrónica de TG. Combinaba una grabadora reprodistan con una politele, una TV en miniatura adaptable a las frecuencias visuales y auditivas, así como a las cantidades de líneas en pantalla, utilizadas en

cualquier parte del mundo. Los especialistas del ejército modificaron uno de estos equipos y se lo entregaron. Ahora incorporaba un transceptor escondido bajo una tapa cambicolor, los elementos del circuito reducidos a monofilamentos moleculares. Debía teóricamente enviar llamadas de rutina al cuartel general del Servitrans Sateling a través del satélite que estuviera más cerca en cada momento, exactamente igual que haría cualquier corresponsal legítimo. Pero, si tenía que decir algo que no quisiera hacer público, lo grabaría por adelantado y el aparato de comunicaciones lo sobreimprimiría como modulación parásita en la señal de sonido, cifrado y comprimido automáticamente en impulsos de medio segundo de duración.

Los detalles adicionales se resolvieron mediante la hipnopedia: le enseñaron un código
acróstico, otro de asociación y otro cifrado.

Sin embargo, no le permitieron dormir mientras le mostraban los aspectos más importantes del tema. Como le dijo uno de los instructores que se turnaban, el último servicio que podía llevar a cabo un agente secreto si se le descubría era inutilizar a una cantidad desproporcionada de enemigos mientras le intentaran capturar y, para ello, le iban a hacer capaz de arreglárselas con un batallón.

Aquella promesa le produjo la primera emoción a Donald Macerdo mod. II.

Tenía algo de impresionante.

Para empezar: a manos limpias.

—Bien, he marcado en este maniquí de amaripollas los puntos más vulnerables: azul para los de incapacitación temporal, como la ingle, el plexo solar y los ojos; rojo para los lugares en los que un golpe puede matar, como las cuerdas vocales. Los golpes con el puño cerrado van mejor aquí, aquí y aquí. Si se puede pegar en cualquiera de estos puntos con el pie calzado, mejor que mejor, naturalmente. Aquí, lo mejor son los dedos juntos. Aquí, clavar un solo dedo rígido. Y en estos puntos se agarra o se oprime, en éstos se hace palanca y éstos se retuercen. Ahora vamos a dedicarnos a los ataques desde la espalda, que se deben preferir siempre.

Luego: con arma blanca.

—Hay dos clases principales de armas blancas, las cortas y las largas. Ambos tipos se dividen en los mismos dos grupos, las de corte y las incisivas. Las primeras vienen a ejemplarizarse con la espada y el hacha, mientras que las últimas se tipifican con el estilete y el puñal.

Luego: con una cuerda.

—Este grupo de armas presenta las características comunes de la delgadez y de la flexibilidad. Incluyen el látigo y el cable de tropiezo, que son armas de inmovilización, y el lazo corredizo y el garrote, que son armas mortales. El lazo y las boleadoras caen en una u otra categoría dependiendo del uso que se les dé.

Luego: con armas de fuego tradicionales.

—Las armas de proyectiles se dividen en tres clases: las de mano, que exigen una puntería extremada especialmente en calibres pequeños, las largas, que precisan casi de la misma habilidad, y los revólveres ametralladores, que disparan gran cantidad de balas y son lo mejor para usuarios inexpertos a distancia corta y media.

Luego: con armas eléctricas.

—Las armas de descarga pueden ser pistolas, que suministran entre doce y quince tiros con una sola carga, y armas largas que disparan hasta cuarenta. Sus ventajas incluyen el hecho de que un blanco directo en cualquier punto del cuerpo es fatal, y un semifallo puede serlo si el blanco está, por ejemplo, tocando una barandilla metálica o de pie sobre suelo mojado y con calzado no aislante. Por otra parte, se pueden recargar en un enchufe casero de ciento veinte voltios o más, o bien en líneas eléctricas rurales. Sin embargo, tienen un tiempo de recarga bastante alto y normalmente se reservan para situaciones en que cada usuario disponga al menos de tres armas, dos cargándose y una en funcionamiento.

Luego: con armas militares modernas.

—Esto es un cazú, equipo normalizado para los guardia-marinas cuando desembarcan para tareas tales como incursiones sobre puntos de aprovisionamiento enemigos. Cada carga contiene veinte cohetes en miniatura que se disparan en cinco segundos, y es posible ajustar las cabezas —-en la oscuridad, contando los chasquidos al girar la espoleta— de modo que se dirijan a cuerpos humanos, a tanques refrigerados o a cualquier metal contra un fondo de vegetación. O, naturalmente, para que vuelen en línea recta hacia cualquier punto al que se oriente el cazú.

Luego: con bombas atómicas portátiles.

—Estas tienen el inconveniente de que su vida media es bastante corta, cuestión de pocos meses, de tal modo que se degradan con sus propios productos de desecho si se almacenan durante demasiado tiempo. Por otra parte, el nivel de radiación es lo suficientemente alto para que lo capten los detectores policiales, lo cual las hace incidentalmente peligrosas para quien las lleve encima más de pocas horas cada vez. Sin

Librodot

embargo, desde luego, nada se les puede comparar en poder destructivo combinado con
facilidad de transporte. Los modelos actuales pueden ser ajustados con espoleta de tiempo y colocados a mano, o bien disparados desde un cazú mod. IX con un accesorio especial.

Luego: con explosivos químicos.

—Hoy por hoy se utilizan dos clases principales: granadas o bombas y explosivos disfrazados. Los primeros sirven más que nada para objetivos militares, así que nos concentraremos en los últimos. Los explosivos modernos tienen la ventaja de que se pueden modelar de modo que simulen casi cualquier cosa, así como de que no explotan sin un catalizador específico. Por ejemplo, el armazón de su equipo dé comunicaciones está hecho más o menos de un cuarto de kilo de PDQ. Puede destrozar completamente una habitación de cincuenta y seis metros cúbicos. Pero no explotará a menos que se combine con fósforo, aunque se arroje al fuego. El procedimiento habitual de detonación consiste en dejar una caja de cerillas llena, boca abajo, dentro de la tapa, y girar el control de volumen hasta la zona sin marcar. Esto le deja a uno dieciocho segundos para huir antes de que toda la carga de la batería entre en cortocircuito a través de la cubierta superior, disparando el explosivo.

Luego: con revólveres y granadas de gas.

—Creo que ya conoce los chorrevólveres. Se le va a equipar con su equivalente militar, que es un poco más pequeño que una pluma normal y se carga del mismo modo, por cartuchos. Se puede disponer de varios gases mortales, entre ellos ese viejo amigo, el cianuro potásico, que mata en treinta segundos, siempre y cuando se dispare dentro de la nariz o de la boca del blanco, y que no se debe despreciar sólo porque no sea lo más moderno. También hay gases de incapacitación —eméticos, vesicantes, estrangulantes y demás— que tienen el inconveniente de que no se diluyen tan deprisa y pueden afectar con demasiada facilidad al usuario además de al blanco.

Y, finalmente: con armas a propósito.

—Todo lo que hemos dicho sobre ataques a manos limpias es aplicable a la utilización de medios improvisados. Algunos son evidentes, como utilizar una almohada para asfixiar, que es algo rápido y, si se hace correctamente, también silencioso. Algunos, como romper una botella o una ventana para conseguir un borde cortante agudo, son también razonablemente inmediatas. Pero algunos requieren mucha perspicacia. Por ejemplo, cerca de un taller de máquinas es posible encontrar virutas de magnesio, con las que se hace termita. En una obra de construcción se puede ahogar muy eficazmente con cal viva o con cemento en polvo seco. Romperle el pie o la mano a un hombre al cerrar

Librodot

una puerta; estrellarle la cara contra una ventana; empapar una aguja de coser normal con un compuesto hecho de medicinas normales y colocarla donde se pueda arañar con ella; estrangular a un chico o a una chica de cabello largo con el mismo; colocar sobre la boca o nariz cinta adhesiva sensible a la presión; morder la tráquea; poner la zancadilla en lo alto de un tramo empinado de escaleras; tirar una sartén de agua puesta a hervir en una estufa... las posibilidades son infinitas.

Donald Macerdo mod. II, nacido en un mundo extraño y hostil en que cualquier cosa inocente del hogar o de la calle se podía transformar en un instrumento de muerte; en que cualquier otra persona, por educada y civilizada que pareciera, podía darse la vuelta y rajarle, asintió con interés y absorbió la información como un evangelio.

Cuando Delahanty vino a darle las últimas instrucciones previas a su partida, cuatro breves días después de su llegada al Campamento Floreciente, Donald se sentó frente a él en la oficina del coronel que le había recibido originalmente y esperó a que examinara los diversos informes que habían compilado para mostrar sus progresos. Había otro hombre presente, un sargento que acompañó discretamente a Donald a todas partes durante las últimas cuarenta y ocho horas, sin ser preguntado y sin dar su nombre, con la identidad reducida al revólver y a la karanudillera que llevaba constantemente.

Sentado rígidamente al borde de la silla, vistiendo el traje de trabajo anónimo del recluta, pero con unas incongruentes barras de teniente en los hombros, Donald no le prestó al sargento más atención que antes.

Estaba demasiado confuso por Delahanty. Tenía la extraña sensación de que aquel hombre no era real. Procedía de la vida de Donald Macerdo mod. I, un hombre muerto. Había un puente donde debía de haber habido como máximo un vado con unas cuantas piedras para pasar. Desde que salió de casa había entrado en otra zona de tiempo, desconectada por completo del mundo habitual. Había vivido durante diez años en base a la suposición de que estaba relacionado con el mundo exterior mediante su estudio de los informes que de él hablaban, mediante conversaciones con sus conocidos, mediante la contemplación de las calles por las que caminaba y mediante la escucha diaria de las noticias en la TV. Todo aquello, de repente, había sido desconectado. Delahanty terminó su examen de los informes.

—Eso es todo, sargento —dijo, sin levantar la cabeza.

—Sí, señor —dijo el hombre (las primeras palabras que le había oído pronunciar Donald) y salió de la habitación, con los pies haciendo el inevitable sonido hueco, porque todos los suelos del Campamento Floreciente eran de metal resonante.

Librodot

—Supongo que se habrá usted imaginado quién era —dijo Delahanty casi con afabilidad, levantando por fin la vista para mirar a Donald. Este se encogió de hombros. Era evidente que aquel hombre debía de ser un guardaespaldas.

—Una eptificación rápida como la que ha sufrido usted puede ser arriesgada —amplió
Delahanty—. El instinto asesino existe en todos nosotros, pero ha de ser reprimido por determinadas inhibiciones sociales. El retirarlas todas de golpe provoca de vez en cuando estallidos aleatorios de violencia en el sujeto. Sin embargo, usted parece haber respondido muy bien. Lo único que me resta hacer es entregarle su equipo y sus documentos de viaje, y después será mejor que vayamos al exprespuerto de emergencia.

—¿Emergencia? —repitió Donald.

—Naturalmente —Delahanty mostró a su pesar una leve sorpresa—. Ah, es posible que no lo haya usted oído. Los amaripollas nos han jugado otra mala pasada. Un exprés de Manila se dirigió al hangar de toma de combustible y resultó tener una carga estática en los tanques. Cuando acoplaron las mangueras hizo estallar todo el almacén de combustible.

Donald asintió, con la apreciación profesional recién adquirida de un truco ingenioso.

—Sin embargo, puede ser una bendición para nuestros propósitos de anonimato —continuó Delahanty—. Hay veinticuatro horas de tráfico acumulado que está siendo evacuado por el aeropuerto de emergencia y, con suerte, ellos mismos estarán también tan atareados en el punto de llegada que no tendrá usted que soportar un registro demasiado intenso. No se le puede llamar exactamente darle la vuelta a la tortilla, pero cuando se presenta una oportunidad por las buenas, uno la aprovecha... como sin duda le han enseñado. ¡Ahora, el equipo!

Señaló un montón de paquetes apilados en un rincón.

—Parte de eso es ropa recogida de su propio apartamento. Parte es nueva. Todos los elementos añadidos son rígidos al impacto, como una karanudillera. Asegúrese siempre de que lleva algo de lo nuevo sobre los órganos vitales. Es casi a prueba de bala, y un aislante excelente.

»E1 equipo de comunicación, como se le ha indicado, es una bomba. Pero sólo debe utilizarse en caso de emergencia extrema. Para las menores —que de todos modos más vale que sean emergencias— llevará un chorrevólver disimulado. No nos atrevemos a darle más armas. Debe de haber aprendido durante sus estudios de yatakangi que hoy día ningún gobierno de los ojirrajos se preocupa una puñetera mierda de si un ojigordo es linchado o asaltado o paseado por la calle

con un yugo al cuello. Por eso decidimos que teníamos que eptificarle. En caso contrario se encontraría indefenso. ¿De acuerdo?

Donald asintió.

—Bien. ¡Hablemos entonces de su tapadera profesional! Le han enseñado a utilizar el equipo de comunicación normal. Voy a darle un pase de prensa y una tarjeta de crédito del Servitrans, aparte de un manual del corresponsal que debe usted estudiar a la primera oportunidad. Ha sido manoseado convincentemente, con copias de sus propias huellas dactilares, pero no hay nada como un producto genuino.

»Su contacto principal en Gongilung es la corresponsal habitual del Servitrans Sateling, una mujer de habla inglesa llamada Deirdre Kwa-Loop. Es una negra sudafricana, que es el motivo por el que su nombre y su imagen no se utilizan mucho en los servicios internos americanos, pero realmente tienen una opinión muy alta de ella... tan alta que les han parecido suficientes sus noticias, incluso a lo largo de esta serie sensacional de crónicas de Yatakang. Si no les hubiéramos pedido su cooperación no hubieran pensado en enviar a nadie para actuar de enviado especial. De hecho, la puede encontrar un poco susceptible... es muy fácil que piense que su envío allá es una falta de confianza en lo que ella está haciendo. Tenga cuidado con eso, ¿quiere? Actúe con tacto.

»Y recuerde también que, por lo que ella sabe, usted es exactamente lo que dice ser. No tiene ninguna información interna. El hombre que ha... el hombre que actúa como enlace nuestro con Jogajong es un agente libre, un inmigrante paquistaní llamado Zulfikar Halal. Aunque es completamente convincente que quiera vender información en exclusiva a alguien como usted, representante de una de las agencias de noticias más importantes del mundo, debe reservarse esta parte de la tapadera hasta que esté a punto de terminar con éxito su misión.

»Que es, en versión oficial completa: investigar la declaración hecha por el gobierno de
Yatakang con respecto a la optimización de nacimientos futuros; enviar notas de prensa
normales sobre ello, algunas de las cuales se utilizarán realmente en todos los programas, incluyendo el EXAMINALISIS, por cierto, y buscar —con toda la rapidez posible, como se suele decir— alguna prueba de que tal afirmación es insostenible.

«Cuando la tenga, debe reunirse con Jogajong y dársela con todo detalle. La decepción que resulte de la refutación de tal posibilidad, nos dicen los ordenadores, bien puede poner en marcha la ola de indignación que le suba al poder en lugar de Solukarta.

Librodot

—Y ¿si no encuentro tal prueba?

Delahanty pareció asombrado.

—Debe seguir en ello hasta que la encuentre o hasta que se le llame de vuelta. Creí que se daba por supuesto.

—No me entiende usted. Yo leí todos los artículos científicos publicados por Sugaiguntung cuando estaba en la reserva —tal frase de la jerga militar salió con facilidad a los labios de Donald; lo que resultaba molesto era decir «yo»; parecía como reclamar en falso lo hecho por algún otro— y, si hay alguien vivo en el mundo que pueda hacer cierta esa promesa, es Sugaiguntung.

—Las evaluaciones de nuestros ordenadores indican que el proyecto no es rentable económicamente —contestó rígidamente Delahanty—. Usted acaba de pasar por una eptificación de individuos optimizados. Pero ni siquiera nos podemos permitir eptificar a nuestra población adulta en masse, por no hablar de aplicar técnicas prenatales que exigen una gran cantidad de especialistas en tectogenética expertos.

—Pero ¿y si ha descubierto algún procedimiento rápido y fácil? Suponga que tiene prevista una técnica Gershenson modificada.., como por ejemplo sumergir el óvulo en una solución orgánica bien proporcionada.

—En ese caso, evidentemente, necesitaríamos conocer los detalles. Y muy, muy deprisa.

Donald dudó.

—Vi al sargento Schritt —dijo eventualmente— en la fiesta de Guinevere Acero.

—No me cabe duda —suspiró Delahanty—•-. Como todo el mundo. Realmente, creo que no puedo culpar al pobre sangrón... pero ya no me servirá de nada.

Su tono dejaba claro que no quería continuar con el tema, pero siguió mirando pensativamente a Donald.

—Debí haber previsto mejor que usted no vería los noticiarios —prosiguió por fin—. Debe corregir ese asunto en seguida, porque han pasado muchas cosas desde que se hizo pública la declaración de Yatakang. Para que se haga una idea general, multiplique la reacción de Schritt por mil.

Chad Mulligan, recordó Donald —y la idea era como el eco de un sueño —lo había calculado en un millón.

—¿Entiende? Muy bien, entonces. Le deseo suerte y, con eso, puede usted partir. ¿A menos que tenga alguna pregunta más?

Donald negó con la cabeza. Lo único que Delahanty no había dicho claramente no ofrecía duda: funcionara o no el proceso, no debía permitirse que se llevara a la práctica en Yatakang.

VIENDO PRIMEROS PLANOS (15)

LOS PIES DE NUESTROS PADRES ERAN NEGROS

Tras los saludos, los besos fraternales y cuñadiles, las invitaciones a tomar asiento y los qué tal has estado desde la última vez: una pausa absolutamente muerta, como si ni Pierre Clodard, ni su hermana Jeanine, ni su esposa Rosalie tuvieran nada que decirse.

La casa, en un distinguido distrito de París cerca del Bois de Boulogne, era la que Etienne Clodard pére había comprado al volver a Francia contra su voluntad tras la independencia de Argelia. Toda ella, pero este salón en particular, conservaba el aroma de otro continente y de otro siglo. El decorado en general dejaba ver influencias del norte de África en las literas largas y bajas adosadas a las paredes, en la utilización de una alfombra para adornar la pared en vez del suelo, en las pequeñas mesas sobre una de las cuales descansaba un juego de té argelino de cobre, con cada minúscula taza reposando en su propio hueco, en una bandeja de hierro batido con cuidadas inscripciones esmaltadas en escritura árabe a lo largo del borde. En contraste completo, la habitación recordaba también lo que Etienne Clodard, el ex administrador colonial, había tenido por verdadera elegancia parisiense mientras estuvo entre la barbarie y el calor de África: el papel de pared cubierto de flores, la zaraza densamente bordada de las cortinas, los dos sillones intrusos demasiado rellenos.

Algunos de los amigos de Pierre decían que era imposible decidir si la casa reflejaba el funcionamiento de su mente o si ésta había sido condicionada por la casa.

Era un hombre de cierta elegancia y apostura, nervioso y delgado, cuya vocación de pianista podía adivinarse aun no viendo el hermoso instrumento que ocupaba el rincón mejor iluminado de la habitación. Aún más, se podía reconocer su preferencia por Debussy y Satie sin necesidad de examinar el estante de discos que flanqueaba la estrecha pantalla de su reproductor holográfico de modelo reciente. Le empezaba a retroceder ligeramente el negro cabello. En tiempos, cuando era joven, se había adaptado a la moda de la barba; pero hacía pocos años se había afeitado la barbilla y las mejillas, dejando sólo un cuidado bigote que acentuaba la sensibilidad de la boca.

Librodot

Lo que en él resultaba apostura de una especie refinada, bastante intelectual y potencialmente débil, se podía percibir en su hermana Jeanine como algo muy poco inferior a la belleza. Como él —-y como sus padres—, era delgada y morena, pero de tono de piel más claro, huesos más ligeros y ojos más grandes. A sus cuarenta y un años, la única pista que podía indicar su verdadera edad se encontraba en las pequeñas arrugas bajo los ojos y en la parte más baja del cuello; de no ser por ellas, podría haber pasado por treinta.

Rosalie, en cambio, era totalmente distinta: rolliza, de mejillas hinchadas, ojos brillantes de un azul celeste y cabello castaño claro. Normalmente era una persona animada, pero —por algún motivo que quisiera descubrir, pues le repugnaba como un fallo intolerable— la presencia de su marido y de su cuñada en la misma habitación al mismo tiempo la ponía triste y deprimida.

—¡Jeanine! —dijo, con un esfuerzo desesperado para recuperar la alegría—. ¿Quieres que haga un poco de café, o prefieres una copa?

—Café no vendría nada mal —dijo Jeanine.

—¿Y un poco de quif? —sugirió Pierre. Tomó una caja de plata engastada de la más cercana de las muchas mesas de café, liberando, al abrir la tapa, el curioso aroma del mejor hachish de Marruecos.

Activamente, Rosalie salió de la habitación, incapaz de ocultar la ansiedad de irse. Cuando se cerró la puerta, Jeanine contempló su diseño antiguo y artesanal, inclinándose levemente hacia la llama que le ofrecía Pierre.

—Espero que no te esté resultando la vida tan dificil como a mí —dijo

—Rosalie y yo nos las arreglamos —se encogió de hombros Pierre.

—Debe de haber algo mejor que simplemente «arreglárselas» --dijo Jeanine con cierta obstinación.

—Has tenido una pelea con Raúl —dijo Pierre, nombrando al último de los muchos amantes de su hermana.

—¿Una pelea? Dificilmente. Una ya no discute. Le faltan las ganas. Pero... no va a durar, Pierre. Puedo darme cuenta de que la desilusión va aumentando.

Pierre se reclinó en el sofá. Prefería los sofás a los grandes sillones, aunque éstos se adaptaban mejor a su longitud de piernas.

—Casi puedo medir —dijo— el progreso de tus affaires áu coeur por la cantidad de veces que nos visitas.

—¿Crees que os trato como un muro de las lamentaciones? —Jeanine rió suave y amargamente—-. Quizá... pero ¿acaso puedo evitarlo, siendo tú la única persona con quien puedo hablar abiertamente? Hay algo entre nosotros que los extraños jamás podrán penetrar. Es algo precioso: no abunda —dudó—. Rosalie se da cuenta —añadió, por fin—. Puedes ver el efecto que le hace mi llegada. Es otro motivo de que venga sólo cuando me hace mucha falta.

—¿Quieres decir que te hace sentir intrusa?

—¿Cómo? ¡No! Es el alma de la hospitalidad. Simplemente, como el resto del mundo, no puede comprender lo que no ha experimentado jamás —Jeanine se enderezó, moviendo el porro de quif por el aire como si fuera el puntero de un maestro al señalar palabras en una pizarra—. ¡Ten en cuenta, chéri, que no somos los únicos expatriados! Desde que eliminaron las fronteras entre los países de este viejo y cansado continente, debe de haber cincuenta nacionalidades sólo en París, y no pocos —como es el caso de los griegos— están mucho mejor de lo que estarían en su país. Como nosotros.

—¿En nuestro país? —repitió Pierre—. Nuestra patria noestá en ninguna parte. Jamás existió, excepto en la cabeza de nuestros padres.

Jeanine negó con la cabeza.

—No creo que pudieran haberse sentido descontentos en una ciudad tan magnífica como París, a menos que hubieran sido verdaderamente felices en un país de verdad.

—Pero acabaron por hablar sólo, más y más, de lo bueno. Olvidaron lo malo. La Argelia que imaginaron ha desaparecido para siempre bajo una ola de desórdenes, asesinatos y guerra civil.

—Y sin embargo les hizo felices. No lo puedes negar.

Pierre suspiró y se encogió de hombros.

—En resumen, nosotros no somos expatriados. Somos extemporados, exiliados de un país que se desvaneció incluso antes de que naciéramos y del que nuestros padres nos hicieron ciudadanos sin pretenderlo — Jeanine hizo una pausa, contemplando el rostro de su hermano con ojos penetrantes y oscuros—. Creo que entiendes. Siempre has entendido.

Tendió una mano y apretó la de él

—No estaréis hablando otra vez de Argelia, ¿eh? —dijo Rosalie, entrando con la hermosa jarra de café que hacía juego con la bandeja de tazas que estaban siempre a la vista. Daba la impresión de que intentaba que la pregunta fuera un chiste—. No dejo de decírselo a Pierre, Jeanine... debe de haber sido estupendo vivir allí en los viejos tiempos, pero no tengo ningunas ganas de hacerlo ahora.

—Claro que no —dijo Jeanine con una sonrisa forzada—. La vida en París ya es bastante mala... ¿por qué iba una a querer ir a vivir bajo la desorganización torpe de un gobierno nativo?

—¿Tan mala es la vida en París hoy?

—¡Quizá tienes la suerte de no verlo tanto como yo, con esta casa tan tranquila y sin tener que hacer nada más que cuidarla mientras Pierre gana un buen sueldo en el banco! Pero yo trabajo, y en la publicidad de modas la vida no es tan segura como en la banca. ¡Hay más salauds por metro cuadrado, y tienen mucho más poder!

Pierre contempló a su hermana, alarmado. Cuando estaba de un humor especial, el quif a veces le soltaba la lengua por encima de lo que permitía la educación y, más de una vez —no con Rosalie, sino con su primera mujer—, había tenido que resolver serias disputas basadas en algo dicho por ella durante un viaje.

—Pero hasta los salauds sirven para algo —continuó—. Por eso he venido, para decírtelo, Pierre. ¿Sabes que Raúl trabaja para el departamento de predicción de la Europa Comunitaria?

Pierre asintió. El departamento de predicción era un edificio de Fontainebleau que antaño había alojado un destacamento de la OTAN; ahora estaba lleno de ordenadores a los que alimentaban diariamente con informes de la Inteligencia, comerciales y militares, para un análisis de tendencias extrapolativo.

—Es algo muy interesante... —siguió Jeanine—. ¿Sabes también que el departamento de predicción procesa no sólo material europeo, sino también lo que envían nuestras antiguas colonias, cobrándoles con descuento por aquello de los viejos tiempos? ¿Y has oído hablar del proyecto minero subacuático patrocinado por Técnicas Generales, esa corporación americana?

—Naturalmente.

—Los americanos han estado enviando agentes para evaluar el coste de transportar por carretera materias primas en masa desde Fort Mey, en Beninia. Además, la misma empresa está llevando a cabo investigaciones entre antiguos administradores coloniales en Londres.

Raúl dice que los ordenadores prevén que va a instalarse una compañía nueva y enorme en Fort Mey para utilizar todos esos materiales.

Hubo una pausa. Dándole la taza de café a Jeanine, Rosalie miró con curiosidad de ella a su marido y de vuelta a ella, sorprendida por el gesto de intensa especulación que había aparecido en ambos rostros.

—¿Has visto a Elena, que trabajaba en Malí? —dijo por fin Pierre, ignorando a su mujer.

—Y ¿has visto tú a Enrique, del Alto Volta?

-Sí.

—Pareces entender tanto como los ordenadores.

—Es una consecuencia muy lógica.

—No entiendo —dijo Rosalie.

—¿Por qué iba a sondear una gran corporación americana a antiguos funcionarios coloniales en Londres a menos que fueran muy conscientes de la ignorancia de los americanos sobre la mentalidad africana?

—¿No sería maravilloso? —dijo Jeanine, antes de que Rosalie pudiera admitir que tal pregunta no le había aclarado nada—. Hay que reconocer que los americanos son algo mejor que bárbaros.

—Pero no un país en el Golfo de Benín, que no se ha beneficiado de la cultura francesa...

—Una parte fue colonizada por beréberes, que al fin y al cabo son primos de la gente de Argelia y Marruecos.

—¿Queréis decirme de qué estáis hablando? —dijo Rosalie, adoptando de repente la determinación de un ama de casa en su propio hogar.

Hermano y hermana cambiaron una mirada. Jeanine alzó una ceja, como diciendo: «¿qué esperabas, con una mujer como ésa?». Rosalie se dio cuenta de tal movimiento y enrojeció, esperando que Pierre lo ignorara por lealtad.

—Hablo de volver a África —dijo Jeanine—. ¿Por qué no? Estoy asqueada de Francia y de los franceses que ya no son franceses, sino una especie de mestizos normalizados de la Europa Comunitaria.

—¿Qué es lo que te hace estar tan segura de que tendrás ocasión de ir? —apuntó Pierre,

—Raúl dice que piensan reclutar consejeros con experiencia en África. No puede haber tanta gente que satisfaga las condiciones. ¡Al fin y al cabo, chéri, ni tú ni yo acabamos de salir del huevo!

—Yo no quiero ir a África —dijo Rosalie, con gesto de determinación—. Jeanine, tómate el café... se te va a enfriar.

Se inclinó para acercar la taza de cobre a su cuñada. Por sobre su espalda agachada, se encontraron las miradas de hermano y hermana, y cada uno reconoció en la del otro la mitad complementaria de un sueño que se había roto hacía mucho tiempo, como una moneda dividida entre amantes que se fueran a separar durante años.

CONTEXTO (16)

EL SR. Y LA SRA. DONDEQUIERA: CALIPSO

Como el buen Dios hizo en el Sexto Día,
Servitrans Sateling construyó unos García.
Ni seres vivos eran ni muertos totalmente...
y, aun siendo imaginarios, estaban siempre al frente.
Pero lo más notable, la enorme novedad
¡era que en la T.V. tenían tu identidad!

Viendo sus receptores con aspecto embobado
igual era la gente en Laos que en Colorado.
Si allí no eran García, el sueño el mismo era...
¡al fin y al cabo, el nombre es siempre Dondequiera!
Schmitt en Alemania o Ben Alí en Bagdad,
¡con un simple accesorio tienen tu identidad!

Uno no puede estar en todos los lugares,
subir al Everest y recorrer los mares;
así que toma asiento en casa, en un sillón,
y de los Dondequiera asume la actuación.
Los Dondequiera hacen tus deseos realidad
¡y en la televisión demuestran tener tu identidad!

Con botas y con pieles de alta fabricación
en el Polo les ves en una expedición.
En Martinica toman el sol de cuerpo entero
usando las lociones de Guinevere Acero.
Seas negro, blanco o rojo; cualquier tonalidad...
¡con un pequeño ajuste tienen tu identidad!

Cuando los Dondequiera un chiste representan
las personas de clase se ríen y lo comentan;

cuando los Dondequiera toman una postura
todo el mundo comprende que es la de la cordura.
Puede ser un rumor o quizá sea verdad,
¡pero ambos casos muestran tu personalidad!

El Servicio Transmisor por Satélite en Inglés
no pensó conseguirlo hasta mucho después
Saben bien, desde luego, lo que les gustaría:
millones de personas con una ideología.
Cuando alguien dice algo (y con sinceridad)
¡sabes que está expresando tu personalidad!

¿De Yatakang usted qué piensa?
Lo que los Dondequiera en «Revista de Prensa».
¿Y de Beninia qué idea tiene?
Lo dirán ellos mismos la semana que viene.
No importa mi país, mi nombre ni mi edad:
¡un accesorio me hace tener su identidad!

CONTINUIDAD (17)

ESCALAS DE TIEMPO

—¿Cuál es el tiempo verdadero... el suyo o el nuestro?

Norman no había pretendido que la pregunta emergiera en forma audible. La provocó el ver el inmenso montón de impresos de Shalmaneser que le habían dejado durante la noche en la oficina, así como el recordar cómo debían de haber sido producidos. Ningún dispositivo de impresión concebible —ni siquiera las impresoras láser, que no tenían más partes móviles que el finísimo rayo en miniatura que escribía las palabras sobre papel fotosensible— podía seguir el ritmo, la velocidad de los procesos mentales de Shalmaneser, del orden de los nanosegundos; la totalidad de los problemas que le planteaban se habrían resuelto, o evaluado en cualquier caso; luego se habrían desviado a un banco de almacenamiento temporal, mientras él habría seguido con los sucesivos que le ordenaran sus dueños, y la conversión de los resultados en lenguaje comprensible habría tardado cincuenta o cien veces más.

Elias le miró. Tenía los ojos un poco enrojecidos por falta de sueño, como los de Norman; no se podía uno permitir dormir si quería mantenerse al nivel de las técnicas modernas de tratamiento de la información.

—¿El tiempo de quién? —dijo.

Librodot

Norman rió roncamente, cediéndole el paso al anciano y cerrando la puerta de la oficina.

—Lo siento. Estoy volviendo a pensar en Shalmaneser como «él».

—Como dijo Chad —asintió Elias—. está convirtiéndose en miembro de la familia TG... por cierto, ¿qué tal está Chad? Esperaba que se interesara más por este proyecto... al fin y al cabo, cuando le conocí en casa de la Srta. Acero se pasó prácticamente toda la velada preguntándome por Beninia.

—Apenas le he visto —dijo Norman, rodeando el pupitre electrónico y haciendo girar el sillón para sentarse—. Sé que ha estado usando la habitación de Don, y creo que la mayor parte del tiempo se dedica a leer sus libros... tiene unos tres mil. Pero aparte de algún saludo no hemos hablado mucho.

—Ya veo a qué te refieres con lo del tiempo verdadero —dijo Elias.

Norman le miró, parpadeando, confuso.

—¡Esto! —amplió Elias, palmeando uno de los montones de impresos de un metro de altura que esperaban su atención—. Tanto tú como yo queremos hablar del proyecto de Beninia. Cualquier cosa que digamos sin hacer referencia a los ordenadores está anticuada desde antes de abrir la boca, ¿verdad? Existe la información necesaria para corregir y dar forma a nuestras opiniones, y lo sabemos, así que renunciamos a comunicarnos hasta después de habernos puesto al corriente de ella; y, como Shalmaneser trabaja miles de veces más deprisa que nosotros, nunca podemos alcanzarle, así que nunca podemos comunicarnos verdaderamente.

Norman dudó.

—Hablando de información —dijo al cabo— que cambia y da forma a nuestras opiniones...

—¿Sí?

—¿Crees que podrías conseguirme algunos datos del Estado?

—Depende —Elias se sentó en una silla frente a él—. Puedo acceder a cualquier cosa relacionada directamente con mis propios asuntos, pero hoy día ni siquiera la categoría de embajador tiene un poder infinito.

—Es sobre Don —dijo Norman. Sonrió amargamente—. Lo que has dicho de la imposibilidad de comunicarse me ha hecho acordarme de él. He vivido con ese tío durante años, ya sabes, y en realidad no he llegado nunca a ser amigo íntimo suyo. Y ahora que ya no está en casa le echo

de menos. Me siento casi culpable. Me gustaría saber si es posible seguir en contacto con él.

—Creo que puedo preguntar —asintió Elias—. Por cierto, ¿qué fue de él?

—Creí que lo sabías. ¡Oh! Si no lo sabías, quizá no he debido... vaya, al carajo. Si no se puede confiar en un embajador de los EE. UU., ¿en quién se puede?

—Ellos no confían en nadie, literalmente —se encogió de hombros Elias—. Excepto en los ordenadores.

—Yo sí —dijo Norman. Se miró las manos y las cruzó ausentemente—. Por lo menos desde hace unos días. Don ha ido a Yatakang por cuestiones del Estado.

Elias pensó en ello unos momentos.

—Eso le localiza, para mí —dijo—. Me preguntaba dónde encasillarle. Te refieres a que es uno de esos agentes en reserva que tiene siempre disponibles el Estado para asegurarse contra situaciones poco probables.

—Sí, creo que eso es lo que hay.

—Y lo único que ha ocurrido últimamente en Yatakang es ese programa genético fantástico que han anunciado. ¿Está eso relacionado con su viaje?

—Supongo que debe de estarlo. En cualquier caso, Don está especializado en biología, y su tesis doctoral trató de la supervivencia de genes arquetípicos en fósiles vivientes como los celacantos, los cangrejos reyes o los ginogos.

—Presumiblemente el Estado querrá conocer las técnicas anunciadas.

—Me lo he estado pensando —dijo Norman—. Me pregunto si las queremos.

—¿Qué quieres decir?

—Es algo difícil de explicar ...Mira, ¿has visto algún programa de televisión desde que volviste?

—De vez en cuando, pero desde que salió la noticia de Yatakang he estado demasiado ocupado para ver más que algún noticiario ocasional.

—Y yo, pero... bien, creo que estoy más familiarizado con el modo en que algunas tendencias nacen aquí ahora, así que puedo extrapolar partiendo de los dos o tres programas para los que he tenido tiempo — Norman miró por sobre la cabeza de Elias al fondo de la habitación—. E1 Servitrans Sateling cubre la mayor parte de África, ¿no?

—Creo que todo el continente. Hoy día hay gente de habla inglesa en todos los países de la Tierra, excepto posiblemente China.

—Entonces, ¿conoces al Sr. y la Sra. Dondequiera?

—Sí, naturalmente ...esos dos que aparecen siempre en las imágenes de identificación de la estación que emite, haciendo cosas exóticas y románticas.

—¿Has tenido alguna vez un receptor personalizado, con tu propia identidad sobreimpuesta a la imagen de los Dondequiera?

—¡No, Dios! Cuesta... ¿cuánto? Unos cinco mil pavos, ¿no?

—-Más o menos. Yo tampoco lo tengo; el precio básico es por la adaptación de dos personas y, siendo soltero, nunca me he preocupado. Sólo tengo en mi aparato la identidad de nariz oscura normal —dudó—. Y, para ser completamente sincero, una nórdica para la mitad hembra de la pareja. Pero he visto muchas veces aparatos de amigos, completamente adaptados, y te puedo decir que resulta muy raro. Hay algo absolutamente único e indescriptible en verse la propia cara y oírse la propia voz, sobreimpuestas a la señal básica. Ahí estás, vistiendo ropa que no has tenido nunca, haciendo cosas que nunca has hecho en sitios en los que nunca has estado, y tiene esa calidad inmediata de la vida real, porque hoy día la televisión es el mundo real. ¿Me entiendes? Somos conscientes del tamaño del planeta, así que no aceptamos que nuestros propios horizontes limitados constituyan la realidad. Es mucho más verdadero lo que nos muestra la TV.

—Puedo comprenderlo muy bien —asintió Elias—. Y, desde luego, también yo lo he visto en receptores de otros. Y estoy completamente de acuerdo contigo en lo que consideramos realidad. Pero estábamos hablando de la declaración de Yatakang...

—Y seguimos —dijo Norman—. ¿Tienes un accesorio de hogarimagen en tu receptor? No, evidentemente no. Yo sí. Hace el mismo efecto, pero con la casa. Cuando... veamos... ¡ah, sí! Cuando proyectan algo como las imágenes encadenadas, en partes de la pantalla, que utilizan para presentar el EXAMINALISIS, uno de los cortes es siempre el que llaman de «animación», y muestra al Sr. y la Sra. Dondequiera sentados en tu casa y viendo el mismo programa que tú vas a ver. ¿Lo conoces?

—Creo que aún no ofrecen ese servicio en África —dijo Elias—. Sé a lo que te refieres, pero siempre muestra una especie de casa de ensueño idealizada, llena de lujos de todas clases.

—Eso es lo que hacían antes aquí —dijo Norman—, Sólo que ahora prácticamente todos los hogares americanos están llenos de lujos de todas clases. ¿Conoces la definición de Chad de los Nuevos Pobres? ¿Gente que va demasiado atrasada en el pago de las letras del modelo del año que viene para dar entrada del del siguiente?

Elias soltó una risa breve, volviendo después a la seriedad.

—Es casi demasiado literal para resultar divertido—dijo.

—¡Por la barba del Profeta, desde luego que lo es! He sacado tiempo para leer algunos de los libros de Chad después de la fiesta de Guinevere y... bien, conociéndole, me sentía inclinado a pensar que era un mamón presumido, pero ahora creo que tiene derecho a toda la vanidad que quiera mostrar.

—Pensaba pedirle al Estado que le invitara a integrarse en este proyecto como consejero
especial, pero cuando le nombré el tema a Rafael Corning me dijo que el Estado no simpatiza con él.

—¿Por qué iba a hacerlo? Ha conseguido burlarse con éxito de todo lo que justifica a las
autoridades.

—El no cree que sea así.

—Indudablemente ha hecho un efecto sobre la opinión pública. Quizá no la haya cambiado radicalmente, pero ¿qué sociólogo teórico desde Mao ha conseguido hacerlo? El simple hecho de que sus libros se expliquen en cursos universitarios es una prueba de que sus puntos de vista están ampliamente difundidos.

—Sí, pero también lo están los de Thoreau y... es igual, nos estamos yendo por las ramas. Dijiste algo de que no queríamos la técnica genética de Yatakang y luego empezaste a hablar del Sr. y la Sra. Dondequiera.

—Sí, casi me olvido de lo principal. Lo he visto un par de veces, en el caso de la legislación eugénica y en el de los guerrilleros. Al utilizar una TV personalizada, especialmente si tiene un accesorio de hogarimagen. la gente empieza a perder el contacto con la realidad. Por ejemplo, teóricamente se debe renovar la grabación del aspecto físico más o menos una vez al año. Pero conozco a gente que se limita a hacer copias de la primera durante cuatro o incluso cinco años seguidos, con lo que

Librodot

pueden seguir viendo sus yo más jóvenes en la pantalla. Niegan el paso del tiempo. Viven en un instante prolongado. ¿Ves por dónde voy?

—¿Quieres decir que una persona que ni siquiera se puede reconciliar con el hecho de crecer no aceptará la buena suerte de otro en lo referente a los niños?

—Exacto. En otras palabras: o bien nuestro propio gobierno y todos los demás tendrán que igualar la declaración de Yatakang, o tendrán que demostrar que es un farol sin consistencia. Esta última posibilidad le vendría mucho mejor al Estado, evidentemente, porque el aplicar mejoras tectogenéticas a millones de embarazos provocaría un trastorno social fantástico... incluso peor que el que siguió a la instauración de los Tribunales de Selección Eugénica. Pero no hay ninguna posibilidad intermedia. Un éxito en Yatakang negado a la gente de otros países, o incluso un éxito en un área restringida de nuestra sociedad negado a las personas de otras clases, llevaría a un descontento tan extendido que... ¿lo estoy alargando demasiado?

—No creo —Elias intentó controlar un estremecimiento, sin conseguirlo—. No he visto
últimamente la televisión, como te digo... pero, puesto que me alojo en el Parador de las
NÚ, he estado recibiendo opiniones de primera mano de personas de cien países diferentes y, créeme, Yatakang es la nación más odiada cordialmente por todo el planeta en este momento, sin excluir a China.

—Y aquí está la clave —dijo Norman, inclinándose hacia delante para dar fuerza a sus palabras—. No ha habido ninguna crisis nueva desde la aparición del Sr. y la Sra. Dondequiera. Nacieron ya crecidos al mundo real contemporáneo, con sus odios y antipatías ancestrales. Aun así, he podido ver su efecto sobre la opinión pública. Decenas —centenares— de millones de personas se están identificando con esa pareja imaginaria. La próxima campaña presidencial se basará en lo que ellos piensan, no en la validez de las políticas rivales. Pero el asunto de Yatakang va a hacer impacto antes y, lo que es peor, va a ser en los cojones de la gente. Por debajo de la cintura no se piensa, se reacciona. Que digan simplemente el Sr. y la Sra. Dondequiera que no es justo, y habrá un partido a favor de la guerra con Yatakang en menos de una semana.

Hubo una pausa breve.

El rostro de Norman mostraba una especie de angustia.

—Es muy notable —dijo Elias al fin, estudiándole— cuánto has cambiado en los pocos días desde que te conozco.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—El dejar a tu antepasado en paz con su descanso eterno te ha mejorado hasta hacerte irreconocible. Te me puedo imaginar disfrutando hace un par de semanas por la envidia de los culos pálidos ante este descubrimiento de los amaripollas. Ahora lo que parece preocuparte principalmente es el hecho de que la gente no tenga ocasión de juzgar el asunto desapasionadamente por sí mismos y de que, en cambio, puedan enloquecer por reacciones emocionales estúpidas.

—Toda mi vida ha sido una reacción emocional prolongada —dijo Norman, sin mirar al
anciano—. ¿Dejamos el tema y volvemos al asunto que tenemos entre manos?

Cogió el primer montón de impresos grapados juntos y ojeó las páginas de un verde pálido. El verde pálido indicaba que Shalmaneser había procesado la información como hipótesis; cuando se le conmutaba a datos del mundo real, los impresos eran hojas de un color rosa claro.

—¿Qué dice el resumen? —preguntó Elias.

—Funcionará —murmuró Norman. Dejó el paquete a un lado y miró la primera página de cada uno de los siguientes documentos—. Y esto, y esto, y esto... «Presuponiendo lo asumido en el programa, la evaluación es favorable.»

—Es bueno saber que tenemos a alguien de nuestra parte —comentó cáusticamente Elias y, cogiendo una pluma, empezó a tabular en limpio las diversas áreas de la aventura de Beninia propuesta que Shalmaneser aceptaba como realizables.

El —no había más remedio que considerarle persona— había revisado incluso los esquemas de anuncios de contratación del personal de las antiguas administraciones coloniales.

LAS COSAS QUE PASAN (10)

UVAS AMARGAS

—Cirujanos, médicos y enfermeras de las cien islas están ya desplazándose a Gongilung para unirse al inmenso proyecto nuevo dirigido por el Profesor Dr. Sugaiguntung. En grupos, han permanecido a veces durante incontables horas, de pie, en la Plaza de la Libertad, con la esperanza de ver aparecer al Mariscal Solukarta en las ventanas del palacio para poder expresarle directamente su agradecimiento por la era nueva y maravillosa que ha abierto. Como explicó el Caudillo ayer tarde en un mensaje televisado, la terminación de este programa

magnífico y excepcional llevará tiempo, pero se espera que vaya encarrilado a primeros del año que viene. Mientras tanto, millares de personas se dirigen a las clínicas de todo Yatakang para someterse a operaciones de esterilización, explicando que no quieren tener una progenie inferior ahora que se les ofrece la oportunidad de optimizar la población del país.

Delhi, India: una multitud de cuarenta mil personas, conducida por miembros de la Liga de Padres de Niños Disminuidos y Deficientes, ha puesto cerco hoy durante seis horas a la Embajada de Yatakang. La policía tuvo que utilizar gases lacrimógenos y somníferos para dispersarles.

—El presidente Yung envía su enhorabuena al mariscal Solukarta y expresa la esperanza de que el notable avance de la ciencia médica anunciado recientemente por el Profesor Dr. Sugaiguntung será accesible en breve a todos los asiáticos. Aunque, naturalmente, los enormes progresos chinos en los campos de la alimentación, la sanidad y el análisis de genotipos ya han convertido a la población del país en la más sana y capaz del mundo, el pueblo del gran aliado de Yatakang desea intensamente alabar y adoptar este impresionante logro asiático.

Estocolmo, Suecia: las calles de todas las ciudades de éste, el país de legislación eugénica más antigua y severa, cobraron vida anoche con multitudes de borrachos desesperados que gemían por no tener hijos. Ancianos de setenta y ochenta años se unieron a chicos y chicas recientemente esterilizados y se bebieron todas las reservas disponibles de acuavit de Estocolmo, Malmó y Góteborg, según afirma la empresa nacional del alcohol. No se tiene constancia de muertes durante los disturbios que siguieron.

—En mensaj. cifrado ultrasec. y entreg. en persona un portavoz de Jogajong informa de situac. pésima impacto propagandístico del anuncio comillas fantástico comillas.

Londres, Inglaterra: se espera que el Martes pronuncie un comunicado sobre el tema el ministro de Sanidad, en la Cámara de los Comunes.

Johanesburgo, Sudáfrica: Nathan Mdlele, un «médico» autotitulado que ejerce aquí, ha sido arrestado bajo acusación de fraude, tras la publicación de panfletos en los que declaraba poder aplicar la técnica de Sugaiguntung a mujeres embarazadas.

—No me importa lo que digan; el hecho es que Larry no es tan inteligente como los otros chicos de su clase. Ya sé que te prometí que tendríamos el segundo cuando me subieran el sueldo, pero no quiero otro zoquete en la familia... ¡no ahora que se pueden tener genios de encargo!

Port Moresby, Nueva Guinea: hoy embarcaron para Gongilung en este puerto varios cientos de hombres y mujeres sometidos a prohibición de procrear por la legislación eugénica local. Esperan poder recibir allí el tratamiento de Sugaiguntung. Al describir la ola de histeria que ha barrido el país, los observadores han recordado la explosión de las religiones minoritarias del siglo pasado.

Atenas, Grecia: en un atrevido golpe publicitario, agentes del famoso ídolo televisivo Héctor Yannakis anunciaron hoy su voluntad de ayudar a optimizar la población por sí mismo, siempre y cuando las chicas que soliciten sus servicios sean comillas razonablemente atractivas comillas. La ola de protestas levantada por su mal gusto, según dicen, ha quedado ahogada por la reacción clamorosa de sus fans.

—¿Cien mil machacantes y sin garantía de que funcione? ¡En Yatakang lo hace la Seguridad Social!

Alice Springs, Australia: aquí los hospitales están atestados de indígenas desconsolados, a quienes hizo creer el predicador fanático Napoleón Boggs que podían tener hijos de piel blanca por encargo, según noticias recientemente confirmadas por él. Algunos han viajado a pie ciento cincuenta kilómetros, inútilmente. Boggs declaró esta mañana que era su modo de dramatizar la categoría social, aún inferior, de los aborígenes en la Australia moderna.

—¡Mírate bien, estúpido!. No sirve para nada que digas que lo sientes... ¡era un regalo caro, y cuando le diga a la tía Mary que lo has roto el primer día se enfurecerá! ¿Por qué
se me ocurriría formar una familia antes de asegurarme de que mis hijos podrían cuidar de sí mismos?

Tokio, Japón: a pesar de la incesante actividad de la policía, la ola de suicidios públicos por parte de los hombres a quienes se prohibe la paternidad por inferioridad genética continúa en todos los templos shinto importantes de la ciudad. En un templo que se cerró al público después de cinco incidentes de tal naturaleza, un hombre consiguió subirse al tejado, a veinte metros del suelo, y tirarse de cabeza desde una cornisa.

Portland, Oregón: esta mañana, guerrilleros armados con termita, napalm y explosivos atacaron las oficinas locales del Tribunal de Selección Eugénica a plena luz del día. Al hacer su aparición la policía, la multitud, entre vítores, facilitó la huida de los guerrilleros bloqueando con sus cuerpos las calles e impidiendo el paso de los coches patrulla.

—Bien, una de las técnicas que los expertos dicen que se van a usar en Yatakang es la que denominan de clones, que consiste en tomar el núcleo de una de las células del cuerpo femenino e implantarlo en un

óvulo de la misma mujer para que crezca. Si eso es posible, ¿por qué no voy a poder tener un hijo tuyo? ¡No hace falta que intervenga ningún macho de mierda!

Moscú, Rusia: estudiantes de la universidad local, miembros de la promoción que debía
graduarse este verano y someterse a continuación a una de las alternativas normalizadas,
esterilización o desplazamiento a una de las Ciudades Nuevas de Siberia, han protagonizado una sentada durante todo el día en el laboratorio principal de investigación biológica, en protesta por el atraso de Rusia con respecto a un país relativamente subdesarrollado tecnológicamente, como es Yatakang, en el campo esencial de la tectogenética.

Munich, Alemania: en un mitin multitudinario, Gerhard Speck, dirigente del poderoso Batallón de Pureza Aria, ha declarado que de no haber sido por la integración de Alemania en la Europa Comunitaria el país podría haberse repoblado hace tiempo con una raza nórdica pura, comillas sin mestizaje ni contaminación extranjera comillas.

—Lo he abortado. Los americanos consideran que unos genes como los tuyos son suficientemente graves para hacer ilegal su transmisión. No voy a concebir otro, ni contigo ni con nadie. El segundo que tenga va a estar optimizado, como hacen ahora en Yatakang.

Washington, D.C.: en la conferencia de prensa, el Presidente ha afirmado esta mañana que sus consejeros consideran el programa de optimización de Yatakang un simple gesto propagandístico, comillas una fanfarronada que ni siquiera un país mucho más rico como el nuestro podría soñar en conseguir este siglo comillas.

París, Francia: el presidente en curso del Gobierno de la Europa Comunitaria, Dr. Wladislaw Koniecki, de Polonia, ha declarado que la pretensión de Yatakang no está fundada en la realidad, siendo comillas un programa que ni siquiera la riqueza combinada de todos nuestros países podría hacer posible comillas.

—¡Ese sangrón de funcionario de mierda de la Oficina Eugénica! ¡Apuesto a que tiene un genotipo tan sucio que se podría usar de esterilla para los pies! Y apuesto a que tiene
hijos... una persona en su posición puede arreglar las cosas, ¿no?

Caracas, Venezuela: apartándose espectacularmente de sus normas anteriores, representantes de la Agencia Olive Almeiro, el mundialmente famoso servicio de adopción de Puerto Rico, han anunciado que disponen de óvulos castellanos puros procedentes de fuentes españolas, dispuestos a ser embarcados en exprés para cruzar el océano en congelación y ser implantados en la comillas madre comillas. Esto viene

a confirmar las predicciones, dignas de crédito, según las cuales la legislación de Puerto Rico va a suponer un golpe mortal para las operaciones de los criadores de niños en todos los EE. UU.

Madrid, España: el Papa Eglantine ha denunciado el programa de Yatakang como una nueva interferencia blasfema con la obra divina, y ha prometido la condenación eterna para cualquier católico de Yatakang que acepte el plan del gobierno. Un decreto de emergencia del Partido Monárquico impondrá la pena de muerte para las donantes de óvulos para exportación, si las Cortes lo aprueban mañana.

—Querida, ¡estás diciendo tonterías! No, no tenemos a Shalmaneser; muy bien, pero tenemos unos equipos de ordenadores de los mejores del mundo, y han procesado esta mañana un programa y resultó que los yatakangis probablemente no pueden mantener su promesa. Todo el asunto es un farol... No me estás escuchando, ¿verdad? ¿De qué sirve hablar?

El Cairo, Egipto: dirigiéndose a una expedición de peregrinos que iban a la Meca para cumplir el haff, un portavoz del gobierno ha denunciado el programa de optimización de Yatakang como comillas una mentira descarada comillas.

La Habana, Cuba: en un mitin de conmemoración del aniversario de la muerte de Fidel Castro, el ministro cubano de Salud Pública y Paternidad ha acusado al gobierno de Yatakang de comillas engañar deliberadamente a las clases bajas de todo el mundo comillas, y los abucheos del auditorio le obligaron a abandonar el estrado.

—Carajo, Frank, ¡nunca perdonaré a esos sangrones! Aquí estamos, metidos en esta ciudad dejada de la mano de Dios, y podríamos habernos quedado en casa entre nuestros amigos y, aunque no hubiéramos podido utilizar el núcleo de una de tus células, podríamos haber tomado el de una de las mías y por lo menos tendríamos una hija, ¿no?

Port Mey, Beninia: en un discurso conmemorativo del Día de la Independencia, durante el cual anunció que sus médicos le concedían sólo un tiempo de vida escaso, el presidente Obomi —que carece de descendencia— declaró que, con o sin el tratamiento de Yatakang, no hubiera podido desear una familia mejor que el pueblo que ha dirigido durante tanto tiempo.

Berkeley, California: Bennie Noakes está sentado frente a un televisor sintonizado con el EXAMINALISIS, repitiendo una y otra vez: «¡Dios, qué idea se me ha ocurrido!».

(Los padres han comido uvas amargas, y los niños tienen dentera.
Ezequiel XVIII, 2.)

Librodot

VIENDO PRIMEROS PLANOS (16)

EL MENSAJERO DEL EVANGELIO DEL AMOR UNIVERSAL

—¿Quién ha sido la mujer que perdió a su hijo tan desgraciadamente? —preguntó Henry Carnicero a la hermana de guardia.

La monja, de rostro cansado, alzó la vista al hombre rollizo y alegre que tenía enfrente. Las arrugas del cansancio se trocaron por las de una sonrisa.

—Hola, Henry —dijo—. Pasa... estoy segura de que le alegrará recibir unas cuantas palabras de simpatía de alguien. La rubia de la tercera cama de la izquierda.

—Es la primera vez que pasa en mucho tiempo, ¿no? —preguntó Henry.

—Señor, sí. La primera desde que vine a trabajar aquí, y ya hace casi once años. El laboratorio de Patología está investigando ahora para ver qué ha ido mal.

—¿Se esperaba un caso normal?

La hermana se reclinó en la silla, tocándose levemente un blanco diente con el borde de
una uña bien recortada.

—Eso creo —dijo, pensativamente—. Es decir, había un problema de RH, pero ese tipo de cosas son rutinarias... una transfusión de sangre completa antes del parto, y a tirar millas.

—¿Un problema de RH? —repitió Henry.

—Sí... ya sabes lo que es, o por lo menos deberlas saberlo, trabajando en el banco de
sangre.

—Oh, lo conozco —asintió Henry. Su rostro alegre no enmarcaba demasiado bien el gesto de seriedad—. Pero no creí que todavía estuviera permitido concebir con una incompatibilidad de RH.

—En este país no. Pero la chica trabaja en algún sitio de África. Su marido la envió a casa especialmente para que el niño naciera en un hospital decente. Y no se puede rechazar un caso de maternidad sólo porque no se haya concebido bajo nuestras leyes.

—Claro que no... bien, bien, esto es todo muy lamentable. Voy a saltarme la vigilancia, a ver qué puedo hacer, para animar un poco a la pobre.

Aún sonriendo, la hermana le vio dejar la oficina, con la bata de plástico esterilizado brillando con aspecto húmedo bajo la luz de las lámparas y haciendo ruidos de frotamiento al rozar las piernas a cada paso. Pensó que resultaba muy amable por su parte preocuparse de una perfecta desconocida; pero ése era precisamente el tipo de cosas que se podían esperar de él.

A Henry Carnicero le apreciaba todo el mundo en el hospital.

Tras dedicar unos cuantos minutos a la madre del niño muerto, le dio uno de sus pequeños panfletos vocacionales, que ella prometió leer... se dividía en capítulos con títulos como Ama a tu prójimo y La verdad te hará libre. Para entonces se le había acabado la hora del almuerzo; así que volvió al banco de sangre en que trabajaba, cambiando saludos animosos con todos los que se cruzaban con él.

Durante su ausencia había llegado una requisición que ordenaba preparar cien botellas de donación con etiquetas, para una sesión rutinaria en un bloque cercano. Extrajo del fichero magnético los nombres, edades y grupos sanguíneos correspondientes, seleccionó la cantidad correcta de etiquetas más un diez por ciento de reserva, en función de la proporción de grupos sanguíneos, se interrumpió un momento para entregar dos botellas de sangre de tipo O a un enviado del médico de guardia en Maternidad y, por último, mezcló y midió la cantidad apropiada de solución citrosalina en cada botella, para impedir que la sangre se coagulara durante su almacenamiento.

Por fin, comprobando cuidadosamente que nadie le observaba, insertó una aguja hipodérmica a través del tapón de caucho de cada botella e inyectó cien miligramos de Viajina, sonriendo ampliamente.

Se le había escapado la idea durante mucho, mucho tiempo. Había hecho cierta cantidad de demostraciones públicas, con éxito, de su credo —especialmente el domingo por la mañana, cuando se las arregló para pintar la barandilla del pulpito de la catedral con «Verdad o consecuencias», asegurándose así de que el obispo dijera la verdad honradamente por una vez, en lugar de las falsedades hipócritas habituales...—, pero sólo recientemente había descubierto este medio, mucho más efectivo, de exponer a la gente a los verdaderos efectos de la panacea en que creía.

No se podía imaginar a sí mismo odiando a nadie; el fulgor cálido de los alucinógenos le había borrado todo odio de la personalidad Y, sin embargo, había gente —entre ellos

Librodot

empleados de este hospital— que negaban que el amor universal pudiera adoptar una forma química. ¿Por qué no, por todos los dioses? Al fin y al cabo, todo el mundo sabía que, según la tradición cristiana, el Amor podía adoptar la sustancia del pan y del vino...
Desde luego, la muerte de aquel niño era una horrible desgracia. Una sombra le nubló el
gesto alegre y sonriente, pero duró sólo un instante. La hermana había dicho que era el primer caso semejante en los once años que llevaba aquí. No habría más en un futuro previsible; o quizá ya nunca, ahora que estaba prohibido concebir niños con problemas de RH.

Completó el trabajo, lavó y secó meticulosamente la hipodérmica como había visto hacer a todos los médicos del hospital y la devolvió a su estuche. Luego cerró y guardó el frasco de Viajina de donde había tomado la cantidad necesaria y empezó a ordenar las botellas para su envío. Trabajaba silbando.

¿Quién no silbaría de contento, sabiendo que todos los pacientes que necesitaran una transfusión sanguínea en este hospital experimentarían a partir de ahora la iluminación maravillosa, la ampliación de horizontes que la Viajina podía otorgar?

Cerca de media hora más tarde, el joven patólogo que investigaba el motivo de la inexplicable muerto del niño entró y le pidió una botella de sangre del grupo O, que Henry le entregó. Se sorprendió sinceramente cuando el patólogo volvió y le golpeó en la barbilla tan duramente que se vio lanzado hacia atrás contra una pila de botellas empaquetadas y arrastró consigo al suelo todo el montón.

En cuanto al policía que le acusó formalmente de asesinato, Henry no pudo creer que semejante persona pudiera ser real.

CONTINUIDAD (18)

LAS MURALLAS DE TROYA

La hostilidad que percibió Donald al volver al mundo de todos los días no era una ilusión. Venía de los restantes viajeros que se apretujaban en el exprespuerto de emergencia que atendía ahora la región de EleA. De hecho era una base militar, despojada a toda prisa de los equipos que no debía ver el público y patrullada constantemente por guardias armados. Desviados, retrasados, con los planes echados a perder, hambrientos y sedientos porque las cantinas de las Fuerzas Aéreas no daban abasto para todos como los bares de un exprespuerto normal y, para colmar la copa, inseguros de que sus vuelos no fueran a ser anulados, porque los expresos desviados a esta base atronaban zonas habitadas al atravesar la barrera del sonido y se decía que los residentes iban a presentar una denuncia, buscaban a su alrededor

alguien sobre quien descargar su resentimiento, y la aparición de Donald, provisto de pases especiales que cortaban a través de la malla burocrática que enredaba a todos los demás, ofrecía un buen blanco.

No le importaba una pizca de ballescoria lo que sintieran.

Le dolía ligeramente la cabeza. Uno de los muchos instructores sucesivos del Campamento Floreciente a través de los que había pasado como una máquina en la cadena de montaje le había advertido que esto podía ocurrir de vez en cuando durante la primera o las dos primeras semanas.

Pero el dolor no era suficientemente intenso para alterar su estado de ánimo fundamental.

Se sentía orgulloso. El Donald Macerdo de los treinta y cuatro años anteriores había dejado de existir, pero no se había perdido nada. Era pasivo, un receptor o más bien un receptáculo, abierto a la entrada masiva de datos externos, pero sin aportar nada propio al desarrollo de los acontecimientos, reservado, autocontenido, tan neutral que incluso Norman de la Casa, que compartía con él un apartamento, le podía llamar en un acceso de ira «zombie sin sangre ni personalidad».

No es que ahora le importara tampoco la opinión de Norman. Sabía las capacidades latentes que albergaba y sentía una avidez salvaje por el momento en que las podría poner en práctica.

En una mesa plegable que formaba parte de una de las hileras que llenaban el hangar que estaban utilizando como sala de tránsito, un funcionario cansado le comprobó los documentos.

—¿A Yatakang, eh? —dijo—. ¡Supongo que va a que le optimicen!

—¿A mí? No, funciono muy bien en todas mis partes. Sin embargo usted tiene aspecto de estar ahorrando para un billete.

Durante un segundo creyó que el hombre le iba a golpear. Enrojeció fuertemente por el esfuerzo de autocontrol. No pudo decirle más a Donald, pero estampó sin hablar los documentos bajo las cámaras y máquinas de sellado, ante él, haciéndole luego gesto de que pasara.

—No había por qué decir eso —dijo el oficial de la siguiente mesa, cuando Donald pasó lo suficientemente cerca para oír un susurro.

—¿Qué?

El segundo oficial se aseguró de que su compañero estaba de nuevo ocupado y no escuchaba.

—No había necesidad de decir eso —repitió—. Se casó sin que le comprobaran los genes y le tuvieron que abortar el primer hijo. Punto rosa.

El signo de la esquizofrenia hereditaria. Donald se encogió de hombros.

—Creo que yo le hubiera pegado —dijo el oficial.

—Si lo hubiera hecho habría dejado de pegar a la gente para siempre —dijo Donald, y sonrió. Era maravilloso saber que era algo más que un farol: era una promesa—. ¿No tiene trabajo que hacer? —añadió al cabo de un momento.

El funcionario frunció el ceño y se volvió al siguiente pasajero.

—¿Yatakang? —dijo el contador de la nave, un joven elegante de tipo bisexual que lucía una cabellera ambidextra hasta los hombros—. Entonces usted debe de ser el Sr. Macerdo... creo que es la única persona con ese destino —comprobó la lista que llevaba—. Sí, exactamente. Aquí tiene su número de asiento, señor, y que tenga un vuelo agradable. Le veré antes de que despeguemos por si necesita algo —le entregó una pequeña etiqueta de plástico.

Donald la cogió y entró en el sombrío ataúd del exprés. Tomando asiento entre sus anónimos compañeros occidentales, recordó la sugerencia de Delahanty de que se informara de lo ocurrido en los últimos días. Cuando el contador de la nave recorrió la cabina para dar el cacareado servicio de «toque personal» de la línea aérea, contestó afirmativamente a la pregunta de que si quería algo.

—Dijo usted que soy el único que va a Yatakang, ¿no?

Un aleteo de largas pestañas y una sonrisa mecánica.

—Bien, sí, señor.

—¿Es eso corriente?

—Francamente, señor, creo que si los términos de los tratados de vuelo internacionales no nos obligaran a hacer escala en Gorgilung al menos una vez al día, no lo haríamos. Pero hay algo sobre permisos de sobrevuelo... ¿quiere que consiga los detalles del capitán?

—No hace falta. Pero ¿no ha habido últimamente otros pasajeros para Yatakang? Yo hubiera creído que con el notición que surgió allí el otro día...

—¿Quiere decir periodistas como usted, señor? Me temo que no me he fijado especialmente —dijo el contador en tono frío.

Donald suspiró. Todo iba muy bien cuando la ética profesional y el respeto a la intimidad se limitaban a ciertos grupos especializados como los médicos y los sacerdotes; ahora que estaban siendo adoptados por ciento y la madre, la actitud resultaba frustrante.

—Tengo una politele. ¿Hay inconveniente en que la utilice durante el vuelo?

—Me temo que no es posible, señor. Pero puedo conmutar a la pantalla de su asiento un programa de noticias resumidas.

—Hágalo, entonces. Y si tiene a bordo algún periódico reciente me gustaría verlo.

—Veré qué puedo encontrar, señor. ¿Es eso todo?

Sonrojado, el contador volvió en el momento en que los remolcadores empezaban a arrastrar el exprés hasta la rampa de lanzamientos, a través del campo.

—Me temo que sólo he podido encentra uno de hoy y uno de ayer —se disculpó.

Aun así era más de lo que Donald había esperado. Los aceptó con un murmullo de agradecimiento y los extendió. El del día anterior estaba empezando ya a deshacerse, de acuerdo con la ley antibasuras federal, que prohibía que las publicaciones efímeras se imprimieran en material permanente, a menos que fuera con el fin de archivarlas en bibliotecas. Manejándolo con cuidado, lo examinó en busca de notas encabezadas en Yatakang.

Sólo encontró una, girada por una agencia de noticias; uno de los rivales más importantes del Servitrans Sateling, Video-Asia Reuters. Lo cual, desde luego, no resultaba sorprendente: hoy día los periódicos contenían en un noventa por cien trivialidades y artículos de fondo, pues eran incapaces de competir con los noticiarios de la TV... en realidad, la mayoría, incluyendo los Times de Nueva York y Londres, habían pasado sus secciones más importantes a programas pagados en televisión. Y lo único que sacó de la lectura fue algo que de todos modos podría haber deducido: que la gente de Yatakang quería creer en la afirmación de su gobierno, fuera o no exagerada.

Al volver la página siguiente se desintegró, cubriéndole de confeti de papel que amarilleaba. Maldijo y lo tiró al muí-triturador del asiento.

Se oyó inmediatamente el aviso de despegue y tuvo que esperar a entrar en la rama superior de la órbita balística para ver el segundo periódico.

Librodot

Esta vez había una página entera dedicada al tema de la optimización: una nota de agencia, procedente de Gongilung, indicaba que se estaban reuniendo fondos de aportación voluntaria en las islas periféricas para que médicos y enfermeras pudieran viajar a la capital y someterse a entrenamiento bajo Sugaiguntung, y una docena aproximadamente hablaban de las reacciones en otros países. Había diversos indicios de que la opinión pública se oponía al veredicto de los expertos. Si las cosas llegaban al punto de abuchear a un ministro del gobierno cubano en un mitin del Día de Fidel Castro...

Donald frunció el ceño. En cierto sentido, estas noticias sugerían una estructura más profunda, pero le volvía a doler la cabeza y no podía concentrarse. La versión mod. I de él mismo hubiera pasado el problema al subconsciente para rumiarlo, pero ahora no tenía tanta paciencia. En vez de darle vueltas a la pregunta, metió el periódico en el multriturador y conectó el programa de noticias resumidas que le había provisto el contador.

En la pantalla en miniatura, empotrada en el respaldo del asiento de delante, vio una serie de breves escenas visuales acompañadas de un comentario por auricular. Las estudió con toda la atención que pudo. Había entrado en el ciclo en un punto inmediatamente anterior a las noticias deportivas y tuvo que esperar cuatro minutos hasta que el boletín volvió a la identificación de la emisora y empezó a repetirse. Y entonces descubrió que estaba viendo un programa preparado por la redacción del mismo periódico que acababa de tirar, conteniendo casi exclusivamente las mismas notas.

Molesto, alargó un brazo para apagarlo. En el mismo momento se deterioró la calidad de la imagen y apareció un cartel según el cual, como consecuencia de la distancia creciente a EleA, se iba a conmutar a un servicio por satélite. Esperando que esta linea aérea utilizara alguno de los más importantes del campo, como el Servitrans Sateling, detuvo el movimiento de la mano.

Exacto. Las figuras familiares del Sr. y la Sra. Dondequiera tomaron cuerpo casi de inmediato. Evidentemente ésta era una señal especial para viajeros en vuelo: sólo utilizaba tomas desde detrás, y el entorno era el interior de un exprés idéntico a éste. Nunca se le había pasado por la cabeza, pero era lógico que, habiendo llegado a una identificación máxima con el televidente a base de vender tantos receptores personalizados con accesorio de hogarimagen, la empresa no quisiera recordar a quienes de hecho iban a uno de aquellos lugares exóticos donde solían ir el Sr. y la Sra. Dondequiera que en realidad la pareja no era más que un par de modelos.

El contador de la nave le había adaptado el receptor para una versión caucásica de la señal, lo cual le pareció extraño momentáneamente. Al mudarse a vivir con Norman, había aceptado el regalo de éste de una

TV que iba a desechar para reemplazarla por un nuevo modelo; y nunca se molestó en cambiar las especificaciones afro a las que estaba ajustada, así que se había acostumbrado a ver al Sr. Dondequiera como afro y a su mujer
como una de las típicas tías nórdicas de Norman. Ahora recibía la versión «joven blanco maduro y fuerte» del hombre, y no encajaba.

Se enfadó consigo mismo por que le importara tanto algo que no era más, al fin y al cabo, que una idea comercial más propia de su vida anterior.

Como si los responsables de la programación le hubieran leído el pensamiento, apareció
su propio rostro en la pantalla. Creyó que era una ilusión hasta que el comentario le corrigió.

—¡Dónald Macerdo! —dijo la voz minúscula directamente en los oídos—. ¡El nuevo
enviado especial del Servitrans Sateling!

¿De dónde carajo han sacado esas imágenes? Había un Donald Macerdo más joven en una calle de Nueva York, luego mirando unas montañas distantes —era una visita que hizo cinco años atrás al Valle del Sol— y luego, más familiar, subiendo al exprés que había tomado hacía pocos días de Nueva York a California.

—¡Contratado especialmente por el Servitrans Sateling, el experto de toda una vida en
genética y herencia, Donald Macerdo, va a Yatakang por ustedes!

Imágenes de una escena callejera de Gongilung, de un barco de pesca rateando entre islas con una ruidosa bomba de reacción, de una multitud apretujándose en una plaza.

—¡Yatakang, foco del interés de todo el planeta! ¡Programe su equipo de autovítor con el nombre de Donald Macerdo, cuyos comentarios desde Gongilung serán incluidos en nuestros noticiarios a partir de mañana!

Donald estaba asombrado. ¡Debían de querer convertirlo en algo sensacional, para sacrificar tanto tiempo incluso del ciclo de noticias resumidas de diez minutos! Su confianza de mod. II se evaporó. Eufórico por su eptificación reciente, había creído que era una nueva persona, inconmensurablemente mejor equipada para actuar sobre el mundo. Pero las implicaciones de una nota televisada tan costosa se le hundieron profundamente en la cabeza. Si el Estado llegaba de buena gana a estos extremos para mantener su identidad falsa, quería decir que él no era más que la punta visible de un montaje que afectaría quizás a millares de personas. El Estado, sencillamente, no se ponía en

Librodot

manos de una corporación poderosa como el Servicio de Transmisión por Satélite en Inglés sin buenos motivos.

Frases sin significado vagaron, disociadas, y se aparecieron ante su conciencia, pareciendo todas tener importancia para su situación y, sin embargo, carentes de coherencia.

Me. llamo Legión.
Temo a los griegos, aunque traigan regalos,
Los pecados de los padres se conocerán en los hijos.
Dime, ¿acaso puedes ver en las semillas del tiempo?
¿Fue éste el rostro que hizo a la mar mil naves / y quemó las torres sin techo de Ilium?

Luchando para sacar algún sentido de aquellos fragmentos, llegó por fin a lo que le debía de estar intentando decir el subconsciente.

El objetivo, hoy día, no es encontrar una dama maravillosamente bella. Es tener hijos presentables. Elena la inalcanzable está en la matriz, y toda madre sueña en darla a luz. Ahora se sabe dónde está. Vive en Yatakang y a mí me han enviado a buscarla, me han ordenado que la traiga conmigo de vuelta o que diga que su hermosura es un engaño... que la convierta en un engaño con ácido, si es preciso. Ulises Odisea el astuto se escondió en el interior del caballo, y los troyanos abrieron la muralla y lo metieron dentro mientras Laoconte y sus hijos morían entre serpientes. Tengo una serpiente enroscada a la cabeza y si aprieta un poco más me romperá el cráneo.

—Déme algún calmante para el dolor de cabeza, ¿quiere? —dijo, cuando volvió a pasar el contador.

Sabía que era el medicamento apropiado y, sin embargo, le daba la impresión de que debió pedir también algo para el dolor de vientre, porque todo estaba confundido: los hombres en la matriz del caballo esperando nacer para desatar la destrucción, y el dolor del parto, y Atenea que nació de la cabeza de Zeus, y el Tiempo que devoró a sus hijos; como si no sólo estuviera dentro del caballo de madera del exprés, sino que lo fuera, a punto de entregar la ciudad al enemigo y el enemigo a la ciudad, un dolor como las ramas retorcidas de un rosal silvestre, cada una de cuyas espinas fuera una imagen puntiaguda que le azuzaba a otros tiempos y otros lugares.

Al frente, las murallas. Acercándose a ellas, el Ulises Odiseo estúpido y desamparado del siglo XXI, que debía de ser también Odín, cegado de un ojo para que su mano derecha no supiera lo que hacía la izquierda. Odinzeus, el señor del rayo: ¿cómo puede apuntar bien sin vista estereoscópica? «Ninguna persona por sí sola lo sabe todo, ni siquiera lo suficiente como para juzgar por su propia iniciativa de forma fiable.»

Shahnaneser, señor del conocimiento infinito, guíame por el valle de las sombras de la muerte y no temeré ningún mal...

El contador le trajo una cápsula blanca y se la tragó.

Pero el dolor de cabeza no era más que un síntoma y se podía corregir.

VIENDO PRIMEROS PLANOS (17)

MAS INTELIGENTE QUE MIL HOMBRES

«Shalmaneser a su mujer,
con ser tan listo, no daba placer.
Dile al gran ordenador
que para él no se ha hecho el amor.»

—Copla infantil recogida en Siracusa, N. Y., Noviembre 2009.

«Teresa la muchacha se llamaba
que amar a Shalmaneser deseaba.
Y luego, al encontrarse,
fue de ella el atiesarse...
Y los sabios no pudieron deshelar a la que amaba.

—Pintada en el edificio de viviendas de la universidad Auckland, Nueva Zelanda; diversas variantes en todo el mundo de habla inglesa.

Al Infierno llegarán alguna vez
los que viven por lujuria y avidez.
Y Satán también se llevará algún día a
todo aquel que en máquinas confía.

—Himno compuesto para el X Congreso Internacional de las Hijas del Divino.

tíos me gustaría ser fríamente objetivo
como un
icebebérgélidogélidogélido
¿qué tal estás, tío,
en el helio frío?
DE ZARAgoza Y BArCELONA tuVE QUE A cueNCA. Ir poR TI
Orden
a dormeg acer ebro
¿DEBE ALIVIARLA EL HOMBRE O ACONSEJAS LO CONTRARIO?
no

—De GRAUNCH : : prosiversépica.

—Es lamentable —se podría decir incluso descorazonador— ver hasta qué punto la fe ciega en los objetos manufacturados que dignificamos con el nombre de «ordenadores» ha reemplazado la confianza en la oración y en la guía de Dios. Nunca oiréis a nadie admitir haber sustituido la presencia de Dios vivo por una máquina y, sin embargo, eso es exactamente lo que ha hecho la mayoría de la gente. Hablan de las evaluaciones que los ordenadores les imprimen en el tono bajo y reverente que nuestros antepasados reservaban para las Sagradas Escrituras y, ahora que Técnicas Generales ha declarado orgullosamente que ese nuevo montón de circuitos apodado «Shalmaneser» puede tener conciencia, podemos prever el día en que todo el mundo habrá rendido su responsabilidad como ente pensante a una máquina que, engañados, habrán llegado a considerar y respetar como más inteligente que ellos mismos. Esto es, a menos que con la ayuda de Dios consigamos modificar esa tendencia.

—De uno de los primeros sermones del desafortunado obispo a quien Henry Carnicero saboteó.

—Muy bien, Shalmaneser... ¡dime tú lo que tengo que hacer!

—Expresión coloquial extendida por toda Norteamérica.

(SHALMANESER: Ese puñado de chatarra fría del copón que hay en la torre de TG. Dicen que puede llegar un día a ser consciente de verdad. También dicen que es tan inteligente como mil de nosotros juntos, lo cual no es decir demasiado, porque cuando nos juntamos mil de nosotros mira qué estúpidamente nos comportamos.

—El diccionario del felicrimen, por Chad C. Mulligan.)

Jamás, en la historia de la Humanidad, entró ningún objeto manufacturado a formar parte de la conciencia común de la especie tan rápidamente como Shalmaneser, cuando hicieron pública su existencia. Su adaptación como «imagen pública» y su integración en la prosa y verso populares se produjo en cuestión de días; en pocos meses llegó á ser el personaje más famoso, un elemento clave de los chistes verdes, un tribunal superior y una especie de Mesías mecánico. Algunas de estas facetas se relacionaban entre sí; en particular, había esa historia, sobre la misma Teresa que apareció en una copla neozelandesa, que narraba cómo enviaron a buscar a un telépata judío para que le preguntara lo que había ocurrido, cuando descubrieron que gracias al helio líquido se encontraba en estado de animación suspendida, y él explicó con aspecto confuso que sólo podía detectar un pensamiento en la cabeza de ella: «La semilla del Mesías aún no fluye».

Por otra parte, cuando TG publicó una lista de servicios con la escala de precios correspondiente, las empresas de cálculo electrónico que trabajaban como consultoras alquilando tiempo de proceso en veinte

países se balancearon al borde de la bancarrota, al decidir sus clientes pasar sus contratos a Shalmaneser.

El Sr. y la Sra. Dondequiera habían ido a visitar a Shalmaneser ciento treinta y siete veces, más de lo que se había dedicado a cualquier otra actividad excepto la adaptación a gravedad O.

Orbitando bajo los efectos de la Viajina, Bennie Noakes estaba más orgulloso de que su
cabeza hubiera generado la idea de Shalmaneser que de cualquier otro acontecimiento que hubiera soñado.

De hecho: era un dispositivo Micriogénico ® de la familia denominada colectivamente Grupo Catesup (CApacidad TEó-rica SUPerior.., a la del cerebro humano, naturalmente) y concretamente de la cuarta generación de dicha familia, habiendo sido sus antecesores el modelo piloto Jeroboam, el aún disponible comercialmente Rehoboam, de los que estaban en funcionamiento un millar, y el prototipo de Nabucodonosor, que resultó tener tantos fallos en el diseño que anularon el proyecto y aprovecharon los componentes para otros aparatos.

La cantidad de problemas técnicos que habían tenido que ser resueltos antes de ponerse en operación desafiaba toda posibilidad de descripción: el programa que desarrolló los esquemas definitivos exigió para su proceso el funcionamiento continuo de seis Rehoboams encadenados en serie durante catorce horas, tiempo que el departamento de publicidad calculó como adecuado para desarrollar las órbitas de todo el Sistema Solar durante mil años con una precisión de veinte cifras decimales en cada número. Y, aun así, el dedicar tanto tiempo de proceso a una sola tarea elevó la probabilidad de error simultáneo séxtuple al nivel del treinta por ciento, de tal modo que había habido una posibilidad entre tres de que cuando construyeran la versión definitiva y la conectaran, algo fuera irremediablemente mal.

De hecho, se había oído expresar recientemente a algunos de los componentes del equipo de diseño original la opinión de que algo había ido mal en los esquemas. A estas alturas, decían, debía de haberse dejado establecido más allá de toda duda que Shalmaneser era consciente en sentido humano, tenía un ego, una personalidad y una voluntad.

Otros, más emocionales, declaraban que ya existían pruebas de tal conciencia, y que éstas, explicaban algunas reacciones completamente imprevistas que había mostrado la máquina al resolver tareas complejas.

Los psicólogos llamados para emitir sentencia al respecto acabaron por dejarlo, sacudiendo la cabeza y divididos en dos grupos igualmente

opuestos. Algunos dijeron que el problema era irresoluble e hicieron referencia al antiguo acertijo: dada una habitación dividida en dos por una cortina opaca y una voz que viniera del otro lado, ¿cómo se podría saber si la voz pertenecía a un ordenador hábilmente programado o a un ser humano? Sus rivales mantuvieron que, en su avidez por distinguir una conciencia mecánica, los diseñadores habían establecido una profecía que se satisfacía a sí misma: habían programado de hecho los esquemas de tal modo que dieran la impresión de consciencia cuando el sistema procesara información.

La mayoría del público le daba una importancia nula al debate entre los expertos. Para ellos Shalmaneser era una leyenda, un mito, un héroe popular y una celebridad; no necesitaba ser también consciente.

Pocos días después pusieron en marcha los dispositivos de entrada verbal directa —Shalmaneser era el primer ordenador con suficiente capacidad de sobra como para poder
trabajar en inglés hablado corriente, independientemente del tono de voz de su interlocutor.

—Shal, ¿tú que opinas? —le preguntó uno de los técnicos, movido por la emoción del momento—. ¿Eres una entidad consciente o no?

Hizo falta tanto tiempo para analizar el problema —una nueva marca, tres cuartos de minuto— que cuando surgió la contestación el técnico se estaba empezando a alarmar.

—Parece imposible que puedas determinar si la respuesta que te dé a esa pregunta es cierta o falsa. Si contesto afirmativamente, no parece haber ningún procedimiento por el que pudieras establecer la exactitud de mis palabras relacionándolas con acontecimientos externos.

—Si tú no nos lo puedes decir, entonces ¿a quién se lo preguntamos? —dijo informalmente el interrogador, aliviado por haber recibido aunque fuera una respuesta tan frustradora tras el preocupante retraso—. ¿A Dios?

—Si puedes entrar en contacto con El —contestó Shalmaneser— sí, desde luego.

«La historia de Teresa es instructiva:
enseña hasta qué punto es atractiva
una buena tía si su anatomía
se hace primero superconductiva.»

—Citado en la revista de la empresa Técnicas Generales, Enero de 2010.

Librodot

CONTINUIDAD (19)

SEMPER ALIQUID NOVÍ

El nicho que se había labrado con tantos trabajos, reconoció Norman desmayadamente, le había privado de la capacidad de trabajar con cantidades de información ingentes como las que ahora le empantanaban. Se obligó a seguir adelante, con los ojos enrojecidos, a veces ronco, a veces sufriendo violentas indigestiones, hasta que casi llegó a encontrarse dispuesto a dar la bienvenida a sus molestias físicas como dolores propios del crecimiento.

Si el proyecto de Beninia iba a convertirse en realidad, debía enfrentarse con tres obstáculos principales. Primero, el atractivo que tuvo al principio el PMAM estaba disminuyendo y los accionistas empezaban a deshacerse de sus paquetes... lo cual, si bien permitía que el personal de TG que estaba al corriente comprase a bajo precio, creaba un clima desfavorable en el mercado. Segundo, había que asegurar una mayoría a favor de dos tercios en una asamblea general. Y tercero, el presidente Obomi había tomado la importante decisión de informar de su enfermedad al país, lo cual indicaba que el tiempo se estaba acabando. Elias decía que el presidente aceptaría el plan siempre y cuando su antiguo amigo personal estuviera de acuerdo, pero no había modo de saber si su posible sucesor pensaría del mismo modo.

La urgencia le llevó a explotar la increíble velocidad de Shalmaneser al máximo. No contento con levantar y demoler medio centenar de posibles cursos de acción cada día, empezó a cancelar contratos de trabajo exteriores y dejar tiempo para interrogación verbal sobre aspectos no aclarados por completo en los programas escritos.

Era la primera vez que Norman trabajaba directamente con Shalmaneser. La noche anterior al primer día que utilizó las posibilidades verbales de la máquina, tuvo una pesadilla en la que se vio aprisionado por muros de los impresos verdes «hipotéticos» con los que se había familiarizado; la noche siguiente, el sueño consistió en oírle dirigirse a él desde el teléfono, el aparato de televisión y el aire vacío.

En cualquier caso, no había muchas ocasiones de soñar. A costa de un casi agotamiento, se mantuvo al nivel de las obligaciones que se le habían impuesto. Media docena de veces al día, la Vieja TG le llamaba para pedirle información que podría haber obtenido más fácilmente llamando a una enciclopedia automática, pero se las arregló para dar respuestas aceptables. En conferencias sin fin, toda clase de gente recurría a él para recibir puntos de vista y orientaciones, y él respondía tan mecánicamente como si fuera otro dispositivo de proceso de datos, enumerando estadísticas, datos, costumbres locales, retazos de historia

Librodot

e incluso opiniones personales no enmascaradas que quienes le escuchaban consideraban tan incontestables como el resto.

Empezó a sentirse más satisfecho de sí mismo. Bajo la rígida máscara profesional que había adoptado para escalar hasta lo más alto en un mundo de culos pálidos, yacía al fin y al cabo algo de sustancia. Había temido a medias que sólo hubiera un hueco, como el vacío iluminado por una vela de una calabaza ahuecada en día de fiesta.

Había otros dos motivos que le animaban aún más que su deseo de probarse a sí mismo. Uno era la admiración por Elias Masters, que había detectado tal sustancia cuando la máscara estaba aún puesta y apostado a ella el resultado último de una carrera de éxitos.

Norman había cultivado siempre la Radio Macuto de los rumores de la empresa; ahora le informó de que, si el proyecto de Beninia funcionaba, Elias podía ser casi con seguridad el próximo embajador en las NÚ, recuperando así la categoría que había perdido cuando prefirió Port Mey a Delhi.

Por otra parte, si fallaba estaba acabado

Y el segundo motivo era simple confusión. Al final de la primera semana de planificación intensiva, sabía bastante más de Beninia que de casi la mayoría de los lugares en que había vivido, y eso sin haber pisado jamás su suelo. Pronto los datos que absorbía eran simplemente acumulados en su interior, formándole un montón en la cabeza a través del cual tenía que excavar para encontrar lo aprendido. Gradualmente se fueron organizando, desarrollaron relaciones mutuas y, por fin, adoptaron la estructura de una pregunta desconcertante.

¿Cómo, en nombre de Alá el misericordioso, es posible que sea asi Beninia?

De no haber sido por la masa de evidencia histórica, podría haber sospechado un inmenso truco publicitario en pro de las relaciones públicas. «Todo el mundo sabía» —a esto se venía a reducir todo— que, cuando los poderes coloniales europeos llegaron a África, las tribus ecuatoriales y del sur se encontraban en un estado de barbarismo ejemplarizado por miles de hechos registrados, desde las incursiones asesinas de Chaka Zulú hasta la prontitud con que las tribus vendían sus propios hijos a los tratantes de esclavos árabes. «Todo el mundo sabía» que tras la retirada europea las cosas volvieron al estado anterior, agravado por el resentimiento contra los dominadores extranjeros de tanto tiempo.

Pero no en Beninia. Como indicó Elias, Zadkiel Obomi había realizado el milagro de crear la contrapartida africana de Suiza, caminando por la

cuerda floja de una neutralidad obstinada sobre un infierno de violencia intermitente.

Pero ¿qué tenía él para... para alimentar semejante logro? He aquí el punto en que Norman se enfrentaba a un muro sin discontinuidades. La neutralidad Suiza se apoyaba en ventajas evidentes: una situación geográfica clave que sólo Napoleón había tenido agallas para atravesar, entre todos los Atilas modernos... incluso los nazis habían encontrado más provechoso dejar en paz a Suiza; una reputación celosamente guardada de honradez en el comercio, que la convertía en un centro financiero internacional; una habilidad en las manufacturas de precisión que convertía la falta de recursos minerales del país en una bendición positiva.

Beninia, por contraste: situada entre rivales poderosos, cualquiera de los cuales sacrificaría de buena gana un ejército o dos de inútiles trabajadores no especializados para anexionarse su espléndido puerto principal y sus rutas fluviales, que atravesaban las colinas Mondo; económicamente in-viable, mantenida en funcionamiento sólo gracias a la ayuda extranjera constante, y ni mucho menos industrializada: en cambio, retrasada de modo excepcional incluso en África.

El pensar en tales anomalías le daba dolor de cabeza a Norman, pero siguió escarbando,
extendiendo el alcance de sus estudios hasta que el departamento de investigación le envió una carta enfurecida, preguntando qué carajo tenía que ver un proyecto empresarial del siglo XXI con los acontecimientos habidos en el primer año del calendario musulmán.

Norman presentía vagamente que si pudiera contestar a tal pregunta no se encontraría tan confundido por ese país del culo del mundo.

Sin embargo, el departamento de investigación tenía toda la razón: no había sentido en profundizar tan atrás en el tiempo, porque ni siquiera quedaban crónicas escritas. Apenas había ni restos arqueológicos. El cavar en el pasado era un lujo demasiado caro en términos de Beninia.

Norman suspiró y volvió a revisar lo que había aprendido.

«Feliz es el país que no tiene historia»... y, durante mucho tiempo, la zona llamada Beninia podía aplicarse el refrán. Su primera entrada en la escena mundial se produjo en el apogeo de la trata de esclavos interna de África, cuando la presión árabe desde el Norte empujó a los holaini —una subrama de los berébéres, de fe musulmana y raza camita— más allá de Tombuctú, hacia el golfo de Benín. Atravesaron una zona shinka, encerrada a un lado por mandingas y al otro por yorubas.

Estos vecinos estaban acostumbrados a dejar estrictamente solos a los shinka, asegurando que eran magos poderosos y podían robarle el corazón a un guerrero valiente. Los holaini se burlaron: como buenos musulmanes, descartaban la idea de la brujería y, desde luego, los pacíficos y hospitalarios shinka —a quienes ni siquiera la idea de la esclavitud parecía molestar— no presentaban ningún peligro, evidentemente.
Con toda la intención de formar una granja de shinkas, igual que de ganado, para tener una fuente constante de esclavos, los holaini se instalaron como los nuevos dominadores de la zona. Pero, aparentemente a causa de la magia que habían descrito las tribus vecinas, tal proyecto se desmoronó. Los holaini fueron absorbidos gradualmente por la población de base, que llevaba una tranquila existencia rural, hasta que al llegar al siglo XX sólo quedaban el dialecto y algunos rasgos físicos, como la «nariz norteña» y la anchura de frente, para atestiguar su identidad independiente.

La superstición —quizás— explicaba la nula predisposición posterior de los tratantes que surtían a los capitanes europeos esclavistas a mezclarse con los shinka. Se excusaban sobre la no muy firme base de que los shinka no eran buenos esclavos, o de que eran enfermizos, o de que se encontraban bajo la protección especial de Shaitan. Aparte de una o dos incursiones europeas de captura, permanecieron prácticamente sin ser molestados hasta la época de la explotación colonial.

Cuando ya llevaba mucho tiempo en proceso de reparto el continente, los ingleses expulsaron a los españoles, que mantenían una base comercial en las cercanías del moderno Port Mey como anexo a su enclave más grande de Fernando Poo, e hicieron comprender a los franceses del vecino Togo que Beninia estaba a partir de ese momento bajo la custodia de la bandera británica.

Y eso, más o menos, era todo; aparte de la regularización legal de la situación de modo parecido al de Nigeria, estableciendo una «Colonia y protectorado de la Gran Bretaña».

Hasta 1971, cuando la Oficina Colonial de Londres buscaba modos para deshacerse de sus últimas y molestas responsabilidades de ultramar. Algunas, como las islas más pequeñas del Pacífico, eran casos sin esperanza, y lo mejor que se podía hacer era enchufárselas a cualquier otro país... a Australia, por ejemplo. Al principio Beninia no parecía, sin embargo, que fuera a presentar la más mínima dificultad. Al fin y al cabo, Cambia, más o menos del mismo tamaño, era ya independiente desde hacía algunos años.

El problema surgió cuando intentaron encontrar alguien a quien entregar el gobierno. Había unos cuantos oficiales competentes en Beninia pero, debido al hecho de que el modelo musulmán de

paternalismo se ajustaba a los prejuicios machistas del siglo XIX, los niños educados en colegios públicos ingleses habían sido recluta dos en su mayoría entre la minoría del norte, los holaini. En Nigeria había ocurrido exactamente lo mismo. Allí, después de la independencia, el grupo mayoritario se había revelado contra tal herencia de prejuicios Victorianos. La Oficina Colonial no tenía el menor deseo de volver a cometer aquella equivocación, aunque los shinka parecían peculiarmente apolíticos. De hecho, si hubieran tenido la amabilidad de organizar un simple partido político para provocar la agitación en busca de la independencia, nunca habría surgido el problema.

Mirando por todas partes, los funcionarios de Londres acabaron por encontrar un joven beninio que, si bien no tenía seguidores entre el pueblo, al menos disfrutaba de la estima
popular. Zadkiel Frederick Obomi había sido educado en Inglaterra y en los Estados Unidos. Procedía de una familia respetable, moderadamente acomodada. Su mayor ambición consistía en convertirse en locutor de programas educativos, y trabajaba de comodín en la única estación de TV que cubría la zona del golfo: conferencias, lectura de boletines de noticias y comentarios sobre los asuntos del momento en shinka y holaini. Había sido trasladado temporalmente para supervisar a los periodistas que cubrirían la última reunión de la Organización de la Unidad Africana y tanto los delegados de Etiopía como los de Sudáfrica le habían dedicado sus mejores elogios, así que era aceptado con toda seguridad en el exterior de Beninia.

Dentro del país ya era distinto, principalmente porque él mismo jamás había pensado en ser presidente. Eventual-mente, sin embargo, se convenció de que no había nadie más en condiciones de serlo y, cuando sometieron su nombre a un referéndum, tanto los votantes shinka como los holaini le aprobaron por una mayoría aplastante, frente a un candidato apoyado fuertemente por fondos egipcios.

Enormemente aliviados, los ingleses rebautizaron la Casa del Gobernador como Palacio
Presidencial y se fueron.

Al principio, a causa de su inexperiencia, el nuevo presidente pareció dar palos de ciego. Su primer gobierno, elegido en proporción a la población de holainis con respecto a los shinkas, con cierta desviación de la balanza hacia los primeros por sus conocimientos administrativos de base, no realizó prácticamente nada. Poco a poco, sin embargo, reemplazó los ministros educados en Inglaterra por gente de su propia elección, algunos de los cuales se prestaron voluntarios a volver al país desde cargos cómodos en el extranjero, como el titular del ministerio de Finanzas, Ram Ibusa, que enseñaba economía en Accra.

Para sorpresa de todos, se las arregló perfectamente con una crisis que le amenazó muy poco antes de su primer término presidencial.

En las antiguas colonias británicas y francesas adyacentes a Beninia, estalló una
característica común del África de finales del siglo xx: se encendieron en disputas tribales que llegaron a las masacres y, a veces, a una semana o dos de verdadera guerra civil. Se produjeron grandes migraciones de inokos y kpalas. Ya que Beninia estaba a mano y en paz, los refugiados de ambas tribus se dirigieron allí.

Los que les habían expulsado no se interesaron por lo que fue de ellos. Sólo más adelante, cuando ya los hechos económicos de la vida habían obligado a diversos países ex coloniales a federarse en grupos que compartían un lenguaje europeo común —como Malí, Dahomey y el Alto Volta en Dahomalia, y Ghana y Nigeria en la SO.N.A.D.O.-— se apercibieron de un fenómeno muy curioso.

Los shinka eran incluso más pobres que los inoko y los kpala, y se podría haber esperado que no admitieran la carga extra que los refugiados suponían para los escasos recursos del país. Pero no habían mostrado hostilidad. Por el contrario, se había criado en Beninia una generación de extranjeros que parecían perfectamente felices e inmunes a todas las sugerencias de que sus tierras se incorporaran a sus países de origen.

Casi como mirando a Obomi con el temor reverencial tradicional reservado para sus ancestros «magos», los gigantes vecinos se balancearon entre las posturas agresivas y aplacadoras. Las primeras se producían normalmente cuando algún desorden interno hacía deseable la invocación de un enemigo exterior; las últimas eran más raras y seguían sólo a la intromisión de un rival común desde otro lugar. Se decía que el mercenario alemán cuyo intento de asesinato frustrado le costó a Obomi un ojo había sido contratado y pagado en El Cairo. La hostilidad resultante entre los holaini contra la noción del Pan-Islam decidió al mundo árabe a volver a sus escaramuzas de costumbre con Israel.

Pero ahora parecía probable que la prolongada calma de Beninia se desmoronara para siempre. Si el retiro de Obomi llevaba a una disputa por la sucesión, los celosos vecinos atacarían sin ningún género de duda. La intervención de TG podía impedir la guerra. Shalmaneser había revisado las diversas consecuencias hipotéticas y emitido su opinión casi divina.

Sin embargo, Norman seguía sintiéndose asaltado por las dudas. Al fin y al cabo, Shalmaneser sólo podía juzgar sobre la base de los datos que recibía; ¿y si Elias hubiera
dejado que su amor por Beninia tiñera sus opiniones de optimismo, y este hecho hubiera
afectado los cálculos del ordenador?

Librodot

Parecía absurdamente emocional la sugerencia de convertir una ex colonia atenazada por la pobreza, el hambre y las enfermedades en una cabeza de puente de la prosperidad, en veinte años. Vaya, ni siquiera había una universidad, ni una escuela técnica importante... nada mejor que un negocio financiado por fondos privados en Port Mey, de cuyos graduados el gobierno ya tomaba la flor y nata.

Naturalmente, solicitaban que todos los niños varones del país recibieran un mínimo de
alfabetización y enseñanza primaria, así como las bases del idioma inglés y de alguna otra de las lenguas nacionales. Y en Beninia no había falta de respeto por la educación: tenían incluso menos niños perezosos que maestros. La avidez de aprender podía contrarrestar bastantes deficiencias menores en otras áreas.

Podía...

Suspirando, Norman dejó de preocuparse. La forma de Beninia, como un signo de admiración, se retorcía sobre el mapa hasta asumir el aspecto de una interrogación imaginaria, pero sólo en su cabeza. Los hechos estaban en el mundo real, y era agudamente consciente de hasta qué punto se había aislado a sí mismo de la realidad.

Se lo dijo a Chad Mulligan en una de las cada vez más infrecuentes ocasiones en que le encontraba en casa durante suficiente tiempo para dedicar unos cuantos minutos a la conversación. El sociólogo había demostrado no tener intención de enterrar sus ideas; su
costumbre de ocuparse en esquemas de estudio y argumentación no se había debilitado durante los tres años en el arroyo, y hacía de nuevo aparición.

Su respuesta al comentario de Norman empezó con un gesto de disgusto.

—¡Mira, tío, a lo que te estás enfrentando es a la intratabilidad del mundo exterior! Muy
bien, te comprendo: yo tengo el mismo problema. No puedo mantener en las entrañas el
suficiente alcohol para pudrirlas como había planeado. ¡Antes de palmarla, vomito! Bien, ¿qué es lo que te molesta tanto de Beninia, eh?

—No es el país en sí —Suspiró Norman—. Es el hecho de que nadie parece haberse dado cuenta de la anomalía tan extraña que supone una nación entera asentada al borde de un volcán político y sin siquiera templarse.

—Con una erupción volcánica en curso, ¿quién carajo va a perder el tiempo en preguntarse cosas sobre gente que se dedica simplemente a

Librodot

sus asuntos normales? —gruñó Chad—. ¿Por qué no te reservas las neuronas hasta que vayas y lo veas por ti mismo? A propósito, ¿cuándo te envían allá?

—En cuanto se termine la planificación —dijo Norman—. Elias y yo se la vamos a presentar juntos al presidente Obo-mi. Dentro de tres o cuatro días, creo —dudó—. ¿Sabes una cosa? —continuó—. Tengo miedo de lo que me voy a encontrar cuando vaya allí por fin.

—¿Por qué?

—Porque... —Norman se tiró de la barbilla con dedos torpes—. Por Donald.

—¿Qué carajo tiene que ver con esto? Está en la otra punta del mundo.

—Porque he compartido este apartamento con él durante años y siempre le consideré como una especie de tío neutral que llevaba una vida bastante monótona y fácil. No la clase de persona sobre la que uno se forma opiniones definidas. Y luego, de repente, me dijo que había sido el responsable de los disturbios callejeros en los que me vi metido... en la parte baja del lado Este. ¿Ya te lo he contado, no?

—Hablaste de esto en la fiesta de Guinevere. Igual que muchas otras personas —se encogió de hombros Chad—. Naturalmente, reclamar la responsabilidad de provocar una algarada es un poco orgulloso, pero ya veo por dónde vas. Quieres decir que te preguntas si los beninios son algo semejante a él, capaces de causar cualquier desastre cuando hagan su aparición en el gran espectáculo.

—No —dijo Norman—. Me pregunto si soy yo el ignorante y el capaz de disparar una
catástrofe.

CONTEXTO (17)

EL PESO DE LAS DEUDAS

—Sí, me llamo Chad Mulligan. No estoy muerto, si ése iba a ser el tema de tu segunda pregunta estúpida. Y me importa un gramo de ballescoria lo que pretendieras decirme cuando me llamaste, por mucho que seas del EXAMI-NALISIS. Si quieres que hable lo haré sobre lo que yo quiera, no sobre lo que a ti te parezca mejor. Si eso resulta aceptable, enchufa las grabadoras. En caso contrario colgaré yo mismo.

»Muy bien. Voy a hablarte de los pobres. ¿Sabes dónde se puede encontrar un pobre? No, no salgas a la calle como un imbécil del copón a buscar una persona que vista harapos sucios y duerma en la acera.

Hasta hace pocos días esa persona podría ser yo, y tengo unos cuantos millones de pavos.

»Y no hace falta tampoco ir a la India ni a Bolivia ni a Beninia para encontrar un pobre. Basta recorrer exactamente la distancia al espejo más cercano.

»En este punto decidirás probablemente desconectar, disgustado.., no me refiero a ti, tío, que estás tomando esto por teléfono; me refiero a cualquiera que lo oiga si tienes cojones para reproducirlo en el EXAMINALISIS. ¡Tú, ahí fuera! Estás a punto de ir a la quiebra y no haces caso. No creo que por decírtelo te vaya a convencer, pero te ofrezco una evidencia por si acaso.

»Un tío que vive como yo lo he hecho durante los últimos tres años, sin casa y sin siquiera una maleta, no es necesariamente pobre, como acabo de decir. Pero, libre de las
cosas que obstruyen la percepción de la verdad, tiene ocasión de examinar la situación y
sopesarla. Una de las cosas que puede ver es lo que ha cambiado y lo que no en este nuevo siglo magnífico nuestro.

«¿Qué les das a los mendigos? Quizá nada... aunque si uno te conmueve le puedes soltar por lo menos un marrón. Al fin y al cabo, la licencia mensual le cuesta el doble. Así que en realidad no es tan pobre. Los precios se han multiplicado aproximadamente por seis en los últimos cincuenta años, pero hace cincuenta años lo más probable era que le dieras al mendigo sólo un duro o dos. Relativamente, los mendigos han ascendido por la escala de los ingresos personales.

»Tú no.

»Las cosas que han subido ligeramente por encima del promedio seis veces— son, entre otras, tus ingresos típicos, el coste de la alimentación y del vestido, el de las pijadas sin las cuales tienes la impresión de ser un don nadie —una TV holográfica, por ejemplo— y los costes generales de alquileres y alojamientos, como es el de la calefacción.

»Las cosas que han bajado proporcionalmente un poco son entre otras el transporte urbano —tomando por ejemplo a Nueva York, que cito porque ahora soy un neoyorquino adoptivo, un billete de metro cuesta sólo ochenta céntimos de dólar, en vez de los ciento veinte o así que costaría si hubiera subido al mismo ritmo que lo demás— y, para sorpresa de la mayoría de la gente, los impuestos, que financian cosas que no vamos a criticar, tales como los cuidados médicos y la educación. Por cierto que éstos no son malos hoy por hoy.

»Pero ¿qué es lo que ha subido más, más más? Cosas como el agua. ¿Sabías que pagas once veces más por el agua de lo que se pagaba hace cincuenta años, y sin poder gastar más porque no la hay?

»¡Y el espacio para el ocio! ¿Sabías que el tener un espacio abierto decente lo suficientemente cerca como para ir a pie incrementa los impuestos municipales en un treinta por ciento?

»¡Y la propia salud! No me refiero a los cuidados hospitalarios... eso está perfectamente hoy. Me refiero a la salud natural, normal, a la de todos los días, con su resistencia a la infección y su energía abundante.

«Probablemente puedes reconocer a los Nuevos Pobres, como se suele decir. Quizá no sepas cómo; ciertamente puedes quedarte confuso pensando en cómo puedes distinguirlos, siendo así que llevan ropa limpia y tienen toda clase de comodidades que quizá no son del modelo que se llevará dentro de dos años, pero sí útiles y abundantes. Sin embargo, los puedes identificar, ¿no?

»Bien, por lo que les reconoces es por el hecho de que no gastan —no pueden gastar— dinero en las cosas que tú mismo añades para seguir bien. Comen carne producida en masa y hecha crecer a la fuerza. Y tú también, pero añades cápsulas de proteínas y vitamina B12. Beben leche pasteurizada y durable. Y tú también, pero tomas tabletas de calciferol. Comen huevos de granja mecanizada. Y tú también, pero además Vitamina A. E incluso, con todo lo anterior, probablemente también tomas píldoras Desvel, tónicos, tranquis, niacina, riboflavina, ácido ascórbico... le he echado una ojeada al armario de las medicinas de un amigo, y las tiene todas.

«Aun así, estás perdiendo. Cada vez caes más y más en lo pobre.

«Hace poco he utilizado un plazo de cincuenta años como referencia. Voy a hacerlo otra vez. ¿Qué tienes de nuevo a tu alrededor? Los cincuenta años pasados entre 1910 y 1960 vieron llegar al hogar promedio occidental, y a muchos no occidentales, el teléfono, la radio, la televisión, el coche de infausta memoria, el plástico, la lavadora, la estufa eléctrica, el aluminio, el tostador y la batidora, por no hablar del frigorífico, de los equipos de alta fidelidad y de los magnetófonos.

»He explorado la casa en que vivo ahora, que pertenece a un ejecutivo muy bien pagado de una de nuestras corporaciones más grandes. No encuentro ni un solo objeto que sea tan revolucionario como las cosas que acabo de enumerar. Cierto, la TV es holográfica... pero el principio de la holografía se descubrió en los años 1930, ¿comprendes? Lo podían aplicar a la TV por 1983 o 1984, pero no surgió hasta diez años más tarde. ¿Por qué?

»Porque no te lo podías permitir.

»Lo mismo ocurre con la pantalla del teléfono. En Rusia ya funcionaban servicios videofónicos en 1960. Tú no pudiste permitírtelo hasta los años ochenta. Y de todos modos dicen que es nuevo... ¿tiene ya treinta años de verdad?

»¿Por qué crees que te hacen un descuento tan generoso cuando cambias el modelo del año que viene de cualquier electrodoméstico por el del año siguiente? Porque algunos de los componentes del que dejas pasan a formar parte de los nuevos modelos, y lo que no se puede aprovechar se vende como un desecho precioso... repito, precioso.

»E1 proyecto de construcción de un solo edificio más grande de este país cuesta cien millones de machacantes. ¿Qué crees que es? Te equivocas. Es una cárcel.

«Amigo mío, no tienes que ir a la India o a África para encontrar gente al borde de la pobreza. Tú lo estás. Nuestros recursos se estiran de tal modo que conseguir un vaso más de agua para que cualquiera pueda beberse dos en vez de uno cuesta once veces más que en 1960. Se puede vivir sin TV, se puede vivir sin teléfono, pero ¿sin agua? ¡Aja! No nos morimos de hambre pero, si quieres disfrutar de una dieta apropiada para tu estatura y tus músculos sin precedentes, no pagas seis veces más que tu abuelo, sino probablemente nueve o diez veces, según cómo tomes las vitaminas y otros suplementos.

»Voy a enumerarte simplemente algunas chucherías que no tienes, sólo porque no te las puedes permitir, y lo dejo. Podrías tener en casa un ordenador doméstico de la categoría aproximada de un Rehoboam, que te daría acceso a tanto conocimiento como la mayoría de las bibliotecas provinciales, aparte de resolverte los problemas de presupuesto, diagnosticarte y recetarte en caso de enfermedad y ensañarte a cocinar un menú cordón bleu. Podrías tener muebles poliformes de verdad que cambian no sólo de forma sino de
consistencia, como las karanudilleras, desde la suavidad de la piel hasta la rigidez del acero inoxidable. Podrías tenerun sistema de eliminación de basura que se amortizara a sí mismo recuperando los elementos constitutivos de cualquier cosa que se metiera en él y devolviéndolos como lingotes de metal y paquetes de productos orgánicos limpios. Podrías tener sistemas energéticos individuales, para todos y cada uno de los aparatos eléctricos del hogar, que te ahorrarían tanto como el precio de compra en cuestión de meses y te liberarían de los apagones que se producen en invierno por las sobrecargas.

«Cállate un momento: casi he terminado.

«Cuando digo que podrías tenerlo tú, no me refiero a todo el mundo. Me refiero a que si tú en particular lo tuvieras, tu vecino no podría; o, en el caso de cosas grandes a escala urbana, que si tu ciudad las tuviera la

de al lado no podría. ¿Está claro? Existe el conocimiento necesario para hacer posibles todas estas cosas, pero como estamos tan cerca del copón de la quiebra a nivel planetario, tu hogar no contiene prácticamente nada que tus abuelos no reconocieran inmediatamente y que no supieran utilizar sin necesidad de que se les dijera cómo; y, lo que es más, probablemente se quejarían de la peste de la basura que no se retira de las calles e incluso de tu olor, porque en sus tiempos el agua era más barata y se podían duchar e incluso bañar tantas veces como les apeteciera.

»Muy bien, tío, sé perfectamente que has estado intentando interrumpirme y decirme que probablemente no puedes utilizar todo este material en el EXAMINALISIS. Pero ¿qué te parece presentar al Sr. y la Sra. Dondequiera durmiendo en las calles de Calcuta alguna vez?

CONTINUIDAD (20)

LA SOMBRA DEL ABUELO LOA

El prieto cinturón ajustable que los pasajeros no podían desabrocharse en ningún momento del vuelo, por la rapidez con que se producían las situaciones de emergencia a esta altura, oprimía a Donald hasta el punto de hacerle pensar en camisas de fuerza y celdas acolchadas. La totalidad del compartimiento de pasajeros podía convertirse exactamente en eso —una celda acolchada— en caso de accidente. En cierta ocasión había chocado un exprés con la tercera etapa, que caía a tierra, de un cohete impulsor de satélites, y habían sobrevivido los sesenta y siete pasajeros.

Es apropiado. Es sensato. Necesitamos protegernos con celdas acolchadas de nuestra propia inteligencia enloquecida.

También, desde luego, era un vientre que llevaba sus crías a un destino que no podían ver. Por lo que los pasajeros sabían, bien podrían llegar a Accra en vez de a Gongilung, y salir parpadeando entre altos extranjeros negros en vez de entre amarillos bajos.
Donald lo hubiera preferido, sin duda.

Pero cuando se abrió la lata —exclusivamente por él— le dejaron en el exprespuerto de Gongilung, según estaba previsto. Mecánicamente, contemplado por los ojos curiosos de sus compañeros de viaje, se dirigió a la salida y entró en el transvolante que le entregaría como un paquete en la sala de llegadas. Mirando de lado por las ventanas se dio cuenta, con un asombro impropio, de que estaba viendo dos cosas por primera vez en su vida.

A sólo cincuenta metros de distancia, un exprés chino, tomando combustible en el hangar correspondiente, los largos costados

marcados con el símbolo de la estrella roja y del sol blanco. Y más allá, velado pero no totalmente oculto por una bruma de llovizna, el primer volcán en actividad que jamás había visto.

Vaya... ¡ése debe de ser el Abuelo Loa!

Lo que antes había encontrado en mapas tomó realidad. Con sus tres mil metros de altura, la montaña se cernía sobre el Estrecho de Shongao humeando pensativamente, agitándose de vez en cuando como un viejo amodorrado que soñara en su juventud y desprendiendo unas cuantas rocas que caían por la otra ladera del cono. Hubo también un canal en aquel lado hasta 1941, pero ahora estaba cubierto por un puente de tierra, estrecho, compuesto de lava endurecida y ceniza. El Abuelo Loa se había llevado unas dos mil vidas en aquella ocasión, principalmente pescadores que fueron muertos por el tsunami. No entraba en la categoría de los gigantes como el Krakatoa, que podía alardear de haber provocado sesenta y seis mil víctimas; pero era un vecino poderoso y temible.

Así, en esta parte estaba la isla angosta y alargada de Shongao, que asentaba la capital, Gongilung, y varias otras ciudades de importancia considerable. Al otro lado del volcán, la isla de Angilam, más pequeña y redonda. A la izquierda, que era el Este tal como estaba él situado, la prolongada secuencia de las islas del archipiélago se curvaba en un arco que, en prolongación, tropezaría con Isola; a la derecha, las islas se difundían más y se esparcían con la forma de un tosco hexágono. Entre los escritores de Yatakang era una imagen popular el comparar su país con una cimitarra cuyo pomo eran las islas del extremo oeste. Y aquí, en la cruz, estaba el centro de control.

Miraba con tal fascinación que tropezó con el final del transvolante cuando la cinta móvil le llevó hasta el suelo firme de la sala de llegadas. Confuso, intentando conservar el equilibrio, casi chocó con una mujer, vestida con el shareng y las sandalias tradicionales, que le contemplaba con expresión de frío desprecio.

Desde que terminó su primer curso intensivo de Yatakangi, se había dedicado principalmente a escribir y leer en tal lenguaje, no a hablarlo; su habilidad para captar los sutiles sonidos asiáticos había disminuido. Queriendo corregir la mala impresión que acababa de dar, intentó pronunciar una disculpa seria en Yatakangi, pero la mujer le ignoró tan completamente que se preguntó si lo había dicho mal.

Consultó una radiocopia de la lista de pasajeros del exprés.

—Usted debe de ser Donald Macerdo —dijo, sin casi la más mínima señal de entonación—. ¿Correcto?

El asintió.

—Vaya a la Ventanilla Cinco. Descargarán su equipaje.

Cuando murmuró unas palabras de agradecimiento, ella inclinó al menos la cabeza, pero ésa fue la única atención que recibió: la azafata anduvo de inmediato a recibir a los pasajeros que descendían de un transvolante vecino. Sin poder ocultar su sonrojo, Donald atravesó la sala hacia una fila de largos mostradores como los que se podían ver en cualquier exprespuerto, divididos en ventanillas cada una de las cuales era atendida por un funcionario de inmigración y un aduanero, uniformado de un blanco grisáceo con boina negra.

Era muy consciente de que le miraban, única persona de raza blanca a la vista. Casi todos los presentes eran asiáticos: locales, chinos o birmanos. Había unos cuantos sijs en la Ventanilla Uno y, dispersos entre ellos, algunos árabes y un negro africano solitario. Pero no se hacían concesiones a los no asiáticos: los únicos caracteres que podía ver eran yatakangis, indonesios o cirílicos chinos.

Llegando a la cola que había entre la Ventanilla Cinco, se situó tras una familia de exilados chinos de buena situación. Exilados, evidentemente, porque hablaban de ello en yatakangi. La hija menor, de unos seis años, se maravilló en voz alta de lo pálido y feo que era.

Preguntándose si avergonzarles, en venganza por su propia incomodidad de hacía un momento, a base de hacerles saber que entendía lo que decían, intentó distraerse enumerando los aspectos en que este lugar se diferenciaba de una sala de exprespuerto de su país. La lista era más corta de lo que había esperado. La decoración, de verdes y rojos vivos, no desentonaba con el clima húmedo y tropical de Shongao, que estaba al nivel del mar... en las colinas esparcidas por la isla, la temperatura era algo más baja, pero la humedad no mucho menor. Había más o menos tantos carteles de propaganda como en casa, aunque pocos de los productos en cuestión eran comerciales, pues la mayoría de los servicios públicos estaba bajo control estatal. Entre ellos había también algunos de intención política, incluyendo dos que alababan al Mariscal Solukarta por su promesa de optimizar la población. Muchas líneas aéreas exponían grandes anuncios en las paredes: chinas, rusas, árabes, japonesas, incluso afganas y griegas. Había las vitrinas inevitables, que mostraban curiosidades y recuerdos locales, y se podía ver —aunque no oír— una TV holográfica en la sala de espera de salidas, separada de ésta por un tabique de vidrio de color.

Como para mortificarle, la cola a la que había sido asignado se movía más lentamente que las restantes. Eventualmente se dio cuenta de que iba a acabar por envidiar a la gente que le rodeaba, acostumbrada a sentarse en el suelo y que no se preocupaba por hacer el ridículo al avanzar a saltos de rana cuando se movía la cola.

Librodot

El retraso parecía deberse a un japonés que iba delante de la familia china; aparentemente un vendedor de Indujap, pues sus maletas abiertas contenían decenas de productos de muestra que Donald reconoció, incluyendo chorrevólveres. El oficial tras la ventanilla estaba comprobando todos y cada uno en un manual voluminoso. Donald añadió una más a la lista de diferencias: en casa, tendrían un terminal de ordenador en cada ventanilla de aduanas para hacer la cuenta del impuesto a pagar.

Impaciente por el retraso, se dio cuenta de que la cola de la Ventanilla Seis se había reducido a una persona, una muchacha hindú muy atractiva vestida con un microsari que le ceñía el cuerpo esbelto sólo hasta medio muslo... moda que, según había oído, promocionaba el gobierno de la India porque reducía la demanda de productos textiles. Las piernas delgadas terminaban en unas pequeñas sandalias de color dorado, el cabello largo y negro iba peinado por encima de la cabeza, subrayando el perfil patricio, y llevaba un pendiente de nariz a la antigua, en la parte izquierda... un atavismo curioso, siendo el resto de ella tan moderno.

¿Serían los oficiales de Yatakang tan rigurosos como para negarse a pasar sus paquetes a la ventanilla de al lado cuando se fuera la chica?

Aún se estaba preguntando si consultarlo, cuando se dio cuenta de que la muchacha tenía problemas. El oficial de aduanas que hablaba con ella se inclinaba agresivamente adelante, y el funcionario de inmigración, al lado, gesticulaba con el pasaporte.

A juzgar por la conducta de la familia china, aquí no se consideraba de mala educación el mostrarse abiertamente inquisitivo. Donald aguzó el oído. Al principio no pudo entender lo que decían; luego se dio cuenta de que el aduanero estaba reduciendo su lenguaje a una especie de habla infantil y que la chica no le entendía ni siquiera así.

Aún no se había añadido nadie más a su propia cola. Dudó en pedir a la familia china que le guardara el sitio, decidió que sería mejor no correr el riesgo de dirigirse a ellos en
yatakangi y se situó junto a la muchacha.

—Probablemente habla usted inglés —dijo.

Se volvió a él, francamente aliviada, mientras los hombres tras la ventanilla fruncían el ceño.

—¡Sí, en efecto! —dijo, con el fuerte acento del noroeste que los ingleses habían apodado Gales de Bombay—. ¡Pero no hablo una sola palabra de yatakangi!

En ese momento ella identificó su propio acento y empezó a fruncir el ceño.

—Pero... ¿no es usted americano?

—Eso es.

—Entonces...

—Hablo el idioma. No es muy corriente entre nosotros, pero algunos lo conocemos. ¿Tiene idea de cuál es el problema?

Negó con la cabeza, abriendo los ojos ampliamente bajo el pequeño lunar rojo que le
decoraba la ancha frente.

—¿Qué quiere usted? —dijo a Donald el aduanero.

Rebuscando en su memoria en busca de las inflexiones correspondientes a las palabras que la costumbre le hacía ver escritas más que oír, contestó Donald:

—La señorita no les entiende. Se lo explicaré si me lo dicen... despacio, por favor.

—No permitimos que entren prostitutas en nuestro país —dijo el funcionario de inmigración, tras cambiar una mirada con su compañero.

Durante un momento, Donald se quedó asombrado. Luego comprendió lo que querían decir y casi se rió. Se volvió a la chica.

—Creen que es usted una prostituta —dijo, sonriendo. Sorpresa, horror y, por fin, diversión como la de él aparecieron en sus facciones.

—Pero ¿por qué?

Donald se arriesgó a soltar la conclusión a la que había llegado.

—¿Es usted por casualidad viuda?

—Sí.., ¿cómo ha podido usted...? Oh, claro: alguien me lo puso en el pasaporte en yatakangi cuando salí de mi país.

—No, no lo he leído en el pasaporte. Lo que ocurre es que ha violado usted un par de tradiciones locales. En primer lugar, por la ropa que lleva.

La muchacha se miró el cuerpo, empezando a comprender.

—El vestido nacional de Yatakang es el shareng, que es como uno de sus antiguos saris, pero reunido entre las piernas más o menos como los pantalones turcos. Las únicas que llevan faldas tan cortas como la suya son mujeres de negocios de alto nivel y... eh... chicas de vida alegre. Y en segundo lugar, la mayoría de las prostitutas de Yatakang dicen ser viudas oficialmente; no se considera indigno que una mujer que ha perdido a su marido se haga mantener por otros hombres.

—¡Oh, Dios mío! —dijo la chica, con los ojos más abiertos que nunca.

—Y, para colmar la copa, la palabra «viuda» se puede convertir en un término argot similar al de «porra» si no se dibuja con cuidado. Voy a ver si lo puedo aclarar.

Se volvió a los funcionarios impacientes y se lo explicó con frases tan amables como pudo formar. Se relajaron ligeramente y, tras un poco de discusión, propusieron un trato.

—Dicen —tradujo Donald— que si se muda usted a algo más apropiado para una mujer
respetable la dejarán pasar. Puede coger otro vestido de las maletas y cambiarse en el lavabo de señoras, que está allí —señaló—. Pero le aconsejan conseguir ropa de Yatakang en cuanto le sea posible, o las consecuencias pueden ser lamentables.

—Me lo imagino —dijo ella, maliciosamente—. Muchísimas gracias. Bien, voy a ver si tengo algo que no les ofenda.

Rebuscó por las maletas. Donald, viendo que el vendedor japonés aún seguía en su ventanilla, se quedó donde estaba, mirando. Por fin, la muchacha sacó un sari largo, verde y dorado, y lo levantó para que lo viera.

—En realidad éste es un traje de noche, pero es lo único que he traído. ¿Valdrá?

Donald confirmó con los funcionarios que era aceptable, y ella le dio de nuevo las gracias y se desvaneció en los lavabos.

Y el vendedor seguía discutiendo. Donald dudó; luego sugirió a los funcionarios, que se
habían reclinado en los asientos momentáneamente, que... ¿quizá podrían ser tan amables sólo por esta vez de tomar sus maletas de la ventanilla de al lado?

Con muy poca simpatía, admitieron que podían. Su falta de educación no dejó de sorprenderle. Se preguntó si sospechaban que les podía haber engañado sobre la profesión de la muchacha o si esperaban una

propina. Pero no se atrevió a ofrecer nada; el régimen de Solukarta podía vanagloriarse de algo: la eliminación de la corrupción entre los funcionarios públicos. Sólo cuando le recogieron las maletas —provocando el descontento de la familia china —se dio cuenta repentinamente de la verdadera razón.

Soy un ojigordo. Si no fuera porque hablo un poco de su idioma, me tendrían esperando con mucho gusto hasta el día del Juicio.

Contempló al funcionario de inmigración mientras examinaba su pasaporte americano hoja por hoja y pudo comprobar lo exacto de la suposición en el gesto despectivo en su boca. Tragó saliva con esfuerzo. Esta era una experiencia nueva para él, y le iba a costar trabajo acostumbrarse.

—¡Bien! —dijo el funcionario—. Veo que es usted periodista. ¿Qué le trae a Yatakang?

Voy a tener que ser muy educado.

—El programa de optimización genética —dijo—. Ha despertado gran interés.

—Cierto —dijo el aduanero, satisfecho, alzando la vista de las pertenencias de Donald—. Hemos venido recibiendo periodistas de todo el mundo en Yatakang desde que se anunció.

—Excepto de América —apuntó el funcionario de inmigración—. De hecho, según he oído, los americanos y otros —utilizó una palabra que, haciendo referencia a los europeos, correspondía aproximadamente al término afro «blánculo»— niegan la honradez de la declaración —frunció el ceño, mirando a Donald—. ¿Dice que ha levantado gran interés?

—Por eso me han enviado aquí.

—¿Y ha tardado una semana? —preguntó el funcionario de inmigración, haciendo una mueca. Volvió a contemplar el pasaporte con toda minuciosidad, página tras página. Mientras tanto, su compañero registró el contenido de las maletas de Donald, más revolviéndolo que investigándolo. Picándole el orgullo, Donald se quedó en pie, en silencio, y esperó a que se aburrieran.

Por fin, el funcionario de inmigración cerró de golpe el pasaporte y tendió la otra mano. Dijo algo que Donald no comprendió, y le pidió que lo repitiera.

—¡Muéstreme su certificado de impaternidad!

—No tengo hijos —aventuró Donald.

El funcionario de inmigración miró a su compañero alzando una ceja.

—¡Mire! —dijo, como dirigiéndose a un idiota—. Mientras esté en Yatakang no debe concebir un niño. Interferiría con el programa de optimización. Muéstreme el documento que certifica —esta vez utilizó giros más sencillos que la abreviatura verbal de la primera petición— que usted no puede tener hijos.

Quieren un certificado de esterilidad. ¡Ese sangrón de Delahanty no pensó en esto!

—No soy estéril —dijo, utilizando una palabra que hacía referencia a la impotencia y falta de hombría e intentando hacer creer que se sentía insultado.

El funcionario de inmigración oprimió un botón del mostrador y se dio la vuelta en la silla giratoria. Se abrió una puerta en la pared opuesta y salió por ella un hombre vestido con una bata de médico, que llevaba un maletín negro de los de su profesión, una carpeta y un grueso libro de consulta. Al ver a Donald se detuvo en seco.

—¿Ese? —dijo. Al recibir un gesto de confirmación, retrocedió y reemplazó el maletín por otro similar. Volvió y contempló a Donald inquisitivamente.

—¿Habla usted inglés? —preguntó.

—¡Y yatakangi! —contestó Donald, cortantemente.

—¿Entiende lo que debe hacer?

—No.

—La ley dice que los extranjeros deben ser estériles mientras estén en nuestro país. No queremos que se contamine nuestra reserva genética. ¿No tiene certificado de esterilidad?

—No, no lo tengo.

¿Qué van a hacer... enviarme a casa?

El hombre de la bata pasó las páginas del manual y encontró una tabla de dosificaciones.

Tras recorrerla con un dedo, vertical y transversalmente, abrió el maletín.

—Mastique esto —dijo, sacando una tableta blanca.

—¿Qué es?

—Produce la esterilidad durante cuarenta y ocho horas en un hombre de su raza y complexión. De no tomarla, tiene tres alternativas: aceptar una vasectomía inmediata, o
bien una exposición suficientemente prolongada a la radioactividad para incapacitarle los testículos, o irse en el próximo avión. ¿Entiende?

Lentamente, Donald tomó la tableta, deseando poder romperle el cuello al orgulloso amaripollas, en cambio.

—Deme el pasaporte —continuó el hombre de la bata, pasando al yatakangi. Sacó de la carpeta una etiqueta autoadhesiva y la colocó en el centro de la portada de) pasaporte.

—¿Sabe leer esto, verdad? —dijo, volviendo al inglés y mostrándole la etiqueta a Donald.

Decía que, si no se presentaba en un hospital antes de veinticuatro horas para someterse a una operación reversible de esterilización, sería encarcelado durante un año y después deportado tras la confiscación de sus pertenencias

La tableta sabía a polvo y ceniza, pero tuvo que masticarla y, junto con ella, la rabia casi
incontrolable de ver la satisfacción con que estos ojirrajos enanos contemplaban la humillación de un hombre blanco.

VIENDO PRIMEROS PLANOS (18)

CUANDO YO ERA JOVEN

Víctor Whatmough esperó a oír a su mujer Mary cerrar la puerta del cuarto de baño y, luego, un poco más hasta distingir el ruido de salpicadura que indicaba que ya se había metido en el baño. Entonces se dirigió al teléfono y tecleó el número con dedos temblorosos.

Mientras esperaba, escuchó el suave susurro de la brisa contra los árboles del exterior de la casa. Su imaginación transmutó el tap-tap de las ramas al entrechocar en una especie de redoble de tambores que acompañara el desfile de las viviendas que avanzaban hacia aquí desde el extremo opuesto del valle, a la vista de la suya. Habían ocupado la cima de la colina como un ejército que se preparara para asaltar una posición insostenible. Dentro de pocos años, esta villa graciosa asentada entre campos de hierba ondulante, a la que se había retirado en contra de sus deseos, se encontraría rodeada. Había comprado tantas tierras como pudo de los alrededores pero, ahora que la llegada

de las inmobiliarias era evidente, ninguno de sus vecinos desperdiciaría la oportunidad de un gran beneficio para venderle sus terrenos por lo poco que se podía permitir pagar. Y ¿quién le compraría a él estas tierras vacías, excepto aquellas mismas inmobiliarias que odiaba?

La cabeza se le nubló brevemente con visiones de jóvenes salvajes en pandilla, recorriendo la zona por la noche y rompiendo ventanas; de niños subiéndose a las vallas
para llegar a la fruta, pisoteando los arriates cuidadosamente recortados y llevándose las
piedras, brillantes como joyas, que había reunido en media docena de países diferentes para componer el decorado rocoso del jardín.

Se acordó de un niño negro que había entrado en la finca de sus padres cuando él tenía más o menos dieciocho años para robar huevos. Aquél no había vuelto... apenas pudo irse. Pero si uno levantaba una vara contra cualquier sucio pilluelo de esta extraña nueva
Inglaterra, la siguiente visita sería de un policía con una acusación de agresión, de la que tendría que responder ante un tribunal.

La pantalla del teléfono se encendió y allí estaba Karen, reluciente en toda la frescura de sus diecinueve años. Volvió al presente con un sobresalto, preocupado del aspecto que su propio rostro tuviera en la pantalla del otro extremo de la línea. No sería demasiado malo, se aseguró; a pesar de sus sesenta años, seguía estando presentable, ya que era de complexión nervuda y duradera, y el gris de las sientes y de las puntas de la barba simplemente añadía distinción a su aspecto.

—Ah... hola, Vic —dijo Karen sin ningún entusiasmo aparente.

Había realizado un descubrimiento bastante asombroso, hacía una semana, que hizo tambalearse su anterior disgusto dogmático por la Inglaterra moderna. En la persona —para ser exacto, en el cuerpo— de Karen, había descubierto que podía haber un contacto a través del abismo de las generaciones. La conoció en un tranquilo hotel de Oheltenham, donde se había detenido para tomar un trago después de resolver unos negocios con sus abogados; empezaron a hablar y, con la mayor naturalidad del mundo, ella le invitó a subir a su habitación.

No era de la localidad, desde luego. Estudiaba en la universidad de Bristol y, para estudiar algunas crónicas antiguas relacionadas con un programa de investigación histórica, había venido a pasar un par de días en la vecindad.

Fue una revelación para él: por una parte se interesó por lo que le contaba sobre su juventud, vivida en parte aquí, durante los estudios, y en parte en Nigeria, donde su familia se había mantenido y mantenido hasta que, por fin, la ola de xenofobia de los años ochenta había hecho insostenible su permanencia; por otra, se mostró encantadoramente

Librodot

natural en lo referente al sexo, hasta el punto de que ni siquiera le había molestado su débil capacidad para el orgasmo. Se había casado tres veces, pero ninguna de sus esposas —y Mary la que menos— le había proporcionado un placer tan libre de trabas y represiones.

Quizás hubiera algo, realmente, que justificara los cambios del mundo.

Se aclaró la voz y sonrió.

—¡Hola, Karen! —dijo, falsamente vivaz—. ¿Qué tal te va?

—Ah, bien, gracias. Un poco ocupada, se acercan los exámenes y llevo una vida de lo más agitada ahora, pero por lo demás, muy bien. ¿Y tú?

—Mejor de lo que he estado en siglos. Y no tengo que decirte cuál es la causa, ¿verdad? —intentó que las palabras sonaran maliciosas y conspiradoras.

Algo... no: alguien se movió en el fondo mal enfocado de la habitación en que estaba el
teléfono de Karen. Una figura humana, poco definida. Víctor sintió un ramalazo de alarma. Había pensado ser discreto por Mary, pero no —por algún motivo desconocido— por Karen.

—Bien... —dijo— eh... te he llamado para esto: pienso ir a Bristol uno de estos días que
vienen. Tengo un par de asuntos que arreglar. Pensé que podía aprovechar la ocasión para verte.

Una voz —una voz de hombre— moduló algo que el teléfono no registró claramente, y Karen le dijo al que había interrumpido que la cerrara un momento. Conscientemente, Víctor añadió aquélla a la lista de palabras de moda que había decidido reunir para no parecer intolerablemente polvoriento. Se decía «polvoriento», no chapado a la antigua, ni siquiera viejo; se decía «ciérrala», en vez de «cállate»; se insultaba con el curioso adjetivo de «sangrón», porque palabras como bastardo y maricón habían dejado de ser peyorativas para devenir simplemente descriptivas. Víctor había tenido problemas para reconciliarse con este último cambio. La preferencia por el sexo propio era algo literalmente innombrable cuando él tenía la edad de Karen, y oír incluirla en una frase como característica de algún conocido, tan de pasada como si hablara del color del pelo, era altamente turbador.

Por otra parte, ella se las había arreglado para transmitirle la impresión de que podía ser
realmente algo bueno haber «celebrado el XXI» —haber tirado por la ventana los prejuicios absurdos del siglo anterior para decidir disfrutar el mundo tal como era, con defectos y todo.

—Bien, no creo que fuera terriblemente conveniente —dijo Karen—. Ya te he dicho que estoy preparando exámenes..,

—Ah, pero no cabe duda de que no es bueno, ¿verdad?, el trabajar a tope todo el tiempo
antes de los exámenes. Te vendría bien relajarte una tarde —dio a su voz un tono tan meloso como pudo.

—¡Ciérrala, Brian! —exclamó ella hacia el individuo indistinto de la habitación—. Si tú y Tom no podéis estar callados os echo, ¿entendido? Lo siento, Vic —añadió, volviendo a dirigirse a la cámara—. Pero.., no, temo que no; gracias de todas formas.

Hubo un instante helado durante el cual el único sonido fue el que hizo Mary al salir del
baño en el piso de arriba.

—¿Por qué no? —dijo por fin Víctor, sabiendo que resultaba tanto idiota como molesto,
pero no pudo evitarlo.

—Mira, Vic, de verdad que lo siento mucho. No debí hacerlo, porque me di cuenta después de que probablemente le dieras mucha importancia y yo no puedo. No quiero, sinceramente, pero aunque quisiera no podría. Simplemente yo estaba sola en Cheltenham y tú fuiste muy amable conmigo cuando necesitaba compañía, y fue una tarde muy interesante oyéndote hablar de los viejos tiempos, especialmente lo que dijiste de África, porque al volver podría decirle a Tom unas cuantas cosas que no sabía, y él viene de allí...

—Pero si lo piensas de verdad, ¿por qué no quieres...?

—Vic, lo siento terriblemente, te lo digo de corazón. Supongo que debí decírtelo de inmediato, pero no sabía cómo reaccionarías y no quería turbarte, porque mucha gente se confunde un poco —el hermoso rostro mostraba una expresión de infelicidad que él, aunque estuviera su vida en juego, jamás podría creer fingida.

»Mira, me debo aquí. Estoy en un triángulo con Brian y Tom y nos va muy bien y simplemente no salgo de él a menos que, ya sabes, sea por accidente, como al irme fuera a estudiar esas crónicas de aquella parroquia. Así que lo único que te puedo decir es que sería muy agradable que vinieras de visita cuando pases por Bristol, pero no esperes nada más. ¿Es decirlo horriblemente de golpe?

El pasado tendió un brazo y cerró una mano muerta sobre el cerebro de Víctor. Miró más allá del rostro preocupado de Karen y distinguió dos formas inmóviles, a petición de ella, en el fondo de la pequeña imagen rectangular. Como fotografías mal enfocadas, aún mostraban las

características principales: dos figuras de hombre, una blanca y una negra, ambas desnudas hasta la cintura, con una especie de mancha blanca confusa sobre un hombro del negro. En palabras exactas, dolorosas, los dos amantes de Karen, sentados en algo bajo, probablemente un sofá cama, uno con un brazo alrededor del otro.

Y ese «otro» —lo acababa de decir ella— un afro.

Se abrió la puerta del cuarto de baño, arriba. Colgó el teléfono y se separó mecánicamente de él. No pudo formular ningún pensamiento coherente, aparte de la ira, hasta que apareció Mary con un albornoz y le pidió que encargara un trago en la consola de bebidas.

Lo hizo de mal humor, consciente de que no debía permitir que se le notara la ira y, sin
embargo, incapaz de componer una expresión animada.

—¿Con quién hablabas por teléfono? —preguntó Mary, como era inevitable.

—Llamé a Bristol —dijo Víctor, más o menos sin mentir—. He estado pensando en esa urbanización que se acerca, y preguntándome si merecería la pena vender esto y mudarnos a algún sitio más aislado

—¿Qué dijeron?

—No me han resuelto nada.

Mary sorbió del vaso, frunciendo el ceño. Últimamente lo hacía mucho, y eso estaba convirtiéndole el rostro antaño bonito en -una máscara de arrugas de vieja. Víctor se dio
cuenta, notando vagamente cómo aquella breve llamada telefónica había modificado la
reacción que sólo una hora antes le provocó la misma observación.

Entonces, borracho del recuerdo de Karen, había estado pensando: *podría dejarla, si hay chicas jóvenes accesibles; podría disfrutar de una orgía definitiva antes dé perder finalmente el deseo...*

Aquellos pensamientos, a su edad, parecían ridículos en términos modernos, pero él nunca había llegado a adaptarse a los términos modernos. Ahora se dio cuenta con resignación que jamás lo haría. El «celebrar el xxi» era un privilegio que el tiempo le había robado.

—Esto sabe horrible —dijo Mary—. ¿Estás seguro de que ajustaste bien la máquina?

Librodot

—¿Qué? ¡Oh, maldita sea! ¡Claro que estoy seguro! No ha dejado de ir mal en los últimos días y nadie puede venir a arreglarla antes del fin de semana.

—¡Y hablan del progreso! —dijo Mary con una mueca de desprecio—. En Lagos, nuestro camarero hubiera preferido morir antes que hacer una mezcla tan repugnante como ésta.

De todos modos se bebió de un trago lo que quedaba, con una mueca, y dejó el vaso a
un lado.

—En fin, me voy a vestir —-añadió—. ¿A qué hora nos esperan los Harringham... a las
doce, o a y media?

—A las doce en punto. Será mejor que te des prisa —dijo Víctor.

Cuando ella se hubo ido, se preparó también un trago —a mano— y se quedó mirando por el ventanal las hordas invasoras de viviendas idénticas, al otro lado del valle. Destellaron a través de su mente los pensamientos, como una serie de diapositivas desordenadas hasta la incoherencia.

Más de cien millones de personas en esta isla maldita y dejan que vengan esos negros y
hagan lo que quieran.

Parecía una chica decente y de repente resulta que...

La máquina de mierda cuesta una fortuna y no funciona bien. Hay que llamar a un técnico y te hacen esperar. En casa lo hacían los criados, y si alguno de ellos no funcionaba se podía siempre contratar y entrenar otro.

¡Decadentes, sucios, obsesionados con el sexo como los negros bárbaros a los que quisimos dar algo de sentido y civilización!

Intenta decírselo a Karen y hacérselo comprender; intenta explicarle el espacio y las verdaderas satisfacciones de la vida que tuve que dejar atrás. Mary entiende; procede del mismo ambiente. Por lo menos podemos compartir nuestras quejas, ya que no otra cosa.

Lo que, se dio cuenta brumosamente, indicaba que nunca pudo haber habido ninguna sustancia en su breve sueño de dejarla y huir para gozar de unos cuantos años de viejo verde antes de perder la energía. Su matrimonio con Mary había durado; los otros, con dos chicas inglesas, no. Y a ella le ocurría lo mismo: había estado casada antes con alguien que no entendía.

Una discusión entre ambos no precisaba de explicaciones y disculpas: ella sentía la misma decepción dolorosa por el mundo que él.

Algunos se habían adaptado; habían vuelto a casa después de que les quitaran sus trabajos bien pagados en África o Asia, aceptado cargos inferiores aquí y trabajado para volver a ascender. El lo había intentado e intentado, pero jamás le gustó... más tarde o más temprano se producía una crisis, una pérdida de control, una queja y una entrevista con la dirección... No era pobre, tenía lo suficiente para vivir. Pero ningún objetivo y casi ninguna ocupación.

Quería hacer retroceder el tiempo y no podía.

Aunque, por lo menos, no les habían autorizado a tener hijos: había agotado el cupo máximo permitido de tres en su segundo matrimonio; y los dos chicos y la chica tenían ahora veintitantos años, lo que significaba que probablemente habrían escapado al impacto frontal de la decadencia que se había apoderado de Karen.

De no ser así...

Pero prefería no saberlo. Si no podía obtener de la vida lo único que deseaba —volver a la sociedad colonial en que había sido educado— prefería que el mundo le volviera la espalda y le dejara sollozar en paz.

CONTINUIDAD (21)

MAS DEPRISA

Alineados como un tribunal a un lado del enorme despacho casi palaciego: T. G. Maleche, con el rostro tremebundo; el esquelético Dr. Corning, del Estado; Amílcar Waterford y E. Próspero Nivel.

Agrupados como víctimas de un juicio en el que se les negara tanto un defensor como el
conocimiento de los cargos: Norman de la Casa y Rex Severo.

—Se ha filtrado la información al exterior —dijo la Vieja TG, y los otros tres que la flanqueaban asintieron en cómica simultaneidad.

¿Victoria?

La idea atravesó la cabeza de Norman como chispa de una hoguera y, aunque pisó los restos —*¡carajo, es imposible!*— dejó una raya quemada.

Librodot

—Lo siento, TG —dijo—, no comprendo. Yo hubiera pensado que la más mínima pérdida del secreto se produciría junto con una ola de subida de las acciones del PMAM, y eso no ha ocurrido hasta esta mañana.

—El hecho permanece —-insistió la Vieja TG—. ¿No es cierto, Próspero?

Nivel frunció el ceño y volvió a asentir, con la mirada fija en Norman.

Pero los últimos días de logros sólidos y sorprendentes habían proporcionado a Norman un sentido embriagador de su propia capacidad.

—¿Quién y de qué modo se supone que conoce el secreto? —preguntó.

—La Europa Comunitaria —dijo Waterford, mordiendo el nombre como si estuviera arrancando un trozo de barra de caramelo—. En conjunto, a juzgar por lo que dicen nuestros informadores.

—Por lo tanto —dijo la Vieja TG— vamos a tener que reconsiderar la totalidad del proyecto, que se planificó sobre la base del secreto. Los costes, el tiempo previsto, los beneficios, los…

—La gente —cortó Nivel—. Es mucho más importante, TG. Tendremos que volver cabeza abajo a todo nuestro personal y sacudirles los bolsillos.

—Cosa que sigue siendo responsabilidad tuya, Norman —confirmó TG.

—Sólo un segundo —dijo Norman, sintiéndose temerario—. *¿Victoria? Una investigación como ésa no sólo nos haría perder mucho tiempo, sino que me incluiría también a mí como sospechoso, porque este proyecto no es de millones, sino de miles de millones.*

—Estoy de acuerdo con Norman —dijo Severo, inesperadamente—. No valoro afirmaciones como ésa sin una evidencia suficiente que las apoye, TG. ¿Se da cuenta de que está poniendo en tela de juicio la discreción de todo mi departamento? Somos quienes hemos procesado los datos hipotéticos.

La visión de montones interminables de listados verdes de Shalmaneser cegó a Norman durante un segundo. La posibilidad de empezar todo el asunto de nuevo desde el principio, tras modificar las hipótesis para asumir una pérdida del secreto, le abrumaba.

Por otra parte, a pesar de todo, Victoria había existido en su vida.

—¡TG! —dijo firmemente—. Voy a decirle una cosa sin ambages… ¿de acuerdo? Creo que está haciendo algo en lo que jamás antes ha caído en su carrera de negocios: pasar por alto la evidencia.

TG se contuvo y enrojeció. Norman había admirado durante años su habilidad; pero el averiguar que no sabía queuno de sus propios V.Pres. era musulmán y que por lo tanto no bebía había resquebrajado aquel muro de respeto incontestable, implicando que ella prefería soportar, en vez de promover, las normas modernas que introducían a los narices oscuras en la industria.

Pero aun así se sorprendió de su propio atrevimiento; corregir a la fundadora de Técnicas Generales suponía dar un paso totalmente perpendicular a sus antiguos modelos de conducta.

—¿De qué modo? —preguntó TG fríamente.

—He estado demasiado preocupado por los aspectos específicamente africanos del proyecto para vigilar lo que hacían otros departamentos —dijo Norman, sin vacilar y pensando a toda velocidad—. Pero, ahora que lo pienso, los datos alimentados a Shalmaneser deben de haber sido recogidos por alguien. Ah... sí, aquí hay un ejemplo: nuestros costes de mercado incluyen partidas tales como transporte de la materia prima una vez extraída del PMAM. ¿Teníamos ya disponible la información, o ha sido preciso investigarla?

TG y Nivel cambiaron una mirada.

—Bien —dijo Nivel tras una pausa—, el mercado africano ha sido muy poco importante para nosotros hasta ahora.

—En otras palabras, hemos tenido que enviar a alguien para averiguarlo —dijo secamente Norman—. Hay más: desconocemos relativamente las actitudes africanas, así que estamos previendo la contratación de antiguos consejeros coloniales para que nos ayuden a evitar errores estúpidos. Shalmaneser ha recibido una estimación de la cantidad de contratados potenciales. ¿Cómo se ha conseguido?

—La recibimos de nuestra delegación de Londres —gruñó TG.

—¿Y cómo la obtuvieron allí? Apuesto a que encargaron una investigación y alguien se dio cuenta de que Técnicas Generales se interesaba por algo que nunca se hubieran imaginado. Aún hay más: ¿a quién tenemos en Beninia destacado?

—Pero... —empezó Waterford.

—A nadie —dijo Norman, sin esperar a que terminara—. Tenemos agentes en Lagos, Accra, Bamako y otras ciudades importantes de la región occidental africana, pero Beninia es un país insignificante en el culo del mundo y nunca nos hemos preocupado de él. Bamako fue territorio francés, Lagos y Accra fueron británicas. ¿dónde procesan su

Librodot

información comercial y gubernamental los antiguos territorios coloniales?

El rostro de TG mostró una expresión de incomprensión que fue puro placer para Norman.

—Ya veo por dónde va —dijo lentamente el Dr. Corning: las primeras palabras que había pronunciado durante la discusión—. Las potencias ex coloniales ofrecen un descuento sobre el precio del tiempo de proceso por ordenador a sus antiguos territorios de ultramar, descuento lo suficientemente importante como para que hayan decidido utilizar el centro de Fontainebleau en vez de desarrollar uno propio.

—Gracias, doctor —dijo Norman triunfalmente—. ¿Tengo que decir más, TG? Esta corporación nuestra es como un estado dentro de un estado... como dijo Elias cuando mencionó por primera vez el proyecto de Beninia, podríamos comprar y vender un montón de los países subdesarrollados. Cualquier movimiento que hagamos atraerá la atención de nuestros competidores europeos, y no cabe dudar de que corporaciones como Krupp, ICI o Astilleros Reales de Holanda habrán adquirido códigos propios para los ordenadores de Fontainebleau que harán absurdo cualquier intento de guardar algo en secreto. En cualquier caso, el gobierno de la Europa Comunitaria tiene interés, como responsable, en que los proyectos grandes y provechosos caigan en manos de sus empresas y no en las de las nuestras. Pueden haberse comunicado con toda legalidad la información obtenida por sus servicios de Inteligencia; en cuanto a lo de que toda la Europa Comunitaria conozca el proyecto de Beninia, creo que está usted infravalorando el asunto. ¡Apuesto a que ya ha sido evaluado por Sovprocex, y a estas alturas hay una buena probabilidad de que le estén alimentando los datos a Kung-Fu-Tsio en Pequín!

Norman vio, con satisfacción, que Severo asentía vigorosamente.

—Pero si tienes razón —dijo TG, abrumada—, ¡y admito que probablemente la tienes, maldita sea... lo mismo podemos cancelar toda la idea!

—TG, ya le he dicho que está pasando por alto lo evidente —exclamó Norman—. Tenemos algo que la Europa Comunitaria no tiene ni podrá tener nunca, y que los rusos no pueden tener y que los chinos no pueden soñar en tener jamás. Tenemos el PMAM, existe, y se asienta en un yacimiento de materias primas capaz de soportar el proyecto de Beninia. ¿Dónde va a encontrar la Europa Comunitaria cantidades competitivas de mineral? Son el área industrializada más antigua del mundo: sus minas de carbón y de hierro están agotadas. La única posible competencia de la que nos hemos preocupado es Australia... las sabanas de Australia son la última región minera del mundo que aún no ha sido completamente explotada. Pero ese continente está

notablemente despoblado. ¿De dónde pueden sacar diez mil técnicos de sobra para desplazarse en masse a Beninia, ni siquiera para las etapas preliminares, por no hablar de la fase de verdadero desarrollo?

—No podrían —dijo el Dr. Corning con autoridad.

Hubo una pausa.

—Te debo una explicación, Norman —dijo por fin TG, mirándose las manos para evitar encontrarse con los ojos de Norman—. Salté de inmediato a la conclusión de que habíamos tropezado con un caso de espionaje industrial convencional. No es fácil que yo admita nada, pero... bien, creo que simplemente no estoy acostumbrada a manejar proyectos de un tamaño tan gigantesco. Por lo menos te puedo ofrecer como excusa el hecho de que Rafael no me corrigió en nombre del Estado, que está acostumbrado a planes tan monstruosamente grandes como éste.

—El Estado —dijo Corning con un humor amargo— también está acostumbrado a un espionaje altamente efectivo y sistemático.

Amílcar Waterford había estado meditando en silencio.

—Si lo que dice Norman —apuntó— es correcto (especialmente, en lo que se refiere a la capacidad de las grandes corporaciones europeas para penetrar los controles de seguridad de la información procesada en Fontainebleau, me da la impresión de que ha llegado a algo), ¿qué podemos hacer para minimizar las consecuencias? Me inclino a pensar que lo único que está a nuestro alcance es acelerar el proyecto al máximo posible.

Corning asintió.

—Aunque la Europa Comunitaria, Rusia y Australia se pueden descartar, los chinos muy bien podrían considerar que merece la pena morirse de hambre durante otra generación para comprar la cabeza de puente beninia. Han tenido una mala suerte notable en ese continente últimamente, pero nunca se cansan de intentar establecerse en él.

—Yo sugeriría —dijo Norman, saboreando su ascendiente sobre los demás— que le solicitemos a Shalmaneser el mejor plan de los examinados hasta ahora, y llevarlo a Port Mey de inmediato. Mientras tanto, durante las negociaciones, podemos pedirle que evalúe la probabilidad de que la competencia llegue a conocer los detalles. Los equipos de Fontainebleau son realmente buenos; pero Shalmaneser sigue estando por delante de cualquier otro ordenador del mundo, lo cual es otro as que tenemos en la manga.

Librodot

—Parece apropiado —aprobó TG—-. ¿Quieres averiguar si Elias puede hacer el viaje en breve, Norman?

—Puede, estoy en condiciones de decirlo directamente —declaró Norman—. Desde el mismo momento en que el presidente Obomi hizo aquel anuncio público sobre su debilidad de salud, Elias ha estado dispuesto a cualquier emergencia.

TG golpeó su mesa con la palma de la mano.

—Decidido, entonces. Gracias, caballeros, y de nuevo mis disculpas por haber saltado a una órbita injustificada.

—TG no es la única que te debía una explicación, por cierto —le dijo a Norman el Dr. Corning cuando bajaban juntos en el mismo ascensor—. Cuando Elias dijo que eras el hombre apropiado para llevar las riendas del proyecto de Beninia, comprobamos los datos personales tuyos que teníamos y nuestros ordenadores dijeron que probablemente se equivocaba. Yo estaba indeciso sobre ti por ese motivo. Pero hoy has demostrado que tienes el sentido de la proporción justa, y ese talento no es frecuente hoy día. Acaba por notarse, ¿verdad? No hay ningún sustituto para la experiencia de la vida real, ni siquiera en la era de Shalmaneser.

—Claro que no —gruñó Severo entre dientes desde el otro lado de la cabina—. Los ordenadores como Shalmaneser no trabajan con realidades. Algo así como el noventa y cinco por ciento de lo que pasa por ese cerebro helado suyo es hipotético.

El ascensor se detuvo en el piso de Norman y las puertas se abrieron. Corning obstruyó la célula fotoeléctrica para impedir que se volvieran a cerrar y que el ascensor continuara su recorrido controlado automáticamente.

—¿Alguno de vosotros juega al ajedrez? —preguntó.

—No, mi juego es el bridge —dijo Norman, recordando los trabajos infinitos que había sufrido para dominarlo, como pasatiempo que encajaba con su desechada imagen de ejecutivo.

—Y el mío el bacarrá —dijo Corning, apuntándose un tanto—. Pero los principios son los mismos en todos ellos. He citado el ajedrez porque leí la frase en un manual de ajedrez. El autor decía que algunas de las más hermosas melodías ajedrecísticas son las que nunca se llegan a interpretar; porque el contrario las ve venir, naturalmente. Y tituló todo un capítulo «Melodías jamás oídas», mostrando combinaciones que hubieran sido magistrales si el otro jugador hubiera hecho lo esperado de él —-sonrió suavemente—. Sospecho que TG se siente frustrada por la falta de cooperación de nuestros competidores.

Librodot

—O quizá vive un noventa y cinco por ciento de su vida en lo imaginario, como Shalmaneser —dijo Norman con ligereza—. Me parece un modo tranquilo y cómodo de
pasar por la vida. Sin embargo, apenas se puede acusar de eso a TG... sí monumentum requiris, y toda esa basura —abarcó con un gesto la magnificencia de la torre TG que les rodeaba. Lo de los latinajos, desde luego, pertenecía también a la época en que se había estado construyendo aquella imagen cuidadosamente diseñada.

Ligeramente sorprendido, descubrió que Severo le miraba abriendo la boca de asombro.

—¿Algo va mal? —preguntó.

—¿Qué? ¡Oh... no! —Severo se recuperó y sacudió la cabeza, como confuso—. No, es sólo que me acabas de dar una idea. Y lo que es más, una que nuestros psicólogos nunca me han indicado, lo cual es decir algo. ¡Las montañas de teoría medio cocinada que no dejan de llegarme al despacho...!

Norman esperó, sin entender. Severo no era ni mucho menos un experto en informática, o hubiera estado demasiado ocupado con su propia especialidad para aceptar el puesto que mantenía en la directiva de TG; pero, siendo así que el departamento de Planificación y Proyectos dependía por completo de los ordenadores, difícilmente desconocería totalmente el campo.

—¡Mirad! —continuó Severo—. ¿Sabéis que hemos estado intentando hacer llegar a Shal a lo que la teoría prevé para un ordenador de su complejidad, a que se comporte como una entidad consciente?

—Desde luego.

—Y.., bien, no lo ha hecho. El detectar si ha llegado o no sería un problema muy sutil, pero los psicólogos dicen que podrían identificar una preferencia personal; por ejemplo una propensión a inclinaciones no justificadas por los hechos programados, sino por algún tipo de prejuicio.

—Si se diera el caso, ¿no se haría inútil Shalmaneser? —objetó Corning.

—No, no en absoluto... su interés propio como factor está ausente de la mayoría de los problemas que se le plantean. Tendría que aparecer en algún programa que afectara directamente a su propio futuro, por decirlo en dos palabras. Tendría que decir algo como «no quiero que hagáis eso porque me molestaría»... algo así, ¿entendéis? Y empiezo a preguntarme si el motivo de que no se haya comportado como esperábamos es precisamente lo que acabas de apuntar, Norman.

Norman sacudió la cabeza, sin comprender.

—¿Qué criatura inteligente viva podría pasarse el noventa y cinco por ciento de la existencia a un nivel hipotético? Shalmaneser es todo conciencia; no tiene subconsciente, excepto en el sentido de que no se acuerda de sus bancos de memoria hasta que los direcciona para ayudar a resolver un problema para el que sean precisos. Lo que tendremos que hacer es intentar mantenerle trabajando durante un período suficientemente largo sobre programas exclusivamente referentes a la vida real y al tiempo humano. Quizá conseguiremos así lo que estamos buscando.

Severo parecía a estas alturas bastante excitado. Llevados de su entusiasmo, los demás no se habían dado cuenta de que otros dos empleados de TG esperaban pacientemente a que los jefazos dejaran el ascensor para poderlo utilizar a su vez.

—Bien, es una posibilidad fascinante —dijo Norman, dándose cuenta de repente de su presencia—; pero muy fuera de mi terreno, me temo. Eh... ¿no pensarás intentarlo antes de terminar con el asunto grande, verdad?

—Oh, claro que no. Tendríamos que estar borrando lo hipotético durante un mes o más; y haría falta un año para prepararlo, teniendo en cuenta los contratos que tenemos en cartera. Sin embargo... caramba, estamos bloqueando el ascensor, y hay gente esperando... Hasta luego, Norman, y enhorabuena por lo que acabas de hacer arriba.

Norman salió al pasillo, sintiéndose un poco a la deriva. Algo le había ocurrido que casi parecía compensar el trabajo duro, la pérdida de sueño e incluso las indigestiones que había sufrido durante los últimos días. Pero el enfrentarse a TG había tenido como consecuencia el dejarle sin energías para pensar en qué podría ser ese algo.

Lo único que quedaba claro reducía la sensación de júbilo: ahora, definitivamente, se iba a ver obligado a desplazarse a la misma Beninia cuando aún se consideraba insuficientemente preparado.

CONTEXTO (18)

RESACA

Aud	*Vis*
Silbido sintonía	Pantalla fund. blanco
Entrada bajo, ritmo de 7 infrason.	Rostro solista del grupo negat. blanco/negro verde/rojo
Entrada ritmo de 5 sinc	aument. 2

UA YA UA YA UA	Mov. labios
Sitar entra en 5	Sitar que entra aument. 2
Despegue exprés 7 notas	Blanco fund. a rosa
Bajo sube 1 octava	Fund. a gris según notas bajo
Bajo sube 2. octava	Chispas violeta, oro, naranja
Introducir a intervalos de 4 notas: tambor, órgano, Lasry-Bachet, cinta hablada pre-cortada	Grupo completo aument. 1 con puntos azules fund. a amarillo luego a rosa
HOMB/recuerdo total	Aument. 3 nuez solista en neg.
DESPLAZ/quien es algo de verd /LATIG/ah de todos modos a quién le importa/GLO-GLO /gloglo/GLOGLO/gloglo (ad lib)	Super sitar sobre órgano LasBach
Corte de coro Aleluya	Ala paloma, aument. 2, plumas blancas
Solista habla sobre grp: TIENES BUENAS CACHAS	Tía se acaricia pechos verde
PARA MI AMIGO Y YO Y TU TÍA SOMOS TRES	sobre matiz azul
Las-Bach fund. a ritmo de vals	Aument. 2, manos tía cogidas por mano derecha de hombre y separadas
Pasa tren de aceleratúnel	Interior de túnel
Reentrada cinta hablada	
ME VOY A ROMPER EL CRÁNEO	Imagen fija
Fuerte beso en sinc. con	Acercamiento cámara sobre beso aum. 2
Reentrada bajo, sitar	Avance fund. a través cabeza tía terminando en rostro solista grp. aument. 3
Rpt. con tono más alto en solista	Tía anda
QUE se PUdra el munDO	frente órg. Las-Bach viendo al
ME romperé el cráNEO	instrumentista golpear columnas
en la hierBA me huNDO	de cristal y producir
NAVEgol cuTAneo	sonidos, luego se inclina y empieza
Cielo EN la CABEza	a chupar la columna más larga
VIVIr da peREza	(bajo)
pienSA en lo posiBLE: libreS AL nAceR...	
	Aument. 2 tambor
¿somos? NO roTUndo	Escena exterior en neg. c. Tía
Viajina senSIBLE	cogida del brazo d. solista y amigo
¡sólo puedo ser!	Pantalla fund. a blanco
(etc.)	(etc.)
$ *	$ *

* Total en ambas columnas: otro éxito del tamaño de un choque planetario de los M
31. Prohibida su emisión por cualquier canal que cubra la Zona de Guerra del Pacífico.

CONTINUIDAD (22)

EL PRECIO DE LA ADMISIÓN

Donald, furioso, pensó al cabo de un rato que había esperado la indignidad que sin duda le impondrían. La idea era irracional, pero no le importó: le gustaba creer que aquel curioso estado emotivo en el exprés, cuando se le ocurrieron aquellos pensamientos absurdos sobre Odinzeus, se debía a una anticipación de esta forma de privarle de su hombría.

Decirlo así era absolutamente estúpido, desde luego. No se podía decir que no hubiera pensado frecuentemente en una operación de esterilización reversible, pero nunca había surgido la necesidad; todas las tías con que había tratado iban provistas de las correspondientes cápsulas subcutáneas minúsculas de progestina, que se diluían en el plazo de un año eliminando todo riesgo de embarazo. Pero estaba lejos de casa y las cosas familiares, y las que había tenido por familiares, se habían vuelto contra él para destrozarle; y, en cualquier caso, su subconsciente no era propenso a la persuasión. Se aferraba con una tozudez animalesca a la seguridad de que, como último recurso, un hombre podía hacer un hombre.

Sin embargo, estaba en Yatakang. Había atravesado el edificio del exprespuerto, hundido en tierra bajo su techo protector de cemento, cubierto a su vez de una densa capa de tierra y árboles, y aquí estaba, fuera, sufriendo el asalto de decenas, centenares de yatakangis, algunos de los cuales se dirigían a él en un lenguaje macarrónico que incluía palabras holandesas e inglesas. Un porteador con un carromato eléctrico de ruedas había sacado sus pertenencias y esperaba el pago de su servicio.

Olvidé cambiar un poco de dinero. ¿Me habrán dado algo junto con los documentos?

Recordaba que tenía un paquete con tarjetas de crédito, pero ¿había algo en metálico? Buscando, descubrió media docena de billetes nuevos de diez talas, que valían... eh... unos sesenta céntimos de dólar cada uno. Se los dio al porteador y se quedó un momento junto a los paquetes, frunciendo el ceño de vez en cuando ante los niños y niñas que se agrupaban a su alrededor ofreciéndose para buscarle un taxi, llevarle las maletas, venderle recuerdos y dulces repugnantemente pegajosos, o simplemente mirando porque era un ojigordo. Todos los

niños vestían camisas de un blanco amarillento —a veces sucio— y pantalones del mismo color, e iban casi todos descalzos; las niñas llevaban sharengs de veinte colores distintos, desde el negro al dorado.

Al otro lado del aparcamiento de superficie que bordeaba el edificio del expresпuerto, y
donde se veían cierta cantidad de taxis eléctricos y muchos más movidos a pedales —
rixas— junto con dos o tres autobuses modernos de fabricación china, había toda una fila de tenderetes adornados chillonamente, construidos con un tejido ligero e impermeable apoyado en estructuras de bambú natural o imitaciones de plástico. Un policía hacía su ronda frente a ellos, frunciendo el ceño a los vendedores y recibiendo a cambio amables sonrisas. Donald hizo un esfuerzo para encajarlos en el esquema de las cosas. El régimen de Solukarta desanimaba la superstición, eso lo sabía; pero, según los carteles escritos sobre los tenderetes, eran lugares en que se podían hacer sacrificios propiciatorios a cualquier dios que uno adorara, antes de emprender un viaje o para agradecer la vuelta a casa sin problemas desde el exterior. Por cierto que no era mal negocio... en el poco tiempo que estuvo mirando vio cinco o seis personas acercarse a ellos. Todos cogían un montón de incienso en forma de volcán y lo encendían, haciendo repetidas veces el gesto de llevarse las manos a la frente y al corazón, o encendían una tira de papel con una oración impresa y esperaban hasta que se convertía en humo.

Mirando a un lado, a la masa amenazadora del Abuelo Loa, más claramente visible que antes porque la lluvia iba menguando, se dio cuenta de que difícilmente podía echarles en cara a los yatakangis el mantener las viejas costumbres.

—Ah, mi amigo americano —dijo una voz suave a su lado—. Muchas gracias de nuevo,
señor...

Se volvió, diciendo automáticamente su nombre, para saludar a la muchacha hindú. Con el amplio sari largo, parecía incluso más atractiva y delicada que antes, aunque era evidente, por el modo en que no dejaba de ajustarse la falda, que no estaba acostumbrada a llevar nada que le dificultara así el movimiento de las piernas.

—¿Está esperando un taxi...? No, ya veo que hay muchos. ¿Entonces?

—Haciéndome una idea. Nunca he estado aquí —pronunciaba las palabras con una simple educación forzada, aunque era consciente a un nivel mental superior de que ella era bonita y libre; el impacto de lo que le acababa de hacer el médico yatakangi parecía haberle embotado las reacciones masculinas por el momento.

—Sin embargo habla yatakangi, y parece que muy bien —dijo la chica.

—Quería aprender un idioma de raíz no indoeuropea, y éste venía bien porque no lo estudiaba mucha gente... ¿va usted a Gongilung?

—Sí, tengo una habitación reservada en un hotel. Creo que se llama el Dedicación.

—Yo también.

—¿Vamos en el mismo taxi, entonces?

No se sorprendió de la coincidencia. ¿Por qué? El Hotel Dedicación era el único de Gongilung que atendía clientela occidental; una elección automática cuando había habitaciones libres.

—¿O prefiere ir en un ricksa? No creo que los haya en América, ¿verdad?

Ricksa... naturalmente: la raíz de que debía de derivarse la moderna palabra yatakangi
«rixa».

—¿No serán demasiadas maletas? —dijo Donald.

—Ni mucho menos. Estos conductores parecen tan fuertes como los que tenemos en mi
país. ¿De acuerdo? ¡Eh, tú!

Agitó un brazo enérgicamente hacia el primer rixa de la fila, y el conductor pedaleó hacia ellos en el curioso carricoche de cinco ruedas. No puso ninguna objeción a la cantidad de bultos, como ella había prometido, sino que los cargó en la plataforma trasera hasta aplastar los muelles de amortiguación y luego les abrió las puertas bajas para que entraran.

El asiento era estrecho y les forzaba a apretarse entre sí, pero si a su compañera no le importaba a Donald tampoco. Empezaba a recuperar el estado de ánimo normal.

—Por cierto, me llamo Bronwen Ghose —dijo la chica, mientras el conductor apoyaba todo su peso en un pedal para ejercer la máxima presión y poner en marcha la pesada carga.

—¿Bronwen? ¿Es un nombre hindú?

—No, gales. Hay una historia muy complicada tras él, que cuenta que mi abuelo se hizo a la mar como marinero de fortuna y se enamoró

perdidamente en Cardiff de una chica galesa —rió—. Todo el mundo se sorprende hasta que se lo explico. ¿Qué estás haciendo en Gongilung, Donald? ¿O soy demasiado indiscreta?

—En absoluto —Donald contempló la corriente de tráfico en que se estaban ahora introduciendo; la mayor parte eran carros minúsculos movidos a pedales, pero también había utilitarios eléctricos que llevaban pasajeros (en cantidades increíbles, cinco o seis en un vehículo no mayor que este rixa) o bien bolsas, paquetes y cajas de contenido indeterminable. Por encima de la calzada, algo veladas por la lluvia, colgaban pancartas de colores vivos, algunas de las cuales alababan al Mariscal Solukarta, y algunas de las cuales exhortaban a los yatakangis a liberarse de los prejuicios europeos.

»Yo... eh... cubro el asunto de la optimización genética para el Servitrans Sateling —añadió.

—¿De verdad? ¡Qué interesante! ¿Eres especialista en eso?

—Hasta cierto punto. Tengo una licenciatura en biología.

—Ya veo... «hasta cierto punto». Evidentemente, lo que Sugaiguntung ha hecho no es algo que se estudie en las facultades, ¿verdad?

—¿Sabes tú algo de genética?

—Créeme, Donald —sonrió tristemente Bronwen—: en un país como el mío no se puede ser mujer en edad fértil y no saber algo de eso... a menos que una sea analfabeta y estúpida, claro.

—Supongo que no —dudó Donald—. Por cierto, ¿qué te ha traído aquí? ¿Negocios o placer?

La respuesta tardó largo rato en producirse.

—Enfermedad, para ser sincera —dijo ella por fin.

—¿Enfermedad? —repitió asombrado y la miró lo mejor que pudo, apretados como estaban en el estrecho asiento del rixa.

—Nada contagioso, te lo aseguro. No te agradecería tu amabilidad con una jugada tan sucia —forzó una risa que hizo que el conductor del rixa volviera la cabeza y estuviera a
punto de chocar con un carricoche que pasó por delante.

»No, es algo que seguramente conoces, siendo un experto en genética. Tengo... ¡vaya, no acabo de coger la palabra inglesa! —chasqueó los dedos y él le sujetó la mano.

—¡No hagas eso en Yatakang! —dijo, disculpándose con una mirada ante el conductor cuando éste se volvió de nuevo, esta vez suspicazmente—. Se considera de mala suerte excepto en determinados días del año. ¡Se supone que es una señal para llamar a los fantasmas de los antepasados!

—¡Cielos! —se llevó los nudillos de la otra mano ante los dientes blancos y delicados, como mostrando consternación. Con cierto retraso, Donald se dio cuenta de que le seguía sujetando la mano y la soltó.

—Este es un país complicado —dijo—. ¿Ibas a decir...?

—Ah, sí. Cuando los huesos fabrican demasiadas de esas células de la sangre que matan gérmenes, ¿cómo se llama la enfermedad?

—Leucemia.

—Leucemia, ésa es la palabra que buscaba.

—Pero eso es terrible —dijo Donald, sinceramente afectado. Hoy día, cualquier clase de
cáncer, incluyendo el de la sangre se consideraba una enfermedad de la vejez, de cuando los mecanismos de regulación del cuerpo empiezan a desmoronarse. Para los jóvenes había cura, y todo un conjunto de leyes controlaba la producción y el uso de substancias cancerígenas.

—Tengo entendido que en América ya no es frecuente, pero en mi país está muy extendido —dijo Bronwen—. Yo tuve suerte... mi marido murió, como sabes, y me dejó suficiente dinero para venir aquí y recibir un tratamiento que en la India no existe.

—¿Qué clase de tratamiento?

—Uno que inventó ese mismo Dr. Sugaiguntung. No sé mucho de él.

Habían llegado a la cima de una larga pendiente que bajaba hacia el corazón de Gongilung. La carretera estaba flanqueada de viviendas colmena de bajo coste, muchas de ellas decoradas con las pancartas políticas que se veían por todas partes. El conductor, alarmantemente, levantó los pies descalzos de los pedales y los cruzó sobre el manillar, utilizando ambas manos para sacar un cigarrillo y protegerlo de la lluvia que amenazaba apagarlo. Pero Donald vio que los otros conductores hacían lo mismo, así que se resignó.

—Recuerdo haber leído algo al respecto —dijo, frunciendo el ceño—. Si no recuerdo mal, se hace en dos etapas. Primero se infecta la médula de los huesos con un virus desarrollado al efecto que substituye al material genético descontrolado. Luego, cuando la producción de

leucocitos vuelve a su nivel normal, hay que retirar los virus y completar el trabajo con un núcleo óseo artificial...

—No sabría decirlo —dijo Bronwen, encogiéndose de hombros. Sólo sé dos cosas del procedimiento: es caro y duele. Pero me alegro de estar aquí.

Se impuso el silencio, excepto por el ruido de las ruedas contra el suelo y algunos gritos de enfado ocasionales por parte de los conductores que consideraban violada su preferencia de paso. Donald no podía encontrar nada que decir; simplemente contemplar el hermoso rostro de Bronwen y leer en él la infelicidad.

—Sólo tengo veintiún años —dijo por fin Bronwen—. Podría vivir mucho. Quiero vivir
mucho.

—¿Y ya eres viuda?

—Mi marido era médico —dijo fríamente—. Le mató una multitud de personas que averiguaron que utilizaba vacunas hechas con suero de cerdo. Tenía treinta y tres años.

El trueno distante de un exprés aterrizando en el puerto ahogó cualquier intento de respuesta que Donald pudiera haber hecho.

En el Hotel Dedicación, uno de los empleados hablaba tanto inglés como un poco de hindú, así que Donald pudo descansar de su trabajo como intérprete. Frunciendo el ceño al recibir el complicado impreso perforable que tenía que cumplimentar para describirse a sí mismo, apenas escuchó lo que Bronwen le decía al conserje. Subconscientemente estaba repasando lo que tenía que hacer por motivos «profesionales»: presentarse en la Sociedad de Periodistas Internacionales, para la cual le habían dado una tarjeta de admisión temporal, y encontrarse con la corresponsal fija del Servitrans Sateling; acudir a la oficina de información del gobierno y asegurarse de recibir los comunicados oficiales, y engrasar tantas manos como fuera preciso para conseguir una entrevista personal con Sugaiguntung. Iba a ser una tarea larga, costosa y probablemente inútil. Desde que surgió la noticia, ningún periodista extranjero había logrado ver al Profesor Doctor a solas; sólo en conferencias de prensa dirigidas por portavoces del gobierno.

A pesar de ser ojigordos, los hindúes eran relativamente aceptados en Yatakang en este momento; les consideraban víctimas hermanas de la herencia del colonialismo. Los europeos toparían sin duda con el desagrado que los antiguos gobernadores, los holandeses, generaron; y parte de éste caía sobre los americanos, debido a la tensión continua en las relaciones diplomáticas. Bronwen ya se había desvanecido de

camino a uno de los pisos superiores cuando un empleado del hotel cogió las maletas de Donald y le condujo a su propía habitación. Era un conjunto de paradojas típicamente yatakangi: sedas delicadas, labradas a mano y protegidas en cuadros acristalados llenos de helio para impedir su deterioro, una plataforma baja cubierta de cojines que hacía las veces de cama, una ducha rodeada de mamparas de imitación de mármol junto a un bidé, un retrete y un gran cesto de plástico lleno de piedras redondas y pulidas para aquellos visitantes musulmanes ortodoxos que no quisieran violar las órdenes del Profeta al limpiarse después de hacer de vientre.

Una muchacha del hotel, vestida con un shareng azul, sacó y ordenó en el armario, silenciosa y eficientemente, la ropa; le mostró el funcionamiento del dispensador de prendas de papel y del tejedor de mocasines, y se disculpó por el hecho de que la TV estaba estropeada, «pero la arreglarán muy pronto». Había polvo en los controles; probablemente habían hecho la misma promesa a los últimos veinte huéspedes. Por lo menos, pensó, el teléfono funcionaba. Cuando quedó a solas se sentó ante él, sintiéndose vagamente incómodo al no tener una pantalla para ver a su interlocutor, y mirando en cambio al espejo montado en la pared.

En él, inmediatamente después de teclear el primer número, vio una puerta —no la que había utilizado para entrar, sino la que daba a la habitación adyacente—, y se estaba abriendo lentamente.

Se puso en pie tan silenciosamente como pudo y se lanzó a través de la pequeña habitación, colocándose donde la puerta le ocultaría al quedar abierta. Una mirada al espejo le mostró que quienquiera que entrara no le podía ver reflejado... ni, por el mismo motivo, podía él ver al intruso. Pero una mano oscura agarró el borde de la puerta, y asomaron un pie y...

Saltó, con movimientos seguros y económicos gracias a su reciente eptificación en combate. En un segundo tuvo al intruso sujeto por el cuello y una muñeca, disponiéndose a levantarle por el aire y dejarle caer contra una rodilla, propinándole en la base de la columna vertebral un golpe inmovilizante.

—¡Bronwen! —dijo en el mismo segundo, horrorizado.

—¡Déjame, me haces daño! —jadeó, cuando él soltó la presa que le había hecho en el cuello delgado.

—¡Lo siento terriblemente! —agitado, la ayudó a recuperar el equilibrio, sosteniéndola por un brazo mientras se tambaleaba—. ¡Pero no debiste entrar así... uno nunca sabe lo que puede pasar hoy día!

Librodot

—Yo desde luego, no esperaba esto —dijo ella irónicamente—. Me pareció oír tu voz y me di cuenta de que te habían asignado la habitación de al lado de la mía. Lo siento. Sólo quería darte una sorpresa.

—Eso lo conseguiste —dijo, sonriendo, Donald—. Oh... ésa debe ser mi llamada. Siéntate. En seguida estoy contigo.

Se lanzó al teléfono, que emitía sonidos malhumorados y confusos en yatakangi. No era, como había esperado, la corresponsal local a quien tenía que ver, sino su compañero, que no sabía cuándo volvería y se negó a hacer más que tomar un recado.

Donald le dijo dónde se alojaba y cortó la comunicación.

Girando la silla, miró a Bronwen y sonrió irónicamente.

—¿Sabes una cosa? Para ser una chica enferma, eres fuerte.

—Sólo está en las etapas preliminares —murmuró Bronwen, mirando al suelo. Mi marido me diagnosticó inmediatamente antes de que le mataran.

Ahora tuvo oportunidad de verla claramente. Debía de haber ido directamente al dispensador de ropas de papel, y se había vestido con lo apropiado a Yatakang: un shareng gris pálido y una blusa corta y sin adornos, amarilla.

Ella se dio cuenta de su mirada y se puso nerviosa, tirándose de la ropa a la altura de la
cintura.

—Estas cosas son horribles —dijo—. Peores que las que tenemos en mi país, que ya son
bastante malas. Iba a preguntarte si te sobraba un poco de tiempo para ayudarme a comprar unos cuantos vestidos de tela en vez de papel como éste.

Donald hizo rápidamente algunos cálculos mentales. Al venir a Yatakang había ganado tiempo; en California eran las últimas horas de la tarde, y aquí media mañana. La costumbre local imponía una especie de siesta entre el mediodía y las tres PapáMamá; no podría llevar a cabo las citas previstas antes de las tres, por lo tanto, lo cual le dejaba un par de horas libres.

—Desde luego —dijo—. Pero déjame hacer unas cuantas llamadas y estaré listo.

—Muchas gracias —dijo ella, volviendo a su propia habitación sin cerrar la puerta.

Allí, el armario se abría girando la puerta, en vez de deslizándola a un lado como en su propia habitación. Se dio cuenta casi de inmediato, porque al volverse a sentar ante el teléfono pudo verlo reflejado en el espejo que le había mostrado la puerta que se abría silenciosamente. Mantuvo la mirada en el cristal, ausente, mientras esperaba que le establecieran la comunicación solicitada con la oficina de información del gobierno.

Así, vio que ella se paraba ante el espejo de la puerta del armario y se contemplaba la basta ropa de papel gris y amarilla, haciendo un gesto de disgusto.

—¿Sí? —dijo el teléfono.

—Sección de enlace con corresponsales extranjeros, por favor.

—Espere un momento.

Ella alzó las manos hasta el pecho como para arrancarse las ropas ofensivas; pero el papel era demasiado resistente, porque estaba reforzado con plástico contra la frecuente lluvia de Yatakang. Derrotada, se quitó por encima la blusa corta y la hizo una bola furiosamente, arrojándola al suelo.

—Enlace con el extranjero —dijo el teléfono.

—Me llamo Donald Macerdo y estoy acreditado por el Servitrans Sateling ante ustedes. Deben de haber recibido la notificación de mi llegada desde mi oficina central.

—Haga el favor de repetir el nombre y lo comprobaré.

La parte superior del shareng, preformada automáticamente por el dispensador con una aproximación burda de su tamaño y estatura, se separó del cuerpo con un sonido crujiente. Donald contuvo la respiración. No llevaba nada debajo, y sus pechos eran como pequeñas peras marrones, de pezones de cornalina viva.

—Sí, Sr. Macerdo, hemos recibido la notificación. ¿Cuando le viene bien pasarse por aquí y registrarse oficialmente como periodista destacado en Yatagank?

—Si esta tarde a las tres no es demasiado temprano...

La muchacha se había desatado las tres vueltas del shareng de la cintura y se agachaba para deshacer la complicada combinación de

ojales y cordeles que conformaba la parte de entre las piernas. Al inclinarse, los pechos apenas se movieron.

—Voy a consultar la agenda de visitas del encargado que le corresponde. No cuelgue, por favor.

Debía de habérselas arreglado para ponerse el vestido, pero le estaba presentando muchos problemas el quitárselo. Se volvió, aún inclinada, como para ver mejor lo que estaba haciendo con las manos, y las nalgas pequeñas, redondas y bien formadas quedaron enmarcadas por el espejo. La luz le hizo ver la mata de pelo negro en donde se separaban.

—Sí, a las tres de hoy está bien. Gracias, Sr. Macerdo —dijo el teléfono, y desde el otro
extremo colgaron. Donald se levantó, con la boca un poco seca y el corazón martilleándole en el pecho, y atravesó la puerta de separación.

Dándole la espalda, ella salió con un paso de lo que quedaba del shareng de papel.

—Sabía que estabas mirando, claro —dijo.

El no contestó.

—A veces creo que estoy loca —dijo Bronwen, con un levísimo tono de histeria oculta—. Pero otras veces creo que no lo estoy, sino muy sensibilizada. Me enseñó a amar mi cuerpo... mi marido. Y quizá no me quede mucho tiempo para utilizarlo.

Se volvió por fin, lentamente, girando sobre un pie delicado cuya planta, vio ahora Donald, estaba teñida de rosa para hacer juego con la pintura de las uñas.

—Lo siento —dijo ella de repente—. No es un detalle contigo en especial. Es que... bien, nunca he tenido un americano, así que me gustaría. Mientras pueda. Es decir, si tú quieres —las palabras surgían con una llaneza extraña, como de una máquina parlante—. Soy completamente... ¿cómo es esa palabra de broma? Soy completamente impreñable, ¿no es eso? Me esterilizaron por si acaso una leucemia como la mía fuera hereditaria. Soy absoluta y completamente estéril.

—Y yo —dijo Donald, en un tono que le sorprendió por su ronquedad, y soltó el lazo que sujetaba el cabello largo y negro, dejándolo caer a lo largo del cuerpo como una cascada de hebras de olvido.

VIENDO PRIMEROS PLANOS (19)

POCOS DESEOS Y FÁCILES DE SATISFACER

Cuando se le estropeó la TV de tal modo que no se veía más que un campo de líneas grises que oscilaban irregularmente, intercaladas con puntos que se movían como el polvo suspendido en un líquido cuando se examina con un microscopio para demostrar el movimiento browniano, todo ello acompañado por un silbido de ruido blanco procedente del altavoz, Bennie Noakes pensó en hacerla reparar. Sin embargo, al cabo de una hora o dos descubrió que las estructuras visuales aleatorias y el ruido eran en sí mismos alucinógenos. Lo que es más, la realidad no se entrometía con esas cosas molestas y repugnantes sobre gente matando gente. Reduciéndose a un átomo de perceptividad pura, continuó contemplando la pantalla. De vez en cuando decía: «¡Dios, qué idea se me ha ocurrido!»

CONTINUIDAD (23)

INOCENTE COMO UN BEBE

¡El Golfo de Benín! ¡El Golfo de Benín!
¡De un millón que entran sólo salen mil!

No había servicio directo de exprés a ningún punto de Beninia. El país no podía permitirse construir una de las inmensas pistas de cemento de siete kilómetros y medio que necesitaban tales naves, por no hablar de los servicios auxiliares. Desde el vientre liso y moderno del exprés, Norman salió al aeropuerto de Accra sólo para abordar un Boeing de alas inseguras y oscilantes, pequeño y antiguo, que cubría la línea local a través de Port Mey hasta el norte, a Nigeria. No podía haber sido construido después de 1980, y recibía el combustible de camiones cisterna que no llevaban oxíquido ni hidrazina, sino gasolina. Las mangueras tenían fugas, como se podía percibir por el olfato, y se le ocurrió pensar locamente en estallidos de fuego.

¡El Golfo de Benín! ¡El Golfo de Benín!
¡Sarna, garrapatas y piojos sin fin!

El calor húmedo como el de una olla exprés de África le pegaba pastosamente la ropa a la piel, con una mezcla de sudor y vapor.

¡El Golfo de Benín! ¡El Golfo de Benín!
¡Malarias y fiebres te esperan aquí!

Unos oficiales arrogantes, vestidos con lo que al principio no reconoció como uniformes
—pues la xenofobia de finales del siglo pasado había eliminado los símbolos de rango europeos, tales como las estrellas, las listas y las borlas, substituyéndolos por contrapartidas militarizadas de vestimentas tribales—, recibieron con agrado la oportunidad de mostrar

Librodot

el desprecio que sentían por sus primos americanos, hijos de africanos que no habían tenido el sentido común o la habilidad de esconderse de los esclavistas.

¡El Golfo de Benín! ¡El Golfo de Benín!
¡La lluvia te enseña a nadar cual delfín!

Una vez atravesados los callejones de alambre de espino, sintiéndose como reses de camino al matadero, el equipo de TG, encabezado por Norman y Elias, se unió a la cola que esperaba su transferencia al vuelo a Port Mey. Cinco siglos se fundían en un confuso estofado de impresiones: gruesas matronas vestidas con ceñidas y llamativas túnicas de algodón y turbantes a juego, muchachas progresistas con la minifalda o minivestido proeuropeos y collares y pendientes, que de vez en cuando miraban a Norman con cierta aprobación, hombres de negocios probablemente sudafricanos cuyos trajes occidentales contrastaban con el color negro, un médico —estilo local— que llevaba un gran paquete de objetos rituales, cada uno de los cuales satisfacía una función perfectamente determinada en psiquiatría curativa y la mayoría dotados de un olor individual y distintivo, un imán egipcio conversando amistosamente en términos profesionales con un sacerdote episcopaliano que llevaba un collar de perro...

¡El Golfo de Benín! ¡El Golfo de Benín!
¡De la Tierra tú eres el último confín!

Los anuncios de llegadas y salidas que surgían de vez en cuando de los altavoces, a un volumen demasiado alto, eran leídos en una especie de inglés, pero Norman tardó varios minutos en darse cuenta. Sabía, aunque no por experiencia propia, que el idioma dejado atrás por el gobierno colonial se estaba disgregando en dialectos, como ocurrió con el latín tras la caída de Roma; pero creía que se estaba dando más tal fenómeno en Asia que en África, por cuyo continente sentía, al fin y al cabo, cierta afinidad emocional. Entre los anuncios hablados se oía un rumor interminable de música grabada. Contó, por curiosidad, la secuencia de notas de una de las piezas, identificándola como el ritmo de diecisiete por cuatro; la antigua melodía de Dahomey del hun contra el hunpi, del tambor hijo contra el madre. Se lo mencionó a Elias, a falta de otra cosa que decir.

¡El Golfo de Benín! ¡El Golfo de Benín!
¡Entré aquí gordo y delgado salí!

—Por lo menos es algo que les dimos contra su voluntad a los culos pálidos —dijo Norman.

—No —contradijo Elias—. Los ritmos complejos como ése se encontraban entre las cosas que los europeos tomaron de nosotros junto con el resto de la cultura tribal. Los de jazz provienen de marchas

militares y bailes franceses. Los modernos son también europeos... cinco por cuatro de países como Hungría, siete por cuatro de Grecia, y el resto de los Balcanes. Incluso los instrumentos que han asimilado en el Oeste hasta considerarlos propios son tales como el sitar, que procede de la India, antes que como la cora.

—¿Qué demonios es una cora?

—Media calabaza con un pellejo extendido sobre ella como caja de resonancia, y un armazón que soporta cuerdas de arpa y pedazos de metal que vibran por simpatía a las frecuencias apropiadas. Lo verás por aquí, pero procede de más al Este; incluso ahora los mejores intérpretes son sudaneses, como siempre.

¡El Golfo de Benín! ¡El Golfo de Benín!
¡Te cambia en seguida de hombre a reptil!

—¿Comprobaste el lado africano de tu ascendencia? —preguntó Elias—. Creo recordar que dijiste que ibas a hacerlo.

—No he tenido tiempo todavía —murmuró Norman. Pero contempló a la gente que le rodeaba con un interés repentino, pensando: quizás algunas de estas personas sean parientes míos... se llevaron muchos esclavos de aquí.

—A base de mirar no podrás saberlo —dijo Elias—. ¿Puedes acaso distinguir un ibo de un yoruba o un ashanti de un mandinga!

Norman negó con la cabeza.

—¿Hay alguien que pueda?

—Hay tipologías, del mismo modo que entre los europeos. Pero existen suecos de cabello negro y españoles rubios, y aquí ni siquiera se dan rasgos tan evidentes para comparar.

¡El Golfo de Benín! ¡El Golfo de Benín!
¡Apiádate, Señor, que uno aquí se hace ruin!

—Están llamando para nuestro avión —dijo Elias, avanzando cuando la puerta ante la que esperaban se abrió chirriando sobre sus bisagras.

Durante el vuelo a Port Mey, un hombre que llevaba un instrumento musical compuesto de un palo, una vieja caja de madera y unas lengüetas de metal de desecho afinadas a una escala pentatónica, arrancó a cantar con voz ululante, golpeando al mismo tiempo el aparato. Norman y sus compañeros, excepto Elias, lo encontraron embarazoso, pero todos los demás aprobaron la idea de un poco de música casera y se unieron.

Librodot

—Es un shinka —dijo Elias—. De Port Mey. Le está diciendo a todo el mundo lo contento que se siente de volver a casa después de visitar Accra.

Una mujer gruesa que llevaba un niño de menos de un año había aprovechado hasta el máximo la reducción de impuestos en la aduana para el alcohol y pasó por todos los asientos vecinos una botella de cuarto litro de aguardiente de palma. Norman declinó la oferta, intentando sonreír, diciendo muy lenta y claramente que era musulmán y no bebía... con lo cual ella insistió en que aceptara un poco de majnún en cambio, sacándolo de los pliegues de ropa de su regazo entre los cuales lo había escondido en una cajita. Norman consintió, pensando que el hachish que contenía no sería demasiado distinto de la mierda a que estaba acostumbrado en casa y, antes de aterrizar, se encontraba de un humor mucho más animado. El hombre del instrumento músico se levantó y fue de asiento en asiento solicitando contribuciones improvisadas para su canción, versos sueltos; Elias, complaciéndole tras pensar un momento, lo hizo en un shinka correcto y el hombre brilló como una estrella de alegría. Norman se sintió casi molesto por no poder hacer lo mismo en inglés, y percibió en sí una ola repentina de asombro por lo que le había ocurrido.

Preocupado, se lo dijo a Elias en un susurro en cuanto tuvo ocasión.

—Elias, me siento muy extraño. ¿Habría algo en ese chocolate aparte de...?

—Son shinkas —dijo Elias, como si eso explicara la totalidad del Universo, y volvió a la conversación que había emprendido con el músico, en aquel lenguaje que Norman ignoraba por completo.

Confuso, Norman sacó un panfleto publicitario de la línea aérea del bolsillo lateral del asiento, viendo un mapa corriente del África occidental que hacía parecer los diversos países trozos de tarta uno junto a otro, tocando con las puntas la parte norte de la costa del Golfo de Benín. El más estrecho era Beninia, una simple astilla en comparación con la SO.N.A.D.O. o Dahomalia.

—Que la corte uno y elija primero el otro —murmuró, en voz no muy baja, y Elias le interrogó con un alzamiento de ceja.

—Nada.

Pero la idea parecía muy divertida, y se rió sin pretenderlo.

Desde luego, es el modo mejor de repartir una tarta entre dos ¡pero nunca se planteó el
problema con una tarta semejante a ésta!

Poco a poco, empezó a desarrollar una extraña sensación de doble personalidad. A pesar de que Elias hubiera desechado tan tranquilamente la posibilidad, llegó a la conclusión de que se debía de haber añadido algo para aderezar el majnún que había comido. Jamás había experimentado nada que le indujera esta reacción doble que ahora sufría.

Por otra parte, a nivel mental permanecía exactamente igual que antes de salir de Nueva
York esta mañana. Cuando el grupo de recepción oficial les saludó en la pista de aterrizaje en miniatura de Port Mey —personal de embajada de diversos colores y una guardia de honor del ejército de juguete de Beninia, vestidos de modo ideal para un desfile, pero totalmente ridículo para la guerra— pudo mirar a su alrededor y formularse las ideas correspondientes, tales como que éste era un lugar absurdo para cortar un trozo de tarta financiera. No era simplemente pobreza: era la miseria más absoluta. La carretera por la cual zumbaron y saltaron los coches de la embajada hacia la ciudad era cuidada, por así decirlo, por un grupo de trabajadores de pico y pala, pero estaba flanqueada por chozas, y la única muestra de intervención oficial en el proceso libre de la degradación humana consistía en una pancarta que decía, en inglés, que Beninia saludaba y daba la bienvenida a los inversores extranjeros.

Jamás hubiera esperado ver, en este magnífico siglo nuevo, niños desnudos jugando entre el barro con cochinillos que gruñían; aquí estaban. Jamás hubiera esperado ver una familia de padre, madre, abuelo y cuatro hijos en un vehículo de pedales hecho con tres bicicletas viejas y grandes cajones de plástico; les estaban reteniendo a la puerta del aeropuerto para dejarles paso. Jamás hubiera esperado ver uno de los primeros camiones Morris, el primer prototipo de células combustibles que redujo su coste hasta hacerse comercial, lleno hasta el borde de niños entre nueve y quince años, agitando las manos y sonriendo sobre la baranda de la caja; vio no menos de seis durante el trayecto, decorados con carteles piadosos que decían VÍSTEME DESPACIO QUE TENGO PRISA, NO HAY MAS DIOS QUE ALA y HAZ A LOS DEMÁS LO QUE QUISIERAS QUE TE HICIERAN A TI AMEN.

La saturación de humedad del aire era aún peor de la que había experimentado durante
la espera en Accra, lo cual le hacía tender más a mostrarse cínico para dentro.

Y, sin embargo, al mismo tiempo que percibía tantas señales de atraso y pobreza le embargaba una especie de alegría interior. El equipo de trabajo dedicado al mantenimiento de la carretera estaba acompañado de un grupo de cuatro cantantes y músicos que extraían una canción de trabajo rítmica del monótono golpeteo de los picos, y la

Librodot

acompañaban con tambores hechos de latas vacías de distintos tamaños. A la puerta, semicubierta por una cortina andrajosa, de una de las chozas vio una madre orgullosa mostrando su nuevo hijo a un grupo de vecinas que lo admiraban, destellando un placer contagioso. Y fuera de otra vio un camión marcado con una cruz roja, cuyo conductor, vestido con una bata de plástico, se rociaba meticulosamente con un desinfectante en aerosol antes de volver a la cabina: prueba débil, pero prueba al final, de que el siglo XXI había hecho contacto con Beninia.

Elias había entrado en conversación con el joven negro delgado que se había hecho cargo de su oficina durante su ausencia: el Primer Secretario de la Embajada. Era al menos ocho años más joven que Norman. Mirándole, se preguntó qué se sentiría al ser responsable de las relaciones de un país con otro, aún a una escala tan pequeña como la representada por Beninia, a esa edad. Miró por encima del hombro, viendo que otros dos coches les seguían con el resto del equipo de TG: una chica del departamento de Planificación y Proyectos de Rex Severo, un experto en lenguas africanas contratado especialmente para esta visita y dos economistas contables del grupo de asesoría personal de Amílcar Waterford.

Buscando en su memoria reciente el nombre del Primer Secretario —¿Gedeón... algo? Gedeón Horsfall, eso era—, Norman se inclinó adelante.

—Perdonen que les interrumpa —dijo—. Hay algo que me gustaría preguntarle, Sr. Horsfall.

—Pregunta —dijo el delgado joven—. Y por favor, llámame Gedeón. No me gusta nada
que me llamen señor —emitió una risilla repentina que desentonaba con su aspecto esquelético; era una especie de doble de Rafael Corning, aunque más bajo y mucho más oscuro, lo cual amenazó con enviar la mente especulativa de Norman a un callejón lateral referente a la relación entre los tipos delgados y nerviosos y la política moderna.

»Yo solía reservar los "señores" para los culos pálidos —añadió cuando se recuperó de su diversión—. Pero ahora que llevo aquí algún tiempo, creo que para variar veo las cosas más claras. Lo siento, ¿ibas a decir...?

—Iba a preguntarte si sientes lo mismo que Elias con respecto a Beninia —dijo Norman.

Hubo una pausa. Durante la misma, Gedeón contempló a su alrededor los suburbios de Port Mey. Aparte del hecho de que el suelo no era lo suficientemente compacto para soportar edificios de altura —como la investigación de Norman le había informado, una buena parte de Port

Mey fue marisma hasta que los ingleses la desecaron y la utilizaron en parte—, tenía un parecido asombroso con las fotografías de los barrios bajos de la Europa mediterránea del siglo pasado, con callejas estrechas a cuyo través se tendían cuerdas de colgar la ropa, desde las cuales las prendas goteaban sobre la calle suficientemente ancha pero muy bacheada que recorrían.

—Te puedo decir lo siguiente —dijo por fin Gedeón, sin mirar a Norman—: cuando decidieron destacarme aquí, a pesar de que oficialmente representaba una promoción —antes era Tercer Secretario en la embajada en El Cairo— me sentí furioso. Consideraba este trabajo un pozo sin esperanza. Hubiera hecho cualquier cosa para evitarlo. Pero me dejaron claro que si no me tragaba el orgullo podía ir contando con un futuro indefinido de cargos adjuntos.

»Así que acepté, y me costó un verdadero huevo mantener la estabilidad mental. No era
fácil decidirse entre venir aquí o ir al loquero. Vivía prácticamente de tranquis. Ya sabes
lo que es ser un nariz oscura en una sociedad de culos pálidos.

Norman asintió. Intentó tragar saliva, pero tenía la boca tan seca que debajo del paladar no había más que aire.

—Me he encargado de las cosas mientras Elias estuvo fuera —dijo Gedeón—. No es que haya mucho que dirigir, desde luego. Pero... bien, hace dos años el haberme enfrentado con tanta responsabilidad teórica me hubiera desmoralizado. No hubiera sido capaz de impedirlo. No me ha ocurrido nada más que haber venido aquí y, sin embargo... —se encogió de hombros—. Sigo entero, y no me asusta nada. Podríamos haber estado en medio de una guerra entre Dahomalianos y SO.N.A.D.O.s y me las hubiera arreglado igual. Quizá no lo hubiera hecho muy bien, pero me hubiera dedicado por completo en vez de sentirme inútil y desesperado.

—Eso está bien —asintió Elias—. Estoy satisfecho de ti.

—Gracias —dudó Gedeón—. Elias, creo que entenderás una cosa. Hubo un tiempo en que, de recibir una alabanza como ésa, le hubiera lamido los zapatos al embajador. Ahora me parece sólo... bien... agradable. ¿Lo entiendes? Esto es parte del intento de explicar las cosas a Norman, claro, no nada personal.

Elias asintió y Norman tuvo una sensación intranquilizadora, como si entre los otros dos hubiera una comunicación directa que él, como extraño criado en Nueva York, no pudiera aspirar a comprender.

—Elias —continuó Gedeón, volviéndose en el asiento para mirar a Norman— podría hacer cualquier cosa excepto decirme que soy un

Librodot

estúpido del copón y demostrarlo, y yo seguiría sosteniendo mis opiniones. Si tuviera pruebas, lo aceptaría y volvería a empezar, pero no me sentía un idiota por haberme equivocado. Pensaría que había habido un motivo... que me faltaba información, o que algún prejuicio traído de casa me quitaba objetividad, o algo así. Esto es tener confianza, que es lo mismo que seguridad. ¿Comprendes?

—Creo que sí —dijo Norman, dubitativamente.

—Evidentemente no. Cosa que probablemente indica que no te lo puedo transmitir —Gedeón se encogió de hombros—. No es algo que se pueda aislar y enseñar en una redoma... por eso lo digo. Es algo que hay que experimentar, absorber por todos los poros hasta las entrañas. Pero... bien, un indicio de ello es el hecho de que no haya habido un asesinato en Beninia desde hace quince años.

—¿Cómo? —se asombró Norman.

—La verdad. No comprendo por qué ha sido posible, pero es una cuestión estadística. ¡Mira esas chabolas! —Gedeón señaló por la ventanilla del coche—. Cualquiera diría que es el tipo de lugar en que mejor se desarrollan las peleas entre pandillas rivales y los locriminales, ¿verdad? Jamás ha habido un locriminal en Beninia. El último asesino que se recuerda ni siquiera formaba parte del grupo racial mayoritario, los shinka... era un inmigrante inoko de sesenta y tantos años que sorprendió a su segunda esposa en adulterio.

Me gustaría traer aquí a Chad Mulligan y derrumbarle unas cuantas de sus preciosas
teorías, pensó Norman.

—En ese caso —dijo, en voz alta—, no hay duda de que Beninia tiene algo.

—Hazme caso, tío —dijo Gedeón—. Lo tiene. Otra cosa, en lo religioso. Yo soy católico. ¿Y tú?

—Musulmán.

—¿No Hijo de X?

—No, ortodoxo.

—Yo también lo soy en mi propia Iglesia. Pero ¿has oído alguna vez hablar de un país en que los Católicos Tradicionales no sean blanco de recriminaciones?

Norman negó con la cabeza.

—Bien, yo personalmente comprendo muy bien las ventajas de la contracepción; tengo dos chavales estupendos, listos y sanos y todo eso, y me basta. Pero solía echar pestes contra los herejes hasta que empecé a asimilar la lógica de la actitud beninia.

—Bien... —dudó Gedeón—. Ni aún ahora sé si es crueldad por mi parte o simple sentido común; pero, mira, cuando se produjo el cisma había un fuerte componente de fanatismo dogmático en los católicos de aquí, que constituyen un porcentaje muy pequeño de la población... la mayoría son de tu propia religión o de otras. Era inevitable que muchos de ellos consideraran la encíclica De progenitate repugnante. ¡Sin embargo, aquí no es posible ni siquiera empezar una discusión entre Tradicionales y Romanos! La gente dice: «bien, si no planifican su descendencia, resultarán enfermizos los suficientes niños como para, a largo plazo, hacerles no competitivos y, por otra parte, tenderán a arruinarse con demasiados hijos o bien a ser víctimas de tales problemas psicológicos por la continencia obligada que les durarán hasta en la otra vida». ¡Y aquí no se limitan a creerlo, actúan en consecuencia! ¡Y para colmar la copa...!

—¿Qué?

—Las estadísticas muestran que tienen razón —dijo Elias inesperadamente—. No disponemos aquí de muchos análisis sociológicos, aparte de los estudios de la Unión Africana S.A. y Firestone, que han venido utilizando su cabeza de puente liberiana para explorar posibles nuevos mercados ahora que el caucho vulcanizado está desapareciendo como producto masivo. Pero supongo que no necesito explicarte eso. Sin embargo, subsiste el hecho: la influencia económica ejercida por los Católicos Tradicionales, como porcentaje, ha bajado más de un veinte por ciento desde el cisma y, sin duda, esa tendencia va a continuar.

—Cuando ambos grupos avanzaban frenados —dijo Gedeón—, la competencia se decantaba a su favor, gracias a su relativamente mayor grado de europeización. Pero ahora uno de ellos ha dejado atrás lo que lo retenía y se ha lanzado adelante como un tren entrando en el tramo neumático de su aceleratúnel.

El coche giró bruscamente, saliendo de la carretera y tomando el camino de entrada del edificio de la Embajada de los EE. UU., una reliquia bastante envejecida pero aún hermosa del período colonial, con altos pórticos pseudoclásicos en tres de sus fachadas.

—¿Qué ocurriría con Beninia si no interviniéramos? —preguntó Norman cuando las ruedas se detuvieron, rechinando sobre gravilla—. Sé lo que dice Shalmaneser, pero me gustaría una opinión sobre el terreno, Gedeón.

Librodot

A punto de salir del coche, Gedeón se detuvo. Pensó un momento.

—Depende —contestó.

—¿De qué?

—De cuántos shinkas dejasen con vida los Dahomalianos y los SO.N.A.D.O.s cuando arrasaran el país.

—No acabo de comprenderlo —confesó Norman, después de habérselo pensado.

—Ni lo comprenderás hasta que no hayas conocido a unos cuantos shinkas. A mí me hizo falta cierto tiempo para darme cuenta de la verdad, pero al fin la encontré —Gedeón volvió a callar—. Dices que eres musulmán. ¿Has leído los evangelios cristianos?

—Soy converso. Me educaron baptista.

—Ya veo. En ese caso, no es preciso que te explique el contexto de ese dicho de que «los mansos heredarán la tierra». Los shinkas son la única demostración viva que conozco de tal promesa. ¿Parece absurdo? Espera y verás. Asimilaron a los holaini, que querían embarcar a toda la tribu al Este como esclavos. Asimilaron a los ingleses, tan bien que han sido casi la última colonia británica a la que se impuso la independencia. Asimilaron a los inoko y a los kpala cuando huyeron hacia aquí desde los países vecinos. Dales una oportunidad y apuesto a que asimilarán también a los Dahomalianos y a los SO.N.A.D.O.s. ¡Y aún más...! —cierta intensidad inexplicable cubrió el tono de voz de Gedeón.

—Y aún más —concluyó—. creo que van a asimilarte a ti. Porque conmigo lo han hecho.

—Y conmigo —dijo Elias con ligereza—. Y me parece bien. Vamos, Norman... tengo que presentarte a Zad esta tarde, y hemos perdido mucho tiempo durante el viaje.

LAS COSAS QUE PASAN (11)

ASI SE HACE

«Los cartuchos de combustible oxídrico que se utilizan para impulsar los camiones GM de hasta 2 1/2 toneladas de capacidad de carga, así como determinados vehículos de importación, específicamente las series Honda Fuji y Kendo, se pueden utilizar para la fabricación de lanzallamas y bombas. En el caso de la versión GM, hay que agujerear con una lima la base de la válvula A (ver diagrama) y reorientar las

conducciones B y C según indican las líneas de puntos. Hay que situar en el punto D una mecha lenta, unida a un trozo de cordel del que se colgará una piedra de afilar de carborundo. Al entrar ésta en contacto con el freno de disco E, lanzará chispas sobre el combustible que se irá perdiendo y...»

«El aislamiento plástico comercializado por Técnicas Generales con el nombre de calopinuleno se puede reconocer por su color rosado con reflejos perla. Moler y disolver un kilo de aislamiento, libre de impurezas, en 1 dl de alcohol de 100°. La pasta espesa resultante es estable hasta una temperatura de 20° por debajo del punto de ignición promedio del butano comercial, pero a partir de entonces se disocia liberando aproximadamente un volumen de gases equivalente a 200 veces el original...»

«Una buena cantidad de productos manufacturados modernos utilizan piezas de papel de aluminio preformado que se fijan con un adhesivo europeo que aquí se vende con el nombre de unisold. Este tiende a despegarse bajo los rayos gamma. El componente BVZ26 del catálogo de Suministros de Radio y Comunicación S.A. incluye un emisor de cobalto 60 diseñado para el examen y prueba de piezas de acero ultracarbonado de hasta 3 cm de grosor. Debe situarse cerca de una unión crítica...»

«El producto RRR17 del catálogo de TG es un cierre hermético contra el agua que se aplica en la parte inferior de los vehículos de transporte públicos. Una pequeña cantidad de ácido del de las baterías, sujeta con un saquito de taquiteno, hará que ataque el metal con el que está en contacto...»

«La nueva bacteria destructora de azufre de Minas de Minnesota, la variedad UQ-141, esporula artificialmente cuando, sin más, se le retira la alimentación de azufre. A continuación se pueden conservar los organismos en un frigorífico casero hasta dos meses. Entre las aplicaciones posibles se cuentan...»

«TG comercializa en este momento oxíquido en botellas de 1 litro a un precio inferior en un 10 % al de sus competidores. Rodéese la botella de hilo de magnesio para destellos (5 vueltas por centímetro) y conéctese un detonante apropiado y una espoleta de tiempo. Las aplicaciones son numerosas...»

«La cámara monocroma LassieLáser de Indujap se puede modificar como se muestra en el diagrama. Dependiendo del grado de multiplicación de la clavija que se incorpore al circuito, se pueden obtener tensiones de hasta 30.000 V. A carga completa la cámara arde en 1,5 seg. pero, apuntando cuidadosamente el aparato de antemano, se...»

Librodot

«Una bacteria desarrollada a medida por la ICI británica, n.° de ref. del catálogo 5-100-244, tiene la excepcional posibilidad de ser mutada en casa. Una solución de ClH al 1/100 en agua destilada rompe uno de los enlaces del ARN. La utilización de la forma modificada conduce a un reblandecimiento rápido de prácticamente todos los plásticos que sellan por calor...»

«Las vendas de esterulosa, el nuevo producto médico de Johnson y Johnson, constituyen un estabilizador ideal para la nitroglicerina fabricada en casa. Envolver cada venda en papel empapado en una solución de nitrato de potasio, seco, o utilizar como detonadores cápsulas de fulminato...»

«Las suelas de los nuevos zapatos Pasandar, del fabricante suizo Bally, están hechas de un compuesto que, en ignición, emite nubes densas de un humo negro asfixiante. Determinadas clases de mierda arden a una temperatura lo suficientemente 'alta para que la colilla ponga en marcha el proceso, a saber...»

«Enrollar un trozo de flexión (preferiblemente azul, ya que el tinte ayuda) alrededor de 1 caja de 12 cápsulas de aire comprimido del tipo utilizado en los dispensadores de helados de Alimentos Generales. Cubrir con pasta de relleno Sinaire hasta formar una bola de unos 3 cm de diámetro. Esta protección impide que los detectores de la planta de incineración de basura localicen el metal de las cápsulas. En una prueba realizada en Tacoma, la metralla resultante impidió el funcionamiento de los hornos durante seis horas...»

«Probablemente habrá usted oído que el rapitrans de la zona de la bahía no pudo funcionar durante un día completo. El diagrama muestra cómo se consiguió. Situado debajo del raíl, el dispositivo emite señales que hacen creer al ordenador de tráfico que hay un tren parado constantemente en la estación...»

«Un inyector de señal alimentado por dos pilas secas, colocado en un teléfono público, producirá hasta 250 llamadas al azar en la zona servida por la central correspondiente, sin interferir con el funcionamiento normal del teléfono (retrasando así su detección)...»

«Un emisor de parásitos suficientemente liviano para colgarse de la cometa de un niño o de un globo de aire caliente de 60 cm de diám. pude repetir una consigna de 10 seg. durante hasta 1 hora, modulándolo sobre las portadoras normales de TV. Ver esquema...»

«Vaciar una lata de sopa de calentamiento automático Cremavecrem perforándola en el punto que se indica en el diagrama, NO abriéndola por el procedimiento convencional, por arriba. Rellenarla con cualquier compuesto explosivo o inflamable que entre en ignición por debajo de 93° C. Cerrar la perforación con esparadrapo quirúrgico antihumedad.

Al ser abierta normalmente, la lata se convertirá en una granada de retardo al cabo de entre 7 y 12 segundos según el contenido...»

«El adhesivo utilizado para sellar las cápsulas de aluminófagos de TG es vulnerable al ácido acético. Así, se puede construir un reloj de retardo mezclando agua y vinagre en una proporción conveniente...»

«El cable monofilar de refuerzo V/RP/SU de Equipos Unidos es sensible al flujo magnético. Un reloj que active un electroimán puede hacer aplicable tal cable sobre líneas de alta tensión o sobre ordenadores, provocando conexiones cruzadas al azar...»

«Una suspensión aerosol de Triptina en aceite de soja adquiere propiedades eléctricas interesantes. Pruebe a humedecer con ella un precipitador de polvo...»

«Hay unas varillas de descarga de electricidad estática en la estructura metálica del puente del Andén de Carga Kennedy, en EleA. No será difícil utilizar dos o trescientos voltios sobrantes...»

«Las puertas protectoras contra proyectiles atómicos del aceleratúnel de las Rocosas del
Norte son sensibles a los rayos gamma. El detector se encuentra en una gran caja negra en la entrada Este, y en la Oeste en un objeto cónico de color verde. Esas puertas pesan más de mil toneladas cada una...»

«Cerca del cruce de la autopista Eleazar con el camino de Cotón Hudson los cables de ordenador que proveen las señales a los semáforos en una zona de más de 310 km cuadrados pasan a menos de treinta cm de la superficie. Hay una boca de riego en...»

«Kodak Eastman ofrece un nuevo compuesto de benzeno concentrado muy interesante. Siempre que hay concentración de algo, hay energía encerrada. Cuando encuentres el modo de liberar a la pobre cautiva, corre la voz...»

«¡No deseches tu nevera Frigor del año pasado! Las unidades 27-115-900 a 27-360-500
emplean un líquido refrigerante que retiraron del mercado en secreto cuando descubrieron que se podía mezclar con vaselina para hacer un gel...y ese gel arde a más de 500°. Sugerimos su uso en pinturas. Adopta un color verde pálido muy agradable y es inoxidable en capas de grosor inferior a 0,0001 cm...»

«Si tienes medios para salir del país, no olvides que el proyector de rayos catódicos de los aparatos normales de TV Almirante se puede modificar de modo que libere un chorro lineal de electrones en vez de uno dirigido. A nadie le importa su efecto sobre un circuito sensible, pero debería...»

«La sal de mesa, disuelta en el solvente 00013 de TG, actúa de modo muy interesante sobre el cobre, el aluminio y el acero...»

«Prueba a conectar entre sí las salidas 12 y 17 de una unidad de cromado Nolagas. Pero asegúrate de no estar en el edificio cuando se vuelva a dar la luz. El cianuro es muy peligroso...»

«Han protegido la mayoría de los túneles de tráfico de la zona contra el humo, las fuentes de interferencias, los bloqueos de los circuitos de control y las bombas incendiarias. Aún no se las han visto con la variedad RS-122 de Minas de Minnesota, que convierte el hormigón en un polvo fino, ni con el Cataluz de TG, un catalizador de la oxidación del asfalto y de los compuestos relacionados. Aunque deberías saber que...»

—De una selección de panfletos duplicados, fotocopiados, holografiados, litografiados, mecanografiados e impresos del fichero de la Jefatura Superior de Policía de EleA.

CONTEXTO (19)

UNA VERSIÓN LIBRE DE DOS HIMNOS NACIONALES

En Yatakang se da por supuesto que cada vivienda debe tener una grabación audivis de lo siguiente, tomada en vivo durante un mitin de masas en Gongilung, durante la celebración del cumpleaños del Caudillo, 2006:

«Somos los descendientes del Abuelo Loa.
Nuestra sangre corre caliente cual lava.
Nuestra voz unida hace temblar al mundo.
Podemos levantar montañas y deshacerlas.
Junto con nuestro amado Caudillo
Formaremos un destino nuevo para nuestra Patria.

Tenemos cien islas maravillosas.
Tenemos millones de fuertes personas.
Tenemos un camino claro que seguir unidos.
Gloria al Caudillo que enuncia nuestro anhelo común.
Junto con nuestro amado Caudillo
Formaremos un destino nuevo para nuestra Patria.»

Por otra parte, aunque alguien indicó a ZacLkiel Obomi durante su primer período presidencial que Beninia no tenía ningún himno, y éste dijo al entrometido que escribiera uno él mismo, la única vez. que los beninios lo soportaron entero fue cuando Jacob Fikeli y su Orquesta

Mahimba de las Estrellas Negras se encaprichó de la música y lo llevó a la lista de éxitos populares del África Occidental:

«Tierra de paz y hermandad,
te damos nuestro amor.
Oro, bienes, prosperidad
tienen menos valor.

En un año libres fuimos
y no lo olvidaremos.
Por ti este amor que sentimos
aún incrementaremos».

(La versión de Fikeli estaba en shinka. Decía aproximadamente:

«Me preguntas por qué estoy en Port Mey
cuando mi hogar está al Norte.
Escucha y te contaré.
Toda la ridícula historia.

Vine a visitar a mi tío.
Mi tío tenía mucho aguardiente de palma.
Todo el mundo estaba completamente borracho.
Me encontré con una chica que se satisfacía entre las matas.

Mi tío se había casado por tercera vez.
Yo no sabía que la chica era mi tía.
Quiere divorciarse de él y venirse conmigo.
¡No tengo dinero para pagarle la indemnización!»).

CONTINUIDAD (24)

LA ESCENA QUE NO CAMBIA

Cuando Bronwen le dijo con todo convecimiento que creía haber sido una de las chicas del templo de Khajuraho en una encarnación anterior, Donald no se sorprendió en lo más mínimo.

El centro de Gongilung se había reorganizado poco a poco desde su estructura desordenada original hasta parecerse a una H, cuyas barras verticales y central eran las avenidas principales (respectivamente la de la Dedicación, en la cual estaba su hotel, la Nacional y la de Solukarta) y los espacios intermedios parques y zonas recreativas. En el extremo más alejado hacia el continente se encontraban los edificios del gobierno y la
universidad; al otro lado, el puerto. En las dos direcciones perpendiculares se extendía la ciudad, durante kilómetros, formando un arco irregular paralelo a la costa; tras ella, separándola de los

barrios bajos que, destartalados y superpoblados, llegaban hasta la ladera del volcán, una orla de costosas villas y chalés de veraneo y residencia.

Cuando cesó la lluvia y se retiraron las nubes, se pudo ver el cono del Abuelo Loa, cerniéndose sobre el Estrecho de Shongao con una corona de niebla alrededor de la cima, como un halo.

Cuando se vistieron y salieron a ver qué tiendas estaban abiertas, se les puso detrás de inmediato un grupo susurrante de curiosos. Bronwen parecía capaz de ignorarles literalmente y Donald pensó que quizá, viniendo de un país tan enormemente superpoblado como la India, ella no hubiera podido esperar otra cosa. Pero él, personalmente, descubrió que sentía cierta repugnancia de ser observado y seguido, aunque fuera muy abiertamente.

Por otra parte, aunque los mirones y curiosos se limitaban a contemplarles y susurrar, se
imaginó que podía detectar hostilidad en su comportamiento. Podía ser una ilusión. Pero si su interés se debía sólo a la fascinación por su extraño aspecto, por su piel blanca, ¿por qué había tan pocas sonrisas entre aquellos rostros asiáticos amarillos?

En cada esquina había tenderetes plegables casi enterrados bajo la carga de mercancías que ofrecían en venta: periódicos y revistas, discos, porros, cigarrillos hechos con una variedad de tabaco de la que se decía que no tenía ningún componente cancerígeno —Donald no se sentía inclinado demasiado a comprobarlo—, paraguas plegables, gafas de sol de plástico fotorreactivo japonés del más barato, bustos del Mariscal Solukarta, dulces, sandalias, broches, cuchillos...

Unos de ellos, frente a un oratorio montado en un muro, se especializaba en objetos devocionales y mostraba una tolerancia más que universal: desde San Cristóbales luminosos hasta Coranes en miniatura montados en colgantes de brazaletes, con garantía de contener la totalidad del texto auténtico, pasando por los volcanes de incienso tradicionales en Yatakang. Bronwen insistió en detenerse ante este puesto para verlo de cerca, mientras Donald se impacientaba y refunfuñaba, porque la parada permitía que sus seguidores se les unieran y les rodearan. La mayoría eran adolescentes, con algunas personas mayores esparcidas; unos empujaban bicicletas, otros llevaban paquetes, otros interrumpían las compras o se retrasaban en el camino para mirar a los extranjeros.

Y, sin embargo... su presencia no era lo único que le molestaba. Miró a lo alto, por encima de sus cabezas, y allí estaba, amenazante, el volcán.

Librodot

El impulso era ridículo; sin embargo, hizo un esfuerzo de voluntad y cedió a él. Se abrió camino hasta el frontal del tenderete y compró uno de los conos de incienso. El vendedor supuso, naturalmente, que lo quería como recuerdo, e intentó convencerle de que se llevara también un busto de Solukarta. Sólo dejando bruscamente una moneda de dos talas, el precio exacto del cono, consiguió que se encogiera de hombros y desistiera.

—¿Para qué quieres eso? —preguntó Bronwen, dejando unas gafas de sol de color amarillo chillón que eran demasiado grandes para ella.

—Luego te lo digo —dijo Donald secamente, empujando a un lado a los yatakangis para poder llegar al oratorio mural.

Cuando se dieron cuenta de lo que iba a hacer, cambiaron miradas de sorpresa y dejaron
de parlotear. Molesto por la intensa observación, pero decidido a terminar lo que había empezado, colocó el cono en la bandeja metálica del oratorio, incrustada de los restos de
ceniza de otros mil semejantes. Cuando lo hubo encendido efectuó el gesto ritual apropiado —una inclinación y unos movimientos con las manos similares a los namashti hindúes— y sopló un retazo del humo hacia Bronwen.

La reacción de los nativos fue incluso mejor de lo que Donald pudiera haber esperado. Sorprendidos, pero no deseando violar las costumbres correspondientes, algunos miembros del grupo avanzaron hacia el oratorio, metieron la mano derecha durante un momento en el humo y murmuraron una breve oración convencional. Más valiente que los demás, un muchacho de quince años o así, agradeció a Donald la compra del cono, y los demás siguieron el ejemplo. Después, se dispersaron con muchas miradas hacia atrás.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Bronwen.

—No podía explicártelo sin darte un curso de sociología yatakangi —dijo Donald en un gruñido—. Simplemente es algo que demuestra que lo que leí hace unos nueve años no ha sido alterado por el gobierno actual.

—Los gobiernos no cambian las cosas —dijo ella—. Sólo el tiempo puede hacerlo —la afirmación surgió con la facilidad de un refrán—. Yo sé que los cerdos son animales más limpios que las ovejas, pero intenta decírselo a una multitud aullante... Ahí hay una tienda de ropa, en el siguiente bloque. Quizás encuentre en ella lo que necesito.

Recurriendo a toda su paciencia, Donald se mantuvo sentado durante cuarenta minutos de pruebas mientras ella desfilaba ante él con una sucesión de vestidos yatakangis, preguntándole si éste o aquél le sentaba mejor. Empezó a sentirse molesto. La honradez le obligaba a

Librodot

preguntarse si era por ella o por él mismo. Durante años había disfrutado de las actitudes cómodas y sin problemas del soltero moderno y bien situado que trabajaba el circuito de tías de Nueva York, pero algo —quizás el contacto con Gennice, o simplemente la catastrófica intrusión del mundo real en su tranquila existencia— le había hecho nacer la insatisfacción en el pecho. Normalmente no le hubiera molestado que Bronwen fuera evidentemente muy superficial. Había obtenido de su cuerpo esbelto y oscuro una asombrosa cantidad de placer; además, una persona que sufría de leucemia merecía compasión y había que hacer concesiones.

Sin embargo, cuando terminó la elección, el espléndido sari de noche hubo sido empaquetado en una bolsa de plástico, quedando ella vestida con un shareng tan llamativo como la cola de un pavo real, y le preguntó si no era hora de comer porque estaba hambrienta, tardó un poco en contestar.

—Estás dando muchas cosas por supuestas —dijo, por fin.

—¿Cómo?

—Mira, he venido aquí por negocios. Tengo otras obligaciones aparte de ayudarte a recorrer Gongilung.

Ella enrojeció. La piel, de un color marrón claro, se oscureció ante la acumulación de
sangre bajo ella.

—Y yo —dijo, al cabo—. Aunque mi negocio, desde luego, es de esa clase que resulta menos agradable que simular que una se está simplemente divirtiendo. ¿No tienes que comer, de todos modos?

No contestó. Al cabo de un momento, ella tendió la mano y cogió la bolsa del sari, que la vendedora de la tienda había entregado automáticamente a Donald.

—En la cama —dijo—, tu rudeza de americano tiene cierta cualidad excitante. Fuera, no es más que falta de educación. ¡Gracias por darme tanto de tu valioso tiempo!

Se metió el paquete bajo un brazo y se dio la vuelta sobre los talones.

Donald la vio irse, preguntándose hasta qué punto había sido un estúpido.

No sin ciertas dificultades, consiguió encontrar la sociedad de prensa, una organización dirigida por el Estado que estaba adornada inevitablemente con testimonios de la bondad y de la pureza de la mentalidad asiática del régimen de Solukarta, pero que, según decidió

tras recorrer todo el local, iba a resultarle muy útil. Aparte de restaurante, salas de descanso y un bar —con una sección especial para musulmanes en la que sólo se servían café, bebidas suaves y huqahs- había cabinas de teléfono y de telecopia y una gran biblioteca con una serie de aparatos de TV sintonizados con todos los programas de importancia que cubrían la zona, incluyendo los Servicios de Transmisión por Satélite en inglés, ruso, chino, japonés, árabe y los lenguajes europeos más importantes.

Según la hora de California era ya casi el momento de cenar. Servido por camareros tan
obsequiosos como si el período colonial aún no hubiera terminado, devoró hasta las migas un enorme plato de ristafl, el equivalente yatakangi a la paella pero con un nombre holandés corrupto que procedía de la palabra Indonesia rijstaafel, No había mucha más gente en el restaurante, pero prácticamente todos le miraban por el mismo motivo que le había rodeado una multitud en la calle: una mujer de rasgos eslavos a quien supuso rusa y él mismo eran las únicas personas de raza blanca entre asiáticos y africanos.

Ya que disponía de una hora libre antes de su cita a las tres, se dirigió a la biblioteca para hacer la digestión. Mientras leía pacientemente las noticias del día en los tres periódicos yatakangis más importantes — aquí el impacto de los noticiarios televisados aún no había acabado con la antigua influencia de la prensa escrita— se dio cuenta de que alguien estaba en pie a su lado.

Alzó la vista, descubriendo una mujer alta y de piel negra, madura pero tirando a joven, con el cabello recogido en un tenso moño en la coronilla y que le contemplaba con expresión severa. Adivinando de inmediato que debía de ser la corresponsal en Gongilung del Servitrans Sateling, a quien Delahanty le había prevenido que tratara con tacto, se puso en pie.

—Donald Macerdo —dijo la mujer, con el leve acento afrikánder de los sudafricanos modernos—. Me llamo Deirdre Kwa-Loop. Me dieron su recado en la oficina cuando volví hace una hora, y me imaginé que estaría usted aquí, ya que no le encontré en el hotel.

Le tendió una mano de dedos rígidos que él estrechó con tanta cordialidad como pudo.

—He deducido de algunas de las cosas que se han dicho estos últimos días que el Servitrans no está precisamente saltando de satisfacción por mi trabajo sobre la noticia de la optimización —siguió, dejándose caer en la silla que había frente a él—. Sin embargo, siento que hayan llevado su descontento hasta el punto de enviar un especialista en biología. Eso es lo que es usted, ¿no?

Donald, volviendo a sentarse en su propia silla, asintió débilmente.

—¿Por qué lo siente?

—Para decirlo brevemente, amigo, le han enviado tras una historia que no existe. He conocido otras en esta profesión, pero ésta se lleva la palma: es la baas de todas.

Donald puso gesto de incomprensión. Durante la pausa, pasó un camarero preguntando si querían algo; Deirdre pidió café.

—¡Vamos, vamos! —continuó ella cuando el hombre se hubo alejado—. Usted debe de
saber cómo están montadas las cosas en este país... ¡la estructura genera activamente noticias inexistentes!

—En realidad no, no lo sé. Nunca antes he estado aquí.

—Sin embargo dijeron algo de que usted hablaba la lengua...

—Es verdad... un poco. Pero es mi primera visita.

—¡Vaya, esos blocos del culo...! No, no sería justo. Creo que no debe de haber demasiada gente que conozca al mismo tiempo la genética y el yatakangi... es un lenguaje hijo de puta y al mismo tiempo es la puta — Deirdre suspiró, reclinándose en la silla y juntando los dedos.

«Si es así será mejor que le cuente de qué va el rollo... que le quite de la cabeza algunas de las ideas absurdas que parecen tener en la central del Servitrans. Empecemos por hablar de mí, ya que probablemente no le hayan puesto al corriente de mi función concreta. Estoy aquí representando principalmente a la Empresa de Radio y Televisión de El Cabo. Ya que El Cabo aún no tiene suficiente dinero como para disponer de estaciones de transmisión por satélite, no se oponen a que actúe de corresponsal para una —una como máximo— de las agencias de noticias que sí lo tienen. Antes representaba al Servitrans Eurocom, pero hace uno o dos años me las arreglé para cambiar de caballo a plena carrera. No esperaba que me sirviera de mucho la nueva categoría. Como en cualquier otro país demasiado controlado por el gobierno, la mayoría de lo que se puede comentar son comunicados oficiales, y lo que una misma escribe tiene que ser depurado muy cuidadosamente para evitar ofender a los censores.

«Luego aparece de repente la única noticia importante en cinco años, y resulta que estoy
aquí. Durante un momento pensé guau. Pero ¿qué he conseguido desde el primer día? Propaganda y desaires oficiales. Por algún motivo que no me puedo imaginar, pero que puedo suponer educadamente, la tapadera está cerrada y la presión en alza.

—¿Qué clase de suposición? —preguntó Donald—. ¿Quiere decir que Sugaiguntung no puede hacer lo que...?

—Sugaiguntung ya lleva tiempo trabajando en genética aquí. El dedicarle a la gente en vez de a los árboles del caucho es un cambio cuantitativo, no cualitativo. Pero, a juzgar por los rumores, este país va a quedar vuelto del revés y sacudido —Deirdre dejó caer el tono de voz hasta casi un susurro, tras mirar rápidamente a los otros ocupantes de la biblioteca.

»Se dice que ha vuelto Jogajong.

Donald se sobresaltó.

—¿Hace falta que le diga lo que significa eso? ¡Si es cierto, Yatakang va a estallar de tal modo que hará parecer .a la Revolución Cingalesa la Guerra de las Rosas!

Hubo una pausa.

—Muy bien —dijo por fin Deirdre—. Antes de que me pregunte por qué se lo he contado, me explicaré. No se engañe creyendo que puede limitarse a sus instrucciones y cubrir sólo la historia de Sugaiguntung. Experto científico o no, si surge algo importante usted será el enviado especial del Servitrans y yo seré lo de siempre... una corresponsal. Quiero hacer un trato con usted.

—¿A saber...?

—Compartir los indicios. Un margen de cuatro horas antes de dar cualquier noticia realmente nueva que cualquiera encontremos por separado.

Donald meditó sobre la propuesta.

—No veo por qué no —dijo por fin—, aunque no creo probable que yo averigüe mucho que le pueda ser útil a usted.

—No soy una experta. Puedo equivocarme en lo del programa de optimización. Sólo me baso en ideas políticas, no científicas.

El camarero le trajo el café y ella se sirvió una taza antes de seguir hablando.

—Mire, llevo aquí el tiempo suficiente para reconocer la típica pantalla de humo oficial. Solukarta está haciendo absolutamente todo lo posible para guardar las apariencias. Se supone que el programa genético se deriva del trabajo de Sugaiguntung sobre monos, ¿verdad? En todo el

mundo está la gente pidiendo a gritos el tratamiento porque les han prohibido ser padres, ¿verdad? Y sin embargo ningún corresponsal extranjero, ni siquiera los chinos ni los japoneses, han conseguido hablar con Sugaiguntung sin algún «intérprete» o algo así. Yo hablo yatakangi... Es más, Sugaiguntung estudió en su país y escribía sus trabajos científicos en inglés hasta que el gobierno le dio a entender que no era... eh... «patriótico». ¿Necesita acaso un intérprete conmigo?

—Censura —dijo Donald.

—Está usted en la órbita —Deirdre dio el primer sorbo, apoyándose la taza en el ancho labio inferior, y la volvió a dejar sobre la mesa con un ruido cristalino—. ¡Muy bien...! Ahora le toca a usted hablar un poco. Quiero saber-algo del aspecto científico. Por lo poco que me puedo imaginar, la única fase del proceso de optimización que se conoce lo suficiente es una técnica de clones... ¿es ésa la palabra? Eso me parecía. Pero me da la impresión de que... Bien, Sugaiguntung es un genio y nadie lo duda, pero para eso no hacen falta genios, sino simplemente técnicos de producción en serie.

—Eso es exacto —admitió Donald—. Pero ¿y todos esos médicos y enfermeras que vienen a Gongilung de las otras islas para que se les enseñe la técnica?

Deirdre rió roncamente.

—Vinieron, es cierto. Pero no les han enviado a la universidad a formarse. Les han dicho que vuelvan a casa y que esperen recibir un manual impreso.

—Suena como si hubiera venido a perseguir sombras —dijo Donald.

—Eso creemos todos. Naturalmente la gente no piensa igual, y por ahí pueden venir los problemas. Si deciden que les han engañado... ¡bum!

Donald pensó en todo ello. No le cabía duda de que esto era precisamente lo que querían oír quienes le habían enviado: que el programa de optimización era un fraude montado por motivos políticos. Pero sin duda un hombre de la reputación internacional de Sugaiguntung no dejaría que su gobierno se viera descubierto en una mentira descarada... Sugaiguntung era al menos tan patriota como cualquier miembro de la confraternidad mundial de la ciencia podía serlo. Por otra parte, si se produjera tal catástrofe sufriría tantas reprobaciones como Solukarta.

—¡Vamos! —dijo Deirdre—. Quiero oír su punto de vista. No hay un sólo experto en genética en este país que hable abiertamente con una corresponsal extranjera... se limitan a poner los ojos en blanco como si Sugaiguntung fuera el Abuelo Loa encarnado.

Donald inspiró profundamente. Lo que iba a decir se podía encontrar con la misma facilidad conectando por teléfono con una enciclopedia, pero probablemente una persona inexperta no hubiera sabido hacer las preguntas apropiadas.

—Bien, hay tres formas principales de optimizar la reserva genética sin disminuir la población. Solukarta parece pretender mantenerla constante —recuerdo haber visto que sus planificadores contaban con un aumento del dos por ciento para 2050—, así que podemos desechar la eutaptimización.

—¿Qué es eso?

—La exterminación eugénica selectiva de las líneas de herencia inferiores.

—Hablaban de eso en mi país antes de la Guerra de la Independencia — se estremeció Deirdre—. Pero no importa. Siga.

—Uno de los procedimientos es el que se ha adoptado hoy día en todos los países que tienen un Tribunal de Selección apropiado y ejecutivo: la legislación eugénica. Sin matar realmente a los individuos de herencia inferior, se les hace difícil o imposible el reproducirse. No es mucho más que una versión controlada de la selección natural, y la gente se ha acostumbrado.

«Otra técnica es la que mencionó usted... los clones. Se implanta un núcleo sano de una célula en el óvulo, reemplazando al que resulta naturalmente de una fecundación convencional. Tiene inconvenientes... cuesta una fortuna, porque hacen falta expertos en tectogenética con experiencia para hacerlo, y es susceptible de producir efectos secundarios imprevistos. Incluso cuando la implantación parece tener éxito, se pueden haber provocado mutaciones recesivas que aparezcan en una generación futura. El hijo es necesariamente del sexo del donante. Hacen falta hasta veinte intentos para conseguir un óvulo viable, y así sucesivamente.

»E1 tercer procedimiento es el más sencillo. Se lleva a cabo la reproducción deliberadamente sólo entre las ramas sanas, como se hace con los animales de granja. Puede hacerse sencillo —enviando a la madre a acostarse con una pareja sana— o puede someterse a costosos perfeccionamientos, llegando a la fertilización externa en laboratorio y la subsiguiente reimplantación en la madre.

—Me he estado preguntando —dijo Deirdre— si el resultado de todo esto no va a ser más que un banco de esperma nacional para que la gente pueda tener descendencia de Solukarta y de otras figuras de importancia.

Librodot

Donald dudó. Pero lo que estaba pensando decir no era ni mucho menos información secreta, y al menos podía dar la impresión de que sostenía el trato que había aceptado.

—Creo que no —dijo.

—¿Por qué?

—Solukarta no se atreve a tener hijos. Lleva el gene de una enfermedad rara llamada porfiria... la que enloqueció al rey Jorge III de Inglaterra.

—¡No sabía eso!

—No le gusta que se hable mucho de ello. Y es fácil de ocultar, porque en su caso es de carácter recesivo. Pero si investiga usted sobre los parientes que se las ha arreglado para... eh... perder, encontrará indicios.

Deirdre asintió pensativamente.

—Bien, sea como sea —continuó—. Creo que, con los recursos disponibles —por muchos alumnos a los que haya formado Sugaiguntung en la universidad—, Yatakang no se puede permitir nada mejor que alguna especie de cruzamiento selectivo.

—Si lo intentan —dijo Donald— van a tener problemas.

—¿Por qué?

—Limita la reserva genética. Si tenemos algún motivo para considerarnos especie dominante de esta bola de mierda es el hecho de que tenemos la mayor reserva genética
existente, incluyendo tanto las de flora como las de fauna. Podemos aparearnos fértilmente de un polo al otro. Y la capacidad de cruzar todas nuestras subespecies es lo único que nos permite realmente alardear de supremacía frente a criaturas que nos superan ampliamente en número, como las hormigas y los nematodos.

Se dio cuenta de que Deirdre se ponía algo rígida ante tales argumentos. Nada extraño. Del mismo modo que Israel se había convertido casi en un país fascista por su racismo el siglo pasado, los sudafricanos de color se habían fanatizado al respecto durante éste. Recordó a Norman y siguió hablando.

—Bien, puede dar por cierto que no tenemos suficiente información para optimizar nuestras cualidades genéticas sólo a base de cruzamientos. Sería más probable que cayéramos en el tipo de

problemas que volvió paranoicos a los afrikánder —aquello volvió a relajar a Deirdre, como pudo comprobar, divertido.

»Pero en la segunda parte del programa, Sugaiguntung propone un cuarto método, y éste es el meollo de la cuestión, al mismo tiempo que el punto débil: modelar de hecho los genes en un óvulo humano fértil para que el niño que resulte tenga talentos específicos, algunos de ellos —por implicación— sin precedentes en la historia humana. Es lo que ha puesto a hervir a la opinión pública en mi país. ¿Qué sabe usted de esto?

—Lo mismo pasa en Asia —suspiró Deirdre—. La mayoría de la gente de por aquí siguen condicionados a una veneración por los antepasados, a pesar de la propaganda en contra. Les gusta la idea de tener sólo dos o tres hijos sanos y de larga vida en vez de un rebaño enfermizo, porque serían más aptos para sobrevivir y cuidar de sus viejos y desamparados padres; así que aceptarían una legislación eugénica. Pero la promesa de tener hijos con talentos y capacidades nuevecitos les fascina. Significaría —por implicación, como usted acaba de decir— que tales hijos se sentirían extraordinariamente agradecidos a los mayores que les hubieran proporcionado sus cualidades especiales.

—¿Y en casa, en su propio país? —aventuró Donald.

—Voy a ser completamente sincera —dijo Deirdre tras un momento de duda—. A pesar
de haber recuperado nuestro país de los baas blancos, a pesar de haberlo gobernado mucho más eficazmente, tendemos a mantener una sospecha de inferioridad propia. Poder demostrar científicamente que nuestros hijos fueran no sólo iguales a los de cualquier otro, sino realmente superiores...

Dejó que las palabras murieran y se encogió de hombros.

Añade a esto la reacción europea, especialmente en países tan densamente poblados como Holanda y Flandes, que no tienen el espacio vital de reserva que disfrutan los varones, de habla francesa...

Donald suspiró. De algún modo, la totalidad de la especie humana parecía unida momentáneamente en un sólo sueño hechizado: la esperanza de que la próxima generación que legaran a la Madre Tierra fuera cabal, sana, cuerda, capaz de compensar las brutalidades que en otros tiempos le habían hecho sufrir.

La tentadora promesa se había enunciado. Y parecía ser una mentira.

De repente, la conciencia de la hora que era ya le sacó de sus meditaciones y saltó en pie.

Librodot

—Yo, en su caso, no me preocuparía por ser puntual en las citas aquí —dijo amargamente Deirdre—. Me han hecho esperar lo suficientemente a menudo... se merecen un poco de su propia medicina, para variar.

CONTEXTO (20)

LOS PROS Y CONTRAS DE UNA LOCA SOCIEDAD SELENITA

—Gracias por su amable presentación, Sra. Presidente. Bien, señoras y caballeros... estoy seguro de que me perdonarán si me siento mientras hablo, porque volver a casa desde la Base Lunar Cero tras una estancia prolongada es muy parecido a levantarse después de estar en cama un mes, y soportar el propio peso bajo una gravedad seis veces superior a la lunar es un trabajo agotador.

»Creo que podría empezar contestando unas cuantas de las preguntas que la gente me plantea con más frecuencia, y cuyas respuestas supongo que no son muy conocidas, pues de ser así no surgirían tan a menudo. Como saben, mi especialidad es la psicología, así que muchas veces la gente me pregunta: "¿No supone una tensión horrible vivir allí arriba en la Luna... no es un entorno hostil y espantoso?"

«Siempre se sorprenden cuando contesto que no, que no es ni con mucho tan malo como aquí en la Tierra. Pero, sin embargo, es la verdad estricta. Miren, en la Luna se sabe exactamente de qué modo el entorno puede ser hostil. Se sabe que si se perfora la pared de un túnel, o se rasga el traje, uno está en peligro de muerte, o al menos de perder un miembro por gangrena deshidratada cuando el diafragma de la siguiente articulación selle la sección vacía del traje. Se sabe que si uno se olvida de conmutar el traje a reflexión antes de cruzar una zona de espacio abierto a plena luz del sol, se asará antes de volver a la sombra, y que si uno no conecta los calefactores al salir de noche se le congelarán los pies en cincuenta metros.

»Sin embargo, y más importante aún, se sabe que se está en un entorno en que la cooperación es esencial para la supervivencia.

»No hay extranjeros en la Luna. Me han salvado la vida, tres veces distintas, personas con las que jamás me había encontrado, y una de ellas era un chino. Yo he hecho lo mismo —y esto no es ni mucho menos alardear, pues constituye un hecho de la existencia lunar— por dos personas, un colega profesional y un novato con quien ni siquiera había hablado desde su llegada una semana antes.

»E1 espacio vital es muy reducido, desde luego, y estamos todos apelotonados en una especie de submarino inmóvil; pero nos seleccionan cuidadosamente por nuestra habilidad para hacer

concesiones ante los errores de otros seres humanos, y a todo el que no da la medida de las fuertes exigencias de la base lunar se le devuelve a casa en seguida. Quizás algunos de ustedes hayan visto una obra de teatro llamada Macbeth de la Base Lunar Cero", la reconstrucción hecha por Hank Sodley del original de Shakespeare, en la que un paranoide entra en contacto con alienígenas que pueden predecir el futuro... Todo el argumento es una estupidez, porque la paranoia no tiene significado en la Luna. Uno está amenazado, y puede conocer y aprender a controlar las fuerzas que le amenazan.

»Aquí abajo en la Tierra, sin embargo, uno puede dar la vuelta a una esquina y encontrarse frente a un locriminal con un hacha o un revólver. Se puede coger una infección de gérmenes resistentes a los antibióticos. Se puede —especialmente aquí, en la Costa Oeste— tropezar con una de las inocentes travesuras inventadas por esa gente tan simpática que considera el sabotaje una afición divertida. Uno no tiene absolutamente ningún modo de saber si ese desconocido inofensivo de ahí está a punto de sacar un arma y atacarle, contagiarle una enfermedad, o hacer explotar una bomba incendiaria en su multriturador.

»En resumen, la vida en la Luna es mucho más parecida a la de los bosquimanos antes de la contaminación europea, o a la cultura basal de los Zuñi, que a la de aquí, en California, o de Moscú o de Pequín.

»Por eso los selenitas no consideramos intolerable nuestro entorno. Los criminales no llegan a producirse en donde la gente siente que todos los demás están de su parte, en vez de dispuestos a destruirles. Las enfermedades se pueden controlar casi hasta el nivel de bacterias individuales, porque tenemos las mejores posibilidades de esterilización imaginables... basta dejar que entre la luz solar desnuda en un pequeño espacio y se asa cualquier germen terrestre conocido hasta la pulverización.

»Cuando termino de explicar todo eso, la gente suele decir que qué raro es que los miembros de uno de los proyectos científicos más avanzados de la Humanidad se comporten más como bosquimanos que como americanos modernos. Es decir, si es que comprenden lo esencial de la explicación anterior.

»Así que he de decir que no, que no tiene un pelo de raro: es una consecuencia inmediata del hecho de que el entorno lunar contiene una cantidad fija de variables. Los
seres humanos pueden enfrentarse a hechos grandes y claros como las estaciones o la noche y el día lunares, como la sequía o el vacío, como una epidemia entre los animales
de caza criados por ellos o como un cohete que pierde el rumbo y estrella una carga de provisiones contra una montaña. Con lo que no podemos enfrentarnos es con siete mil millones de competidores de la

Librodot

propia especie. Hay demasiadas variables incalculables para desarrollar una respuesta racional cuando se produce una crisis.

»Y otra cosa más. No hay nadie en la Luna que no sepa que está contribuyendo al conjunto. No pasa ni un solo día en que uno no pueda señalar algo y decir: "¡Hoy he conseguido eso!" Puede ser algo físico, como añadir un elemento de ampliación al espacio reservado para vivienda, o puede ser intangible, como aumentar nuestro archivo de observaciones estelares, pero es indescriptiblemente satisfactorio. Hoy día, un psiquiatra urbano aquí en la Tierra se lo piensa dos veces antes de encargarse de un caso de procedencia rural, pero allí arriba yo mismo he sido responsable de la salud mental de personas no sólo de diferentes países sino de diferentes religiones e ideologías, y nunca me he encontrado con ningún problema importante.

»Cuando llego a este punto, la gente suele echarse atrás y preguntarme nerviosamente si
eso incluye hermanitos rojos. Y yo sólo puedo contestar que intentar subvertir al vacío o a una tormenta solar le puede llevar a uno a determinado lugar, y es una tumba.

«¡Desde luego que incluyo a los chinos! Como he dicho antes, le debo la vida a un colega chino, un hombre que habíamos intercambiado con el personal del observatorio comunista de Aristarco. Y aquí abajo en mitad del Pacífico, que aparte de la Antártica es la única parte del planeta comparable a la Luna en soledad y falta de soportes para la vida, lo único que se os ocurre es destrozaros mutuamente. Me pone enfermo. Señora Presidente, será mejor que alguien me traiga un tranqui, y así quizá sea capaz de continuar con estos chismes turísticos de mierda que tengo aquí en el resto de las notas. Ahora mismo no creo que lo pudiera leer sin vomitar.

CONTINUIDAD (25)

EL PAPA DE TODOS

Había un detalle local en la habitación que asignaron a Norman para su estancia en la Embajada: una máscara del siglo xvi de madera labrada, pintada de vivos colores rojo, negro y blanco, colgada de la pared a la cabecera de la cama. Por lo demás podría seguir en los Estados, aparte del hecho de que de vez en cuando la luz parecía fluctuar y se volvía momentáneamente amarillenta.

Estaba indicando a uno de los criados —un muchacho local de unos catorce años que hablaba un mínimo de inglés práctico— dónde colocar las maletas, cuando sonó el interfono y vio que le llamaba Elias.

—Había una nota de Zad en mi correo —dijo el embajador—. Vamos a ir a cenar al Palacio Presidencia a las ocho y media; estarán con él para recibirnos los ministros de Economía, Educación y Asuntos Exteriores. ¿Puedes presentar un resumen preliminar?

—Creo que sí —Norman se encogió de hombros—. ¿Quiere que vayamos todo el equipo de TG, o sólo yo?

—No lo especifica, pero creo que podría ser mejor establecer directamente los máximos contactos personales. ¿Quieres avisar a los otros? Yo le advertiré que vamos a ser seis... no, siete, ahora que lo pienso, porque Gedeón debe estar también. Habla muy bien el shinka, y podemos necesitarle.

—Me había imaginado que cualquiera que tuviera el rango de ministro aquí hablaría el inglés —dijo Norman tras una pausa.

—El inglés americano y el africano divergen —gruñó Elias—. Te sorprenderían alguno de los cambios que se han producido. Bien, entonces estáte preparado para salir i las ocho y cuarto, por favor.

Norman asintió y cortó el circuito. Se volvió al muchacho, que estaba colgando la ropa, casi aliviado por poderle encargar alguna otra cosa. El servicio personal en los Estados había devenido algo reducido al ámbito empresarial; verlo en un contexto casero resultaba vagamente embarazoso.

—¿Sabes en qué habitaciones han puesto a los otros americanos?

—¡Síñor!

—Ve a decirles que vengan a verme en cuanto puedan, por favor.

—¡Síñor!

Ya había terminado de desempaquetar por sí mismo las cosas cuando entró la primera de sus compañeros: Consuela Beso, una muchacha atractiva de herencia principalmente portorriqueña, a quien Rex Severo quizás hubiera elegido para representarle por ser la candidato óptima o bien por haber estado acostándose con ella y haberse cansado y aprovechado la oportunidad de quitársela de en medio. Norman apenas había tenido tiempo de cambiar con ella un saludo cuando entraron juntos los otros tres: los economistas delegados por Amílcar Waterford, principalmente porque eran narices oscuras, Terence Gale y Rico Lunscomb, y el lingüista a quien Norman había conocido sólo inmediatamente antes de partir, Derek Quimby, un hombre blanco rechoncho con gesto de eterno desconcierto.

Librodot

—Sentaos todos —invitó Norman, tomando para sí una silla frente al semicírculo que formaron—. Esta misma tarde nos van a meter en órbita, de entrada cenando con el presidente y tres de sus ministros, y creo que debemos repasar nuestra primera presentación. Derek, no vas a verte muy involucrado en esta fase, pero creo que tienes algunos conocimientos especializados del país que podrían indicarte fallos de nuestra exposición de vez en cuando, así que te agradeceré que nos indiques si surge cualquier dificultad de ese tipo. ¿De acuerdo?

Derek asintió y tragó saliva con esfuerzo.

—Muy bien. Consuela, si conozco a Rex, vuestro departamento te habrá armado de todo lo que podríamos utilizar normalmente al presentar un proyecto en casa. ¿Cuánto se puede resumir para una discusión de sobremesa?

—Insistí en que me dieran material para tres niveles diferentes de presentación —dijo Consuela—. Puedo arreglármelas con facilidad. También puedo arreglármelas con un comité delegado, con hasta veinte enfoques personales, y con una reunión del parlamento beninio en pleno con sus sesenta y un miembros, a base de pantalla y micrófono.

—¡Excelente! —dijo Norman, corrigiendo su primera idea sobre la aptitud de la muchacha para el trabajo—. Bien, va a estar presente el ministro de Economía, y es el que probablemente se ponga de nuestro lado con más facilidad. No puede ser muy divertido gestionar todos los problemas presupuestarios de un país como éste, que está permanentemente al borde de la quiebra. Terence, quiero que Rico y tú le ablandéis desde el principio con algunas cifras de coste. No os preocupéis de que sean muy precisas, limitaos a meterle en la cabeza que este pedazo de tierra ha adquirido de repente un potencial económico colosal. Acordaos también de que hay una buena posibilidad de que nosotros sepamos más de la economía de esta zona que él... nos apoyamos en los análisis de Shal y, de acuerdo con el antiguo dicho de que es muy caro ser pobre, dudo que Beninia haya podido pagar un servicio comparable de los ordenadores de la Europa Comunitaria. No hagáis demasiado énfasis en informaciones de alto nivel. Dejadle creer que es su conocimiento local y no el nuestro el que hace posible el plan. ¿Está claro?

—Se puede intentar —dijo Rico—. De todas formas, ¿qué sabemos de él como persona?

—Conseguiré que Elias o Gedeón os den una descripción breve de su carácter, de camino al palacio. Consuela, volvamos a ti. La ministro de Educación es tu primer objetivo, porque una buena parte del proyecto se basa en aumentar los niveles de alfabetización y de profesionalización en menos de diez años. Quiero que empieces por intentar que se haga una idea macluhana de la situación local. Llévala

al tema de cómo las actitudes tradicionales condicionan la reacción de las personas ante la información local. Probablemente responderá bien, pues debe de haber estudiado en el extranjero... aquí no hay un centro universitario que merezca tal nombre, aparte de esa escuela privada de directivos de la que probablemente sabes.

—Puedo darte algunas pistas —dijo Derek a Consuela—. Han ocurrido muchas cosas francamente interesantes con el vocabulario inglés que el régimen coloquial dejó atrás aquí.

—Gracias, Derek —dijo Norman—. Ése es exactamente el tipo de ayuda que espero de ti. Ahora, veamos un asunto del que aún no hemos hablado. ¿Cuál es nuestro mayor obstáculo simple para la aceptación del proyecto?

Hubo un momento de silencio.

—Bien... —dijo por fin Terence— eh..., ¡el riesgo de no conseguir el beneficio que esperamos! Quiero decir que antes de hacer los estudios de campo no podemos estar seguros de...

Norman negaba con la cabeza vigorosamente.

—No es un problema económico, sino personal.

—Conseguir vendérselo o no al presidente —dijo Consuela.

—Exacto —Norman se echó adelante, dando un tono de pasión a su voz—. Lo he dicho antes y lo vuelvo a decir. No se puede considerar a Beninia una unidad administrativa occidental moderna. Elias me lo ha metido en la cabeza a base de repetírmelo hasta que creo que lo he comprendido, pero quiero estar seguro de que todos lo compartimos. Esto se parece más a una familia colosal con casi un millón de miembros que a una nación tal como nosotros la entendemos. Voy a refrescaros la memoria tal como se lo explicó Elias a la directiva de TG: lo que busca el presidente Obomi es dejar a su gente una herencia que les impida ser devorados por sus poderosos vecinos. No intenta conseguir un beneficio tangible, excepto porque la seguridad económica contribuye al bienestar general. Habladle de comida, no de dinero; habladle de construir escuelas, no de convertir niños en mecánicos y técnicos; habladle de crios sanos, no de kilometraje ni de alcantarillado. ¿Cogéis la idea? ¿Seguro? ¡Porque lo importante es satisfacer las esperanzas del presidente, no apuntalar los depósitos tambaleantes del PMAM!

Vio sus gestos de asentimiento, pero sabía que no era por ellos por quienes había añadido aquella advertencia enfática. Era para sí mismo.

Librodot

Aún no he visto ni sentido una prueba, pero Elias lo jura y me parece que debo creerle. Es simplemente limpio y justo que, de vez en cuando, el conseguir un gran beneficio coincida con hacer el bien a largo plazo, y tales oportunidades son demasiado infrecuentes para que desperdiciemos ni una sola.

Aunque, ahora que por fin había visto Beninia, temía irracionalmente haberse construido una ilusión a largo plazo; la próxima semana o el próximo mes podría dejar de ser capaz de admitir que estaba haciendo el bien. Y, si ocurría tal cosa, no le quedaría ningún soporte con el que apuntalar la débil parodia de propósito que justificaba su vida.

Muy poco después se quedó aterrorizado al comprender que, cuando se dio a sí mismo y a los demás aquellas advertencias aparentemente claras, lo único que había hecho era pronunciar las palabras. No había, ni siquiera él mismo, comprendido todas sus implicaciones.

En el Palacio Presidencial, un mayordomo magníficamente vestido de casi dos metros de estatura les abrió paso a una antesala, donde unos criados llevaban aperitivos y bandejas de pequeñas obras maestras de la cocina africana al grupo reunido: Sra. Kitty Gbe, Educación; Dr. (en Economía) Ram Ibusa, Economía; Dr. (en Filosofía, Política y Economía) León EleA, Asuntos Exteriores, y el presidente Obomi.

Al ver a quien, Elias avanzó sin ceremonia para abrazarle.

—¡Zad! —dijo, dando un paso atrás—. ¡Dios mío, es terrible! ¡Sólo han pasado un par de meses y pareces diez años mayor!

—Ya no tengo dioses —dijo el presidente. Se deshizo del abrazo y forzó una sonrisa—. De todos modos es maravilloso volver a verte aquí, Elias. Hubo un momento en que temí... pero no importa, tengo buenos médicos y de algún modo me mantienen en marcha. ¿No me vas a presentar a tus distinguidos compatriotas?

Parpadeó con el ojo sano hacia Norman y sus compañeros.

—Bien... eh... desde luego —dijo Elias—. Primero te voy a presentar al Dr. Norman Agudo de la Casa, de la directiva de Técnicas Generales...

Norman tendió la mano.

—Me siento muy honrado de conocerle, señor —dijo—. Y espero sinceramente haber encontrado un modo de resolver algunos de los problemas de su país y que usted lo encuentre aceptable.

—¿Es así, Elias? —preguntó el presidente Obomi, mirando al embajador.

—He hecho todo lo posible para conseguir lo que querías —dijo Elias.

—Gracias —Obomi sonrió—. Debe explicárnoslo después de cenar, Dr. de la Casa. Sé que es vergonzoso estropear una buena comida con negocios, y el cocinero se enfurecerá, pero no me queda mucho tiempo y... bien, estoy seguro de que comprende mi situación.

Se volvió a Consuela, cuando Elias la nombró y la hizo avanzar, mientras Norman daba un paso atrás, confundido. Automáticamente apartó con un gesto la bandeja de bebidas que sostenía un criado ante él.

¡No se puede resolver el asunto tan fácilmente! ¿Tendrá que haber discusiones, persuasión, un trabajo de venta...? ¿Y esos ministros suyos? ¿Están tan dispuestos como él a aceptar la palabra del otro, estando en juego todo el futuro de su país?

Les miró, a la mujer regordeta y a los dos hombres de estatura mediana que llevaban las mejillas quemadas en dibujos tradicionales, y no pudo detectar más que satisfacción en sus expresiones. La verdad empezó a penetrar por las aguas cenagosas de su mente.

Cuando Elias comparó a Obomi a un padre de familia, creí que estaba simplemente haciendo una analogía. Pero es de este modo como una familia da la bienvenida a unos amigos que traen una proposición... les ofrece comida y bebida, trata primero los temas personales, llega a los asuntos molestos de negocios después. No nos consideran delegados extranjeros: embajador, representantes de una corporación gigantesca. Es más como si...

En este punto casi perdió la inspiración que le surgía poco a poco a la conciencia. La recuperó en palabras de Chad Mulligan, preguntando si alguien conocía a un decorador de interiores a quien pudiera encargar organizarle un apartamento con los accesorios más modernos.

Eso es.

Inspiró profundamente.

Un país o una superempresa tenía modelos de comportamiento distintos de los de grupos más pequeños, por no hablar de los de los individuos. Al necesitar hacer algo, preparaban misiones diplomáticas, o representaban un contrato o, de cualquier otro modo, formalizaban y ritualizaban sus acciones; y, si no conseguían prepararse con la suficiente profundidad, era el desastre.

El presidente de Beninia, al necesitar hacer algo, había estado actuando exactamente como describió Elias, pero hasta este momento Norman no

había conseguido comprender la precisión de aquella comparación: como un padre de familia, se había vuelto a un viejo amigo en quien confiaba y le había explicado sus necesidades; y, cuando el amigo volvía con su proposición de experto...

Estaba hecho.

Pero no consiguió convencerse de que tenía razón hasta después de medianoche, cuando se fueron; y tardó la mayor parte del día siguiente en hacérselo comprender a sus colegas.

CONTEXTO (21)

UNA CARTA

«Querido Norman: ésta debe de ser la primera carta que escribo desde hace más de tres años. Las costumbres de mucho tiempo tardan en morir... Creo que lo que quiero hacer realmente es apuntar unas notas para un artículo, pero estoy asqueado de dirigirme a un auditorio de masas. Lo he hecho en libros, en revistas, en la TV y en conferencias y, probablemente, volveré a hacerlo alguna vez, porque mi cráneo amenaza con estallar por tanta presión interior; pero el caso es que el tiempo que he estado en el arroyo me ha acostumbrado a hablar con una persona, una cada vez, y lo que necesito realmente es desdoblarme en un millón de vos y salir a tener un millón de conversaciones individuales, porque es el único modo de establecer comunicación. El resto no es más que una exposición a la información, y, ¿por qué se iba uno a fijar en una ola particular del océano?

»Te estoy francamente agradecido por prestarme el apartamento. Han llamado algunos que no se habían enterado de tu próxima partida y, si mis libros no han servido para nada, por lo menos me han dado un mínimo de fama, así que me han invitado a varias cosas en tu lugar para los próximos días. Intentaré no desacreditarte, pero Dios sabe que no me va a resultar fácil.

»Es muy curioso volver de golpe desde el fondo hasta la cima de esta sociedad que hemos construido. No tiene mejor aspecto desde este punto. No había olvidado esa opinión, pero creo que la melancolía que me indujo cuando lo pensé por primera vez no es propia de mi temperamento. Sé que eso fue lo que inspiró el Diccionario... Me daba la impresión de que salir de la órbita conformista normal era el único camino que podía tomar un hombre sano.

»Pero no hay un salir. Hablar de "marginación" o de "renuncia social" no es más que ballescoria. Lo único que permite salir al exterior a la gente es el hecho de que generamos inmensas cantidades de desperdicios; se aprovechan de la opulencia superficial que utilizan los conformistas

para aliviar su aburrimiento. En esencia, utilizar la palabra "salir" es tan absurdo como intentar definir una situación fuera del Universo. No hay lugar al que "salir".

»¿Dónde, por ejemplo, se encontrarían tus hermanos afros, los del tipo que denuncian el modo de vida de los culos pálidos, si la sociedad que tanto desprecian se desmoronara? Imagínate una plaga que afectara sólo a las personas de ascendencia caucásica (de hecho existe, y los chinos la experimentaron en Macao hace unos tres o cuatro años, pero se echó tierra al asunto inmediatamente y yo sólo me enteré por casualidad). El deshacerse de nosotros y de nuestra maldita arrogancia no curaría a la especie humana de sus enfermedades hereditarias.

»Empiezo a preguntarme si no debería imitar el ejemplo de esa gente de la Costa Oeste que parece haber tomado el sabotaje como una especie de afición. Hay algo que va espantosamente mal en nuestro montaje, y ellos adoptan una técnica científica apropiada para identificar qué es (no sé si alguien se ha dado cuenta antes... me temo que no. Tengo la molesta costumbre de saltar a conclusiones privadas, cosa que me hace preguntarme si vivo realmente en un mundo fantástico que nadie más comparte).

«Dicha técnica científica consiste en alterar una, y sólo una de las variables cada vez, para ver el efecto del cambio en todo el sistema, deduciendo así cuál es la función de la fuerza modificada. Naturalmente, el problema es que el impacto es aleatorio y nadie está en condiciones de analizar los resultados.

»Creo que es posible que lo intente yo, ya que no hay más voluntarios. Iré a California y empezaré un estudio de las consecuencias de desorganizar una ciudad.

»No, para ser sincero eso es una ilusión propia de un viaje. Nunca lo haré, nadie lo hará. Tengo demasiado miedo. Sería algo parecido a bajar sujetándose al eje central de un generador de fusión para ver el plasma dar vueltas por la botella magnética. ¡Que alguien nos envíe un antropólogo marciano, por todos los dioses!

»¿ Alguna vez te has preguntado cómo se siente un médico al enfrentarse a una enfermedad que no puede curar, sabiendo además que es contagiosa y que se la pueden transmitir los pacientes a los que no puede ayudar? Así soy yo en este momento. Dios, soy un ser racional —más o menos—, por lo menos lo suficientemente racional para ver los síntomas de la locura a mi alrededor. Y soy un ser humano, igual que la gente que considero víctimas cuando bajo la guardia. Es, por lo menos, posible que yo esté incluso más loco que los hermanos a quienes tiendo a compadecer.

«Parece que sólo se puede hacer una cosa, y es emborracharse.

»Con afecto, Chad Mulligan».

CONTINUIDAD (26)

AHÍ VIENE LA CUCHILLA

La oficina de prensa del gobierno estaba en el piso más alto de un edificio de veinte plantas situado muy al interior de Gongilung. Tras presentar sus documentos de corresponsal acreditado a un funcionario educado pero serio, Donald se dirigió por el suelo alfombrado de rojo hacia una ventana que representaba una vista espléndida de la ciudad.

A su izquierda, coronando una colina, se alzaban las torres blancas de la universidad. Las contempló, preguntándose en cuál de ellas trabajaba Sugaiguntung. ¿Qué le podía haber ocurrido a un hombre como él para convertirle en simple pretexto de una declaración propagandística? Sin duda una presión continuada podía desmoralizar incluso a un genio cuya independencia de ideas había sentado los cimientos de la prosperidad siempre crecientes de su país.

Y hablando de presión...

Desde aquí, por primera vez, podía percibir la evidencia física de algo de lo que había sido consciente intelectualmente, pero que nunca había asimilado en lo emocional... algo parecido a la sensación que sufrió la noche que anduvo por la ciudad que consideraba su hogar y descubrió que su simple presencia podía provocar una algarada.

Con sólo poco más de un centenar de islas dispersas en las que contenerla, Yatakang alardeaba de una población de doscientos treinta millones de habitantes. A un promedio de más de dos millones de personas por isla, resultaba ser una de las zonas más densamente pobladas de la superficie del planeta. Y desde aquí podía ver el amontonamiento de gente.

Incluso las mismísimas laderas del Abuelo Loa estaban punteadas de chozas, interconectadas por caminos ondulantes que luego bajaban a la costa.

Recordó las frases de Chad Mulligan sobre la presión que hacía pensar a los ciudadanos de la Roma antigua que unirse al sacerdocio de eunucos de Cibeles era un modo sencillo de escapar y se estremeció. He aquí la contrapartida moderna: ¿qué presión podía hacer creer a la gente que rascar la vida de las laderas de un volcán en actividad era mejor que alejarse a prudente distancia de su posible erupción?

—¡Sr. Macerdo! —dijo una voz a su espalda.

Se volvió, encontrando frente a él al mismo funcionario de antes.

—El Director Keteng le atenderá ahora —dijo.

El Director Keteng era un hombre grueso de maneras frías que estaba sentado tras una montaña de equipos de comunicación, como si hubiera decidido enmarcarse con cualquier atributo posible de su papel como santo patrono de la transmisión de información. Donald pensó que Bronwen tenía razón: el gobierno de Solukarta, con toda su política de eliminar las actitudes supersticiosas, no había conseguido más que transferir sus motivos de ídolos inanimados a seres humanos vivos y falibles. De hecho, esta oficina era un templo, dedicado al dios no de las noticias, sino de lo que la gente estaba autorizada a oír.

A un gesto breve de Keteng, Donald se sentó frente a él.

—¿Habla usted yatakangi?

—Un poco.

—No es un idioma popular entre los estudiantes americanos. ¿Por qué lo aprendió?

Dónald reprimió el impulso de estrangular a aquel imbécil pomposo con los cables de sus propios teléfonos innumerables.

—Tuve ocasión de aprender un idioma no indoeuropeo —dijo con tono tan suave como pudo conseguir— y elegí el yatakangi porque se decía que era muy difícil.

—¿No tenía usted ningún interés especial por Yatakang?

Ah.

—Mi especialidad universitaria era la genética —mintió abiertamente Donald—, y el experto en genética más grande que existe es uno de sus compatriotas. Esa fue una de las razones más importantes.

Pero la adulación no era el punto débil de este hombre. Se encogió de hombros.

—Nunca ha estado usted aquí. Ahora que viene, no lo ha hecho exactamente..., ¿cómo diría...?, a toda prisa. Como especialista en genética, sin duda es el anuncio de nuestro programa de optimización lo que le atrae.

Librodot

—Sí, así es. El interés público que ha despertado en mi país el anuncio sorprendió a quienes me empleaban, así que ha pasado algún tiempo hasta que han tomado la decisión de enviarme aquí. Pero...

—En su país no creen en la realidad de nuestra afirmación —dijo llanamente Keteng—.
¿Cree usted en ella?

Donald dudó.

—Espero que lo que dicen ustedes se pueda hacer —dijo por fin—. Aunque han pasado algunos años desde que el Profesor Dr. Sugaiguntung publicaba todos los detalles de su trabajo, así que...

—Ha estado ocupado en investigaciones secretas para el gobierno —dijo Keteng—. La investigación de tal clase, en su país, existe en dos modalidades: en primer lugar, se hace para que una corporación pueda obtener más beneficio que sus rivales, y tienen espías que viven de descubrir secretos empresariales y vendérselos a firmas de la competencia; segundo, se hace para encontrar modos más eficaces de matar gente. En este país se ha dedicado a encontrar modos más eficaces de que la gente nazca y crezca como personas adultas inteligentes, capaces de contribuir activamente a su tierra natal. ¿Tiene usted alguna opinión sobre estas actitudes en contraste?

—Como especialista en genética; no puedo evitar admirar el programa que ustedes han anunciado, y la reputación del Profesor Dr. Sugaiguntung no es la menor garantía de su
éxito futuro.

Donald esperó que su equívoca respuesta no traicionara la rabia que el tono despectivo de Keteng le había inspirado.

—Es evidente que usted, como todos los americanos, no admite la existencia de gente que pueda superarle en nada —gruñó Keteng—. Sin embargo, ya que su país se ha dignado por fin prestar atención a este importante logro, me corresponde facilitarle la labor de transmitir allá los hechos. Voy a darle una tarjeta de autorización con la cual tendrá los derechos legales de los periodistas extranjeros, una carta a los cirujanos de la universidad Dedicación, para que le hagan gratuitamente la operación esterilizadora, y un programa de las conferencias de prensa previstas para la semana que viene. ¿Hay algo que quiera usted preguntar antes de irse?

—Me han ordenado que intente tener una entrevista personal con el Dr. Sugaiguntung a la primera oportunidad —dijo Donald.

—El Profesor Doctor está demasiado ocupado, con mucho, para perder el tiempo charlando con extranjeros —dijo Keteng en tono cortante—.

Sin embargo, si mira el programa verá que se espera que aparezca en público en la conferencia de prensa de pasado mañana. Tendrá ocasión entonces de hacerle preguntas, junto con todos los demás corresponsales.

La ira de Donald, aumentando constantemente bajo las puyas intencionadas de Keteng, amenazó con estallar por completo.

—¿Qué es lo que tiene tan ocupado a Sugaiguntung? —preguntó—. Ningún científico razonable hubiera permitido que este programa se hiciera público hasta terminar todo el trabajo previo. Esta clase de cosas hacen que la gente sospeche que el trabajo no ha terminado... que la declaración es exagerada, cuando menos.

—No cabe duda —dijo Keteng muy irónicamente— de que ése es el informe que le han ordenado enviar para satisfacción de sus compatriotas. Ustedes los americanos no tienen
sutileza. ¡Vaya a la clínica de la universidad y verá lo que nos tiene a todos «tan ocupados» en Yatakang! No hemos caído en esa decadencia capaz de hacernos pensar en términos de terminar un trabajo y después descansar. Tenemos planes que nos ocuparán durante toda la siguiente generación, porque no aceptamos la idea de lo «suficientemente bueno». Nuestro objetivo es la perfección. Y el Profesor Doctor comparte ese punto de vista. ¿Es eso todo?

No, no es ni siquiera el principio. Pero Donald se tragó las palabras sin pronunciarlas y se puso en pie obedientemente.

Por ahora, de hecho, lo prudente era tomar todas las sugerencias oficiales como órdenes.
Keteng le había dicho que fuera a la universidad y lo viera por sí mismo aprovechando que se sometía a la operación obligatoria. Tomó un rixa apenas salir del edificio y dijo al conductor que le llevara allí.

Era un trabajo duro, para el conductor delgado y nervudo, el subir pedaleando la ladera, pero el viaje hubiera tenido que ser lento aunque fuera bajando una pendiente del cuarenta por ciento. Todas las calles que daban a las cercanías de la universidad estaban atestadas de gente. Con más de sesenta mil estudiantes, la universidad Dedicación, era una institución académica de tamaño respetable, pero esta gente, comprobó Donald con interés, no eran todos estudiantes. Las edades variaban entre la adolescencia y la frontera de la senectud; se podía saber dónde había un miembro especialmente anciano de la multitud, pues los que le —o la— rodeaban formaban una guardia personal destinada a evitarle la presión. El respeto a los ancianos seguía siendo aquí una tradición viva.

Al poco, según el rixa avanzaba lentamente por entre la multitud, empezó a preguntarse si de hecho había estudiantes entre la gente. Lo

poco que percibía claramente —no quería inclinarse al exterior de la rixa y dejarse ver, llamando la atención por sus rasgos caucásicos— le hacía pensar que eran visitantes de otras islas. Si aquello era cierto, y a ojo de buen cubero había diez o doce mil personas en los dos kilómetros que había atravesado, existía una base francamente sólida para las afirmaciones oficiales sobre la aceptación pública del programa genético.

Pues, aquí y allá, veía chicos y chicas cansados y desanimados que llevaban pancartas, y
todas hacían referencia a Sugaiguntung.

Hum..., ¿vienen a la universidad esperando echar una ojeada al gran hombre?

Al frente se alzaba el muro que encerraba el campus universitario: una barrera de dos metros y pico de altura, blanquísima, adornada con las volutas y pinceladas estilizadas de la caligrafía yatakangi... empleada ampliamente, igual que la escritura arábiga en Egipto, como motivo de los frisos en todos los edificios públicos. Esmaltadas a prueba de las inclemencias del tiempo en rojo, azul, gris y negro, las duraderas descripciones de la grandeza de Yatakang y de la sabiduría de Solukarta mantenían fuera a la multitud de
los que querían captar algo.

Ante la única puerta visible no sólo había policías de servicio, con los uniformes de ante manchados de sudor y las cintas de cierre de las pistoleras echadas a un lado de las empuñaduras de los revólveres de descarga, sino también cierta cantidad de jóvenes que
llevaban brazaletes de los colores nacionales, rojo, azul y verde, y que parecían intentar dirigir la casi violenta masa de visitantes que se alineaba junto a la pared empujando y gritando. Forzando el oído entre el ruido general, creyó distinguir algunas frases comprensibles: «Debe tener paciencia... el médico de su pueblo recibirá instrucciones... trabaje duro y coma bien o sus hijos no serán sanos por mucho que hagamos...»

Donald asintió. Este debía de ser el tipo de evidencias en las que Deirdre Kwa-Loop había basado su afirmación sobre las consecuencias de decepcionar a los yatakangis.

Por fin, el conductor del rixa se las arregló para dejarle cerca de la puerta. Donald mostró el pasaporte al policía que vino a investigar, así como la carta de Keteng que le autorizaba a utilizar los servicios de la clínica de la universidad gratuitamente. El policía leyó lentamente el documento y llamó a dos de los jóvenes con brazaletes que pasaban cerca.

Con su ayuda, se mantuvo la multitud ansiosa lejos de la puerta, mientras la abrían brevemente para dejar pasar a Donald al otro lado del muro.

Una chica con un shareng que llevaba un parasol cerrado le saludó al cruzar él una plataforma de azulejos. Se encontraba en un patio en cuyo centro había una fuente y un jardín de tierra y, todo alrededor, claustros de techos de pagoda. Los claustros estaban inclinados de tal modo que éste, a la entrada del patio, continuaba a un nivel inferior al de la calle que había dejado atrás; bajo la plataforma pudo percibir un ruido confuso de voces y de muchos pies andando. Parados o abriéndose camino en cualquier dirección, había por lo menos cien estudiantes en su campo visual.

—Buenas tardes, señor —dijo la chica, utilizando un tratamiento habitual en Yatakang cuya raíz indicaba «anciano».

—Buenas tardes —contestó Donald, mirándola y observando que también ella llevaba un brazalete—. Tengo que ir a la clínica —tendió la carta de Keteng.

—Le acompañaré, señor —dijo la chica—. Hoy me corresponde guiar a los extranjeros. Si necesita cualquier información en algún momento pregunte a quien lleve un brazalete como éste —recitaba las palabras con una sonrisa amplia y forzada, pero el tono sugería
cansancio—. Venga, por favor.

Le condujo por unos escalones que descendían en pendiente, breve pero empinada, hasta los claustros que pasaban por debajo de la plataforma, abriendo el parasol al mismo tiempo. Aparentemente su función era de aviso para iniciados: Donald vio que varios estudiantes tocaban en el hombro a sus compañeros para que se apartaran.

El camino fue largo. Había entrado por el extremo opuesto del campus. Sin guía, se podría haber perdido desesperadamente cinco o seis veces. Pasaron junto a más de veinte edificios distintos, que la muchacha le fue identificando.

—Sección de lenguas asiáticas... sección de historia... sección de oceanografía... sección de geografía y geología...

Donald no prestaba mucha atención. Estaba mucho más interesado en los jóvenes con que se cruzaba. Tuvo que admitir de mala gana que Keteng tenía razón. Se percibía un ambiente de actividad casi frenética, muy distinto al de cualquier universidad americana que hubiera visitado. Incluso los pocos estudiantes que veía simplemente parados.hablaban —les oyó— de sus estudios, no de chicas ni de qué hacer el próximo fin de semana.

Librodot

—Bioquímica... genética y tectogenética..., ¡y ya estamos en la clínica!

Volvió al aquí y ahora con un sobresalto. La chica le sostenía abierta una puerta; tras ella, pudo ver el decorado *de color crema universal y olió el aroma a desinfectante, inevitable, de los hospitales.

—¿Has dicho que ése es el departamento de genética? —preguntó, señalando el último
edificio que habían pasado.

—Sí, señor.

—¿El departamento en que trabaja el famoso Dr. Sugaiguntung?

—Sí, señor —esta vez la sonrisa de la muchacha no parecía forzada; había también un orgullo sincero en la voz—. Tengo el honor de trabajar ahí. Estudio directamente bajo él.

Donald compuso una frase compleja y florida que incluía gratitud por su ayuda, admiración por su belleza y un montón de cosas sobre los problemas de un extranjero. ¡Entrar en contacto con una de los alumnos del propio Sugaiguntung sería un golpe de buena suerte increíble!

Pero antes de poder pronunciarla, ella cerró el parasol y se alejó rápidamente. Cuando llegó a reaccionar, se habían apelotonado veinte estudiantes entre ambos.

Y ahí estaba una enfermera, mirándole desde el interior de la clínica, a punto de dirigirle la palabra. Suspiró. Lo único que podía hacer era tomar nota mentalmente de las características más distintivas del edificio de genética, por si tuviera oportunidad de volver aquí.

Al realizar tal último examen rápidamente, se dio cuenta de algo que le pareció extraño entre los estudiantes que pasaban. Había muchas menos sonrisas de las que se podrían esperar entre gente que tuviera el convencimiento de estar realizando grandes cosas. Al asentir o saludar a sus amigos, conservaban el gesto de intensa concentración.

Y la muchacha que le había traído desde la puerta parecía cansada.

¿Agotados por un trabajo excesivo? Podría encajar. La universidad Dedicación era el centro de educación superior más sobresaliente de Yatakang; la competencia para ingresar debía de ser enorme, con millones de familias animando a sus hijos a hacerlo.

La idea le puso nervioso. No estaba acostumbrado a encontrarse entre personas que admiraran la dedicación hasta el punto de quemarse en

ella. En casa, aquello estaba pasado de moda. Se volvió para dirigirse a la enfermera y decirle el motivo de su visita.
Mientras lo hacía se oyó un grito. Volviendo bruscamente la cabeza, vio un remolino entre los estudiantes más cercanos al edificio de genética y algo se alzó sobre las cabezas oscuras y apelotonadas. La luz se reflejó en ello. Reconoció de inmediato su forma única: un fang, la cimitarra yatakangi con la que esta gente comparaba orgullosamente su arco de islas.

El aullido individual se fundió en un clamor sin palabras y un muchacho salió a trompicones, gimiendo, hasta la disposición inmaculada del jardín de tierra que aquí también separaba las torres blancas y los caminos de techo de pagoda. Vertía sangre roja y brillante por un gran corte que le surcaba el pecho. A los dos pasos cayó y empezó a derramar la vida en el suelo, retorciéndose.

Con una turbación enfermiza, Donald se vio a sí mismo como portador de una enfermedad nueva y extraña: el agente infeccioso de los disturbios y asesinatos. Hoy no había hecho más que llegar a esta ciudad y...

No hacía falta tener experiencias previas de este fenómeno. Se sabía, instantáneamente. Era un hecho de la vida moderna... o de la muerte moderna. A unos pocos metros de él, atras la barrera de estudiantes repentinamente aterrorizados míe le tañaba la vista, esperaba una persona que había fas-pasado el límite de la cordura, decidiendo volverse berseker.

La demanda sobre su capacidad de percepción era demasiado grande para que pudiera percibir toda la escena. Veía facetas particulares: el muchacho sangrante, los supervivientes empavorecidos, y luego una chica vestida con un shareng desgarrado que se tambaleó, como antes había hecho el muchacho, dejando huellas profundas en el jardín de tierra, sujetándose uno de los pequeños pechos, con una mano, y contemplando la monstruosa sajadura que casi se lo había separado del cuerpo... demasiado aturdida para gritar, capaz sólo de mirar y sufrir.

El locriminal había elegido un punto perfecto para acumular víctimas. Apretadas a la entrada, donde la gente que salía del alto edificio de genética se veía obligada a pasar lentamente por la puerta; no había necesidad de buscar blancos, sólo de cortar y cortar. La hoja volvió a salir a la vista, salpicando de sangre las paredes, los rostros y las espaldas, y se abatió como la cuchilla de un carnicero, atravesando carne y hueso. Arriba, aparecieron caras en las ventanas y, muy lejos, surgió un hombre uniformado de ante con el revólver de descargas desenfundado, intentando abrirse camino a través de la masa opresora de estudiantes enloquecidos por el miedo. Una tercera víctima cayó del porche como un muñeco desarticulado, esta vez un joven con los sesos vertiéndose a la luz.

La loca algarabía se convirtió en una palabra, y la palabra era un nombre, y el nombre era —Donald no comprendía por qué— «¡Sugaiguntung!» ¿Para qué le iban a llamar? ¿Acaso el locriminal no era humano, sino uno de los orangutanes modificados que había creado? La posibilidad parecía absurda, pero no más que la de haber venido a encontrarse con un locriminal nada más llegar.

Sin darse cuenta de lo que hacía, se encontró intentando conseguir una imagen más clara del asesino y, al apartarse de la puerta de la clínica, su vía de retirada —posible, pero no utilizada— quedó cortada. Un montón de estudiantes ciegos de terror se lanzó tras él. Uno de ellos cayó al suelo y, durante un momento eterno, fue incapaz de levantarse, golpeado una y otra vez contra el pavimento por pies v --piernas enloquecidos.

No era un estudiante. Tal hecho se fijó en la mente de Donald al mismo tiempo que otro más urgente. La persona caída era un hombre de edad media, tirando a grueso y —una rareza entre los yatakangis— calvo en la coronilla. Pero aquello era un detalle visual insignificante. Lo que importaba era que el locriminal le había venido persiguiendo.

La mente de Donald se congeló como si alguien le hubiera abierto el cráneo como al joven muerto unos metros más allá. Luego se le llenó de helio líquido. Se sintió controlado y objetivo como un ordenador criogénico y el tiempo, durante un rato, dejó de ser lineal y devino gráfico, bidimensional.

Esta es la imagen clásica del fenómeno de los locriminales. La víctima es un joven delgado algo más alto que el promedio de su grupo étnico, amarillo, de cabello negro y vestido con ropas convencionales manchadas de sangre fresca. Los ojos, cuyos iris son negros, están fijos y muy abiertos y las pupilas están sin duda dilatadas, aunque el contraste es demasiado débil para que las pueda ver. La boca está también abierta y le gotea saliva por la barbilla. Hay un poco de espuma en la comisura derecha. La respiración es violenta y la exhalación va acompañada de un gruñido: «¡jaarrg au jaarrg au!» La tensión muscular está al máximo: la manga derecha se ha roto bajo la presión del bíceps. Aferra convulsivamente el fang y los nudillos están blancos, -formando un -fuerte contraste con la piel en general amarilla. Las piernas están dobladas y los pies plantados firmemente, separados, como los de un luchador de sumo al enfrentarse a su contrincante. Tiene una erección evidente. Se encuentra en un marco de referencia berseker y no es capaz de sentir ningún dolor.

Al darse cuenta de todo ello surgió una pregunta —¿qué voy a hacer, en nombre de Dios?— y el tiempo se volvió a poner en marcha.

El fang silbó, salpicando el rostro de Donald de gotas de sangre, lanzadas hacia él a tal velocidad que las percibió como agujas de lluvia movidas por un huracán. Retrocedió de un salto; el hombre derribado intentó de nuevo levantarse; el locriminal casi perdió el equilibrio al retener la violencia del golpe que había dirigido a Donald y reorientó la hoja hacia el hombre del suelo, consiguiendo escribir una línea de dolor, con la mismísima punta, a través de las nalgas voluminosas.

Arma.

Alguien se lo había dicho a Donald Macerdo: a una variedad de Donald Macerdo, al hombre mod. II que había aprendido casi mil maneras distintas de terminar con la vida humana.

Jamás enfrentarse a un hombre armado sin tener uno mismo un arma, si es que hay alguna al alcance. ¡Si no la hay, ponerse al alcance de una!

No había nada que se pudiera coger y blandir. Había un muro sólido, un pavimento de azulejos, columnas cimentadas para soportar un tejado de gran peso y un jardín oriental estéril, sin un sólo árbol vivo del que arrancar una ramilla que pudiera servir de látigo.

Y el locriminal estaba a punto de matar al hombre tendido.

El fang se alzó movido de una fuerza inagotable, como si no tuviera peso ni inercia, para ser abatido y dividir en dos el cuerpo como el cadáver de un cerdo. Tras la puerta de cristal de la clínica, rostros pálidos, más blancos de lo que debieran ser los asiáticos, contemplaban fascinados, hipnotizados, helados hasta la rigidez de horror.

Donald se encontraba solo en un tramo del camino de unos veinte metros, y no había nadie cerca más que el hombre caído, los heridos del jardín de tierra y el locriminal.

La espada estaba en el punto más alto de su arco y él se lanzó, apoyándose en las puntas de los pies. Golpeó al locriminal con un hombro y fue como chocar con una estatua de madera, hasta tal punto estaba rígida de locura la carne. Era demasiado tarde para contrarrestar la decisión de cortar, pero el hombre perdió el equilibrio mientras Donald pasaba tras él, protegiéndose con un brazo del choque contra la pared y rebotando a propósito fuera de alcance, como una pelota. El fang encontró en su camino azulejos en
vez de carne, sonó como un aullido metálico, giró en la mano del locriminal, se desprendió de su apretón seco, quedando el pomo resbaladizo de sangre, y perdió parte de la agudeza del filo. Por otra parte, el impacto hizo que los músculos acerados del brazo del hombre le desobedecieran durante un instante.

Arma.

En el centro del jardín de tierra, cinco piedras suavizadas por el agua en curvas y agujeros. Se dirigió a ellas, recordando dónde estaba el locriminal e intentando calcular su posición actual para poder tirarle una sin apuntar cuando llegara al pequeño montón. La más cercana pesaba más de lo que parecía, lo cual estropeó sus cálculos. Lanzada, la piedra pasó junto al locriminal a la altura de los hombros y cayó al suelo. El locriminal volvió a alzar el fang e hizo gesto de saltar hacia Donald...

Apoyó el pie en la piedra redondeada, que se deslizó bajo él.

Sólo había otra roca que pudiera esperar lanzar: una blancuzca, con un agujero por el que se la podía coger, que pesaba tres o cuatro kilos. La dirigió en parábola a la ingle del locriminal, expuesta al separarse las piernas en su resbalón, y ella y él aterrizaron al mismo tiempo. Le aplastó los testículos contra el pavimento.

Incapaz de sentir el dolor en su estado actual, el locriminal no era, sin embargo, inmune a las consecuencias reflejas de un golpe en los genitales o en la rabadilla. Como consecuencia de este último se le detuvo la respiración y pareció establecerse un silencio universal, pues Donald había perdido la aptitud de reconocer más que aquellos tragos y gruñidos fantasmales.

Pero a estas alturas estaba superoxigenado, desde luego. No echaría de menos la capacidad de llenar y vaciar los pulmones...

Recogió con una garra la espada de donde había caído y Donald le tiró a los ojos un puñado de arena mientras lo hacía. La hoja volvió a brillar y esta vez tocó a Donald en el antebrazo derecho con un pinchazo como la picadura de una avispa.

Arma.

Había utilizado lo que había: dos piedras, arena. La arena le había cegado uno de los ojos al locriminal, pero el perder la visión bifocal no le molestaba. Estaba en pie, armado, a punto de saltar sobre Donald desde la altura aventajada del camino.

Arma.

Donald la vio. Y que les dieran por culo.

El locriminal saltó, Donald cayó a un lado y el fang mordió la arena, siendo recuperada lentamente (era como si el hombre fuese una extensión del arma, no ésta de él). Rodó sobre sí, dio una patada y el pie calzado golpeó al locriminal inmediatamente por encima del codo,

haciéndole abrir los dedos y soltar el fang. Una segunda patada, mal dirigida pero suficientemente útil, lanzó el pomo fuera de alcance. El locriminal recuperó el reflejo respiratorio, consiguiendo aullar una maldición. Se lanzó sobre el arma, sin preocuparse de qué parte cogía, y lo hizo con la hoja, no con la empuñadura, se cortó dos dedos y la levantó, lanzándola contra Donald, que esquivó el arco de metal que giraba y se lanzó tras él y Donald le puso la zancadilla haciéndole caer de cabeza y le aplastó la nariz y boca con su propia coronilla y le golpeó hacia dentro con ambas manos a los lados de la cintura y utilizó la fuerza de la pierna que tenía bajo él para levantarle del suelo con la arena deslizándose a sus pies y amenazando traicionarle y echó adelante la cabeza aún baja y aplastó la nariz del locriminal contra su cara y luego su cabeza contra las rocas situadas providencialmente en el centro del jardín de arena.

Pero ésta no es mi arma.

Se sintió estúpido por un momento. El locriminal no se defendía. Estaba bajo él y se había quedado blando y, junto a su nuca, que estaba en el campo visual de Donald lo suficientemente cerca como para poder enfocarla bien, había una gran roca que debía de
haber golpeado al caer de espaldas.

Pero, ¿yo tenía un arma, no?

Algo vagamente recordó lo que era, y se levantó y arrastró al locriminal tras él y se alzó por el borde del camino e ignoró al hombre de las nalgas cortadas que yacía cerca de la puerta de cristal de la clínica y también a la gente tras ella que retrocedía con exclamaciones angustiadas y utilizó su arma.

Que era un panel de vidrio que, como le habían enseñado, podía romperse para obtener
aristas cortantes.

Vio sin interés, al darle la vuelta al locriminal, que ya había un rastro de sangre en la nuca, de la contusión causada por la roca. Luego utilizó la cabeza como ariete y rompió la puerta y le cortó la garganta al hombre con uno de los trozos que aún quedaban en el
marco.

Se dirigió en yatakangi a la gentecilla asustada del otro lado de la puerta.

—Cobardes amarillos folladores de cerdas. Hijos de un culo piojoso comedores de mierda. Montones de carroña de color de orina. Moscas de estiércol. Capones sin polla ni huevos. Putas viudas callejeras incapaces de tener un hombre excepto por dinero. Corruptores de templos sagrados chupones de pijos, lamedores de sangre, besadores de

Librodot

culos, progenie sin cerebro sin corazón sin agallas sin cojones de un imbécil y una vaca deforme, robaniños pulgosos que envenenasteis a vuestros padres y violasteis a vuestras madres y vendisteis a vuestras hermanas a los holandeses y despedazasteis a vuestros hermanos para venderlos en una carnicería, hampones baratos que comerciáis con mierdas de segunda mano, ¿por qué no habéis hecho nada vosotros ahora?

Y después se dio cuenta de que llevaba un cadáver y de que se había cortado ambas manos hasta no poder distinguir si la sangre que le goteaba por el pecho era suya o del locriminal y comprendió lo que acababa de hacer y dejó caer el cuerpo y se arrugó sobre
él y empezó a llorar.

LAS COSAS QUE PASAN (12)

EL SENTIMIENTO GENERAL

—Te das cuenta de lo que significa, ¿verdad? ¡De hecho,
—Te das cuenta de lo que significa, ¿verdad? ¡De hecho,
—Te das cuenta de lo que significa, ¿verdad? ¡De hecho,
todos nuestros hijos van a estar en inferioridad!
todos nuestros hijos van a estar en inferioridad!
todos nuestros hijos van a estar en inferioridad!

—¿Para qué nos van a servir todos nuestros aparatitos
—¿Para qué nos van a servir todos nuestros aparatitos
—¿Para qué nos van a servir todos nuestros aparatitos
cuando estemos en guerra con quienes son más inteligentes
cuando estemos en guerra con quienes son más inteligentes
cuando estemos en guerra con quienes son más inteligentes
que nosotros?
que nosotros?
que nosotros?

—Ya sabes lo que puedes hacer con el Tribunal Eugéni
-—Ya sabes lo que puedes hacer con el Tribunal Eugéni
-—Ya sabes lo que puedes hacer con el Tribunal Eugéni-
co, ¿verdad? Puedes...
co, ¿verdad? Puedes...
co, ¿verdad? Puedes...

—Va a reducirnos, en términos comparativos, a la con
-—Va a reducirnos, en términos comparativos, a la con
-—Va a reducirnos, en términos comparativos, a la con
dición de imbéciles y tarados.

dición de imbéciles y tarados.
dición de imbéciles y tarados.

—¿Has visto que el Servítrans Sateling ha decidido enviar
—¿Has visto que el Servitrans Sateling ha decidido enviar
—¿Has visto que el Servitrans Sateling ha decidido enviar
un experto en genética a Yatakang?
un experto en genética a Yatakang?
un experto en genética a Yatakang?

—Bien, si una empresa como ésa se lo toma tan en serio,
—Bien, si una empresa como ésa se lo toma tan en serio,
—Bien, si una empresa como ésa se lo toma tan en serio,
debe de haber algo en el fondo.
debe de haber algo en el fondo.
debe de haber algo en el fondo.

—Pero el gobierno parece estar intentando convencer a
—Pero el gobierno parece estar intentando convencer a
—Pero el gobierno parece estar intentando convencer a
la gente de que es una mentira.
la gente de que es una mentira.
la gente de que es una mentira.

—Lo que eso quiere decir es simplemente que no son ca
-—Lo que eso quiere decir es simplemente que no son ca
-—Lo que eso quiere decir es simplemente que no son ca
paces de hacer lo mismo por nosotros.
paces de ¡hacer lo mismo por nosotros!
paces de ¡HACER LO MISMO POR NOSOTROS!
«¡HACER LO MISMO POR NOSOTROS!
»¡HACER LO MISMO POR NOSOTROS!
«¡HACER LO MISMO POR NOSOTROS!
«¡HACER LO MISMO POR NOSOTROS!
«¡HACER LO MISMO POR NOSOTROS!

(INJUSTO: Término aplicado a ventajas disfrutadas por otras personas a quienes se las hemos intentado arrebatar engañosamente sin conseguirlo. Ver también FALSEDAD, TURBIO, FURTIVO y NO ES MAS QUE SUERTE.

—El diccionario del -felicrimen, por Chad C. Mulligan).

CONTINUIDAD (27)

PAISAJE HUMANO

Librodot

A ambos lados de la carretera, hierba alta de un verde vivo, realzado por la humedad del
verano, adornada de matorrales bajos, punteada de árboles. Atadas con costosas cadenas, porque sus dientes podían abrirse camino a través de las cuerdas y del cuero, las cabras se esforzaban para morder la corteza de los árboles matando a éstos, a pesar de que había suficiente pasto más cerca de los postes que rodeaban. Dejando aparte las. cadenas, la carretera parecía la única intrusión humana en un universo de animales y plantas; y no la carretera en sí, pues la naturaleza salvaje la reclamaba acribillándola de baches llenos de un barro denso, sino su idea de rectitud.

Sin embargo, los productos del hombre aparecían y desaparecían de vez en cuando. Cada dos o tres kilómetros se veían parches de tierra plantados con verduras que rodeaban caseríos construidos al modo tradicional beninio, con paja y madera. Algunas de las viviendas de las familias más ricas tenían el techo protegido de una mezcolanza de colores, habiendo tomado sus dueños latas viejas, barriles de aceite de máquinas, incluso láminas de metal de coches abandonados y, tras aplanarlos con mazos, solapado entre sí tan cuidadosamente como una armadura medieval para proteger la madera contra la humedad, la podredumbre y las termitas.

Los mapas del distrito se mantenían actualizados por un sistema improvisado que implicaba tanto rumores y habladurías como exploración verdadera pero, aunque hubiera sido revisado la semana pasada por un equipo de geógrafos de las NÚ, Norman hubiera seguido encontrando difícil relacionar la realidad con el papel que el viento agitaba sobre sus rodillas.

—Esas dos colinas deben de corresponder a estas indicaciones —tenía que decirse penosamente—, así que aquí es donde hay que extraer arcilla del fondo del río y obtener
de ella por cocción filtros porosos para la fábrica de plásticos de —¿dónde?— Befloti...

El zumbido de insecto del motor situado bajo el suelo del vehículo se redujo a un ronroneo.

—Carajo —dijo, conduciendo, Gedeón Horsfall—, esperaba que pudiéramos llegar a Lalendi antes de tener que cambiar de bombonas. Me saldré a un lado de la carretera cuando pasemos la próxima curva.

Al otro lado de ella había otro de aquellos caseríos idénticos, pero ésta era una del catorce por ciento de aldeas del país que tenían escuela y clínica. No era día de trabajo para la clínica, una choza sencilla de cemento blanco con carteles escritos en grandes letras inglesas y shinka, pero el colegio estaba en funcionamiento. Por ahora, en esta región, las lluvias de verano eran sólo intermitentes; las tormentas

torrenciales más intensas llegarían en cuestión de tres semanas. Por ello, el maestro —un hombre joven y grueso con un abanico y gafas pasadas de moda— daba la clase bajo un bosquecillo de árboles bajos. Eran niños y niñas de entre seis y doce años, que sujetaban Catones de plástico editados por las NÚ e intentaban no dejarse distraer por la aparición del coche.

Aún no llovía, pero el ambiente era espantosamente húmedo. Norman, mojado de pies a cabeza, pensó en la cantidad de energía necesaria para salir del coche y ponerse en pie. Le preguntó a Gedeón si necesitaba ayuda para cambiar las bombonas. Mientras rodeaba el coche para coger las de repuesto —una de hidrógeno y una de oxígeno— de debajo del asiento trasero, Gedeón rechazó la oferta.

Pero Norman salió de todos modos y se encontró mirando la parte frontal, parecida a un
porche, de una casa a cuya puerta se habían reunido unas cuantas mujeres y un hombre de edad media, muy delgado, que yacían entre ellas sobre una mesa baja y alargada. Empapaban trapos en cubos de agua y le lavaban la piel, y él parecía no hacer ningún esfuerzo para cooperar.

—¿Qué pasa ahí? —preguntó a Gedeón, un poco sorprendido—. ¿Está enfermo ese hombre?

Gedeón no miró de inmediato. Dejó caer la tapadera de las bombonas en el asiento trasero, abrió y reconectó las válvulas de gas y recogió los cilindros vacíos para llevarlos al depósito trasero antes de seguir con la mirada la indicación de Norman.

—¿Enfermo? No, muerto —dijo, ausentemente, y guardó las bombonas en el coche.

Uno de los alumnos mayores, sentado sobre las piernas cruzadas en la última fila de la clase, alzó una mano y le preguntó algo al maestro.

—¿Va algo mal? —preguntó Gedeón, al darse cuenta de que Norman no hacía gesto de volver al coche.

—No, realmente no —dijo Norman al cabo de una pausa—. Es sólo que yo…bien, mira, es la primera vez que veo un cadáver.

—Tiene el mismo aspecto que una persona viva —dijo Gedeón—. Sólo que no se mueve y no sufre. Demonios, me lo temía. ¿Te importa ser una ayuda visual para el profesor de la escuela durante unos minutos?

Las mujeres habían terminado la tarea de lavar el cadáver; vertieron el agua sucia en el suelo y un cochinillo se acercó a lamer el charco que formó. Desde lo alto de los largos postes que sujetaban el tejado de paja

que cubría el porche, unos polluelos miraron abajo solemnemente. Una de las mujeres fue a buscar un barreño metálico lleno de algo blanco y pegajoso y empezó a embadurnar el rostro del cadáver, utilizando una brocha de plumas de gallina atadas alrededor de una ramilla.

—¿Para qué es eso? —preguntó Norman a Gedeón.

—¿Qué? ¿Ah, la pintura blanca? Creo que proviene de la época de los primeros misioneros. Todos los cuadros de santos y ángeles que vieron cuando les convirtieron al cristianismo eran de piel blanca, así que decidieron dar a sus muertos unas posibilidades mayores de ser admitidos en el cielo.

Toda la clase infantil se puso en pie y esperó a que pasara delante de ellos el maestro,
que les condujo hacia el coche.

—Buenos días, caballeros —dijo afablemente el joven grueso—. Mi clase me ha pedido
permiso para hacerles unas cuantas preguntas. Ya que no tienen muchas ocasiones de viajar por sí mismos, quizá les perdonarán.

—Desde luego —dijo Gedeón con sólo un rastro de suspiro.

—Una barbaridad de gracias. Primero, ¿podemos saber de dónde vienen? —el maestro se volvió y tendió una mano, esperando que uno de los alumnos mayores le diera un mapa enrollado, de colores brillantes y rasgos esquemáticos. Los muchachos que no estaban demasiado entusiasmados por el coche o la preparación del cadáver se amontonaron para ver qué lugar del mundo indicaría Gedeón.

Cuando su dedo se situó sobre la zona de Nueva York, se oyó un suspiro general.

—¡Ah, son americanos! —dijo el maestro—. Sara, hemos aprendido cosas de América, ¿verdad? ¿Qué sabes de ese gran país tan lejano?

Una chica de maneras serias de unos trece años, una de los alumnos mayores, recitó sus conocimientos.

—América tiene más de cuatrocientos millones de habitantes. Algunos de ellos son negros como nosotros pero la mayoría son coc...

Dudó.

—Cauc... —corrigió el profesor.

—Caucásicos —consiguió decir Sara—. La capital es Washingham...

—¿Washing...?

—Washington. Hay cincuenta y dos Estados. Al principio había trece pero ahora hay cuatro veces más. América es muy rica y poderosa y nos envía buenas semillas para plantar, clases nuevas de pollos y vacas que son mejores que las que teníamos antes, y montones de medicinas y desinfectantes para que estemos sanos.

Sonrió de repente y dio un saltito de satisfacción por su propio éxito en la respuesta.

—Muy bien -aprobó Gedeón.

—Me gustaría preguntarle, señor... —alzó la mano un chico junto a Sara, más o menos de la misma edad.

Norman se sentía inclinado a dejar divagar la mente. Sin duda ésta era una de las tareas normales de relaciones públicas que Gedeón tenía que realizar cuando recorría el país de este modo increíblemente informal — que a Norman le sorprendía por lo absurdo: ¡el Primer Secretario de la Embajada de los Estados Unidos parándose al azar en un poblacho aislado y charlando con niños—. Pero tenía la cabeza demasiado ocupada intentando organizar sus propias percepciones.

Había descubierto hacía pocos segundos por qué le resultaba tan difícil hacerlo. El ver un cadáver durante su preparación para el entierro, de hecho a la vista de todo el mundo, le había impresionado. En la América moderna y estéril, uno era consciente intelectualmente de que la muerte podía ser un acontecimiento público por fallos cardíacos o, más sangrientamente, por la intervención de un locriminal; pero apenas nadie había visto en realidad a uno en acción y, emocionalmente y para la vida de todos los días, se asumía que la muerte era algo que ocurría limpiamente en los hospitales, fuera de la vista de cualquiera excepto de los expertos acostumbrados a manejar la carne humana.

Pero la gente muere.

Del mismo modo, Beninia era una impresión constante. Recibida por la vista y por el oído, la información enlatada que proveían Shalmaneser y la biblioteca de TG era manejable, asimilable, de un tipo familiar. Pero enfrentado al idioma, al olor, a la dieta local, al aire cálido y pegajoso de principios del verano, a los pegotes de barro que le rodeaban los zapatos, se encontraba en el mismo aprieto que un bosquimano intentando comprender una fotografía, agotado por el esfuerzo de saltar el abismo entre los símbolos conocidos de antemano y b. realidad del momento.

Y, sin embargo, era preciso hacerlo. Aislado en la torre de aire acondicionado de TG, uno podía hacer malabarismos durante mil años

Librodot

con los datos de los ordenadores y reordenarlos en un millón de disposiciones lógicas maravillosas. Pero había que poner los pies en el suelo y ver si los datos eran exactos antes de conmutar los controles de programación de Shalmaneser de «hipotético» a «real».

Su atención regresó violentamente al aquí y ahora como si hubieran activado un conmutador semejante en su propia mente: había oído, en la memoria, el resto de la pregunta del niño.

...¿cómo es posible que los chinos puedan hacer tanto daño en California?

Gedeón parecía confuso.

—Me temo que no te entiendo del todo —dijo al cabo de un momento.

—Le ruego que perdone al muchacho, señor —dijo el maestro, evidentemente turbado—. No es el tema más delicado....

—Contestaré cualquier pregunta, delicada o no —dijo Gedeón—. Simplemente no lo he entendido, nada más.

—Bien, señor —dijo el chico—, tenemos una televisión aquí, y el profesor nos hace ver a los mayores el noticiario después de las clases antes de ir a casa, así que vemos mucho
sobre América. Y muchas veces hablan de daños hechos por chinos infiltrados en California. Pero, si los americanos son como usted o como los ingleses, y los chinos son como los vemos en la televisión, con esos ojos tan raros y la piel distinta, ¿por qué no les pueden reconocer y cogerles?

—Yo lo entiendo —dijo Norman roncamente—. ¿Quieres que le conteste yo, Gedeón? —se apartó del coche, en cuyo techo se había estado apoyando, y se acercó al grupo de niños, mirando al que había hecho la pregunta. No tenía más de trece años como mucho y, sin embargo, había planteado la cuestión en un inglés muy correcto con cierto acento británico. Probablemente lo habría tomado de uno de los comentaristas de noticias de la Europa Comunitaria. Aun así, era un avance a su edad.

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Simón, señor. Simón Bethakazi.

—Bien, Simón, probablemente ya eres lo suficiente mayor para saber cómo se siente uno cuando hace una tontería que no quisiera que supieran los demás. No porque te vayan a castigar, sino porque la gente se reiría... o porque te consideren uno de los niños más listos del colegio

y un niño inteligente no debiera haber hecho algo tan tonto. ¿Entiendes?

Simón asintió, con aspecto de gran concentración.

—Sólo que de vez en cuando pasan cosas que son demasiado importantes para ocultar. Imagínate que... ¡hum! Imagínate que derramaras una jarra de leche y no hubiera más leche en la casa. Y que hubiera sido culpa tuya porque hubieras estado haciendo algo tonto, como por ejemplo ver si podías colgarte por los pies de las vigas del techo.

Simón pareció no comprender y el maestro, sonriendo, dijo algo en shinka. El rostro del
muchacho se esclareció y tuvo que contener una sonrisa.

—Bien... podrías intentar echarle la culpa a otro... no, no lo harías, estoy seguro; eres un
buen chico. Podrías intentar echarle la culpa a un cerdo que te hubiera hecho tropezar, o a un pollo que te hubiera asustado y hecho caer.

«Realmente, los chinos tendrían que ser muy listos para hacer todo el daño de que se les
culpa. Pero, como América es un país muy grande, muy rico y muy orgulloso, no nos gusta admitir que tenemos gente que no es feliz... que, de hecho, es tan infeliz que quiere cambiar la sociedad. Pero son sólo unos pocos, no los suficientes como para conseguir tales cambios. Así que se ponen de mal humor y rompen cosas, como hace en todas partes la gente.

»Y hay otras personas que también querrían cambiar la situación, pero que todavía no han llegado al punto de tirar bombas o de incendiar casas. Si supieran que hay muchos más como ellos podrían decidir empezar a hacerlo. Así que nos gusta que la gente crea que la culpa es de otros. ¿Comprendes?

—Quizá sea un poco sofisticado para él —dijo en un aparte el profesor a Norman.

—No, lo entiendo —dijo vivamente Simón—. He visto a uno que se puso de mal humor. Fue cuando estuve con mi primo en el norte el año pasado. Vi a un señor y a una señora inoko que discutían.

Palabras de incredulidad subieron a los labios de Norman. Sin embargo, antes de que pudiera pronunciarlas, Gedeón había tosido educadamente.

—Si nos perdonáis, tenemos que seguir camino —dijo.

—Desde luego —sonrió ampliamente el maestro—. Muchas gracias por su amabilidad. ¡Chicos, tres hurras para nuestros visitantes! Hip hip...

—¿Y qué pensaría el Estado —dijo Norman, de nuevo en camino— de esa... en... explicación?

—Fue sincera —dijo Gedeón encogiéndose de hombros—. Difícilmente será lo que oigan en la televisión, pero fue sincera.

—Había algo que quería preguntar yo, pero parecía una tontería —dudó Norman—..., ¡carajo! ¿Por qué estaba el joven Simón tan interesado en recalcar que había visto a alguien ponerse de mal humor?

—Es un chico muy inteligente. Y sofisticado.

—¡Cualquiera puede ver que no es tonto! Pero yo preguntaba...

—Sabía decirlo en inglés. No lo hubiera podido decir en shinka, que es su lengua natal, y eso no está nada mal para un muchacho de poco más de diez años, ¿verdad?

Norman sacudió la cabeza, confuso.

—Pregúntale a ese lingüista... ¿cómo se llama? El que trajiste contigo...

—Derek Quimby.

—Aja. Pregúntale si es posible expresar en shinka la idea de ponerse de mal humor: no es posible. Sólo se puede utilizar la palabra que significa «loco».

—Pero...

—Puedes creerme —Gedeón condujo el coche por una amplia curva, intentando esquivar los baches llenos de agua—. Yo no hablo demasiado bien el idioma, pero me las arreglo. El hecho es el siguiente: se puede decir «molesto» o incluso «exasperado», pero ambas palabras provienen de raíces que originalmente significaban «deuda». Alguien con quien uno se enfada le debe una disculpa, del mismo modo que le puede deber dinero o una vaca. Se puede decir «loco» y acompañar la palabra de uno o dos modificadores... la raíz de «divertido» o la de «lágrimas». En este último caso, se habla de alguien que está desesperadamente desquiciado, enfermo, a quien hay que cuidar y limpiar. En el primero, se invita a los demás a reírse de alguien que se ha puesto de mal humor, pero que volverá a lo normal más pronto o más tarde.

—¿Consideran la ira literalmente locura?

—No la tienen por suficientemente importante para darle una palabra independiente, eso es lo único que puedo decir.

—Pero ¡la gente debe de ponerse de mal humor de vez cuando!

—Desde luego. He visto incluso a Zad de mal humor. Pero no era contra nadie... fue el día que sus médicos le dijeron que debía retirarse o morir. Por cierto que le vino bien, como cualquier otra catarsis. Lo que no hacen es enloquecer de rabia y romper cosas que lamentarán más tarde. Llevo aquí más de dos años y jamás he visto a un padre pegar a un niño. Jamás he visto a un niño pegar a otro. Hacerle caer sí, o salir ante él desde detrás de una esquina pretendiendo ser un leopardo. ¿Sabes lo que decían antiguamente los mandinga de los shinkas?

—Que eran magos que podían robarle el corazón a un guerrero —asintió lentamente Norman.

—Exacto. Y el modo en que lo hacen es evitando las pasiones. No sé cómo lo consiguen, pero ahí está la historia. Mil años o más en el mismo lugar, sin molestar a nadie y, como te dije el día que llegaste, se tragaron a los holaini y a los inmigrantes inoko y kpala... ¿quieres que te diga una cosa que realmente no vas a creer?

—Ya lo has hecho.

—Quiero decir realmente. Me lo ha recordado ese cadáver al que le pintaban la cara. El primer misionero cristiano que vino aquí era un fraile español llamado Domingo Rey. ¿Sabías que los españoles tenían un asentamiento comercial cerca de Port Mey, una especie de sucursal de Fernando Poo? Hay allí un indicador que puedes ir a ver, si tienes tiempo.

»Sea como sea, aquel fraile hizo algo muy poco cristiano. Enloqueció y se ahogó cuando ya llevaba aquí siete años. Estaba convencido de haber sido poseído por Satán. Había aprendido el suficiente shinka para empezar a predicar; lo hizo con unas cuantas de las parábolas y de los puntos más destacados de los Evangelios y, para su consternación, quienes le oían dijeron: "no, no lo has entendido bien. No fue nadie que se llamara Jesús y que viviera muy lejos quien hizo eso. Fue nuestro propio Begi". ¿Sabes quién es Begi?

—Creo que no —dijo Norman tras una pausa.

—Cualquier informe sobre Beninia que no tenga en cuenta a Begi no merece la pena de ser leído —gruñó Gedeón—. Creo que se le puede considerar un héroe popular, una especie de mito utilizado para todo, o quizás algo parecido al Anancy de la India occidental. Parece que su nombre significa «nacido del invierno», y se dice que solía llevar siempre una lanza sin punta y un escudo con un agujero... para mirar a través.

Librodot

Y, como te puedes imaginar, las historias sobre él les gustaban más a los shinkas que las de Jesús.

»¿Quieres oír la que según dicen enloqueció al pobre fraile?

—Claro, adelante.

Gedeón condujo el coche por un tramo especialmente bacheado de la carretera, intentando esquivar los agujeros.

—Bien, dicen las historias que había llegado a la madurez de la ancianidad y conseguido una inmensa estima popular, porque hizo parecer tontos a los brujos, venció a un monstruo marino e incluso superó al fantasma de su abuelo, así que todo el mundo le solía llevar sus problemas para que los resolviera. Y, en cierta ocasión, el jefe de los holaini, el Emir —que los shinka, por cierto, convirtieron en «Omí», que significa indigestión; les encantan los juegos de palabras malos—... en cualquier caso, el Emir acabó por enfadarse de que los shinka se mostraran una y otra vez más listos que sus dueños y señores. Como por ejemplo cuando impusieron un impuesto abrumador, v ellos fueron a Begi y se quejaron y él dijo: «¿por qué no lleváis vuestras vacas fértiles a los establos de los sementales holaini y luego les pagáis el impuesto con sus propias terneras?», lo cual es toda la humorística. Y, por cierto, según la historia dijo: «Dad al Emir lo que es del Emir!».

—¿Dad al César...? —murmuró Norman.

—Lo has cogido. Así, finalmente, el Emir envió mensajeros para averiguar quién estaba dirigiendo esas maniobras ocultas, y Begi lo confesó y se le llevaron, y el Emir le crucificó en una colina al modo tradicional. Y, cuando vino a verle su viejo padre ciego, el jefe, en sus últimos momentos, dijo que los shinkas no debían culpar de su muerte a los holaini porque eran demasiado estúpidos para comprender lo que les había dicho.

—¿Padre, perdónales porque no saben lo que hacen?

—El que te educaran como baptista me evita explicarte un montón de cosas, ¿verdad? Creo que si fray Rey hubiera sido un poco más sofisticado habría pensado en la posibilidad de que algunas leyendas cristianas hubieran llegado al país de boca en boca, del mismo modo que se supone que la historia de Buda llegó a Roma y provocó su canonización como San Josafat... ¿lo habías oído? Pero creo que en aquellos tiempos el ambiente no estaba de su parte.

»Bien, en definitiva de lo que se trata es de que Begi ya estaba santificado por los shinka como prototipo del hombre perfecto, tolerante, equilibrado, agudo... todo el lote. No fue hasta que a algún otro misionario de miras más amplias se le ocurrió decir que Begi era

un profeta enviado a los shinka, que la cristiandad consiguió algunos progresos aquí. Y, hoy en día, oirás decir a los shinka que Begi tenía más sentido común que Jesús, porque llevó sus enseñanzas a gente que las entendía, mientras que Jesús se pasó de confiado y predicó a personas como los ingleses, que no le pueden haber entendido o no se comportarían como lo hacen.

Hubo unos momentos de silencio, turbado sólo por el zumbido del motor y por las quejas ocasionales de la suspensión.

—Te dije que nunca había visto un cadáver —dijo por fin Norman—. No sé por qué lo hice —tragó ampliamente, como si tuviera la garganta bloqueada en contra de la confesión que intentaba hacer—, porque... bien, el otro día maté a alguien.

—¿Cómo? ¿A quién?

—A una Hija del Divino. Atacó con una hacha a Shalmaneser. Ya le había cortado la mano a uno de nuestros técnicos.

Gedeón pensó en ello.

—Hay un proverbio shinka —dijo al cabo.

—¿Que dice...?

—Te quedan muchos años de vida... haz cosas de cuyo recuerdo te puedas enorgullecer cuando seas viejo.

VIENDO PRIMEROS PLANOS (20)

LA SOLTERONA DEMASIADO ANGUSTIADA

La decisión de derribar y reconstruir el edificio
se tomó en una reunión con todas las formalidades necesarias.
Lo hicieron los representantes de la gente, elegidos democráticamente.
Ninguno había estado en el interior... sólo en el umbral
brevemente, para recoger votos para la próxima elección,
que fue cuando olieron el hedor y supieron que no les gustaba.

Un joven ejecutivo del Ministerio de Sanidad
dijo que era impensable que ancianos y niños
vivieran hoy día en semejante miseria victoriana.
Habló de cocinas de llama, habló de suelos de madera rajados,
de ventanas de un sólo cristal, de cuartos de baño no her[méticos al aire.
Los miembros del comité se estremecieron y decidieron la mudanza.

Se enviaron las comunicaciones a sesenta y siete cabezas de familia…
la lista preparada sobre los registros de los resultados electorales.
Se fijó una fecha para el traslado a viviendas nuevecitas.
La gente se podía oponer, como previa la ley.
Si la cantidad de opositores superaba el treinta y tres por ciento
el Ministro de la Vivienda convocaría una discusión pública.

Había una mujer no incluida en los datos que se llamaba Grace Rowley.
Según sus instrucciones, el ordenador electoral,
que no había recibido su voto en tres años consecutivos,
la marcó como no residente, supuestamente mudada de casa o muerta.
Sin embargo, para estar seguro, le envió la notificación.
No sé recibió respuesta antes de la fecha límite.

Era la mañana de su setenta y siete cumpleaños.
La despertaron ruidos que jamás había oído.
Eran crujidos y sonidos de terremoto y rugidos de máquinas.
Cuando se levantó, asustada, y se puso la bata grasienta
sobre la ropa interior sucia en que siempre dormía,
vio dos extraños en la otra habitación.

Los años transcurridos la habían llenado de recuerdos de una vida:
zapatos que estuvieron de moda cuando era una chica guapa,
un regalo de un hombre con quien se hubiera querido casar,
la primera edición de un libro que luego vendió un millón de ejemplares,
una guitarra rota con la que había en tiempos acompañado sus canciones de amor,
un disco de Piaf comprado en los mejores tiempos de Piaf.

—Dios, Charlie, esto vale una fortuna —dijo una voz—.
Un periódico que envolvía un adorno le informó
del éxito triunfal del primer aterrizaje humano en la Luna.
—Dios, Charlie, ¿has visto alguna vez cosas semejantes? —dijo una voz—.
Todo estaba sembrado de nombres: Dylan, Brassens, Aldous Huxley,
Rauschenberg, Beethoven, Forster, Mailer, Palestrina…

Como sedimentos dejados por el río del tiempo en meandros húmedos,
La herencia lodosa de generaciones de modas pasadas
atestiguaba el contacto de la Srta. Rowley con su mundo.
Y de algún modo la tensión… la edad… se rompió el contacto, fuera como fuera.
Al alzar la vista y descubrir de repente que les miraba,
los hombres, que eran ambos jóvenes, pensaron: «Oh Dios mío. Oh Dios mío».

Con la autorización del comité, elegido democráticamente,
se llevaron a Grace Rowley y la metieron en su Hogar.
Por autoridad del comité, elegido democráticamente,

subastaron todas sus pertenencias menos la ropa
y prósperos anticuarios compraron una parte
y la vendieron con gran beneficio a coleccionistas e incluso museos.

Cuando después surgió el tema del gasto público excesivo
para mantener viviendas de protección oficial para ancianos,
se explicó que las pertenencias de la Srta. Rowley, vendidas,
habían amortizado de sobra el coste de acomodarla,
pues sólo había vivido un mes más y, por otra parte,
una facultad de medicina les había ahorrado el coste de un funeral.

CONTINUIDAD (28)

A PARTIR DE AQUÍ ES TODO CUESTA ARRIBA

Alguien trajo una jeringuilla diadérmica e inyectó algo a través de la sangre que ocultaba las muñecas de Donald, llevándole a una noche prematura. Cuando se despertó era de noche realmente; las ventanas de la habitación en que se encontraba mostraban una oscuridad tan completa como si los cristales se hubieran vuelto por arte de magia espejos de ébano. Le habían vendado las manos cortadas y le habían untado algo sobre las heridas para reducir el dolor. A su lado, bañada en el brillo de un panel de pared autoluminoso, le vigilaba una muchacha muy pequeña, de bata de enfermera y mascarilla esterilizada.

Volvía a llover. Oía el sonido de las gotas sobre las paredes, suave como el de un tambor poco tenso. Movió las manos y sintió la débil mordedura dolorosa que aún quedaba de las muchas heridas que se había hecho, su vista adoptó el color rojo puro de la sangre fresca y gimió.

Preparada, la muchacha le aplicó otra inyección en los músculos expuestos del brazo, probablemente un tranqui de cualquier clase. Le dejó un dolor sordo, pero el horror se redujo a la intensidad soportable de una pesadilla. Le tomó el pulso mientras hacía efecto y él siguió tendido sin poner objeciones. Podía sentir por sí mismo el pulso contra las yemas de los dedos. Cuando se redujo a una velocidad que calculó en algo más de setenta, la enfermera se levantó y se dirigió a la puerta.

Oyó voces a través de ella, la de un hombre y la de una mujer, que discutían vivamente. El hombre decía que quería entrar y la mujer decía que tendría que esperar fuera quien fuera. Por fin, venció ella y entró en la habitación de Donald.

Era grande para ser yatakangi, de un metro setenta aproximadamente, y fuerte; no vestía un shareng, sino una camisa de hombre, pantalones y botas que retumbaban sobre el suelo de plástico. Llevaba el pelo

Librodot

cortado a cepillo y un magnetofón de mango de pistola. Iba seguida de dos policías, uniformados de ante, que consiguieron a dúo cerrar la puerta y dejar fuera a la enfermera y al individuo invisible que había hablado.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó la mujer.

Donald asintió.

—Bien. Nuestra medicina es del más alto nivel de calidad, naturalmente —hizo un gesto a uno de los policías, que cogió una silla y la puso para ella frente a la cama—. Soy la Superintendente de la Policía del Estado Totilung. Tengo que hacerle unas cuantas preguntas.

—Antes de acusarme de asesinato, supongo —dijo Donald.

—Si eso es un chiste americano haga el favor de tener en cuenta que yo no puedo perder el tiempo en charlas de sociedad —Totilung asentó las nalgas grandes y duras en la estrecha silla y le apuntó con el magnetofón como la boca de un trabuco.

—¿Quién era? —dijo Donald de repente.

—¿Qué?

—El hombre a quien maté... ¿quién era?

Totilung contuvo a duras penas una réplica aguda, probablemente semejante a la anterior.

—¡Soy yo quien hace las preguntas, no usted! —dijo, pero contestó de mala gana—: un estudiante que había estado trabajando demasiado. Dicen que su familia esperaba demasiado de él.

Algo así me había imaginado. Donald se frotó las sienes con los puños vendados.

—Adelante, Superintendente —dijo, suspirando—. ¿Qué le puedo decir yo que no sepan los testigos? Había mucha gente mirando.

—Cierto. El Sargento Song estaba entre ellos —hizo un gesto hacia uno de los policías que le acompañaban—, pero la multitud le impidió disparar contra el hombre enloquecido sin peligro de herir a los demás.

—Lo recuerdo —dijo Donald—. Le vi por un momento intentando llegar al camino —el tranqui le mantenía la voz bajo control; sin él hubiera chillado.

No tenía por qué matarle. ¡Ya estaba inconsciente!

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Totilung—. ¡Bien! ¿Es usted Donald Macerdo, periodista del Servicio de Transmisión por Satélite en Inglés?

—Eh… sí.

—¿Vino a la universidad claramente para sufrir la esterilización obligatoria para los extranjeros? —no esperó respuesta, sino que añadió—: Por cierto, eso ha quedado resuelto.

La mano de Donald, contra su voluntad, se dirigió a los genitales.

—No queda cicatriz ni molestias —dijo Totilung sin sonreír—. Y me han asegurado que una operación para recuperar sus funciones tendrá éxito en todo caso.

Donald retiró la mano como un niño descubierto culpablemente jugando consigo.

—¿Por qué se molesta en interrogarme? —dijo, airado—. ¡Sabe cosas de mí que ni siquiera yo conozco!

Totilung le ignoró.

—Hemos examinado sus documentos y otras pertenencias —dijo—. También su cuerpo. Se encuentra físicamente en buen estado de salud, con restos de una droga estimulante que sin duda tomó para contrarrestar el tiempo ganado en el vuelo desde América… ¿correcto?

Donald asintió cansadamente. Por fortuna, había un frasco precisamente de tal droga en su equipaje, en el hotel. Pero no la había probado; los restos que habían detectado debían de ser los últimos residuos de lo que se le administró durante la eptificación.

—En nuestros registros no consta ningún caso de que un hombre sin armas haya vencido jamás a un locriminal —dijo Totilung—. Naturalmente, tenemos muy pocos locriminales, y el sistema ilustrado bajo el que vivimos ahora está reduciendo incluso más su frecuencia — incluyó tal afirmación no muy convencida, como si fuera una frase de propaganda obligatoria—. Sin embargo, hemos hecho estudios teóricos de tales personas y nuestros expertos han llegado a la conclusión de que las reacciones de un locriminal, al no estar sujetas a juicio racional, son más rápidas que las de una persona en su estado mental normal. Sin embargo, he de aceptar lo que me dicen los testigos: usted ha derrotado a uno, mucho más joven que usted mismo y, por si fuera poco, armado de un fang. Así que lo que quiero saber es lo siguiente: ¿qué le convierte en una máquina de matar de tal eficacia?

Librodot

Nadie le había dicho a Donald cómo contestar a una pregunta semejante. Por lo visto no se les había ocurrido a quienes le entrenaron que su talento nuevo quedara revelado en un momento y lugar que no hubiera elegido él.

—No... no lo sé —dijo débilmente.

—¿Es usted un atleta bien entrenado? Algunos de nuestros psicólogos creen que los atletas capaces de batir marcas pueden entrar voluntariamente en estado berseker.

—No... eh... no, no lo soy. Me mantengo en buena forma, pero nada más.

—Y no estaba drogado, y no estaba tan ciego de rabia como para que se le pudiera considerar berseker a usted mismo. Así...

—Creo que lo estaba —dijo Donald.

—¿Qué?

—Creo que estaba ciego de rabia. Vi que toda esa gente huía corriendo de un muchacho sólo porque tenía una espada. Y ahí estaba aquel hombre tendido en el suelo, intentando levantarse sin conseguirlo, y un minuto más tarde hubiera estado también muerto —se obligó a sentarse en la cama y miró a Totilung.

—Me dio vergüenza... ¡eso es lo que lo provocó! ¡Me dio vergüenza verles correr para salvar sus propios pellejos y que ni uno sólo intentara ayudar al hombre caído!

—Pero cuando un locriminal... —dijo rígidamente Totilung, dolida por la reprimenda
porque venía de un extranjero, y encima ojigordo.

—¡Sí, alguien les había dicho que no podían dominar a un locriminal! Pero yo lo he hecho, ¿no? Me puse tan furioso al ver aquel rebaño de cobardes que me fui a por él. Debo de haber estado loco de rabia, o...

Se controló.

—Adelante —dijo Totilung—. Termine lo que iba a decir.

—O no le hubiera cortado el cuello en la puerta de cristal —las náuseas le retorcieron el
estómago ante el recuerdo.

Totilung siguió sentada, quieta, durante más de treinta segundos, sin que su rostro duro y masculino diera ninguna muestra de sus pensamientos. Por fin, desconectó el magnetón y se levantó.

—Hay mucho más que me gustaría saber —dijo—. Pero dadas las circunstancias... —se encogió de hombros—. Sólo añadiré una palabra de advertencia.

—¿Qué?

—En Yatakang no nos gustan demasiado los asesinos expertos que vienen de otros países. A partir de este momento y hasta que se vaya me aseguraré de que esté bajo vigilancia... en parte por lo que ha hecho, pero mucho más por lo que aún puede hacer.

Se dio la vuelta sobre los tacones y el Sargento Song saltó a abrirle la puerta.

—Muy bien, ahora puede verle usted —le oyó Donald decir a alguien al otro lado del umbral, mientras salía.

Quizá los cuidados médicos yatakangis hubieran ayudado al cuerpo extenuado de Donald; pero no podían llegar a salvarle la mente horrorizada. Treinta y cuatro años de vida pacífica no le habían preparado para oír que alguien le llamaba asesino experto y darse cuenta de que era una descripción real. Distraído, apenas prestó atención a su nuevo visitante, cuando entró acompañado de la misma enfermera que había visto junto a la cama al despertarse.

—¿Sr. Macerdo? —dijo el hombre—. ¿Sr. Macerdo...? —repitió.

Donald se obligó a volver la cabeza y reconoció al hombre de coronilla calva cuya vida había salvado del locriminal. De pie, en vez de tendido, tenía ahora un aspecto brumosamente familiar, como si su rostro hubiera aparecido tiempo atrás en una pantalla de televisión.

Pronunció un saludo mecánico en yatakangi. El hombre respondió en un inglés correcto.

—Por favor, hablemos en su idioma... hace mucho tiempo que no tengo ocasión. El inglés está... en... algo así como fuera de moda en estos tiempos... ¡Bien! Señor, quiero antes que nada expresarle mi gratitud y mi admiración, pero creo que las palabras son demasiado débiles para ello.

Es lo último en el mundo por lo que quisiera ser admirado, y las gracias no las merezco.

Pero explicarlo hubiera sido un esfuerzo excesivo. Donald suspiró y asintió.

—Eh... —dijo— me parece que no conozco su nombre.

—Me llamo Sugaiguntung —dijo el otro.

Creo en la lógica, en la secuencia de causa y efecto y en la ciencia, su hijo unigénito, ley nuestra, concebida por los antiguos griegos, que medró bajo Isaac Newton, sufrió tormento bajo Albert Einstein...

Aquel fragmento de un «credo para materialistas» que le había enseñado una vez un compañero de estudios, surgió a la superficie de la mente confusa de Donald. Simultáneamente parecía pensar no creo en coincidencias como ésta y •fue al lado mismo del edificio en que trabaja y Dios, vaya un momento para verme cara a cara con
él.

La situación era tan absurda que se encontró intentando contener una risa histérica y Sugaiguntung pareció alarmado, como si sospechara que se pudiera estar ahogando. Hizo un gesto a la enfermera para que se acercara, pero Donald controló su acceso de diversión estúpida.

—Me entran ganas de reírme de mí mismo por no reconocerle —murmuró—. Lo siento
mucho... ¿quiere sentarse?

Con sumo cuidado —probablemente por el corte que la espada le hizo en las nalgas—, Sugaiguntung se sentó en la silla que Totilung había dejado libre. Se inclinó adelante con expresión formal.

—Señor —dijo—, tengo entendido que es usted periodista. Ya que podría estar escribiendo ahora mi nota necrológica... —dudó—. Bien, una deuda semejante no se puede compensar jamás. Pero posiblemente habrá algo que yo pueda hacer y le sea útil profesionalmente... ¿Una entrevista en exclusiva, una visita guiada a mis laboratorios? Pídame todo el tiempo que quiera. Si no fuera por usted, no tendría ningún tiempo.

Como un hombre que, al borde de la embriaguez, intentara no delatar el estado en que se encontraba, Donald se debatió consigo mismo para poner en orden sus ideas caóticas.
Ayudado por el tranqui, se calmó poco a poco. Recordando lo que Sugaiguntung acababa de decir, le llamó la atención el curioso giro que había empleado, y un relé hizo contacto en aquella parte de su mente en que almacenaba pequeños detalles observados tiempo atrás sobre asuntos tales como no chasquear los dedos en Yatakang.

Librodot

¡Dios, sería una jugada sucia! Pero ya estoy denigrado, y me permitiría salir antes de lo previsto de este país odioso y repugnante...

Miró a Sugaiguntung por el rabillo del ojo. Sabía que el científico tenía algo más de cincuenta años. Quizás a aquella edad fuera lo suficientemente viejo para respetar algunas de las costumbres contra las que el régimen de Solukarta hacía propaganda. Valía la pena correr el riesgo.

Existía, o había existido, una tradición yatakangi según la cual, si un hombre le salvaba la vida a otro, éste debía ponerse —sólo una vez— a la absoluta disposición del primero para hacer cualquier cosa que, de ser necesario, le costara incluso la vida que el salvador se había ganado. Hasta que no cumpliera esta obligación no podía volver a llamar suya a su vida.

—Muy bien, profesor —dijo de repente—. Hay algo que quiero de usted.

Sugaiguntung inclinó la cabeza atentamente.

—Profesor, no soy sólo un periodista. Soy un asesino experto... ¡ALTO! Estoy graduado en biología y escribí mi tesis doctoral sobre paleogenética. Es el motivo por el que me enviaron aquí —el motivo por el que resulta tan ridículo que no le haya reconocido de inmediato—... bien, estoy aquí para cubrir el programa de optimización, naturalmente. Si no lo entiendo mal, su gobierno se ha comprometido a hacer dos cosas, y ha utilizado su nombre como garantía de que se llevarán a cabo. Primero van a depurar la herencia yatakangi hasta asegurarse de que sólo sobrevivan las líneas genéticas sanas. Y luego van a engendrar un modelo mejorado de hombre.

»En mi país, los expertos encuentran difícil creer que, con sus recursos actuales de especialistas en genética experimentados, su gobierno pueda mantener ni siquiera la primera parte de su promesa, y nadie en absoluto, excepto usted, podría realizar la segunda.

»Así que le quiero preguntar directamente si es posible hacerlo. Porque si no es así... bien, desde luego que me gustaría tener una entrevista en exclusiva, desde luego que me gustaría visitar sus laboratorios. Pero sería una pérdida de tiempo.

Oyéndose hablar, se preguntó si estaba haciendo una estupidez. Como había dicho Keteng, los americanos carecían de delicadeza, y éste era sin duda el enfoque más crudo posible.

Hubo unos momentos de silencio que parecieron durar eternamente. Apenas pudo dar crédito a sus sentidos cuando por fin vio que Sugaiguntung movía la cabeza una sola vez a un lado para decir: no.

Olvidando sus contusiones y cortes, se sentó violentamente en la cama. Ignoró a la enfermera que se lanzó para ajustarle el cabecero.

—Profesor, ¿quiere usted decir...?

Sugaiguntung se levantó bruscamente de la silla y comenzó a andar de un lado a otro.

—¡Si no le confío a alguien la verdad —exclamó con un tono de exasperación impropio de Yatakang— enloqueceré yo mismo! ¡Me convertiré en un locriminal como mi miserable alumno esta tarde! ¡Sr. Macerdo! —su voz cayó hasta el tono de un susurro— ¡Soy un ciudadano leal y patriota de mi país... es mi hogar, y lo quiero con toda el alma! Pero ¿acaso no es responsabilidad de cualquier hombre el salvar lo que ama de la estupidez de otros?

Donald asintió, asombrado de la reacción que había provocado, como si estuviera mirando por la boca del Abuelo Loa para encontrar, al separarse la niebla, la lava brillante, roja como un campo de amapolas.

—¡Alguien se ha comportado como un estúpido! —dijo Sugaiguntung apasionadamente—. Yo mismo he visto el éxito de nuestro gobierno, el cambio y los beneficios que ha traído al país... ¿es que van a desperdiciarlos, y con ellos todo aquello por lo que yo he luchado? ¡Sr. Macerdo! —se detuvo y se volvió a Donald—. ¿Había usted oído mi nombre antes de que se hiciera este... este anuncio?

—Desde luego, cientos de veces.

—¿En relación con qué?

—Bacterias desarrolladas a medida tan buenas como las de cualquier otro país del mundo. Una variedad de árbol de caucho que envidian los países competidores. Una tilapia mutada que alimenta a millones de personas que, de no ser por ella, sufrirían enfermedades por falta de proteínas. Un...

—Gracias —cortó Supaiguntung—. A veces, sólo últimamente, he llegado a imaginar que lo había soñado todo. Pero ¿ha oído usted alguna mención sobre cuatro monos que se mataron a sí mismos?

—¿Suicidio? ¿En un mono? Pero yo creí que su trabajo sobre simios era la base de...

—Oh, aún hay uno que sobrevive —Sugaiguntung despreció el espécimen que quedaba con un gesto de la mano y volvió a andar—. Pero supongo eme usted sabrá algo de psicología además de biología, ¿no? Un mono capaz de imaginar un modo de matarse comparte de hecho algo de lo que distingue al ser humano de los otros animales. Si

no es preciso que le explique este hecho, quizá le pueda aclarar una cosa que no he conseguido hacer comprender a... a determinadas personas que aquí disfrutan de autoridad.

Apretó el puño en el aire, como si intentara físicamente formar las palabras de la nada.

—Perdone si expreso mis ideas burdamente. Apenas sé ni yo mismo es lo que temo, pero sé con toda seguridad que temo algo. Puedo decir sin orgullo, Sr. Macerdo —créame, sin orgullo en absoluto, porque lo que yo consideraba un regalo de los dioses se ha convertido en una carga insoportable—, que ciertamente no hay nadie en el mundo que haya conseguido lo que yo. ¡Fíjese! Una de las pocas otras cosas que sólo los seres humanos tenemos es el lenguaje, la capacidad de comprender mentalmente símbolos y asociaciones y pensar en objetos y acontecimientos que no están presentes entre las percepciones reales. Yo he modificado los genes de un orangután y he obtenido crías que compartían también eso con nosotros. ¡Pero el lenguaje lo hicimos nosotros... nosotros, los hombres! Ellos eran monos, y el mundo en el que crecieron era humano, no les pertenecía. Creo que es por eso por lo que cuatro de ellos encontraron medios de abandonar este mundo. El quinto está vivo. Puede conocerle si quiere, hablar con él... conoce unos cuantos centenares de palabras sencillas...

—¡Pero eso es fantástico! —exclamó Donald, pensando en las decenas, en los cientos de animales caseros adaptados genéticamente que había visto, representantes miserables de millares más que habían demostrado ser inviables, menos aptos para la vida, tras las manipulaciones humanas, que sus progenitores naturales.

—¿Le impresiona? Entonces le voy a preguntar algo: ¿qué habría hecho usted si hubieran venido a verle como a mí, para decirle: «ya está bien de hacer pruebas con simios inferiores, su país exige que usted trabaje con plasma germinal humano, y si se producen fallos debe dejarlos a un lado como cualquier experimento sin éxito»?

—¿Quiere decir que aún no ha tenido éxito con material humano?

—¿Éxito? ¿Qué es el éxito? —contestó Sugaiguntung amargamente—. Supongo que en ciertos sentidos lo he tenido. Muchas veces he tomado el núcleo de una célula de un donante, lo he transplantado a un óvulo, y ha crecido; a veces he tocado, doblado, alterado un cromosoma, y gente que de no hacerlo hubiera tenido hijos enfermizos o locos han criado niños sanos de su propia carne y de sus propios huesos... Creo que se quedaron satisfechos. Quizá usted le puede llamar éxito a eso.

—¿Ha intentado corregir el gene de la porfiria de Solukarta?

Librodot

—También —admitió Sugaiguntung, sin sorprenderse al ver que Donald conocía el bien
guardado secreto—. Tiene un efecto secundario. La descendencia sufriría de palatosquisis.

—Se podría reparar quirúrgicamente...

—Más un ojo de cíclope y una fontanela permanente.

—Ya. Siga.

—Apenas sé cómo —no pareciendo mirar lo que le rodeaba, sino más allá de las paredes, hacia el futuro impredecible, Sugaiguntung se volvió a sentar, al tacto—. El código humano es más complejo, pero no difiere en lo esencial del de las bacterias; dice divide y combina en vez de divide y difunde, pero de todos modos dice divide.

Calló. A Donald le devoraba la impaciencia.

—¡Pero —dijo—, si puede dotar a un mono de la habilidad de utilizar el lenguaje, parece como si estuviera al alcance precisamente de lo que ha prometido su gobierno!

—¿Hum?.—se sobresaltó Sugaiguntung—. Ah, sí... con los conocimientos que tenemos ahora, mediante técnicas de clones y alteración tectogenética de genes defectuosos, Yatakang podría quedar libre de taras congénitas en un plazo de cien años.

—¡Pero eso no es lo que dicen pretender!

—Sr. Macerdo, ¿no entiende? ¡No me interesa qué declaraciones hayan hecho! Son políticas, no científicas —Sugaiguntung inspiró profundamente—. Sr. Macerdo, ¿qué es un hombre? Una parte es el mensaje que se va transmitiendo a lo largo de los siglos en un código químico... pero muy poco. Tome un individuo humano y hágale crecer entre animales como un niño salvaje. Al llegar a la pubertad, ¿acaso es un ser humano, por mucho que pueda reproducirse y transmitir su forma física? ¡No, es una mala copia del animal junto al que creciera! Escuche, hay un punto en determinado cromosoma que puedo alterar —que creo que puedo alterar— para, al cabo de cincuenta o cien fallos, conseguir una criatura con un desarrollo cerebral que sería para nosotros como el de mis orangutanes para sus madres. ¿Quién educaría a ese niño? Siendo así que cuatro de mis cinco monos se suicidaron, porque no éramos capaces de enseñarles a vivir excepto al modo humano... ¡y no eran humanos! Podría tocar otro punto en que están codificados determinados músculos y huesos y lograr un hombre de tres metros de altura con huesos suficientemente gruesos como para soportar su peso, correr, saltar y arrojar cosas. De esto estoy menos seguro, porque la fuerza bruta no era una característica necesaria en

mis monos. Pero creo que podría hacerlo. Quizá tendría los ojos de color rosa y carecería de pelo, pero...

Donald sintió un escalofrío.

—Pero, entonces —dijo—, podría criar superhombres.

—Puedo leer la estructura de sus núcleos como un mapa de calles de esta ciudad —dijo Sugaiguntung sin engreimiento—. Déme un millón de células de su cuerpo —que criaría en cultivos hechos con una rascadura de piel que no sentiría ni echaría de menos— y le diré por qué, en términos químicos, tiene la estatura que tiene, su cabello es del color que es, por qué es de piel blanca y no negra, por qué es inteligente y hace bien las digestiones y la línea de la vida de la palma de su mano se bifurca un centímetro de la raíz. No las he visto... están vendadas. Pero su tipología física lleva asociada una galaxia de características, como la de todo el mundo.

«Puedo transplantar un núcleo clone de una de tales células y darle un gemelo idéntico que sería hijo suyo. Puedo decir que, con un poco de suerte, habría una buena posibilidad de hacerle más alto, más fuerte, más ágil, concebiblemente incluso más inteligente que usted, en un pequeño porcentaje. Si usted insistiera en que fuera rubio probablemente podría conseguirlo. Es más: si quisiera una niña podría hacer una buena imitación. Tendría algunos atributos masculinos: pecho plano, bigote. Pero no tendría pene.

—Entonces, si ya puede hacer todo eso, en veinticinco años más...

—Al cabo de ese tiempo, ¿quién habrá enseñado a mi gobierno a no hacer declaraciones que no puede justificar? —cortó Sugaiguntung.

Donald se reclinó en la cama, empezándole a doler la cabeza.

—Lo siento —dijo—, estoy desesperadamente confundido. Parece que usted podría llevar a cabo la segunda parte del programa de optimización, la que todo el mundo considera exagerada, mientras que la primera, que se basa en conocimientos que ya existen, es la que no se puede desarrollar... ¿he comprendido bien?

—Sé —Sugaiguntung se encogió de hombros— qué nivel de inteligencia es preciso para que un experto en tectogenética sea lo suficientemente bueno. La reserva genética de Yatakang no podría producir el... el ejército de ellos que el programa requiere en menos de un siglo. No, si mientras tanto queremos que todos los otros asuntos del país sigan en marcha.

—¿Se da cuenta de ello el gobierno?

—Lo he dicho a menudo y claramente, y siempre han contestado que ellos son los mejores jueces de lo que conviene en política, que yo tengo que volver a mi laboratorio y hacer lo que me digan —Sugaiguntung dudó—. En este país, como estoy seguro de que ocurre también en el suyo, uno se inclina a creer al especialista. Pero especializarse es ser ignorante, y hay ciertos hechos inmutables...

—Si tropiezan con esos hechos —sugirió Donald— es probable que frenen la primera parte del programa y pongan más énfasis en la segunda..., ¡que monten un proyecto de choque para producir seres humanos mejorados y modificados!

—¡Cosa que no deben hacer! —dijo Sugaiguntung, subrayando cada palabra con un golpe del puño derecho sobre la palma de la otra mano—. De mis cinco monos se suicidaron cuatro. Tomamos toda clase de precauciones. De no haber sido por ellas, podrían haber matado a un hombre. Se puede encerrar y vigilar a un supermono: ¿quién, entre nosotros los seres humanos, sería capaz de controlar a un superhombre? Si deseara matar no se le podría impedir.

«Usted, de entre todos, es quien mejor debería entenderlo —añadió casi inaudiblemente—. Sólo hace pocas horas que usted mismo mató.

No debió decir eso. Donald había estado al borde de conectar con su yo anterior: acostumbrado a tomar información desapasionadamente, a organizaría como las piezas de un rompecabezas hasta aparecer nuevas estructuras. Apenas se había preocupado ni siquiera del hecho de que no estaba grabando —como un periodista de verdad— lo que le decía el científico; confiaba en su entrenamiento de tanto tiempo para cribar y absorber los puntos más importantes.

Sin embargo, enfrentado con el recuerdo de lo que había hecho, sólo había un modo en que pudiera digerir las circunstancias y seguir siendo racional: Aceptarse de nuevo como Donald Macerdo mod. II, el asesino eptificado para quien el homicidio formaba parte del trabajo de todos los días.

Sabía que debía explotar las confesiones vitales y únicas que Sugaiguntung había hecho. Por otra parte, sentía compasión por el genio científico cuyo amor por su país le había llevado a complicarse en una mentira, a apoyar una treta publicitaria, a violar sus ideales más estimados. La tensión de intentar hacer compatible ambas posturas era insoportable. Parte de ella se hundió al nivel del subconsciente, como átomos de una molécula sometida a presión que esperaran la oportunidad de liberar la energía almacenada al llegar al punto de ignición del compuesto.

—¿Qué piensa ahora de su gobierno, Profesor? —dijo. El tono parecía dotar de agujas a las palabras.

—Temo por mi país, si sigue en el poder —susurró Sugaiguntung.

—¿Qué es lo que usted quiere? ¿Qué es lo que más le gustaría?

—¿Que qué me gustaría? —parpadeó Sugaiguntung—. Me gustaría... me gustaría quedar libre de esta tensión. Me estoy enmoheciendo en mis procedimientos y maneras, tengo cincuenta y cuatro años, pero aún tengo ideas que no he probado, puedo enseñar a los jóvenes lo que sé y no me permiten escribir..., ¡me gustaría ser aquello para lo que estudié: un científico, en vez de una figura política popular!

—¿Ve alguna posibilidad de conseguir lo que quiere, mientras este gobierno siga en el poder de Yatakang?

Hubo un silencio prolongado.

—Tuve cierta esperanza —dijo Sugaiguntung al fin—, he seguido teniéndola—. Ahora... ahora tengo que fingir que aún la hay.

—Debe darme una carta de autorización —dijo Donald, tras pensar un momento—. Debe escribirme un papel diciendo que puedo ir a su domicilio privado para hacerle una entrevista... y dónde es. Puede conseguir lo que desea. Lo juro, yo me encargaré de que tenga lo que desea.

CONTEXTO (22)

¿ESTÁN BIEN EL NIÑO Y LA MADRE?

«¡Hola, ésos de ahí, los que estáis furiosos con el Tribunal de Selección Eugénica por negaros el derecho a la paternidad! Si el paternalismo estuviera completamente fuera de
moda no sería tan malo, ¿verdad? Pero es más actual que la actualidad. Hay que soportar ciento y la madre de cosas que le prohíben a uno "por su propio bien", y si hay algo que a uno se le permita es probablemente por el bien de la gente que podría prohibirlo y no lo hace.

»Yo soy una persona afortunada, porque me dicen que tengo un par de hijos buenos y sanos... de hecho, me han llamado hace poco los dos, cuando se enteraron de que había devuelto mi fósforo a la reserva planetaria. Sus llamadas me hicieron pensar en los riesgos que corrí cuando les puse en el camino feliz, y algunos de los hechos que recordé son casi terroríficos. Quiero decir que, sin un análisis de ordenador, ¿acaso harías tú normalmente algo que tuviera una probabilidad de ocho entre cien de cargarte durante diez, quince años —quizá durante toda la vida— con un animal ansioso, exigente y estúpido?

Librodot

»Exacto. Me refiero a un hijo subnormal.

«Investigando, encontré una estimación que dio a un periodista de Estocolmo, en 1959, el profesor Linus Pauling, el hombre que puso nombre e identidad a una enfermedad llamada fenilquetonuria. Es el escrito más antiguo en que he encontrado la cifra dura y fría del ocho por ciento, y en este momento me siento demasiado perezoso para investigar más.

«Pauling decía que aproximadamente dos de cada cien niños nacidos en comunidades en las que se llevaba registro tales informaciones sufrían algún tipo de tara congénita, y los pocos estudios existentes en aquel momento que llegaban hasta la pubertad sugerían que el total posible podía ser hasta de ocho. Esto incluía defectos en el habla, alexia, daltonía y varios otros impedimentos no detectables en un examen médico corriente de los recién nacidos.

»No todos estos defectos, naturalmente, son hereditarios. Muchos son el resultado de traumas intrauterinos o natales. El genotipo de un espástico puede ser admirable.

»Sin embargo, se ha echado un barril de mierda sobre la línea que divide limpiamente la herencia, debida a los genes, y lo congénito, debido al accidente. Ninguno de los expertos, por no hablar del público lego, con los que he hablado ha sido capaz de ponerse de acuerdo con otro sobre la causa de los casos difíciles, sin un estudio costoso y prolongado del plasma germinal de los padres.

»Mira, los traumas —que es una palabra griega que quiere decir "heridas", pero indica en este caso interferencia exterior— son entre otros las consecuencias de una exposición
excesiva a los rayos X en la matriz, la infección de la madre con rubéola, la ingestión de un agente cancerígeno o mutágeno que llegue a las gónadas, los viajes con Navegol durante el embarazo —y este producto es tan adictivo que hay futuras madres en las que podrías escribir con un hierro al rojo: «¡esto va a deformar a tu hijo!», y dirían: "sal de mi órbita, me estás jodiendo"— y, por otra parte, el depósito gradual en los tejidos del cuerpo de elementos radioactivos de vida larga tales como el radioestroncio, el radioiodo, el radiocesio y el radiocarbono... et caetera.

»Y estas cosas casi acaban de llegar a contrarrestar los avances de la ciencia médica que han eliminado las causas tradicionales del espasticismo. Decides tener el hijo, y sigues corriendo un riesgo del ocho por ciento de que, si llega a la pubertad, sufra de una tara congénita.

«Fíjate, algunas son muy poco importantes. Por ejemplo, la alergia al polen es hereditaria, ni siquiera congénita, pero los antídotos modernos

hacen posible que un niño asmático ante el polen lleve una vida perfectamente normal. Parece que no es nada hoy día, ¿verdad?
«¡Sólo que, hasta que muera, ese niño se habrá gastado probablemente setenta y cinco mil
pavos en antídotos!

»Bien, si el Tribunal de Selección Eugénica te ha vetado quiere decir que han calculado el riesgo de que tengas un hijo tarado en un ochenta por cien, no en un ocho. Puedes no
estar de acuerdo con ellos en la definición de qué es una tara... como se ha visto, por ejemplo, en esta disputa reciente sobre el daltonismo. De todos modos, pueden alardear de algunos logros evidentes. Hace cincuenta años, Pauling decía que harían falta veinte generaciones para que aparecieran todos los caracteres recesivos debidos a la lluvia radioactiva; ahora, tienen controlados suficientes de ellos como para poder decir que se
eliminarán en menos de doce. ¡Eso debería agradar a tus tatatatataranietos, si es que los
llegas a tener!

«Pero te puedo decir una cosa, después de estudiarte durante un montón de años con el máximo de cinismo que he podido reunir: no hay nada tan bueno en ti como para que merezca la pena de ser perpetuado físicamente en el cuerpo de tus propios hijos. Recurres a la decisión del Tribunal Eugénico para ocultar el hecho de que realmente evades la responsabilidad de hacerte cargo de una persona que eventualmente tiene que irse y enfrentarse al mundo solo. No quieres arriesgarte a que vuelva y diga que ha sido culpa tuya el que no resultara ganador en el juego de la vida. Incluso conozco a unas cuantas personas que mienten diciendo que no tienen el genotipo limpio, fingiendo sufrir una tara hereditaria para disculpar su carencia de hijos. .

«¿Por qué no pueden ser sinceros al respecto? Yo estoy, más que otra cosa, a favor de la gente que no los tiene. Pero no porque prefiera a los homosexuales dogmáticos ni porque me caigan bien los fanáticos religiosos como las Hijas del Divino, que recurren al celibato para ocultar su casi histeria: ¡no! Sólo porque una persona que no insiste en el costoso lujo de ser padre se libera de engendrar otro de los niños disminuidos que ya
soportamos.

»Si te han prohibido concebir un hijo, sabes que hay disponibles en potencia niños adoptables superiores a cualquier cosa que tú pudieras criar. ¿Ño te gustaría educar un muchacho más inteligente que tú, más triunfador, más hermoso, más atractivo sexualmente, más sano?

»No, ni de coña. Preferirías que se quedara en un orfanato público, donde una nutrición por debajo del promedio redujera su inteligencia y la falta de un cariño materno le convirtiera en un neurótico fracasado.

Librodot

«Cuando una especie se aterroriza de sus propios niños parece que está destinada al gran multriturador en que acabaron los dinosaurios. Algunos de nosotros, como acabo de demostrar, temen que sus hijos resulten ser inferiores a ellos mismos, lo que es medio racional; pero otros temen que se dé el caso contrario, lo cual es una locura. Ahora estás
encumbrando a un científico asiático, del que hasta hace un par de semanas jamás habías oído hablar, hasta la figura de una especie de Mesías. Muy bien, imagínate que Sugaiguntung puede hacer lo que dicen y hacer un niño a medida de tus especificaciones: ¿qué pedirías?

»¿Más inteligente que tú? Pero no quieres pasar tus últimos años sintiéndote una carga para el progreso de tus hijos.

»¿Más estúpido que tú? Pero no quieres pasarte el resto de la vida cuidando de un tonto.

»Lo que quieres es uno del que tengas la seguridad de que se las arreglará hasta tener la edad suficiente e irse de casa, para que a partir de entonces puedas quejarte de la ingratitud que mostró. Pero dudo que ni siquiera Sugaiguntung sea capaz de construir algo así en un óvulo con ciertas garantías de éxito.»

—De un artículo que una revista demasiado ansiosa encargó escribir a Chad Mulligan cuando se dieron cuenta de que, al fin y al cabo, no estaba muerto.

VIENDO PRIMEROS PLANOS (21)

EL NIÑO SECO

El análisis lingüístico sugiere que la forma original del nombre «Begi» se puede transcribir más bien como «Mpengi» y, en consecuencia, se suele traducir como «nacido en invierno». La traducción más exacta sería «hijo de la estación seca». En el norte de Beninia (donde se supone que nació), Enero y Febrero son los dos meses menos húmedos del año.Se ha sugerido que el nombre pudo ser originalmente «Kpegi» (es decir, «extranjero»), pero esto no daría lugar a la forma «Mpengi» arriba mencionada. En cualquier caso, la superstición shinka sugiere que un niño concebido al romper las lluvias estivales más torrenciales (y por lo tanto nacido en pleno invierno) vivirá probablemente más que el promedio. Resultan tentadores los intentos de demostrar que Begi fuera realmente un mito solar originado en latitudes en que las estaciones son suficientemente distintas como para engendrar ideas de muerte y resurrección del sol; pero son inútiles a falta de cualquier evidencia que no sea la oral, aunque es altamente probable que las interacciones culturales entre diversos pueblos prehistóricos hayan provisto algunos

Librodot

de los elementos del mito de Begi que han llegado a nosotros. Por otra parte...[1]

BEGI Y SU HERMANA ANSIOSA

Cierto día estaba Begi tendido en el suelo cerca de una cesta de pollo frito que había hecho su madre para una fiesta. Su hermana creyó que Begi estaba dormido y cogió el muslo de pollo más grande y lo escondió bajo la techumbre.

Cuando se reunió la familia para comer, Begi rechazó lo que le ofrecían de la cesta.

—Hay un ave más grande perchada bajo el tejado —dijo.

—Eres un tonto —dijo su madre, pero su hermana sabía lo que quería decir.

El subió, cogió el muslo de pollo y se lo comió.

—Lo robaste y lo dejaste ahí —le acusó su hermana—. Querías tener el trozo mayor.

—No —dijo Begi—. Soñé que desear el trozo más grande era el mejor modo de conseguir el más pequeño.

Y le dio el hueso pelado[2].

BEGI Y EL MERCADER EXTRANJERO

En cierta ocasión fue Begi al gran mercado de Lalendi. Allí vio a un mercader de otra tribu. El hombre vendía cacharros que decía que eran de oro, pero Begi se puso tras él, tomó un cuchillo e intentó cortar el metal. No se cortaba como el oro blando, aunque era
amarillo y brillante.

Así que Begi cogió el cacharro más grande, orinó en el suelo bajo él y lo volvió a dejar. Luego volvió al frente y había mucha gente esperando comprar aquellos cacharros que Begi sabía que estaban hechos sólo de hierro.

—Ese cacharro es muy bonito —dijo Begi—. Necesito un cacharro como ése para orinar por la noche.

[1] Introducción de la tesis doctoral presentada por la Sra. Kitty Gbe de Port Mey, Beninia; Univ. de Ghana, Legón, Accra, 1989 (xii + 91 pg., 3 ilust., mapa).
[2] Op. cit. p. 4.

Y todo el mundo se rió, pensando que era tonto por echar semejante líquido en un cacharro que merecía contener el vino de palma más delicado del jefe.

—Orina, en él para que yo vea si se sale —dijo Begi. El mercader se rió como todos los demás y lo hizo, diciendo que era una vergüenza denigrar un cacharro tan valioso con orina.

Cuando el mercader terminó, Begi levantó el cacharro y el suelo, debajo, estaba húmedo
de orina.

—No voy a comprar un cacharro, por muy bonito que parezca, si se sale al orinar en él —dijo.

Así que todo el mundo golpeó al mercader y le hicieron devolver el dinero[3]

BEGI Y EL MONSTRUO MARINO

Después de salir de la casa de la vieja gorda, Begi caminó por la senda del bosque, silbando la tonada que ella le había enseñado y tañendo las cinco lenguas de madera del kethalazi... el instrumento que los ingleses apodaron «piano de bolsillo» cuando, mucho más tarde, llegaron a la parte del mundo en que vivía Begi.

Un pajarillo le oyó y revoloteó hasta el borde del camino, ansioso de oír esta bonita melodía nueva, pero un poco asustado porque Begi era un hombre.

Viendo lo tímido que era el pájaro, Begi se detuvo en su marcha y se sentó.

—No tengas miedo, hermanito —dijo—. ¿Quieres aprender mi canción? Te la enseñaré si tú me enseñas una de las tuyas.

—Es un buen trato —dijo el pájaro—. Pero no puedo evitar tener miedo de ti. Eres tanto más grande que yo como el monstruo marino es mayor que los humanos.

—Desde luego eres más pequeño que yo —dijo Begi—. Pero tu voz es mucho más dulce que la mía. Te he oído hacer eco a toda la selva con tu melodía. Por cierto —añadió—, ¿qué es eso que has dicho de un monstruo?

El pájaro le contó que en un pueblo cerca del mar, a un día de camino, había salido de las aguas un inmenso monstruo y había cogido dos

[3] Ibid p, 18

niños y se los había comido, y todo el mundo se había escondido corriendo entre los arbustos.

—Yo soy más grande que tú —dijo Begi—. Pero no sé cantar mejor que tú. Quizás el monstruo sea mayor que yo; pero está por ver si sabe pensar mejor que yo. Voy a ir allí y lo averiguaré.

—Si no tienes miedo del monstruo —dijo el pájaro—, intentaré no tenerlo yo de ti —se posó en la cabeza de Begi y hundió las uñas entre el cabello lanoso.

Así que Begi anduvo durante todo el día llevando el pájaro y enseñándole a cantar la canción de la vieja. Tras muchas horas de marcha llegó al pueblo en que todo el mundo había huido del monstruo.

—¡Hermanito! —dijo—. ¿Qué es eso que veo en el horizonte, donde las aguas azules oscuras se encuentran con el cielo azul claro?

El pájaro voló por encima del mar para averiguarlo.

—Viene una tormenta —dijo al volver—. Hay nubes y relámpagos.

—Muy bien —dijo Begi, y fue a buscar al monstruo.

Ahí estaba, tumbado en la plaza del mercado, tanto mayor que Begi como Begi mayor que el pajarillo, y lo único que pudo hacer éste fue no huir volando aterrorizado. Pero se agarraba al cabello de Begi con todas sus fuerzas.

—¡Oye, criaturilla! —rugió el monstruo a Begi—. ¡Vienes en el momento oportuno! ¡He terminado a digerir a los niños con que desayuné y ahora te devoraré a ti como almuerzo!

—Yo también tengo hambre —dijo Begi—. Aún no he comido hoy.

—Hay algo que comer encima de tu cabeza —exclamó el monstruo—. ¡Más te vale aprovecharlo antes de que yo te devore!

—No debes tener miedo —le dijo Begi en voz baja al pájaro—. Prefiero oír tu canto que comerte. Pero no creo que a este monstruo le guste la música.

»¡No! —siguió, dirigiéndose al monstruo en voz más alta—. Guardo a este pájaro para cuando esté tan débil que no pueda ir a cazar para comer.

—Si te devoro —rió el monstruo—, ¿cuándo llegará ese día que estés tan hambriento como para comerte a tu mascota?

Librodot

—No lo sé —contestó Begi—. Del mismo modo que tú tampoco sabes cuándo llegará el día en que el gigante sobre cuyo lomo viajas necesite devorarte a ti.

—No viajo sobre el lomo de nadie —declaró el monstruo.

—En ese caso —dijo Begi—, ¿de quién son esas mandíbulas que veo cerrarse sobre ti? ¿De quién es esa voz que estremece el firmamento? —alzó la lanza sin punta y señaló.

El monstruo miró al mar y vio las nubes negras que se cernían sobre el pueblo, y las olas que ondulaban como la lengua de una bestia hambrienta lamiéndose las fauces, y oyó el sonido del trueno como el ruido de hambre del estómago.

—Ahí está el gigante sobre cuyo lomo has estado viajando —dijo Begi—. Se llama el mar. Nosotros los hombres somos como pulgas para él, así que normalmente estamos a salvo: para semejante coloso no seríamos ni un bocado. Aun así, a veces nos daña, cuando le molestamos y se rasca. Pero tú eres tanto más grande que yo como yo soy mayor que el pájaro que llevo sobre la cabeza. Y, por cómo suena el mar, parece que está muy hambriento.

El monstruo vio el brillo de los relámpagos como el de los colmillos blancos de la boca del océano, y saltó aullando y escapó corriendo. Nunca se volvió a oír de él.

Cuando la gente volvió al pueblo desde los arbustos en que se habían estado escondiendo, le preguntaron a Begi.

—¿Acaso eres un guerrero poderoso, para haber alejado a ese monstruo horrible?

Así que Begi les mostró la lanza sin punta y el escudo con un agujero que llevaba siempre.

—¿Qué significa eso? —preguntaron ellos.

—Significa —explicó— que no se puede utilizar una lanza para matar una pulga que te molesta, y que un escudo no sirve de nada contra un monstruo que puede devorarte con escudo y todo. Sólo hay un modo de vencer tanto a una pulga como a un monstruo: pensar mejor que ambos[4].

[4] De «Cuentos de nuestros hermanos africanos: tradiciones de Beninia y de la Costa Dorada», por el Rev. Jerome Coulter, Dr. Teol.; Londres 1911 (vi + 347 págs., port. color, 112 dibujos integrados en el texto).

BEGI Y EL FANTASMA

En cierta ocasión, la gente estaba muy preocupada por un tleleki (espíritu de un ancestro) que aterrorizaba a las mujeres que iban a buscar agua y hacía que los niños tuvieran pesadillas.

El padre de Begi, el jefe, reunió el kotlanga (consejo de adultos) y Ethlezi (lit. «brujo, hombre medicina») le explicó:

—Es el espíritu de tu padre, del abuelo de Begi.

El jefe se quedó muy turbado.

—¿Qué podrá querer de nosotros el abuelo? —dijo a Begi.

—Sólo hay un modo de averiguar lo que quiere un fantasma —dijo Begi—. Iremos y le preguntaremos. O si no queréis lo haré yo mismo.

Así que aprendió de Ethlezi el modo correcto de dirigirse con educación a los fantasmas y salió de noche al sitio oscuro y solitario en que se le había visto.

—Abuelo —dijo—, te he traído vino de pahua y sangre de cabrito. Come si lo deseas, pero háblame.

E1 fantasma vino y se bebió el vino y la sangre para darse fuerzas.

—Aquí estoy, Begi —dijo.

—¿Qué quieres de nosotros? —preguntó Begi.

—Vigilo el pueblo. Veo que todo va mal. Las leyes tradicionales no se juzgan como yo las hubiera juzgado. Los jóvenes no respetan a sus mayores. Las chicas van con chicos con quienes no piensan casarse. Hay demasiada comida, así que la gente se vuelve gorda y perezosa y hay tanto vino de palma que se emborrachan y se duermen cuando deberían estar cazando.

—Mi padre, el nuevo jefe, juzga las leyes tradicionales de otro modo porque trata con gente distinta —dijo Begi—. Los jóvenes aprendieron cómo hablar a sus mayores de sus padres, que lo aprendieron de ti. Las chicas pueden ahora elegir sus maridos y cuando se casan son más felices que sus madres. Y, en cuanto a ser perezosos y dormilones, ¿por qué no, si sabemos que espíritus como tú vigilan el pueblo?

El fantasma no supo qué contestar y se fue[5].

[5] De «Begi, un San Jorge el Matadragones africano», por Roger F. Woodsman en Comunicaciones antropológicas, vol. XII,n.° 3.

Librodot

BEGI Y EL MALVADO HECHICERO

Begi llegó a un pueblo en que todo el mundo temía a un hechicero llamado Tgu. Podía hacer que abortaran las vacas y las mujeres, podía incendiar chozas sin acercarse, podía hacer muñecos de brujería y, si clavaba su cuchillo especial en la huella que hubiera dejado alguien en un camino de barro, esa persona enfermaría o moriría.

—Quiero que me ayudes a matar a un hombre cuyo nombre no te puedo decir —dijo Begi a Tgu.

—Págame —dijo el hechicero—. Pero tienes que traerme algo suyo: un pelo, o un trozo de uña, o algo de ropa que haya llevado.

—Te traeré algo suyo —dijo Begi. Se fue y volvió con un poco de excremento.

También dio al hechicero un espejo y algunas hierbas valiosas que había reunido.

El hechicero hizo un muñeco de brujería y lo asó al fuego, cantando poderosos cantos mágicos. Cuando llegó el alba, la gente del pueblo se acercó a ver, porque temían venir de noche, pues la magia era tan poderosa.

—El hombre morirá —dijo el hechicero.

—Ahora te puedo decir su nombre —dijo Begi—. Se llama Tgu.

El hechicero cayó al suelo hecho un guiñapo, aullando que le habían engañado. Dijo que
estaba seguro de morir en seguida.

—Esperad una hora más —dijo Begi al jefe de la tribu en un aparte—. Luego podéis decirle que el excremento pertenecía a un amigo mío de otro pueblo llamado Tgu. Me voy a reír con mi amigo de la estupidez del hechicero[6]

BEGI Y EL BARCO DE VAPOR

(Nota del autor: éste debe de ser un añadido muy tardío a los mitos).

[6] Gbe, op. cit. p. 80.

Begi fue a la costa y vio allí un gran barco que se acercaba echando humo. Un hombre blanco de la nave se encontró con él en la costa y hablaron.

—Bienvenido —dijo Begi—. Sé mi invitado mientras estés aquí.

—Esa es una oferta tonta —dijo el hombre blanco—. Vengo para quedarme a vivir aquí.

—Entonces te ayudaré a construirte la choza —dijo Begi.

—No voy a vivir en una choza —dijo el hombre blanco—. Viviré en una casa de hierro que echará humo por la chimenea y seré muy rico.

—¿Por qué has querido venir aquí? —dijo Begi.

—Voy a mandar sobre todos vosotros —dijo el hombre blanco.

—¿Es mejor vivir aquí que en el sitio de donde vienes? —dijo Begi.

—Hace demasiado calor —dijo el hombre blanco—, llueve, hay mucho barro, no me gusta la comida y no hay ninguna mujer de mi raza.

—Pero si quieres venir a vivir aquí —dijo Begi—, debe de ser mejor en algún aspecto. Si no te gusta el clima, la comida ni las mujeres, debes de creer que está mejor gobernado esto que tu propio país, y nos manda mi padre el jefe.

—Seré yo quien os mande —dijo el hombre blanco.

—Si has dejado tu propio hogar —dijo Begi—, te deben de haber expulsado. ¿Cómo puede un hombre que ha sido enviado al exilio mandar mejor que mi padre el jefe?

—Tengo un barco de vapor con muchas armas poderosas —dijo el hombre blanco.

—Haz otra para que yo lo vea —dijo Begi.

—No puedo —dijo el hombre blanco.

—Ya lo entiendo —dijo Begi—. Se te da bien utilizar lo que hacen otros, pero nada más (nota del autor: en shinka es un insulto decir que un hombre es incapaz de construir nada, ya que se espera de cualquier adulto respetable que se construya su propia casa y talle sus propios muebles).

Pero el hombre blanco era demasiado estúpido para comprender lo que le decía Begi y vino a vivir aquí a pesar de todo.

Librodot

Sin embargo., al cabo de cien años lo entendió y se fue a casa[7].

CONTINUIDAD (29)

QUIERO INFORMAR

El médico encargado de atender a Donald quería hacerle quedarse en el hospital a pasar
la noche. Le costó una hora de discusiones, y la amenaza de informar a su agencia de que había sido encarcelado, conseguir que le devolvieran de mala gana al hotel, en un coche oficial con escolta. A estas alturas debían de haber circulado decenas de informes, basados en rumores, que contarían cómo había sido salvado Sugaiguntung del locriminal; el Servitrans Sateling bien podría haber recibido la noticia de Deirdre Kwa-Loop. No le importaba. En el primer día de su misión había tenido un éxito más completo de lo que quienes le enviaron —por no hablar de él mismo— pudieran haber soñado jamás. Lo que importaba no era comunicar la noticia a la agencia, sino su descubrimiento de que el hombre en que se apoyaba la totalidad del programa de optimización de Yatakang temía tanto su posible éxito como su probable fracaso.

Temiendo que su identidad y papel en el salvamento de Sugaiguntung hubieran llegado a ser del dominio público, insistió en que le permitieran subir a su habitación por algún camino trasero, evitando el vestíbulo principal. Encontraron un montacargas y nadie le vio, excepto un portero que no se mostró curioso. Cuando se quitó de encima a la escolta, se aseguró de que la puerta entre su habitación y la de Bronwen estaba cerrada por su lado y abrió el equipo de comunicaciones.

Uno de los circuitos se podía ajustar para detectar microfonos ocultos. Encontró uno clavado en el marco de madera del armario. Sin preocuparse de sutilezas, le aplicó la llama del encendedor durante un minuto aproximadamente. Se esperaría, razonó, que un periodista precavido quisiera guardar sus noticias en secreto. También había un aparato de escucha en el teléfono, pero de él no se preocupó: no funcionaba excepto cuando se abría comunicación.

Compuso con esfuerzo dos mensajes: uno escrito, para leer por el teléfono, y el otro susurrado al dispositivo oculto que lo superpondría, cifrado, como modulación parásita de la señal del primero. Este relataba burdamente que un locriminal había atacado a Sugaiguntung y que él le había neutralizado. El segundo decía que si le importaba a alguien, el científico estaba más maduro que una breva y debía ser recogido.

[7] Woodsman, loc. cit.

Solicitó conexión con el satélite de comunicaciones más cercano que tuviera línea abierta y le dijeron que tendría que esperar. Esperó. Al fin, se estableció la conexión y envió el mensaje doble. Mientras estaba ocupado en ello, oyó que la puerta de Bronwen se abría y cerraba, y la separadora fue probada muy suavemente.

Terminado el trabajo, colgó el teléfono y dejó a un lado el equipo de comunicaciones. Le habían dado de comer en el hospital antes de dejarle ir: no tenía hambre. Se le ocurrió tomar un trago o fumar un porro, pero no le apetecía realmente. Se desnudó y se metió en la cama.

Yaciendo en la oscuridad, agazapado, esperándole, se encontraba un hombre joven de cuya garganta manaba un río de sangre.

Muy pronto se levantó. Había una línea luminosa alrededor de la puerta que daba a la habitación de Bronwen. Descorrió el cerrojo y la abrió. Ella estaba sentada en la cama, desnuda, en la postura del loto, tan arreglada como si le hubiera estado esperando.

—Perdóname —dijo—. Fui muy dura contigo antes— empezó a desplegar las piernas como una flor que abriera los pétalos al sol—. Debes de haber sentido que se te necesitaba.

Donald sacudió la cabeza, sin comprender. Ella estaba yafuera de la cama y se le acercaba con un suave movimiento de caderas.

—¿Es cierto lo que me han dicho... que salvaste al Dr. Sugaiguntung de un locriminal.

—Sí, es cierto.

—¿Sentiste que te necesitaban para eso, verdad? Por eso me dejaste de repente. Tienes el poder que llamamos... —no comprendió la palabra, que era larga y disonante, más parecían al sánscrito que al hindú moderno.

—No —dijo Donald. De pie, desnudo, en el centro del suelo, empezó a sufrir escalofríos. Poco antes había pensado que la noche era muy cálida; pero ahora estaba helado hasta la médula, temblando y estremeciéndose—. No —volvió a decir—. El único poder que tengo es el de matar, y no lo quiero. Me aterroriza espantosamente —sus dientes se unieron tras la última palabra y empezaron a castañetearle.

—Siempre se siente uno así cuando actúa como canal de una fuerza divina —dijo Bronwen, como si se hubiera dedicado durante toda la vida a estudiar el tema—. Sobrecarga el cuerpo y la mente. Pero tienes suerte. Podría haberte quemado.

Librodot

No quemado, helado. ¿No habría sido mejor que el locriminal matara a Sugaiguntung, quizás a mí también? ¿Qué le voy a obligar a hacer?

Pero aquello había quedado fuera de su control.

Bronwen tendía una mano, con despego profesional, para ponerle la palma sobre la coronilla. Después le tocó levemente en la frente, la garganta, el corazón, el ombligo, el pubis y la rabadilla: los siete chakras.

—La fuerza se ha movido de tu vientre a tu cabeza —dijo—. Estás pensando en cosas que no ocurrieron jamás. Déjame que la vuelva a llevar a su sitio.

Se dejó caer suavemente sobre una rodilla y le dirigió el cuerpo con la boca.

Al fin, el timbre del teléfono, que él no reconoció al principio por ser más agudo y breve que el de casa, le sustrajo del sueño en que el hacer el amor al modo violento de Bronwen le había sumido. Salió de la cama y se tambaleó hacia su habitación, buscando a tientas el interruptor del teléfono.

Atontado, contempló el aparato, difuso en la oscuridad, esperando que la pantalla se encendiera. Pasó un largo rato hasta que se dio cuenta de que no la había, y que debería de haber dicho algo para indicar que la conexión había quedado establecida.

—Eh... Macerdo —murmuró.

—¡Delahanty! —exclamó una voz excitada—. ¡Felicidades, Macerdo! El Servitrans Sateling jamás esperó una noticia tan extraordinaria!

—Dios, ¿ha llamado sólo para eso? Aquí son las dos y media AntiMateria.

—Sí, me doy cuenta. Lo siento. Pero creí que merecía usted saber de inmediato lo encantados que estamos. Naturalmente, lo que transmitió necesita unos cuantos arreglos, pero...

Se detuvo. Donald esperó pasivamente a que terminara.

—¿Entiende? ¡Digo que necesita unos cuantos arreglos!

Oh. Donald tendió el brazo y cogió el equipo de comunicaciones, colocándolo junto al teléfono. Debía de haber un mensaje cifrado en impulsos de un segundo, transmitido por
la línea del teléfono, que la máquina le traduciría después a un inglés comprensible. Pero cosas tales como las frases clave que le habían

enseñado parecían infantiles e irrelevantes en la noche del velatorio del locriminal.

—Entiendo —dijo—. Lo siento. Estoy agotado.

—No me extraña —dijo Delahanty—. Vencer a un locriminal..., ¡es increíble! Y, desde luego, ha sido un triunfo periodístico para nosotros, porque los noticiarios oficiales de la mañana no lo han incluido. Lo único que teníamos era un rumor de tercera mano hasta que surgió su historia. Estamos dándole toda la importancia que se merece... y lo mismo se hará con usted, naturalmente.

—Pedí una entrevista privada —dijo Donald ausentemente.

—¡Excelente! Asegúrese de conseguir también una película... nuestro contacto habitual se lo podrá arreglar, estoy seguro —divagó en un baño de alabanzas de todas clases hasta que, al fin, cerró la conexión.

Aliviado, Donald alteró los controles del equipo de comunicaciones y escuchó la versión en lenguaje normal, descifrada automáticamente de la señal recibida.

—Macerdo —dijo la voz de Delahanty, reducida a algo casi irreconocible por el efecto de corte de frecuencias del proceso de codificación en impulsos—: he llevado la información directamente a Washington para su análisis por ordenador y el veredicto es que debe sacársele del país en cuanto sea posible. Nunca ha dado la más mínima muestra de disconformidad con el régimen, y podría cambiar de opinión.

«Llévele al campamento de Jogajong. Tenemos un servicio de correo submarino por el Estrecho de Shongao... así sacamos y metimos al propio Jogajong. La actividad de los piratas es máxima en estos momentos, pero decaerá dentro de pocos días.

«Confiamos en usted. Habrá medallas si las quiere. Buena suerte..., ¡y, por cierto! Si puede vencer a un locriminal, dicen los expertos, puede hacer cualquier cosa.

El débil susurró se desvaneció. Donald se quedó sentado en la oscuridad, mirando a ninguna parte, pensando en Su-gaiguntung y en que quizá tendría que raptarle y hacerle cruzar el Estrecho, hasta el campamento de la selva en que se escondía Jogajong bajo las mismísimas narices de los que deseaban más intensamente acabar con él, y luego en escapar en submarino, perseguido por cazadores y asesinos chinos...

Quiero salir. Quiero salir. ¡QUIERO SALIR!

Librodot

Una mano le tocó un hombro. Saltó, se dio la vuelta y era sólo Bronwen, que había venido a ver lo que le pasaba. Se había movido tan silenciosamente que no la oyó acercarse.

—Eran mis oficinas centrales —dijo Donald—. Les ha gustado mucho lo que hice.

Las palabras le sabían a basura.

CONTEXTO (23)

A EVITAR

Trascripción —SECRETA— para el archivo de seguridad

Dr. Corning (del Estado)	Tenemos conectado el Código Cifrado A, ¿no? Bien, sí, lo tenemos. Dick, siento molestarte.
D. Richard Ruze (Servitrans)	No te preocupes, Rafael. ¿Qué podemos hacer por vosotros que no estemos haciendo ya?
Dr. Corning	Sí, en este momento os estamos exigiendo mucho, ¿verdad? Sin embargo, me temo que tengo que pediros algo más. Estáis ocupándoos de esa noticia tremenda que ha transmitido el hombre que enviasteis a Gongilung, Donald Macerdo...
Sr. Ruze	Sí, es maravilloso, ¿verdad? Os estamos francamente agradecidos por pasarnosle... no esperábamos sacar nada de él, por no hablar de una noticia sensacional como ésta.
Dr. Corning	Lo siento, no he entendido bien eso. Se ha descifrado como algo sobre pasárosle y creo que debe de...
Sr. Ruze	¿Quieres decir que no lo sabías?
Dr. Corning	(Inaudible)
Sr. Ruze	Es uno de los vuestros. Le estamos proporcionando su tapadera para el viaje.. le hemos contratado como enviado especial.

Librodot

Creí que hablabas de eso cuando dijiste que estábamos haciendo mucho por vosotros en...

Dr. Corning — No, Dick, estaba pensando en algo completamente distinto. Un asunto que creo que es lo que más me preocupa. Bien, mira, si es así vas a creer que busco una compensación, pero...

Sr. Ruze — Compensa tranquilamente, Rafael. Hasta ahora estamos obteniendo unos beneficios del
copón de lo de Macerdo y podemos permitirnos ser generosos.

Dr. Corning — Entonces voy a ir directamente al grano. Ya sabes que hacemos estudios de tendencias de todos los medios de comunicación importantes. Nuestros ordenadores dicen que es probable que muy pronto llevéis al Sr. y la Sra. Dondequiera a la escena de Yatakang (pausa de 8 seg.). Bien, no has dicho que sí, pero la última vez acertamos, y también la anterior.

Sr. Ruze — Queréis que no lo hagamos. ¿Me puedes decir por qué? En este momento Yatakang significa sólo una cosa para el público, y es un tema que nos está dando muchos quebraderos de cabeza.

Dr. Corning — Tengo contratado tiempo de Shalmaneser para el EXAMINALISIS, como de costumbre, dentro de aproximadamente una hora. Le he alimentado el programa de Yatakang para que lo evalúe.

Sr. Ruze — ¿Crees que me dirá los detalles?

Dr. Corning — Me gustaría echarle una ojeada, si no te importa, para ver si coincide con nuestro propio
análisis.

Sr. Ruze — Que dice...

Librodot

Dr. Corning — Le dio una probabilidad de éxito del sesenta y cuatro por ciento cuando lo estudiamos por primera vez. Programamos información nueva sobre los recursos humanos de Yatakang y bajó al cincuenta-cincuenta. Desde entonces lo hemos estado reevaluando cada cuarenta y ocho horas y en este momento está en setenta y tres a veintisiete en contra (pausa de 11 seg.).

Sr. Ruze — Ya. Creéis que podría levantar falsas esperanzas.

Dr. Corning — La influencia en la gente del Sr. y la Sra. Dondequiera daría a la declaración automáticamente una especie de seriedad. Os ahorraría posibles líos posteriores, y a nosotros desde luego un montón de problemas, el que...

Sr. Ruze — Te entiendo perfectamente. Creo que podemos volverles a llevar al PMAM... Por cierto,
Rafael, cuando nos pedisteis darle toda la importancia posible a ese tema disteis a entender que se avecinaba un notición. Ya ha pasado mucho tiempo y no ha habido nada interesante.

Dr. Corning — Sobre eso tenemos unas probabilidades de ochenta y dos a dieciocho a favor. Al llegar a noventa se hará público el asunto.

Sr. Ruze — Ojalá merezca la pena de la espera.

Dr. Corning — Te lo garantizo. Bien, muchas gracias, Dick.., me alegro de que hayas comprendido por dónde iba.

Sr. Ruze — ¿Acaso no lo hago siempre? Te diré por teléfono el resultado del análisis de Shalmaneser cuando lo tenga. Adiós.

Dr. Corning — Adiós.

CONTINUIDAD (30)

PONLO EN MARCHA Y ANDARÁ SOLO

Sentado al extremo de la mesa de conferencias ministerial, en el edificio del Parlamento, bastante pobre y mal conservado, el presidente Obomi se esforzaba para enfocar el ojo sano en los que se habían reunido con él. Había una zona pequeña en que su vista se difuminaba en puntos y remolinos sin significado; los médicos decían algo sobre un trauma de retina, hablaban de reinjertar un nervio óptico y lamentaban que, si decidía operarse, la curación tardaría un mes. Ahora era posible que pudiera disponer de un mes. Lo esperaba.

Inmediatamente a su izquierda estaban Ram Ibusa y León Elai; más allá de ellos, Kitty Gbe estaba sentada junto a Gedeón Horsfall. Frente al presidente, al otro extremo de la mesa, estaba Elias Masters. Y al otro lado se sentaban los representantes de TG, dirigidos por Norman de la Casa.

—¿Bien? —dijo, por fin, el presidente.

Norman se humedeció los labios con la lengua y empujó a través de la superficie brillante de la mesa un montón grueso de impresos verdes de Shalmaneser.

—Funcionará —dijo, y se preguntó lo que hubiera hecho de no haber podido pronunciar
aquella frase tan sencilla.

—¿Tienes alguna duda, Norman? —preguntó Elias.

—Yo... no. Ninguna. No creo que la tenga nadie.

Terence, Rico, Consuela, todos negaron con la cabeza. Sus rostros mostraban una expresión uniformemente asombrada, como si les resultara imposible aceptar la evidencia de su propio razonamiento.

—Así que creemos que funcionará —dijo el presidente—. ¿Debe hacerse? ¿León?

El doctor León Elai sostenía también un montón voluminoso de impresos de Shalmaneser.

—Zad —dijo—, jamás he podido trabajar con material como este antes. Apenas he tenido tiempo para leerlo... ¡hay tanto! Pero he sacado una especie de resumen y...

—Léemelo, por favor.

—Bien, en primer lugar hay que tener en cuenta los problemas con nuestros vecinos —el doctor Elai extrajo una hoja blanca, escrita a

mano, de entre el montón de papel verde—. La probabilidad de que haya acusaciones contra nosotros, durante unos dos años, de someternos al neceólo nialismo es alta. Por entonces, la presión económica para que cooperen en aspectos secundarios del proyecto, tales como aceptar compras de manufacturas que en ese momento mostrarán indicios de ser más baratas que cualesquiera otras del continente, tenderá a reducir su violencia. Por otra parte, tendrán ocasión de comprarnos energía a bajo precio. Al cabo de como máximo diez años, dicen estos informes, se harán a la idea.

»Las interferencias chinas v egipcias probablemente serán peores y durarán más. Sin embargo, podemos contar con el apovo de Sudáfrica, de Keriia, de Tanzania... ¿quieres que te lea la lista?

—Dinos de qué lado cae la balanza.

—Parece que no hav nineuna posibilidad de que se produzca una intervención exterior que pueda detener el proyecto, a menos que algún país esté dispuesto a lanzar sobre nosotros un ataque nuclear masivo. Y la probabilidad de que las Naciones Unidas tomaran represalias contra un crimen semejante es del noventa y uno por ciento. —La voz de Elai estaba dotada de un tono de admiración, como si jamás hubiera esperado hablar en tales términos de los intereses del ministerio de Asuntos Exteriores.

—Muy bien. Podemos esperar quedar a salvo de los celos de otras gentes, entonces —el
ojo de Obomi se volvió a Ram Ibusa—. Ram, me ha preocupado mucho el impacto de tanto dinero en nuestra economía. ¿Vamos a sufrir inflación, distribución injusta del tesoro, una estructura de impuestos demasiado dura?

Ibusa negó enfáticamente con la cabeza.

—Hasta que vi lo que nos ha podido decir este ordenador, Shalmaneser, yo también temía lo mismo. Pero ahora creo realmente que es posible resolver todos esos problemas, siempre y cuando podamos seguir disponiendo de la ayuda de Técnicas Generales para el tratamiento de la información. En definitiva, lo que ocurre es que aquí tenemos la economía de un país. ¡No habrá ningún impuesto en el sentido tradicional de la palabra!

Pasó las hojas de su propio montón de impresos de Shalmaneser.

—En primer lugar se emitirán las obligaciones, de las que el gobierno americano comprará el cincuenta y uno por ciento. Sobre ellas haremos nosotros mismos una serie de emisiones de bonos, algunas de las cuales serán fondos de inversión cuyos intereses nos permitirán lo siguiente: establecer una ración de comida de subsistencia para todo el

mundo, fabricar ropas para todos los trabajadores y niños en edad escolar y mejorar el nivel de calidad de la salud pública. También habrá un fondo para viviendas, distribuido a los cabezas de familia, que se tendrá que utilizar por ley en mejoras de los hogares, tales como obras de reparación en las casas.

»Pero el coste del proyecto será de inmediato del orden de tres veces nuestro PNB actual. Simplemente vigilando lo que diga el ordenador controlaremos directamente una proporción mayor del capital en circulación en el país de lo que es posible en ningún otro lugar del mundo.

»En la combinación pésima de factores afectados, el beneficio para Beninia consistirá en la eliminación del hambre y en la mejora de la salud individual y pública. Es decir, si el rendimiento de los mercados en que nos pensamos introducir se limita sólo a amortizar el interés garantizado de la emisión de obligaciones original.

»Es mucho más probable que disfrutemos también de un nivel más alto de alfabetización y preparación técnica, de mejores viviendas, transportes, servicios portuarios, escuelas, todo. Especialmente, todas las casas del país estarán electrificadas por primera vez en nuestra historia.

Su voz bajó al tono de un susurro y su mirada se desenfocó como si estuviera viendo un
sueño.

—¡Cuando dices que no habrá impuestos, Ram...! —dijo agudamente Obomi—, ¿quieres decir que habrá un sistema fijo de precios y deducciones de los ingresos en sus fuentes? ¡Tendrá que ser un control muy estricto, y siempre me ha repugnado imponer obligaciones a mi gente!

—Ah... no será necesario —murmuró Ibusa.

—¿Por qué no?

—Supón que la inflación esté realmente al nivel probable del cinco por ciento durante el
primer año —dijo Ibusa—. Retendremos la cantidad de poder adquisitivo correspondiente a lo que provocaría un incremento del diez por ciento. Habrá una subida real del nivel de vida, de todos modos, gracias a la alimentación y vestido gratuitos y a los créditos; la retención no se notará. Entonces tendremos un poder adquisitivo en exceso para utilizar el año siguiente, cuando la gente se esté acostumbrando a su nueva prosperidad. Pero, mientras tanto, habremos prestado en crédito el dinero retenido, con lo cual crecerá, permitiéndonos retener una parte mayor, y así sucesivamente. Al cabo

de veinte años, cuando se haya completado la infraestructura del proyecto y todo esté en funcionamiento, esos fondos de poder adquisitivo reservados se utilizarán para volver a comprar para el país cualquier cosa aún subarrendada que consideremos la más esencial para nuestro desarrollo independiente. Podrían ser los nuevos servicios portuarios, podría ser el sistema de electrificación, podría ser cualquier cosa, pero habrá suficiente para que podamos hacer la elección apropiada.

De pronto, sonrió ampliamente.

—¿Kitty? —dijo Obomi.

La rechoncha ministro de educación dudó.

—He hecho la mejor estimación que he podido —dijo al cabo— de lo que podríamos necesitar para convertir a nuestra gente en la clase de fuerza de mano de obra especializada de que hablan nuestros amigos americanos, y les pedí que su ordenador le echara una ojeada. ¡La máquina dice que podemos tener tres veces todo lo que pedí, y no comprendo cómo!

—Recuerdo —dijo Norman— que sugirió triplicar el número de maestros, dotar a los edificios escolares de los servicios modernos mejores y ampliar la escuela de directivos local hasta convertirla en una universidad nacional con un cuerpo de diez mil estudiantes, dejando el resto de la formación a instructores de campo distribuidos por toda la geografía. Bien, según lo que he podido ver del informe de Shalmaneser, usted misma no sabe exactamente con qué elementos cuenta. Hay un factor de retroalimentación que ha olvidado completamente. Si el promedio es sólo de uno entre diez, en una clase de cuarenta niños hay cuatro que son capaces de recibir una formación adicional para hacerse cargo de parte de las funciones del maestro en lo que se refiere a la clase anterior. Los niños de trece años pueden dedicar una hora al día a completar la educación que reciben los de diez o doce años. El otro día conocí a un muchacho llamado Simón Bethakazi en un caserío junto a la carretera de Lalendi. Le encontré al azar... ¿le recuerdas, Gedeón?

—E1 que me hizo aquella pregunta tan difícil sobre los chinos en California —asintió Gedeón.

—Exacto. Si se le da oportunidad, ese chico puede ser el maestro de su propia clase de
cuarenta niños pequeños en cuestión de tres años y, como no les irá a enseñar nada que no haya aprendido antes, le quedará tiempo para estudiar, quizá más lentamente que en Europa o América, pero la diferencia será sólo de un año sobre una carrera normal de tres años, cualquier materia a nivel universitario.

»Por otra parte, tenemos previsto traer consejeros y maestros extranjeros, con buenos sueldos, que no supondrán coste alguno para vuestros contribuyentes —serán empleados de TG— y combinarán el trabajo para el proyecto con el otro, obligatorio, de enseñar una carrera. A algunos no les gustará la idea, y les eliminaremos en seguida. Otros la aceptarán, porque sus conocimientos sean del tipo de los que se estén automatizando en sus países, y reaccionarán favorablemente a la oportunidad de transferir sus habilidades a sucesores humanos. Hemos alimentado a Shalmaneser con el resultado de investigaciones que hemos hecho en Europa y estima que podemos contar con un mínimo de dos mil quinientos del tipo apropiado.

»Y hay otra cosa que dejaste fuera de tus propios cálculos, Kitty —dudó Norman—. Creo que ha sido por modestia, pero hay veces en que la modestia tiene sus inconvenientes. Señor Presidente, ¿puedo dirigirle un cumplido que probablemente parecerá adulador pero que le aseguro que es completamente sincero?

—Elias le puede decir que no soy más vanidoso que el que menos —dijo Obomi, y rió brevemente.

—Bien, cuando me habló por primera vez de este país me sentí escéptico —dijo Norman—. No podía comprender cómo un lugar arruinado en el culo del mundo, como Beninia, podía ser tan bueno como decía. ¡Aún no lo comprendo! Lo único que sé es esto: he aquí un país en que no hay asesinatos, no hay locriminales, no hay malos humores, no hay escaramuzas tribales, no hay algaradas, no hay nada de lo que la gente de países supuestamente más afortunados han llegado a tener por normal. Y sin embargo vuestra gente es pobre, a veces hambrienta, muy a menudo enferma, viven en chozas húmedas y rascan el suelo con arados de madera arrastrados por bueyes escuálidos... ¡Por la barba del profeta, ni siquiera me lo puedo oír decir a mí mismo sin que me parezca ridículo! Pero lo que termino por pensar es... es que casi quisiera que los tratantes de esclavos no se hubieran mantenido al margen de Beninia. Porque me sentiría muy orgulloso de creer que mis propios antepasados africanos vinieron de la raza shinka.

Ahí estaba: dicho. Respirando pesadamente, Norman buscó una reacción entre las personas reunidas alrededor de la mesa. Elias asentía cual un Buda comprensivo, como si esto fuera precisamente lo que había esperado, y los ministros del gobierno se cambiaban sonrisas turbadas. De su propio equipo, el único que podía ver que no moviera la cabeza para ver a los demás era Derek Quimby, al final de la línea, y el lingüista pequeño y rechoncho también asentía enérgicamente, al parecer con un apoyo definitivo; no era algo que se pudiera esperar de un hombre blanco en Beninia.

—Gracias, Norman —dijo finalmente Obomi—. Te lo agradezco. Es como he sentido siempre de mis compatriotas, y es bueno oír que los

Librodot

visitantes están de acuerdo con lo que, de otro modo, podría tomar por una estrechez de miras. Bien, entonces ¿estamos decididos?

Todo el mundo afirmó.

—Excelente. Le presentaremos el proyecto al Parlamento para su ratificación en cuanto sea posible, y después comenzarán ustedes de inmediato el asunto de la emisión de obligaciones y la campaña de reclutamiento de consejeros extranjeros. ¿Es eso correcto, Norman?

—Sí, señor Presidente —dijo éste.

Al salir de la sala. Gedeón Horsfall le hizo a un lado con aspecto conspirador.

—¿A que te lo anuncié? —dijo—. ¡Que Beninia te asimilaría! Y aquí estás... ¡asimilado!

LAS COSAS QUE PASAN (13)

RESUMEN

Shalmaneser es un ordenador Micriogénico ® bañado en helio líquido y no hay señales de Teresa.

Cuando Eric Ellerman intentó llegar a la sección de cultivo de Demasiado de la factoría de Altos Vuelos, le hicieron algunas preguntas muy molestas.

Le dieron la autorización a Opia Shelton tras estudiar el cariotipo del embrión, y ella lo celebró con una fiesta. Roger sorprendió a un sangrón intentando deslizarle una cápsula de Navegol y le volvió del revés de una leche.

Norman Agudo de la Casa es prácticamente el único responsable del proyecto de Beninia.

Guinevere Acero se pregunta cómo reconciliar el alias metálico que tomó con la tendencia hacia un aspecto más natural que va a dominar la escena de la moda muy pronto.

Frank cree que Sheena se ha vuelto muy poco razonable. Al fin y al cabo, dentro de poco el niño será aparente, y simplemente, no es legal.

Arthur Ido encontró otra cosa que había olvidado tener. Donald Macerdo demostró ser el hombre apropiado para el trabajo, precisamente como habían prometido los ordenadores de Washington.

Sem Lucas se ha decidido completamente sobre la tía que Eric Ellerman tenía supuestamente en EleA: se llamaba Elena y era una rubia de un metro sesenta.

Philip Peterson acaba de perder otra amiga. Sasha Peterson la consideraba muy inadecuada.

Víctor y Mary Whatmough tuvieron una disputa después de la fiesta en casa de los Harringham, pero están acostumbrados.

Elias Masters está muy satisfecho por haber sido capaz de hacer a su viejo amigo el favor apropiado.

La primera ofensa de Gerry Filas se convirtió en la segunda. Y en la tercera. Y...

El profesor Dr. Sugaiguntung teme por su país. Grace Rowley está muerta.

El Muy Honorable Zadkiel F. Obomi ha recibido de sus médicos la sentencia de muerte.

Olive Almeiro está metida en serios problemas con las autoridades españolas por anunciar óvulos castellanos genuinos en venta.

Chad C. Mulligan no pudo, al fin y al cabo, dejar de ser sociólogo; pero, como le repugna la idea, está casi siempre borracho últimamente.

Jogajong está acampado con un pequeño grupo de seguidores locales, esperando la desaparición del estado de ánimo actual, de gran entusiasmo a favor del régimen de Solukarta.

Pierre Clodard ha mencionado la idea de divorciarse de su mujer Rosalie, pero hasta el momento sólo a su hermana Jeannine.

Jefif Young vendió aquella partida de aluminófagos de TG, e hizo un daño muy satisfactorio.

Henry Carnicero está en la cárcel.

Hay una nueva historia de Begi. Nadie sabe dónde surgió. Se llama «Begi y el americano».

El Sr. y la Sra. Dondequiera aún no han estado en Yatakang. Si van, se desencadenará un infierno.

De vez en cuando Bennie Noakes dice: «¡Dios! ¡Qué idea se me ha ocurrido!»

Librodot

Mientras tanto, volviendo al planeta Tierra, ya no sería posible que toda la Humanidad estuviera de pie sobre la isla de Zanzíbar sin que algunos se vieran metidos en el mar hasta los tobillos.

(EXPLOSIÓN DEMOGRÁFICA: Algo único en la experiencia humana, un acontecimiento que ocurrió ayer pero del que todo el mundo jura que no ocurrirá hasta mañana.

—El diccionario del felicrimen, por Chad C. Mulligan.)

VIENDO PRIMEROS PLANOS (22)

EL CLIMAX DE MAS DE UNA VIDA DE LOGROS

No era un buen día para Talona Georgette Maleche. Había empezado con su examen médico semanal y el médico le había dicho que estaba volviendo a abusar demasiado de sí misma. Le dijo que era un mentiroso y. cuando él señaló la evidencia muda de su cuerpo —niveles excesivos de productos de la fatiga, presión sanguínea superior a lo normal— le maldijo.

—¡Estoy dirigiendo un asunto mayor que lo que ni siquiera se podría imaginar! —saltó—. ¡Mayor incluso que todo lo que he movido hasta ahora! ¡Lo único que tiene que hacer es mantenerme en marcha!

El cuerpo se le estaba convirtiendo en una carga. Le hubiera gustado cambiarlo por un nuevo modelo. Pero lo único que podían hacer los expertos en medicina era añadirle, complementarle, acoplarle apuntalamientos.

No podía aceptar que con el dinero que bastaba para comprar todo un país no pudiera adquirir salud.

—No es como si fuera una ansiosa. No quiero juventud ni belleza.

¿Por qué las iba a pedir? Nunca había sido hermosa; había llegado a pensar gradualmente que la belleza hubiera sido un estorbo, que le hubiera frenado las ambiciones. En cuanto a la juventud... le llamaban «Vieja TG» y le gustaba, lo encontraba un cumplido. Colocaba la creación cuyas iniciales compartía al mismo nivel que otros conceptos «viejos»: el Viejo Fiel, la Vieja Gloria...

Ahora, hoy, con la culminación de su apuesta máxima, era apropiado que hubiera alguna ceremonia, alguna formalidad. Sólo si no tuviera que ser aquí, en este frío templo del ordenador...

Librodot

Alerta, un ayudante se ocupó de que fuera más abrigada, y se le pasó la irritación. Esperando el momento exacto y predeterminado, divagó su mente.

Me preocupaba la recomendación de Elias; jamás tuve una opinión demasiado alta del joven de la Casa, pero a lo largo de mi vida he aprendido a reconocer a los hombres que tienen las cosas en su sitio. Y podríamos haberlo dejado al margen si hubiera sido necesario. Pero, en cambio, se las ha arreglado para vendérselo ti todo el gobierno de Beninia, y mañana... ¡ya no estaré dirigiendo una simple corporación, sino todo un país que jamás he visto!

—Todo está preparado ya, Señora —le avisó una voz suave y ella contempló la forma enigmática de Shalmaneser, que había hecho posible y que no comprendía.

Me pregunto si Dios se siente así de vez en cuando sobre Sus criaturas.

Le gustaban los discursos y el espectáculo, porque se alimentaba de tributos a sí misma; pero la corriente de los tiempos estaba en contra. Los racionaba, cautelosamente, a personas que podían apreciarlo: reuniones de accionistas a quienes les gustaba la sensación de majestad y solemnidad de una empresa de muchos miles de millones de dólares. Esto era sólo un conjunto de empleados, la mayoría científicos sin conexión con el gran espectáculo de la vida real. Ahí abajo, un hombre que llevaba una bata blanca movía algunos conmutadores, contemplado atentamente por sus colegas y por los miembros de la Directiva, reunidos.

Consultas. Todo parecía tardar demasiado, enormemente.

¿Sin duda uno de esos informes decía algo de que Shalmaneser reaccionaba en nanosegundos?

— ¿Qué pasa? —preguntó la Vieja TG.

Su secretario fue a averiguarlo y pasó otro largo rato discutiendo en susurros, volviendo por fin con un hombre que parecía verdaderamente preocupado.

—Me repugna tenerle que decir esto, Señora —dijo a la Vieja TG—. Pero parece que algo va ligeramente mal en algún sitio. Me imagino que lo arreglaremos en seguida, pero hará falta un poco de trabajo.

—¿Qué es?

—Bien, Señora...la expresión del hombre se hizo positivamente infeliz—. Como sabe usted, hemos pasado por Shalmaneser centenares de

programas conectados con este proyecto de Beninia, y ha funcionado perfectamente en todos. Sólo que resulta que hoy...

—¡Al grano, estúpido!

—Sí, señora —el hombre se secó la frente con el dorso de la mano—. Todos esos programas se procesaron sobre la base de que eran hipotéticos, y en ellos todas las suposiciones previas venían «dadas» y procedían de nuestras investigaciones. Lo que hemos hecho ahora es conmutar el programa óptimo, el que hemos decidido poner en práctica, para que entre en la conciencia que tiene Shalmaneser del mundo real e interactúe con todo lo que sabe del exterior-

—¿Y...?

—Lo ha rechazado sin más, Señora. Dice que es absurdo.

Una rabia negra brotó del fondo de la mente de la Vieja TG, empapando primero el vientre, donde hizo que las entrañas parecieran retorcerse en nudos y tensarse; luego los pulmones, que aspiraron aire y luego se esforzaron para llenarse de gases que de repente se habían convertido en brea pastosa; luego el corazón, que tronaba y le golpeaba las costillas como si fuera a salirse de su encierro, la garganta y la lengua, que se pusieron rígidas, crujientes como un papel viejo doblado y apretado y, por último, el cerebro, que compuso el pensamiento:

—¡¡¡!!!

—¡Traed un médico! —dijo alguien.

—Xx xxx xx —dijo algún otro.

CONTINUIDAD (31)

TRABAJO DE BASE

Volvió a sonar el teléfono. Maldiciendo, Donald buscó a tientas el interruptor. Al principio sólo hubo un fuerte ruido de fondo, como de mucha gente moviéndose de un lado a otro. De repente le aulló una voz de mujer, cargada de ira:

—¿Macerdo? ¿Está ahí? ¡Soy Deirdre Kwa-Loop! Me acaba de llamar la oficina central del Servitrans. Había un trato, ¿recuerda? ¡Cuatro horas de margen!

Asombrado, Donald contempló el teléfono como si pudiera mirar por los cables, a pesar de la falta de una pantalla, para ver el rostro de la persona con quien hablaba.

—¿Nada que decir, eh? ¡No me extraña! ¡Debí tener más sentido que para confiar en un sangrón como usted! Bien, llevo algún tiempo en este rollo. Voy a conseguir que nunca tenga...

—¡Ciérrela! —saltó Donald.

—¡Y un carajo! Escuche, culo pálido...

—¿Dónde estaba usted cuando yo me las veía con un locriminal? —rugió Donald. En el
espejo de junto al teléfono vio encenderse la luz de la habitación de Bronwen, un brillo de color de melocotón.

—¿Qué mierda tiene eso que ver?

—¡Cien personas vieron a ese locriminal casi matar a Sugaiguntung! ¿Qué quería que hiciera... contar cuatro horas y llamarle según un reloj de critonio? ¡Debe de haberse corrido la voz por toda la sociedad de prensa en cuestión de cinco minutos!

Respiración pesada.

—Bien —al fin, con reluctancia—, y después de las cuatro PapáMamá las cosas suelen estar muy tranquilas, y...

—Así que lo que hizo fue salir de la ciudad, ¿eh?

Sin respuesta.

—Ya veo —dijo Donald con tono duramente irónico—. Creyó que contrataría a un equipo de mensajeros y les diría: «le he hecho una promesa a esta mujer que no puede cubrir sus propias noticias... ¡tenéis cuatro horas para averiguar dónde se esconde!» ¿Sabe dónde estaba yo cuatro horas después de que ocurrió? ¡Drogado al punto de coma en la clínica de la universidad! ¿Le parece eso suficiente excusa?

Silencio.

—Váyase al carajo, entonces... ¡me vuelvo a la cama!

Cortó el circuito. Casi de inmediato, el teléfono volvió a sonar.

—¡Mierda! ¿Qué pasa?

—Recepción, señor Macerdo —dijo una voz de hombre, muy nerviosa—. Muchas personas aquí hay que hablar a usted quieren. El dicen es muy urgente, señor.

Librodot

Donald cambió a yatakangi y habló lo suficientemente fuerte para que el sonido al otro extremo de la línea fuera perfectamente audible para todos, si no estaba direccionado.

—Dígales que se vayan a vender la orina de su abuela. Si alguien vuelve a llamar a este teléfono antes de las nueve en punto de la mañana, le haré atar, a usted personalmente, dentro del pellejo de una vaca gangrenosa y le colgaré de un árbol para las águilas carroñeras, ¿entiende?

Una cosa que nunca había apreciado antes de venir aquí: el yatakangi es un idioma muy
satisfactorio para inventar insultos,

Pensó durante un rato. Eventualmente reunió su ropa, el equipo de comunicación y todo lo que parecía que podía hacerle falta por la mañana, y lo llevó a través de la puerta de separación hasta la habitación de Bronwen, cerrándola al otro lado antes de reunirse con ella.

Esta vez, sin embargo, no consiguió volver a dormir. Era como si su mente hubiera enviado información, tomada de la anterior llamada de Delahanty y de los acontecimientos del día, por circuitos de retardo y repetición de diversas duraciones, y todos los ecos hubieran coincidido en este punto del tiempo.

Se dio cuenta sólo vagamente de lo que había estado esperando a medias: pasos en el corredor, una llamada atronadora sobre la puerta de su propia habitación, sonidos de metal contra metal y de rascaduras cuando alguien intentó utilizar una llave maestra. Pero se había acordado de correr el cerrojo. El intruso en potencia maldijo y se fue, lamentando probablemente la propina que le había dado al conserje para conseguir el número de la habitación.

Eso, sin embargo, era menos importante que los pensamientos y las imágenes contradictorias que le vibraban en el tambor del cráneo. Diez años de comportarse como una esponja, sin hacer más que absorber información de segunda mano, no le habían preparado para una acción del tipo que ahora se requería de él. Ni siquiera el nuevo modelo de su persona producido por la eptificación podía cargar con lo que se le exigía.
Junto a él, Bronwen susurró invitaciones de que se perdiera en las sensaciones animales,
pero estaba seco de la capacidad de responder. Le dijo que se estuviera quieta y le dejara pensar y lo lamentó de inmediato; porque surgió de las tinieblas un rostro de imbécil, una boca fláccida y estúpida que se reflejaba en un corte, más abajo. Reprimió un gemido y se dio la vuelta en la cama, aterrorizado.

Librodot

Tiene que haber algún modo... ¡piensa, piensa!

Poco a poco, las posibilidades se desarrollaron para formar planes. La imagen del locriminal se desvaneció, llevándose consigo la sensación de desmayo enfermizo, y fue remplazada por un orgullo indefinido por la confianza que habían depositado en él...para llevar a cabo un acto que determinaría el curso de la Historia.

Sé cómo llegar a Sugaiguntung. Sé cómo entrar en contacto con Jogajong. Entre ambas cosas es sólo cuestión de...

Se le relajó el cuerpo, y descansó incluso mientras su mente ocupada conformaba y estructuraba los acontecimientos del día.

A las ocho, pidió el desayuno y se abrió camino por muchos platillos de confituras frías, fritas y en conserva: pescado, fruta, legumbres. Ayudó a pasar la comida con tragos de un té hirviente. Bronwen, tan desnuda como había estado toda la noche, le sirvió en silencio y se aseguró de que estuviera satisfecho antes de tomar ella nada.

Encontró que le gustaba. Era sultanesco. Era algo lo suficientemente extranjero para entonar con el país extraño en que se había metido.

No me puedo imaginar a Gennice haciéndolo...

—Tengo que salir —dijo, por fin—. Quizá te volveré a ver esta tarde.

Ella sonrió y le abrazó, mientras él pensaba que si la volvía a ver sería porque algo hubiera ido desastrosamente mal. Pero no era bueno imaginarse tales catástrofes. Se vistió, se equipó, se colgó al hombro el equipo de comunicaciones y bajó abiertamente al vestíbulo principal.

Estaba tan activo como era propio de la mañana pero, aparte de los empleados del hotel y de los clientes, había también gente de todos los colores posibles, simplemente sentados, hasta que le vieron. Entonces se echaron sobre él y le rodearon como tiburones a un nadador herido, alzando cámaras, magnetófonos y voces.

—Señor Macerdo, debe... Señor Macerdo, por favor... Escuche y yo...

Una mujer árabe gruesa que había reaccionado más rápidamente que los demás le puso una cámara prácticamente bajo la nariz. Se la quitó y la tiró a la cara de un japonés que estaba al otro lado de él. Cuando un sij fornido, que llevaba un turbante, se puso frente a él, le golpeó con el canto de la mano y pasó por encima de su cuerpo que caía. Junto a la puerta principal había una palmera de interior en un tiesto. Saltó hacia ella y la tiró, retrasando a todos los periodistas excepto a un africano persistente a quien tuvo que dar una patada en la espinilla. El hombre

Librodot

tropezó e hizo caer al siguiente que venía tras él, lo cual le dio tiempo a Donald la oportunidad de salir a la calle y llamar a un taxi vacío.
Un coche en el que iban dos hombres impasibles le siguió: evidencia de que se cumplía la promesa de Totilung, supuso. Le ofreció al conductor cincuenta talas si conseguía despistarles y el hombre le llevó por una serie de callejones estrechos, medio bloqueados por tenderetes de mercado, consiguiendo eventualmente poner un rebaño de cabras entre su propio vehículo y el que les seguía.

Satisfecho, Donald pagó al hombre y se pasó a un rixa en cuanto rodaron junto a uno. No podía hacer nada para pasar completamente desapercibido, por su complexión y aspecto, pero por lo menos, de momento, nadie sabía sobre seguro dónde estaba.
Tres rixas más tarde, llegó a las cercanías de la casa de Sugaiguntung. No esperaba encontrar al profesor en ella, a menos que los médicos hubieran insistido en que descansara del ataque del locriminal; pero no había venido a aprovechar la entrevista prometida.

Explorando el barrio a pie, encontró que se parecía mucho a lo que había supuesto al ver los mapas de la ciudad: tranquilo, próspero, apartado de la vida intensa del centro de la ciudad, con una vista muy hermosa sobre el Estrecho de Shongao. Aquí había casas, no apartamentos, cada una rodeada de un muro y de jardines… con flores y arbustos al estilo occidental, o bien pavimentados, empedrados y adornados con rocas redondeadas por el agua. Sólo tres calles anchas atravesaban el barrio, para permitir el acceso de taxis y camiones de suministro. Por lo demás, especialmente en la zona más baja, que daba al mar, sólo un laberinto de callejuelas que exploró, atento siempre al posible acercamiento de cualquier curioso.

Afortunadamente, había venido en un momento tranquilo. Los padres de familia estarían trabajando, los niños en el colegio, los criados limpiando las casas o haciendo la compra.

La vivienda de Sugaiguntung tenía la forma de una T con el tramo vertical muy breve, sobre un jardín de forma pentagonal cuyo lado más corto daba a una calle. Caminó a su
alrededor, excepto precisamente por ese lado más corto, donde un policía aburrido jugaba con una porra, observando determinados hechos interesantes, tales como la posición de un árbol torcido que colgaba por encima del muro y la presencia en la casa —en silueta contra un ventanal— de una mujer regordeta que hacía las faenas domésticas.

¿Esposa, ama de llaves? Más probablemente esto último. Donald recordó una noticia según la cual la esposa de Sugaiguntung, una mujer mayor que él mismo con quien estuvo casado casi veinte años, se había ahogado cuando viajaba en un yate cuatro o cinco años atrás, pero no recordaba ninguna mención a un segundo matrimonio.

Estaba dispuesto a repetir el recorrido cuando la paz de la mañana se vio interrumpida por la aparición, a pie sobre la calle principal, de un grupo de chicos y chicas de aspecto formal que llevaban pancartas alabando a Sugaiguntung y a Solukarta. Su intención evidente era ver con la boca abierta el hogar del gran hombre. Aunque aquello suponía una distracción para el policía, que corrió a encontrarse con ellos y se puso a discutir intensamente con los jefes, su llegada significaba que treinta o cuarenta pares de ojos curiosos miraban en dirección de Donald. Se desvaneció tras una esquina del muro y empezó a avanzar hacia la costa, a lo largo del camino que tendría que recorrer con el profesor si le convencía de partir.

Almorzó en una taberna de techo de cañas y contempló a un titiritero con un mono amaestrado mientras los otros parroquianos —que habían visto muchos más monos que
hombres blancos— le miraban a él. Empezando a alarmarse, abandonó el último vaso de cerveza de arroz del país, al decidir que el dueño se pasaba demasiado tiempo mirándole.

Se desvió cierto rato hacia el interior de la isla antes de volver a la costa durante el período de la siesta. Aparte de pescadores que dormitaban a la sombra de sus praus embarrancados en la playa, no había mucha gente pero, a pesar de todo, recorrió un trecho de playa totalmente desierto antes de sacar discretamente una brújula que llevaba como parte del equipo. Con su ayuda, determinó cuál de los seis o siete entrantes oscuros que podía ver en la línea verde de la costa, al pie del Abuelo Loa, debía de ser el que llevaba al campamento secreto de Jogajong.

Más o menos al tiempo, empezó a llover de nuevo y él volvió a la ciudad, dirigiéndose a la oficina del hombre en que debía confiar para atravesar el Estrecho, el presunto periodista independiente Zulfikar Halal. Le encontró en el tercer piso del almacén de un importador de alfombras, profundamente dormido entre el aroma acre del hachish.

Dios. ¿Es éste mi contacto con Jogajong?

Halal era un individuo andrajoso, sin afeitar; la habitación estaba llena de basuras tales como periódicos viejos, carretes de cinta magnetofónica sin editar y paquetes de fotos holográficas. Evidentemente, esto no era sólo su oficina, sino también su casa; pues un biombo, en un rincón, no conseguía ocultar a la vista un montón de ropas y zapatos desordenados. Sin embargo...

Donald le despertó con cierta dificultad. Sorprendido, Halal se obligó a enfocar la mirada y al principio pareció asombrado, luego asustado.

Librodot

— ¡Hazoor! —dijo, poniéndose en pie torpemente—. ¿No es su señoría el periodista, el periodista americano?

—Exacto.

—¡Hazoor, perdóneme —se humedeció los labios Halal con la lengua—, no esperaba que viniera de este modo! Me dijeron.., —se contuvo, saltó hacia la puerta y miró por ella. Comprobando que no espiaba nadie, a pesar de todo continuó en un susurro—: Creí que su señoría no iba a entrar en contacto conmigo hasta mucho más tarde, hasta...

—No va a haber un mucho más tarde —cortó Donald—. Siéntese y escuche con atención.

Explicó brevemente lo que quería, y cuándo, y Halal puso los ojos en blanco.

—¡Hazoor! ¡Es arriesgado, es difícil, es caro!

—Que le den por culo al coste. ¿Puede hacerlo? —sacó un rollo de billetes de cincuenta talas y los abanicó con el pulgar.

—Su señoría —dijo Halal servilmente, fascinado por el dinero—, haré todo lo posible, lo juro por la tumba de mi madre.

Donald se sintió un poco temeroso. A pesar de todo lo que había alabado Delahanty a este paquistaní, ni tenía aspecto ni se comportaba como un agente de confianza. Aun así, no había ningún otro. Si no quería robar un barco para cruzar el Estrecho, tenía que ponerse en manos de Halal.

—No quiero que haga lo posible —dijo duramente, esperando impresionar al otro—. Quiero que haga lo que le he dicho que haga... ¿entendido? Si me decepciona... Bien, ¿ha oído cómo me las arreglé con ese locriminal en la universidad?

—¿Es cierto? —abrió la boca Halal—. ¡Creí que era una estupidez de bazar!

—Con estas manos —dijo Donald—. Y, si me falla, le cogeré y le exprimiré la sangre como el agua de una toalla mojada. Lo juro por la tumba de mi madre.

Estaba de vuelta al barrio del mercado en que el taxi de la mañana había despistado a sus perseguidores. Quedaba algo que hacer antes de que la ciudad se despertara de la siesta, y tendría que darse prisa.

Se abrió camino entre las filas de tenderetes de venta cerrados mientras sus dueños dormitaban hasta que, en un callejón estrecho, encontró

una cabina telefónica bien oculta de la vista de los viandantes. Alguien había hecho de vientre en el suelo, pero aquello era una molestia menor. Vigiló a su alrededor cuidadosamente durante el tiempo que tardó en componer los dos mensajes en el equipo de comunicaciones, con el chorrevólver disimulado en la mano. Era muy consciente de que en cuanto enviara su llamada al satélite más cercano del Servitrans alguien podía darse cuenta de quién llamaba.

Pero creyó que lo había conseguido hasta que, al reunir el equipo y hacer gesto de abrir la puerta de la cabina, reconoció a Totilung, en pie, al otro extremo del estrecho callejón.

VIENDO PRIMEROS PLANOS (23)

BEGI Y EL ORÁCULO

Begi llegó a un pueblo en el que la gente creía en agüeros, presagios y portentos.

—¿Qué es eso? —preguntó él.

—Le pagamos a esa mujer anciana y sabia —dijeron— y nos dice cuál es el mejor día para cazar, o para cortejar a una mujer, o para construir una casa nueva, o para enterrar a
los muertos de modo que sus fantasmas no se levanten.

—¿Cómo lo hace? —preguntó Begi.

—Es muy vieja y muy sabia —dijeron—, y debe de tener razón, porque se ha hecho muy rica.

Así que Begi fue a la casa de la sabia mujer.

—Mañana voy a ir de caza —dijo—, Dime si va a ser buen día.

—Promete pagarme la mitad de lo que traigas a casa dijo la mujer. Begi se lo prometió, y ella cogió unos huesos y los tiró al suelo. También hizo un fuego pequeño con plumas y hierbas.

«Mañana será buen día para cazar —dijo.

Así que al día siguiente Begi fue a la selva con la lanza y el escudo, y también con un poco de carne y una calabaza de vino de palma y arroz hervido y envuelto en una hoja, y llevando por encima su mejor piel de leopardo. Por la noche, volvió desnudo, sin nada en absoluto, y fue a la casa de la mujer sabia.

Librodot

Rompió una lanza de la pared y con la punta cortó en dos un escudo que había allí y dio
la mitad de la carne y la mitad del arroz que ella tenía a otras personas y vertió en el suelo la mitad de su cazo de vino de palma.

—¡Eso es mío! —dijo la anciana—. ¿Qué haces?

—Te estoy dando la mitad de lo que traje de caza —dijo Begi.

Luego desgarró la mitad de la ropa de la vieja y se la puso y se fue.

Después de eso, la gente se decidió por sí misma y no tuvo que pagar nada a la vieja.

CONTINUIDAD (32)

EL PRIMERO EN SABER LA NOTICIA

Aún un poco aturdido, pues le habían sacado de la cama con la llamada, Norman contempló el rostro de la pantalla del teléfono. Era el de E. Próspero Nivel, el secretario
general de TG.

—Norman, he pensado que es mejor que te diga de inmediato la noticia antes de que salga en la TV. Es posible que tengas que tomar algunas medidas de precaución urgentemente. La Vieja TG ha tenido una hemorragia cerebral y no se espera que dure más de un día.

La identidad de iniciales entre la creadora y su creación llenaron brevemente la mente de Norman con una visión de la torre de TG explotando en la parte de los pisos superiores y vertiendo por las ventanas sangre roja oscura.

—¿Qué tenemos que hacer entonces los de aquí? —dijo tras una pausa— ¿ir más despacio?

—Todo lo contrario —gruñó Nivel. Su modo de hablar indicaba que no había esperado que Norman pronunciara ninguna frase convencional de sentimiento. Talona Georgette
Maleche, durante toda su vida, había sido alguien a quien admirar, no a quien amar—. El primer efecto será indudablemente una ola de pánico y de venta de acciones de TG y de todas las compañías subsidiarias. Nuestras estimaciones indican que los precios bajarán en treinta o cuarenta millones hoy, independientemente de lo que hagamos. Necesitamos desesperadamente algo que los vuelva a subir de golpe en cuanto sea posible.

—Y contáis con el proyecto de Beninia como medio para proveer ese rebote —Norman frunció el ceño—. Bien, no veo por qué no... ayer, como se había previsto, conseguimos la ratificación del Parlamento, y el doctor Ram Ibusa está haciendo los preparativos para volar conmigo a Nueva York y firmar los contratos como representante del gobierno.

—Yo sí veo por qué no, quizá —repuso amargamente Nivel—. No te he dicho cuál ha sido la impresión que ha acabado con la Vieja TG.

Las premoniciones llenaron la cabeza de Norman del sonido de terremotos.

—Cuando conmutamos el programa de Shalmaneser para el proyecto de «hipotético» a «real», lo rechazó. Y los técnicos no consiguen averiguar por qué.

—¿Pero? —Norman buscó palabras desesperadamente—. ¡Pero Shal debe de dar algún
motivo para el rechazo!

—Oh, lo primero que hicieron fue preguntarle sin más por qué. Escupió todo lo que le habían alimentado sobre Beninia y sus habitantes y anunció que era inconsistente con la
masa de datos mayor que ya tenía almacenada previamente —Nivel se golpeó una mano
con el puño de la otra—. ¡Y eso es absurdo! Hasta el último elemento de información ha sido comprobado sobre el terreno por ti y tu equipo... ¿Alguna idea?

Norman negó con la cabeza, aturdido.

—Bien, más vale que empieces a pensar fuerte. Me da la impresión de que vamos a poner en marcha el proyecto de todos modos y suplicar que un milagro nos salve de la catástrofe. Si no conseguimos dar al público la noticia a lo grande, antes de cuarenta y ocho horas como máximo, no cabe duda de que se va a producir una calamidad de otra clase. Según un resumen de datos de Beninia que leí el otro día, los países vecinos dan por supuesto que los habitantes de allá son hechiceros muy competentes. ¡Tú estás ahí... ve a ver si pueden conjurar el milagro que necesitamos!

Cortó el circuito y la pantalla murió lentamente hasta oscurecerse.

LAS COSAS QUE PASAN (14)

CARTELES DE CONTRATACIÓN

EL CONSORCIO DE BENINIA

(Técnicas Generales. S. A.
Técnicas Generales (Gran Bretaña y Commonwealth), S. A.
Técnicas Generales (Australasia), S. A.
Técnicas Generales (Francia), S. A.
Técnicas Generales (Alemania), S. A.
Técnicas Generales (Escandinava), S. A.
Técnicas Generales (Hispanoamérica), S. A.
Técnicas Generales (Johannesburgo), S. A.
Minas del Atlántico Medio, S. A.
y todas las compañías y corporaciones subsidiarias de las anteriores)
JUNTO CON EL GOBIERNO Y EL PUEBLO DE BENINIA

anuncian la emisión de obligaciones para crear un importante FONDO DE INVERSIÓN PUBLICA que producirá un beneficio garantizado del CINCO POR CIENTO ANUAL con excelentes posibilidades de alcanzar el OCHO POR CIENTO (calculado totalmente por «Shalmaneser», de Técnicas Generales).

La duración del Fondo será en principio de 20 AÑOS con posibilidad de recuperación o de participación continuada durante 30 AÑOS MAS hasta un total de 50 AÑOS.

Solicite prospectos y copias completas certificadas de los análisis de ordenador arriba
indicados a la siguiente dirección...

EL CONSORCIO DE BENINIA

le invita a solicitar un contrato de empleo en el país de Beninia si tiene usted experiencia en los ambientes del África occidental, especialmente en los antiguos territorios coloniales.

Los sueldos serán generosos. El plazo del contrato dependerá de las circunstancias, pero se espera un promedio de cinco años. Viajes de ida y vuelta subvencionados; un mes en el país de origen y dos de vacaciones locales por período bianual; gastos pagados de mudanza y acomodación; complementos generosos en compensación por condiciones de vida inferiores. Escriba, dando detalles del tiempo pasado en África y una descripción completa de los puestos ocupados, a...

EL CONSORCIO DE BENINIA

solicita personal, preferiblemente, pero no imprescindible, con experiencia en el África
occidental, de las siguientes especialidades:
Educación Arquitectura

Comunicaciones Transportes
Ingeniería mecánica Ingeniería civil
Medicina (esp. tropical) Planificación urbana
Economía Leyes
Energía, iluminación y calefacción Cibernética
Construcción de fábricas Refinamiento de menas minerales
Ecología humana Purificación de aguas
Salud e higiene públicas Textiles
Agricultura Planificación de producción
Electrónica Síntesis de plásticos
Impresión y publicidad Minería y mineralogía
¡...y literalmente CUALQUIER OTRA MATERIA implicada en el desarrollo de una
nación del siglo XXI! Dirigirse a...

¿QUIERE SALIR Y VER MUNDO ANTES DE ESTABLECERSE DEFINITIVAMENTE?
¿QUIERE AYUDAR A OTRAS GENTES?
¿QUIERE DISFRUTAR DE UN SUELDO EXTRAORDINARIO Y DE UNA EXPERIENCIA ÚNICA?

¡El proyecto de Beninia es una de las ideas más excitantes jamás concebidas, y USTED puede ser parte de él! Llámenos o vénganos a ver a...

Apunte fijo VISUAL: joven blanco de edad aprox. 17 alza niño negro para que vea bonito edificio nuevo y alto bajo cielo azul.

Apunte fijo SONORO:
—¿Piensas en... Beninia?

Apunte fijo VISUAL: aument. 3 rostro maravillado del niño.

Apunte fijo SONORO:
—¡Ese es el punto del gran espectáculo en que pasarán más cosas... en que se forjarán mayores maravillas!

Apunte fijo VISUAL: brevimágenes partipantalla: selva con animales, edificio en construcción, niños corriendo, río con barcos, etc.

Apunte fijo SONORO: «Tema de Beninia» grabado especialmente por los M 31.

Apunte fijo VISUAL: El Sr. y la Sra. Dondequiera caminan a través de plaza de pueblo con reses dóciles siguiéndoles hacia (pantallent.) nuevos edificios hermosos en el horizonte y la gente del pueblo se une

Librodot

detrás, los niños quieren subirse a las reses para montar en ellas y juegan con sus rabos.

Apunte fijo SONORO: El «Tema de Beninia» baja volumen y se sobreimpone cinta
hablada:
—¡Usted también puede ser parte de la aventura del siglo xxi, fantástica, magnífica, sin precedentes! Anote el número de la agencia de contratación de voluntarios más cercana!

Apunte en vivo SONORO: Desde los estudios locales se leen las direcciones correspondientes.

—Mary, querida, he estado pensando en esos anuncios sobre Beninia.

—Sí, Víctor, lo sé. Pero ahí deben de haber cambiado las cosas, ya sabes.

—¿Están cambiando aquí, no? ¡Más rápido y menos agradablemente! Me he decidido. Voy a enviarles mi solicitud.

—T'avais raison, Jeannine. T'as parlé au sujet des américains qui allaient s'intéresser a la Béninie, et voici une reclame que je viens de trouver dans le Journal. Tu l'as vue?

—Montre-le-moi... Ah, Pierre! Cest épatant! Moi, je vais y écrire sur le champ! Toi?

—Je leur ai deja donné un coup de téléphone.

—Mais... qu'est-ce que pense Rosalie de tout cela?

—Sais pas.

—Tu n'as pas demandé á ta femme si elle veut...?

—Heu! Je men fiche, Jeannine. Je te dis franchement: je men fiche!

—Frank, ¿crees que habrá legislación eugénica en un país tan atrasado como Beninia?

—¿Cómo?

—TG está contratando gente para ir allí. Y han abierto una delegación aquí mismo, en la ciudad, para entrevistar a los candidatos.

Enseñar: matemáticas, inglés, francés, geografía, economía, leyes…

Formar: maestros, médicos, enfermeras, técnicos, meteorólogos, mecánicos, agrónomos…

Construir: casas, escuelas, hospitales, carreteras, puertos, estaciones eléctricas, fábricas…

Tratar: hierro, aluminio, wolframio, germanio, uranio, agua, poli teño, cristal…

Vender: energía, antibióticos, cuchillos, zapatos, aparatos de televisión, esperma de toro, bebidas…

Vivir: más de prisa, más tiempo, más alto, más sano.

¡EL CONSORCIO DE BENINIA BUSCA.., BUSCA… BUSCA..!

CONTINUIDAD (33)

LE COGÍ Y SE ESCAPO

Mientras Donald llamaba por teléfono había cesado la lluvia, pero aún corría el agua por las cunetas. Durante una breve eternidad pareció que el único sonido del Universo era un borboteo al verterse a través del enrejado de una alcantarilla.

Por fin, habló la Superintendente Totilung.

—Señor Macerdo, creo que el Profesor Doctor Sugaiguntung ha estado esperando una visita de usted. Me dijo que le había ofrecido una entrevista privada.

—Es cierto —dijo Donald, Grujiéndole la voz como una antigua puerta de hierro al abrirse. Aún dentro a medias de la cabina telefónica, con el chorrevólver en la mano y el equipo de comunicaciones colgado del hombro, miró a un lado, hacia la boca del callejón. Estaba bloqueada por un policía que tenía desenfundado el revólver de descargas.

—Y una visita guiada personalmente por él a sus laboratorios.

—Eso también es cierto.

—Está lleno de contradicciones, señor Macerdo. Montones de periodistas extranjeros hubieran dado el brazo derecho por el privilegio que le han concedido a usted. Y, sin embargo, no se ha puesto en

contacto con el profesor en todo el día. ¿Estará mañana su oficina central tan contenta como esta mañana?

Los ojos de Totilung, brillantes, agudos, oscuros como pasas de Corinto en un rollo de sebo, no se apartaban de él.

La simple impresión empezó a dejar paso en el ánimo de Donald a un miedo sincero; sentía en la ropa el picor agónico del sudor.

—Tengo intención de visitar al señor Sugaiguntung esta tarde, en su casa.

—¿Espera encontrar allí toda la información que quiera... sus animales de laboratorio, sus dibujos y gráficos, sus análisis de ordenador, películas, instrumentos? —-el tono de Totilung era deliberadamente mordaz.

—Deje que planifique yo mi trabajo y tendré mucho gusto en dejar que usted haga el suyo —dijo secamente Donald—. En mi opinión, la entrevista es antes que la visita guiada a los laboratorios, así que...

—Entonces ha perdido su oportunidad —Totilung se encogió de hombros—. Llevo una orden de arresto contra usted por los cargos de asalto y agresión, así como por dañar una cámara propiedad de la señorita Fátima Saud —se dirigió a su compañero en yatakangi—: trae aquí esas esposas... ¡pero ten la pistola a punto! Este hombre es un asesino experto.

Con mucho cuidado, sin quitar los ojos de Donald, ql policía se sacó del bolsillo las esposas y se acercó a Totilung.

Me han engañado. Me han estafado. Me han orientado a un callejón sin salida de la vida. Nunca quise verme llevado a rincones en los que tuviera que matar o ser muerto. ¡Por volver a donde estaba, aburrido y ordinario y romo,, daría cualquier cosa, cualquier cosa!

Pero no podía permitirse ser arrestado y perder el tiempo, y quizá verse deportado. Esta noche tenía que tomar la breva del árbol y llevarla a casa.

Se obligó a calmarse con una respiración profunda y controlada. Suponiendo que Totilung hubiera estado buscándole cuando alguien informara que estaba llamando a un satélite del Servitrans desde esta cabina, habría venido aquí directamente. La calle a la que desembocaba el callejón era demasiado estrecha para un coche patrulla; éste y el conductor debían de estar esperando al extremo del bloque. Con suerte, sólo tenía que enfrentarse a Totilung y a un hombre, de momento.

Dejó caer resignadamente los hombros cuando ella tomó las esposas y se le acercó, asegurándose de que su cuerpo no bloqueara la línea de fuego de su compañero. Este último la siguió de cerca, con el revólver alzado. Donald alzó las manos, como si se preparara dócilmente a que le pusieran las esposas, y disparó el chorrevólver... no hacia Totilung, sino hacia el hombre.

El chorro abrasador le dio en la mejilla, le cegó un ojo, se le vertió en la boca al inspirar,
le quemó los pulmones y le hizo doblarse, tosiendo. Se le disparó el revólver por reflejo y una descarga se estrelló en el suelo, con un ruido sibilante, incendiando un montón de basura a siete metros de distancia. Sin embargo, Donald no perdió el tiempo en él. Aceleró el movimiento de subida de las manos y hundió los dedos de la mano que no sujetaba el chorrevólver en la papada carnosa de Totilung. Distraída por las esposas, tardó demasiado en alzar los brazos para cubrirse el rostro. Le dio una patada inmediatamente debajo de la rodilla y, mientras ella se volvía a un lado por el dolor, dejó caer el chorrevólver, la sujetó de un brazo y le puso la zancadilla.

Cayó de espaldas, con los brazos y las piernas abiertos, la boca abierta para gritar, y él le saltó sobre el vientre con ambos pies, sacándole todo el aire de los pulmones. El hombre se estaba recuperando: tosiendo y lagrimeando, movía el revólver como terriblemente asustado de la posibilidad de disparar contra su jefe en vez de contra Donald.

Donald saltó de Totilung y se lanzó de cabeza contra el policía, estrellándole contra la pared opuesta del callejón. La gorra blanda no le supuso ninguna protección cuando la cabeza chocó violentamente coa los ladrillos. Aulló y dejó caer el revólver.

Donald lo cogió antes de que llegara al suelo, le dio la vuelta en la mano, se hizo a un lado y disparó primero al policía y luego a Totilung hasta matarles.

Es lo que mejor sabemos hacer a una persona. Somos magníficos en esto, maravillosos,
únicos.

Trabajando deprisa, juntó los cuerpos, volviéndosele las manos pegajosas por la grasa fundida de sus pieles crujientes, que habían adoptado la consistencia de los torreznos por las descargas eléctricas. Se las limpió en una parte sin quemar del uniforme del policía y se descolgó del hombro el equipo de comunicaciones. Puso una caja de cerillas dentro de la tapa, como le habían enseñado. Con una mano en el botón de control, se obligó a recordar de nuevo la distribución de las calles cercanas y decidió que si el coche patrulla que había traído a Totilung se había acercado todo lo posible debía de estar a la derecha

del callejón. Parecía haber más ruido que hacía unos minutos; la siesta estaba terminando.

Giró el botón de control hasta la zona del final, sin marcar, y corrió.

Al dejar el callejón y llegar a la vista de otras personas, tuvo que obligarse a caminar con una lentitud deliberada, la mano derecha en el bolsillo lateral de la cazamisa para ocultar el bulto del revólver. Al cabo de veinte pasos ovó tras él un sonido sordo de derrumbamiento. Por todas partes a su alrededor, la gente se asustó y miró y señaló. Les imitó, por miedo de parecer aún más llamativo de lo que le hacía su color, y vio que dos
edificios enteros, que había entre el callejón y donde él estaba, se habían inclinado de repente entre una nube de humo y polvo. El aire estaba lleno de gritos.

Pronto quedaron ahogados los gritos por el ruido de los edificios al doblarse como un castillo de naipes y derrumbarse entre escombros y cadáveres.

Desde entonces hasta la puesta del sol, el tiempo estuvo dividido en imágenes inconexas que podrían no ser visuales, sino internas. En una ocasión se encontró en la esquina que
formaban dos paredes, vomitando la comida que había tomado en la taberna de techo de
cañas junto al mar, 'maravillándose con una curiosidad despegada de cómo su estómago
había cambiado el color de los alimentos. En otro momento estuvo inclinado hacia la ventanilla de uno de los quioscos de esquina que había por todas partes, fingiendo discutir los precios con el vendedor porque pasaba un coche de patrulla. Pero no existía ninguna secuencia entre tales vivencias. Había un momento determinado y establecido en que debía volver al contacto con el mundo y, hasta entonces prefería no tener percepciones.

Llegó la noche, disparando la orden que se había dado a sí mismo. Agitado por la debilidad debida al miedo, a la repugnancia y al vomitar, se dirigió como un hombre que soñara hacia el distrito en que Sugaiguntung tenía su casa.

A las siete y media llegó a un bloque de distancia de ella, recuperando el autocontrol. Oculto de la vista de un coche patrulla tras un pequeño grupo de arbustos aromáticos, sintió que su conciencia se unía de nuevo a los acontecimientos exteriores. Reaprendió cómo producir pensamientos coherentes.

Hay un montón de actividad por aquí. Sin duda no pueden haber desenterrado aún el cuerpo de Totilung... Pero no hace falta ser un genio para deducir lo que he hecho.

Empuñó el revólver en el bolsillo. Aún tenía casi toda la carga con que había salido de la armería de la jefatura de policía. Intentó confortarse diciéndose que le habían enseñado las técnicas más avanzadas para utilizar un arma semejante y vencer. No sirvió de nada. La única escapatoria estaba en la acción.

Acción, distracción, fracción... soy menos que un hombre.

Avanzó cuidadosamente. Un trecho corto, y tuvo que tirarse en plancha al suelo, a la sombra de un seto de adorno, para impedir que le viera un hombre a pie que llevaba un revólver.

Me esperan. ¿Se ha arrepentido Sugaiguntung de la confesión que hizo, ha cambiado de
opinión sobre lo de querer salir? No le dejaré. No me atrevo.

Le hizo falta otro cuarto de hora para determinar con exactitud cómo estaban guardados los alrededores. Aparte del coche patrulla, que rodaba silenciosamente de un lado a otro por las tres calles que daban al barrio, había siete policías de guardia alrededor del jardín pentagonal de Sugaiguntung, uno al cargo de cada lado y dos en la puerta. Por otra parte, le alivió descubrir que la vida parecía seguir transcurriendo normalmente. Captó retazos de sonido de aparatos de TV y, en una de las casas cercanas, un grupo de personas parecía ensayar una escena de una ópera tradicional, cantando en voces altas y forzadas y golpeando gongs.

Por lo menos, no era muy grande el riesgo de tropezarse con vecinos curiosos además de con los guardias.

Al salir del hotel por la mañana se había traído un tranqui para serenarse en la emergencia definitiva. Se lo tragó, rogando por que su estómago no lo rechazara antes de que se disolviera la cápsula.

Cuando hizo efecto y los dientes ya no amenazaban con castañetear, se dirigió al árbol retorcido ornamentalmente que había visto esta mañana y que se cernía sobre el muro que encerraba la vivienda de Sugaiguntung. El hombre de guardia a este lado de la casa parecía pasar siempre bajo él.

En la siguiente ronda volvió a hacerlo, y los pies de Donald le golpearon en la nuca, con las puntas juntas. Siguió todo su peso, estrellando el rostro del hombre contra el suelo, embarrado por la lluvia. Se debatió sólo unos segundos antes de desvanecerse, con la respiración impedida por boca y nariz.

Donald se hizo cargo de su revólver tirándolo a un charco, donde se descargó entre una nube de vapor sibilante, y volvió a subir al árbol.

Librodot

Avanzando poco a poco por la más fuerte de las ramas que pasaban sobre el muro, consiguió dejarse caer al otro lado, donde un arbusto lleno de flores amortiguó el choque. Aquí quedaba a la vista de la puerta principal, donde los dos guardias vigilaban hombro con hombro bajo la luz de una lámpara; pero miraban al otro lado.

En esta fachada, todas las ventanas de la habitación estaban apagadas menos una, por otra parte tapada con paneles de madera. Se dirigió a ella, evitando la zona de luz producida por una lámpara que había sobre la puerta frontal, y consiguió echar una mirada al interior. Vio a Sugaiguntung, sentado solo en un puf bajo, ante una mesa cubierta de platos y cuencos vacíos, terminando en este momento de cenar. La puerta de la habitación se abrió y la mujer que había visto por la mañana entró para preguntar si podía retirar el servicio.

Se ocultó tras la esquina más cercana de la casa y se dirigió al otro lado, apresurándose aún a costa de hacer algo de ruido, porque no pasaría mucho tiempo antes de que la ausencia del policía fuera notada por sus compañeros. En la parte trasera de la casa había una puerta de cristal corredera de dos paneles que conducía al jardín. Miró por ella, pero no vio nada porque la habitación que había detrás estaba completamente a oscuras. Hizo gesto de continuar... y una luz brillante le bañó el rostro.

Se quedó aturdido por un momento, demasiado asustado para moverse. Luego los ojos
torturados le indicaron que el hombre que había encendido la luz era Sugaiguntung, y que le había reconocido y se acercaba para abrir la puerta.

Se echó atrás, con la mano en el aire al revólver, y deseó desesperadamente que nadie estuviera mirando en su dirección desde fuera del muro.

—¡Señor Macerdo! ¿Qué hace usted aquí? —exclamó Sugaiguntung.

—Me invitó a visitarle —dijo secamente Donald, vencido el momento de impresión con la rápida ayuda del tranqui que se había tomado.

—¡Sí! Pero la policía dice que le quieren arrestar, y...

—Lo sé. Esta mañana golpeé a alguien con una cámara y, como Totilung tiene tantas ganas de deportarme, lo utiliza como excusa. ¡Lo que es más, tendrá ocasión de hacerlo si no apaga esta luz!

—Entre -murmuró Sugaiguntung, haciéndose atrás—. En la casa no hay nadie más que
mi ama de llaves, y es muy dura de oído.

Donald se lanzó tras él. Sugaiguntung cerró la puerta y dejó caer sobre ella una persiana de tablillas, bloqueando la vista desde el exterior.

—Profesor, ¿sigue deseando lo que ayer me dijo que quería? — Esperando ansiosamente la respuesta, Donald mantuvo la mano cerca del revólver.

Sugaiguntung pareció no comprender.

—¿Quiere tener la oportunidad de dejar de ser utilizado como instrumento político? —insistió bruscamente Donald—. Le dije que podía conseguirlo. He arriesgado la vida para hacerlo posible. ¿Bien?

—He estado pensando en ello todo el día —dijo Sugaiguntung tras una pausa—. Creo que... sí, creo que sería como un sueño hecho realidad.

En la distancia se oyó un grito y el sonido de pies corriendo. Donald se sintió de repente tan flojo como un trapo.

—Gracias a Dios. Entonces debe hacer lo que le diga. De inmediato. Puede ser demasiado tarde incluso ahora, pero creo que no.

A lo largo del camino trasero a la otra puerta, en la que estaban de guardia también dos policías, Sugaiguntung corrió por el centro; Donald lo hizo en paralelo a él, silenciosamente, sobre la arena blanda. Los guardias miraron a su espalda y volvieron una linterna.

—¡De prisa! —jadeó Sugaiguntung—. ¡Su sargento quiere que vayan a ese lado de la casa! —señaló a la izquierda—. ¡Alguien ha golpeado al hombre que estaba allí de guardia!

Los policías miraron en la dirección indicada. Vieron los rayos en movimiento de las linternas y oyeron una voz que rugía una orden. En seguida dieron por supuesto que lo que Sugaiguntung decía era cierto, y corrieron hacia allá.

En cuanto hubieron doblado la esquina del muro, Donald abrió la puerta y empujó a Sugaiguntung al otro lado. Daba a una serie de callejuelas retorcidas que había explorado por la mañana. A la derecha y bajando la pendiente estaba el mar.

Si ese sangrón de Halal no ha hecho lo que le dije, ¿qué voy a hacer?

Pero era demasiado pronto para pensar en posibilidades tan terribles. Apresuró a Sugaiguntung tanto como se atrevió, escuchando sobre el ruido de su propia respiración, a la espera de cualquier sonido de persecución. Cuando salieron del extremo de la calleja a una calle residencial tranquila no se había producido ninguno. Ahora tuvieron

Librodot

que andar despacio, cruzando la calzada de vez en cuando para impedir ser reconocidos por algún paseante nocturno.

Tras un espacio de tiempo interminable, vieron un taxi en un cruce y lo tomaron. Rodaron en él hasta la costa, y lo dejaron en un lugar turístico de fama donde había varios restaurantes especializados en pescado a la parrilla y en canciones populares yatakangis. Mezclándose con la multitud, pero aprovechando todas las marquesinas, pantallas y esquinas para evitar mostrarse directamente a los curiosos, Donald abrió camino hacia un tramo de playa en el que, durante el día, había habido treinta o cuarenta barcos pesqueros.

Al llegar al final del recorrido, tenía el corazón en la boca. Casi se desmayó de alivio cuando vio que —según la promesa de Halal—, aunque muchos de los praus se habían hecho ya a la mar y sus luces oscilaban contra la masa amenazadora del Abuelo Loa, aún había unos cuantos encallados en la arena, las tripulaciones reuniéndose una por una y riendo juntas, pasándose de mano en mano botellas de aguardiente de palma y cigarrillos.

—Se supone que un hombre ha convenido con uno de esos barcos que nos lleve al otro lado del Estrecho —le explicó Donald a Sugaiguntung en voz baja—. Espere aquí. Voy a ver cuál es.

Sugaiguntung asintió. Su rostro parecía una máscara vacía de emoción, como si aún no hubiera tenido tiempo para asimilar las implicaciones de lo que estaba haciendo. A Donald le preocupaba dejarle solo, pero no había alternativa: esa cara era demasiado conocida para que la vieran todos estos pescadores.

Halal había dicho que ordenaría que colgaran una lámpara azul del mástil del barco que hubiera de llevarles. Donald descubrió con desmayo renovado que no había ninguna lámpara semejante en ninguno de los barcos. Pero había uno con una linterna en el mástil, aunque no fuera azul. Cada vez más desesperado, intentó convencerse de que el color no importaba... quizá no habían conseguido encontrar el cristal azul necesario para ella.

Tres hombres preparaban el barco para salir a la mar, enrollando las redes típicas de Yatakang en la cubierta de proa y empapándolas para que se hundieran de inmediato cuando las echaran por la borda.

Jugándoselo todo a una suposición, Donald saludó al hombre que parecía el patrón.

—¡Busco al hombre de Pakistán, a Zulfikar Halal!

Si ese cobarde borracho de quif se ha echado atrás en este trabajo le... pero no tendré

ocasión. ¡Estaré encarcelado o muerto!

El patrón se detuvo en su trabajo y volvió la cabeza. Le miró durante un largo momento.
Luego cogió una linterna y la enfocó directamente a Donald.

—¿Es usted el americano Macerdo? —dijo.

Durante un instante, Donald no entendió la pregunta... el hombre había pronunciado su nombre con un acento yatakangi. En cuanto comprendió las palabras, el mundo pareció zozobrar. Pensando que en cualquier momento podía surgir la policía de la bodega del prau, se hizo atrás de un salto, sacando el revólver del bolsillo.

—¡No hace falta eso! —dijo agudamente el patrón, riendo—. Le conozco. Sé a dónde quiere ir. A Jogajong. Tiene muchos que le apoyan, entre nosotros los pescadores. Hoy se corrió la voz de que si pedía usted ayuda debíamos dársela. Suba a bordo.

CONTEXTO (24)

UNO DE MUCHOS IMPRESOS
ESENCIALMENTE IDÉNTICOS
DE SHALMANESER

PROGRAMA RECHAZADO

ORDEN motivo del rechazo

ANOMALÍAS EN DATOS SOPORTE

ORDEN define ORDEN especifica

DATOS NO ACEPTABLES EN LAS SIGUIENTES CATEGORÍAS: HISTORIA, COMERCIO, INTERACCIÓN SOCIAL, CULTURA

ORDEN acepta los datos recibidos ORDEN ABSURDA E INOPERABLE

CONTINUIDAD (34)

HAY MAS FE EN UNA DUDA SINCERA

Librodot

Norman debía haber asistido a la gran ceremonia oficial en la que Ram Ibusa firmó los contratos con el Consorcio de Beninia, a la conferencia de prensa subsiguiente y a la cena de gala, por la noche. En cambio, dejó a Ibusa en manos del departamento de relaciones públicas de TG y se fue.

Había visto, oído y sentido demasiado. A pesar de todas las noticias animosas sobre la situación del mercado, donde las acciones de TG ya habían vuelto a subir al nivel que tenían cuando se produjo la muerte de la fundadora y parecían seguir en ascenso; a pesar de toda la alegría falsa, de los anuncios excitados del departamento de Relaciones Públicas y de los altavoces que emitían el «Tema de Beninia» hecho de encargo al efecto... no podía soportar el ambiente de la torre de TG. Había demasiados rostros grises, demasiadas máscaras alegres que caían cuando los poseedores creían que nadie les miraba.

La sensación que flotaba en el aire era como la que debió de reinar en un campamento hebreo el día en que Jehová se negó, por Sus propios motivos inescrutables, a realizar un milagro y borrar del mapa al alto sacerdote de Dagon.

Y eso, pensó Norman, no era sólo una comparación, sino una definición. El omnisciente
Shalmaneser había decepcionado a sus discípulos fieles que, a medias, temían que no fuera culpa de él, sino suya.

¡Malditos ordenadores, engaño de Shaitan! ¡De todas las ocasiones que Shalmaneser pudo elegir para fallarnos escoge este momento, cuando mi vida y mis esperanzas dependen de su juicio!

Compró un paquete de Joyas de la Bahía y se fue a casa.

La llave de Salvaguardia, S. A. se deslizó suavemente en la cerradura. La puerta se hizo a un lado y le mostró el interior del apartamento: desordenado, algunos de los muebles cambiados de sitio, la consola de las bebidas rodeada de vasos de usar y tirar no llevados al multriturador; pero, por lo demás, sin cambios.

Al principio pensó que no debía de haber nadie. Miró en su propio dormitorio y vio que la cama estaba arrugada, pero sólo porque alguien se había echado sobre la colcha, no porque hubieran dormido en ella. Encogiéndose de hombros, encendió uno de los porros que había comprado y volvió al cuarto de estar.

Oyó un débil ronquido.

Se dirigió en dos zancadas a la antigua habitación de Donald y abrió la puerta. Chad Mulligan estaba dormido sobre la cama, no dentro de ella,

descuidados el cabello y la barba y completamente desnudo; sólo llevaba puestos los zapatos.

Acababan de pasar las cuatro PapáMamá. ¿Qué carajo hacía durmiendo a esta hora del día?

—¿Chad? —dijo. Y por segunda vez, en voz más alta—: ¡Chad!

—¿Qu...? —parpadeó, abrió los ojos, los volvió a cerrar, de nuevo los abrió y esta vez los dejó abiertos—. ¡Norman! ¡Carajo, no esperaba verte de vuelta en Nueva York! Eh... ¿qué hora es?

—Más de las cuatro.

Chad se sentó y pasó las piernas con un esfuerzo sobre el borde de la cama, frotándose los ojos e intentando contener un bostezo monstruoso.

—¡Uh... ahí Perdona, Norman... ¡uf! Bienvenido a casa. Lo siento, no seré muy buena
compañía hasta que me haya duchado.

—¿Desde cuándo duermes de día?

Chad se las arregló para ponerse en pie y siguió subiendo hasta quedar de puntillas, alargando ambos brazos para desentumecer los músculos.

—No es una costumbre —dijo—. Sólo que anoche estuve pensando y pensando y pensando y no podía dormir en absoluto, así que me emborraché a la hora de desayunar y aquí estoy.

—¿En qué pensabas? Y ¿no sabías que hay un inductor en la almohada? Eso te hubiera
hecho dormir.

—Los inductores me hacen soñar —dijo Chad—. El alcohol no.

Norman se encogió de hombros; ni él ni Donald habían sufrido esos efectos por usar un inductor de sueño, pero recordaba que una o dos de las tías que habían vivido aquí se quejaban del mismo problema: riesgo de pesadillas.

—Adelante, dúchate —dijo—. No tardes demasiado. Quiero hablar contigo.

Se le había ocurrido de repente una idea. Era probablemente una esperanza vana, pero cualquier posibilidad, por débil que fuera, merecía la pena de tenerse en cuenta en la crisis actual.

—Claro —murmuró Chad—. Pero hazme un favor... encarga un poco de café.

Cinco minutos más tarde, vestido, con el cabello y la barba aún mojados pero ordenados un poco con el peine, Chad cogió la taza de café que le esperaba y se sentó en la silla de Donald, frente al sillón favorito de Norman.

—Te envidio ese sillón Hille —dijo, ausentemente—. Para ser sincero, es casi lo único del apartamento que te envidio. Es cómodo. Y uno sabe que va a seguir siendo un sillón, en vez de convertirse de repente en una pantalla cosmorámica... Muy bien: ¡habla conmigo!

—Chad, se te considera el sociólogo vivo más penetrante.

—Ballescoria. Se me considera un borracho miserable. He llegado a la fase en que uno se emborracha demasiado y demasiado rápido para molestarse en salir a buscar tías, y me gustan las mujeres —se tragó el café y se secó el bigote con el dorso de la mano.

—Quiero contratarte —dijo Norman, sin alterarse lo más mínimo.

—¿Contratarme? Debes de estar colgado. Por un lado, soy suficientemente rico para no tener que trabajar. A ojo de buen cubero, calculo que podría agotarme a mí mismo dos veces más deprisa de lo que puedo agotar mi dinero. Estoy intentando reducirlo a un margen del cincuenta por ciento, y trabajar me daría por el culo. Por otra parte, no puedo conseguir que nadie me escuche, así que ¿para qué me sirve trabajar? Asunto concluido, espero. Toma un trago... no, toma un porro. Sal conmigo a buscar tías y celebraremos tu vuelta. ¡Cualquier cosa!

—Prácticamente tengo carta blanca para cualquier cosa que se refiera al proyecto de Beninia. Te quiero, al sueldo que tú mismo fijes.

—¿Para qué carajo? —el asombro de Chad parecía sincero.

—Bien... —dudó Norman— has oído a Elias cantar las alabanzas de Beninia, ¿verdad?

—Estabas tú presente. Parecía como si tuviera una línea directa con el Paraíso.

—¿Crees que yo soy la clase de tío al que se convence fácilmente?

—¿Quieres decir que si pienso que eres un tipo duro? Ja-já. Pero te gusta parecerlo. ¿A dónde quieres llegar... a emular el trabajo de relaciones públicas de Elias?

—Exactamente. Chad, se trata de un país que da la impresión de, sin más, haber estado dedicándose a sus propios asuntos en mitad de toda clase de follones. Antiguamente había otras naciones por el estilo, pero todas fueron al fin vencidas por las interferencias
exteriores: el Nepal, Tahití, Samoa... han sido reducidas poco a poco al rango de zonas de Jetex Cursión.

—¿Qué ibas a esperar si no? Como no dejo de decir a la gente, somos una especie desagradable de modales horribles, indignos de sobrevivir. ¿Recibiste la carta que te mandé? —añadió, cambiando de tema.

—Sí, claro que sí. No te contesté porque estaba ocupado del copón. Ahora escúchame, ¿quieres? Interferencias exteriores o no, los beninios no han tenido un asesinato en quince años. Jamás han producido un locriminal, ni siquiera uno. Hablan un idioma en el que no se puede decir que un hombre se ponga de mal humor a menos que sea implicando que ha enloquecido temporalmente. Hace sólo una generación les invadieron como refugiados miles de inokos y kpalas y en ningún momento ha habido desórdenes tribales entre ellos y los que ya vivían allí antes. El presidente dirige todo el conjunto —un millón de habitantes, que es una mierda según las cifras de población actuales, pero mucha gente si te dedicas a contarlos— como un hogar, como una familia, no como un país. ¿Queda eso claro? No creo poder explicar cuál es la diferencia, pero lo he visto con mis propios ojos.

Empezaba a causar algún impacto. Lo que podía ver del rostro de Chad por encima de la
barba y del bigote mostraba un gesto de concentración.

—¿Una gran familia feliz, eh? Muy bien, ¿y qué quieres que haga yo al respecto? Parece como si les fuera muy bien por sí solos.

—¿No viste ninguno de los noticiarios en que se explicó la necesidad del proyecto de Beninia? Yo he visto una grabación de lo que ha estado proyectando el Servitrans Sateling en la torre de TG sólo hace un rato, y lo único que no decía es el riesgo de que Dahomalia y los SO.N.A.D.O.s puedan pelearse sobre la tumba de Obomi.

—Claro que he visto las noticias. He seguido los progresos de tu viejo coinquilino Donald.

Hubo un momento de asombro e incomprensión.

—¿Qué pasa con Donald? —preguntó Norman.

—¡Lo dijeron en el mismo noticiario en que vi lo del proyecto de Beninia!

—El caso es que no lo vi entero, sólo el extracto que reproducían en TG... ¿qué ha hecho?

Librodot

—Salvó a Sugaiguntung de un locriminal, nada más. Le mató con las manos desnudas.

—¿Donald? Chad; ¿estás orbitando? Donald no podría en un millón de años...

—Todos los seres humanos somos animales salvajes y no se nos debe dejar ir por ahí sueltos. —Chad se puso en pie y se acercó a la consola de las bebidas—. Más vale que me atice un latigazo.

Norman sacudió la cabeza, asombrado. ¿Donald? ¿Luchando con un locriminal? Parecía tan fantástico que se lo quitó de la cabeza y volvió a lo que estaba diciendo antes.

—Chad, voy a darte el coñazo hasta que cedas, ¿entiendes?

—¿Te refieres a lo de ir a Beninia? —Chad se midió una dosis generosa de vodka y empezó a componer un alcohopazo a mano, como si no se fiara de las instrucciones de mezclado programadas—. ¿Para qué? Si quieres un asesor sociológico búscate alguien con la formación apropiada. ¿Qué sé yo del África occidental? Sólo lo que he leído y visto en pantallas. Contrata unos cuantos especialistas.

—Tengo especialistas. Te quiero a ti, A-T-I.

—¿Para hacer qué, que creas que ellos no pueden?

—Para darle la vuelta a Beninia y vaciarle los bolsillos.

Chad probó el alcohopazo críticamente y añadió otro chorro de angostura.

—Ja-ja, Norman. Déjame simplemente que me pudra en mi propia tumba, tú que eres un buen chico. Y te aseguro que me confortaré en la ancianidad prematura con la idea de que realmente hay un lugar en algún sitio, sobre la faz llagada de la Madre Tierra, donde la gente no se mata entre sí y no se vuelve berseker y se comporta generalmente como personas decentes, como deben. No quiero ir allá porque, en el fondo, me parece que simplemente no creo en tal lugar.

—Ni Shalmaneser —dijo Norman.

—¿Cómo?

—Shalmaneser ha rechazado todos los intentos que hemos hecho de integrar los hechos sobre Beninia en su conciencia del mundo real. Dice que no acepta lo que le decimos sobre su historia, su comercio, su

cultura ni sus interacciones sociales. Asegura que hay anomalías en los datos y los escupe de vuelta.

—¿No le podéis hacer que los acepte?

—Si se niega, no se le puede ordenar que los utilice en sus cálculos más que se le puede hacer actuar sobre la suposición de que los objetos caen hacia arriba. Nos estamos volviendo locos, Chad. Todo el proyecto de Beninia se basaba en poder procesar todos y cada uno de sus pasos en Shalmaneser... no sólo lo material, sino también los programas educativos, las crisis diplomáticas probables, la totalidad de la economía del país, prácticamente hasta el detalle del dinero semanal de los niños, durante medio siglo a partir de ahora. ¡Y él sigue hablando de esas anomalías que sé por mi propia experiencia que no existen!

Chad le miró. Al cabo de un rato empezó a reírse en voz baja.

—Claro que existen —dijo—. Me las acabas de decir. No entiendes, ¿eh? Norman, me da la impresión de que debe de estársete pudriendo el cerebro. Muy bien, tú ganas: que nunca se diga que me negué a sacar de un apuro a un amigo. Espera a que me termine el
alcohopazo y le haremos una visita a Shalmaneser los dos.

Aún sin responder, y sin embargo convencido por el modo de comportarse de Chad de que para él había una solución de una evidencia total, Norman estaba a punto de contestar cuando sonó el teléfono. Giró el sillón y activó el interruptor.

La pantalla se encendió, mostrando el rostro de Rex Severo, agitado pero conteniéndose.

—¡Norman! —exclamó—. ¡Qué carajo estás haciendo ahí? Próspero se está poniendo en órbita de miedo... ¡cuando no te pudimos encontrar para la conferencia de prensa prácticamente se desvaneció!

—Muy bien —dijo Norman—. Dile que he estado intentando contratar un asesor especial —miró a Chad, que se encogió de hombros y tendió la mano que no sujetaba el vaso.

—¡Carajo, no podías haber elegido mejor momento para preocuparte de la contratación! —saltó Rex—. ¿Y quién es ese asesor?

—Chad Mulligan. Ahora mismo le llevo a hablar con Shalmaneser. Prepárale para interrogación hablada dentro de media hora, ¿quieres?

—¿Media hora? Norman, debes de estar...

—Media hora —repitió Norman firmemente y cortó el circuito.

Librodot

—¿Sabes una cosa? —dijo Chad—. La verdad es que puede ser muy interesante. Muchas veces he pensado que debía hacerme amigo de Shal.

VIENDO PRIMEROS PLANOS (24)

SIN MOTIVO, OBJETO NI JUSTIFICACIÓN

El sargento retuvo al soldado raso 2.ª 019 262 587 355, Filas, Gerald, hasta el último momento y, al entregarle el permiso, lo acompañó con una mueca.

—¡Espero que se comporte un huevo mejor fuera que dentro, Filas!

—Sí, sargento —dijo Gerry, en posición de firmes como una estatua a pesar de haber recuperado su ropa de civil, con la mirada fija en un punto del espacio por encima de un
hombro del sargento. Había perdido tres kilos durante el campamento y había tenido que apretarse el cinturón de los pantalones.

—No me debería extrañar —dijo el sargento con desprecio—. Eres un culo blando en el
fondo, ¿verdad?

—Sí, sargento.

—Por lo menos has aprendido algo en el ejército, ¿eh? Bien, no lo tomes como el evangelio eterno. Antes de que terminemos contigo aquí te habremos sacado ese corazón y lo habremos modelado de otro modo. Muy bien, date el bote.

—¿Permiso para retirarme, sargento?

—¡Retire... se!

Se dirigía de permiso a EleA, una semana más tarde que el resto de su quinta. La vez anterior había tenido un Servició de castigo de treinta y seis horas. Ahora empezaba a ver atisbos de la técnica: cualquier recluta que se mojase las botas, como se solía decir, nada más presentarse al campamento, quedaba marcado como la oveja negra. Eso les ahorraba a los suboficiales el trabajo de elegir uno por su propio juicio. El resto del batallón debía ver el tratamiento que se le imponía, para así cagarse en los calzoncillos y
comportarse bien.

Hasta el momento le había ido bastante mejor que al promedio en todas las sesiones de instrucción, por ser más inteligente que la mayoría y también por estar en mejores condiciones físicas. Casi todos los otros

hombres de su batallón eran narices oscuras procedentes de clases sociales que aún sufrían una inferioridad económica y que no tenían ni el dinero ni la imaginación necesarios para librarse del servicio; había unos cuantos blancos de los mismos Estados y no pocos portorriqueños habían sido seleccionados también por los ordenadores. En el fondo de la elección que habían hecho de él como cabeza de turco, pensaba, podía haber una estrategia oficial de trato excesivamente duro con el fin de animar a sus compañeros: coged al de buena estatura, buen aspecto, ojos azules, cabello claro, y dadle, porque no se puede quejar de que es segregación.

Era el único rubio de todo el batallón.

El ser mejor que los demás no le había salvado de un trato peor.

Tesis, antítesis... síntesis.

Junto con todos los demás, subió a la nave de aire comprimido que llevaba grupos de soldados del Campamento Floreciente al continente, dejándoles más allá de la playa. No
sentía ningún entusiasmo especial porque le dejaran libre. No sentía ningún entusiasmo especial por nada excepto por mantenerse limpia la nariz. Si no hubiera sino porque parecería raro, probablemente habría preferido sentarse en el barracón para escribir a casa.

En el punto en que la nave de aire comprimido subía la rampa de cemento hacia la carretera, alguien se las había arreglado para tender una sola hebra de cable monofilar fabricado por TG entre dos postes. El conductor tenía prisa —debía hacer siete viajes más esta tarde antes de poder utilizar su propio pase de permiso— y chocó con el cable a casi sesenta kilómetros por hora. Cortó a través de la cabina casi sin ningún impacto, rompiendo los enlaces intercristalinos y no los moleculares, más fuertes; dejando apenas una señal sobre el metal y el plástico, porque se refundieron de inmediato, según el principio de Johanssen, antes de que el aire pudiera entrar en contacto con las superficies internas del corte y romper su coherencia natural.

Sin embargo, una fuerza que tendiera a separar las partes podía oponerse a la reunión.

Ocurrió que Gerry Filas se estaba volviendo en ese momento para mirar a alguien que le
había hecho una pregunta. La fuerza de giro fue suficiente para impedir que su cuello volviera a unirse cuando el cable lo cortó en dos. Quizás era lo mejor; podría haber quedado paralítico del cuello abajo por el daño que le hizo a la médula espinal. Pero la última visión espantosa de su propio torso, cuando los ojos giraron junto con la cabeza hacia el suelo del vehículo, era más parecido a un tormento eterno de lo que ni siquiera su sargento le hubiera deseado.

Evidentemente era un trabajo guerrillero, no sabotaje al azar. Se organizó inmediatamente una redada de sospechosos de ser guerrilleros y, de los doscientos y pico que arrestaron, cogieron a no menos de cuatro personas pagadas directamente por los chinos.

No le satisfizo en especial a Gerry Filas.

CONTINUIDAD (35)

A ESPERAR A SER RECOGIDOS

Durante un momento terrible, después de llevar á Sugaiguntung al barco, Donald creyó que el científico iba a cambiar de idea. Había tantas cosas que no sabía sobre este hombre cuya vida había alterado, como un acto de Dios... ¿Le daba miedo el mar, era claustrófobo y no podía ocultarse en la bodega?

Pero el motivo de la duda de Sugaiguntung quedó claro cuando volvió a hablar.

—¿Ha dicho... Jogajong?

—¡Exacto! —dijo secamente Donald—. ¿En quién si no se podría confiar en este país para tenerle al margen del grupo en el poder?

—No... no me había dado cuenta —Sugaiguntung se humedeció los labios con la lengua—. No me meto mucho en estas cosas. Todo es tan extraño y tan impresionante... |capitán!

El patrón puso gesto de atención.

¡Dios, vamos a tener un debate político ahora! Donald aguzó el oído, esperando captar el tableteo de un helicóptero de la policía o el zumbido de una lancha patrullera a reacción.

—Sí, señor —dijo el patrón.

—¿Por qué?

—Míreme, señor, y a mis compañeros... medio andrajosos. Mire mi barco, que necesita una mano de pintura y-un motor nuevo. El Mariscal Sohikarta nos dice a los pescadores que somos la base del país, por traer la preciosa comida que nos mantiene sanos y mejora nuestros cerebros. Luego fija el precio del pescado a veinte talas la cesta y, cuando nos quejamos, dice que estamos cometiendo traición. Ni siquiera se me permite dejar mi trabajo e intentar ganar más dinero en tierra. Si me disculpa que lo diga, señor —usted es el Dr.

Sugaiguntung, ¿verdad?—, lo que necesita este país no son niños mejores sino mejores adultos, que en cualquier caso podrían criar mejor a sus hijos.

Sugaiguntung alzó los hombros y se acercó al costado del barco. Buscó un modo de subir por la regala, pero no había escalera ni rampa. Donald, echando una última ojeada nerviosa tras él, dejó a un lado el revólver y ayudó al patrón a izar a bordo al científico.

—Tendrán que esconderse en la bodega del pescado —dijo el patrón—. Huele mal y está a oscuras. Pero no cabe duda de que las patrullas nos pararán por lo menos una vez si nos acercamos a la otra orilla. Tendremos que hacer el viaje muy despacio y, antes de que nos podamos arriesgar a ser registrados, debe haber suficiente pescado en la bodega para engañarles.

Sin duda habrían hecho algo como esto antes, comprendió Donald, ya que con rápida eficacia los dos tripulantes sacaron unos monos impermeables y vistieron con ellos a Sugaiguntung y a él mismo para protegerles la ropa. Les indicaron que se tendieran en el extremo más alejado de la bodega, donde había un respiradero por el que entraba aire fresco. Luego les dejaron solos, mientras hacían el barco a la mar. Pronto toda la estructura vibró con el zumbido irregular de las bombas de reacción.

En una oscuridad aligerada sólo por una mancha gris, donde la luz de la linterna del mástil de proa se filtraba a través de las ranuras del respiradero, Sugaiguntung soltó un gemido.

—No se preocupe —dijo Donald, incapaz de impedir que sonara como una palabra de ánimo a un moribundo.

—Sr. Macerdo, no sé si he hecho lo correcto. Yo... puedo haber caído en un modelo de conducta en vez de tomar una decisión.

—No entiendo —el retazo de información antropológica leído años atrás surgió de nuevo a la conciencia—. Ah.., sí, creo que sí lo entiendo. Se refiere a que hay una costumbre. El que le salva a uno la vida tiene derecho a ella.

—Es lo que me enseñaron de niño, y hay aún mucho de irracional en nosotros los hombres modernos. Nunca he estado cerca de la muerte antes, excepto en una ocasión en que me infectó un virus. Y eso fue cuando aún era un crío. Se supone que uno debe recuperar su derecho al libre albedrío haciendo algo en... eh... en pro, ¿es ésa la palabra?, del que le salva.

—Sí. eso es buen inglés. Un poco anticuado, pero buen inglés —Donald hablaba ausentemente; acababa de oír el ruido de las redes al caer al

agua. En cualquier momento, a partir de ahora, empezaría el llenado de la bodega con peces, y tendría que repetirse Dios sabía cuántas veces antes de que el barco pudiera poner proa al otro lado del Estrecho.

—Sé como científico —siguió Sugaiguntung, en el tono de una grabación— que el quemar un cono de incienso no puede hacer nada para calmar a un volcán y, sin embargo, cuando mi mujer le ofreció uno al Abuelo Loa, olí el aroma por la casa y de algún modo yo... me sentí mejor. ¿Lo comprende?

Donald recordó a Norman, buscando su ascendencia a través de la Oficina de Investigación Genealógica, y soltó una risilla amarga.

—Sí, creo que sí —admitió.

—Bien, pues mire, he estado pensando: ¿por qué me recordarían si el locriminal me hubiera matado? No por las cosas de que estoy orgulloso, mis árboles del caucho y las bacterias que desarrollé específicamente para satisfacer necesidades humanas. ¡Me habrían recordado por algo que yo mismo no prometí hacer, que no hubiera podido hacer! Habrían acabado por considerarme un impostor, ¿no? —había un tono de súplica en las palabras, como si Sugaiguntung buscara desesperadamente una justificación para su propia decisión.

—Es muy probable —asintió Donald—. Y no hubiera sido justo.

—No, exactamente, no hubiera sido justo — Sugaiguntung repitió las palabras con una especie de alivio—. Nadie tiene derecho a robarle la reputación a otro y utilizarla para apoyar una declaración falsa. Eso es definitivo. Ahora tendré ocasión de decir la verdad, ¿no?

—Tendrá todas las posibilidades que pudiera desear.

De repente se abrió una escotilla, crujiendo, y la primera de las redadas de pescado cayó
retorciéndose asquerosamente en la bodega, para morir boqueando en un elemento extraño. Siguieron más, y más, hasta que formaron un montón que ocultaba a los dos hombres escondidos de la vista de cualquiera que se limitara a mirar por la escotilla.

Lo que, inesperadamente, le revolvió el estómago a Donald fue que hacían un ruido al morir.

El mundo se redujo poco a poco a una tierra de nunca jamás, oscura y hedionda.

Casi se había hundido en el sueño, porque era la única vía de escape accesible, cuando el patrón llamó en voz muy baja desde la escotilla.

—¡Sr. Macerdo! Hemos tenido suerte... la lancha patrullera de guardia en esta zona va por el otro lado y podemos verle las luces. ¡Dense prisa y les podremos dejar en tierra ahora!

Rígidamente, Donald se abrió camino sobre los montones resbaladizos de pescado, pegándosele las escamas para cubrirle de manchas fosforescentes como un fantasma yatakangi en una pintura religiosa. Cuando se hubo orientado hacia la escotilla —al tacto, porque el patrón había apagado la luz del mástil—, se volvió y ayudó a salir a Sugaiguntung. Empapados con el agua que se había reunido en el suelo de la bodega según se iban secando los peces, se quedaron juntos, temblando, sobre la débil cubierta.

—He hecho una señal a los centinelas que se esconden entre esos árboles —susurró el patrón—. Saben que somos amigos y no nos dispararán.

—¿Qué hace su tripulación? —preguntó Donald, viendo que los otros dos hombres se inclinaban sobre la proa y buscaban algo en la oscuridad.

—Hay un cable en el fondo del mar —dijo el patrón—. No queremos hacer ningún ruido con el motor, y el viento es demasiado débil para movernos suficientemente deprisa... ¡ah!

Con un ruido suave de salpicadura, los dos marinos cogieron el cable. Fijaron a él una retención; luego, forzando los músculos, empezaron a jalar del bote hacia la costa. El cielo estaba nublado densamente, pero aun así Donald podía distinguir la separación entre el firmamento negro y la tierra negra. Unas cuantas luces sobre las laderas del Abuelo Loa, lejos a la izquierda, parpadeaban como burlándose de ellos.

El barco sufrió una sacudida y Sugaiguntung se le agarró a un brazo, perdiendo casi el
equilibrio por el golpe.

—¡Rápido.., salten ahora a tierra! —urgió el patrón—. Veo venir hacia aquí la luz de la
lancha patrullera.

Para Donald no había modo de distinguir entre una y otra de las muchas luces de los barcos que punteaban el Estrecho. De todos modos, no se sentía inclinado a discutir con un experto.

—¿Qué explicación pueden dar de venir aquí si les interrogan? —preguntó.

—Diremos que queríamos desprendernos de un pez laíah.

—¿Qué es eso?

—Es venenoso. Tiene espinas que pueden enloquecer a un hombre si le pinchan. No se atreverían a andar por la costa y buscarle en la oscuridad, porque es peligroso incluso después de muerto —el patrón le empujó de un hombro hacia delante—. Pero dense prisa... ¡si vienen y nos preguntan, se extrañarán de que hayamos tardado tanto en tirar un pececillo a los arbustos!

Donald bajó por la borda del lado contrario al de la lancha patrullera, según le aconsejó el patrón. Hundiéndose hasta los tobillos en la arena blanda, se volvió para ayudar a bajar a Sugaiguntung. Al tocarle, sintió que el científico temblaba incontrolablemente.

—¡Directamente hacia el interior! —susurró el patrón—. Alguien vendrá a recogerles. ¡No será un fantasma!

Y con tal amarga broma yatakangi liberó de inmediato el barco de la arena y le hizo dar
la vuelta.

Intentando no hacer demasiado ruido, Donald guió a Sugaiguntung hacia el suelo seco. Sólo pisaron un estrecho borde de arena antes de que les rozaron los pies unas hierbas nudosas y luego los arbustos. Mirando a su alrededor, Donald encontró lo que podía ser un sendero y se puso a caminar por él, con Sugaiguntung dos pasos detrás.

—¡Alto! —dijo alguien en voz muy baja, en yatakangi.

Donald obedeció tan rápidamente que Sugaiguntung tropezó con él y se le agarró. Donald podía oír ahora, claramente, el castañeteo de los dientes del científico.

Dios, ¿no se lo puede tomar con un poco más de calma? Por lo menos es su propio país... no le han seleccionado para alejarle medio mundo de su casa de golpe.

Pero el hogar se había mostrado tan hostil como la selva.

Uno... dos... tres centinelas surgieron de sus escondites. Apenas era posible ver que las cabezas tenían unas formas extrañas: todos llevaban visores de luz negra. Dos de ellos tenían revólveres y se quedaron atrás vigilando atentamente, mientras el tercero, que llevaba sólo un proyector de luz negra, contempló a Donald y a su compañero. Satisfecho de su identidad, se dirigió por fin a ellos.

—¡Seguidnos! —dijo—. ¡Haced el menor ruido posible!

Siguió un rato de caminar a ciegas por un túnel que se retorcía y daba vueltas como los intestinos de una serpiente. Debía de haber sido limpiado de maleza, modelado y protegido de la selva verdaderamente lujuriosa que lo ocultaba, y muy eficientemente... Donald no consiguió en ningún momento ver el cielo por encima. En un momento determinado empezó a subir.

Sugaiguntung gimió de cansancio y el hombre que abría camino aflojó ligeramente el paso, de lo que se alegró Donald. Su sentido de orientación le había sido fiel casi hasta este punto, pero empezaba a dejarle, a falta de datos externos que complementaran su juicio. Por lo que podía decir, se habían dirigido hacia el Abuelo Loa... ¿eran sus laderas
lo que ahora subían? Se elevaba tres mil metros, y sería ridículo intentar que Sugaiguntung llegara muy lejos escalando una montaña semejante.

De repente, el hombre que les guiaba les hizo gesto de parar. Lo hicieron, jadeando. Se
produjo un cambio de frases, oído a medias, con otro centinela oculto. Al tener ocasión de pensar en algo más que caminar demasiado rápido por una cuesta ascendente, Donald se dio cuenta de que la temperatura había bajado bruscamente de la máxima del día y, sin embargo, había aire cálido al frente... lo podía sentir en el rostro.

—Pasad delante de mí —dijo el hombre que había contestado la interrogación del centinela.

Donald y Sugaiguntung lo hicieron.

Al cabo de otros diez pasos se encontraron en un claro, techado, de pequeñas dimensiones, medio emparedado entre dos alzamientos de tierra. Al otro extremo del mismo había una mancha oscura que parecía ser una cueva, de no más de metro y medio de altura. Sentados en tocones de árboles cortados para hacer el claro y después —la mirada intensa de Donald conseguía distinguir detalles que jamás hubieran podido ser vistos desde arriba— atados a árboles vivos que habían sido doblados por encima para proveer una pantalla que lo ocultara, estaban unos ocho o nueve hombres y mujeres que llevaban ropas grises y armas en profusión. El aire caliente que había notado sobre el rostro procedía de un calefactor, en el centro del grupo.

Uno de ellos se levantó.

—¿Sr. Macerdo? —dijo con acento inglés correcto—. Me llamo Jogajong. Bienvenidos a mi cuartel general. Esta noche ha dado usted un gran paso hacia la libertad de Yatakang. Dr. Sugaiguntung, nos honra su presencia.

El científico murmuró algo que Donald no comprendió.

—Aunque esto no es un hotel de lujo —dijo Jogajong—, creo que les podemos ofrecer una hospitalidad adecuada mientras esperan que venga a recogerles el submarino. No teman que el calefactor atraiga los detectores de infrarrojos: en esa cueva, surge de vez en cuando un geiser de gases calientes. El caserío más cercano está a casi un kilómetro de distancia. Tengo a más de cien centinelas leales en los caminos circundantes. Y, como imagino que saben por el modo en que les han traído aquí esta noche, tengo muchos buenos amigos entre la gente común. Siéntense, por favor. ¿Tienen hambre, sed, quieren un cigarrillo?

Donald aspiró el aire. Como si las palabras de Jogajong le hubieran recordado su deber, surgió de la cueva una bocanada de gas de olor a azufre que les hizo pensar en el infierno.

Pero había un algo de confianza y tranquilidad en el saludo del jefe rebelde. Le dio tiempo para revisar lo que acababa de vivir y, de inmediato, surgió a su conciencia el momento de mayor pánico —mayor incluso que cuando Sugaiguntung encendió la luz dentro de la casa y le descubrió ante la puerta de cristal.

—¿Qué fue de Zulfikar Halal? —preguntó. Hubo una pausa. Jogajong se limitó a encogerse de hombros.

—¡Me dijo que sería muy caro comprar un transporte a través del Estrecho! —insistió Donald, con voz teñida de un tono agudo—. ¡Le di mil talas y el muy sangrón ni siquiera apareció!

—Mintió, de todos modos —dijo Jogajong sin emoción—. Tenemos buenas comunicaciones aquí con sus compatriotas y, en cuanto nos enteramos de lo que quería hacer, organizamos nuestros propios preparativos. Había seis barcos hoy esperando más tarde de su hora habitual de hacerse a la mar, y cualquiera de ellos les hubiera traído hasta mí... no porque les hubieran comprado, sino porque se lo pedí yo.

—¿Quiere decir que jamás tuve por qué acudir a él en absoluto

—Exacto.

—¡Vaya, ese sucio...! —apretó Donald los puños.

—Sí, es un eslabón débil en mi cadena —asintió Jogajong—. Siempre prefiero confiar en mis propios paisanos. Pero, naturalmente, la gente de su país piensa que el espionaje es un asunto sucio, y que es mejor que se manchen las manos otros. Haré un informe: no tendrá ocasión de dejar tirado a nadie más.

Librodot

—¿Qué harán? —el furor le hacía a Donald ansiar oír de tortura: fuego lento, uñas
arrancadas de cuajo

—Una palabra en el momento y lugar oportunos asegurará su arresto —murmuró Jogajong—. Y las cárceles de Gongilung no son lo más parecido al paraíso... no se preocupe. Ha hecho usted más que suficiente, y al fin y al cabo esa traición no ha conseguido que se desperdiciara su valentía.

Donald suspiró y se relajó. Lo que decía el jefe rebelde era cierto, evidentemente. Volvió a mirar alrededor del claro.

—¿Cuánto tenemos que esperar? ¿Se lo han dicho?

—Hasta que el nivel de actividad entre los piratas decaiga lo suficiente para que el submarino tenga ocasión de pasar sin ser molestado.

—El Mayor Delahanty dijo algo de eso. ¿Cuánto tiempo?

—Yo diría de tres a cinco días —dijo Jogajong tranquilamente—. De ser necesario, podríamos montar algún... eh... acontecimiento de distracción para alejar sus fuerzas, pero sería mejor no hacerlo. La desaparición de alguien tan eminente como el Dr. Sugaiguntung va a darle muchos problemas al régimen de Solukarta, de todos modos. Espero que no se atrevan a ocultar la verdad; la sospecha de que pudiera haberse ido por su propia voluntad haría un bien incalculable a mi causa.

—¡Hum! —se frotó Donald la barbilla—. ¿Está seguro de que va a ser mejor que se haga pública la noticia?

—Sin la menor duda, amigo mío.

—¿Podría hacerle llegar un mensaje anónimo a una persona de la Sociedad de Prensa de
Gongilung?

—Fácilmente. De hecho había pensado lo mismo, pero necesitaría nombres de personas que se tomaran en serio tal información, en vez de divulgarla como un simple rumor.

—Yo puedo darle un nombre —dijo Donald.

—¡Excelente! —Jogajong dudó y echó una mirada a las otras personas del claro, calladas sobre sus asientos formados con tocones de árboles—. Pero en este momento debe disculparme: tengo que terminar la conferencia que estaba teniendo con mi equipo. Más tarde podremos hablar con mayor detalle, ¿de acuerdo?

Librodot

Donald asintió brevemente.

¿Conferencia de equipo? ¿Por qué no? Las cosas deben de haber sido así en más países de los que podría enumerar: Rusia, China. Cuba, Sudáfrica... ¡un puñado de hombres y mujeres reunidos en un escondite secreto, para salir de repente a la luz y convertirse, como por arte de magia, de fugitivos en ministros del gobierno! ¿Quién mejor que yo puede saber lo rápida y fácil que es una transformación semejante?

Y tramar la próxima revolución de Yatakang junto a un volcán parecía perfectamente,
inexpresablemente oportuno.

VIENDO PRIMEROS PLANOS (25)

EL HOMBRE SIN CONVICCIONES

Cuando Jeff Young leyó la noticia de la trampa puesta para el grupo de soldados que iban del Campamento Floreciente a la costa, sumó dos y dos. El mismo guerrillero que le compró el aluminófago le había pedido cable monofilar de un tipo que en aquel momento tenía almacenado en el taller de trabajos en metal. Por lo visto había llegado a sus manos recientemente una de las hojas subterráneas, llamándole la atención sobre algunos usos de tal cable basados en las trampas que el maquis solía poner en la Segunda Guerra Mundial a los mensajeros que iban en motos; sólo que en aquellos tiempos tenían que usar cuerdas de piano y, como eran más gruesas y fáciles de ver, su utilización se limitaba a momentos de poca luz.

Sentía un poco lo de los once soldados muertos y treinta y un heridos. Prefería el tipo de
sabotaje que se limitaba a perturbar a la gente, como hormigas cuyo hormiguero alguien
pisara: esencialmente una especie de broma.

Claro que no había habido nada de divertido en el episodio que le dejó con una pierna más corta que la otra...

Lo hermoso de este cable trenzado a base de moléculas individuales, inmensamente largas, era desde luego que cortaba casi cualquier cosa tan fácilmente como un cuchillo el queso, y su resistencia a la tracción era la que más se acercaba al máximo teórico de todos los cables conocidos. Manejarlo, naturalmente, era un problema... había que llevar
guantes del mismo tejido monofilar, o al tirar de él cortaría la carne con más limpieza que una cuchilla de afeitar.

Pensando en ello, se le ocurrió un modo completamente distinto de dejar fuera de funcionamiento a un rapitrans, otro de hacer explotar una conducción urbana de gas a una distancia no superior a tres kilómetros, y el dispositivo que más tarde destrozó el aceleratúnel de las Rocosas del Norte.

CONTEXTO (25)

UNA ANÉCDOTA DE LAS PREFERIDAS DE CHAD MULLICAN

—Aquel profesor de filosofía tan famoso subió al estrado frente a su grupo de alumnos, tomó un pedazo de tiza y escribió una proposición en lógica simbólica sobre la pizarra.

«—Bien —dijo, volviéndose a su auditorio—, ahora, señoras y caballeros, supongo que estarán de acuerdo en que esto es evidente.

«Luego la contempló un poco más, y empezó a rascarse la cabeza.

»—¡Perdóneme! —dijo, después de un rato, y desapareció.

»A1 cabo de una media hora volvió sonriendo ampliamente.

»—Sí, tenía razón —dijo, triunfal—: ¡es evidente!

CONTINUIDAD (36)

IMPROVISACIÓN

En el mismo momento en que Norman y Chad aparecieron en el vestíbulo de la torre de TG, se lanzó sobre ellos un empleado anónimo y les anunció que Rex Severo quería verles. Vino un segundo y dijo que Próspero Nivel estaba buscando por todas partes a Norman, y un tercero le vio y se acercó para hacerle saber que Amílcar Waterford preguntaba dónde se había metido.

Nivel y Waterford podían aguantarse, pero Rex era otro asunto.

—¿Dónde está? —preguntó Norman.

—En la bóveda de Shalmaneser.

—Ahí vamos.

—Eh... —el empleado estaba evidentemente confuso—. ¿Quién es el caballero que le acompaña, señor?

Librodot

—Chad Mulligan —dijo Norman, y apartó a un lado al empleado.

El mantenimiento de la imagen de TG era excelente, pero Norman podía detectar las sutiles indicaciones que translucían la impresión de que se estaba rompiendo. No quería decir nada que hubiera dos grupos de visitantes en el amplio vestíbulo, esperando a ser guiados en un recorrido por el edificio, demostración de que los rumores según los cuales la corporación estaba oscilando al borde de la catástrofe no habían conseguido contrapesar el impacto de la publicidad del proyecto de Beninia; nada significaba que un equipo del Servitrans Sateling estuviera introduciendo cámaras y otros equipos en soportes aéreos para cubrir la cena de gala prevista para esta noche. No tenía importancia que anduvieran de aquí para allá periodistas de todos los colores posibles y
probablemente también de los cinco sexos alejandrinos, con un ojo en la última hoja informativa y otro en el camino.

La verdadera situación se reflejaba en los empleados que susurraban entre sí en las esquinas; en la negativa de un miembro de la directiva, que se dirigía a la salida, a ni siquiera sonreír a una periodista extranjero; en el aroma de tensión que Norman podía prácticamente coger con las manos.

Abajo, directamente al nivel más inferior, donde estaba la bóveda de Shalmaneser. Alguien debía de haber ido a avisar a Rex de que había llegado Norman, pues el rostro agitado del hombre fue lo primero que vieron al abrirse a un lado la puerta del ascensor.

—¡Norman! ¿Tienes idea de los problemas que has...?

—¿Hiciste lo que te pedí? —cortó Norman.

—¿Qué? ¡Bien, sí, pero va a costar un huevo de problemas y de dinero! ¡Vaya, hemos tenido que posponer tiempo de proceso contratado por valor de medio millón sólo por hacerte caso!

—Unos cuantos problemas no es mucho en comparación con un desastre, ¿no te parece? Y ¿cuánto dinero pone en juego el proyecto de Beninia?

Rex se secó la frente con el dorso de la mano.

—Norman, sé que estás completamente al cargo de eso, pero...

—¡Carajo! Estoy a cargo de eso, Rex, y tengo más que ganar o perder que nadie, excepto los propios beninios y quizás Elias Masters. ¿Qué nos has podido conseguir?

Rex tragó saliva y dejó caer la mano a un lado.

—Quedará libre para interrogación verbal dentro de... eh... seis minutos. Pero sólo he podido reservarte quince minutos; después de eso está el tiempo de contrato habitual del
EXAMINALISIS y con eso no me atrevo a jugar.

—Ya veo que de momento mantienes también aparte a los turistas.

—Eso está sacando de sus casillas a la gente de tu anterior departamento, pero ¿qué otra
cosa puedo hacer? Yo no sé qué secretos de empresa van a nombrarse tranquilamente en
esa conversación, ¿verdad?

—¡Chad! —se volvió a éste Norman—. ¿Te basta con quince minutos, o quieres que vaya a Nivel y cancele el tiempo contratado para el EXAMINALISIS?

Chad había avanzado, tan curioso como cualquier visitante circunstancial de la calle, y contemplaba todos los equipos de Shalmaneser de punta a cabo. Algunos de los empleados que estaban trabajando en ellos se mostraron intranquilos por su intenso interés en ellos.

—¿Qué? ¡Oh! Sí, si no lo consigo en un cuarto de hora será que evidentemente no llegué a las conclusiones correctas.

—Sr. Mulligan, ¿está sosteniendo que es capaz de resolver en quince minutos un problema que lleva un montón de días bloqueando a nuestros mejores técnicos? —Rex hablaba con un tono tal como si una respuesta afirmativa le fuera a hacer explotar de rabia salvaje.

Chad terminó su estudio del exterior de Shalmaneser y se enfrentó tranquilamente a Rex.

—Y ¿quién es usted? —preguntó.

—Severo, V.Pres. a cargo de Planificación y Proyectos. Todo este asunto cae bajo mi responsabilidad.

—Aja. En ese caso, puede dedicar una parte de esos pocos minutos que quedan a comprobar los datos que me dio Norman, para ver si se le ha pasado por alto, algo importante.

Este es un Chad Mulligan nuevo. Norman se dio cuenta, sorprendido. Había oído en esa voz anteriormente desprecio, pero siempre había sido ardiente, enmarcado en la pasión nacida de la frustración. Ahora parecía frío y deliberado, como el que pudiera utilizar un hombre responsable de subordinados a los que pudiera dirigir sólo por el

Librodot

sarcasmo y el insulto. Los tonos secundarios eran altos y claros, y decían: ¡soy un hombre mejor que tú!

Por otra parte, se había alterado también el porte de Chad. Ya no existía la postura encorvada del hombre resignado a la derrota que se prometía entregarse a la muerte y abandonar sus ambiciones. Había una tensión en su cuerpo y una luz en sus ojos como si se estuviera preparando para una lucha terrible y estuviera seguro de ganar en un cincuenta y uno por ciento.

Como si, desde el momento en que le conocí, hubiera estado intentando causar una determinada impresión y ahora lo hubiera olvidado y hubiera vuelto a ser él mismo.

Y Chad Mulligan siendo él mismo era una visión mucho más impresionante. El gesto de los labios, las manos que se aferraban al aire como para modelar a puñados la sustancia de las palabras que pronunciaba con voz fuerte y dura, el aura de autoridad que le rodeaba mientras, uno tras otro, se sumaban empleados a su auditorio. Pregunta y respuesta; pregunta mal interpretada, respuesta interrumpida con una mirada; empleados tropezando con sus propias lenguas, ávidos de ser útiles...

Norman apenas escuchaba. Se sentía aturdido. Se había apostado todas las esperanzas a un hombre a quien difícilmente podía decir que conociera, y la idea de que tenía una papeleta ganadora era difícil de asimilar.

¿Dónde he visto antes esta clase de transformación...? La idea «hombre a quien difícilmente podría decir que conociera» le indicó la asociación que conducía a la respuesta, y parecía ridícula: Donald Macerdo.

Pero ahí estaban los hechos. Precisamente de este mismo modo, Donald había revelado muestras ocasionales y muy reprimidas de excitación ante una brizna de información divertida o potencialmente significativa capaz de encajar, como una pieza que faltara en un rompecabezas, para formar una estructura nueva y fascinante.

Y, también de este mismo modo, Donald había destrozado la imagen que Norman tenía de él, como si el hombre real hubiera tendido la mano para romper el espejo distorsionador en el que él había preferido mirar siempre*. ¿Matar a un locriminal a manos desnudas? No Donald. ¡Jamás el don nadie tranquilo de Donald, cuyo temperamento lo puse a prueba docenas de veces en disputas domésticas sin importancia!*

Respingó ante la imagen de su propio cuerpo yaciendo en el suelo después de forzar demasiado la paciencia de su coinquilino y se obligó a volver al aquí y ahora.

—Falta un minuto, ¿no? —decía Chad—. Entonces veamos una vez más si he comprendido bien el procedimiento: digo «orden» y eso pone en funcionamiento el dispositivo que limita la respuesta a unas proporciones manejables, pero si aun así no lo fueran, o no surgiera la respuesta deseada, debo decir «alto» o «cancelación» según quiera volver al mismo asunto o cambiar a otro.

Los que les escuchaban asintieron simultáneamente.

—¿Qué tengo que decir si quiero que acepte datos nuevos?

Expresiones inescrutables.

—Bien, Sr. Mulligan —dijo al fin Rex—, no creo que deba realmente...

—Ciérrela. ¿Qué tengo que decir?

—«Postulado» —dijo Rex de mala gana.

—¡Eso es hipotético! ¿Qué hay que decir para hacerle tomar los datos?

—Bien, mire, en realidad no está previsto programarle material nuevo verbalmente, así que...

—¡Sr. Severo! Si me sigue haciendo perder el tiempo, estoy totalmente dispuesto a decirle a Norman que tiene que conseguir la cancelación del tiempo del EXAMINALISIS, y eso no vendría muy bien, ¿verdad?

Rex tragó saliva con un gran esfuerzo. La nuez subió y bajó visiblemente.

—Hay que decir —concluyó en voz débil— «te lo digo tres veces».

—¡Carajo! —sonrió inevitablemente Chad al cabo de un momento—. ¡Así que alguien ha debido de tener sentido del humor alguna vez en este monstruoso zigurat! Aunque apuesto a que aquel a quien se le ocurrió esa idea no duró mucho tiempo aquí.

—Preparado, señor —dijo alguien desde cerca de las impresoras de Shalmaneser—, ¡dispuesto para interrogación verbal!

Te lo he dicho una vez, te lo he dicho dos veces:
lo que te digo tres veces es cierto...

Aquellos versos sueltos de un acertijo de La caza del dragón revolotearon interminablemente en la cabeza de Norman mientras contemplaba el acercamiento, enloquecedoramente lento, de Chad al micrófono de entrada. La comparación que había hecho entre él y un as que se preparara para la lucha había sido exacta, comprendió. Para

Librodot

Chad, éste era un reto excepcional... quizás el único que le' hubiera podido obligar a salir del papel de cínico desilusionado que se había impuesto.

—¿Shalmaneser? —dijo, al micrófono—. Hola, Shal. Me llamo Chad Mulligan.

Norman había oído en otras ocasiones la voz de Shalmaneser, pero siempre le hacía estremecer ligeramente... no porque tuviera ninguna cualidad intrínseca extraña, sino por las asociaciones de ideas que provocaba. De hecho, estaba tomada de la voz hablada de un barítono de ópera famoso y tenía inflexiones muy agradables.

Pero el barítono había muerto —suicidio—, y el saberlo la hacía casi intolerable.

—Conozco sus libros, Sr. Mulligan —dijo Shalmaneser—. También tengo en memoria varias entrevistas que le hicieron en TV. Reconozco su aspecto y su voz.

—Me siento halagado —Chad se dejó caer sobre una silla frente al micrófono, y el conjunto de las cámaras del ordenador se movió a su alrededor—. Bien, tengo entendido que no dispones de mucho tiempo para charlas, así que iré directamente al grano. Orden: ¿qué hay de malo en el proyecto de Beninia?

—No funcionará —dijo Shalmaneser.

Norman echó una mirada a Rex. Al verle, era imposible determinar si su agitación se debía a la sangre fría de Chad o a saber que el utilizar de este modo a Shalmaneser le reducía la velocidad relampagueante habitual a un nivel muy cercano al humano, desperdiciando un tiempo precioso. El dar a una máquina la capacidad de hablar en un inglés corriente obligaba a pasar toda la información a través de equipos periféricos que trabajaban a una velocidad menor de la milésima parte de la de las pantallas.

—Orden: ¿por qué no? —dijo Chad.

—Los datos que se me han dado incluyen anomalías inaceptables.

—Orden: ¿se podría decir que no crees lo que te han dicho de Beninia?

Hubo una pausa mensurable. Rex hizo gesto de dar un paso adelante y empezó a decir algo sobre que los conceptos antropocéntricos obligaban a Shalmaneser a investigar por todos los bancos de memoria.

—En efecto, no lo creo —anunció la voz artificial.

—Hum... —Chad se acarició la barba—. Orden: ¿qué elementos son inaceptables entre los datos? Sé lo más concreto que puedas.

Otra larga pausa, mientras Shalmaneser examinaba todo lo que le habían dicho en algún
momento con referencia al tema y descartaba todo excepto los elementos más esenciales.

—Las características humanas implicadas en las interacciones sociales —dijo por fin—.
Luego, los...

—¡Alto! —cortó Chad. Volvió a hundir los dedos en la barba, tirando de ella—. Orden: ¿te han enseñado el idioma shinka?

—Sí.

—Orden: ¿se encuentra su vocabulario entre las anomalías que te hacen rechazar los
datos?

—Sí.

En todo el corro que le rodeaba, los técnicos empezaron a intercambiar miradas de asombro. Uno o dos se atrevieron a sonreír levemente.

—Orden: ¿son acaso las condiciones de vida de Beninia que te has descrito tales que te harían esperar una conducta distinta en la gente de la que te han dicho que se da?

—Sí.

—Orden: ¿es la relación política entre Beninia y los países vecinos otra de las anomalías?

—Sí —inmediatamente, sin retardo.

—Orden: ¿es también anómala la estructura política interna del país?

—Sí.

—Orden: define tan concretamente como sea posible el término «anómalo» en la acepción en que tú lo utilizas.

—Antónimo: consistente. Sinónimo: inconsistente. Conceptos relacionados: congruencia, identidad...

—¡Alto! —Chad se mordió el labio inferior—. Carajo, ese enfoque no ha sido bueno... Ah, creo que ya sé cómo puedo... Shal, ordéname ésta:

Librodot

¿está la anomalía en los datos que te han dado con referencia directa a Beninia, o bien se hace aparente sólo cuando tratas a Beninia en relación con otros países?

—Lo último. En el primer caso las anomalías son del nivel que puedo aceptar como posibilidades.

—Vaya, ¿quién carajo es ese tío? —preguntó alguien cerca de Norman.

—Chad Mulligan —le contestó otro en un susurro, y los ojos del que había preguntado se abrieron ampliamente.

—Entonces evalúa esto —dijo Chad, frunciendo intensamente el ceño y sin mirar a ningún punto en particular—. Postulado: los datos que se te han dado sobre Beninia son ciertos. Orden: ¿qué sería necesario para hacerlos coherentes con el resto de tus conocimientos? En otras palabras: ¿qué suposición adicional tienes que hacer para aceptar y creer en Beninia?

Rex avanzó otro medio paso como una marioneta, con la boca abierta. Por toda la bóveda, en la que ahora reinaba un silencio mortal roto sólo por el eco de la voz de Chad y el zumbido de los proceso mentales de Shalmaneser, Norman vio que las mandíbulas inferiores caían igualmente.

¡*Evidente!*

Sin embargo, la pausa duró y duró hasta que se hizo insoportable. Un segundo más, pensó Norman, y tendría que chillar. Y...

—Que actúa una fuerza de naturaleza desconocida sobre la población, haciendo que se comporte de modo distinto a los modelos de conducta conocidos en el ser humano, en otros países, bajo circunstancias semejantes.

—Shal —dijo suavemente Chad—: tal fuerza existe, y en este momento está siendo investigada por expertos para determinar su naturaleza. ¡Te lo digo tres veces!

Hizo girar media vuelta la silla y se puso en pie. Sólo entonces vio Norman que, a pesar del frío reinante en la bóveda, estaba empapado en sudor y en la barba se le formaban gotas dispersas.

—Muy bien —dijo, cansadamente—, Probadle ahora.

La tensión se disparó. Alguien a quien Norman no conocía se lanzó a la silla que había dejado libre Chad y aulló una pregunta al micrófono. Llegó la respuesta.

—El beneficio estimado del proyecto de Beninia será...

—¡Alto!

El hombre se volvió a Rex.

—Creo que lo ha conseguido, señor —exclamó.

—¡Que alguien me traiga un trago! —dijo Chad Mulligan.

VIENDO PRIMEROS PLANOS (26)

TODO A SU TIEMPO

Las múltiples máquinas similares que trabajaban con los informes grabados en cinta de los coches de patrulla de la Policía Metropolitana durante las últimas doce horas —principalmente dirigidos al ordenador responsable de la prevención de delitos— hicieron una anotación en un carrete determinado y poco después lo enviaron, identificado con un código numérico, a un sargento detective del Departamento de Análisis.

El código era 95 (infracción eugénica)—16 (tráfico de drogas)—01 (mujer)—22 (edad probable)—01 (aplicable a un solo individuo).

Haciendo una mueca sarcástica ante la idea de que un delito eugénico fuera responsabilidad de un solo individuo, el sargento bobinó el carrete de cinta hasta llegar al lugar apropiado, sabiendo ya lo que se encontraría: alguien habría visto a una tía inconfundiblemente embarazada orbitando con cualquier alucinógeno y, sólo por si acaso fuera Navegol, había que investigar el asunto.

El sargento, como parte de su formación, había visto algunos fetos deformados por el Navegol. Unos cuantos de ellos habían hecho vomitar a los participantes del grupo de estudio. El en particular había conseguido dominar tal impulso, pero hoy, cuando tenía una pesadilla, se imaginaba como padre de un monstruo semejante, sin ojos, sin piernas o, quizá y lo peor de todo, sin la totalidad del cerebro, quedando el cráneo abierto en la fontanela para mostrar que en el interior no había más que aire.

A partir de ahora, dijo el médico, tendría que ser constante. Tendría que soportar las oscilaciones ciclotímicas que normalmente hubieran indicado que había llegado el momento de pasarse del Rompecranium a cualquier otra cosa: Navegol para un hombre o una tía no embarazada, Viajina para las encintas. La Viajina era mejor que el Rompecranium, ya que el viaje no dependía tanto del estado de ánimo original; pero el

Librodot

Rompecranium era mucho más fácil de conseguir y, al fin y al cabo, la idea era traer al mundo un niño que jamás viera la ciudad grosera, triste y repugnante llamada Londres, sino siempre el país de las maravillas privado en que Opia pasaba la vida. Así que, cuando el doctor dijo que debía escoger una de las dos cosas y no cambiar hasta que naciera el niño, eligió el Rompecranium por miedo de que se interrumpiera el suministro de Viajina. Esta era un producto bastante nuevo, y aún no conocía a nadie que lo hiciera en casa.

Pero los días en que el ciclo de los ritmos glandulares pasaba por la depresión no era bueno.

Cuando vino la policía al elevado bloque de apartamentos en que compartía un piso con Roger y con otra pareja, Sue y Ted, se encontraba en una fase depresiva.

Los dos guardias que hicieron la visita no estaban interesados en mostrar un exceso de celo. Se lo dijeron sin más palabras a Ted, que les abrió la puerta; y la mayoría de la gente no hubiera esperado lo contrario. En el peor de los casos, un plomero cabrón podía olfatear el aire y decirle a uno que le acompañara: habría una multa, que sería no más que una molestia, y uno tendría que estirar el dinero para conseguir pagarse el siguiente viaje. Hoy no estaba en el programa ni siquiera eso. Lo único que querían era asegurarse de que una chica embarazada, conocida del Tribunal Eugénico y que se ajustaba a la descripción dada en el informe del coche patrulla, no estaba consumiendo Navegol y amenazando con echar sobre las espaldas de la comunidad un niño tarado.

—No, claro que no —oyó Opia que decía Ted—. No sería tan estúpida del copón como para eso.

—De todas formas tenemos que llevarla a dar un paseo, tío. A un médico, simplemente.

El mundo era un lugar de colores que se repetían, principalmente marrones: del triste tono de la mierda. El mundo era un lugar de olores acres que le humedecían la nariz y los ojos. El mundo era un lugar de amenazas indefinibles que le cubrían la piel de la caricia rastrera de babosas invisibles y frías.

Más tarde, interpretaron que lo que debió de querer fue esconderse y que, en vez de la puerta del armario, abrió la ventana.

Veintisiete pisos por encima de las duras losas de aquella ciudad triste y repugnante llamada Londres.

CONTINUIDAD (37)

EN ALMACÉN

Ofrecieron a Donald y a Sugaiguntung unos colchones hinchables a la boca de la cueva, que era una armería y un centro de comunicaciones. Ocultos al exterior por un abultamiento brusco de la pared había un aparato de TV y todo un estudio de radio y telefonía en miniatura. Pero había que utilizarlo discretamente: los volcanes no enmascaraban las señales reveladoras de los equipos electrónicos del mismo modo que el calor.

A primeras horas de la mañana, cuando Donald se despertó de un sopor que no le descansó, Sugaiguntung se agitaba, se daba vueltas y le castañeteaban los dientes. Alarmado, Donald le tocó la frente. La piel estaba seca y caliente y el científico se quejaba de náuseas.

A la llamada de Donald respondió tura chica, vestida con un uniforme de combate de triste color verde, que desnudó a Sugaiguntung, le tomó muestras para un análisis bacteriológico y le midió la temperatura.

—Es lo que llamamos fiebre de la selva —'dijo por fin—. La coge todo el que viene aquí. No es peligrosa.

—¿No le puede dar nada para curarle? —preguntó Donald.

—No estoy en un gran hospital —dijo la chica, con expresión levemente entristecida—. Le puedo dar un antitérmico y una dosis fuerte de ácido ascórbico. Pero lo que me haría falta es el medicamento específico, clorhidrato de fremonio con aspirina, y de eso no tenemos. Veré si se puede traer algo de Gongilung, de todos modos.

—¿Dura mucho?

—Tres días, quizá cuatro. Después el cuerpo se inmuniza definitivamente -'la chica hablaba sin cortesías—. A veces se delira el segundo día.

Para entonces ya habían informado a Jogajong, que apareció a la entrada de la cueva, recién despierto. Escuchó el informe de la muchacha, asintiendo.

—Téngale cómodo y caliente. Hágale beber mucho —dijo—. No es malo que ocurra esto ahora. De todos modos no podría ir a ningún sitio.

Al llegar la tarde del primer día, Donald lamentaba no haberse traído los tranquis. Los necesitaba para calmarse. Los análisis de sus propias muestras corporales demostraron que no sufría, como había temido a medias, la misma enfermedad que Sugaiguntung, pero se sentía febril de impaciencia. Jogajong difícilmente habría dejado de notarlo; pero

Librodot

aún aquí, inmovilizado en este escondite de la selva, había cosas que hacer, así que tardó en tener ocasión de acercarse a Donald y dirigirse a él con una educación puramente yatakangi.

—No está usted acostumbrado a esperar, señor Macerdo... ¡es evidente!

—No sé a qué estoy acostumbrado —suspiró Donald—. La mayor parte de mi vida, hasta hace poco, ha transcurrido en una rutina que me ponía enfermo. De repente fui sacado de ella y arrojado en este caos. Y la vida es aquí tanto más rápida que en sólo diez días he llegado a estar tan asqueado de esta como de la otra en diez años.

Al extremo más alejado del claro apareció uno de los jóvenes oficiales de Jogajong, sosteniendo un fang de cuya punta colgaba una serpiente muerta. Se la mostró a su jefe, saludándole, y se vio recompensado con una sonrisa de aprobación.

—¿Era una serpiente muy venenosa o algo así? —preguntó Donald al azar.

—No, no es venenosa. Es buena para comer, un bocado exquisito. Aquí no llevamos una vida muy lujosa.

—¡Buena para comer! —Donald casi saltó de la sorpresa—. Bien, si usted lo dice, supongo... —se secó la frente, molesto al máximo por el aire sulfuroso, frío y húmedo del geiser volcánico, que según decían había mostrado hoy una actividad superior a la normal, cargando el aire inmóvil del claro con humaredas que, al no haber viento, tardaban en disolverse.

—Le ruego que disculpe la rutina y el aburrimiento que tiene que soportar aquí —dijo Jogajong, y Donald no pudo determinar si se estaba mostrando sarcástico—. Podría organizar una diversión... quizá llevarle con nosotros a una pequeña expedición; pero en este momento el clima de opinión no está mucho en favor de mi causa y, lo que es más. creo que usted es un individuo valioso a quien no hay que arriesgar así.

Donald pensó en ello un momento.

—¿Es a causa del... eh... clima de opinión que está aquí sin hacer ningún movimiento? —preguntó por fin.

—Exactamente. Tenía previsto empezar a trabajar abiertamente en cuanto llegara. Entre la gente común, ya que no entre los ricos, hay un apoyo muy fuerte a mi causa, El partido de la oposición no es fuerte en Gongilung, aunque algunos grupos —los pescadores, como usted sabe, algunos intelectuales y el ramo de la construcción, especialmente— son leales. En las islas más distantes, la administración de ciudades enteras está en nuestras manos; yo esperaba lanzar una lucha popular

Librodot

y, de ser necesario, declarar la independencia y soportar un asedio. Desgraciadamente, la declaración sobre la optimización de las próximas generaciones ha pospuesto tal medida. Desde luego, gracias a lo que ha hecho usted se mostrará la mentira tal como es, y la indignación subsiguiente proveerá a la revolución un impulso muy conveniente.

Hablaba como si sus opiniones estuvieran apoyadas en algo tan definitivo como una evaluación de Shalmaneser. Donald se dio cuenta de que posiblemente la tuviera... por lo menos, los ordenadores de Washington debían de haber analizado muy bien sus posibilidades antes de que le trajeran aquí desde los Estados.

—Pero —dijo— si el régimen de Solukarta no se hubiera puesto a sí mismo una trampa ¿hubiera usted iniciado realmente una guerra civil?

Jogajong se encogió de hombros.

—No cabe duda de que hubiera sido un trabajo más largo y lento, y probablemente hubiera habido que pagar un precio muy alto. Pero ¿cuál es el precio de la libertad?

—¿Cuál es el precio de la vida? —contestó amargamente Donald.

—Procedo de un país en que la vida ha sido barata a la fuerza durante siglos —dijo Jogajong—. Sé cuál es el precio de la mía. Pero cada persona tiene que ponerse su propio precio y defenderlo.

—La mayoría de las personas no tienen ocasión —murmuró Donald.

—¿Perdón? No lo he acabado de oír...

—¡Digo que la mayoría de las personas no tienen ocasión! —repitió secamente Donald—. ¿Ha oído usted alguna noticia de Gongilung desde que llegué? ¿Se ha dicho algo sobre un edificio volado?

—¿Volado? Han informado que se derrumbaron unos cuantos como consecuencia de una explosión, pero dijeron que se debía a deficiencias del alcantarillado. A menudo encontramos burbujas de metano que se pueden incendiar.

—Ballescoria. Tuve que utilizar una bomba para librarme de una mujer policía hedionda. —Donald se miró las manos—. ¿Cuántos murieron?

—No muchos —dijo Jogajong tras una pausa—. Diecisiete, dieciocho... creo que esa fue la cifra que me dijeron.

—¿Niños y mujeres entre ellos? —la voz de Donald le arañaba los oídos.

Librodot

—Todos niños y mujeres —dijo Jogajong—. Era de esperar. Los hombres estaban trabajando —se inclinó hacia Donald y le puso sobre el brazo una mano confortadora—. No se torture por ellos. Piense, como yo, que murieron por la causa de su país.

—No, murieron por mi causa —dijo Donald, desasiéndose de la mano del otro.

—Por una causa que su país comparte con el mío —insistió Jogajong.

—Cierto —-dijo Donald—. Su país, el mío, todos los países del mundo tienen la misma causa y consiste en coger gente a quienes no les importa un gramo de ballescoria y enviarles a matar mujeres y niños. ¡Sí, ésa es la causa de todos los países de la Tierra! Y
¿sabe cómo llamo yo a esa causa? La llamo ambición desnuda y hedionda.

Hubo una pausa breve. Jogajong habló rígidamente para darle fin.

—¡Esa no es la actitud que más hubiera esperado en un oficial americano!

—No soy un oficial americano. Me dieron un rango militar porque era un modo conveniente de coaccionarme para que me comportara bien. Como «teniente» Macerdo, puedo ser arrestado y juzgado en secreto, en consejo de guerra, si no hago lo que me ordenen. Aparte de eso, soy un tío de una clase muy normal y oscura, con una aptitud natural y otra para la que me han preparado con medios que jamás consideré posibles. La natural llegó a aburrirme un día, pero la aprendida hace que me repugne mi propia imagen.

—En mi país —dijo Jogajong—. los hombres que piensan como usted se reúnen voluntariamente con sus antepasados. O lo hacían, en los viejos tiempos. Ahora, el usurpador Solukarta ha imitado sus costumbres cristianas y ha cerrado esa vía de escape; que es uno de los motivos por los que tenemos tantos locriminales, creo.

—Es posible —en los tiempos antiguos de un mes antes, Donald hubiera podido sentirse intrigado por tal sugerencia; ahora la dejó pasar—. Pero aún no he llegado al punto del suicidio. Por lo menos me puedo consolar con la idea de que, haya hecho lo que haya hecho, he ayudado a desenmascarar una mentira; y estoy empezando a pensar que el mentir es uno de los más graves defectos humanos. El segundo, después del asesinato. Y la experiencia nos ha hecho tan hábiles para el primero como para el segundo.

—Yo he matado a mucha gente y he visto morir a muchos más por órdenes mías —dijo Jogajong—. Es lo que hay que pagar para comprar lo que deseamos.

—Lo que nos han dicho que deseamos unos mentirosos más hábiles que nosotros.

El rostro de Jogajong se petrificó en un ceño fruncido.

—Lo siento, señor Macerdo —dijo, levantándose—. No veo motivo para continuar esta
conversación.

—Ya somos dos —asintió Donald, volviéndole la espalda.

Y el día siguiente fue muy similar, con la única diferencia de que, como había prevenido la enfermera, Sugaiguntung entró en una fase de varias horas de delirio. Donald estuvo sentado junto a él en la cueva, escuchando las frases entrecortadas en yatakangi cuyo efecto hipnótico le hacía una y otra vez divagar en meditaciones íntimas y, a veces, caer dormido. Sin embargo, por la tarde, uno de los pescadores de Gongilung arriesgó la vida para traer un poco de la droga necesaria de una farmacia de la ciudad: cuando Donald se sintió dispuesto al sueño, el delirio había pasado.

También el día siguiente fue como el primero.

Y el siguiente.

VIENDO PRIMEROS PLANOS (27)

LA RECETA DEL LOCRIMINAL

Philip Peterson llevaba toda la tarde solo en casa, malhumorado. Habían invitado a su madre a una fiesta de ésas que... bien, ella pensaba que tal tipo de fiestas era inadecuado para su hijo, porque aún no estaba hastiado y endurecido como su anciana madre. A cambio, él celebró una pequeña fiesta privada individual, empezando con tres alcohopazos y siguiendo con la caja de los porros. El efecto de viaje de la mierda tardó un poco en surgir a través de la pantalla del alcohol, pero la lucha entre ambas fuerzas le producía una sensación bastante agradable, como si él también fuera a luchar, o a hacer el amor, o a algo igual de importante.

Más o menos a las once PapáMamá llamó a una chica que conocía, pero no estaba en casa. Después puso algunos de sus discos de resaca favoritos, de los que Sasha prefería no oír cuando estaba en el apartamento, y bailó él solo por la habitación.

Empezó a sentirse adormilado; y no quería, así que tomó una de las píldoras Desvel de Sasha del paquete que tenía en el cajón de la

cabecera de la cama y que creía ignorado por él, pero lo único que hizo la píldora fue impedirle dormir, no animarle. Apagó las luces, se sentó en una silla y volvió a poner los discos de resaca. Se veían mucho mejor en la oscuridad, sobre la pantalla, y prácticamente se podía sentir inmerso en ellos. Le empezaron a molestar las ropas, así que se las quitó y las esparció por todas partes, poniéndose a caminar repetidamente en elipse sobre la alfombra.

Acabó por sentir hambre y fue a ver qué había que pudiera encargar en la consola; eligió uno de sus platos favoritos, chuletas frías a la parrilla de carne de buey verdadera con ensalada, comida que seleccionaba casi siempre cuando Sasha no estaba.

(Más tarde se fijaron en que había marcado el código de «bastante crudo» y dijeron cosas muy sabias sobre símbolos de la masculinidad.)

Estaba sentado, solo, cortando la carne y pinchando de la ensalada, más o menos a las tres y cinco AntiMateria, cuando el indicador luminoso de la puerta de la calle reveló que alguien había utilizado la llave de Salvaguardia, S. A. codificada para este apartamento. Se levantó, desconectó el disco que estaba viendo, fue a la puerta y se quedó junto a ella.

Cuando se abrió, la luz del pasillo exterior le mostró a Sasha riendo, con el 'vestido bajado hasta la cintura y aquellos pechos exquisitos rellenos curvos redondos expuestos a la boca ávida del extraño que le acompañaba, a quien iba diciendo chist y espera un momento y estate quieto, no vayamos a despertar a mi hijo.

Se adelantó cuando cerraron la puerta, pero antes de que encendieran la luz v utilizó el cuchillo con el que había estado cortando la carne para desgarrar el resto del vestido de Sasha. El tejido se abrió con un sonido débil, mientras que la piel de la espalda, desde debajo del omóplato derecho hasta las nalaas, se abrió con un aullido. Luz. El extraño, aún irguiéndose de la postura de obediencia y veneración que había tomado ante el altar de su feminidad madura y en sazón, diio algo de espera, ¿qué....?

—¿Qué le estás haciendo a mi madre mi madre mi madre? —dijo Philip?, con cada repetición gesticuló con la mano derecha, que por cierto sujetaba el cuchillo de carne, muy agudo. A la tercera el extraño puso los ojos en blanco y borboteó y cayó al suelo con ambos brazos doblados sobre las cuchilladas del vientre.

Sonaba una voz alta y aguda de pared a techo a pared. Philip desconectó los oídos v utilizó los ojos, ahora que se estaban volviendo a acostumbrar a la luz. De pie, junto a la
puerta, había una mujer bastante hermosa, no tan joven como fue en tiempos, pero casi desnuda excepto por unos trapos que sujetaba

contra el cuerpo. Atraído irresistiblemente se le acercó, dejando caer la cosa que su mano, por cierto, sujetaba en ese momento; y cuando ella apartó los labios e insistió en seguir teniendo abierta la boca con una expresión tan desagradable, le obligó a cerrarla con sus manos. Al cabo de un rato, dejó de resistirse y le permitió hacer lo que quería, cosa que él llevó a cabo con gran entusiasmo, porque alguien en algún otro lugar había mucho tiempo se había dedicado constantemente a impedírselo con la excusa completamente ridícula de que era demasiado joven querido. Claro que no soy demasiado joven. Aquí estoy haciéndolo, ¿no?

Pero después de la primera vez la mujer no le resultaba muy excitante, así que salió a buscar una pareja con algo más de energía y encontró una tía de color que, por cierto, estaba en el ascensor, y no acababa de gritar lo suficientemente fuerte, y él estaba intentando convencer a su coinquilina blanca, de cuyo apartamento llevaba la primera la llave, cuando alguien que pasaba, por cierto, le vio empujarla por la puerta y los plomeros le derritieron cuando salía a buscar a la siguiente, pero era demasiado tarde.

CONTEXTO (26)

A MI MISMO, CON OCASIÓN DE MI SIGLO XXI

En un estéril hospital nací.
Aquello, como yo, fue limpio y puro:
¿dolor, problemas, sangre? Quizá sí..,
En cualquier caso, lo encontré muy duro

y preferí la escuela y aprender.
Más tarde trabajé, tuve dinero
y con alguna chica pude el amor hacer.
Acabaré en cenizas algún día, espero,

pero en esos asuntos no me gusta pensar
y, para asegurarme de seguir como soy,
respeto estrictamente los consejos que leo:

la piel todos los días me suelo perfumar:
pomadas, talcos, cremas, no he dejado hasta hoy.
Y aún así, si me rasco... ¡sangre y pus sólo veo!

CONTINUIDAD (38)

NO ESTA EN VENTA, PERO SE PUEDE DISPONER DE EL PREVIA SOLICTTUD

—Gracias —dijo Chad.

Librodot

Norman apenas podía dar crédito a sus oídos.

—¿De qué carajo me estás dando tú a mí las gracias? —^dijo—. Por la barba del profeta, debería estar adorándote sobre manos y rodillas. Te debo...

Se calló de repente. Había demasiada gente que les podía oír como para decir la verdad: que no era por la recuperación de la inversión de TG planeada para Beninia, sino por la salvación del propio proyecto junto con todo lo que él había aportado personalmente a la idea, por lo que quería expresar su gratitud. Pero la planta presidencial de la torre de TG estaba atestada de huéspedes distinguidos, incluyendo el equipo del Estado que había supervisado la aventura bajo las órdenes de su portavoz, Rafael Corning. Le asediaron, junto con otros empleados y conocidos, hasta que llegó a sentirse presa de una jauría. Ni siquiera había tenido la satisfacción de poderle dar la buena noticia a Elias; Waterford había enviado inmediatamente mensajeros para sacarles a él y a Ram Ibusa de la visita especialmente organizada que estaban girando al edificio.

Chad se dio cuenta de su estado de ánimo y comprendió el motivo que había tras él. Sonrió amargamente.

—Es una mierda de forma de llevar una vida humana, ¿verdad? —dijo—. Eres el centro de la creación, tío, y no lo puedes soportar. Pero creo que uno tiene que aprender a aguantarse.

—Desde que volví a casa he empezado de nuevo a darme cuenta de los fallos que tiene —admitió Norman.

—Yo no los he experimentado nunca antes. Me pasé una buena parte de la juventud entre los bosquecillos retirados de Academia... quizá fue eso lo que me engañó, haciéndome creer que la gente me escucharía si les gritaba con suficiente fuerza, porque al menos mis antiguos alumnos fingían prestar atención, aunque jamás actuaran según se les decía... Pero supongo que tendré que acostumbrarme.

—¿Cómo?

—Dijiste que me ibas a contratar.

—Pero... —Norman se hizo un lío con la lengua— ¡pero ya has hecho aquello para lo que quería contratarte! Has devuelto a Shalmaneser a la órbita en que queríamos que volase y...

—Norman, estás contaminado —cortó Chad—. Eres un buen chico y me has hecho favores y todo eso, pero estás contaminado. ¡Mira, compadre!

Sin volver la cabeza, dejó el vaso vacío que tenía en una bandeja que pasaba y tomó otro.

—¿Qué decían todos los que estaban de mirones alrededor de Shal cuando yo tuve mi pequeña charla con él?

Repentinamente irritado hasta salirse de sus casillas, Norman le contestó duramente:

—Deberías dejar la comedia de la modestia. Es falsa. No te encaja, y no lo haces bien.

—¿Te refieres a lo de llamarle «pequeña charla»? ¡Carajo! —Chad vació de un trago la nueva bebida—. Métete una cosa en la cabeza, ¿quieres?: ¡es la verdad estricta! Nunca me he dedicado a hacerme el modesto: soy un orgulloso congénito y hace mucho que renuncié a intentar curarme. Pero no se trata de que yo sea tan cojonudo en todo. Simplemente, no me han condicionado para pensar que la solución correcta no pueda ser sencilla. Cuando te he dicho que estás contaminado me he referido precisamente a esta actitud, que está más extendida que el resfriado común y es por lo menos igual de desmoralizante. ¿Es que no te ha dicho nunca nadie que la única libertad que lleva consigo el libre albedrío es la posibilidad de equivocarse? En las palabras más breves posibles: lo que ha hecho Shal ha sido ejercitar sus facultades intrínsecas... ¡las que todos los miembros del equipo de diseño esperaban, deseaban, anunciaban como un avance colosal en cibernética y luego se negaron a reconocer cuando las vieron surgir! Shal hizo exactamente lo mismo que estás haciendo tú en este momento, y estaba tan equivocado como tú. El...

Cortando el flujo de palabras tan limpiamente como un cable monofilar, la voz de Próspero Nivel: suave, aduladora y, para Norman, horrible.

—Señor Mulligan... o creo que debería decir Doctor, ¿no?

—Sí, sí, tengo más doctorados que un perro pulgas, hoy día. —Chad se volvió, parpadeando, y Norman sintió una punzada de aprensión—. ¿Qué otros achaques puedo curarle además de esa molestia menor que ya he arreglado?

Nivel sonrió insinceramente: ¿era eso una broma?

—Difícilmente podría atreverse a llamarla menor aunque, naturalmente, no nos gustaría que la gente supiera hasta qué punto nos tuvo preocupados Shalmaneser durante un tiempo. Nuestra deuda con usted es enorme por su penetración y su ayuda... y, a propósito, se me ha ocurrido preguntarme si alguien le habría solicitado formalmente que nos acompañara en la cena que vamos a celebrar para festejar el

Librodot

resultado positivo de las negociaciones con Beninia. Supongo que se lo habrá comentado Norman.

—No, nadie me ha invitado a nada excepto a este velatorio. Y no me importa, porque sus intendentes aprecian las buenas bebidas.

Ciérrala, tonto. Norman envió el pensamiento, frunciendo el ceño, a Nivel, deseando poder decirlo en voz alta. Lo que quiero es escaparme con Chad para que vayamos a un bar. *Borracho o sobrio, prefiero oír lo que diga que...*

—Gracias —decía Nivel—. Le aseguro que nuestra comida se ajusta a unos niveles de calidad no menores. Pero lo que le iba a preguntar es si le importaría decir unas palabras después, junto con el doctor Ibusa, el doctor Masters y el doctor Corning.

Creo que le deberías decir dónde puede meterse sus palabras doctor.

Pero la esperanza momentánea y poco basada de Norman murió. Con un brillo en los ojos que empezaba a reconocer como señal de peligro, Chad asentía vigorosamente.

—Con muchísimo gusto. Me encantaría decir unas cuantas palabras a esas personas. Me
encantaría.

Si había habido alguna posibilidad de que Norman disfrutara de la cena por la euforia de un alivio tan acentuado como el provisto por la actuación de Chad, se desvaneció en ese
momento. Durante toda la comida estuvo sentado, de mal humor, entre una mujer del Estado y la esposa de Rex.., era el sitio previsto para algún otro, pero se había prestado a cambiarse con Chad para que éste último pudiera sentarse con Nivel y Waterford sin perturbar toda la organización. Picoteaba la comida, esperando vagamente que se desarrollara alguna discusión brusca en cualquier conversación privada, o que Chad se pusiera borracho hasta la incapacidad y tuviera que llevárselo con la excusa de una falsa
enfermedad.

Poco a poco, sin embargo, se fue animando. ¿Y qué si Chad se comportaba como temía y adoptaba unas maneras monstruosamente ofensivas? Había un montón de gente entre el auditorio que se merecían un buen par de bofetadas dialécticas. Y, si Chad decidía por el motivo que fuera incluir al responsable de hecho del proyecto de Beninia, a Norman Agudo de la Casa, entre sus blancos principales...

Al carajo. Me lo merezco. Me lo merezco del copón.

En cuanto le fue posible sin violar las normas de la educación, apartó lo que le quedaba de comida y encendió una Joya de la Bahía para amortiguar el impacto que esperaba. Según el protocolo antiguo, Nivel, que actuaba de presidente, le hizo un gesto a Rex Severo, que había sido elegido maestro de ceremonias, y comenzó el sufrimiento.

Rex mostró su sentimiento por la ausencia de la Vieja TG, cuya triste suerte arrojaba una sombra sobre todos nosotros, y le cedió la palabra a Nivel, que compuso floridas frases de pena por la pérdida de TG, insistiendo en que su muerte no supondría ningún perjuicio para el proyecto de Beninia; consiguiendo, con una habilidad que la propia TG habría sin duda aprobado, impedir que ambas afirmaciones se contradijeran.

Después de lo cual Ram Ibusa habló, como representante del gobierno de Beninia, de la revolución prometida en los asuntos internos del país que esperaban, el doctor Corning bendijo oficialmente los contratos que habían sido firmados, y Elias —compasivamente
breve— aseguró a todos que había un gran futuro para Beninia.

Por fin volvió Rex al estrado; Norman se preguntó por qué, en esta época moderna, supuestamente directa en el comportamiento, siempre hacían falta horas para llevar a término un acto de conmemoración o celebración. ¿Por qué no se podía programar a Shal de modo que desarrollara una versión condensada, sin menos formalidad y que acabara en cinco minutos?

—Y ahora tengo el placer —el verdadero honor— de ceder la palabra al invitado que en esta ocasión —o en cualquier otra— necesita quizá menos presentación que cualquier persona, prácticamente. Con todos los respetos por el Sr. Nivel o incluso por el Sr. Masters, cuyo aprecio popular es innegable, tengo la impresión de que su nombre es más conocido que el de cualquiera de los que estamos aquí. Su pensamiento ha contribuido a dar forma a nuestra sociedad a través de sus libros, sus artículos, entrevistas...

—¡No pretenda echarme la culpa de nuestra sociedad! dijo Chad, muy audiblemente, y
Rex se sonrojó.

—Bien... ¡ejem!... sin entrar en detalles, he de decir que su ayuda como especialista a la
realización del proyecto de Beninia ha sido invalorable, que es otro motivo, aparte de su gran distinción personal, por el que le hemos invitado a dirigirnos hoy la palabra... eh... ¡Doctor Chad C. Mulligan!

Se sentó, justo a tiempo para evitar ser apartado a un lado de un empujón. Chad, como observó Norman, se había dedicado durante la mayor parte del tiempo a beber en vez de a comerse la cena, y al llegar

al estrado se balanceaba ligeramente, fallándole el equilibrio. Sin embargo, el alcohol no le había afectado en lo más mínimo la voz: en cuanto empezó a hablar, los técnicos que estaban grabando los discursos para el EXAMINALISIS y para los propios archivos de la Compañía hicieron una mueca y se apresuraron a reducir la ganancia de sus micrófonos.

—Shalmaneser, Sr. Presidente, Sr. Embajador... ¡todo ese montón de ahí fuera, y cualquier otro que se haya desviado hacia aquí por el plano astral! No es por casualidad que empiece la lista nombrando a Shalmaneser en vez de... hay una línea para alimentarle todo esto a Shal, ¿verdad? ¿Sí? Bien. Le he conocido hace unas cuantas horas y he cambiado por completo la opinión que tenía de él, que era que, como otros ordenadores con los que he tratado, era un imbécil a quien había que decir todo lo que tenía que hacer paso a paso y punto por punto. Me equivocaba.

»Doy mi enhorabuena al equipo de diseño que dijo que iba a desarrollar una máquina que podría ejercitar una volición consciente. También felicito al Dr. Ibusa, que va a disfrutar de tal ventaja... y que probablemente aún no se da cuenta. Por lo que sé, éste es el primer anuncio público del logro, y es porque parece que soy la primera persona que se ha dado cuenta.

Se produjo una agitación muy definida entre los empleados, especialmente entre los del
departamento de Rex. Norman, levemente aliviado porque Chad estuviera pronunciando
realmente un discurso coherente en vez de lanzar insultos o tirarse pedos contra los micrófonos, se irguió un poco en la silla.

—Por cierto que es lo más apropiado que hagáis que Shal dirija el proyecto de Beninia —continuó Chad—-. Si no estuviera al cuidado de él alguien que supiera en dónde se estaba metiendo, sería una receta magnífica para enviar el país al infierno con mucho cuidado. Incluso mi amigo Norman de la Casa, que no ha recibido la alabanza que merece por haber pensado más en la gente que vive allí que en lo que puede hacer el proyecto para aumentar las cuentas bancarias de los accionistas, pasó por alto la cosilla a la que me he referido: la adquisición por Shal de la facultad que tienen sólo las criaturas inteligentes, conocida por «lógica» o, como dicen en Inglaterra al otro lado del charco, «cojo-mente», que para mí es el término ideal.

A estas alturas, los miembros de la directiva parecían bastante nerviosos. Norman vio que Waterford se inclinaba hacia Nivel y susurraba. En cuanto a él mismo, pensó que al fin y al cabo podía ser que disfrutara de la parrafada de Chad. Dio otra chupada a su Joya de la Bahía.

—¿Qué hace uno cuando alguien le dice que está completamente pirado? Es una experiencia molesta y desmoralizadora, ¿verdad? Es como intentar que una máquina haga aquello para lo que fue diseñada y ver que no se logra.

»Pero a una máquina se la puede enviar al taller para ser reparada, o se puede cambiar por un modelo más fiable. No se puede reemplazar a las personas que a uno le molestan; sólo se les puede evitar y, a veces, ni siquiera esto es posible. Allá en Asia hay un huevillón de personas que están en contra de nuestras ideas de un modo tan violento que nos hace hervir los sesos, así que durante tanto tiempo como podemos fingimos que no existen. Hasta que matan a nuestros hijos, o hunden nuestros barcos, o hacen alguna otra cosa que no podamos ignorar.

»Muy bien. Le hablaron a Shal de Beninia, y lo que contestó se reducía a esto: "¡no os creo!" Y estaba justificado del copón. ¡Os voy a decir por qué!

»Este es un país cojonudo, gordo y rico, y tenemos miedo. Pensamos que en cualquier momento podemos dar la vuelta a una esquina y tropezamos con un locriminal. Creemos que podemos llamar por teléfono a California y encontrarnos con que nos contesta un ojirrajo. Sin que nos avise nadie, podemos vernos metidos en disturbios callejeros y luego en la cárcel, sin más motivo legal que el hecho de que estábamos allí. Precisamente le pasó esto a Norman de la Casa hace muy poco.

»Beninia es un pequeño país, ridículamente pequeño, arruinado, sumido en la miseria, que aparentemente no debería existir. Pero si allí no tienen guerras, y no han engendrado un locriminal en quince años, y el idioma no tiene palabras para decir «enfadado» —sólo un modo de decir «loco»...— bien, ¿quién se lo creería al oírselo decir a cualquiera en una conversación?

»Yo no. Yo contestaría lo mismo que si un hermanito rojo me contara lo bonitos que son los jardines en China.

»Este, por si no lo habéis oído comentar, es el motivo por el que he llegado a conocer a Shalmaneser. No estoy haciendo cumplidos ya: he llegado a la fase de martillo pilón, y podéis creerme que hay por aquí unas cuantas personas que merecerían ser enterradas bajo toneladas de mierda por renunciar a sus responsabilidades como individuos pensantes. ¿Acaso pensasteis vosotros, igual que Shal, que la gente que alimentaba los datos sobre Beninia a TG era una banda de mentirosos dedicados a engañaros y timaros?

«El comunismo no ha convertido en paraíso a ningún país de la Tierra, pero ha hecho que una nación superpoblada y de recursos limitados como China llegue a ser un problema que los países realmente ricos del

Librodot

mundo no pueden ignorar. Alguien está trabajando allí, y probablemente no es lo que sus propios ciudadanos creen que es... no importa. Existe la evidencia.

«Cuando la evidencia dice que uno se equivoca, lo que ocurre es que la teoría aplicada no era correcta. Se cambia la teoría, no la evidencia. Tíos y tías, ¿es que nadie os dijo eso en el colegio?

«Incluso ahora... Norman, ¿estás oyendo o te has ido a dormir? —Chad miró en abanico a la audencia por encima del borde del estrado—. Ah, sí, ahí estás. Es fácil encontrarte: tienes ventajas incorporadas para eso. Incluso ahora, como iba diciendo, una persona tan
inteligente en teoría como Norman aún no ha llegado a la conclusión inevitable a que conduce el ver qué hizo falta para que Shalmaneser se convenciera de que los informes sobre Beninia eran ciertos. Ahí está pasando algo, algo actúa entre la gente, que ni vosotros ni yo conocemos. ¡Norman! Me quisiste contratar y yo te mandé al carajo, y luego cambiaste de idea... bien, yo también. ¡Contratado o no, quiero saber lo que es!

Golpeó el podio con el puño cerrado y saltaron los micrófonos.

—¡Carajo! ¿Cuándo sale el próximo exprés para Beninia? Dr. Ibusa, ¿me hará falta un visado o puedo ir sin más? ¡Me gusta la idea de un país en que no hay follones y no hay locriminales y no hay guerras y no hay montones de otras cosas que me hacen desesperar de la raza humana! Hasta que me hablaron de Beninia creí que todo eso había sido borrado del mapa como Samoa y los bosquimanos a base de Cristiandad, aguardiente y una ambición del copón.

»Me repugnan los discursos largos. Además, he bebido demasiado. Será mejor que me
siente.

Se produjo un silencio prolongado. En un momento dado recorrió la sala una débil salpicadura de aplausos que desapareció en seguida. La mujer del Estado que estaba sentada junto a Norman se volvió a éste.

—Bien —dijo—, ha dicho unas cuantas cosas muy halagadoras sobre usted, Sr. de la Casa, y estoy segura de que las merece.

—Lo que merezco es que me corten la cabeza —-contestó secamente Norman, poniéndose en pie.

—¿Cómo?

—¡Soy un imbécil! —saltó Norman, y se fue.

LAS COSAS QUE PASAN (15)

IGUAL Y OPUESTO

Querido amigo: te escribo como a quien ha apoyado ya algunas de mis actividades dedicadas a la Justicia, al Derecho y a la Ley Natural de la Supremacía Blanca. Sin duda
has oído hablar de cómo esos Demonios procomunistas de Washington han vendido otra parte de nuestros inapreciables recursos naturales a una banda de sucios mendigos negros de Beninia. Propongo...

—Y, hablando de ayuda extranjera: creo que podemos calificar en justicia el proyecto de Beninia, recientemente anunciado, de empresa que combina hasta el punto más alto posible un interés inteligente con la ayuda de quienes la merecen. Lo único que siento es que nuestro actual Gobierno haya preferido obrar a través de intermediarios en vez de...

EL PRESIDENTE YUNG NOS EEXCOMUULGA
CALIFICA AL PROYECTO BENINIO DE «AGRESIÓN ECONÓMICA
DESNUDA»

El equipo se complace en informar que, tras algunas dificultades iniciales de poca importancia, el proyecto de Beninia está bien encarrilado. Se ha recibido la ayuda más completa del gobierno de Beninia, y la última evaluación de Shalmaneser...

—¡Carajo! Vi en el EXAMINALISIS que nunca han luchado en guerras por sí mismos... jamás. Si no tienen agallas para defenderse a sí mismos deben de ser una manada de tíos sin cojones, y no creo que debamos ceder...

LAS ACCIONES DE TG SE DISPARAN
DESTROZADO EL PRECIO MÁXIMO ALCANZADO EN 2005

No vayas a creer que ésta no es una operación blanca sólo porque hayan puesto como cabezas visibles a unos cuantos de sus siervos negros. En Beninia están escupiendo sobre los cadáveres de nuestros antepasados que murieron en Sharpeville y Bloemfontein, en Durban y Witwatersrand...

—Mis padres se conocieron en el Cuerpo de Pacificación. Papá dice que Beninia parece algo muy parecido a lo que ellos hicieron. Suponte que me presentara voluntario; ¿lo harías tú...?

EL CAIRO ACUSA AL PROYECTO BENINIO DE SER UN «COMPLOT JUDIO»

Librodot

PORTAVOCES DEL GOBIERNO DECLARAN BOICOT A PRODUCTOS DE TG

Querido presidente Obomi: he visto en la TV que en su país no hay ¡acrimínales. El caso es que a mi hijo Andy le mató uno, v tengo otros dos niños preciosos y no quiero que les pase lo mismo, así que le pido que me diga cómo puedo...

—No sé por qué tenemos que mezclarnos con los asuntos de otro continente. Habiendo tanto que arreglar aquí, uno diría que...

EL PRIMER MINISTRO BRITÁNICO ALABA EL PROYECTO BENINIO OTRAS
REACCIONES EUROPEAS RESERVADAS Y HOSTILES

(LÓGICA: El principio que gobierna la intelectualidad humana. Se puede deducir su naturaleza del examen de las dos siguientes proposiciones, que los seres humanos tienen por ciertas simultáneamente, a menudo en el mismo individuo: «yo no puedo luego tú no debes» y «yo puedo pero tú no debes».

—El diccionario del felicrimen, por Chad C. Mulligan.)

VIENDO PRIMEROS PLANOS (28)

EL MODO LENTO DE MORIR

Eric Ellerman había esperado que al menos le dijeran cuándo se les acabaría la paciencia; que le darían algún tipo de aviso.

Pero no fue así.

Después del primer encuentro, Sem Lucas y sus compinches le dieron tres días. Le volvieron a ver en el rapitrans, algo tan predecible como el alba, oyeron sus excusas y le dijeron que lo hiciera mejor.

¿Cómo? Los departamentos industriales de Seguridad no se habían quedado atrás de los avances en las técnicas de espionaje; literalmente contaban todas y cada una de las hojas de la variedad Demasiado, haciendo pasar una cámara automática conectada a un ordenador por los inmensos tanques hidropónicos. Pensó en robar un trozo de hoja e intentar que arraigara como esqueje; lo dejó caer en un zapato e intentó pasarlo a través de los dispositivos de detección aromática de la puerta. Pero captaron el olor que soltaba la hoja verde y, aunque le aceptaron la excusa de que debía de habérsele caído en el zapato por accidente, se dio la circunstancia de que el mismo día uno de los técnicos de riego fue lo suficientemente estúpido como para intentar salir con toda una mata

de la planta, al parecer para su uso particular. Después de eso, los controles de seguridad fueron increíbles durante un tiempo.

Se lo dijo a Sem, pero el macarra no se mostró interesado. Esta vez dijo la próxima semana o...

¿Copiar la estructura genética de una hoja ya tratada? No era posible sin el tipo de equipos que tenía en el laboratorio, y no podía permitirse tener en la cocina un analizador molecular Jeans-Whitman. En cualquier caso, todos y cada uno de los paquetes de Demasiado que salían de la fábrica eran bombardeados con radiaciones que difuminaban los genes clave. Habría que comprar mil porros antes de poder estar seguro de haber establecido la estructura correcta.

Las discusiones con Ariadna eran peores que nunca, y en una ocasión pegó a Elena tan fuertemente que se asustó de sí mismo. La niña no lloró por el golpe, sino que se fue a un rincón frotándose la magulladura. Cuando se acercó para pedirle perdón y consolarla, huyó de él.

Pensó en pedirle consejo a algún amigo, pero no los tenía. Los empleados de la fábrica nunca habían sido muy íntimos suyos y, desde que se corrió la voz de que Ariadna estaba embarazada de nuevo, habían mantenido las distancias... hasta el punto de que ni siquiera tenía ocasión de decirles que aquello no era cierto.

El día anterior al que Sem había establecido para su nuevo encuentro, decidió firmemente que debía informar de lo que había ocurrido a las autoridades y pedir ayuda. Solicitó una entrevista con el director de la sección de tectogenética. Este escuchó la historia por la mañana y asintió pensativamente. Por la tarde volvió a llamar a Eric y le hizo asistir a una conversación telefónica con un teniente de la policía que parecía estar convencido de que Eric se había inventado aquello para llamar la atención.

—¡No, claro que no vi qué clase de zapatos llevaban! ¡Me arrinconaron en un vagón del rapitrans, lleno de gente! No, no tengo ningún medio de entrar en contacto con ellos... dijeron que volverían a hablar conmigo, saben dónde vivo.

Probablemente el director habría mencionado cosas tales como que él no había recibido el aumento de sueldo esperado tras el éxito de la variedad Demasiado, que cualquier otro hubiera conseguido; habría dicho algo sobre lo de tener tres hijas, y además todas niñas... antisocial, problemas en el trabajo, paranoia incipiente...

El teniente de la policía le dijo que diera largas a Sem y que viera qué más podía averiguar, y entonces quizás habría un poco de acción.

Mientras tanto, estaba ocupado y no podía dedicar un hombre a cuidar de un ciudadano adulto.

La conversación de la mañana siguiente consistió en dos frases y en un cuádruple encogimiento de hombros.

—¿Tienes lo que te pedimos, querido?

—¡Mirad, dejadme que os lo explique y veréis por qué es tan difícil!

Encogimiento de hombros.

Tardó tanto en llegar... días y días, y los indicios y detalles eran tan sutiles como el descenso de la temperatura antes de una tormenta. Un vecino del mismo bloque, antes amistoso y ahora cortante. Elena volviendo del colegio envuelta en lágrimas y negándose a ser consolada. Ariadna recibiendo en la tienda del bloque menos cambio del debido, intencionadamente, y perdiendo la discusión porque la gente de la cola, tras ella, la empujaba hasta que tenía que coger lo comprado e irse corriendo. Un desconocido que escupía en un cultivo con el que trabajaba en el laboratorio. Una cruz roja pintada con lápiz de labios sobre la puerta del apartamento.

Al fin le dijo a Ariadna que iba a presentarse a TG para solicitar un puesto en Beninia, porque decían que querían gente de cualquier especialidad y eso sin duda incluiría a un
geneticista competente. Ella dijo que no quería que sus hijas crecieran en un sucio país extranjero. Eric perdió la primera batalla de la discusión. Acabó por vencer cuando sorprendió al niño de los Gadsden y a unos cuantos de sus compinches atormentando a Elena, diciéndole que la iban a hacer tener montones de niños y que moriría pero iría al cielo porque se suponía que eso era lo que tenían que hacer todos los Católicos Tradicionales. Habían llegado a quitarle la braguita.

En su inocencia, había supuesto que cuando la carta de solicitud llegara al buzón estaría a salvo; teóricamente, la ranura de la pared del apartamento llevaba directamente las cartas a una saca de correspondencia que la Oficina de Correos recogía dos veces al día. No tuvo en cuenta que sólo la dirección escrita en el sobre contaba una historia muy, muy larga.

El sábado por la tarde fue a comprar unas bebidas y porros para ayudar a pasar el tiempo.

—¡Aquí hay demasiada gente! —dijo alguien en voz alta, empujándole—. ¡Y algunos que podría nombrar no ayudan precisamente a que haya menos!

—No te preocupes —dijo otra voz—, nos deja, y ya era hora.

—¡Aja! ¿A dónde va?

—A África. Es lo suficientemente lejos.

No se lo he dicho a nadie… ni siquiera se lo he dicho a Elena por miedo de que…

Pagó y salió con lo comprado. Los dos hombres, borrachos, le siguieron. No sabía sus nombres. Empezaron a llamar a todos los viandantes.

—¡Mirad! —decían—. ¿No sabéis quién es? ¡Es el representante especial del Papa Eglantine, el papá de todos.

Al ser sábado, había mucha gente alrededor.

—El otro día vino alguien y me preguntó por él. Por lo visto abandonó en EleA a una mujer con dos hijos.

—¿Cómo?

—Elena algo, dijo. ¿Elena… Jones?

Todos mirando, escuchando, curiosos.

—Pero tiene aquí mismo, en el bloque, tres. Eso suma cinco.

—¿Cinco?

—¡Cinco!

Alguien vació la taza de plástico de la que bebía en un dispensador de bebidas y se la tiró. Golpeó levemente los brazos de Eric, doblados sobre las latas y paquetes que traía de la tienda.

—¡Vaya, el gran hombre que engendra cinco cachorvos! Y abandonaste a la de los dos, ¿verdad? ¿Qué pasa, que no quería hacerte más Católicos Tradicionales?

Un desconocido, una figura de pesadilla, alguien frente a él obligándole a detenerse.

—¿Vais a tener una velada encantadora y agradable, solos, dándole al próximo un buen comienzo en la vida? ¿Toda clase de bebidas y porros para calentaros? No me extraña que te haga falta estar colgado para tirarte a semejante vaca gorda. ¡Yo lo necesitaría!

—¡Vamos a arreglarlo!

Manos tirando de las cosas que llevaba. Débilmente, intentó liberase. Le quitaron todo.

—¿Qué pasa, tío? ¿Quieres que te lo devolvamos?

—Dádmelo... ¡es mío, lo he pagado!

—¡No tan deprisa, querido, no tan deprisa! Oye, Shirley, ¿quieres un paquete de porros? ¡Hay muchos! Doug, ¿un poco de cerveza?

—No, basta, basta..,

—Harry, coge el paquete, se está enfadando.

Yendo de mano en mano, tanto de mujeres como de hombres, siempre algo más deprisa de lo que él podía reaccionar para interceptarlo. Ahora jadeaba violentamente y se le nublaba la vista.

—¿Por qué no te quejas al Papa Eglantine, querido? ¡Haz que llame sobre nosotros la cólera divina! Eres un buen chico, ¿no?. ¡Siempre engendrando como se te ordena!

—¿Habéis oído lo de su primera mujer con dos hijos en Ele A antes de que se mudara aquí?

—Sucio sangrón..,

—Ahora que se le ha descubierto quiere escaparse, me han dicho que quiere irse a África...

—Sólo porque tiene el genotipo limpio...

—Va siempre enseñando el boletín de Poblimitación y luego resulta que...

—Siempre chillando y gritando, los dos al mismo tiempo, no se puede dormir del jaleo...

—Mi hijo dice que su hija quería saber por qué no tenemos gemelas como ellos...

—Sucio sangrón...

Lo próximo que arrojaron fue una de las latas de cerveza. Le dio a Eric en la frente, haciéndole un corte; de repente empezó a parpadear entre sangre.

—¡En la órbita, querido! ¡En plena órbita! Vaya, voy...

Cras.

—¡No le dejéis irse, quiere irse!

—Oye, si le gusta tanto tener hijos, ¿por qué no le...?

—¡Le he vuelto a acertar! Donna, ¿quieres tirar tú? Toma...

—¡Le diste, Doug! Muy bien, muchachos, vamos a...

—¡Ja ja ja ja ja! ¡Ja ja ja ja ja! ¡Ja ja ja ja ja!

—¡Mírile mírile miri!

—Tendrá que lavarse antes de volver a ver al Papa...

—No es raro que la primera le echara, con dos hijos de ese aspecto...

—Cinco...

—Católico Tradicional...

—¡Paradle!

—¡Ay! Dios, el muy sangrón..,

—¿Has visto lo que le has hecho a mi amigo? Voy a...

Y lo hicieron.

Cuando terminó y se asustaron le llevaron al rapitrans y, cuando no miraba nadie más que los que ya estaban al corriente, le empujaron sobre el borde del andén ante un tren que entraba y dijeron que se había desvanecido de repente o que se había suicidado... las versiones diferían pero, naturalmente, después de haberse sabido la historia de la pobre chica llamada Elena que abandonó en EleA y lo de los cinco cachorvos y lo de sus creencias Católicas Tradicionales y todo lo demás nadie preguntó demasiado.

Cuando Sem vio en la TV la noticia se quedó muy satisfecho, pero para entonces Vil había localizado a alguien que creía poder conseguir la mierda ya tratada de la estación de embalaje y con quien podían repartir los beneficios a base de sesenta y cuarenta por cien.

CONTINUIDAD (39)

ES MEJOR SER VOLCAN

Igual que los días anteriores, Donald se pasó las horas de luz paseando por el claro, meditando o sentado en uno de los tres asientos hechos con tocones de árboles, intentando no tener que pensar. Su aislamiento se agravaba a sí mismo. Había noticias que escuchar; a pesar de haber pospuesto el alzamiento previsto, la organización de Jogajong estaba activa, con muchos espías y agentes, por lo menos uno en cada ciudad de Yatakang, que emitían informes con frecuencia. Jogajong se mostraba exageradamente abierto al respecto de Donald, presentándole y alabándole ante cualquier persona de importancia que pasaba por el campamento, pero las frases sonaban a hueco. Siempre que había asuntos que tratar destacaban a alguien para asegurarse de que Donald no se acercaba demasiado a los conferenciantes.

No es qué le importara. Los asuntos humanos, incluso a escala de una revolución en un país de más de doscientos millones de habitantes, habían comenzado a perder importancia a sus ojos durante las horas interminables de espera. Miraba los árboles y veía la magnificencia de sus hojas y flores alimentadas por el ciclo de la putrefacción; en ese mismo sitio, hace diez mil años, hubo concebiblemente un árbol semejante... pero ¿dónde estaba el hombre? Líquenes voluminosos, de algún modo obsceno, se aferraban aquí y allá a los troncos de los árboles, sufriendo el ataque de los insectos. Más abajo había serpientes, lagartos, escorpiones por los cuales le habían aconsejado que nunca se pusiera los zapatos sin sacudirlos antes y que no se tendiera sin examinar el lugar en que lo fuera a hacer. Más arriba había pájaros de especies que no podía identificar, con la excepción de los pericos más llamativos, que parloteaban entre sí con voces agudas y chirriantes. Había en la selva muchas otras criaturas, pero la mayoría temían el olor del hombre y se mantenían a distancia.

Escuchó el rumor del viento entre las ramas más altas. Cuando llovía, le molestaba intensamente la irregularidad de las salpicaduras y de los goteos que provocaba. No ateniéndose a ningún modelo, se burlaba de todos los modelos, y por lo tanto de la razón. El aire nunca estaba libre de un aroma opresivo, de la vegetación que se pudría o de las humaredas volcánicas y, como un hombre condenado a calmar su sed en charcos lodosos, empezó a imaginarse que el aire tenía un sabor especial, como el del agua pura, y olfateaba esperanzadamente la brisa cuando soplaba del mar, esperando algún milagro delirante en su respiración.

Pero la idea del mar también le aturdía: masivo, enorme, paciente, capaz de encolerizarse; una bestia hostil que rodeaba al gigante hostil de la selva, dispuesto también a borrar el recuerdo del hombre. Intentó imaginarse las cien islas de Yatakang, nación floreciente de ciencia, tecnología y civilización avanzada y, más allá, China, la India, Europa, América. Nombres fabulosos leídos en mapas. Esto no era un conjunto ordenado de azules, verdes y marrones sobre una hoja de papel de

esquinas cuadradas, limpiamente cortadas: era un caos. Pertenecía al Abuelo Loa, al Cronos de esta época, que podía decidir en cualquier momento devorar a sus hijos.

Contemplaba más el volcán que cualquier otra cosa. Una gran parte del tiempo estaba envuelto en neblina pero, de vez en cuando, aparecía a la vista como si la deidad adormecida se diera cuenta intermitentemente de que encarnaba un mito y se acordara de manifestarse.

Recuerdo: Bronwen, el cuerpo esbelto y oscuro, la afirmación pronunciada calmosamente de que él había sabido que iba a ser necesitado para salvar a Sugaiguntung. Un contacto suave, barcos que pasan de noche. Parecía vagamente deseable que su leucemia acabara con ella. Llevaba más de él en la cabeza de lo que hubiera querido compartir con una persona conocida tan casualmente.

También Deirdre Kwa-Loop: ¿cómo explicaría el Servitrans Sateling la desaparición repentina de la programación de los comentarios que habían anunciado a bombo y platillo? Ah, se produciría otra noticia sensacional y publicarían historias falsas firmadas con su nombre para cubrir el lapso de tiempo hasta que la conciencia voluble del público olvidara el tema por completo. Antes se podría intentar recordar la identidad de cada cabello dejado al peine, de cada recorte de uña dejado a las tijeras. Hoy, mañana, sub specie aeíernitatis, cosas pequeñas para distraer mentes medio vacías. Despreocupada, la presencia del Abuelo Loa.

Cuando vino un mensajero a decirle que habían establecido contacto por radio con las patrullas que estaban entre Yatakang e Isola y que se notaba una disminución de la actividad de los piratas que hacía posible el paso de un submarino esta noche, apenas prestó atención. Había decidido que era mejor ser volcán que hombre, por lo menos no se recordaba lo destruido por los actos propios.

La medicina había curado a Sugaiguntung de la fiebre, pero quedó muy debilitado. Las náuseas le impidieron durante casi tres días mantener la comida en el estómago y, aunque se había recuperado lo suficiente como para tomar un poco de caldo y una cucharada o dos de arroz con sal, la enfermera decía que le había tenido que obligar a tragarlo. Donald salió de su apatía durante bastante tiempo para preguntarse si sería aconsejable llevarle esta noche al submarino. Según Jogajong el procedimiento era complicado, implicando un barco, unos trajes protectores que no daban señal en las pantallas de radar y el flotar a solas en el mar durante un tiempo que podía ser de varias horas hasta que el sonar le indicara al submarino que podía subir sin peligro y tomarles a bordo. Se había realizado tal proceso con éxito muchas veces, incluyendo la ocasión en que se llevaron a Jogajong para entrenarle como revolucionario; pero esto no servía para confortarle. Se

Librodot

recordaban también casos en que todo había terminado entre sangre y fuego.

Apenas había hablado con el científico desde que cayó enfermo. Sus desvaríos delirantes habían tenido una cierta cualidad fascinante, como un concierto de ruido blanco; pero la noche anterior, cuando Donald volvió a la cueva, se había limitado a roncar y hoy se había tendido calladamente en el colchón, contestando a las preguntas con asentimientos o gruñidos. Satisfecho de que la fiebre decaía, Donald prefirió evitarle.

Ahora, pensando en el asunto de su partida, entró en la cueva y encontró al científico sentado con las piernas cruzadas, envuelto en una manta. Parecía estar ensimismado en sus pensamientos. Cuando Donald le preguntó si se sentía lo suficientemente bien para soportar el viaje al submarino, la primera respuesta fue una contrapregunta.

—¿Me puede dejar papel y lápiz?

—Luego —dijo Donald, bruscamente—. ¿Se encuentra bien ahora? Han dispuesto recogernos esta noche.

—No quiero que me recojan —dijo Sugaiguntung.

¿*Seguía actuando la fiebre sobre aquel cuerpo cansado?*

—¿Se siente mejor ahora? —volvió a preguntar Donald.

—Sí, mucho mejor, y digo que quiero papel. ¿Lo hay?

Donald dudó y se mordió el labio inferior. Al cabo de un momento, prometió conseguírselo, aunque no creía que lo pudiera conservar, y salió de la cueva. Fue en busca de Jogajong y le encontró hablando con la enfermera.

—Sr. Macerdo —-asintió educadamente—. Me dicen que el Dr. Sugaiguntung se está recuperando muy bien y puede ser llevado al submarino como se ha previsto.

—Me acaba de decir que no quiere ir —dijo Donald. Al oír las palabras en su propia voz, le hicieron impacto por primera vez. ¿Haber hecho esto, haber sufrido esto, y todo para nada…?

Su mirada se encontró con la de Jogajong y, por un momento, supo que se encontraba en el mismo plano que el jefe rebelde: tenía, en ese fragmento de eternidad, una causa de la que había que alejar todo obstáculo.

—¿Qué quiere hacer, entonces?

—No le he preguntado.

—No puede quedarse aquí. El gobierno tiene buenos ordenadores. Pronto detectarán la pauta de idas y venidas centradas en esta isla y sacarán una conclusión. Tendremos que mudarnos a una base en otra isla donde la gente sea más favorable a la causa. Será un viaje largo y difícil a través de selvas y pantanos, y habrá muchas travesías peligrosas en barco... nada bueno para un hombre enfermo y envejecido.

—Tampoco puede volver —dijo Donald, añadiendo para sí: si pudiera, no le dejaría.

—En algunos momentos —dijo Jogajong tras pensar un momento—, es más fácil transportar a un hombre inconsciente.

—Me lo imagino.

—Probablemente será un resto del delirio de la fiebre, ¿no?

—Desde luego. —Se entendían perfectamente.

—Pero yo le di una dosis de la droga suficientemente fuerte para asegurar que... —•dijo la enfermera.

—¿No le puso ningún problema —interrumpió Jogajong— cuando le administró la medicina?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces, esta noche, poco antes de que deba usted ponerse en camino, Sr. Macerdo...

Donald, sin embargo, apenas escuchaba. Resuelto el problema, había vuelto a pensar en el Abuelo Loa.

VIENDO PRIMEROS PLANOS (29)

EN UN MOMENTO DE LOCURA TRANSITORIA

—¡Mary!

De pie junto a la ventana, contemplando con expresión amarga la ola de suburbios idénticos que avanzaba por encima del otro extremo del hermoso valle inglés, Mary What-mough oyó que la voz de su marido le llamaba, con tono excitado. Se tragó la mitad de la ginebra que tenía en el vaso —se sentía algo culpable por servirse demasiada bebida— y se

Librodot

volvió en el momento en que él entraba en la habitación, sosteniendo una carta como una bandera triunfal.

—¡Es del Consorcio de Beninia! ¡Escucha! «Estimado... etc.» ¿Dónde está? Sí, eso es lo
importante: «aunque no podemos apoyar la esperanza de una remuneración tan generosa
como la que aplicaríamos a un solicitante con conocimientos más especializados, creemos que una experiencia como la que usted describe en su carta sería valiosa para nuestros empleados en las fases preliminares del proyecto. Le rogamos que nos haga saber en qué momento podrá usted visitarnos en nuestra oficina de Londres y tratar el tema en persona».

Pronunciando con cuidado —el largo trago de ginebra le había afectado mucho más fuerte y rápidamente de lo que había esperado—, Mary contestó:

—Parece como si unos cuantos de esos negros hubieran comprendido por fin, ¿eh? —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—¿No es evidente? Nunca fueron capaces de dirigir sus propios asuntos, y ahora se han dado cuenta y han encargado a quienes pueden de ello.

Víctor dobló la carta. Luego, mirándola, empezó a plegarla en varios dobleces paralelos.

—Eh... —dijo, sin volver a subir la mirada— no creo que sea ésa la idea que hay detrás del proyecto, querida.

Destelló por su mente la visión breve del rostro de una muchacha bonita en una pantalla de teléfono. Al fondo, una forma humana negra

Las cosas han cambiado. No sirve de nada buscar una resurrección de mi mundo ni del de Mary. Pero obtuve mucho placer de Karen. Quizás existe una posibilidad...

—Puede no ser la idea —dijo Mary—, pero es el hecho ¿no?

—Es posible, desde luego asintió él, incómodo—. Pero no creo que sea precisamente... eh... político hablar en esos términos. Podría ofenderles,-¿verdad?

—Empiezas a hablar como mi padre —dijo Mary. Eso era siempre (lo había sido durante veinte años) el preludio de una discusión—. ¡Y mira

a dónde le condujo el hablar así! ¡A verse expulsado de sus propias tierras por un puñado de rebeldes desagradecidos!

—Bien, querida, nosotros no trabajaríamos directamente para los beninios, ya sabes... nos contrataría una empresa americana sujeta a un contrato con ellos.

—No tengo tiempo para los americanos. Te lo he dicho mil veces. ¡Fíate de ellos y te pondrán por encima algún nariz oscura mocoso, de la mitad de tu edad, que insistirá en que le llames «jefe» y en que te inclines cada vez que te dirija la palabra! ¿Qué haces?

Víctor había cogido la carta y la había roto con mucho cuidado en cuatro pedazos.

—No sirve de nada, ¿verdad? —dijo. Se dirigía al aire, no a su mujer—. Se emborrachará en una fiesta algún día y empezará a tratar de «nariz oscura» al primer ministro o a cualquier otro, y entonces ¿dónde me veré yo? De vuelta aquí, o en algún sitio peor, o..

Se dio la vuelta.

—¿A dónde vas?

—Ah, ciérrala, ¿quieres?

Ella se encogió de hombros. Víctor siempre tenía estos accesos de mal humor. Por ejemplo en la fiesta de los Harringham, la semana pasada, Meg Harringham no le había abofeteado de milagro. Pero se le pasaría, como siempre, y probablemente mañana a esta hora negaría haberlo dicho jamás. Y sólo había roto la carta en cuatro trozos, así que aún se podía leer; y era satisfactorio, al cabo de todos estos años, que esos estúpidos africanos se hubieran dado cuenta de dónde estaba su alimento...

Cuando oyó el disparo, al principio no podía creer que hubiera venido del interior de la casa. Incluso después de abrir la puerta del despacho de Víctor y ver los sesos esparcidos por la alfombra de piel de cebra siguió sin creerlo.

CONTINUIDAD (40)

DE LA MAYOR IMPORTANCIA

Había un problema: dónde acomodar al personal que supervisaría las etapas preliminares del proyecto de Beninia. Si no se quería construir un nuevo barrio de chabolas en Port Mey parecía inevitable un retraso, hasta que se le ocurrió a alguien preguntar a Shalmaneser y éste

Librodot

extrajo la solución de sus increíbles masas de datos: estaba en venta un portaaviones obsoleto.

TG superó una oferta que había hecho por él Nueva Zelanda, y en este momento aquello era tema de violentas discusiones en el Parlamento de aquel país. Sin embargo, si seguían queriéndolo, lo podrían tener en cuestión de un año, y de buena gana. Mientras tanto, ofrecía diversas ventajas, aparte de simbolizar el hecho de que el proyecto apenas penetraría al interior hasta seis meses después. Los trabajos oficiales afectaban al PMAM y a los servicios portuarios de Port Mey: extender el primero para suministrar tanto material como absorbieran los proyectos, y dragar el último para que pudiera admitir los transatlánticos mayores.

El respeto de Norman por Shalmaneser había crecido un punto más como resultado de tal sugerencia. Aprobaba todo lo que aceleraba el proyecto; era casi hambre lo que sentía mentalmente por verlo terminar con éxito.

Anduvo por la pista de aterrizaje del portaaviones, cubierta como de costumbre de helicópteros de pasajeros y de carga; saludó a Gedeón Horsfall, que bajaba de uno de ellos a toda prisa, y se apoyó en la borda que daba a tierra. En aquel momento no acababa de llover, pero si había algo que le disgustara era un aire saturado de humedad. Hacía que se le pegaran las ropas a la piel y que le picara el cuero cabelludo.

Rascándose la cabeza ausentemente, miró al África. Un barco costero pasaba frente a Port Mey, con las bombas de reacción pulsando cada dos segundos aproximadamente: pop... pop... pop... Alineadas en la cubierta, varias figuras negras gritaron y gesticularon ante el portaaviones. Norman les contestó agitando una mano.

Habían pasado varios minutos del momento previsto cuando el helicóptero de Accra bajó la pendiente del aire. Norman llegó ante la puerta en el mismo momento en que se posaba y sintió un ramalazo de impaciencia cuando el hombre a quien esperaba se volvió para despedirse de un par de los pasajeros que le habían acompañado.

Pero aquí estaba por fin, saltando a la cubierta y tendiendo la mano para estrechar la de Norman.

—Me alegro de verte aquí —dijo Norman—. ¡Has tardado bastante!

—No me culpes —dijo Chad Mulligan—. Culpa al personal de TG. Todo el mundo, desde Próspero Nivel hasta el último peón, parece tenerme por un obrador de milagros. Aunque, para ser sincero, en parte es culpa mía. Decidí que podía estudiar mejor las informaciones de base en Nueva York que aquí... se dice que los servicios bibliotecarios no son demasiado buenos en África —mirando alrededor de la pista, añadió—:

es estupendo ver que se dedica a algo práctico una de estas arcas antiguas. ¿Cómo se llama?

—¿Hum? Ah, primeramente se llamó el William Mitchell, pero nos dijeron que le cambiáramos el nombre enseguida, y... —rió Norman— a nadie se le ocurrió uno mejor que el Shalmaneser.

—Dos nombres masculinos, ¿eh? En principio no tengo nada en contra de la bisexualidad, pero si llega a conseguir el cambio de sexo de los portaaviones, que siempre hemos bautizado como femeninos, es que está extendiéndose más de lo que creía. —Chad se secó la frente, que había empezado a brillar de sudor en cuanto salió del aire acondicionado del helicóptero—. ¿Qué tal es el clima aquí?

—Ligeramente mejor que ahora. —Norman se volvió hacia el ascensor más cercano-—. ¿Quiénes eran esas personas con las que hablabas en el helicóptero, por cierto? La cara del hombre parecía familiar.

—Probablemente hayas visto alguna foto de ellos. Es una pareja joven de los Estados que has contratado. Van al norte para sacar del suelo una escuela nueva. Se llaman Frank y Sheena Frusler.

—Sí, les recuerdo. Su solicitud fue un caso bastante límite, sobre el que tuve que decidir yo en persona... algo sobre un embarazo ilegal. Pero por lo demás parecían interesantes, así que he corrido el riesgo. Siempre les podemos retirar más tarde si es necesario.

—Me he dado cuenta de lo del embarazo... a estas alturas es inevitable. Pero parecen muy unidos, y eso es buena señal. Por cierto, ¿qué tal va la contratación?

—No conseguimos antiguos administradores coloniales de la calidad que esperábamos. O quizá lo que ocurre es que sí los hay y yo soy demasiado exigente. —Norman hizo gesto a Chad de que entrara en el ascensor—. Recuerdo que el mismo día que traté el caso de los Frusler me llegó otro, sobre el que aún no me he podido decidir. Sigo empantanado.

—¿Cuál es el problema?

El ascensor se detuvo y salieron a las entrañas de la bestia. Norman se acarició la barbilla y estudió los carteles de dirección, luego empezaron a andar hacia el pasillo de la izquierda.

—Era una solicitud de París —dijo—. No sé si son prejuicios, pero... bien, son un individuo y su hermana cuyos padres fueron ambos pieds-noirs, y la herencia colonial en Argelia no es lo que se podría decir una buena referencia.

Librodot

—No les admitas aunque vengan de rodillas. Tampoco tomes portugueses, belgas ni otras falsas monedas. Dios, fíjate cómo generalizo. ¿A dónde me llevas?

—Ya hemos llegado. —Norman abrió una puerta de acero y entró el primero en una habitación grande, bien amueblada y con aire acondicionado; el antiguo comedor de oficiales—. Pensé que probablemente te apetecería un trago después de un viaje tan largo.

—No, gracias —dijo secamente Chad.

—¿Cómo?

—Oh, bien, una cerveza fría. Nada más fuerte. Te debo muchas cosas, ¿sabes?, incluyendo el que me hayas exprimido el alcohol. —Chad se dejó caer en la silla libre más próxima—. No era posible seguir bebiendo y estudiar el asunto de Beninia al mismo tiempo.

—Vaya, eso es una buena noticia —dijo Norman. Dudó—. Eh... Todavía no habrás llegado a ninguna conclusión, ¿verdad?

—¿Conclusión? Querrás decir hipótesis, supongo. He llegado hace cinco minutos y hasta el momento ni siquiera he puesto el pie en suelo africano. Pero... bien, volviendo al tema de la contratación: ¿me has conseguido la gente que necesito?

—Pediste un huevo de ellos —gruñó Norman—. ¿Qué fue lo que dijiste? «Psicólogos, antropólogos, sociólogos y sintetistas que no estuvieran encorsetados desesperadamente por adhesión a un ismo»... ¿es eso exacto?

—«Adhesión pastosa», para ser precisos. Pero ¿les conseguiste?

—Aún me faltan los sintetistas suspiró Norman—. Es una especialidad que no atrae a tanta gente como debería... parece que piensan que Shalmaneser está automatizando también ese trabajo. Pero he enviado una solicitud al Estado y Rafael Corning contesta que va a ver lo que encuentra. En cuanto a los demás... bien, he reducido la lista a una docena de candidatos para que les entrevistes, todos bien recomendados por sus empleadores actuales.

—Suena desmoralizador —frunció el ceño Chad—. Prefiero gente que haya sacado de sus casillas muchas veces a sus jefes... Pero eso es un prejuicio. Gracias, suena muy bien. Por cierto, me parece que sí voy a tomar esa cerveza.

—Va de camino.

—Estupendo. ¿Cómo está todo lo demás por aquí? ¿Qué tal Elias?

—Vino esta mañana con Kitty Gbe, la ministro de Educación, para hablar del programa de selección que estamos preparando para elegir la primera ola de estudiantes-maestros. Creo que esta tarde va a esta en palacio.

—Y el presidente... ¿cómo va?

—No muy bien —dijo Norman—, Hemos llegado demasiado tarde. Es un hombre enfermo, Chad. Recuérdalo cuando hables con él. Pero bajo el... el velo de la senilidad hay una personalidad infrecuente.

—¿Quién va a sucederle?

—Un gobierno de transición bajo el mando de Ram Ibusa, supongo. De hecho, Zad firmó ayer los papeles de regencia con el fin de que los utilicen si llega a estar demasiado enfermo para seguir.

—No creo que importe mucho —se encogió de hombros Chad—. Ahora está dirigiendo el país Shalmaneser, ¿no? Y, conociéndole personalmente, creo que hará un buen trabajo.

—Espero que tengas razón —murmuró Norman.

Llegó una muchacha con la cerveza de Chad v la dejó sobre la mesa, entre ambos. Chad la siguió apreciativamente con la vista mientras se iba.

—¿Personal local?

—¿Qué? Ah, la camarera. Sí, supongo.

—Guapa. Si aquí tienen tías de ese calibre es posible que disfrute de la estancia, aunque no encuentre lo que busco. Pero me había olvidado... tienes una fijación por las rubias, ¿no?

—Ya no tengo ninguna fijación —dijo Norman sin inmutarse—. Las fijaciones y Beninia son incompatibles.

—Ya me había dado cuenta —dijo Chad—. Me alegro que tú también, al fin. —Se tragó de un sorbo la mitad de la cerveza y dejó el vaso a un lado con un suspiro de satisfacción.

—Hablando de lo que buscas —dijo Norman, un poco demasiado deseoso de cambiar de tema—, supongo, por las necesidades que me dijiste, que tú...

—Que no tengo ni la más leve idea de lo que estoy buscando —interrumpió Chad—. Será mejor que estés preparado para que mañana

Librodot

te pida algo completamente distinto. De hecho, mientras venía me di cuenta de que debí pedirte también unos cuantos bioquímicos y especialistas en genética...

—¿Lo dices en serio?

—Aún no. Dame una o dos semanas y muy bien podría ser que lo haga. Y sacerdotes e imanes y rabinos y decidoras de fortuna y clarividentes y... Norman, ¿cómo carajo voy a
saberlo? ¡Simplemente, lo que he solicitado parece una base razonable de partida!

—Pide lo que quieras —dijo Norman, al cabo de una pausa—. Sospecho que no hay nada más importante, ni siquiera el propio proyecto de Beninia.

—Ya estamos. Otra vez alimentándome el ego —dijo Chad—. Dios, ¿es que aún no soy lo suficientemente orgulloso?

VIENDO PRIMEROS PLANOS (30)

DÉFENSE D'ENTRER

Al principio, mientras se acercaba por la calle, Jeannine pensó que no había nadie en la casa, pero pronto vio un destello de luz tras las cortinas pesadas y anticuadas que cubrían la ventana del salón y oyó el sonido suave del piano. Era una de las piezas favoritas de su hermano, La jeune fille aux cheveux de lin.

Curiosamente, la puerta de entrada no estaba cerrada con llave. Entró. Al brillo lejano de las farolas, vio que el recibidor estaba desordenado: los pedazos de un gran jarrón crujían bajo los pies y una alfombra marroquí había sido apartada contra una pared, al parecer a patadas, quedando embrollada. El aire era denso y dulce, llevando un aroma de quif.

Terminó la música. Abrió la puerta del salón y vio a su hermano en silueta contra la luz de una lámpara de altura regulable. Un cigarrillo de quif humeaba en un plato de hierro y junto a él, sobre la tapa del piano, se veían una botella medio vacía de coñac y un vaso.

Cuando él pronunció su nombre con voz neutral, entró y cerró la puerta.

—¿Dónde está Rosalie? —preguntó, dirigiéndose a uno de los bancos bajos cubiertos de almohadones.

—Se ha ido. Tuvimos una disputa. —Empezó a mover levemente las manos en ambos sentidos a lo largo del teclado, como si tuvieran voluntad propia, produciendo frases de melodías largas y quejumbrosas que, de algún modo, sugerían las canciones árabes que ningún piano podía imitar.

Jeannine escuchó durante un rato.

—Has tenido noticias de la compañía americana —dijo al fin.

—Sí. ¿Y tú?

—Sí. Te aceptaron, supongo, y eso provocó la disputa.

—Al contrario. —Se puso repentinamente en pie, cerró el piano, vació el vaso y lo llevó junto con la botella a una mesa baja, frente a su hermana. Sentándose al lado de ésta, se sirvió otro trago y le preguntó con una mirada si quería ella también. Recibió un asentimiento e hizo gesto de levantarse para ir a buscar un vaso. Ella le detuvo tocándole un brazo.

—Podemos compartirlo. No te molestes en ir a por otro.
—Como quieras. —Aplastó la colilla y abrió la caja para ofrecerle un cigarrillo.

—Has dicho al contrario. ¿No te aceptaron?

—No. Por eso perdí el control con Rosalie. ¿Y a ti?

—También me han rechazado.

Durante largo rato no hubo más que silencio.

—Me parece que no me importa demasiado —dijo al fin Pierre—. Y debería. Recuerdo que me interesaba muchísimo que me aceptaran para volver a África. Y aquí estoy, sin haber conseguido el puesto y encima habiendo perdido a mi mujer... sin embargo no me siento afectado.

—¿No hay posibilidad de que os reconciliéis?

—Me repugna la idea. ¿Merece la pena un matrimonio reconstruido de los pedazos? Sólo los objetos más preciosos justifican ese tratamiento.

—Estoy en el mismo caso —dijo Jeannine al cabo de un momento—. Raúl no se daba cuenta de lo mucho que significaba para mí la idea. Discutimos, y por última vez. No merece la pena.

Librodot

—Los extraños no comprenden. No pueden comprender. —Pierre vació el vaso de coñac y lo volvió a llenar. Su hermana bebió de él un sorbo en cuanto lo dejó.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó él.

—No he decidido nada. Ya que me he determinado a volver a África, supongo que buscaré una alternativa. Incluso ahora no hay aún esperanzas de volver a casa; pero algunos otros países toleran a los europeos, y quizá serían mejores que una nacioncilla pantanosa en el cinturón de lluvias ecuatorial.

—Egipto contrata a muchos europeos —asintió Pierre—. Sobre todo alemanes y suizos,
pero también belgas.

—Hay algo más que me contó Raúl: cuánto se está preocupando el gobierno de la Europa Comunitaria por la presencia de los americanos en Beninia, cómo pueden intentar contrarrestarla ayudando a Dahomalia y a la SO.N.A.D.O.

—Para eso harían falta también consejeros. Y sin embargo... —tragó saliva— supuso tanto esfuerzo el tragarse el orgullo y presentar una solicitud para ir a servir a les noirs... Que a uno le digan después de humillarse que no ha servido para nada... es insoportable.

—Mon pauvre. Sé cómo te sientes. —-Volvió a coger el vaso. Mientras bebía, su mirada se cruzó con la de Pierre por encima del borde.

—Sí, lo sabes ¿verdad? —dijo él—. Si no hubiera en todo el mundo una sola persona que se hiciera cargo, creo que me volvería loco.

—Y yo. —Con lo que pareció un gran esfuerzo de voluntad, separó su mirada de la de él y dejó el vaso sobre la mesa.. Sin volverle a mirar, dijo—: Creo, ¿sabes?, que ahí está el motivo de mi vida caótica y desordenada. De un hombre a otro, considerando un triunfo una unión que durara un año... Buscando a alguien como tú, amor mío. Y sin encontrarlo jamás.

—Pero al menos has tenido la fortaleza de seguir buscando —dijo Pierre—. Yo lo dejé. Sólo cuando me vi obligado, la primera vez y ahora la segunda, admití la decepción. El aire parecía pesado, no sólo por el humo del quif sino también por algo que debía ser pronunciado y no podía. Se levantó con un esfuerzo, como si la atmósfera tirara de él físicamente.

—Oigamos música. Siento la casa vacía.

—Tan vacía como mi alma —dijo Jeannine, volviéndose a llenar los pulmones de quif.

—¿Qué te parece que oigamos? ¿Música triunfal? ¿Una marcha funeraria?

—¿Vas a tocar tú o a poner un disco?

—Un disco. No me apetece otra cosa. —Buscó entre los de un estante y puso uno en el aparato—. Un poco de Berlioz para animarse, ¿eh? —murmuró al mismo tiempo que apagaba la lámpara ajustable—. La imagen dé éste encaja muy bien con la música. No creo que lo hayas visto.

La pequeña pantalla del aparato reproductor se encendió en pautas de blanco y dorado; a su luz encontró el camino de vuelta junto a su hermana. Rígidos, lo vieron durante un rato. El volumen era ensordecedor; la preferencia del maestro por las grandes orquestas había encontrado su apoteosis en la amplificación moderna.

—Debería comprar un aparato nuevo —dijo Pierre—. Con éste se pierde la tercera dimensión a menos que uno se siente directamente frente a la pantalla.

—Ven, acércate un poco. Pero no estás cómodo. Hay que tener huesos africanos para sentarse en estas malditas casas. ¿Quieres cambiarte a un sillón?

—No, no se pueden poner dos sillones en la zona estrecha delante de la pantalla en la que se ve bien... Discutimos a veces también sobre eso, Rosalie y yo.

—¿Ves bien ahí? Déjame que me apoye en ti. No, con tu brazo alrededor. Bien, así estoy cómoda.

Pasó algo de tiempo. Llevaba el cabello perfumado. Se sentía suave bajo la mejilla. Las imágenes y colores adaptados a la música eran de gran calidad, haciéndole impresión incluso a través del estado de ánimo apático y deprimido, y se fue sosegando. Sentía, aunque no reaccionó, los dedos delgados y firmes de ella que jugaban con su mano y, al moverse ligeramente, se limitó a ajustar su propia postura para corresponder con el menor esfuerzo posible. Fue algo muy natural que cuando ella, con las yemas de los dedos, empezara a acariciarle el dorso de la mano y la muñeca, él la imitara y, poco después, descubriera que le estaba tocando la piel desnuda del pecho.

La pantalla del aparato reproductor se tornó blanca y azul celeste. Contempló a su

Librodot

hermana a la luz repentina. Vio que le centelleaban en las mejillas dos lágrimas: ríos pequeños y flameantes que fluían desde dos lagos negros.

Apenas oyó lo que le decía sobre la música estruendosa, pero los labios formaban las palabras con suficiente claridad.

—Nunca habrá nadie más para ninguno de nosotros, ¿verdad, Pierre?

El no pudo contestar.

—Es la verdad —dijo ella, en voz un poco más alta y con tono muv cansado—. ¡Dejamos de fingir? Estoy asqueada de todos, Pierre, excepto de ti. Hermano o no, has sido mi único amigo durante toda la vida y ya no soy joven. Los parisinos no quieren saber nada de nosotros, los franceses nos ignoran, el resto de Europa es un caos como el vómito de un perro demasiado hambriento y ahora resulta que los sales noirs no se interesan tampoco por nosotros. Dime, ¿a qué otro lugar podemos ir?

Pierre sacudió la cabeza y alzó una mano en gesto de falta total de esperanza.

—Ainsi je les emmerde tous —dijo Jeannine. Hasta el momento sólo se había aflojado la blusa, abriéndola para mostrar el pecho que le hizo acariciar. Era un pecho muy hermoso, de una plenitud que traspasaba el límite de la voluptuosidad. Ahora se abrió completamente la cremallera del vestido y lo echó a un lado. El no hizo ningún movimiento para impedírselo, pero tampoco para cooperar.

—A veces me he preguntado —dijo ella, tras mirarle unos momentos a un paso de distancia— si perdiste a tus mujeres por ser menos hombre de lo que pensaba. ¿Es así, Pierre?

De repente, su rostro se ensombreció de ira.

—¡Ni se te ocurra! —saltó.

—Tampoco cabe duda de que soy una mujer atractiva. Hoy comprendí, al recibir esa carta, lo que deseo realmente. Y lo que deseas tú también. Un mundo muerto. Pero debe de quedar algo de él. Pensé: ¡nos entendemos mutuamente! Podemos, debemos, buscar lo que queremos, en compañía, como corresponde. Hay cosas que habría que arreglar, pero yo lo puedo hacer. Hay lugares donde valoran a las personas más que a un pedazo de papel que diga lo que era cuando nació... —-dudó.

«Podríamos tener hijos juntos, Pierre.

—¿Estás loca? —Las palabras fueron susurradas entre labios pálidos.

—Piensa un momento —dijo ella, sin descomponerse, y se reclinó en los almohadones para seguir viendo la grabación. Se tapó los pechos con las manos haciendo una parodia de modestia que sabía que era capaz de inflamar a la mayoría de los hombres.

Cuando sintió el primer toque de su mano, alzó hambrientamente la boca para ser besada.

CONTEXTO (27)

INFORMES DE LOS EQUIPOS DE ESTUDIO

«Lingüísticamente, el shinka, que en su forma pura tradicional se encuentra sólo en hombres y mujeres muy ancianos cuando recitan canciones, refranes y cuentos populares que aprendieron de niños, es un miembro típico de la subfamilia que domina la zona. Aparte de las anomalías citadas al principio se han observado otras especialmente significativas como la afinidad de origen entre las palabras que significan «guerrero» y «tonto» y "herida" y «enfermedad»

»Sin embargo, el shinka "puro" ha quedado casi completamente desplazado. En todos los centros urbanos se aprecia una contaminación intensa de palabras inglesas, aunque no existe un vocabulario autosuficiente para constituir un lenguaje mixto. El dialecto holaini es un lenguaje mixto porque interpreta un vocabulario de origen principalmente local con una gramática de origen exterior y viceversa... coexistiendo ambos casos a menudo en el mismo orador, y cambiando según el grado de comunicación que tenga con su interlocutor. En la totalidad de la zona norte del país, donde la influencia holaini es más extensa, la mayoría de las personas, independientemente de su procedencia, entienden las palabras holaini y pueden comprender frases sencillas en este idioma, pero la lengua que se usa predominantemente en la zona debe clasificarse como shinka con variaciones.

«Por otra parte existen los enclaves mofeo y kpala, cada uno de los cuales retiene el idioma materno (ahora muy contaminado por el shinka) pero son de hecho bilingües o, en el caso de niños educados en escuelas, en cuyas clases tienen que hablar inglés, trilingües.

»E1 inglés es el idioma gubernamental, utilizado también para el comercio exterior y, con bastante frecuencia, en los servicios de inteligencia. Los noticiarios televisados se hacen en los cinco idiomas, incluyendo el inglés, pero los programas de variedades se producen localmente en shinka o se compran ya hechos al exterior, en inglés.

«Entre los idiomas de los que aún se pueden detectar rastros se cuentan el árabe, el español, el swahili y, por las zonas periféricas del

país, los diversos dialectos de las naciones adyacentes, que ocasionalmente proveen palabras para denominar objetos de intercambio comercial mutuo.

»Se empezará un análisis sistemático del vocabulario registrado en cuanto...»

«Físicamente los habitantes ion de raza negra con mezcla bastante intensa de beréberes en el norte y una minoría importante cerca de Port Mey con restos de rasgos ingleses o hindúes. La estatura promedio de ambos sexos es inferior a la de países adyacentes (en un centímetro y medio para los hombres y tres centímetros para las mujeres, aproximadamente), y lo mismo ocurre con el peso sin ropa. Esto se puede explicar por: a) deficiencias alimenticias, y b) efecto debilitador de enfermedades endémicas. La malaria y la tripanosomiasis son bien conocidas de los habitantes y han sido educados eficazmente en medidas de salud pública contra ellas, pero abunda una variedad insidiosa y aparentemente resistente a los antibióticos de la «fiebre de los pantanos», provocando ocasionalmente mortalidad infantil, aunque parece no ser mortal en los adultos. La tuberculosis, la gonorrea y algunas otras enfermedades se ven contenidas por el servicio de vacunación, bien recibido entre el pueblo, pero...»

«El coeficiente intelectual promedio de los alumnos de primaria y bachillerato investigados por nuestro equipo está aproximadamente dos puntos y medio por debajo del promedio que se encuentra en los territorios adyacentes; pero en este momento no es seguro si esto resulta o no significativo estadísticamente, ya que la evaluación de las pruebas se vio dificultada por ruidos de fondo en la información. Suponiendo que la diferencia sea real, se debe probablemente a deficiencias alimenticias durante muchas generaciones, a la dieta fundamental de harina de trigo, sagú y otras féculas, con el único complemento de una cantidad mínima de sustancias ricas en proteínas y legumbres frescas. Una campaña de educación pública por parte del gobierno, que tuvo éxito, sobre el uso de la fruta cítrica, ha erradicado sin embargo el escorbuto, y actualmente hay suministros de alimentos procedentes del mar.

»Por otra parte, se encontraron algunos niños extraordinariamente inteligentes, de los cuales uno presentó un coeficiente aproximado de 176 en las pruebas. Estas continúan para intentar determinar si están surgiendo más variedades genéticas excepcionales...»

«Se han encontrado buen número de rituales contradictorios asociados con los acontecimientos considerados normalmente fundamentales: el nacimiento, la pubertad, el matrimonio, el parto y crianza de los niños, la enfermedad y la muerte. Algunos son de origen local, mientras que otros se pueden atribuir a influencias cristianas o musulmanas. Se adjunta una tabla que muestra las características más significativas de

Librodot

tales ceremonias por áreas de mayor frecuencia. Importante: la actitud de la gente con respecto a estos acontecimientos es esencialmente celebratoria, en vez de mágica o propiciatoria, pero no se puede establecer si éste es un factor de origen local o bien se debe a una desritualización progresiva por los europeos de los festivales religiosos, durante el período colonial...»

«La estructura de la familia es típicamente patriarcal entre los holaini y tiende al matriarcado entre los shinka del sur, especialmente en las ciudades en que se da un movimiento máximo de los trabajadores varones. Sin embargo, ambos sexos disfrutan de igualdad de derechos ante la ley y la tradición indica que las mujeres de personalidad acentuada eran aceptadas a veces en los consejos de varones antes de la llegada de los europeos. La compleja organización familiar de los shinka primitivos da origen a una estructura simplificada relacionada probablemente con la inglesa y fuertemente influenciada por las predicaciones de los misionarios. Sin embargo, aún no se ha determinado...»

«Los ideales de la comunidad se examinaron tanto en shinka como en inglés, siendo los resultados muy diferentes. En inglés puntuaron muy alto objetivos tales como "riqueza" o "ser presidente"; en shinka, puntuaron más cualidades tales como (traduciendo libremente) el "respeto público" y la "conducta agradable". Aún no se ha establecido si esto se debe a un conflicto real o es el resultado de una disponibilidad superior de los términos...»

«Como suele ocurrir en las sociedades primitivas, hay una confianza muy notable, en la conversación social, en los proverbios y refranes populares. Sin embargo, el contenido parece bastante mostrar una idiosincrasia muy definida.

»La admiración generalizada por Begi queda bien definida en la frase: "podrías recibir a Begi en tu casa", que es una alabanza habitual para alguien cuya familia dice bien de él.

»Un estudio en profundidad de las diferencias entre las costumbres shinka y holaini, así como de sus influencias inoko y kpala, debe esperar...»

«De Chad Mulligan a todos los grupos de estudio: »¡Aún no sabéis! ¡Aún no habéis terminado! ¡Aún no estáis del todo seguros!

»¿Qué os parece si me conseguís algo con lo que pueda trabajar.., pronto?»

CONTINUIDAD (41)

COSIDO CON AGUJA E HILO

Una hora después del amanecer, Jogajong le estrechó la mano a Donald y le dejó al cuidado de uno de sus tenientes. Escoltado por cuatro guerrilleros armados y acompañado de otros cuatro que llevaban a Sugaiguntung envuelto en una especie de capullo de tiras de plástico, se puso en marcha por un camino distinto a aquél por el que le habían traído. A la espalda, como un macuto, llevaba los trajes de flotación antiradar, perfectamente enrollados, en los que él y su compañero tendrían que pasar quizás horas de espera solitaria en la oscuridad hasta que el submarino tuviera el horizonte despejado.

La senda era difícil y las gafas de luz negra que le habían dado ineficaces. Aquí, cruzando una de las pendientes que radiaban del pie del Abuelo Loa, el suelo era demasiado cálido para que la vegetación y los cuerpos humanos que le rodeaban se vieran más que como manchas. Acostumbrados a caminar silenciosamente por la jungla, a oscuras, los yatakangis que le acompañaban parecían transpirar desprecio cuando tropezaba con una rama que colgara o estaba a punto de resbalar en algún charco de barro.

Sin embargo, de algún modo se hizo el camino y llegaron al final de la primera etapa: la
fuente de un riachuelo. De la orilla sobresalía una burda plataforma de madera a la que estaba atado un praheng destartalado movido por una pértiga de popa. El barquero esperaba, inmóvil, sentado con las piernas cruzadas sobre el embarcadero, fumando un cigárrulo que ocultaba muy cuidadosamente entre las palmas y que, sin embargo, brillaba como una luciérnaga cuando se le separaban los dedos.

Tendieron a Sugaiguntung con cuidado en la proa del barco y le cubrieron de sacos viejos. Donald subió a continuación a bordo y se sentó en un banco que había en el centro. Tras él montaron dos de los guerrilleros, con los revólveres de descarga siempre dispuestos. No podía evitar preguntarse hasta qué punto le dedicaban su atención a él en vez de a la tarea ostensible de vigilar ante la posibilidad de que hubiera alguien espiando en la orilla. Sin decir una palabra, excepto la contraseña con la que se identificó el grupo, derivaron hasta el centro del riachuelo y el barquero empezó a mover la pértiga con un sonido rítmico como el de un grillo.

El río era como un túnel de suelo acuoso. Los árboles de ambas orillas se unían por encima, colgando de las copas tramos de lianas y líquenes. De vez en cuando gritaba algún ave nocturna y, en una ocasión, unos cuantos monos corrieron asustados, probablemente por una serpiente, y Donald se puso rígido al oír el alboroto repentino.

En la desembocadura de este río a otro mayor, pasaron ante un pueblo en el que no se veía ni una luz. Sin embargo, por si acaso hubiera

alguien despierto, le dijeron a Donald que se tendiera sobre las planchas del fondo. Cuando pudo sentarse de nuevo estaban en mitad del río principal, avanzando a buena velocidad gracias a la corriente, y el barquero había subido la pértiga a la barca, utilizando ahora un pala pequeña que servía de timón.

Esto es el siglo veintiuno. El pensamiento pasó por la cabeza de Donald sin motivo especial. Esto es Yatakang, uno de los países mejor dotados de recursos naturales y, desde luego, no atrasado científicamente: testigo, Sugaiguntung. Y aquí estoy, viajando de noche en un bote de remos.

Las poblaciones empezaron a hacerse más frecuentes en ambas orillas. Esta era una de las fases más peligrosas del viaje. Donald dejó de nuevo el banco y se arrodilló en las planchas del fondo, con los ojos muy poco por encima de la borda. Había una lancha blanca de la policía atada a un poste frente a un pueblo mayor que el primero, pero no parecía haber nadie a bordo. Pasaron ante ella sin incidentes y, cuando hubo quedado muy atrás, el barquero volvió a utilizar la pértiga. El avance, sin ella, se había frenado. Pensando en ello, Donald dedujo que se acercaban al estuario y se movían contra la marea ascendente.

En la misma desembocadura del río había una larga serie de edificaciones: un puerto pequeño dedicado principalmente a la pesca, a juzgar por las redes tendidas sobre postes
que revelaban algunas luces eléctricas débiles a lo largo de la costa. Sin embargo, una vez más, no había nadie a la vista; los barcos debían de estar en alta mar para su pesca nocturna y no tendría sentido sentarse a esperar su vuelta antes del amanecer. Donald empezó a respirar con algo más de tranquilidad.

A poca distancia de la costa, el barquero hizo girar la barca hasta ponerla transversal a la dirección en que habían viajado, y uno de los guerrilleros tomó una linterna del fondo del bote. La colgó sobre la borda después de encenderla. Brillaba con tono azul pálido. Donald supuso que radiaba principalmente en la gama de los ultravioletas.

Pasaron diez minutos de una espera interminable. Luego apareció un barco mayor, un prao de pesca, entre las nieblas nocturnas que flotaban sobre la superficie del agua, mostrando otra lámpara del mismo color azulado además de las luces normales de navegación. El barquero se puso delante de Donald, colgando unas defensas de la borda. Pronto se unieron con un golpe ambos barcos, casi sin ruido gracias a los grandes colchones blandos que los separaban.

Donald ayudó torpemente a los dos guerrilleros a atar a Sugaiguntung con el lazo que tiraron los marinos del prau pesquero. Le guiaron mientras le izaban y se desvanecía sobre la borda; luego fue Donald, recibido arriba por'varia.» manos.

El patrón del prao le saludó y le dijo que vistiera de inmediato a Sugaiguntung con el traje de flotación, porque pensaban confiar en la neblina para dejarles más cerca de la costa de lo que habían previsto. Donald no puso en duda lo prudente de tal decisión. Todo le había abandonado excepto cierta desesperación triste ante la idea de volver a casa. El Donald Macerdo que había vivido en el país más rico del mundo se había perdido para siempre y él no sabía cómo respondería el extraño que llevaba su antiguo nombre a la reanudación de su vida anterior.

Lo hizo apáticamente, metiendo uno a uno los miembros flojos de Sugaiguntung en el blando traje de plástico y oprimiendo las válvulas de las botellas de aire comprimido. El científico seguiría inconsciente aproximadamente una hora más.

Comprobó extensamente el equipo de supervivencia que iba unido al traje: cápsulas de colorante para teñir el agua, balizas de radio y sonar sólo para emergencias extremas, cuerda salvavidas, raciones mínimas, cuchillo... Tras pensarlo un poco, sacó el cuchillo de Sugaiguntung de la funda y se lo dio al patrón. Dijo, en el campamento de Jogajong, que había cambiado de opinión. Para más seguridad sería mejor que no estuviera armado... y no era que un anciano debilitado por una enfermedad reciente pudiera ofrecer ninguna resistencia a un asesino eptificado.

Se puso del mismo modo su propio traje y el patrón ordenó a uno de los tripulantes que les atara juntos con las cuerdas salvavidas. No se podía correr el riesgo de que se separaran, derivando, al flotar en el agua.

Le explicó a Donald que les iban a dejar en una corriente que les llevaría directamente sobre la parte más profunda del canal, donde se escondía el submarino. Preparadas a unos kilómetros de distancia, había unidades navales de las bases de Isola que, de ser necesario, montarían un ataque de distracción sobre un puerto utilizado, según se sabía, por barcos chinos para cargar combustible y reaprovisionarse —una violación muy dura de la neutralidad de Yatakang, pero que quedaría compensada por la deserción de Sugaiguntung, desde luego—. Sin embargo, se esperaba que no fuera necesaria ninguna intervención.

Y luego, por sobre la borda, en una especie de silla de cuerda improvisada, les depositaron en el agua casi sin ruido, juntos espía y desertor.

Los marinos les saludaron con las manos, apenas distinguibles entre la oscuridad y la móvil neblina, y el prau se desvaneció en la nada. Estaban solos en un universo de ondas imprecisas.

Debemos llevar aquí una hora... no: según el reloj, treinta y cinco minutos.

Aprensivamente, Donald forzó la vista y vio exactamente lo que había esperado: nada.

El movimiento de subida y bajada de las olas era enloquecedor, amenazando hacerle sentir náuseas; no había comido bien durante la estancia en el campamento de Jogajong, aunque el jefe rebelde se enorgullecía de proveer una dieta equilibrada y de mantener sanos a sus seguidores. La comida fue monótona y poco tentadora. Ahora deseaba haberse alimentado bien antes del viaje con algo suave como arroz hervido sin más, pues en su vientre empezaban a oponerse al malestar vago los pinchazos de hambre.

¿Pueden realmente encontrarnos aquí, ponerse a nuestro lado y tomarnos a bordo sin peligro?

No servía de nada recordar que así era como habían sacado y vuelto a meter a Jogajong en el país, ni que el valor de Sugaiguntung obligaba a las autoridades americanas a utilizar la ruta más segura de entre las posibles. El resto del Universo parecía indefinidamente lejano, como si no pudiera haber ningún contacto ni relación entre este lugar y ningún otro. La recesión de las galaxias había llegado al límite; separados entre sí por un abismo que ninguna luz podía atravesar, también ellos dos empezaban a desintegrarse.

¿Habrá merecido todo la pena? ¿Habré salvado al pueblo de Yatakang del engaño de una mentira monstruosa, como me aseguró Sugaiguntung?

Pero aquello había sido en Gongilung. En el campamento de Jogajong, el científico había hablado de volver, negándose al fin y al cabo a cooperar.

¿Por qué no le pregunté sus motivos?

Intentó ocultarse la respuesta, sin conseguirlo.

Porque tenía miedo. Si es que me aproveché injustamente de la superstición y exploté el pago que por tradición me debía contra su voluntad, prefiero no saberlo. Quiero creer, tanto tiempo como pueda, que vino voluntariamente.

Se oyó un gemido. La sangre pareció congelársele en las venas. Durante un instante, su imaginación enfebrecida interpretó el débil sonido como el ulular de la sirena de una lancha patrullera de la policía, muy alejada entre la niebla. Pasaron momentos eternos hasta que corrigió tal idea y

se dio cuenta de que había sido una palabra yatakangi en la voz de Sugaiguntung.

Se habían separado hasta el límite de la cuerda salvavidas que unía ambos trajes de flotación. Se apresuró a tirar de la cuerda para volverse a juntar al científico. Debía de ser una impresión espantosa despertarse aquí; tenía que tranquilizarle antes que Sugaiguntung pudiera pensar que se estaba volviendo loco.

—Doctor, todo va bien... ¡soy yo, Donald Macerdo!

Cogió a Sugaiguntung de un brazo y le miró de cerca bajo la capucha protectora. El anciano tenía los ojos abiertos hasta el límite y miraba directamente al frente, aterrorizado. Al cabo de un momento pareció relajarse.

—¿Dónde estoy? —preguntó con voz débil.

—Estamos esperando un submarino americano que va a venir a recogernos —le explicó
Donald suavemente.

—¿Cómo? —Sugaiguntung se puso repentinamente rígido, y su espasmo le hizo subir y bajar violentamente sobre la superficie, hasta el punto de que Donald estuvo a punto de verse separado de él—. ¿Me ha... me ha raptado?

—Dijo que quería venir —repuso Donald—. Estaba enfermo por las fiebres, no era usted mismo, era mejor no esforzarle demasiado haciéndole andar por la selva y...

—¡Me ha raptado! —repitió Sugaiguntung—. ¡Dije, le dije que había cambiado de opinión sobre lo de venir con usted!

—No podía volver a Gongilung. Una vez comprometido, no podía echarse atrás. Y desde aquí no puede retroceder. Sólo avanzar.

No se puede retroceder desde ningún sitio. ¡Nunca, nunca, nunca se puede retroceder! Durante un momento Sugaiguntung pareció debilitado por su acceso de ira. Se liberó de un tirón de las manos de Donald. Donald se lo permitió, cauteloso, sujetando a cambio fuertemente la cuerda para que siguieran unidos a menos de un metro, y contempló cómo el científico volvía la mirada a uno y otro lado hasta asegurarse de que estaban solos.

Habló por fin de nuevo, con voz que el cansancio hacía aflautada.

—¿Qué es esto tan rígido y duro que llevo, que no me deja moverme bien?

—Es un traje hinchable para flotar. Por eso es rígido. Es.., no lo sé. Supongo que es uno de los trajes de supervivencia normales que utilizan las tripulaciones de submarinos y aviones. Jogajong tenía unos cuantos preparados en el campamento.

—Ah, sí, he oído hablar de ellos —se oyeron ruidos débiles de salpicadura mientras Sugaiguntung inspeccionaba el equipo unido al traje—. Sí, ya veo, ya entiendo. ¿Hay localizadores de radar y de sonar para asegurarnos de que nos encuentre el submarino?

—Sólo se deben usar en caso de emergencia, cuando los que nos buscan no sepan dónde
hacerlo. No se preocupe... está perfectamente definido el lugar en que deben venir a recogernos —Donald hablaba más animosamente de lo que sentía.

—¿No están funcionando? —el tono era de alarma.

—El riesgo es demasiado grande. Estas aguas están cubiertas de patrullas yatakangis y ha habido también una actividad china muy intensa, según me han dicho.

—Ya veo —dijo de nuevo Sugaiguntung y, tras otro examen cuidadoso del traje, volvió a callar.

Para Donald era lo mejor. Una vez más forzó la vista hacia la niebla.

Dios, ¿es que no van a aparecer nunca? ¿Cuánto tiempo debo darles... una hora, dos, tres?

—Me ha raptado —dijo de repente Sugaiguntung—. No estoy aquí por mi propia voluntad. No cooperaré con su gobierno extranjero.

A Donald se le vino el alma a los pies.

—¡Me dijo usted que le habían engañado sus dirigentes! —dijo, rabiosamente—. ¡Que estaban estafando a su pueblo! ¡Que Solukarta había fingido que usted podía convertirles en superhombres y eso era una mentira repugnante!

—Pero puedo —dijo Sugaiguntung.

Aquellas palabras parecieron colgar pesos enormes de todos los miembros del cuerpo de
Donald.

—Está loco —dijo—. La fiebre... debe de ser la fiebre.

—No, fue después de la fiebre —'Sugaiguntung hablaba sin emoción—-. Fue mientras estuve solo en la cueva. Tuve tiempo para pensar de un modo que no me había sido posible en muchos años. Siempre había habido efectos secundarios sorprendentes que no pude investigar, sino sólo encargar de ello a alguno de mis alumnos, y no todos llevaban las investigaciones bien. Hace cuatro años, o quizá cinco, yo...

—¿Qué?

—Pensé en algo que me pareció prometedor. Un modo de ajustar las relaciones moleculares comprimiendo en el tiempo una señal... programando un ordenador para que llevara a cabo las alteraciones tan deprisa que los efectos de cada una no interfirieran con los de las demás.

—¿Es así como cree que puede tener éxito al fin y al cabo?

—No. Así es como lo tuve a medias con los orangutanes. Pero ni siquiera su famoso Shalmaneser, ni siquiera el Kung-Fu-Tsio que tienen en Pequín puede reaccionar lo suficientemente deprisa para eliminar todos los efectos secundarios.

—Entonces, ¿cómo piensa que lo puede hacer? —'pregun-tó Donald. Jaló de la cuerda y se puso cara a cara con el científico, sintiendo pegajosa la parte interior del traje por el sudor.

Sugaiguntung no contestó directamente. Continuó con la misma voz desapasionada.

—Luego intenté otro procedimiento que parecía prometedor. Desarrollé una serie de soluciones cálidas en las que se podía sumergir material orgánico, dejando que las reacciones deseadas tuvieran lugar sin prisas y evitando deformaciones violentas de las estructuras celulares.

—Sí, leí sobre eso —cortó Donald—. ¿Era ése el método?

—Funcionaba sobre genes sencillos, pero no sobre aquellos tan complejos como los del hombre. La estabilidad del material orgánico cálido tendía a deteriorarse más deprisa de lo que hubiera permitido que el proceso se completara.

—En el nombre de Dios, entonces ¿qué...?

—También tuve algún éxito estabilizando genes a la temperatura del helio líquido. Pero la vuelta del material congelado a su actividad normal requería tanto tiempo que evidentemente no era rentable a escala masiva. Además, a menos que la subida de la temperatura fuera perfectamente uniforme, en cualquier momento una desviación de un grado o dos podía provocar una disociación de genes y desperdiciar todo

el trabajo anterior. Tras descartar este procedimiento, pasé a investigar las resonancias sónicas controladas que...

No me está diciendo nada. Está hablando por hablar. ¿Por qué?

Donald miró a su alrededor. Sintió en la mejilla una brisa leve. ¿Era su imaginación, o se estaba alzando la niebla? ¡Dios, sí! ¡Allá definido distintamente contra las estrellas, se alzaba el cono del Abuelo Loa!

Si no aparece de inmediato el submarino, quedaremos expuestos tan claramente como si...

El pensamiento quedó cortado, arrojado de su mente por la comprensión aterrorizada del motivo de la tozudez de Sugaiguntung.

—¡Sangrón de mierda! —susurró—. ¿Ha conectado los radiofaros?

Sin esperar respuesta, tiró de la cuerda con una mano y buscó a tientas el cuchillo de su traje con la otra. Liberó la hoja de la funda mientras su imaginación llenaba el aire del sonido de lanchas patrulleras acercándose, del silbido de disparos eléctricos chocando contra el agua y levantando chorros de vapor. Sólo quería cortar las correas que sujetaban los indicadores de radio y sonar al traje de Sugaiguntung, separar los cables de alimentación y dejarlos caer al fondo del océano.

Pero Sugaiguntung le adivinó la intención e intentó sujetarle. Le impedían los movimientos el agua y el duro traje. Una sacudida intermedio entre una patada y una zambullida le desvió el brazo. El cuchillo se clavó.

Surgió una erupción monstruosa de burbujas de uno de los compartimentos hinchables, y la última fue oscura. Desclavó el cuchillo, con un bramido en los oídos y una sensación de picor en toda la piel.

—Arteria femoral —dijo Sugaiguntung, ahora como antes sin la menor señal de emoción—. No intente cortar la hemorragia. No se lo permitiré. Es lo mínimo que puedo hacer para compensar a mi pueblo de la traición que cometí, dudando de la palabra de quienes eran más conocedores que yo de las cosas. He sido... desleal... pero voy a reunirme con mis antepasados de un modo que...

Su cabeza cayó de repente a un lado y el rostro mostró una sonrisa débil y enigmática a las estrellas, reveladas ahora por la niebla que se disolvía.

Aún no había siquiera suficiente luz para poder ver el color del agua, pero Donald sabía que era roja. Mirando, soltando el cuchillo, soltando la cuerda, vio que brillaba más y más, con el fulgor de la lava, y el

Abuelo Loa entró en erupción en su cráneo y clamó por la última víctima de entre los miles incontables de seres muertos por su cólera.

Cuando el submarino emergió y le arrastraron a bordo, había dejado de aullar, pero sólo porque tenía la garganta demasiado en carne viva para poder emitir ningún sonido más.

VIENDO PRIMEROS PLANOS (31)

HIJO DE NUESTRAS ENTRAÑAS

Cuando la niña Doka Kwezi apareció a la puerta del aula, Frank Frusler no se dio cuenta al principio de su presencia. Daba la espalda a la clase mientras escribía algo en la pizarra y al mismo tiempo lo leía, gritando prácticamente por encima del hombro para hacerse oír por encima del tamborileo de la lluvia sobre el tejado. Le tuvo que llamar dos veces antes de ser oída.

—¡Sr. Frusler! ¡Sr. Frusler, señor!

Se volvió. Estaba salpicada de barro casi hasta las rodillas y llevaba el vestido prácticamente pegado al hermoso cuerpo infantil por la lluvia. ¿Qué podía haberla hecho venir con semejante prisa?

—Sr. Frusler, que haga el favor de ir con su señora.

Oh Dios mío. Pero no puede ser. Buen Dios, no puede ser... ¡es demasiado pronto, faltan cinco semanas!

—Seguid con lo que os estaba diciendo que hicierais —dijo mecánicamente a la clase, añadiendo al niño de más edad al pasar junto a su pupitre en la última fila—: ¡Confío en ti para que mantengas el orden, Lemuel!

Luego cogió el paraguas, lo abrió y se hundió en la intensa lluvia siguiendo a Dora.

Atravesaron el pantano embarrado de la «plaza» del pueblo, subieron los escalones del porche y entraron en el pequeño búngalo que les habían asignado. Cuando vinieron por primera vez, Sheena había mirado a su alrededor, desesperada, y había empezado a enumerar todas las cosas de las que carecía y que consideraba esenciales para sobrevivir simplemente. Ni siquiera había conducciones de agua; había que llenar un tanque que había en el techo, a intervalos semanales, de un camión cisterna.

Y sin embargo era un lugar en que podían tener su hijo legalmente...

—¡Ella en el dormitorio! —dijo Dora, señalando, y Frank pasó tras ella, dejando caer el paraguas sin molestarse en cerrarlo.

Sheena estaba tendida en la cama con los ojos cerrados, el rostro muy pálido, el vientre
distendido ampliamente como una calabaza bajo el vestido demasiado tenso. Junto a ella, humedeciéndole el rostro con un pañuelo y agua fría, lo más parecido a un médico que había para orgullo de este pueblecillo olvidado: la madre de Dora, Mamá Kwezi, la comadrona y amortajadora.

—¿Es...? —preguntó Frank, sin poder terminar

—Es demasiado pronto —se encogió de hombros Mamá Kwezi—, pero no es la primera vez que atiendo partos tempranos —su inglés era bueno pero recargado de consonantes shinka.

Frank se agachó junto a la cama y tomó la mano de Sheena. Al sentirlo, ella abrió los ojos y le dedicó una sonrisa débil que murió casi de inmediato en una mueca de dolor.

—¿Cuánto hace que empezó? —dijo él inútilmente.

—Más de dos horas, supongo —la voz era ronca.

—¿Por qué no me avisaste.antes, por Dios?

—¡Pero es tan temprano, Frank! ¡Debería ocurrir en algún momento del mes que viene!

—No es bueno asustarse —dijo Mamá Kwezi—. Yo nací, tú naciste... al fin y al cabo todo el mundo pasa por esto.

—Pero si el niño es prematuro en nada menos que cinco semanas... —'Frank se controló, consciente demasiado tarde de que éste era el tipo de cosas que menos debía oír Sheena.

—Sí, será débil, eso no se puede evitar —suspiró Mamá Kwezi.

—Tenemos que sacarla de aquí... ¡llevarla a un hospital decente!

Mamá Kwezi le miró con ojos grandes, redondos. Llamó con un gesto a Dora, que esperaba aparte, y la dejó encargada de la tarea de bañar el rostro febril de Sheena. Llevándose a Frank a un lado, le miró tristemente.

—¿Cómo quiere llevarla, señor? El camino a Lalendi está completamente embarrado, y con esta lluvia...

—¡Pediré un helicóptero por teléfono!

Pero, incluso mientras pronunciaba tales palabras, sabía que eran ridiculas. La lluvia, intensísima, formaba ahora prácticamente un manto sólido de agua, el último torrente violento antes de que el período seco del invierno se estableciera.

—¡No, un coche de aire comprimido! Eso puede pasar sobre el barro, v sobre cualquier cosa.

—Sí, señor. Pero ¿puede llegar aquí desde Lalendi y volver en... bien, dos horas?

—¿Va a ser tan pronto?

—No tardará más. He sentido una... —Mamá Kwezi se llevó una mano a su propio vientre amplio, sin encontrar la palabra.

—¿Contracción?

—Sí. Romperá aguas muy pronto, creo.

El mundo de Frank se salió de su eje y empezó a girar locamente. Mamá Kwezi le puso una mano comprensiva en el brazo.

—Es una chica muy sana, señor, y usted es también un padre fuerte para el niño. Yo tengo mucha experiencia y cuidado y tengo buenas medicinas y el libro que enviaron de Port Mey con los consejos más nuevos, que he leído y me sé de memoria. No es como si fuera una vieja jujú.

—No, Mamá, estoy seguro de que... de que lo va a hacer muy bien — Frank tragó saliva con esfuerzo—. ¡Pero si el niño va a ser tan pequeño y tan débil.:.!

—Nos cuidaremos bien de él. Ahora vaya y hable por teléfono con Lalendi. Que envíen un coche. Que venga a ayudarme un buen médico a la inglesa que pueda decir cuál es el problema. Una vez vi en Lalendi una cuna especial con aire muy fuerte en grandes botellas que es buena para los niños.

Dios. Hace mucho tiempo, muy lejos, antes de ese maldito decreto del Tribunal Eugénico, pensaba hacer que Sheena se sometiera a terapia de oxigeno hiperbárico durante el embarazo...

Pero semejantes técnicas parecían imposibles en el contexto de este pueblo construido de madera y chatarra, con sólo un puñado de casas modernas en el centro: la escuela, este búngalo, la clínica, la biblioteca... Y aún éstas no muy nuevas, sino barracones de paredes

Librodot

lisas hechos con paneles corrientes de hormigón barato. Aquí, donde la TV era un espectáculo para el que se reunía todo el pueblo en una especie de sala de cine elemental; aquí, donde había un solo teléfono, donde no había alumbrado público, donde en las casas no había techos luminosos sino tubos fluorescentes, donde no había de esto, ni de aquello...

¿Cuántos miles de años de historia podía saltar un hombre en un día? Aquí estaba, teóricamente ciudadano de un país cuya riqueza hacía que los imperios poderosos, de fábula, de los tiempos antiguos parecieran mendigos, compartiendo con desnudos hombres de la Edad de Piedra la misma sensación de terror ante el proceso incomprensible de la formación del hombre.

Miró por la ventana. Se había corrido la voz. Bajo la lluvia, con los ojos grandes y redondos bajo los capuchones improvisados, se reunían las mujeres del pueblo como para unirse a los rituales tradicionales que había visto acompañar a todos los nacimientos desde su llegada. Cerró el puño y empezó a levantarlo, preparando un gesto amenazador para hacer que se fueran. Lo detuvo a la altura de las caderas y abrió los dedos.

En casa me negaron el derecho de ser padre. Ya no estoy en casa, no puedo estarlo. Estoy integrado con estas personas. Me gustan. Algunos están llegando a ser buenos amigos. Si tengo que sufrir algunas de las cosas que ellos soportan... bien, un hombre debe pagar lo que su corazón desea...

Fue a la puerta y salió. Una de las mujeres reunidas, dudosa, pronunció la fórmula de buena suerte en el nacimiento.

—¡Hermano, tengas un hijo como Begi!

Aún no hablaba bien el shinka, aunque lo había estado estudiando intensamente en su poco tiempo libre, pero había oído el intercambio de frases ritual suficientes veces para poder dar la respuesta tradicional.

—Begi llevaba la fortuna a dondequiera que iba... ¡si viene a nosotros, compartamos todos la alegría!

Se relajaron, sonrieron y se cambiaron leves codazos.

—Vamos —añadió en inglés, sonriendo también—, no os quedéis bajo la lluvia. Venid al porche.

Y ahí estaban, abriéndose camino entre las mujeres más alejadas, el Tefe Letli y su hijo mayor, que llevaban ambos el nombre notable de Bruce por un oficial de distrito que en tiempos gobernó en Lalendi. Habló el jefe.

—Sr. Frusler, ¿iba usted al teléfono? No hace falta... ¡mi hijo ha hablado con el hospital y van a enviar un coche de aire comprimido con una enfermera y todas las medicinas!

Durante un instante no comprendió las palabras; siguió andando hasta llegar casi a bajar del porche. Entonces se paró en seco.

Pero si ni siquiera lo he tenido que pedir. Jamás pensé en solicitar a nadie que lo hiciera por mí. Me pasa algo malo. En tiempos de problemas, ¿es que no puede la gente pedir ayuda sin sentirse humillada?

Mientras esperaba junto a la cama que su hijo saliera al mundo, pensó mucho en ello.

Fue una niña. Aún vivía cuando la metieron en la tienda de oxígeno, y la enfermera que había venido de Lalendi hizo cosas espantosas con tubos y agujas conectados a una máquina que zumbaba, movida por el motor de la ambulancia. Las mujeres de la localidad lo miraban con temor, algunas rezando audiblemente. Palabras tales como «alimentación intravenosa» y «mantenimiento del entorno uterino» no significaban nada para ellas, y poco más para Frank. Pero comprendió al fin que lo que le hacían a la indefensa criatura era su bienvenida a un mundo hostil, devolviéndola a la calidez y seguridad que había disfrutado en el cuerpo de la madre.

—Ha pasado mucho tiempo desde la edad de piedra —dijo a Sheena, pálida y débil.

Ella no le entendió. Pero sonrió de todos modos.

CONTINUIDAD (42)

¿QUIEN SABE QUE SEMILLA CRECERÁ?

Habían transcurrido meses desde la última vez que Norman dedicó algo más que un pensamiento de pasada a Donald. Se había preguntado de vez en cuando qué fue de él; en cierta ocasión, alguien había comentado la crisis política desarrollada entre los Estados y Yatakang, que se había extendido brevemente hasta la ruptura de relaciones diplomáticas para ser suavizada a continuación de algún modo, y mencionó de pasada la posible importancia al respecto de la marcha atrás del Servitrans Sateling, que había consentido en dejar de emitir las noticias de Gongilung firmadas por Donald, que habían empezado espectacularmente y terminado aún más.

En aquel momento Norman tomó nota mentalmente de intentar averiguarlo, quizá pedirle a Elias que investigara ante el Estado... y al momento siguiente surgió un problema y jamás llevó a efecto tal intención.

Chad había dicho, con razón, que a partir de ahora sería Shalmaneser quien dirigiera los
asuntos de Beninia. Pero no se podía dejar toda la responsabilidad a una máquina. Algunas de las decisiones habían de ser tomadas por un ser humano capacitado para ello, y Norman era tal persona. Durante meses se había movido en un estado semejante al sonambulismo, preocupado apenas de lo que comía o vestía, impaciente de su cuerpo cuando se cansaba, irritado cuando las hormonas le imponían deseos. Lo único que tenía importancía era que el proyecto avanzara suavemente, y al menos en eso estaba satisfecho.

Por delante del tiempo previsto, estaban transfiriendo el centro de control a una cúpula hinchable en los alrededores de Port Mey. Una carretera amplia y nueva unía la ciudad al puerto, donde los dragados habían incrementado el tonelaje de los barcos que podía admitir en más de un cien por cien. Crecían los muelles y los diques; se tallaba en la costa, a dos o tres kilómetros, un inmenso depósito para el barro en cuya forma el mineral sin depurar del PMAM sería bombeado por conductos de diámetro mayor que la estatura de un hombre. Tales conducciones estaban siendo tendidas en estos momentos sobre el fondo del océano desde una flota de cinco barcos.

La proporción de blancos y negros en Port Mey se había modificado de repente al mezclarse con los nativos los voluntarios de una docena de países de otros continentes y los empleados de TG. Construcción de viviendas, centrales eléctricas, vehículos, gente... de algún modo, tenía que mantener sus relaciones claramente definidas en la cabeza.

Así, cuando una mañana le llegó el mensaje a la mesa de trabajo, lo miró sin comprender.

Donald, decía, había oído hablar del proyecto de Beninia y quería verlo, ya que lo dirigía un antiguo amigo suyo. ¿Sería el Sr. de la Casa tan amable de indicar si sería o no conveniente una visita del Sr. Macerdo?

Había una firma. También había un número de teléfono... en algún lugar de Washington, a juzgar por la estructura de las cifras. Norman le dijo a un operador que le estableciera la comunicación y volvió a lo que estaba haciendo.

Eventualmente se iluminó la pantalla en respuesta, a través de una conexión imperfecta por satélite que sufría las interferencias de una tormenta eléctrica. Sin embargo, Norman pudo ver que hablaba con alguien, en una oficina de un hospital, que llevaba una bata blanca.

Librodot

—Soy el Dr. Oldham, Sr. de la Casa. Entiendo que habrá recibido usted mi mensaje sobre su viejo amigo Donald Macerdo.

—Sí, desde luego. Lo que me gustaría saber es por qué tiene que pasar por usted para ver si puede visitarme o no. Me encantaría volverle a ver.

Hubo una pausa.

—Quizá debería explicarle —dijo por fin el Dr. Oldham— que le hablo desde el hospital Santa Fe, no desde Washington, como puede usted haber pensado por el código que utilizamos. ¿Significa algo para usted ese nombre?

—Sí, desde luego —dijo Norman, lentamente—. Es el centro psiquiátrico del ejército, ¿no?

—Exactamente —tosió Oldham—. Su amigo sufrió algunas experiencias muy perturbadoras cuando estaba en... ah... sí, claro su presencia en Yatakang era del dominio público, ¿verdad? Para decir las cosas claramente, ha estado loco durante un tiempo considerable y aun ahora sufre sus consecuencias. Por eso quise consultarle antes.

—Por la barba del profeta —dijo Norman—, ¿qué carajo le han hecho, sangrones?

—Sr. de la Casa, eso es muy...

—Si me habla usted desde Santa Fe es que es un oficial, supongo. ¿Coronel... general?

—Desde luego, coronel, pero no se suele utilizar el...

—No importa. Suponga que contesta a mi pregunta.

—El teniente Macerdo —dijo rígidamente Oldham— fue herido en cierto sentido en acto de servicio para su país, y cualquier otra actitud ante lo ocurrido sería impropia e injustificada. Creo que está claro.

—A su gusto —suspiró Norman—. Muy bien, ajustémonos a la órbita en la que volamos. Quiere saber si puede venir a ver el proyecto de Beninia. Sí, puede sin ninguna duda y, si deciden liberarle del servicio, me encantará contratarle yo mismo. Dígaselo... puede animarle, si está deprimido por algo.

—Lo está —dijo brevemente Oldham—. Pero usted mismo comprobará si sirven de algo noticias como ésa.

Librodot

Durante un tiempo después de aquella conversación, Norman se quedó perplejo. Ningún esfuerzo de imaginación explicaría convincentemente qué podía haber enloquecido a Donald. Siempre había parecido un tío estable y equilibrado, quizás incluso carente de emociones. ¿Qué le había traicionado.., un exceso de autocontrol?

No servía de nada divagar.

Sorprendido, Norman se dio cuenta de que, durante meses, no había visto con suficiente atención ningún noticiario; invariablemente, cuando se sentaba frente a la pantalla, su mente derivaba a cualquier cosa que le afectara directamente. Recordaba algunas cosas importantes como la ruptura de relaciones diplomáticas con Yatakang, pero no tenía una idea clara ni de lo que la había provocado ni de lo que la había terminado. Hubo aquellas tremendas discusiones sobre la acusación de que Sugaiguntung mentía —o de que alguien había mentido en nombre de Sugaiguntung, no estaba seguro— y habían acusado al programa de optimización genética de ser una farsa, y en ese momento estaba en curso una especie de revolución en un grupo de islas que se habían pasado a un ejército rebelde dirigido por un hombre de nombre curioso que le hacía pensar en los cascos de un caballo al sonar contra el suelo, y los chinos acusaban a los americanos de fomentarla y se desquitaban enviando armas a... ¿dónde era que registraron un barco y encontraron proyectiles nucleares en la bodega? No en Chile, sino...

Se detuvo y le dijo a alguien que le preparara un resumen de los acontecimientos relativos a Yatakang ocurridos durante los últimos seis meses, después de lo cual consiguió volver al trabajo.

Cuando por fin llegó Donald a Port Mey, la primera reacción de Norman fue quedarse impresionado. Había perdido por lo menos diez kilos, y tenía las mejillas hundidas bajo los ojos oscurecidos. También se le veían mechones blancos en el cabello. Tras él salió del mismo coche un joven fornido con un aire vigilante que le hizo pensar en guardaespaldas.

Pero ocultó bien sus pensamientos y tendió la mano, pronunciando un saludo caluroso. Donald dejó que sus propios dedos descansaran flojos entre los de Norman durante un momento y contestó con una brusquedad desconcertante.

—Te preguntas qué es lo que me ha cambiado, ¿verdad? Oh, no te molestes en ser educado... compartimos un apartamento durante años, ¿no? Quiero decir, lo compartiste con el otro Donald Macerdo.

A Norman se le vino el alma a los pies. ¿Qué era eso del «otro» Donald? ¿Era un síntoma de su trastorno mental?

Librodot

Miró tras Donald al hombre que le acompañaba, que se encogió de hombros e hizo una mueca.

—Es Tony —dijo Donald—. No me hubieran dejado venir sin él. No resulta muy molesto, excepto cuando me apetece una tía y, con él vigilándome todo el tiempo, no consigo convencer a ninguna de... bien, no importa —empezó a comportarse de un modo más parecido a lo normal.

»¡Me alegro de volverte a ver! Te estás convirtiendo en un personaje muy popular, ¿sabes? Parece que todos los canales de TV hablan de ti día y noche. Así que pensé que me gustaría venir a ver qué es lo que excita tanto a la gente.

—Es un placer —dijo Norman—. Te he preparado una visita de las que reservamos a los Personajes Altamente Importantes.

—Espero que incluya el ver a la gente que conozco aquí, que no son muchos, pero dijeron que estaba Chad, y supongo que también Elias...

—He pensado que visitemos a Elias esta tarde... me imaginé que querrías saludarle. Está muy ocupado, claro, pero tendrá tiempo por lo menos para tomar un trago con nosotros. En cuanto a Chad, sin embargo, está al norte del país, investigando una idea que produjo uno de sus equipos de estudio. Haré lo posible para conseguirte una entrevista con él, pero va a ser como querer pescar un pez con las manos...

Charlando, Norman introdujo a Donald en la cúpula hinchable.

La gira durante la que acompañó al visitante fue para él como una pesadilla. No había esperado un cambio semejante; temía constantemente que en cualquier momento se produjera un acceso de irracionalidad. Nunca ocurrió. Sin embargo, al no saber exactamente qué forma tomaba la perturbación, no podía dejar de prepararse para ello. Estaba casi agotado cuando llegó el momento de visitar la embajada y ver a Elias.

Se encontraba con él Gedeón Horsfall, lo cual era un alivio; significaba que había otras dos personas para llevar el peso de la conversación, y él podría descansar hasta que lo hablado tocara algún tema que le afectara directamente. Durante un tiempo la charla fue circunstancial, sobre asuntos públicos tales como la salud decadente del presidente Obo-mi y el buen progreso del proyecto, pero era inevitable que Donald volviera a nombrar a Chad Mulligan y, en ese momento, Elias miró a Norman.

—Me temo que no tengo una idea muy clara de lo que está haciendo —dijo el embajador—. Norman, nominalmente tú eres su jefe... ¿lo puedes explicar?

—Bien, dirige un enorme estudio social del país —se encogió de hombros Norman—. Está convencido de que cuando le dijo a Shalmaneser que había alguna fuerza desconocida actuando sobre la gente era verdad, y está buscando en qué consiste.

—Y cuando lo haya encontrado ¿qué va a hacer con ello? —preguntó Donald en tono repentinamente hostil. Norman alzó las cejas, intentando que su contestación fuera lo más pacificadora posible.

—Bien, creo que tendrás que preguntárselo a él.

—¿Va a utilizarlo para cambiar a la gente?

Se produjo un silencio completo.

—Sin duda el propio Chad ha cambiado —dijo por fin Elias—, desde la primera vez que hablé con él. Al conocerle me pareció un borracho bocazas, pero ahora que le entiendo mejor creo que estaba simplemente amargado por el rechazo de la gente, y ahora, con un trabajo que le ocupa por completo, se ha transfigurado.

—Yo también fui transfigurado —dijo Donald en voz alta—. ¿Os lo he contado?

—Vamos, Sr. Macerdo —dijo Tony, desde el rincón en que estaba sentado al margen de la conversación—, si sigue por ese camino tendré que...

—¡Darme un tranqui y llevarme de aquí! —interrumpió Donald—. Ciérrala, ¿quieres? ¿Por qué pensarían que me ayudaría a recuperarme el tener a un sangrón estúpido como tú mirándome por encima del hombro...? Y de todos modos, ¿qué pasa si hablo de ello? Este es un embajador de los Es-Ta-Dos U-Ni-Dos, ¿recuerdas? —siguió, dirigiéndose a Elias, sin detenerse a respirar—: supongo que sabes lo que es la eptificación. Me lo hicieron, los sangrones de mierda. Me cogieron, me entrenaron y, cuando terminaron, ya no era Donald Macerdo, aunque creo que puedo utilizar el nombre, porque ahora él está muerto. Mira...

Mientras Elias y Gedeón se cambiaban miradas asombradas, se produjo una conmoción brusca en el exterior.

—¡Perdóname, Donald! —dijo Elias, aliviado—. Gedeón, ve a ver qué pasa, ¿quieres?

Librodot

Perdiendo el auditorio, Donald se dedicó a mirarse tristemente las palmas de las manos, vueltas sobre el regazo, inclinando la cabeza primero a un lado, luego al otro.

Una voz familiar rugió a través de la puerta que Gedeón había dejado abierta.

—¡No me importa si está recibiendo a la Reina de Saba, carajo! ¡Quiero hablar con Norman de la Casa!

—¡Es Chad! —alzó Donald la cabeza.

—Sí —murmuró Norman, dirigiéndose a la puerta. Al otro lado, en el vestíbulo, Chad se enfrentaba a dos jóvenes funcionarios con un sentido del protocolo demasiado desarrollado. Al ver a Norman, les empujó a un lado y entró violentamente en la habitación.

—Hola, Elias... ¡Donald! Dios, ¿de dónde has salido? No importa, en seguida me lo dices. Norman, tenía que verte y contártelo inmediatamente.

Se apoyó triunfalmente las manos en las caderas y se plantó en el suelo con los pies separados.

—Norman, mi viejo amigo, ¡parece que lo hemos resuelto, por fin!

—¿Cómo? —Norman estaba a punto de sentarse—. Tú...

—Lo puedo asegurar. Por lo menos con la evidencia que tenemos ahora. Elias, ¿puedes mandar a uno de tus lacayos que me traiga un buen trago, grande? ¡Creo que esto merece celebrarse!

Dio la vuelta a una silla de una patada y se dejó caer en ella con una amplia sonrisa.

—Bien, ¿qué es? —le urgió Norman.

—Una mutación.

Meditaron sobre ello en silencio durante un segundo o dos.

—Eso significa un cambio —dijo Donald, molesto de haber perdido la atención que atraía cuando le interrumpió Chad—. Iba a deciros lo que hicieron para cambiarme. Me...

—Donald, ciérrala, ¿quieres? —gruñó Chad—. Estoy ansioso de decirle a Norman las buenas noticias. Creo que le va a parecer gracioso.

Asombrado, Donald le miró. Al parecer había perdido la costumbre de oír que le mandaran callar. Sin embargo, se encogió de hombros y obedeció, cayendo de nuevo en silencio.

—¡Ah, gracias! —Chad aceptó la bebida que le ofrecían y bebió un largo trago—. Bien, mirad, lo que ocurrió fue básicamente lo siguiente... esto va para Donald y Elias, y quizá para Gedeón si no habéis estado en contacto. ¿Ha sido así?

Negativas.

—Empecé a trabajar con ese equipo de sociólogos y psicólogos y antropólogos y ninguno me podía decir más de lo que ya sabía. Así que pensé, carajo, quizás es algo de la comida, y conseguí que Norman me contratara unos expertos en alimentación y, cuando estaba con ello, se me ocurrió pensar en el entorno metabólico externo y solicité unos expertos en genética y...

—Y tú solo conseguiste destrozarme el presupuesto de personal para todo el año —suspiró Norman.

—Hace unos meses decías que no había nada más importante en el mundo. Si has vuelto a contar hasta los céntimos, no me importa. Como iba diciendo: hace mucho, mucho tiempo, decidí que no iba a ser capaz de coordinar a tanta gente yo mismo, así que encargué los sintetistas para ese trabajo, pero hace sólo unos días que me consiguió Norman uno. Fijaos, uno. Cuando podría haber dejado resuelto el asunto con media docena...

—¡Por la barba del profeta, Chad! Hice todo lo posible. Ya te dije que...

—Ciérrala, Norman. ¡No seas tan suspicaz! No te estoy culpando de nada, sólo contando lo que pasó. Bien, sea como sea, en cuanto tuve a ese tío le puse a trabajar con el experto en genética que más había ofendido a sus catedráticos en la universidad de entre los que teníamos, y se dieron una paliza de discusión fenomenal durante casi toda una noche. Yo me dediqué a escucharles... no me lo hubiera perdido por nada del mundo. Y llegaron a una conclusión.

«Primero: los shinkas no creen que el matarse unos a otros sea buena idea bajo ninguna
circunstancia.

«Segundo: prácticamente todos los demás pueblos sí lo creen. Dicen que no, se enfadan y aplastan unas cuantas cabezas.

«Tercero: la situación en este país es un ejemplo clásico del síndrome de exceso de población... pobreza, influencia de extranjeros que se llevan un trozo grande de una tarta pequeña, falta de intimidad, falta de

propiedad privada, etcétera. Port Mey es la única ciudad verdaderamente grande del país, concedido; pero según las estimaciones más favorables es un veinte por ciento demasiado grande para haber escapado a la violencia y al vandalismo que es norma de vida en estos tiempos.

«Cuarto...: ¿llevo bien la cuenta? ¡Al carajo! Mi sintetista domesticado le explicó al experto en genética todo sobre los disparadores. ¿Entendéis? Veo ahí una cara que dice que no. Un disparador es cualquier cosa que provoca un estallido emocional violento. Puede ser un insulto, o el ver una tía desnudándose, o un fetiche, o el color del pezón que provoca la respuesta mamatoria... montones de cosas. Por otra parte, y mucho más importante, puede ser algo de lo que no nos damos cuenta conscientemente.

«¿Habéis relacionado alguna vez el incremento de ventas de los desodorantes con el de los afrodisíacos comerciales? Lo hizo una vez un amigo mío, dibujando la gráfica. Las líneas eran prácticamente paralelas. El vello púbico está ahí para algo: para concentrar un olor sexualmente excitante y provocar una respuesta refleja.

»Pero no nos las podíamos arreglar sin desodorantes, porque otros olores corporales también son disparadores. El olor de otro macho que haya estado haciendo un ejercicio fisico violento es un disparador de la reacción de agresión territorial. Para decirlo claro, ahí está un rival que ha venido corriendo a toda prisa desde lejos, y tengo que devolverle a donde pertenece. Todas y cada una de las comunidades urbanas densamente pobladas de las que tengo noticia han utilizado perfumes para contrarrestar este efecto, y luego añaden olores eróticos como el del almizcle para recomponer los reflejos que suprimen los aromas artificiales.

«Los hombres en guerra llevan la misma ropa durante semanas o meses de una forma continuada y no tienen ocasión de lavarse o aromatizarse. Cuando están sitiados empiezan a estallar; y no por el miedo y la desesperación simplemente, sino porque se encuentran rodeados de otros machos con los que se supone que tienen que luchar. Se acumula el olor y... ¡bum!

»Todo esto es un resumen desgraciadamente simplificado de lo que le decía mi nuevo amigo a ese tío de la genética. Así que éste dijo bien, es evidentemente un factor que ocurre con una regularidad completa, lo cual significa que debe de estar presente en algún punto del mapa genético humano que aún no hemos estudiado nunca, así que vamos a ver dónde y si hay o no un gene identificable que lleve la información de las secreciones correspondientes. Tuvimos que ir al norte y llevar a cabo un montón de pruebas comparativas entre los inmigrantes que se habían cruzado con shinkas y, hermanos, lo encontramos esta misma mañana.

Sonrió ampliamente, mirando a todos, y se tragó el resto de la bebida.

—Hay una mutación dominante entre los shinkas. Yo no puedo distinguirla, pero mis expertos en genética dicen que se ve a un kilómetro de distancia si se ponen juntos el genotipo de una persona de sangre inoko pura y el de alguien que tenga la mitad de inoko y la mitad de shinka. ¡Hace que los shinkas segreguen, junto con todos los demás olores corporales, un supresor específico de la reacción de agresión territorial! Simplemente entras en una choza hermosa, atestada, insalubre, llena de shinkas, armado hasta los dientes y absolutamente dispuesto a ajustarles las cuentas a los machos rivales, e inspiras profundamente. Te sentirás feliz, perezoso, inofensivo como un niño en cuestión de una hora. Cae como el suave rocío de... Perdonadme, estoy un poco apasionado en este momento.

—Por la barba del profeta —dijo Norman—. Así que no se equivocaban tanto al decir que los shinkas podían robarle el corazón a un guerrero.

—¡Estaban acertados del copón! ¡Y, si alguien se hubiera tomado en serio este proverbio popular, me hubiera ahorrado medio año de trabajo!

—Sólo un momento —intervino Elias, frunciendo el ceño—. ¿Estás diciendo que los shinkas llevan consigo, exudan, una especie de tranquilizante?

—Creo que se le puede llamar así —-asintió Chad.

—Bien, ¿por qué no se ha dado cuenta nadie antes? Quiero decir que debe de haber una diferencia muy notable entre...

—La hay. ¡La hay! Norman lo sabía, y tú lo sabías, carajo, y entró en Shalmaneser junto con todos los demás datos y él lo rechazó porque vio lo importante y vosotros no. Creí que simplemente había sido más listo que él cuando le devolví a la órbita del programa de Beninia, pero al fin y al cabo ha resultado ser más inteligente.

—Pero, si el experto en genética dice que se ve tan claramente —objetó Norman—, sin duda...

—Ah, precisamente iba a llegar a eso, lo que dije que te podía parecer gracioso. —Chad
disfrutaba enormemente—. ¿Por qué no se ha dado cuenta antes ningún experto, eso ibas a decir? Porque tal mutación salvó a los shinkas de ser esclavizados. Los holaini, que se establecieron aquí con intención de criar a los shinkas como una raza de esclavos, perdieron su determinación en cosa de una generación, en parte por el cruce y en parte porque sus instintos de agresión quedaban ahogados por tal

compañía. Después de eso, otros pueblos que se dedicaban al comercio de esclavos evitaron el territorio de los shinkas como una plaga. Creían que había hecho efecto alguna especie de magia poderosa. ¡Con toda razón!

«Prácticamente todos los estudios genéticos a gran escala de razas negroides se han llevado a cabo en el Nuevo Mundo o en los países más avanzados de este continente, como Sudáfrica. Este país es demasiado pobre del copón como para haber tenido tal posibilidad, y por el mismo motivo no tiene legislación eugénica. Hasta este momento nadie ha investigado el genotipo de ninguna cantidad notable de shinkas y, desde luego, nadie más que nuestro grupo ha buscado nunca lo que nosotros.

Hubo una pausa. Norman la rompió casi inaudiblemente, mirando el suelo.

—Es una vergüenza -—dijo—. Había empezado a desear que mis antepasados pudieran
proceder de aquí. Me gusta el lugar.

—¿Por qué no? ¿Hay algún otro sitio en la Tierra en que uno quede libre de la sensación de que los elementos humanos del entorno son rivales dispuestos a acabar con uno? Los había pero, por lo que sé, éste es el único que queda. —Chad alzó el vaso—. ¡Otro, si es posible!

—Me siento un poco aturdido —dijo Gedeón—. Parece que das a entender que se podría curar la guerra como una enfermedad, con una dosis de la medicina apropiada.

—Aún es pronto para decirlo, pero desde luego no parece imposible —asintió Chad—. Aunque, por otro lado... ¡he ahí un objetivo de un programa de optimización genética! Implantar en cada niño que nazca en el planeta las actitudes implícitas en el aroma de los shinkas. Lo siento. ¡Eh! Ahora que lo pienso, ¿qué fue de ese proyecto que tenían en Yatakang? No he visto el nombre de Sugaiguntung en las noticias desde hace... siglos.

Los otros se cambiaron miradas. Por el rabillo del ojo, Norman vio que Donald se tensaba y hacía gesto de ir a hablar, pero no lo llegó a hacer.

—Sugaiguntung está muerto, Chad —dijo por fin Elias—. ¿No lo habías oído?

—¡Dios, no! —Chad se inclinó adelante en la silla—. Desde que vine aquí, prácticamente no he dedicado atención a nada más que a mi trabajo. Ya sabéis cómo son las cosas al norte, donde hay un aparato de TV para cada pueblo y no se puede llegar a ver la pantalla porque hay quinientas personas por medio.

—Todo el programa de optimización de Yatakang resultó ser una farsa propagandística —dijo Gedeón—. Sugaiguntung admitió que no podía hacer lo que había anunciado el gobierno y...

—Sí podía —dijo Donald.

—¿Cómo?

—Podía. Me lo confesó un momento antes de que le matara.

Norman intentó modular una voz tranquilizadora; esto, al parecer, era el brote de locura renovada que había temido.

—¡Vamos, Donald! —dijo—. Mataron ellos mismos a Sugaiguntung cuando intentaba escapar. Decidió desertar por las mentiras que había propagado.

—¿No sabes que estás hablando con el hombre que estaba con él cuando murió? —dijo Donald.

Tras una pausa incrédula, Norman negó torpemente con la cabeza.

—Oh, ya he oído la versión oficial —dijo amargamente Donald—. Lo que dijeron, como todas las buenas mentiras, era una verdad a medias. Quería escaparse, porque no creía que pudiera optimizar seres humanos. Pero al fin se dio cuenta de que sí podía. Y, muy al contrario de lo que dijeron de que habían venido patrullas yatakangis guiadas por el radiofaro de su traje y le habían acribillado en el agua mientras yo escapaba, que es la mentira, le maté yo. Con un cuchillo. Mientras me decía por qué medios no era posible hacer lo que había prometido.

»Me entrenaron para matar gente, ¿sabéis? Me llevaron a un lugar en el mar y allí me enseñaron todos los modos que se les habían ocurrido desde siempre de que un hombre mate a otro. ¿Queréis que os enseñe algunos? —se puso en pie vacilantemente—. No quiero matar a ninguno de vosotros, pero tendrá que haber algún voluntario, porque si no, no tendré nada con lo que trabajar, ¿comprendéis? ¿De verdad? Es la muestra más alta de la habilidad humana el mejorar a otros seres humanos, y se llama eptificación, y como es uno de nuestros logros más estupendos y monumentales...

Desde detrás, Tony, que se había acercado sin el más mínimo ruido andando sobre sus zapatos de suela blanda, alzó y disparó una jeringa diadérmica contra la nuca de Donald. Como si tuviera mucha práctica en tal movimiento, la dejó caer en un bolsillo y alzó las manos para recoger a Donald mientras éste empezaba a derrumbarse.

—Lo siento, señor —dijo, a nadie en particular—. A veces ocurre, cuando se hace la eptificación para propósitos militares, esta reacción

exagerada. Naturalmente, no le debe dar ninguna importancia a lo que ha dicho sobre querer demostrar su habilidad sobre la gente... es parte de los trastornos mentales que padece como consecuencia de lo sufrido en Yatakang. Quizá me perdonarán; más vale que llame a una ambulancia y le lleve de vuelta al hotel antes de que se despierte. Sólo le he dado una dosis pequeña, lo suficiente para relajarle y...

Mientras hablaba, los otros seguían como transfigurados, y llevaba a Donald hacia la puerta. El sonido que hizo al cerrarse tras él pareció sacar de un trance a todos los demás.

Pero nadie pareció muy dispuesto a decir nada hasta que Chad se puso en pie de un salto y empezó a pasear de un lado a otro, lanzando de vez en cuando una mirada venenosa hacia la puerta por la que se habían ido Tony y su floja carga.

—¡El logro máximo! ¡Ají ¡He oído hablar antes de este sucio asunto de la eptificación militar, y me parece lo más repugnante que un nombre le puede hacer a otro, mucho peor que matarle sin más!

—Hablaba del «otro» Donald, y de tener derecho a usar su nombre porque estaba muerto —dijo Norman. Intentó reprimir un estremecimiento, no consiguiéndolo—. ¡Bendito sea Alá! No hubiera creído que fuera posible... y pensaba ofrecerle un trabajo en el proyecto si lo quería.

Miró a Elias, sorprendiéndose de encontrar de repente el rostro del embajador tan envejecido como el de Obomi.

—Así que Sugaiguntung está muerto —dijo Chad—. Y Donald le mató. Bien, es algo muy normal y esperable, ¿no? Y, según Donald, sabía realmente cómo realizar las mejoras que había prometido —dudó—. Me da la impresión de que probablemente fuera cierto, ¿no os parece? Toda la gente que conozco más o menos enterada del tema está de acuerdo en que si alguien vivo podía conseguirlo era Sugaiguntung. Dios, ¿no os da asco? —se volvió repentinamente, enfrentándose a los otros, y se golpeó la palma de una mano con el puño de la otra.

»¿No resulta típico? ¡Entrenamos a un hombre, un hombre corriente, inofensivo, apartado, para convertirle en una máquina de matar eficiente, y asesina a la única persona que tenía posibilidad de salvarnos de nosotros mismos!

—Bien, creo que si sometemos el problema a Shalmaneser... —empezó Norman, pero Chad le interrumpió dando una patada al suelo.

—Norman, por Dios, ¿qué valor puede haber en ser humano si tenemos que ser salvados de nosotros mismos por una máquina?

Librodot

Nadie hizo ningún comentario. Al cabo de unos momentos, Chad se dirigió abatido a la puerta, con la cabeza baja. Norman hizo un gesto a Gedeón y Elias le siguió. Le alcanzó en la antesala y le rodeó los hombros hundidos con un brazo.

—Lo siento —dijo Chad, mirando al frente—. Creo que es mejor ser salvado por una máquina que no serlo en absoluto. Y también creo que si pueden hacer bacterias a medida, también podrán sintetizar esa materia, sea la que sea, que hace pacíficos a los shinkas. Dios, ¿qué importa si es preciso que bebamos el amor fraternal de un aerosol? Es contagioso, lo recibas de donde lo recibas.

Norman asintió. Tenía muy seca la boca.

—¡Pero no es justo! —susurró Chad—. ¡No es algo que se deba fabricar en una factoría, que se deba embalar, envolver y vender! ¡No es algo como para... para ser tirado en bombas desde aviones de las NÚ! Mira, es lo que harán con ello. Y no es justo. No es un producto, una medicina, una droga. Es mente, sentimiento y la sangre de tu propio corazón. ¡No es justo!

De repente avanzó corriendo, los tacones sonando fuertemente sobre las duras baldosas de la antesala, y abrió las puertas dobles de la calle. Se detuvo en los escalones de salida, echó atrás la cabeza y gritó a la ciudad, al África, al mundo.

—¡Malditos imbéciles alocados! ¡Todos! ¡No servís para llevar vuestras propias vidas! Sé que sois unos tontos... os he estudiado y he llorado por vosotros, y... ¡oh, Dios mío!

Su voz se quebró en un gemido angustiado.

—¡Os amo! He intentado no hacerlo y no lo puedo evitar. Os amo a todos...

Mucho tiempo después, cuando la gente salió de todas las habitaciones para ver el porqué de los gritos —Elias, Gedeón, decenas de rostros anónimos— dejó que Norman le cogiera de la mano y se le llevara en silencio.

LAS COSAS QUE PASAN (16)

NECROLOGÍA

MALECHE, Talona Georgette («Vieja TG»): de hemorragia cerebral; en las instalaciones centrales de la corporación que fundó y a la que dedicó su vida; a los 91 años.

Librodot

ELLERMAN, Eric Charles: por suicidio entre comillas; sobre la vía del sistema de rapitrans que servía el bloque en que vivía; a los 33 años.

MACERDO, Donald Orville: por eptificación militar; en el Campamento Floreciente, EleA; le sobrevive Donald Macerdo Modelo II.

FILAS, Gerald Shamus, sold. 2.a ejército de los EE. UU.; por atentado guerrillero; a los 19 años.

NOAKES, Benjamín Ralph («Bennie»); por viajar demasiado a menudo, demasiado lejos; en su casa; a los 24 años.

PETERSON, Philip Hugh Clarence: por descarga eléctrica del revólver de un policía; en el apartamento de una de sus víctimas; a los 20 años.

PETERSON, Sasha Maureen (Wilde de soltera): a manos de su hijo; en su casa; a los 44 años.

ROWLEY, Grace Jane: de senilidad complicada con un corazón roto; en un asilo gubernamental para ancianos pobres; a los 77 años.

SHELTON, Opia: estrellada en el suelo, al otro lado de la ventana de su casa; a los 23 años.

SUGAIGUNTUNG, Lyukakarta Moktilong (Dr. en Medicina, Dr. en Bioquímica, Prof. de tectogenética en la Univ. Dedicación): de una cuchillada en la arteria femoral; en las aguas solitarias del Estrecho de Shongao; a los 54 años.

WHATMOUGH, Víctor Ernesto: de un disparo «en un momento de locura transitoria»; en su hogar; a los 60 años.

También víctimas de sabotaje, locriminales, algaradas, actividades de guerrilleros, sobredosis de drogas, accidentes, guerra, edad...

A pesar de lo anterior, la raza humana, a cientos de miles, estaría hundida hasta las rodillas en las aguas alrededor de Zanzíbar.

VIENDO PRIMEROS PLANOS (32)

EL PUNTO DE VISTA FRIO Y OBJETIVO

Bañado en las corrientes de helio líquido, autocontenido, inmóvil, inconcebiblemente bien informado por todos sus sentidos mecánicos: Shalmaneser.

De vez en cuando, le surca los circuitos un impulso de corriente que lleva consigo el equivalente cibernético de la frase: «Dios, qué idea se me ha ocurrido».

CONTEXTO (28)

UN MENSAJE DE NUESTROS PATROCINADORES

Esta novela le ha sido ofrecida por John Brunner, trabajando con una máquina de escribir eléctrica Smith Corona 250, sobre papeles Spicers Plus Fabric Bond y Commercial Bank con calcos Serillo intercalados y con cintas negras Kolok.

Librodot